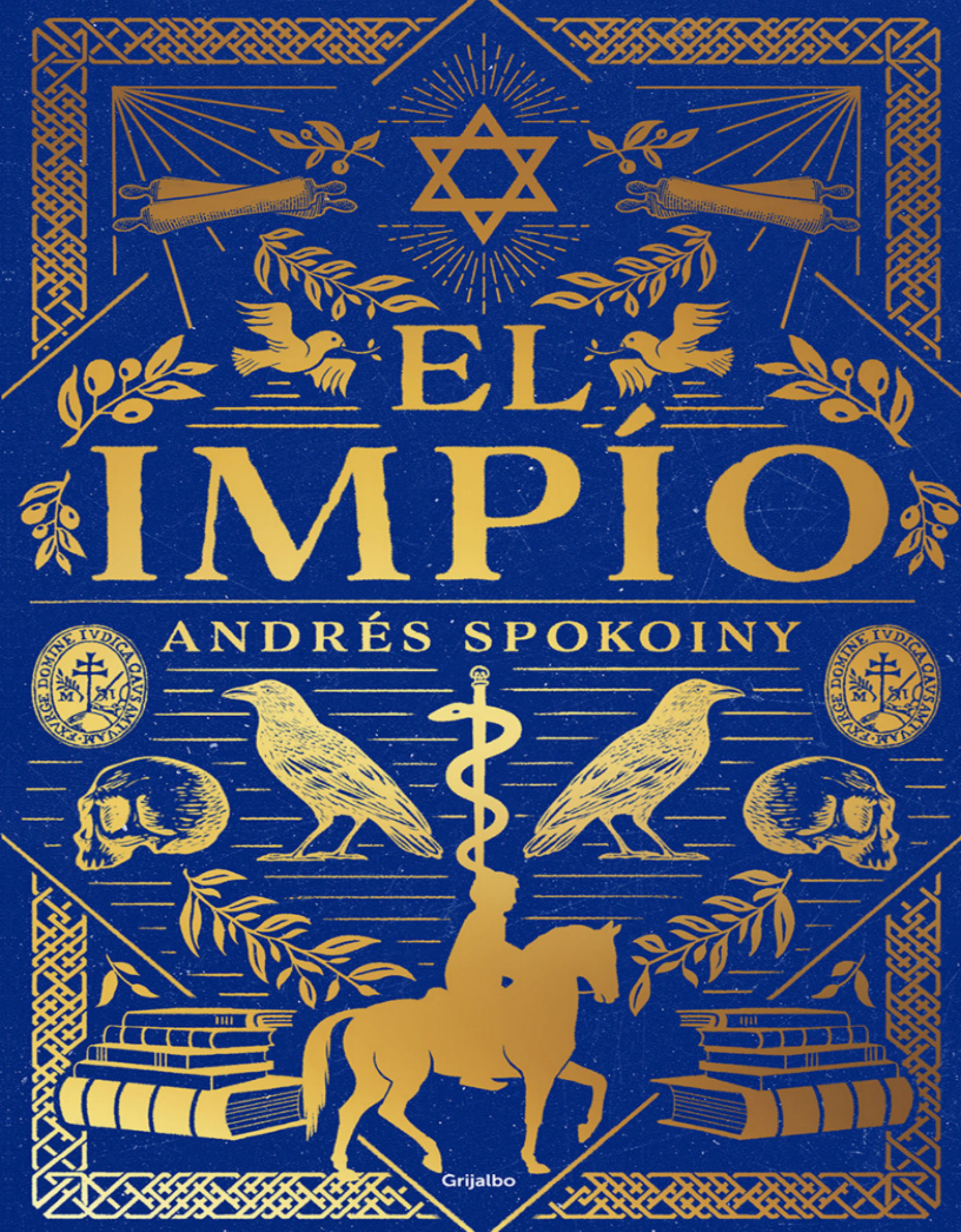
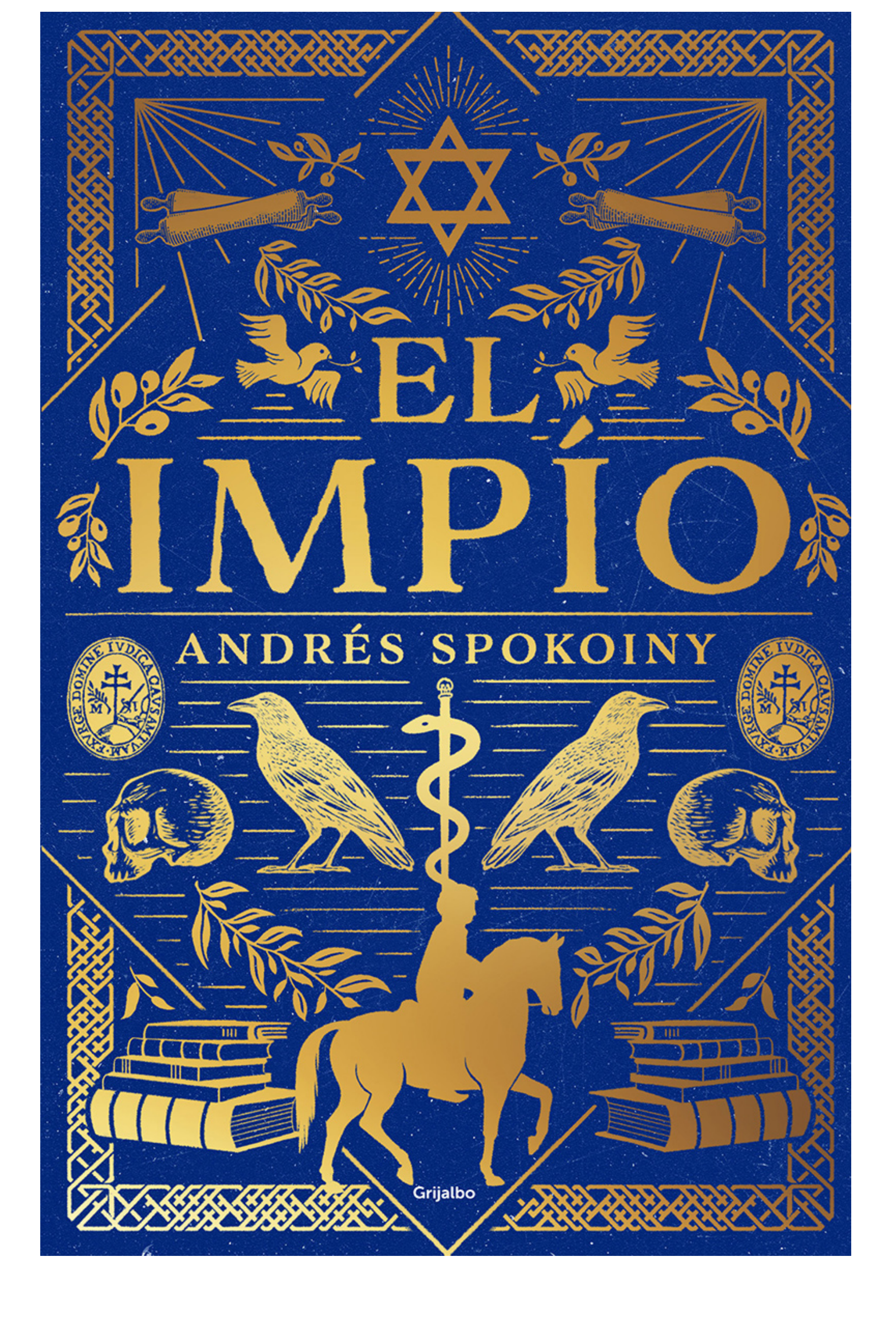

EL
IMPÍO
ANDRÉS SPOKOINY
EXVRGE DOMINE IVDICA CAVSAM TVAM
EXVRGE DOMINE IVDICA CAVSAM TVAM
Grijalbo


EL
IMPÍO
ANDRÉS SPOKOINY
EXVRGE DOMINE IVDICA CAVSAM TVAM
EXVRGE DOMINE IVDICA CAVSAM TVAM
Grijalbo

El impío

La historia del hereje que nos legó la modernidad

Andrés Spokoiny

Grijalbo

A mi madre, que me enseñó a amar los libros

AMBERES, 1670

Encontré a mi padre sentado, con la mirada clavada en el piso. No parecía triste o apesadumbrado, solo intensamente pensativo, como si estuviese sometiendo cada capricho del relieve del suelo a un escrutinio despiadado. Alrededor de su cabeza flotaban diminutas partículas de polvo, suspendidas entre haces de luz gris que el fantasmagórico sol de Amberes vertía con desgano a través de la ventana sucia.

Su cuarto era, como siempre, un caos. Sobre la mesa que usaba para escribir, trabajar, comer y hasta fornicar, había una pila de cuatro o cinco libros abiertos, uno encima del otro. Era la técnica que mi padre usaba para marcar la página que estaba leyendo en cada uno de ellos. La cama estaba deshecha y por entre las sábanas emergían remolinos de ropa sucia. Sobre la mesita de noche había dos velas de cebo a medio consumir y una botella de aguardiente apenas empezada. La escena parecía una copia barata de aquellas oscuras pinturas flamencas que tan de moda estaban en esos tiempos. Fruncí la nariz. Todo olía como mi padre. Un olor agridulce, no necesariamente desagradable pero invasivo y persistente. El olor del fracaso.

—*Hier ben ik*, papá —dije.

—No me hables en ese idioma de mierda —espetó, sin levantar la cabeza para verme.

Me quedé mirándolo fijo y en silencio durante unos segundos que parecieron eternos. Al fin levantó la cabeza y se recostó contra el respaldo de la silla. Debo reconocer que aún era un hombre apuesto. Si bien sus múltiples tribulaciones le habían dejado surcos en la frente, el contorno de sus ojos negros conservaba una juvenil tersura y la piel alrededor de las mandíbulas angulosas estaba aún firme y tensa. El cabello corto pero abundante se había convertido desde hacía décadas en el escenario tempestuoso de una batalla entre el gris y el castaño que no terminaba de definirse. Incluso en ese marco de desorden y

desidia, incluso con la camisa abierta y el jubón mal lavado, mi padre transmitía una especie de nobleza y una testaruda dignidad.

—No quiero que olvides el español —dijo—. Es un idioma noble y nunca se sabe si volveremos a España.

Lo miré con fastidio mal disimulado. Abrí la boca para contestarle, pero me detuve. Sabía que cualquier cosa que dijera sería fútil.

—¿Para qué me llamaste? —pregunté finalmente.

Se levantó de la silla y avanzó hacia mí. De a poco su rostro se aflojó y sonrió. Solo quedaban migajas de aquella sonrisa legendaria que podía fundir el odio y cautivar tanto a vírgenes como a filósofos, pero aún se sentía su poder.

—Es bueno verte, Francisquito —dijo mientras me apretaba con fuerza el brazo en lo que intentó ser una muestra de cariño.

—No me llames Francisco, sabes muy bien que mi nombre es David —aclaré con fastidio.

—Sí, sí —concedió con aire ausente—, David…

Se detuvo frente a la ventana y sin darse vuelta preguntó:

—¿Aceptarías hacer algo por mí, *David*?

La pregunta me tomó por sorpresa. En los últimos tiempos nuestros caminos parecían bifurcarse ineluctablemente. Yo me trenzaba con él en violentas disputas religiosas, le reprochaba su estilo de vida y lo acusaba abiertamente de causar la ruina de la familia. Él, a su vez, se sentía aversonado y traicionado. Entre los dos habíamos tejido una telaraña inescapable de rencores y reproches. De algún modo, las peleas con él me habían liberado —o al menos eso pensaba yo— del yugo de sus manipulaciones. Desde que nos distanciáramos, hace varios años, ya no me consideraba un prisionero de su irresistible carisma.

Me resultaba extraño que el orgullo le permitiera pedirme cualquier tipo de favor y mi desconcierto era evidente.

—Debo prevenirte de que no será fácil y tomará algo de tiempo —dijo.

—Mira, papá, si lo que quieres es que te ayude a resolver otro problema de faldas, no tengo ninguna…

—No, no es eso —se volvió hacia mí con una sonrisa entre triste y avergonzada—. Necesito que escribas algo en mi nombre.

—Tú eres el poeta, no yo —respondí—. ¿Por qué no puedes escribirlo tú?

—Porque ahora necesito un narrador, no un poeta, y tú tienes talento de narrador.

Además de dedicarme al comercio, la verdad es que también sabía

contar historias. A los ojos de mi padre, ese "talento" me redimía de haber elegido lo que él consideraba "una profesión vil para gente sin molleras", en vez de haber seguido sus pasos como médico. El año anterior, en mis horas de ocio, había escrito un romance —ahora se ha puesto de moda llamarlas *novellas*—, una historia mediocre de aventuras que vendió cinco ejemplares pero que para mi padre era una obra maestra. Él también escribía, pero poesía. Nunca entendí cómo alguien con tan poco respeto por las reglas podía atenerse a las estrictas pautas estilísticas del soneto, la octava o el conceptismo. Recuerdo que cuando yo era tan solo un niño me contaba historias de los héroes de la Biblia haciéndolas rimar. Mezclaba la narración y la poesía sin que le sobrara o le faltara una sola sílaba. Mis hermanos y yo podíamos pasar horas embelesados escuchándolo si no fuera porque mamá nos obligaba a ir a dormir.

—Y además sabes muy bien que nadie leerá algo escrito por mí —dijo con resignación.

—¿Qué necesitas que escriba? —pregunté.

—Un alegato en mi defensa.

Pronunció aquellas palabras y esperó mi reacción, como quien apoya la cabeza en la picota y aguarda al verdugo.

Lo miré largamente. El aguijón de la culpa y el dolor turbio de la incomprensión habían dejado cicatrices profundas en su mirada otrora tan vivaz. No pude evitar sentir un atisbo de pena por aquel hombre que podía cautivar con un gesto y seducir con una sonrisa, pero que ahora se veía tan quebrado y atormentado.

—Papá —dije, sacudiendo la cabeza como quien le habla a un niño —, no los harás cambiar de opinión. No los convencerás. Ya pasamos por esto. Hemos escrito cartas a Ámsterdam y a Hamburgo, el tema está cerrado —y no pude evitar agregar—: Tú no lo has hecho fácil… ¿acaso tienes alguna esperanza de que te acepten después de todo lo que has hecho?

Pensé que mi padre se irritaría, que me espetaría un "¿De qué lado estás?"; que me trataría de traidor. En vez de ello, sacudió la cabeza lentamente, como si le pesase una tonelada.

—No es solo eso —dijo—. Necesito contarte cosas, Francisco.

—David —volví a corregir. Esta vez mi padre me ignoró.

—No quiero que escribas argumentos filosóficos o teológicos, eso puedo hacerlo yo. Lo que necesito es que escribas mi vida. Necesito contarte todo para que tú lo entiendas… y tal vez para que lo entienda yo mismo —su cuerpo esbelto pareció desaguarse de energía—. Mi alegato no puede presentarse en el terreno de las ideas, sino en el de

la vida. Debe estar ligado a las pasiones, desvelos y obsesiones de un hombre de carne y hueso. Un hombre débil y vencido que trata en vano de encontrar sentido a su existencia.

—¿Vas a retractarte finalmente? —pregunté.

Mi padre sonrió y se dejó caer nuevamente en la silla.

—¿Ves, Francisquito? Por eso quiero contarte todo, para que entiendas tú, y tal vez ellos, por qué no me puedo retractar —se detuvo un momento y pareció recobrar su aire combativo—. No solo no puedo retractarme, sino que además no tengo por qué hacerlo. Nada de lo que creo es herético y nada necesita desdecirse —me miró y luego dijo—: Veo en tus ojos que no lo entiendes. Sé que estás cansado y avergonzado de mí y creo que tal vez escribiendo mi historia cambies de opinión. Al menos me debes esa oportunidad.

Lo miré sin hablar por unos momentos, mientras dejaba que el calor viscoso de la furia me invadiera despacio. Finalmente, le hablé con voz filosa y cargada de desprecio.

—Papá, no te debo nada, eres tú quien está en deuda conmigo. Y lo sabes.

Mi padre frunció el entrecejo en un gesto sutil de desafío.

—Ya veo… no quieres cambiar de opinión. Es más fácil para ti despreciarme que entenderme. Es más conveniente ver el mundo en blanco y negro. Siempre has sido así, siempre has buscado certezas, siempre has temido a la verdadera complejidad de la vida. Te aterra descubrir que no hay verdades absolutas, que no hay certidumbres a prueba de fuego. Siempre has forzado al mundo en clasificaciones espurias. En tu universo de buenos y malos no hay lugar para alguien como yo.

—No es eso, papá —dije titubeante. Ya estaba cansado de pelear con él e intenté conciliar—. Hemos tratado tan arduamente de dejar todo eso atrás, de empezar de nuevo. De nada servirá ahora revolver el pasado. Solo nos traerá dolor a ambos.

—David, necesito que entiendas que soy lo único que puedo ser. Soy la consecuencia inevitable de la vida que he vivido. Mi vida no es solo mía; mi historia es la de muchos y es un testimonio de los tiempos que vivimos. ¿No lo ves? —señaló los libros apilados en la mesa—. La vieja forma de ver el universo está muriendo y la nueva aún no ha nacido. Vivimos en un mundo que no conocemos, fascinante y aterrador al mismo tiempo.

Se detuvo un instante mientras ordenaba sus pensamientos.

Yo también vacilé. Comencé a caminar por la habitación y miré por la ventana para recuperar algo de claridad. A través de los cristales

sucios se veía una porción del Grote Markt, el gran mercado que había sido el centro del comercio mundial y la Bursa, donde yo pasaba gran parte del día. Por encima de los tejados se alzaba la torre de la Catedral de Nuestra Señora, majestuoso testigo de la época de gloria de la ciudad. Desde el cierre a la navegación del río Escalda, Amberes había cambiado mucho. La mayoría de las grandes casas de comercio se habían mudado a Ámsterdam, pero en aquellos días de primavera la ciudad seguía siendo un hervidero de actividad. Casi podía oír cómo ascendía desde la calle una cacofonía de conversaciones en flamenco, francés y portugués. Se adivinaban pregoneros que hacían anuncios, comerciantes que regateaban a viva voz, soldados que marchaban, bebés que lloraban y niños que corrían. Aquella excitación no hizo más que confundirme.

—Papá, no puedes culpar a los tiempos modernos por las decisiones que tú has tomado. Ninguna idea abstracta te ha obligado a hacer las cosas que has hecho.

—No culpo a nada ni a nadie, mi historia es la historia de un fracaso… No he tenido la fuerza para enfrentarme a los avatares de la vida, ni la indiferencia para ignorarlos. Me quedé a mitad de camino. He tratado de vivir en todos los mundos y no he vivido en ninguno.

Entonces, me tomó de los hombros y me habló con una urgencia que no admitía apelación:

—David, ¿tienes idea de lo que es sentir que has desperdiciado tu vida? Necesito saber que al menos algo tuvo sentido, que hay un hilo que conecta todas mis decisiones erradas y mis acciones alocadas. Necesito saber que…

Se le quebró la voz y de pronto lo vi en toda su vulnerabilidad; vi que luchaba con el sinsentido que habían sido sus casi sesenta años de vida. Se sentó en la cama desordenada y no dijo nada por un largo momento mientras forcejeaba contra las lágrimas. Habían dicho de él que era uno de los padres de la modernidad; alguien mencionó que había “encendido el fuego en el cual se cocinaron los nuevos tiempos”; decían que su impacto había sido enorme y que “sin él la historia del mundo hubiese sido distinta”. Cuán desatinadas me parecían ahora aquellas descripciones al ver a aquel hombre impotente y agotado, que me hablaba con voz vencida y con lágrimas aferrándose a sus párpados. Sentí un gran alivio cuando retomó la compostura. Si hubiese quebrado en llanto no habría sabido qué hacer, si consolarlo o marcharme.

Por entre mis cavilaciones, emergió lentamente la certeza de que me oponía en vano. Ambos sabíamos que no resistiría sus intentos de

convencerme pues mi padre tenía razón: yo buscaba certezas. Quería saber por qué él era quien era. Tenía que saber por qué ese médico tan sabio y erudito era a la vez tan errático e impredecible. Por qué había convertido la vida de nuestra familia en una sucesión de exilios y fugas. Más que nada, necesitaba asegurarme de que yo no era como él, de que no terminaría en ese hoyo de soledad e incomprensión en el cual él, mi padre, el doctor Juan de Prado, pasaba sus días.

Me miró fijo y algo le dio la pauta de que me había convencido. Ya no importaba lo que dijera, pero aun así buscaba algo ocurrente para decirme. Las cejas caídas se habían arqueado para dar un encuadre apropiado a sus perfectos ojos negros, y vi en ellos ese brillo encantador, mezcla improbable de ternura y cinismo.

—Tú te jactas de ser judío —dijo—, y los judíos aman contar historias trágicas; cuenta, pues, la mía.

Al día siguiente encontré a mi padre con aire animado y casi jovial. Vestía una camisa recién lavada y llevaba el cabello húmedo y peinado. Tarareaba una vieja canción sefardí: "Lloro y digo qué va a ser de mí / en tierras ajenas me vo murir". A pesar de que se veían los mismos signos de desorden, la habitación parecía más limpia. La ventana estaba abierta de par en par. Era uno de esos raros días despejados de abril en los cuales el sol destella sobre la superficie ocre del Escalda y los ornados tejados de las *guildhouses* reflejan fugaces chispazos de luz. En el Grote Markt las tabernas sacaban mesas a la plaza y servían cerveza de trigo, salchichas hervidas y *waterzooi* con pan de centeno. La brisa traía un olor salino del Mar del Norte que buscaba abrirse paso entre los hedores de bosta, comida y ceniza que cubrían a la ciudad.

Mi padre siempre bromeaba sobre el clima de los Países Bajos.

—Estos flamencos no saben lo que es el sol viril de Andalucía —dijo con fingido desprecio mientras señalaba la ventana—. Se piensan que esto es la primavera.

—Los judíos no aman las historias trágicas —respondí, como si la conversación del día anterior no se hubiese terminado—; los judíos aman las historias con final feliz. A diferencia de la tragedia griega, en las historias judías la redención sigue al drama. La salvación sigue al sufrimiento, cuanto mayor es el sufrimiento mayor es la apoteosis de la redención —mi padre me miró con sorpresa—. Aún esperamos al Mesías, ¿recuerdas? La historia no termina hasta que no llegue el final feliz.

—Entonces, ¿escribirás mi historia? —preguntó.

—Depende. ¿Es tu historia una narrativa judía o una tragedia griega? —sonreí disfrutando de mi temporario poder argumentativo—. ¿Acaso hay redención al final de tu historia?

—Eso lo veremos. En términos aristotélicos, por lo menos habrá catarsis —respondió sonriente.

—Para Aristóteles los sentimientos centrales de la tragedia son la lástima y el miedo —dije—. Para los judíos, la emoción central es la esperanza —lo miré ya sin sonreír—. No te tendré lástima, papá. Y mi único miedo es terminar como tú.

Mi comentario no lo apesadumbró. Lo estimulaba sentirse desafiado.

—Ya no busco compasión, pero sí esperanza —concluyó.

Sacudí la cabeza.

—Venga, cuanto antes empecemos, antes terminaremos —apuré y me dispuse a buscar un lugar donde trabajar.

Mi padre poseía un bonito escritorio apoyado contra la pared opuesta a la ventana, pero tenía lugar para una sola persona y estaba repleto de papeles, libros e instrumentos médicos. No lo usaba desde hacía meses. Le di una mirada reprobatoria y me acerqué a la mesa multiuso en el centro de la estancia.

—Trabajaremos aquí, si es que podemos hacernos un lugar entre tanta basura —critiqué, mientras ponía los libros sobre la cama asegurándome de cerrarlos para que mi padre perdiese la página que estaba leyendo—. No sé qué tienes contra los señaladores —dije esperando que se molestara, pero en cambio se sirvió medio vaso de aguardiente y me dejó hacer.

Intenté crear el mejor ambiente de trabajo posible. Dispuse dos sillas enfrentadas para cada uno de nosotros, y frente a la que sería mía coloqué un tintero y una pequeña plancha de cuero para amortiguar el trazo de la pluma sobre el papel. Apoyé el secante a la izquierda del tintero y una pila de hojas vírgenes a la derecha.

Mi padre comenzó a hablar. Al principio sus palabras goteaban tímidas, pero al cabo de un par de horas se transformaron en un caudaloso torrente. Yo llenaba hoja tras hoja con una caligrafía apresurada y apenas legible. Irremediablemente se me escapaban detalles. Aun a costa de perderme un nombre o una fecha, decidí no interrumpir a mi padre ni pedirle que repitiera. No quería cortar el flujo del relato ni hacerlo pensar demasiado. Quería que contara, no que analizase. Si era estrictamente necesario, le hacía una pregunta, pero solo para clarificar un punto del relato o para desenmascarar alguna trampa obvia que le jugaba la memoria al mezclar personas o

eventos. Le preguntaba en voz baja, sin mirarlo, pues temía romper el encanto del momento. Recorría sus años mozos paso a paso, redescubriéndolos mientras me los contaba. Se lo veía como quien vaga por una vieja casa aversonada y entra a sus incontables habitaciones, una a una, para encontrar en todas ellas recuerdos e historias que creía desaparecidas por siempre. No quería que saliera de aquella casa hasta que no hubiera recorrido todas y cada una de sus estancias.

Aquel día no nos detuvimos ni un momento. Teníamos queso, arenque salado y pan negro que comimos con las manos sin dejar de trabajar. En ocasiones me contaba su historia como si fuera levantando guijarros que había dejado en el piso de un laberinto para encontrar el camino de salida. Cada piedrita un nombre, un secreto o un indicio que yo volcaba en el papel.

Seguimos trabajando hasta bien entrada la noche. Cuando el sol desapareció por completo detrás de las *guildhouses* encendimos dos velas de cebo cuyas flamas temblaban y creaban largas sombras irreales sobre las paredes. Decidimos parar unos minutos después de que dieran las tres de la madrugada. La punta de la pluma se había quebrado y los ojos me ardían por el esfuerzo.

Seguimos hurgando entre recuerdos y fantasmas durante dos días más. Si bien al principio intentaba captar cada palabra que mi padre decía, hubo un momento en el que empecé a escribir cada vez menos. Registraba palabras aisladas o fragmentos de oraciones. Parafraseaba, subrayaba párrafos, escribía signos de interrogación e ilustraba con dibujos alguna idea. Él hablaba como siempre, pero para mí era cada vez más importante llegar a la esencia de las cosas que recoger los detalles. Tratábamos de seguir un orden cronológico, pero cada tanto yo le pedía volver atrás y aclarar aspectos oscuros del relato. A medida que el tiempo pasaba comencé a preguntar más, interrumpía con menos timidez y hasta me trenzaba con mi padre en discusiones filosóficas o religiosas. A esta altura, debo reconocer que las notas que tomaba incluían cada vez más mis propias ideas. A veces, mi padre lloraba. A veces, ambos llorábamos. Otras, reíamos o me contaba cosas terribles con una indiferencia que helaba la sangre. Cuando relataba sus aventuras románticas con morboso detallismo lo dejaba hablar, tratando de que no se notara el rubor de mis mejillas.

¿Nos acercábamos el uno al otro? No realmente, pero habíamos creado una especie de camaradería temporaria, como la de dos hombres perdidos en un bosque que por casualidad se encuentran y

buscan juntos la salida, aunque saben que, una vez orientados, cada uno seguirá su camino y jamás volverán a verse.

Al final del tercer día mi padre consideró que había hablado lo suficiente. Hizo un largo silencio y me tomó la mano impidiéndome escribir más.

—Con eso basta —dijo.

—Pero, papá —protesté—, aún hay muchos detalles que me faltan. Este relato está lleno de lagunas, necesito más datos, personas, nombres. Todavía hay cosas que no cierran, cosas que no tienen sentido…

Vi en sus ojos una expresión nueva. Destellaba en ellos una paz, hija del agotamiento extremo. Su cansancio le generaba una plácida indiferencia hacia todo y hacia todos.

Me soltó la mano y fue a buscar en el armario una botella de vino de oporto. Miró por la ventana con la botella en la mano. La lluvia cansina y el cielo de granito acentuaban la penumbra de aquella tarde flamenca.

—Tú eres el narrador. Lo que quieras eliminar, elimina, y lo que te falte, invéntalo. Mi historia ahora es tuya, haz con ella lo que quieras —dijo sin emoción alguna. Luego su ceño se contrajo como quien recuerda un último detalle y señaló un atado de papeles que juntaba polvo en un armario—. Allí tienes cartas, escritos y hasta documentos copiados del archivo inquisitorial. Úsalos también si quieres.

Sirvió dos vasos del vino negro y espeso. Empujó uno de ellos hacia mí con el dorso de la mano y se volvió a sentar. Olió el vino largamente y yo no pude evitar imitarlo.

—Ya está —dijo—, ahora tomemos una copa.

LIBRO PRIMERO

En tierras de idolatría

ANDALUCÍA, CINCUENTA AÑOS ANTES

Tengo muy pocas memorias de Vila Flor. Portugal fue siempre una idea más que un recuerdo. A veces creo rememorar las verdes laderas transmontanas; casas con patios flanqueados de naranjos; azulejos en colores pastel y largas mesas de madera bajo las parras. Veo en mi mente techos de tejas embutidos en colinas onduladas y pequeños villorrios escondidos entre olivares y viñedos, pero no sé si se trata de recuerdos verdaderos o de composiciones hechas con retazos de imágenes de otras tierras. Algo que aprendes al hacerte viejo es que la distancia entre memoria e imaginación es mucho más corta de lo que creemos. Con los años se hace difícil distinguir entre las cosas que realmente vivimos y aquellas que han sido implantadas en nuestra memoria por otros, o por nuestra propia mente.

Lo que sí recuerdo claramente es el ajetreo de las mudanzas. Veo imágenes desordenadas de baúles a medio hacer, sirvientes afanosos envolviendo la vajilla, mi madre dando órdenes, mi padre empujando a una mula pertinaz. Recuerdo despedidas con lágrimas, llantos quedos y miradas silenciosas. Recuerdo manos tomadas, carros rebotando sobre accidentados caminos de tierra y el gusto del polvo del camino en la boca. Recuerdo la mezcla de anticipación y angustia que acompañaba a cada partida.

En nuestra familia se hablaba muy poco de Portugal, sin embargo, era una pesada presencia implícita que nunca se alejaba demasiado. En boca de algunos, Portugal era una contraseña que abría puertas. Para otros, era una indeleble marca de Caín en la frente. Portugal nos unía a muchos y nos separaba de muchos más. Pero eso yo no lo sabría hasta mucho más tarde. De niño, el peso de nombres como Vila Flor, Braganza o Belmonte me era desconocido. Eran nombres cuyo significado profundo yo ignoraba.

Durante esos años nómadas e inciertos mis tres hermanos y yo construimos un mundo privado, protector y cálido. Marco era el mayor. Me llevaba ocho años y yo lo idolatraba. Durante las largas

ausencias de mi padre me aferraba a él, y él desempeñaba con placer y orgullo el papel de hermano protector. Antonio era dos años mayor que yo. Por la edad al menos, deberíamos haber sido mucho más cercanos, pero nunca desarrollé con él aquella relación de complicidad que tenía con Marco. Finalmente, María, dos años menor que yo, era la princesita de la familia. Marco y Antonio la adoraban, y yo la celaba terriblemente porque me había quitado la atención de mi madre. Nuestras travesuras seguían un parámetro preestablecido. Yo las instigaba y Marco las refinaba. Yo las ejecutaba y Marco era castigado. Antonio era la voz de la razón y por lo general se mantenía al margen de nuestras locuras. Mi madre siempre cedía ante mis encantos y desde pequeño aprendí a usarlos para evitar ser castigado. "Ay, esa sonrisa", decía levantando las manos al cielo. Por descarte, el pobre Marco era quien recibía toda la furia de doña Felipa de Prados.

A mis cinco años, mientras vivíamos en un pueblo de Galicia del cual no tengo memoria alguna, escuché la palabra *Inquisición* por primera vez. Más tarde aprendería que alrededor de 1615 las cosas habían comenzado a ponerse duras para los portugueses de la región. La mayoría de los portugueses eran, de hecho, cristianos nuevos y ambos términos eran usados indistintamente. El Santo Oficio gallego había sido suprimido en 1568, y muchos portugueses aprovecharon para instalarse allí. El respiro, no obstante, duró poco. Mientras vivíamos allí, la Inquisición había vuelto a desatar toda su furia. Los renovados bríos de los guardianes de la fe eran parte de una sorda lucha de poder en la que se enfrentaban la aristocracia terrateniente y las nuevas clases urbanas de comerciantes y artesanos. Como tantas otras veces, la aparición del Santo Oficio precedió a una nueva mudanza. Mi padre había estado ausente un tiempo largo y cuando regresó estaba más distante y más frío que nunca.

"Vamos a Andalucía", dijo mi madre sin mayores explicaciones mientras llenaba arcones de lienzos y abrigos. El nombre no me decía nada, pero Marco parecía aprobar el destino elegido y eso me tranquilizó. "Es el lugar más hermoso de España", dijo y me prometió: "Te encantará".

Las mulas comenzaron a moverse con bufidos irritados. Los ejes de las carretas rechinaron y los bueyes comenzaron a empujar, cansinos e imperturbables. Vi cómo mi madre trataba de sofocar las lágrimas, que a pesar de sus esfuerzos rodaban insolentes por sus mejillas. En mi visión de niño, mi madre era la mujer más bella del mundo. Su largo pelo castaño enmarcaba un rostro redondo de piel clara y ojos verdes.

Tenía pómulos bajos y suaves, y una expresión que mezclaba bondad y severidad en una improbable armonía. Al verla llorar, mis ojos se anegaron también y Marco me consoló tomándome de los hombros. No sabía exactamente por qué lloraba, solo me sabía preso de un inexplicable y opresivo desamparo. Mi padre nos miraba ausente con sus taciturnos ojos oscuros mientras bebía aloques con manos temblorosas. Como en otros éxodos, nuestros tíos y primos nos seguían en sendas carretas cubiertas de lonas grises. Para escapar de los ojos de mi madre, fijé la mirada en los bueyes, que se movían con majestuosa desidia, como burlándose de los afanes y temores de nuestra precipitada partida.

Marco, no obstante, tuvo razón. Andalucía fue el escenario de las memorias más bellas de mi infancia. Años más tarde, cuando declaré haber nacido en Lopera, no creía estar mintiendo. En Lopera, en nuestro pequeño rincón de Andalucía, fuimos felices. O al menos creíamos serlo. El hombre está forjado en el molde de la tierra que lo vio nacer, pero para mí ese molde fue Andalucía. Me formaron las colinas ocres, los olivares infinitos, los arroyos indolentes y el sol generoso y seco; las casas blancas que reflejan el sol y las piedras grises, las flores de los almendros en primavera y las naranjas en otoño; limoneros cargados de oro y siestas a la sombra de higueras y viñas.

En Lopera, las peregrinaciones eternas parecían haberse tomado un respiro. Como todos los cristianos nuevos, vivíamos con miedo permanente. Era un miedo tenue e indefinido, nunca totalmente presente y nunca completamente ausente. Era como si supiéramos que algo malo pasaría en algún momento, y no cuándo ni qué sucedería exactamente. Mientras tanto disfrutábamos de la vida lo mejor que podíamos. La ciudad reposaba sobre suaves colinas del color del pan recién horneado. Recuerdo la placidez que sentíamos mirando el valle desde la fortaleza, construida trescientos años antes por los católicos guerreros de la Orden de Calatrava para defender a la región de ataques musulmanes que nunca habían llegado.

Había varias familias portuguesas en Lopera y muchas más en los pueblos de la región. Nuestros tíos y primos vivían en Porcuna, a unas pocas horas de marcha, por lo que los veíamos muy seguido. La relación entre los portugueses estaba llena de sobreentendidos, medias verdades y complicidades secretas. De algún modo, los portugueses —lo entendería más tarde— funcionaban también como una red comercial independiente, dado que la mayoría de los cristianos viejos

despreciaban el comercio. De a poco, mi padre se hizo parte de esa red. Compraba y vendía telas, cereales, asnos y quién sabe qué más. Viajaba mucho por los pueblos de la provincia y muchas veces sus periplos llegaron hasta Córdoba, Granada y Málaga. Nosotros nos acostumbramos a vivir con sus largas ausencias. A veces Marco y Antonio lo acompañaban en sus viajes. Al regresar, Marco y yo dábamos largas caminatas a la vera del arroyo durante las que me contaba sobre aquellos periplos andaluces. Los relatos sobre las actividades comerciales de mi padre me aburrían a muerte, pero las barrocas descripciones de los pueblos y ciudades que recorrían gracias al negocio me fascinaban. Quizá por aquellos viajes, Marco se había convertido en un muchacho vivaz e inteligente. En su aspecto físico nada resaltaba especialmente. Tenía la nariz huesuda de mi padre, la frente despejada y el cabello oscuro, fino y perpetuamente desordenado. No era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco. Era de aquellas personas que parecen especialmente diseñadas para pasar desapercibidas en una muchedumbre. Era ambicioso, lo sería toda su vida, pero sabía distenderse y disfrutar de los placeres simples. Hablaba con voz calma y firme y transmitía una serenidad contagiosa. Era él quien resolvía disputas entre hermanos y primos. Antonio era de rasgos parecidos a Marco, pero su carácter era distinto. Si Marco era locuaz, Antonio era reservado. Donde Marco era afectuoso, Antonio era distante. Cuando el rostro de Marco transmitía bonhomía, el de Antonio proyectaba severidad. Antonio parecía un hombre adulto y serio, atrapado en la piel de un niño.

Yo era físicamente muy diferente a mis hermanos. Aun de pequeño se podía ver que sería alto. Mi madre solía decir que a los siete años yo usaba ropa que Antonio había usado a los diez. A diferencia del pelo ralo de Marco, yo lucía una frondosa melena rizada que doña Felipa se negaba a cortar. “¡Serás el azote de las niñas de Jaén!”, decía sonriente. ¿Y qué puedo decir de María? Algún ignoto antepasado le había legado unos profundos ojos azules con vetas grises y verdes que cambiaban de tonalidad de acuerdo con el tiempo. Su cabello castaño le llegaba a la cintura. Era vehemente y atrevida, y había aprendido gestos teatrales y afectados que eran la delicia de la familia.

Debo decir que más allá de la compañía de la dulce e histriónica María, me dolía separarme de Marco cuando partía con mi padre, pero sabía que volvería cargado de golosinas y regalos y eso me consolaba. No puedo decir, en cambio, cuánto extrañaba realmente a mi padre. Al principio sus partidas me entristecían, pero con el tiempo descubrí

que aquella desazón era fruto del contagio y no de un genuino pesar. Aquel hombre huraño y contrito me trataba con una distancia próxima a la indiferencia. Su rostro largo y esquivo, sus prolongados silencios y su expresión cejijunta eran un enigma que yo había renunciado a resolver. Había tratado. Había intentado descifrar su seca actitud como quien descifra un mensaje en código, pero finalmente se rinde al darse cuenta de que el mensaje no dice nada. Mi padre parecía desilusionado de mí. Parecía sentirse más cómodo cerca de mis hermanos que de ese pequeño travieso que hacía preguntas difíciles y amaba desafiar la autoridad. Años más tarde descubriría las profundas marcas que le agrietaban el alma. Entonces lo entendería más y mejor, pero ya sería demasiado tarde.

En aquellos años tiernos disfrutaba de las largas semanas en las que María y yo teníamos a mi madre solo para nosotros. Mamá me incitaba a perseguir mis inquietudes intelectuales. Siempre contestaba mis preguntas y lo que no tenía en conocimiento lo suplía con paciencia e ingenio. Se interesaba mucho por mis progresos en los estudios y con algunos reales que le birlaba a mi padre le pedía a Marco que trajera libros de Jaén o Córdoba. También ella amaba las historias. Leía masculinos libros de aventuras y caballeros, braveando el desapruebo de las señoras del barrio. No le importaba tanto el contenido de la historia como la elegancia del relato con su armónico fluir de palabras y oraciones. Leer no era la única actividad masculina de mi madre, también jugaba a los naipes e insultaba como un carrero. Al escucharla, yo sonreía y María se santiguaba.

Una de las cosas que me gustaban era sentarme en la cocina y mirar a mi madre trabajar. Al principio ella me decía, con fingido enfado, que me fuera a hacer algo útil, pero siempre terminábamos por pasar horas charlando de las cosas más variadas. Un día, atraído por el olor fragante de cebollas rehogándose en aceite de oliva me acerqué a la cocina y la encontré preparando un guiso que se adivinaba delicioso mientras cantaba una canción en un español arcaico y hasta cómico, mechado con palabras extrañas. Me quedé sentado en silencio escuchándola cantar:

Arvoles lloran por lluvia
y montañas por aire
Ansí lloran mis ojos
por ti querido amante
Lloro y digo qué va a ser de mí

En tierras ajenas me vo murir

Enfrente de mí hay un angelo
con tus ojos me mira
llorar quero y no puedo
mi corazón suspira
Lloro y digo qué va a ser de mí
En tierras ajenas me vo murir…

Pronunciaba las jotas como *dsh*, tal como hacían los portugueses o los gallegos. La canción parecía triste pero la música era pegadiza y ligera…

—¿Qué haces ahí, escondido como un ratón? —me cuestionó.

—Nada, mamá, te escuchaba cantar.

—¡No está bien escabullirse detrás de la gente sin anunciarse!

—Lo siento, mamá —dije—, no quería molestarte.

Siguió cortando verduras en silencio. De tanto en tanto alimentaba la olla ennegrecida con más ingredientes para el guiso.

—¿Qué cantabas? —pregunté.

Ella pareció titubear. Presentí que sopesaba si decirme la verdad o inventarme una de sus historias.

—Es una canción en djudezmo —dijo—, el idioma que hablaban los judíos en España.

—¿Y por qué cantas canciones de judíos? —pregunté.

—Ay, Juancito… no son canciones de judíos, son solo canciones. Mi madre las cantaba, y mi abuela antes que ella.

—Pero nosotros somos católicos —insistí—, ¿por qué no cantas canciones de cristianos?

—Claro que somos católicos —respondió divertida—, ¡y muy devotos! Pero mira, Juancito, nuestra familia no viene de Portugal, sino de aquí mismo —extendió su brazo y lo movió describiendo un semicírculo—. Mis bisabuelos vivían a pocas leguas de aquí, y sus padres y los padres de sus padres. Todos amaban tanto esta tierra que cuando fueron obligados a partir pensaron que se morirían de pena. *Lloro y digo qué va a ser de mí / En tierras ajenas me vo murir*. ¿Lo ves? —dijo acariciándome la cabeza—. No hay nada de judío en la canción, solo tristeza y añoranza por esta tierra hermosa en la que nuestros antepasados vivieron por más de mil años, ¿cómo no habrían de añorarla? —perdió un poco el tono juguetón y siguió hablando con más sobriedad—: Imagínate además su desesperanza: su amada

España estaba tan cerca y a la vez tan inaccesible —hizo una pausa—. No es ninguna vergüenza que tengamos antepasados judíos, es como si fuésemos de la misma familia que Jesucristo, la Virgen María y los Apóstoles. Muchos se burlarán de ti por ser "cristiano nuevo"; diles que mientras sus antepasados vivían en cuevas cazando chanchos salvajes y vistiéndose con harapos, los tuyos construían el Templo de Jerusalén y escribían los Evangelios —ante mi mirada de curiosidad continuó—: Mira —dijo, como para eliminar toda ambigüedad—, si alguien se mofa de ti, muy sencillo, le pegas una trompada en el puente de la nariz o un patacón en las pelotas. ¿Ahora entendiste?

—Sí.

—Muy bien, ahora tráeme la sal y ayúdame a cortar las coles.

A veces, cuando mi padre y Marco partían por largo tiempo, mi tío, el excéntrico don Manuel Gómez, venía de Porcuna a quedarse con nosotros por unos días. Si bien nos manteníamos en contacto con todo el gran clan de los Gómez y los Prados, Manuel era a quien más veíamos. No tenía familia y parecía disfrutar enormemente de nuestra compañía. Sus visitas eran siempre motivo de alegría. Entraba en nuestra casa moviendo con distinción su cabeza plateada y llevando las alforjas llenas de regalos e historias fascinantes e inagotables.

El tío Manuel había vivido en las Indias por varias décadas, pero nunca hablaba de las razones que lo habían llevado al Nuevo Mundo. Aun de niño, me resultaba difícil creer que solo lo había motivado el oro del Perú o la sed de aventuras. Aquello no convenía con su carácter afable y generoso.

No obstante, durante sus años en América había amasado y perdido varias fortunas en inversiones a veces geniales y otras desastrosas. Finalmente, cuando rescató una modesta cantidad de riquezas, se instaló en Andalucía, cerca nuestro. "¡Para poder visitar a mis queridos sobrinos!", según decía a quien quisiera saber el motivo de su regreso.

En una oportunidad llegó a casa cargando unas barras de color marrón oscuro que despedían un olor dulce y seductor. Al agarrarlas, comenzaban a derretirse y a dejar rastros pringosos en los dedos.

—Se llama chocolate, y es un exquisito manjar de México. Pruébalo —me invitó.

Mordí con temor. El sabor era punzante y amargo, pero de una espesa y extraña dulzura.

—Solo un poquito —dijo—, si no, no dormirás en toda la noche.

Luego, llamando a mi madre gritó:

—Felipa, pon a calentar agua. Voy a prepararte un elixir divino. Lo

toman solo las más altas damas de la corte.

Más tarde, se lanzó a una de esas interminables lecciones de historia que yo no entendía del todo, pero que me fascinaban por igual.

—Los aztecas decían que el mismísimo dios Quetzalcóatl les había dado la semilla de esta planta mágica. Si lo bebes puedes andar un día entero sin comer nada. Mejora los humores, cura la tos, previene la diarrea y da… ejem —fingió un carraspeo—, un gran vigor a los hombres. Claro que, como ves, es un poco amargo y picante, pero a las santas hermanas de un convento en Oaxaca se les ocurrió agregarle azúcar y ahora el gusto es simplemente fantástico.

En la cocina, el tío Manuel preparó entonces el extraño brebaje con grandes gestos teatrales, como si fuese un alquimista siguiendo fórmulas secretas y rituales mágicos.

—Ahora le ponemos un poquito de fécula, le agregamos algo de miel. Y ¡ya está! —revolvió enérgicamente con una cuchara de madera y deshizo algunos grumos que se habían formado en la superficie espumosa y negruzca. Lo probó—: ¡Ah! ¡Manjar de los dioses! ¿Sabes que en México el obispo de Chiapas tuvo que amenazar de excomunión a las damas que se hacían servir chocolate durante sus sermones? Una vez que lo pruebas no puedes parar.

Tomamos el chocolate en silencio, relamiéndonos los labios y absorbiendo el líquido que se pegaba a las comisuras de la boca.

El tío Manuel también había traído de América unos gordos cigarros. Los olía largamente y luego los encendía con una cerilla, se sentaba en el patio a fumarlos lentamente mientras miraba las estrellas que titilaban en el cielo andaluz. Pequeñas nubes de humo azulado le daban un efecto irreal a su cabellera de acero. Mi padre y Marco vieron enseguida el potencial comercial de aquellos productos extravagantes y adictivos y los agregaron a las ya variadas mercancías con las que traficaban, luego de pagar generosas coimas para violar con impunidad los monopolios reales.

Pero sin duda el regalo más significativo que el tío nos trajo de América fue Tomé y Bernarda, dos esclavos negros de edad indefinida que Manuel había rescatado de un amo cruel y abusivo en Panamá. Digo negros porque nunca he conseguido entender la maraña de ridículas calificaciones raciales que nuestro glorioso imperio usa en las colonias: negros, mulatos, zambos, zambaigos, tercerones, saltapatrases, tornatrases, tentenelaires… Lo cierto era que tenían la tez muy oscura, pero con facciones diferentes a los pocos africanos

que había visto en mi vida. “¡Parecen blancos de piel negra, mamá!”, me contaron que dije cuando los vi por primera vez. Ellos decían que venían de una tribu de Angola en la que todos tenían la piel color azabache, pero una fisonomía casi europea. Luego sabría que en realidad no habían nacido en África sino en la mismísima península ibérica y que nos unía a ellos una complicada madeja de secretos compartidos.

Tanto mi padre como mi tío se habían negado siempre a comerciar con esclavos. “La gente no se compra y se vende como mercancía”, decía mi padre. Según nos contó mi tío, Tomé y Bernarda habían llegado a él como parte del pago de una deuda. Su amo le debía dinero y encontraba todo tipo de excusas para no liquidar el adeudo. En una de las tantas visitas que Manuel le había hecho para reclamar sus haberes, vio a Tomé atado a un poste y con la espalda recubierta de sangre, signo inequívoco de una flagelación reciente. Bernarda lloraba en silencio junto a él y trataba de limpiarle los gruesos surcos que se le habían formado en la espalda y el pecho. Fue en ese momento que mi tío propuso llevarse a la pareja como parte del pago de la deuda. El dueño primero sonrió con cinismo, sospechando alguna extraña trampa. No entendía muy bien qué uso les daría a dos esclavos viejos y rebeldes, pero al ver que Manuel hablaba en serio, aceptó el trato con fingida reticencia.

A partir de entonces la pareja acompañó al tío Manuel en varias de sus aventuras americanas y él los emancipó frente a algún funcionario medio borracho de Nueva Granada. Para sorpresa de Manuel, los negros le pidieron acompañarlo a España. Fue así que llegaron a casa. Mi madre creía no necesitar criados y le resultaba demasiado oneroso mantener a dos personas cuya capacidad de producción económica era por demás dudosa.

—Felipa, tienes una familia grande —dijo Manuel—, necesitarás ayuda.

—No tenemos cómo mantenerlos —confesó mi madre. Pero lo que realmente le preocupaba eran las habladurías de los vecinos—. ¿Qué dirán si se enteran de que nosotros, unos portugueses salidos de la nada, tenemos esclavos negros? —su cara se crispó frente a la mención de la esclavitud—. Además, Francisco nunca aceptará que tengamos esclavos.

—Son libres —aclaró mi tío—, y créeme, te serán leales —había un giro enigmático en esa frase que no llegué a comprender.

—Los vecinos… —dijo mamá como absorta en sus pensamientos hasta que pareció despertarse de golpe para completar la frase—. Los

vecinos se pueden meter la lengua en el culo —y se volvió hacia la pareja con determinación—. Casa y comida —dijo—, comeréis y beberéis lo mismo que nosotros, menos los licores y el oporto de mi marido, claro está. Por ahora instalaos en el ático. Podréis construir una habitación de aquel lado del patio. Cuando pueda les daré algunos maravedíes. Si los negocios andan bien, muchos; si andan mal, pocos, y si andan como ahora, nada.

El negro Tomé la miró con gratitud mientras Bernarda la estudiaba con detenimiento.

—Gracias, no la defraudaremos.

—Y no se preocupe —agregó Bernarda—, nunca bebemos licor.

Mamá miró a mi tío con algo de sorpresa, como si se hubiese dado cuenta de algo. Manuel asintió levemente con la cabeza.

Se volvió nuevamente hacia los mulatos:

—Bienvenidos —dijo—. Id a instalaros.

Tomé y Bernarda se convirtieron así en miembros de la familia. Mi madre seguía quejándose de que tenía que encargarse sola de todas las tareas domésticas, pero lo cierto es que ambos criados la ayudaban. Tenían una gran habilidad manual y sabían trabajar la tierra. Con rapidez y maestría, plantaron un modesto jardín en el que crecían naranjas, azahares, tomates, cebollas, ajos y patatas. También plantaron algunas hierbas medicinales que el tío Manuel había traído de las Indias. Tomé guardaba una pequeña herboristería en su destartalado armario: tenía fragmentos de cortezas, pedazos de hojas secas envueltas en lienzos y raíces de formas retorcidas.

Un día de verano, a poco de habernos establecido en Lopera y mientras jugaba en el patio, el párroco de la iglesia de la Purísima Concepción, fray Bartolomé Uribe, visitó nuestra casa. Era un cura gordo y pelado con cara bonachona de la que colgaba una papada prominente. Vestía una sotana raída y se secaba permanentemente el sudor que siempre le cubría la frente. Mis padres lo recibieron con una deferencia casi servil. Se dejó caer pesadamente sobre el sillón de cuero repujado, mientras mi madre trajo una gran porción de pastel de moras. El prelado comenzó a devorarla con sorprendente rapidez, regando de migas su sotana. Mamá había preparado chocolate siguiendo las instrucciones del tío Manuel, pero fray Bartolomé prefirió algo más tradicional: “El jerecito que toma su marido me vendría bien”, sugirió. La campechanía y voracidad del cura hacía que el servilismo de mis padres pareciera aún más grotesco. Yo estaba jugando en el patio desde donde observaba todo. Pero en un

momento, mientras los adultos hablaban, me escondí detrás de uno de los postigos de madera para escuchar la conversación:

—Don Francisco —dijo con la boca llena y largando una lluviecita de migas—, he venido a agradeceros la generosa donación que han hecho en favor de nuestras obras de caridad.

—Bendito sea Dios que podemos dar —dijo mi padre persignándose. Mi madre también se santiguó con gesto grave.

—Claro que sí, don Francisco, pero no todos los que pueden son tan generosos.

—Como recién llegados, nos sentimos sumamente agradecidos por la cálida acogida que vos y la Iglesia nos habéis prodigado —comentó mi padre.

—Oh, pero ¿qué es la Iglesia sino una madre compasiva y generosa?

—Así es —concedió mi padre volviéndose a persignar.

—De todos modos, don Francisco, quería agradeceros. Ciento ochenta ducados es una suma que nos permitirá hacer muchas obras de bien no solo en Lopera sino en toda la diócesis —tomó un largo trago de jerez y su cara se crispó en una expresión que dejaba entrever una velada amenaza—. Hacéis bien en ser caritativo. La gente de cierta, digamos, *condición* ha sido acogida con gran amor por los brazos de la Iglesia y de algún modo debe una gratitud a nuestra Santa Madre. Me alegra que lo entendáis y espero que sigáis siendo así de caritativos en el futuro.

Esta vez mi padre no se persignó. Acusó recibo del ligero chantaje y bebió un trago de jerez. Luego cambió de tema.

—Padre Bartolomé, estoy pensando seriamente en la educación de mis hijos, en especial la de aquellos en edad escolar.

El fraile se sacudió las migas de la sotana con el dorso de la mano y musitó entre dientes un “puta madre” al ver que un grueso pedazo de crema le había caído en la pechera.

—Tenéis razón, don Francisco, la educación cristiana de los niños es fundamental —levantó el dedo índice regordete en señal de énfasis. Había algo cómico, casi encantador, en aquella tosquedad del párroco. Había algo de forzado en su severidad, como si su tono amenazante fuese un abrigo que le quedaba un poco grande.

—Pensaba enviarlos a Jaén, al colegio de los jesuitas, ¿qué opináis? —preguntó mi padre.

—Pero no —dijo el cura alargando la *o*—. Los jesuitas, que Dios los bendiga, complican demasiado las cosas. Les inculcan a los jóvenes ideas demasiado complejas y los confunden. Además, les enseñan

cosas sin ninguna utilidad… —le hizo una seña a mi padre para que se acercara y le dijo en voz baja—: Muchos se han vuelto herejes por tener demasiada información. Es un peligro —volvió a levantar la voz—. ¡Pues nada! Los niños vendrán a la iglesia, allí les enseñamos a leer y a escribir. Algunos rudimentos de latín, solo lo necesario, y, obviamente, el catecismo y las básicas obligaciones de un católico.

Mi padre tragó saliva.

—Os agradezco, padre. Enviaremos a los tres niños. Naturalmente pagaremos el costo de su instrucción.

—¿Tres? —preguntó el padre.

—Antonio, Juan, y mi hija María —respondió papá.

—¡Pero no! —nuevamente alargó la *o* como había hecho un par de minutos antes—. ¡No hay necesidad de enseñarles a leer y escribir a las niñas! Ellas deben ocuparse del hogar y no de leer. ¿O quiere vuestra merced que se le metan ideas raras en la cabeza? ¡Las mujeres no han nacido para estudiar!

Mi padre amagó a responder, pero mi madre lo silenció con un gesto. Sabía que ella podía enseñarle a María mucho más que fray Bartolomé. No valía la pena discutir.

—Como digáis, padre.

—Bueno —dijo el religioso mientras se ponía de pie con dificultad—, los tengo que dejar. Hay mucho que hacer en la iglesia.

—Desde luego —respondió mi padre—. Os agradezco enormemente la visita.

El cura apagó un eructo con el puño y salió de la casa. Mientras trataba de subirse a su mula, mi madre salió tras él:

—Padre, llevaos un poco más de pastel para el camino.

Fray Bartolomé fingió fastidio; “solo para que no os ofendáis”, dijo y puso en su alforja una enorme porción de pastel envuelta en un lienzo blanco.

Mis primeras clases tuvieron lugar en un aula de altos techos y paredes blanqueadas a la cal. Por entre el estuco mal puesto se veía la desnudez de algún que otro ladrillo gastado. El único ornamento era un crucifijo enorme. Las lecciones me aburrían. Marco ya me había enseñado a escribir y yo ya había empezado a leer el catecismo en casa. En la escuela nos sentábamos en pupitres de madera gastada para escuchar somnolientos a fray Bartolomé, que nos hablaba de la Eucaristía o nos contaba historias de santos. No se puede decir que el orondo religioso se esforzara demasiado en preparar sus clases. Más bien todo lo contrario. Por lo general, las terminaba después de unos

pocos minutos y se iba a dormir la siesta.

En la escuela pude poner en práctica, por primera vez, los sabios consejos de mi madre. Un día, luego de la clase, Antonio se sentó en el patio de la iglesia y sacó unos bocadillos que ella nos había preparado y se aprontó a comerlos. Tres niños, un grandulón de pelo rubio y grasiento y dos más pequeños, se le acercaron y empezaron a molestarlo:

—¿Tenéis hambre? —preguntó el más grande a los otros dos—. Pues aquí tenemos unos deliciosos bocadillos que este pequeño portugués seguro nos dará —dijo, señalando a Antonio.

Entonces, con un golpe certero en la mano con la que Antonio lo sostenía, el bocadillo cayó al suelo. Yo, que hasta entonces había estado presenciando la escena de lejos, me acerqué para ayudar a mi hermano.

—No somos portugueses, somos de Galicia —levanté el bocadillo y se lo devolví a Antonio, que estaba blanco de miedo, pero no se movía ni respondía.

—Oh, ya veo… De Galicia —repitió el grandulón y lanzó una sonora risotada que dejó ver unos dientes desaliñados—. Seguro que tus bocadillos no tienen jamón, ¿no es cierto, judío? —me clavó el índice en el pecho y dijo—: No coméis cerdo porque cerdos sois.

Durante un segundo eterno me apuñaló con su dedo, cada vez con más fuerza. De pronto, sin que mediara una decisión consciente, cerré el puño, concentré en él toda la fuerza que pude y solté una trompada. Si hubiese sido un mejor peleador, seguramente hubiese terminado con varias costillas rotas, pero en mi inexperiencia, apunté a la nariz y le erré. En vez de ello, mis nudillos se clavaron directamente en el ojo izquierdo del chico. Si hubiese tenido una mano más grande, mi puño hubiese chocado contra sus huesudas cejas, me hubiese roto los dedos y el muchacho me habría molido a golpes. Pero mis falanges eran chiquitas y se hundieron directamente en su globo ocular. El grandulón —se llamaba Gonzalo Arriaga— cayó al suelo gritando de dolor. Los otros dos lo ayudaron a levantarse. "¡Más judíos seréis vosotros!", les grité mientras se alejaban puteando por lo bajo. Si mis padres se hubieran enterado, habrían sido ellos quienes me hubiesen reventado a golpes, ya que el padre de Gonzalo era ni más ni menos que don Toribio Arriaga y Tagle, rico gentilhombre del pueblo y *familiar* de la mismísima Inquisición.

Más allá de aquel incidente, o tal vez gracias a él, los niños de la escuela aprendieron a respetarme. Antes del episodio yo era a la vez el que organizaba travesuras —como aquel día que meamos dentro de

las botas del corregidor Hernán de Santa Olaya— y el que hablaba con fray Bartolomé para sacarnos de apuros. Es decir, ya era popular entre mis compañeros, pero el ojo morado que Gonzalo lució por varios días en la escuela terminó por disuadir a cualquiera que quisiera tenernos como objeto de chanzas. Eventualmente, el mismo Gonzalo se acercó a mí y juntos diseñamos pequeñas maldades para despertar a fray Bartolomé de su siesta. Por lo general, no era el cura con quien nos debíamos batir sino con doña Eulalia. La gorda matrona estaba encargada de atender las necesidades del párroco y de la iglesia en general. Vestida con un delantal que algún día había sido azul y una cofia amarillenta, cocinaba, lavaba y atendía la pequeña huerta que había tras los jardines de la iglesia. En respuesta a nuestras travesuras, nos corría blandiendo un palo de amasar y puteando a los gritos. Su busto enorme se bamboleaba por debajo del delantal mientras gritaba: "¡Venid, inmundicias! ¡Gandules de mierda! ¡Os romperé la crisma!".

Doña Eulalia también, en ocasiones, tenía como función "reconfortar" a fray Bartolomé. Una vez Gonzalo y yo queríamos preparar la infame trampa del agua, que consiste en poner un balde con agua —u otras sustancias no tan inertes— haciendo equilibrio sobre una puerta entornada, así, cuando la víctima abre la puerta, el balde y su contenido le caen de sombrero. Para preparar nuestra maldad nos dirigimos hacia la amplia cocina contigua al refectorio, cuando escuchamos jadeos apagados y tenues exclamaciones. Miramos por la ventana y Gonzalo susurró con excitación: "Mira, la gorda le está mamando la verga al cura". Lo único que vi fue la espalda del fraile, su sotana levantada hasta la cintura, dejando ver vestigios de un culo fláccido y unas piernas lampiñas, gordas como macetas. Doña Eulalia estaba arrodillada a sus pies, aunque el ángulo me permitía ver solo parte de su cofia y su grasosa cabellera moviéndose adelante y atrás, era evidente que se trataba de ella. "¡Sí, putita, trágatela toda!", murmuraba el cura con voz ronca de calentura. La verdad es que yo no entendía del todo la mecánica de aquel acto, y la situación parecía más asquerosa que erótica, pero por la actitud de Gonzalo entendí que la escena debía ser algo por lo cual excitarse. Tratando de buscar una mejor ubicación para ver la escena, tropezamos uno con el otro y el ruido alertó a los amantes. El cura se bajó la sotana rápido y doña Eulalia se levantó secándose la boca con el dorso de la mano. Ambos partieron en direcciones opuestas, y Gonzalo y yo nos quedamos acurrucados bajo la ventana tratando con todas nuestras fuerzas de reprimir la risa.

Mi padre, mientras tanto, trabajaba duro y se hacía conocido en la región como un comerciante puntilloso y honrado. Cada tanto, alguien lo increpaba y lo trataba de "especiero", un epíteto reservado para los comerciantes portugueses sospechosos de judaísmo, pero por lo general lo respetaban, y hasta lo apreciaban.

En la España de aquella época el ideal con el que todos soñaban era el del ocioso hidalgo que no hace nada más que custodiar sus tierras y defender su honra en justas, duelos y batallas. El trabajo era para siervos de la gleba, moriscos y judíos. Y si el trabajo de la tierra aún conservaba alguna mínima dignidad, el comercio era despreciado tanto por nobles como por campesinos.

Pero mi padre parecía inmune a todo aquello. Su preocupación más importante era la falta de estabilidad económica de España. Junto a Marco y el tío Manuel se pasaban largas horas hablando de las políticas del conde-duque de Olivares mientras yo jugaba solo y escuchaba. Hablaban de guerras insensatas que costaban fortunas, de la corrupción de los gobernantes y de los bajeles rebosantes de oro que venían de América y que nos habían convertido en una nación de holgazanes.

La España imperial emitía crujidos ominosos, como los de un edificio a punto de derrumbarse. No obstante la inestabilidad económica y política, los negocios de mi padre se asentaron. Una de las primeras cosas que la holgura financiera le permitió fue contratar un tutor que suplementaría las fútiles clases de fray Bartolomé.

Un día llegó a casa con un cura medio jorobado y vestido con una sotana marrón. Mi padre nos reunió en torno al aljibe del patio. Era un día de calor opresivo y todos sudábamos copiosamente, excepto el cura, a pesar de su pesado sayo de lana. Su andar vacilante y chusco contrastaba violentamente con la severidad de su rostro, los ojos pardos animados por un fuego sagrado, los pómulos filosos y la nariz de halcón.

—Quiero presentarles al padre Gaspar de la Cruz. Él se encargará de darles clases de latín, aritmética, geografía e historia, además, claro está, de profundizar vuestros conocimientos de la doctrina católica.

El padre extendió su mano huesuda y nosotros nos quedamos mirándola sin saber qué hacer.

—Niños, ¿cómo se saluda a un dignatario de la Santa Iglesia? —dijo mi padre con enfado.

Antonio se adelantó primero, hincó la rodilla y besó la mano del clérigo. María y yo lo imitamos.

—El padre Gaspar vive en la ermita de San Isidro. Es un hombre de

gran sabiduría y es un gran privilegio para nuestra familia que haya accedido a participar de vuestra educación.

Enseguida entendí que las clases serían muy diferentes a las sucintas lecciones de fray Bartolomé. El padre Gaspar daba miedo, y tal vez por eso mi padre lo había elegido. Nuestro cura de pueblo no estaba a favor de más instrucción. Había insistido con los mismos argumentos que había usado en el pasado: "El conocimiento es soberbia, don Francisco —le había dicho a mi padre—, ¡es peligroso que la altivez se enseñoree en esas jóvenes almas!".

Pero la tozudez de mi padre, una suculenta cena de cordero asado con salsa de higos y pastel de ciruelas (además de una generosa donación a las obras de caridad de la parroquia), habían silenciado las protestas de fray Bartolomé.

Fray Gaspar era el perfecto opuesto de nuestro párroco. Era frugal en extremo. Podían pasar horas sin que bebiera un vaso de agua. Jamás consumía alcohol y nunca se lo veía comer. Su único sustento parecía ser la oración y la lectura ininterrumpida de los muchos libros que había traído consigo al instalarse en el ermitorio. Cómo tal santo varón había llegado a nuestro modesto pueblo era una gran incógnita. El pasado de fray Gaspar era nebuloso. Una vez, tratando de saber más acerca de mi enigmático nuevo maestro le pregunté a fray Bartolomé.

—Mi querido Juan, fray Gaspar es un hombre de gran sabiduría —dijo—. Ha estudiado en Alcalá y en Valladolid y ha dado instrucción cristiana a monjes, curas y laicos.

—Se rumorea que ha sido inquisidor, ¿es verdad? —pregunté.

—De alguna manera lo ha sido, aconsejaba al Santo Oficio en temas de doctrina y derecho canónico.

—¿Y por qué alguien de tantos conocimientos se ha recluido aquí?

La expresión del cura adquirió un semblante de seriedad. Su papada bamboleante de pronto pareció ser un símbolo de sabiduría y experiencia de vida.

—Juancito —dijo—, la verdad es que no lo sé, pero a veces la vida puede ser abrumadora. Incluso para un hombre como fray Gaspar. Creo que necesitaba tiempo de recogimiento, oración y soledad.

—Y ¿por qué entonces accedió a ser nuestro maestro?

—Ay, Juancito, tú y tus preguntas… No lo sé. Eso deberás preguntárselo a él algún día.

Las clases de fray Gaspar tenían lugar en su claustro de la ermita de San Isidro y nosotros, acompañados por algunos otros niños de familias portuguesas que se nos unían para las clases, recorríamos el camino hasta allí con aprehensión. Era un bonito sendero que

bordeaba el arroyo entre juncos, zarzas y mentas silvestres y llegaba hasta un edificio de piedra, de sereno encanto en el cual fray Gaspar tenía sus aposentos. La belleza del camino contrastaba fuertemente con la rudeza de las clases. En el fresco recinto de piedra, fray Gaspar hablaba y nosotros escuchábamos en silencio. Con sus ojos cavernosos, su piel ajada y su perfil amenazante, aquel hombre era materia prima para cuentos de fantasmas, pero su habilidad para enseñar era única. Desgranaba conceptos complejos y los hacía inteligibles para nosotros. Los mismos niños que hacíamos travesuras y maldades en las clases de fray Bartolomé, nos comportábamos como ángeles y repetíamos presurosos interminables declinaciones latinas y nombres de santos. El miedo me había cerrado la vía de la distracción y descubrí que, casi a pesar mío, amaba las cosas que el fraile nos enseñaba. Las clases en donde discutíamos ideas de la doctrina católica eran especialmente interesantes para mí. Descubría que detrás de las explicaciones pueriles y simplotas de fray Bartolomé podía haber una profundidad insospechada.

En mi cabeza de niño hervían preguntas existenciales y difíciles. Me preguntaba sobre el bien y el mal, sobre Dios, sobre la creación del mundo, sobre la naturaleza de los milagros y sobre la muerte. Trataba de entender conceptos como la libertad de elección y la presencia de Dios entre nosotros.

Recuerdo perfectamente cuando hablamos del pecado. Fue la primera vez que mencionamos abiertamente nuestra condición de cristianos nuevos. Los niños tomábamos un refrigerio bajo los olmos en el patio de la ermita y fray Gaspar, que no comía, hablaba con ojos furiosos y voz calma.

—Lo importante es entender de dónde viene el pecado. A veces es el demonio quien nos incita al pecado o planta el mal en nuestro camino, pero siempre es el hombre la fuente última del pecado. Hay una imperfección original fruto del pecado de Adán y todos nosotros heredamos ese pecado original del cual solo nos salvamos cuando aceptamos a Cristo.

—Fray Gaspar —pregunté—, si todo viene de Dios, ¿cómo puede el demonio hacernos pecar si Dios no lo quiere?

—Porque Dios nos ha dado libertad para elegir si pecar o no. Nosotros podemos decidir no caer en las trampas que nos pone el maligno. Dios nos da su luz para alumbrar el camino correcto. Si seguimos la voz de Jesucristo evitaremos al demonio.

Me quedé pensando un rato y fray Gaspar esperó, sabiendo que algo importante se cocinaba en mi cerebro.

—No entiendo —dije—. No entiendo por qué cargamos con el pecado de Adán aunque seamos justos y no hayamos pecado.

—Si insectos corroen el tronco de un árbol, las frutas probablemente saldrán dañadas —comparó el fraile. Era llamativo cómo podía ser pedagógico sin mostrar ni un ápice de simpatía—. Adán es el padre de todos los hombres. Cuando él pecó, dañó su esencia. Dejó entrar al mal a su cuerpo y a su mente. Dañó el tronco, y nosotros, los frutos, estamos parcialmente corruptos en nuestra esencia. Desde que Adán desobedeció a Dios, nos transmitió una naturaleza humana imperfecta, en la cual se ha perdido la pureza de la santidad y la justicia de Dios.

—Sigo sin entender —insistí—. ¿Por qué cargamos con las culpas de las malas acciones de otro?

El religioso esbozó una pequeñísima sonrisa.

—Hay una diferencia muy importante que no sé si podrás comprender aún. Hemos heredado de Adán una naturaleza humana deficiente, fallida, en la cual convive el impulso hacia el bien que Dios nos ha legado al crearnos a su semejanza, y el impulso hacia el mal y la concupiscencia, producido por el pecado original de Adán. Pero no hemos heredado la culpa de Adán. Eso lo creen los herejes luteranos. Hemos nacido con una inclinación al pecado, pero no con culpa por hechos específicos que no hemos cometido. El sacramento del bautismo nos ayuda a liberarnos de ese pecado original de Adán. A pesar de eso, el pecado ejerce una cierta dominación sobre el hombre, pero este siempre es libre para elegir su camino, y eso es lo que lo hace responsable de sus actos.

Una pregunta me empezó a quemar en el vientre. No obstante mi corta edad, ya había escuchado hablar de los estatutos de limpieza de sangre. Incluso el bonachón de fray Bartolomé nos hablaba de nuestra sangre infecta y de los pecados que arrastrábamos por la herejía de nuestros ancestros.

—¿Por qué entonces nos acusan a nosotros de los pecados de los judíos de antaño? Si cada uno es responsable de sus propios pecados ¿por qué los cristianos viejos son mejores que los cristianos nuevos?

—No lo son, y quienes digan lo contrario son ignorantes. No hay cristianos nuevos y viejos. Hay buenos y hay pecadores —cortó fray Gaspar y continuó—: pero corréis más riesgos de caer en la herejía y el pecado no en virtud de un pecado heredado sino por la presencia de vestigios de judaísmo en vuestras familias. Algún pariente cuya conversión no ha sido sincera, algún retazo de viejas tradiciones o una pequeña chispa de tozudez judaica pueden desviaros hacia las

antiguas supersticiones de vuestros antepasados, que rechazaron a Cristo y pagaron con creces su pecado. Por eso, mi función es construir una sagrada muralla de fe para que las malas influencias no puedan penetrar en vuestras almas, para que si el demonio os tienta, no caigáis en el error mortal del judaísmo. Vuestra fe debe ser fuerte, porque el demonio os acecha a la vuelta de cada esquina.

Judaizar era, ya lo habíamos aprendido, una de las formas en que el maligno trata de apoderarse de nuestras almas. En la cósmica batalla entre el bien y el mal, Lucifer nos tienta con la ley muerta de Moisés para alejarnos de la gracia de Jesucristo, que con su muerte nos ha salvado.

Por eso mi padre había elegido a fray Gaspar. Temía que la obesa lasitud de fray Bartolomé no fuera suficiente para inocularnos contra el peligro del judaísmo y no quería dejar nada librado al azar. Cierto, papá quería que aprendiéramos historia, que supiéramos de Plinio y Séneca y que pudiéramos escribir en romance y en latín. Pero por sobre todo, quería protegernos del demonio judaico.

Cierta vez, los hombres de la familia hicimos juntos un viaje. Hay algunos momentos de la niñez que se graban en nuestra memoria con especial claridad y aquel viaje fue uno de ellos, tal vez por la excitación de partir por primera vez junto a los adultos o por las muchas cosas que aprendí. En aquel viaje los judíos fueron mencionados muchas veces y, entre otras cosas, pude entender aún más las ideas de mi padre respecto de nuestro “linaje maldito”.

Marco y papá debían ir a Jaén. El tío Manuel decidió acompañarlos para atender sus propios negocios en la ciudad. “¿Por qué no llevamos también a Juan?”, dijo Marco. Mi padre accedió, mi madre preparó viandas de queso, galletas, pan, salchichas secas y frutas confitadas y Tomé preparó las mulas. El mulato nos acompañaría también para ayudar a mi padre y a Marco. En aquella época, en la cual los caminos estaban infestados de todo tipo de malvivientes, era bueno viajar de a muchos.

Partimos hacia el este a lomo de mulas viejas que se movían morosamente por el camino de tierra, al que escoltaban olivares y zarzas marchitas. El sendero subía y bajaba acompañando las suaves colinas. Cada tanto veíamos una parcela cultivada con trigo o maíz y unas pocas cabras pastando aburridas.

Mi padre cabalgaba en silencio y el tío Manuel nos contaba a Marco y a mí historias de sus aventuras americanas. Mi hermano sabía que la mitad de los relatos eran fantasías, pero viendo cuán fascinado

estaba yo, no se atrevía a romper el encantamiento con objeciones.

Bordeando el Arroyo Salado, nos aproximamos a la villa de Arjona.

Pasamos la noche en un albergue de la ciudad y desayunamos unas suculentas migas andaluzas hechas con pedacitos de pan y ajo fritos en aceite de oliva, tocino y huevos. El único que no comió con nosotros fue Tomé. Lo vimos afuera del albergue comiendo una hogaza de pan perdido en cavilaciones indescifrables.

Saliendo de Arjona, el camino seguía al paisaje ondulado y ocre. Como en una danza de tierra, se acercaba y se separaba de arroyos y riachos. Papá y Marco hablaban de negocios mientras Tomé, Manuel y yo hablábamos de América. Me contaron la historia de los incas que adoraban el sol, comían en platos de oro y bebían en cálices de plata incrustados de esmeraldas. Me hablaron de cómo un puñado de españoles vencieron a cien mil nativos, pero también de cómo los nativos se habían rebelado contra los invasores y los habían mantenido en vilo por más de treinta años a pesar de no contar con las armas y los caballos que supuestamente convertían a los cristianos en invencibles. Me contaron de la crueldad de los encomenderos, tiránicos señores feudales del Nuevo Mundo que explotaban el trabajo de los nativos en los campos y en las minas de oro y plata.

—Si los tratan así, ¿por qué los indios no se rebelan otra vez? —cuestioné.

—No es tan fácil, niño Juan —dijo Tomé—. Yo he sido esclavo de un amo cruel. Hay un momento en el cual la opresión es tal que solo piensas en la próxima comida. Te acostumbras a sufrir y solo vives para pequeños respiros, cortas treguas en el medio de un mar de terror. Lo peor de la esclavitud es que te resignas a ella.

—Desde Bartolomé de las Casas en adelante —continuó Manuel— muchos clérigos y doctores de la ley han protestado contra la crueldad con la que fueron tratados los indios, y algunas cosas han mejorado para ellos. Los esclavos africanos han reemplazado a los nativos en muchas tareas, pero, básicamente, los españoles se siguen enriqueciendo y los indios siguen sufriendo. La mayoría ya no piensa en rebelarse, pero esperan a que el inca Atahualpa regrese de los muertos y venga a liberarlos de los barbudos conquistadores que usurpan su Pachamama o madre tierra. Lo llaman el Incarri, una especie de mesías que los redimirá.

—¿O sea que esperan un mesías, como los judíos? —pregunté, recordando una de las lecciones de Bartolomé.

Mi padre escuchó aquellas palabras y se volvió hacia el tío Manuel. Lo fulminó con la mirada. El tío pareció asustarse, y mirando fijo a mi

padre, me habló con frialdad, como si leyera de un libro:

—No. El mesías de los judíos ha llegado hace mil seiscientos años. Se llama Jesús de Nazaret. Ellos no lo reconocieron y por eso pagan el precio de su perfidia hasta el día de hoy.

El resto del camino transcurrió plácido. Viajar me causaba una excitación difícil de explicar. De algún modo, el tedio del viaje me relajaba y las conversaciones interminables me entretenían. Mientras avanzábamos, buscaba líneas rectas entre los olivares infinitos y adivinaba formas en las nubes caprichosas.

De pronto, el paisaje se volvió más verde y arbolado. Había más granjas y cultivos más variados. Los arroyos serpenteaban entre cañadas exuberantes y las colinas ganaban altura. A lo lejos divisamos las imponentes murallas de Jaén y su majestuosa fortaleza, que a pesar de siglos de aversono seguía intimidando a todo aquel que se acercaba.

Naturalmente, el tío Manuel desató otra de sus lecciones:

—La fantástica Jaén —proclamó teatralmente—. Aquí mismo, Aníbal, el gran cartaginés, construyó un inexpugnable castillo. Aquí se refugió su hermano Asdrúbal, y aquí se amedrentó Escipión el Africano, quien no tuvo el suficiente coraje para atacar la plaza.

Yo conocía la historia de Aníbal por las clases de fray Gaspar y me fascinaba aquella aventura descabellada del cartaginés.

—Claro que los romanos terminaron por derrotar a los cartagineses, y los visigodos a los romanos. Ya ves —continuó con filosofía—, siempre en algún lado se esconde alguien más fuerte que tú. Ningún imperio dura para siempre.

—¿El Imperio español tampoco? —pregunté.

—Oh, ¡el Imperio español es distinto! ¡Nuestro imperio no es nuestro sino de Cristo! Ha sido creado por la gracia de Dios, para que evangelicemos y llevemos la Buena Nueva a los infieles —dijo con un tono más serio que cínico.

Entramos a la ciudad por la maciza puerta de Martos. A nuestro lado viajaban recuas de mulas cargadas de mercancías, un par de hidalgos a caballo y campesinos de a pie empujando carros con verduras y frutas. Había un grupo de monjas caminando en fila con paso apresurado y la cabeza gacha bajo la vigilante mirada de la madre superiora. El camino ahora era empedrado, pero estaba cubierto de tierra, bosta de caballos y estiércol de bueyes. Pequeños riachos de agua y excremento bajaban por el costado de la calzada formando un gran charco calle abajo. El aire estaba erizado de olores

pungentes y agridulces.

—¿Ves las mulas? —preguntó Manuel—. Jaén siempre fue el cruce de caminos que usaban las caravanas en sus viajes. De ahí su nombre: los árabes la llamaron Jayyan, que quiere decir "camino de caravanas".

Anduvimos por calles adoquinadas que se abrían entre casas blancas e iglesias de piedra. El bullicio de la plaza se colaba por entre los callejones arrastrado por la brisa fresca de la tarde. Llegamos a un albergue en la plaza de la Magdalena, en frente de la iglesia del mismo nombre. Mientras Marco y mi padre se acomodaban, Tomé me acompañó a dar una vuelta por la plaza. La iglesia de la Magdalena estaba construida sobre una mezquita.

—¿Veis la torre, niño Juan? Ese era el antiguo minarete, desde donde llamaban a la oración a los fieles —señaló una ornada fuente de mármol blanco—. Aquello que ves allí es el estanque que los musulmanes usan para lavarse los pies antes de rezar.

—¿Se lavan los pies? —pregunté asombrado.

—Sí. Ya veis, niño Juan, los cristianos nos descubrimos para entrar a la iglesia, los judíos se cubren y los musulmanes se lavan los pies. Todos hacen algo para dar solemnidad a la oración.

—¿Tú rezas, Tomé?

—A veces. Siendo esclavo me acostumbré a que mis plegarias las diga mi corazón más que mi lengua —permaneció en silencio unos instantes, solo Dios sabe en qué pensaba—. Volvamos —dijo finalmente—, vuestro padre debe estar esperando.

Al enterarse de mi viaje a Jaén, fray Bartolomé me había urgido a visitar la reliquia del lienzo del Santo Rostro que se encontraba en la catedral del lugar. "Es la tela con la cual secaron el rostro de Nuestro Señor en la cruz y, por milagro, los contornos de su cara quedaron impresos en el lienzo", me había explicado. Así que, mientras papá y Marco trabajaban en sus negocios, el tío Manuel y yo fuimos a ver la sagrada reliquia. El rostro de Jesús me pareció demasiado corriente, y estaba impreso de una forma tan perfecta que no parecía ser genuino.

—¿Crees que es de verdad o es una pintura? —le pregunté a mi tío.

—¿Y quién soy yo para decir? —contestó.

—Me gustaría saber qué piensas —insistí.

—Pienso que no importa si es genuino o no. El lienzo es solo un lienzo. Lo que lo hace sagrado son las plegarias de todos aquellos que lo creemos santo. Es como cuando amas a alguien. Con tu amor lo vuelves único y especial. Lo mismo pasa aquí. Qué importa si quien está impreso en el lienzo es Jesucristo o Juan Pérez, lo que lo vuelve

santo es que miles de almas piadosas, a través de siglos, lo han convertido en objeto de su devoción.

Salimos de la iglesia y nos sentamos en un banco de la Plaza Mayor a comer unos deliciosos hojaldres con pasta de almendras. Mientras comíamos en medio del ajetreo de la ciudad, una voz ronca pero juguetona resonó frente a nosotros:

—¡Mira con quién me vengo a encontrar!

Era don Gerónimo Gómez Pereda, primo de mi padre. Yo lo había visto un par de veces en mi vida —o al menos así lo recordaba— y solo sabía que era médico y que vivía en Madrid.

—¡Doctor! ¿Qué haces aquí, tan lejos de nuestra gloriosa capital? —exclamó mi tío mientras lo abrazaba.

—¡Manuel, tanto tiempo! Verás, he sido llamado a tratar a un enfermo en el hospital de San Juan de Dios. Un eclesiástico importante para el cual están haciendo traer médicos de toda la Península.

Se volvió hacia mí y se acuclilló para ponerse a mi altura.

—¡Juancito! ¡Qué grande que te has puesto, ya pareces todo un hombre!

Me tomó afectuosamente de los hombros y me miró un largo instante, luego me palmeó y se volvió a incorporar.

—Es bueno verte, Manuel. Ahora cuéntame, ¿qué os trae por Jaén?

—Estamos aquí con Francisco y Marco. Negocios.

—¡Ah, los negocios! ¿Seré el único de la familia que ejerce un oficio honesto?

Tenía una blanca sonrisa escoltada por un bigote bien cuidado que peinaba constantemente con los dedos, y una barba corta y oscura. Era alto y exudaba suficiencia, como si se supiese poseedor de conocimientos secretos que nadie más tenía. Llevaba el sayal de los médicos sobre un jubón negro del cual sobresalía una camisa impecable.

—Venga, vamos a tomar un trago y me contáis cómo anda mi querida familia.

Sentados en una taberna de la plaza, mi tío y Gerónimo hablaron animadamente, pasando revista a tíos, primos, hermanos y cuñados. Las familias portuguesas —luego entendería por qué— eran un entrevero de relaciones cruzadas. Primos que se casaban entre ellos, tíos unidos a primos segundos, yernos que eran sobrinos… Era un laberinto y, a decir verdad, no tardé mucho en perderme. Lo que sí entendí fue que todos éramos parte de un extenso clan desperdigado por España, unidos por casamientos cruzados y relaciones de negocios.

Los miraba con fascinación mientras conversaban. Me gustaba ver a los adultos hablar. De hecho, a veces, como un juego, me hacía el que hablaba como un hombre grande, usando giros campechanos y gracejos irónicos. Marco se reía a carcajadas cuando me escuchaba conversando solo y de esa forma.

—¡Juancito! ¿Cuántos años tienes? —me preguntó Gerónimo como recordándome de pronto, y antes de que pudiera contestar, continuó —: Déjame pensar… Diez, ¿no es cierto? —asentí con una sonrisa tímida mientras él seguía hablando—. ¿El tío te ha estado contando sus historias de las Indias? No le creas, niño, ¡son todos inventos! —palmeó a Manuel y le apretó el hombro con la mano—. ¿Te ha contado de su búsqueda de las tribus perdidas?

—Gerónimo, no… —trató de frenarlo Manuel, pero en vano.

—Tu tío Manuel y un fraile de Toledo fueron en busca de las diez tribus perdidas de Israel, que según una leyenda están escondidas en los montes del Perú.

—¿Es cierto? —pregunté entre horrorizado e intrigado. De algún modo, sentía que otra vez los judíos se colaban entre nosotros sin ser invitados—. ¿Qué son las tribus perdidas?

—¿Te han enseñado ya acerca del rey David y Salomón? —me preguntó Manuel.

—Sí, Jesús desciende de David.

—Exacto, pues luego de la muerte de Salomón, el reino hebreo se separó en dos. De las doce tribus que formaban el pueblo de Israel, diez formaron el Reino del Norte o Israel, y dos, el Reino del Sur o Judá. Los asirios destruyeron el Reino del Norte y exiliaron a sus habitantes, por lo que podemos decir que los judíos de hoy descienden de las tribus de Judá. Las diez tribus del Norte se esfumaron y jamás se volvió a saber de ellas.

—¿Cómo puede tanta gente desaparecer sin dejar rastro?

—Escucha lo que voy a contarte. Hace un tiempo, como te decía Gerónimo, conocí en Toledo a un fraile que me contó una historia interesante. Él tenía la teoría de que las tribus perdidas, o al menos parte de ellas, se habían mantenido ocultas en algún lugar de Arabia y que luego habían fabricado barcos para viajar a las Indias. El fraile basaba su teoría en que algunos de los indios tenían rituales y sacrificios similares a los que se describen en la Biblia y que algunos de sus dibujos se parecían a las letras hebreas. El fraile estaba obsesionado por encontrar a esas ovejas perdidas de Israel, como se las nombra en el Evangelio, y convertirlas a la Santa Fe católica. El cura decía que aquellos hebreos no eran como los pérfidos judíos que

rechazaron a Jesús, ya que no lo habían conocido. Por lo tanto, para él era vital encontrarlos y mostrarles la luz. Él consideraba que esa era su misión, el sentido de su vida. Estaba convencido de que solo cuando las encontráramos y las convirtiéramos al cristianismo se produciría la segunda venida de Cristo.

—¿Y las encontrasteis? —pregunté.

—¡Claro que no! Eran todas patrañas. El fraile enloqueció completamente. Les hablaba a los indios en griego y hebreo y gritaba por las montañas antiguas invocaciones inentendibles. El virrey, temiendo que el cura le sublevara a los indios que tanto le había costado domar, lo mandó a apresar y yo, por las dudas, desaparecí discretamente.

—Ya ves, tu tío Manuel está lleno de historias —dijo Gerónimo y, tal vez percibiendo que el relato me había turbado un poco, cambió abruptamente de tema.

—Me imagino que estarás estudiando. ¡Los libros son muy importantes!

—Sí, me gusta mucho leer.

—¿Y qué te gustaría ser cuando crezcas? Un muchacho al que le gustan libros debe ir a la universidad. Tal vez hasta seas médico como yo.

—No lo sé aún. Ser médico debe ser muy difícil.

—¡Para nada! —exclamó Gerónimo—. Solo tienes que hablar con palabras que nadie entiende y poner cara seriota. Así, ¿ves? — frunció el entrecejo y bajó la cabeza fingiendo gravedad—. Tengo una idea, ¿qué tal si me acompañas a ver a un par de pacientes?, verás cómo trabaja un médico. Diremos que eres mi pupilo, pareces más grande de lo que en realidad eres.

Miré a mi tío.

—¿Puedo?

—Claro, por qué no. Iré contigo.

Algo me decía que mi tío no quería dejarme solo con Gerónimo.

Así fue que partimos los tres a visitar al primer paciente, un obispo francés de gran renombre que había caído enfermo mientras visitaba Jaén. Se llamaba Pierre de Bérulle y lo encontramos en su cama, rodeado de monjes y monaguillos. Unos llevaban y traían bacinas con paso rápido y tenue, otros rezaban con las manos cruzadas frente a la boca.

—Es un gran hombre —susurró Gerónimo—, acaba de terminar un libro excelente que intenta conciliar la humanidad de Cristo con su naturaleza divina. También ha introducido la orden de los carmelitas

en Francia. Es seguidor de Juan de Ávila, el apóstol de Andalucía. ¿Sabías que Juan de Ávila era de familia de conversos, como nosotros? Hasta fue detenido por la Inquisición y ahora es considerado un santo.

Cuando se percataron de la presencia de Gerónimo, los monjes dejaron de hablar y un silencio expectante descendió sobre la habitación. El enfermo, sentado en la cama, jadeaba y tosía. Estaba calvo y su cabeza era de una redondez tan perfecta que parecía irreal, como si hubiera sido dibujada por alguien que no conoce las exactas proporciones del cuerpo. Se tapaba la barbilla con un pañuelo bordado cada vez que tosía.

—Salid —dijo Gerónimo a la masa de suplicantes con majestuosa autoridad—. Necesito examinar a su excelencia.

El obispo sonrió irónico, disfrutando de su recuperada privacidad. Solo su secretario personal y su paje se habían quedado junto a él.

—Temen que haya un escándalo diplomático si muero aquí — dijo despectivo, mientras el médico le tomaba el pulso. El enfermo hablaba español sin esfuerzo, pero las erres resbalaban y las vocales cargaban con una suntuosidad algo excesiva.

Sentado en un escabel al lado de la cama, Gerónimo le preguntó al obispo por sus hábitos alimenticios, sus deposiciones y sus enfermedades pasadas. Hablaba con una calma contagiosa, llegué a pensar que uno podía curarse de solo escucharle hablar. Luego le pidió que se incorporara para poner su oreja contra la espalda. Atento, el secretario amagó con detener al médico, pero el obispo lo contuvo con un gesto.

—Estoy tratando de escuchar cómo fluye el aire a través de vuestros pulmones, eminencia —explicó otra vez suavemente.

—Es raro que un médico toque a un enfermo —me susurró el tío Manuel al oído—. Lo máximo que hacen es tomarle el pulso. Gerónimo es un doctor muy especial, no sigue las prácticas habituales, por eso lo requieren tanto. Aunque también por eso lo atacan.

Gerónimo continuaba con su trabajo: pidió ver la última orina del enfermo, miró el dorado líquido a contraluz, lo movió y comprobó si había sedimentos. Algo apurado, el secretario se acercó y le mostró una caja de madera con instrumentos plateados y una bacina. Luego le indicó:

—Ahí tenéis los instrumentos para sangrarlo.

—Una sangría no servirá de nada, solo hará que su eminencia se debilite más.

—El doctor Robledo recomendó sangrías.

—*Silence!* —pidió el obispo entre toses—. Dejad al *docteur* Pereda

decidir. Si debo morir, pues así será —se persignó y besó largamente el pulgar con el que acababa de hacer el signo de la cruz.

—No moriréis, eminencia —dijo Gerónimo con autoridad—. Tenéis una pleuresía. Vuestros pulmones están parcialmente obstruidos, pero con reposo, tisanas, caldo de gallina y calor os pondréis bien. La fiebre que tenéis es baja, de ningún modo se justifica un sangrado. Además —dirigiéndose al secretario—, preparadle una sopa de ajos. En una semana estaréis repuesto. Ya veréis.

Antes de retirarse, dejó bolsitas de hierbas e instrucciones sobre cómo preparar las tisanas. El secretario refunfuñaba por lo bajo y el obispo tosía. Al salir de la habitación, nos encontramos con un eclesiástico joven, de gran porte e hidalguía. Parecía más un caballero de Santiago que un cura.

—Baltasar Moscoso y Sandoval —susurró mi tío—, obispo de Jaén.

El joven prelado miró a Gerónimo con una sutil expresión de desprecio que vería repetirse muchas veces en el futuro: la de un aristócrata que odia depender de la opinión de un advenedizo medico portugués.

—Doctor Gómez Pereda —dijo con altivez. Pensé que le extendería la mano para que la besara, pero no lo hizo; en cambio le preguntó—: ¿Cómo se encuentra su eminencia?

—Su eminencia, el obispo Bérulle, tiene el pecho muy congestionado. Tiene grandes posibilidades de reponerse, pero necesita calma. Le he dado tisanas medicinales. Os suplico que no dejéis que tantos monjes se le acerquen.

—Los monjes rezan por su recuperación. ¿Acaso sugerís que vuestras tisanas son más efectivas que la oración?

—Que recen en sus claustros, y que lo dejen respirar aire puro.

—Doctor Pereda, necesito que entendáis lo delicado de la situación —continuó el obispo—, monseñor Bérulle ha venido a nuestras tierras a estudiar los escritos de nuestro Juan de Ávila, de quien es discípulo. Pero también es un confidente del rey de Francia y su visita tiene objetivos políticos y diplomáticos tanto como espirituales. Hay muchas alianzas haciéndose y deshaciéndose en Europa. ¿Os imagináis cuán —buscó la palabra correcta— *inconveniente* sería que muera siendo mi huésped?

—No hay certezas, eminencia, pero es un hombre fuerte y básicamente sano. Creo que se curará.

—Esperemos que así sea —dijo el obispo antes de darse vuelta y marcharse sin despedirse.

—¿De qué están hechas las tisanas? —pregunté cuando salimos—.

¿Son mágicas?

—¡No! —rio Gerónimo—. No tienen nada de mágico. Es más, ¡creo que no tienen ningún efecto!

Lo miré intrigado. Me puso la mano en la cabeza y me desordenó el pelo.

—A veces el paciente se cura porque cree que se curará. Si el obispo cree que mis tisanas tienen poder mágico, entonces le ayudarán. La verdad es que le receté tisanas porque necesita beber mucho líquido y no quiero que tome vinos ni aloques ni leche —al ver en mi rostro que no entendía nada, lanzó una risita áspera, pero dulce —. Verás, Juancito, hay veces que el cuerpo debe curarse solo. Algunos aún creen que las enfermedades se producen por un desajuste de los cuatro humores como decía Galeno, por eso hacen sangrías y purgas, para equilibrar los "humores". Pero yo no creo que eso sea cierto. Creo que la enfermedad es producida por algo externo al cuerpo, y el cuerpo debe, cómo decirlo… expulsarlo. Nuestra función es ayudar al cuerpo a hacer su trabajo.

—Como si el demonio se metiera en el cuerpo… —arriesgué y luego, como si hubiera descubierto algo de pronto, agregué—: ¡Ah, por eso le has recetado ajo!

—No creo que el demonio entre en el cuerpo de la misma manera que entra en el alma —me dijo cuando logró apagar la risa que le había provocado mi comentario—. El ajo se lo di porque he comprobado que en algunos casos ayuda al cuerpo a luchar contra la enfermedad. La gente que consume mucho ajo se enferma menos y sufre menos apoplejías.

—¿Esas cosas dicen los libros de medicina?

—No, Juancito, esas cosas las aprende uno observando y experimentando. Es importante tomar conocimientos de los libros, pero es igual de importante sacar tus propias conclusiones mediante lo que observas, lo que hueles y lo que tocas. ¿Sabes cuánto puedes aprender de tocar el estómago de un paciente y ver cómo se sienten al tacto los diferentes órganos? Dios nos ha dado nuestros sentidos para percibir y entender el mundo, ¡pues para ello debemos usarlos!

Acompañamos a Gerónimo a hacer una ronda por el hospital de San Juan de Dios. Era un hermoso edificio, inaugurado hacía solo cinco años, con un patio interior y una fuente rodeada de palmeras. Según me explicó Gerónimo, querían convertir el hospital en una institución modelo. Como todo en España, lo habían conseguido solo a medias. En las bellas salas abovedadas no había camas para todos los

enfermos. Muchos estaban en camastros enclenques o en esteras sobre el frío piso de piedra. Allí, Gerónimo distribuyó tisanas, cambió vendajes, puso aceites sobre quemaduras, entablilló fracturas y dictó recetas. De tanto en tanto se volvía hacia mí y me explicaba, en versión infantil, alguna noción básica de medicina. A veces nos reíamos juntos de algunos remedios de uso corriente en los cuales él no creía, como cuando vimos a un enfermo al que le habían recetado un emplasto de excremento de paloma para una irritación ocular. Durante aquella primera visita a un hospital me di cuenta de que la sangre y las vísceras me causaban más curiosidad que asco. El tío Manuel a veces volteaba la cabeza y hasta tuvo una que otra arcada, mientras yo miraba con intriga las heridas, sin poder poner en palabras la fascinación que sentía ante el misterio del cuerpo humano.

Al finalizar la ronda nos detuvimos un rato en la habitación que le habían asignado a Gerónimo para pernoctar.

—Pues te gustan los libros. Toma, llévate este, es un regalo. Cuenta la historia de los santos, te interesará —pronosticó mientras me alcanzaba un libro con tapa de cuero repujado llamado *Flos Sanctorum*.

Ya se hacía la hora de cenar y de reunirnos con papá, Marco y Tomé, así que emprendimos el camino de regreso al albergue. Gerónimo dudó si venir o no con nosotros, pero Manuel lo convenció: “Francisco se alegrará de verte”.

Al llegar, mi padre se sorprendió mucho al ver a Gerónimo, pero claramente no se alegró. El médico abrazó afectuosamente a Marco, pero se detuvo en seco frente a la frialdad que le mostró mi padre.

—Hola, Francisco —dijo sin siquiera estrecharle la mano—. Es un gusto verte.

—Papá —interrumpí excitado—, ¡vimos el lienzo del Santo Rostro! Y además ¡Gerónimo me ha llevado a ver al obispo y a visitar el hospital!

Mi padre forzó una sonrisa y miró a Manuel con fuego en los ojos.

—Yo fui también —se apuró a decir mi tío, lo que pareció tranquilizar a mi padre.

Nunca antes de esa noche y nunca después había visto a mi padre excederse con el alcohol. Ese día, sin embargo, bebía una copa de aguardiente tras otra. Sus ojos se ponían un poco más vidriosos después de cada trago.

La mesonera nos trajo un delicioso guisado de habas con perdiz que comenzamos a devorar sin perder tiempo. También trajo una apetitosa sopa de setas y “hoyos”, esos bollos de pan a los que se les

saca la parte central y se los llena con aceite de oliva.

—Han quedado del desayuno —dijo—, mejor comedlos.

Mi padre, que había estado bebiendo sin participar ni del festín ni de la animada conversación, de pronto pareció despertarse. Con una malicia que jamás había visto en sus ojos fríos, encaró a la mesonera:

—A mi primo tráigale morcillas dulces de sangre y seso de cerdo —luego se volvió hacia Gerónimo y le dijo con una suavidad llena de desdén y provocación—: es una especialidad de Jaén, te encantará.

Gerónimo le sostuvo la mirada durante unos segundos interminables. Había un sordo enfrentamiento entre los dos hombres. El motivo se me escapaba. No entendía cómo una morcilla podía ser motivo de pelea. Finalmente, Gerónimo sonrió y sin dejar de mirar a mi padre dijo:

—Claro, me encantará probarlas.

La tensión se disipó y mi padre volvió a su silencio y a su botella de aguardiente. Al cabo de un rato, no quedábamos más que nosotros en el comedor del albergue. Tomé estaba atendiendo a los caballos y la mesonera se había ido a dormir, dejando a las ratas la tarea de levantar las migas y los restos de comida. Yo estaba encantado de quedarme despierto con los adultos hasta tan entrada la noche. Al cabo de un rato dije algo que, pensé, disolvería la misteriosa discordia entre mi padre y Gerónimo.

—Papá —pronuncié con excitación—, ¡Gerónimo me regaló un libro!

La reacción de mi padre, sin embargo, fue la opuesta a la que yo quise lograr. Se paró de un golpe cargado de furia, su cara se enrojeció rápidamente. Vi la copa de aguardiente tambalearse dos veces y volcarse sobre la mesa, dejando un pobretón rastro de líquido sobre la madera.

—¡¿Qué libro le has dado al niño?! —bramó con furia. Esta vez, Gerónimo no se achicó.

—¿Qué pasa, Francisco de Prados, ahora temes a los libros? —preguntó, con una calma calculada para irritarlo—. ¿O debería decir Francisco García?

Mi padre se lanzó por encima de la mesa, agarró a Gerónimo de las solapas del jubón, gritó otra vez lanzando una nubecilla de saliva:

—¡¿Qué libro le has dado, desgraciado?!

El tío Manuel se paró y trató de detener a mi padre. Gerónimo lo seguía mirando con una sonrisa de suficiencia.

—¡Basta! Le ha dado el *Flos Sanctorum* —gritó Manuel—, un libro que cuenta la vida de los santos.

Miró a mi padre y me señaló con la cabeza mientras sus brazos separaban a ambos hombres. Mi padre pareció retomar la calma por un instante.

—Marco, llévate al niño —ordenó.

Obediente, mi hermano me agarró del brazo y me dijo: “Vamos, Juancito, es hora de ir a dormir”. Los adultos esperaron tensos mientras Marco me llevaba por una escalera de madera que subía hacia una galería abierta desde la cual se accedía a las habitaciones. Por entre los soportales se veía gran parte del comedor. Marco y yo nos entendimos sin hablar. La curiosidad nos dominaba a ambos. En vez de ir a la habitación nos escondimos detrás de una de las columnas de la galería y vimos a los adultos, que aún estaban parados mirándose, desafiándose en silencio.

—¿Crees que no sé lo que es el *Flos Sanctorum*? ¿Crees que no sé qué se esconde tras su fachada inocente? ¿Historia de los santos? —preguntó con desprecio sin esperar respuesta—. Con especial énfasis en los santos del Antiguo Testamento —acusó.

—Francisco, es solo un libro —intercedió Manuel.

—No —dijo mi padre—, yo sé lo que este hereje quiere hacer. Y no lo permitiré.

Marco y yo dimos un respingo frente a la mención de la herejía. ¿Quién era Gerónimo? ¿Cuál era la contienda que lo enfrentaba a mi padre?

—¡Por sobre mi cadáver! —volvió a levantar la voz mi padre.

—Qué bien… ¿ahora un traidor me amenaza? —preguntó Gerónimo—. ¿Qué harás? ¿Me denunciarás a mí también?

—No —respondió mi padre bajando la voz pero babeando de rabia —, te coseré a puñaladas.

—¿Le has contado a tu hijo por qué dejaste de usar el nombre García y tomaste el de Prado?

En la galería Marco me hizo un gesto que parecía decir “no es nada malo, luego te explicaré”.

—Lo que les digo a mis hijos no es asunto tuyo.

—¿Tanto temes descubrir quién eres de verdad? ¿Temes que tus hijos se atrevan a quitarse las máscaras que les has puesto?

—Todos sabemos que judaízas —dijo mi padre, bajando la voz instintivamente—, arderás en la hoguera por ello, pero no arrastrarás a mi familia contigo.

Gerónimo resopló y pareció bajar la guardia.

—¿Te acuerdas del bautismo de Marco? —preguntó con repentina ternura—. Mientras entrábamos a la iglesia escuchamos a uno de los

curas decir…

—"Puedes tirar agua a una piedra, pero seguirá siendo una piedra. Los judíos se bautizan, pero siguen siendo judíos" —terminó la frase mi padre.

Su furia pareció desvanecerse, dejando tras de sí nada más que un profundo cansancio. Se dejó caer pesadamente en la silla y habló en voz baja:

—Tú siempre creíste que para mí aquel bautismo fue una ceremonia falsa en la que no creí, pero te equivocas. Tú aceptaste tu bautismo como un mal necesario para no ser pasto de las llamas, pero para mí fue un nuevo comienzo.

—Francisco, ser judío es una bendición que Dios nos ha dado. Nos ha hecho parte de Su alianza y de Su verdad. ¿A eso es a lo que tanto le temes?

—¿Bendición? Yo cargo con mi sangre judía como quien lleva piedras en los pies, como quien porta una soga en el cuello. No voy a transmitir esa carga a mis hijos. Somos parte de un linaje maldito y no permitiré que esa maldición se propague a la próxima generación.

Hasta entonces, Manuel había estado callado, sin tomar partido, pero de pronto habló:

—Francisco, ¿desde cuándo eres tan católico? ¿De pronto crees en la Virgen y los santos Evangelios? ¿Crees que la hostia es el cuerpo de Cristo y todo aquello?

—Yo no creo en nada, ni creeré. Judíos, católicos, musulmanes, todo es una gran mentira. Pero vosotros sois los peores porque os aferráis a una fe derrotada. No aceptáis que vuestro tiempo en esta tierra ya pasó. La existencia de los judíos en nuestro siglo es un error de la historia, un anacronismo. Los cuervos de la Inquisición tienen razón: se aferran a la vida con una tozudez que solo puede venir del diablo —sonrió como divertido por sus propios pensamientos y aclaró—: Del diablo en el cual no creo.

Luego, como despertándose de golpe, miró a Gerónimo con vestigios de aquella furia que había mostrado momentos antes.

—¿Para qué? —preguntó mi padre—, ¿para qué os jugáis la vida? ¿Qué bien nos trae a nosotros y al mundo mantener una fe muerta de la que no sabemos nada? Mis hijos no nacieron para el martirio.

Vi una desesperación en los ojos de Gerónimo que solo comprendería muchos años más tarde. Para él, ser judío era parte integral de su ser. No se trataba de verdades teológicas, sino de algo más primordial, ligado a una esencia última que vive independiente de nuestra voluntad y de nuestros sofismas.

—Francisco —le dijo, tratando en vano de suavizar a su primo—, nosotros somos responsables de una cadena de cuatro mil años. No podemos cortarla…

—¿Y por qué no? —preguntó mi padre con una sonrisa frígida—. ¿Me vas a decir ahora que nuestra salvación depende de la ley de Moisés y no de Jesucristo? ¿Tanto sabes tú sobre la ley de Moisés para asegurar con certeza que es superior? ¿Algunas ceremonias secretas entre gallos y medianoches te aseguran la salvación? No hay salvación, no hay nada. Solo muerte y oscuridad.

—Pero, Francisco —Gerónimo buscaba las palabras—, nuestra nación ha sobrevivido a masacres, persecuciones, ha resistido incólume…

Su padre no lo dejó terminar. Su voz era menos agresiva, pero cargaba con un balasto enorme de tristeza y fatiga.

—Conozco todos los argumentos, Gerónimo, y no me interesan. Tal vez tengas razón, pero ya no me importa. Yo no forzaré a mis hijos a ser héroes. No los condenaré al secreto, a la mentira y al riesgo permanente. ¿No os cansasteis? Pues yo sí. Me cansé de cargar con el "heroico privilegio" de ser judío. No me importa si nuestra fe es más cierta que la de otros, o más antigua, o mejor. No me importa si miles murieron por mantenerla, o si nuestros padres nos legaron la custodia de la tradición. Mis hijos tendrán una vida normal. Ellos no cargarán con ese lastre. Vivirán como sus compañeros de juego, como sus vecinos. Sin miedo.

—¿Y es tan importante ser "normal"? —preguntó Gerónimo—. ¿Crees que así nos dejarán en paz? ¿Crees que alguien en esta tierra vive sin miedo? ¿Le comprarás también certificados de "limpieza de sangre"?

Papá no escuchaba. No estaba debatiendo, no esperaba sopesar sus argumentos contra los de Gerónimo. Desde hacía años, vivía con una certeza tan amarga como definitiva.

—Mis hijos serán católicos sinceros. Mala suerte si crecen en una religión falsa. Tal vez sean todas falsas. Así que por lo menos que crezcan en una que no les complique la vida.

El médico intentó decir algo, pero la convicción de mi padre era una fuerza que le aspiraba las palabras y lo dejaba tartamudeando torpemente.

—Esto no es una discusión. Hace años que renuncié a convencerte y tú sabes que no me convencerás. Os advierto a los dos —dijo señalando también a Manuel—, Juan no será judío, no practicará los ritos ni las festividades. Para él su judaísmo será una maldición a

extirpar a fuerza de oración y de devoción cristiana —se acercó un poco a Gerónimo y le tomó el brazo por encima de la mesa—. Prométeme que respetarás mi voluntad.

Hubo un silencio que desde mi escondite pareció interminable.

—Te lo prometo —aceptó Gerónimo con voz apagada.

Mi padre pareció desinflarse. Se recostó en la silla, que protestó con un leve crujido, y exhaló largamente. La luz de las velas dibujaba grotescas sombras en su cara atormentada. Lo miró otra vez y habló sin furia, sin pasión, solo con una indecible fatiga.

—Si rompes tu promesa, te mataré.

Marco cruzó un dedo sobre los labios y me indicó con un gesto que lo siguiera. Nos deslizamos sigilosos cerrando la puerta detrás nuestro sin hacer ruido.

—Juan, de esto, ni una palabra a nadie. ¡A nadie!

Más allá de aquellos episodios cuyo verdadero significado yo no alcanzaba a comprender plenamente, mi infancia andaluza fue feliz. Aquella mención de un misterioso cambio de nombre fue rápidamente olvidada. Al fin y al cabo, en aquella época muchos tomaban el nombre de su mujer, o mejor dicho, de la familia a la cual pertenecían por matrimonio, especialmente si esta era más prestigiosa que la familia de origen. Nuestra condición de cristianos nuevos, si bien imposible de ignorar, era una presencia callada; un espectro que se mantiene cerca pero que juega en su rincón sin molestar, un peso que ya nos habíamos habituado a cargar. Ciertamente, sentía la existencia de secretos oscuros, presumía algunas cosas, sospechaba otras, pero eso no afectaba una niñez que, durante esos años, discurría plácida y despreocupada. A veces pienso que sería fácil entender mis desventuras posteriores si hubiera habido en mi infancia terribles historias de abuso y sufrimiento. Lo cierto es que no las hay. No puedo argüir ante ningún juez, terrestre o celestial, las circunstancias atenuantes de una juventud atroz. Mi padre era distante y amargo. Solo Dios sabe qué fantasmas cargaba en sus hombros; mi madre era una mujer enigmática y ruda. Pero ambos, a su manera, me amaban profundamente.

Empezaba a entender que su celo cristiano era también un gesto de amor hacia nosotros. Su devoción a la Iglesia era, más que nada, una manera de protegernos del estigma judaico que cargábamos a pesar nuestro. Si creían con sinceridad o no, era irrelevante. Lo que importaba era que no se dudase del fervor religioso de la familia. Parecer era tan importante como ser. Tal vez por eso la Iglesia

ocupaba un lugar central en nuestra vida. Íbamos a misa todos los domingos y días de precepto y participábamos activamente de los servicios y de las procesiones. Cuando mi padre agradeció a fray Bartolomé el habernos recibido con los brazos abiertos, no mintió. Sus donaciones ayudaban, pero aun sin ellas, en nuestra pequeña ciudad parecía más fácil borrar las diferencias de origen. Recuerdo las lágrimas de emoción de mis padres cuando a Marco, a pesar de ser cristiano nuevo, lo dejaron cargar la efigie de san Isidro Labrador en una de las procesiones de Semana Santa.

El saber que mis padres hacían tantos esfuerzos para que yo fuera devoto fortalecía mi ardor católico. De algún modo sentía que defraudar a Dios y defraudar a mis padres era la misma cosa.

Además de jugar, como todos los otros niños, con palos y pelotas improvisadas, gozamos del privilegio de tener juguetes que en aquella época solo usaban los ricos: soldaditos de miniatura para Antonio y yo y primorosas muñecas de madera y tela para María, que mi padre nos había traído de Sevilla. Mamá no tenía paciencia para jugar a las muñecas con mi hermana, así que delegaba la tarea en la mulata Bernarda que usaba aquellos juegos para entrenar a María en las tareas hogareñas que debería ejercer cuando se casara. Antonio y yo armábamos ejércitos ficticios y los enfrentábamos en gloriosas batallas apócrifas. Mi padre nos daba esos regalos con la sequedad de siempre, aunque creo haberlo sorprendido un par de veces sonriendo mientras nos miraba jugar a lo lejos. En teoría, Antonio y yo compartíamos la propiedad de los soldaditos, pero pronto cada uno eligió sus favoritos que pasaron a ser posesión exclusiva. En mi caso se trató de un caballero de Santiago que tenía una enorme cruz de Calatrava pintada en el pecho negro y un piquero de los Tercios con una larga lanza que no tardó en romperse.

Estaba orgulloso de mis soldados, pero debo decir que fue otro juguete el que nos hizo aún más populares en los tiempos de la escuelita de fray Bartolomé.

Un día, el tío Manuel se apareció en casa con una pelota. Con sus habituales gestos ampulosos me habló como si le hablara a un noble:

—Su excelencia, aquí le traigo un objeto único.

—No es tan único —dije—, es una pelota.

—Ah, sí, una pelota —la apoyó sobre la mano y la miró largamente —, pero no cualquier pelota.

La tiró al piso y la pelota rebotó y saltó casi tres pies en el aire. Mamá y yo saltamos instintivamente para atrás. Luego siguió picando

unas tres o cuatro veces, cada vez más cerca del piso hasta calmarse y rodar inofensiva sobre las baldosas. Manuel la volvió a tomar en la mano.

—Ya ves que es muy distinta a las comunes pelotas de cuero y trapo. Esta, mi querido amigo, es una bola como las que usaban los indios en México para su juego de pelota. Tenían un procedimiento secreto para fabricarlas usando la resina de unos árboles especiales que solo existen en la jungla. Los llaman "árbol que llora". Un viejo indio mexicano me la regaló. La encontró en unas ruinas y dice que la técnica para fabricarlas ha muerto con los aztecas. Y mi querido sobrino será uno de los pocos en el mundo que tendrá una.

Los saltos alocados de la pelota se convirtieron en una atracción del patio de la iglesia. El mismo fray Bartolomé reía al tratar torpemente de controlar los brincos de la bola, mientras monjas y monaguillos miraban divertidos. El cura corría tras ella con su voluminosa barriga bamboleándose al ritmo de sus pasos y gritando entre risas: "Detente, pelota del demonio". Gonzalo Arriaga y yo pronto inventamos juegos con aquella bola que solo se detenían cuando uno de sus rebotes rompía un vidrio o una vasija.

Fray Gaspar, naturalmente, era menos tolerante a los juegos, o a los pasatiempos en general. "Pasar el tiempo —dijo una vez levantando su mano huesuda— es un insulto a Dios. Pagaremos en el purgatorio por cada momento que no hayamos dedicado a su servicio".

De todos los alumnos de fray Gaspar yo era el único que se animaba a hacer preguntas. Creía que mi sed de saber agradaba al enjuto fraile, y en algún recóndito rincón de su carácter se regocijaba por mi curiosidad. Veía mis preguntas como oportunidades para iluminarme con potente claridad doctrinaria. Cada una de mis infantiles inquietudes podía ser —en sus hábiles manos— una forma de acercarme más a Cristo.

—Fray Gaspar, de acuerdo con lo que decís: ¿Dios está en contra del placer?

—No, solo del placer pecaminoso. Dios nos pone en guardia contra los placeres de la carne, que son estratagemas de Satanás para adueñarse de nuestra alma. No es pecado sentir placer, después de todo, Dios lo creó, pero sí volverse esclavo de esos placeres. Desgraciadamente, creemos que controlamos nuestros deseos carnales, pero pronto ellos se apoderan de nuestra voluntad, sirviéndole al maligno de caballo de Troya para conquistarnos —se paró y caminó en torno de la mesa de madera. Observé, a cada paso, que sus

sandalias se despegaban levemente de sus pies—. Pero hay otro tipo de placer que es agradable a Dios y al hombre: el goce del conocimiento y del saber verdadero. Ese es el placer que sentimos al acercarnos a Su verdad; el deleite de sentir la cercanía de Jesús y la dicha de entender que el mundo funciona de acuerdo con la voluntad misericordiosa de su Creador. Ese es el placer auténtico, el único que no nos lleva al pecado.

En aquellos años no estaba seguro de si mi tiempo de juego, y por ende de placer, se contabilizaba como pecaminoso. En este sentido tampoco sé si las largas horas que pasaba con el negro Tomé podrían contarse como tiempo de juego, pero eran, definitivamente, periodos gratos y enriquecedores. Aquel hombre se me antojaba lleno de misterios fascinantes. Era servicial pero no servil. Respetuoso pero no temeroso; mostraba modestia pero no se humillaba. Parecía saber de muchas cosas y portaba la dignidad de aquellos a quienes nada ni nadie podía robarles el orgullo de ser quienes eran. A veces, sus maneras solemnes y nobles me hacían imaginar que había sido príncipe de un imperio africano perdido. Tal vez había sido capturado por tribus enemigas y vendido a los cristianos como esclavo y algún día volvería a tomar posesión de su reino a la cabeza de un ejército de nobles salvajes. Sin saber que en verdad había nacido en Valencia, imaginaba su casa de Angola como un palacio de piedra surgiendo de entre los tupidos árboles de la jungla. Creía que conocía arcanos de las artes de brujos y chamanes, y que no dormía nunca. De no ser por su carácter bondadoso e íntegro, hubiese pensado que en los momentos en los que balbuceaba palabras ininteligibles invocaba al mismísimo demonio.

Toda la familia, y algunos vecinos, se beneficiaban de las pócimas, ungüentos y emplastos que preparaba en su improvisada herboristería. Yo lo acompañaba y aprendía el esotérico arte de combinar hierbas curativas. Recuerdo cuando preparamos una infusión de regaliz para los malestares estomacales que Antonio sufría con cierta regularidad. Yo me apliqué al morterito con empeño para convertir una retorcida raíz en un fino polvo. Algunos ingredientes en esas pociones eran comunes, otros, extremadamente raros y según Tomé provenían de África, América o la India. Una vez mi madre sufrió una quemadura y Tomé preparó un emplasto con aceite de argán. “Los bereberes han usado esto por siglos para aliviar su piel quemada por el sol del Sájara”, me explicaba. A veces íbamos juntos hasta el arroyo para recolectar hierbas silvestres y mientras caminábamos entre los juncos

y buscábamos brotes de hinojo o cortezas de sauces, me contaba sobre los usos medicinales de plantas y tubérculos anodinos. No sospechaba cuán útiles me serían en el futuro aquellos conocimientos. Por aquel entonces, lo que más me fascinaba era la alquimia que transformaba un arbusto inconsecuente en una cura mágica. Claro que tal arte debía ejercerse con cierta discreción. En la España de aquellos años no hubiese sido imposible que la preparación de un té contra la flatulencia te hiciera ir a dar con tus huesos en las mazmorras de la Inquisición acusado de brujería.

En nuestra familia todos, hasta Tomé, tenían secretos. Era evasivo cuando se le preguntaba cualquier cosa sobre su falso origen africano. "El pasado es doloroso, niño Juan. Está lleno de fantasmas que es mejor no despertar", contestaba.

A medida que crecía, ciertas dudas metafísicas se hacían más agudas. Recuerdo que me preocupaba sobremanera el tema de la muerte.

Con esa habilidad que tienen los niños para hacer las preguntas más profundas en los momentos menos oportunos, encaré a mi madre mientras ella trataba de desplumar un pollo.

—Mamá, ¿por qué la gente muere?

A mamá le tomó un tiempo acusar recibo de la pregunta, en vez de enojarse dejó el pollo sobre la mesada de la cocina y se secó las manos en un trapo.

—Siéntate —me dijo. Yo obedecí—. ¿Por qué me preguntas eso?

—No sé, solo quiero saber.

—¿No te han hablado del tema en tus clases?

—En verdad no. Fray Bartolomé nos habla del cielo y del infierno. Sé qué pasa después de la muerte, pero ni él ni fray Gaspar me explicaron por qué la gente muere.

Mi madre se había sentado en una silla mecedora junto a mí. Me miró con una ternura inconmensurable.

—Ven, siéntate conmigo.

Me senté en su regazo mientras me acariciaba el cabello. Olía a jazmín, madera, naranja y limón. Sabía que dentro de poco sería demasiado grande para sentarme así y saboreó el momento.

—Juancito, la verdad es que no lo sé. La verdad es que nadie lo sabe con seguridad, ni siquiera los sabios doctores de la Iglesia — hizo una pausa—. Imagino que si la muerte no existiera la vida no sería tan preciosa como es. La muerte es lo que nos empuja a hacer de cada instante algo único. Sin la muerte nuestra vida no tendría sentido.

Yo no entendía y ella lo sabía.

—Pero, por favor, no te preocupes por entender esto ahora. No eres el único que se pregunta sobre el sentido de la vida y por la muerte. Los seres humanos se cuestionan sobre esto desde tiempos inmemoriales. Tal vez nunca sepamos la respuesta, pero es importante seguir preguntando.

—Mamá, tengo miedo de morirme.

—Yo también, Juancito. Todos tememos a la muerte, pero debes saber que yo no dejaré que nada malo te pase. Todos moriremos, pero solo será después de una muy larga y hermosa vida. Yo creo que Dios nos ha inculcado el temor a la muerte para que aprovechemos cada momento de nuestra vida. Así, si, Dios no lo quiera, debemos morir, sabremos que hemos vivido plenamente y hemos realizado todos nuestros sueños. Quien ha vivido bien no teme a la muerte.

Mi madre percibió que yo pasaba por uno de aquellos momentos en los cuales las dudas metafísicas dejan de ser preocupaciones abstractas para convertirse en angustias punzantes que bullen en el vientre. Trató de calmarme como pudo. Vi sus ojos verdes anegarse y entendí que ella también tenía sus angustias. También ella albergaba ilusiones rotas y sueños en escombros. La juventud se le escurría entre los dedos y dejaba un reguero de promesas incumplidas y esperanzas maltrechas. Se enfrentaba a ese momento terrible en el cual descubrimos con horror que moriremos a medio camino y no hay ni religión ni filosofía que pueda consolarnos. Tememos a la muerte y tememos a la vida. En ese momento lo único que tal vez ayuda es abrazar fuerte a un hijo.

—Mi dulce niño, debes pensar en todo lo hermoso que tiene la vida, en cada momento feliz que pasamos juntos, en cada cosa nueva que aprendes, en cada juego y en cada paseo. Cuando crezcas descubrirás muchas más cosas que te harán feliz, como amar a tu esposa y tener hijos. Concéntrate en ello y disfruta de cada instante. Verás que el temor desaparece.

Moqueó un par de veces y se quedó un largo rato acunándome en silencio. La ventana enmarcaba un largo atardecer azul y púrpura.

—Ve a buscar a Bernarda —dijo luego con suavidad—, debo terminar de preparar la cena.

En ese entonces mi padre aún no se había rendido, aún intentaba interesarme en los negocios. No podía entender cómo alguien con tantas inquietudes intelectuales no desarrollaba la inteligencia práctica y el adictivo placer de un negocio que salía bien. “No es el dinero —había dicho una vez—. El dinero va y viene. Es el gusto de

ver un plan que se concreta, una transacción que llega a buen puerto".

No lo decía abiertamente, porque rara vez lo hacía, pero sentía que estaba profundamente desilusionado con aquel niño —yo— al que solo interesaban los libros y las inútiles preguntas metafísicas. En varias ocasiones participé de reuniones familiares en las que se discutía sobre cuestiones comerciales, con toda la intención de interesarme y de sentir la misma excitación que mostraban mi padre y mis hermanos por el tema… pero lo único que conseguí fue aburrirme a muerte. Escuchaba distraído, pensando en cualquier otra cosa. No obstante, aprendí algunas cosas sobre las vicisitudes del comercio en la España de Felipe IV y del conde-duque de Olivares. Aprendí que los comerciantes portugueses gozaban del favor del conde-duque, en especial su consejero, Manuel López de Pereyra. Olivares quería incentivar el comercio pues creía que, de aquel modo, España recuperaría una gloria que comenzaba a rehuirle. Miraba con envidia aquellos países del norte de Europa que habían creado una prosperidad sin precedentes gracias a las políticas que hoy llaman "mercantilistas". Claro que España es lo que es, no lo que Olivares quería que fuera. No somos un país de austeros comedores de quesos como los holandeses, ni una nación de tenderos, como Inglaterra. Somos proclives al derroche, a la exageración y a la desidia. Somos demasiado románticos para el comercio. Si de riqueza se trata, la conseguimos conquistando salvajes a puro huevo, no la construimos pasito a pasito como los calvinistas del norte. No hay gloria ni hazaña en el negocio o el ahorro; no existe aquel dramatismo de jugarse todas las fichas en una loca aventura.

Mi padre no poseía ninguna licencia especial del rey. Comerciaba con lo que podía, siguiendo los altos y bajos del mercado lo mejor posible. Sin embargo, había adquirido cierta notoriedad en la región. Sus credenciales de católico devoto —algo que no podía decirse de todos los portugueses— le habían ganado una benigna indiferencia por parte del clero de la región.

Pero las fortunas comerciales de mi padre cambiaron radicalmente cuando se convirtió en recaudador de las alcabalas reales para la región de Jaén. Recuerdo el día que eso sucedió. Mis padres habían esperado ansiosos una visita importante. Finalmente, un caballero extraño y soberbio apareció en nuestra puerta acompañado de un paje y un custodio. El hombre era alto, de cabello ligeramente rizado que sobresalía de un sombrero negro de ala ancha. Vestía una chaqueta también negra de terciopelo sobre la cual podía verse una roja cruz de

Calatrava bordada. Al entrar a la casa se quitó una capa azabache que el paje se apuró a recoger y doblar. El largo bigote formaba un bucle más allá de la comisura de los labios y una cuidada perilla le cubría el mentón. De su tahalí colgaba un vistoso sable de empuñadura de plata. En la calle resoplaba el majestuoso caballo de piel brillante en el que había llegado.

El visitante era don Antonio Martínez Peña, tesorero de las alcabalas reales de Calatrava y Andalucía. Mi padre había congregado a toda su familia —incluido el tío Manuel— para recibir al ilustre viajero, con quien —según nos había dicho— debía hablar de negocios importantes y beneficiosos para todos nosotros. Mi padre había propuesto encontrarse con don Antonio en Málaga, pero el caballero había insistido en conocer a la familia. “Un hombre de mi alcurnia —había dicho— debe saber con quién se asocia”. Seguramente algún alcahuete de la Inquisición, alguno de los *familiares*, lo había conminado a cerciorarse de que nuestra casa no estaba infectada de judaísmo. Debíamos impresionarlo, así es que nos ubicamos prolijamente en fila como si fuéramos mulas a las que les revisarían los dientes. Al entrar, estrechó la mano de los varones e hizo una ampulosa reverencia a mi madre. Tomó la mano de María y la besó mientras la miraba con ojos lascivos. Algo instintivo me dijo que el hombre era de temer, que detrás de los gestos corteses se ocultaban indecibles perversiones y que no le molestaba que lo supiéramos.

—Su excelencia, nos hacéis un gran honor al visitar nuestra humilde morada —comentó mi padre.

Mi madre había preparado alcachofas con jarretes de tocino, unos deliciosos flamenquines, filetes de cerdo envueltos en jamón entreverado, empanados y fritos, una pipirrana con tomates, pimientos y cebollas. Para el postre había dispuesto un verdadero festín: mantecados, pestiños, dulces de almendra, roscos con vino, hojaldres, bizcochos, canutillos, mazapanes y alfajores. “Haremos la comida típica de la región —había dicho mi madre cuando mi padre le pidió que se esmerase—, nada de esos presuntuosos platos de la nobleza. Solo simple y deliciosa comida campesina de la comarca. Ya verás que le encantará”. Obviamente todo aquello estaba regado de una generosa dosis de vino negro de la región de Bailén, el mejor de la provincia. Un oporto añejo acompañaba los postres. La charla durante la cena fue de una forzada amenidad. Mi tío trataba de hacerla más llevadera para mí, guiñándome el ojo cada tanto, o haciéndome alguna mueca diminuta. Mis padres caminaban por la cuerda floja tratando de no caer en las trampas que les tendía el letrado. Recuerdo

una de aquellas preguntas capciosas.

—Don Francisco, ¿qué opináis de aquello que se dice, que los portugueses tienen demasiada influencia en el gobierno de Olivares?

—Nosotros no entendemos gran cosa de política —salió mi madre al rescate—. Creemos que en la sabiduría de su majestad el rey y lo servimos sea cual sea su orden.

—Oh, pero mi amigo —dijo preparando otra emboscada—, esos cuervos ensotanados de la Inquisición tienen al conde-duque entre ojos.

Mi padre hacía malabares, tratando de responder sin ofender ni al gobierno seglar ni al Santo Oficio.

—La Inquisición hace su santo trabajo. Los hombres modestos como yo no pueden dudar de la justicia del celo inquisitorial. Tampoco podemos dudar de la inspiración divina de nuestro rey. La religión y el poder del rey son los dos pilares que sostienen a España. Ambos deben actuar en conjunto. Si alguno cae todo se derrumba.

El jueguito perverso continuó hasta que las mujeres sirvieron los postres y dejaron la mesa. Cuando María se retiró, Martínez Peña le lanzó otra larga mirada lujuriosa.

Luego continuó hablando sin prisa y sin aversonar el tono soberbio. Había bebido bastante y su voz resbalaba ligeramente:

—Mirad, don Francisco, yo necesito un hombre de confianza en la región.

De a poco, desgranó el motivo de su visita. Como tesorero de las alcabalas, don Antonio era responsable de la recaudación de impuestos de una vasta región. Las alcabalas —el impuesto a las ventas que habíamos heredado de los árabes— eran, en aquella época, la principal fuente de ingreso fiscal de las cortes. Las tasas variaban de acuerdo con los altibajos de las finanzas imperiales, y si bien había algunos artículos exentos —y naturalmente el clero no pagaba—, era una de las pocas tasas universales que todos en Castilla debían pagar. Claro que en la práctica no había dos villas que pagasen la misma tasa y la evasión era galopante.

—Las guerras que libramos en Flandes en nombre de nuestra Santa Fe cuestan dinero —dijo, con más ironía que lo aconsejable—, y la recaudación cae en picada.

Nos explicó lo que ya sabíamos: que el cobro y la recolección de los impuestos era caótica y que la España católica nunca había conseguido igualar la eficacia con la cual los moros cobraban la *al-qabbalah*. Las cortes, agobiadas por las deudas, estaban tratando de mejorar los ingresos fiscales.

—Como sabéis, don Francisco, las cortes utilizan agentes privados para recaudar sus impuestos —continuó—. Otorgan el derecho a recaudar en su nombre, y si la recaudación es buena, esto puede ser un excelente negocio para todas las partes. Vos sois un hombre de negocios respetado en la región, estáis situado en un lugar ideal para cobrar los impuestos del rey de manera eficaz. Si trabajáis bien, todos nos enriqueceremos.

Aun a mi corta edad, entendí que había algo poco limpio en la propuesta de Martínez Peña. Los impuestos eran para el rey, ¿qué quería decir con eso de que "todos nos enriqueceremos"? El caballero pareció leer mi pensamiento, o tal vez hice una mueca inconsciente que percibió.

—¡Pero, mi joven amigo! Su majestad recompensa con creces a quienes le sirven con lealtad. ¡Los hombres que aseguran la prosperidad del reino deben tener parte en ella!

—¿Y si la recaudación no crece? —preguntó el tío Manuel.

Martínez Peña aprisionó su enrulado bigote entre el pulgar y el índice y lo peinó con estudiada afectación.

—Eso sería… —cambió de lado y peinó la otra parte de su bigote— desafortunado para todos.

Mi padre navegó por el fino límite entre la obsecuencia y la deferencia, tratando de ganar tiempo.

—Don Antonio, nos honráis enormemente con vuestra confianza y vuestra propuesta. Servir al rey es un honor y un privilegio. Dejadme solamente considerar si mi frágil salud me permitirá o no tomar tal responsabilidad.

—Pero estimados amigos, ¿a qué se debe vuestra hesitación? Al fin y al cabo, recolectar impuestos para la nobleza es una tarea que los judíos han hecho por siglos.

—Tal vez —se controló Manuel—, pero nosotros no somos judíos.

—Lo sé, lo sé —dijo con sorna—, sois cristianos devotos… Ya me ha contado el fraile cómo compráis indulgencia con donativos —se volvió hacia mi padre y sin su pátina de fingida cortesía, amenazó—: Mirad, especieros, os he hecho una propuesta muy ventajosa. Considerad vuestra salud o vuestro culo, pero os advierto que no estoy acostumbrado a que mi voluntad sea contrariada.

Manuel se llevó una mano al cinturón y tanteó la larga faca americana que llevaba siempre con él. Mi padre lo miró y negó imperceptiblemente con la cabeza. En la España de aquella época los insultos se limpiaban con sangre, pero en este caso era mejor ignorar las burlas.

—Don Antonio, no hay necesidad de agitarse. Todos hemos tenido un día largo y agotador. Como os he dicho, estamos profundamente honrados de vuestra propuesta. Por la mañana tendréis nuestra respuesta.

Cuando el tesorero se marchó, mi padre se dejó caer en el sillón de cuero y lanzó un largo suspiro. Se sirvió una copa de oporto y habló en voz baja:

—La propuesta es realmente ventajosa… Y no creo que realmente tengamos alternativa.

En silencio, mi madre se había invitado a la reunión de hombres. No era alguien que se fuera a quedar al margen de una decisión familiar importante.

—Mira, Francisco, es tu negocio y tu familia, no me quiero inmiscuir, pero… —Manuel fue el primero en hablar, pero se detuvo, hasta él se intimidaba a veces ante la fría severidad de mi padre.

—Habla —ordenó.

—El tesorero tiene razón, los nobles y los reyes siempre han usado a los judíos como recaudadores de impuestos. ¿Por qué crees que fue así?

—Porque el recaudador de impuestos es odiado, y los poderosos prefirieron que se odie a los judíos, que eran un mero intermediario, y no a ellos que eran quienes realmente se beneficiaban —intervino Marco.

—¡Exacto!, si el pueblo se rebelaba contra los altos impuestos, los judíos eran los destinatarios de su furia, no los nobles que vivían lejos y al resguardo del descontento popular —completó Manuel—. Además, la posición de recaudador de impuestos otorgaba poder político. El rey y los nobles no querían dar poder a quienes competían con ellos; los judíos no tenían aspiración alguna. No podían tenerla, ya que el poder político les estaba vedado.

—Lo peor es que si tratas de cobrarle impuestos al pueblo, el pueblo te odiará. Pero si tratas de ser justo y cobrarles más a los ricos y a los nobles, te harás de enemigos poderosos —concluyó mi madre —. Es cierto que ganaremos más dinero, pero ¿a costa de qué? Además, ¿sabes lo que hará ese tesorero corrupto? Se llevará la mayor parte de lo que recaudes y luego dirá a las cortes que el marrano que tiene de recaudador no juntó lo suficiente.

Con aquella ingenuidad que tenemos de pequeños y que después reemplazamos por cinismo, lancé una pregunta:

—Tal vez el recaudador de impuestos puede hacer algo bueno al cobrarles más a los ricos y menos a los pobres… así puede ayudar a

los que menos tienen.

—Si solo fuese tan fácil… —dijo mi padre, sonriéndome.

—Las alcabalas son un porcentaje de las ventas y nosotros vendemos todo tipo de productos. Sería relativamente fácil para nosotros retener un porcentaje de las ventas como impuestos —reflexionó mi hermano, que siempre veía el lado práctico de las cosas—. Podemos incluir la tasa en el precio final y si es necesario en ciertas situaciones reducir nuestro propio beneficio.

La discusión duró un largo rato, pero la decisión estaba tomada. Mi padre se convirtió en recaudador de alcabalas para la región de Jaén y desempeñó sus funciones con la misma honestidad y eficacia de siempre. Al recaudador le correspondía una parte de lo colectado y eso ayudó mucho a las finanzas de la familia. Más tarde, aquel dinero nos sería muy útil.

Pero así como llegaron los beneficios, mi padre comenzó a cargarse con las tensiones del puesto. Con el tiempo, se le empezó a ver aún más taciturno y ausente. No disfrutaba su función de alcahuete del rey, y para complicar las cosas, nos enteramos de que las alcabalas habían sido empeñadas para garantizar los préstamos que la Corona había pedido a los banqueros chupasangres de la Casa Fugger y a los financistas genoveses. Eso sumaba aún más presión sobre los recaudadores locales. Martínez Peña, no obstante, estaba satisfecho y sólo Dios sabe cuán grande era la tajada que se llevaba. A veces venía a ver los campos que poseía en la región y nos visitaba con el mismo desdén de siempre. Para esas ocasiones mi madre tomaba dos precauciones básicas: incluir ingentes cantidades de cerdo en los bacanales que preparaba y asegurarse de que María desapareciera mientras durara la visita.

Mientras mi padre y mi hermano trabajaban cada vez más duro, yo me abocaba más y más al estudio. Fray Gaspar insistía en que aprendiéramos largos textos en latín de memoria. Quería que pudiésemos recitar poesía clásica y textos de doctrina sin recurrir a los libros. Me había enseñado viejas técnicas mnemónicas que usaban en la Antigüedad, como el “palacio de la memoria” que mencionan Cicerón y Quintiliano, gracias a las cuales desarrollé la capacidad de retener libros enteros y citar, cuando era necesario, el párrafo adecuado de acuerdo con el tema que se estuviera tratando. Años más tarde entendería que la capacidad de memorizar textos era inapreciable para los judíos secretos de Iberia. La posesión de ciertos libros estaba prohibida por la Inquisición y era signo inequívoco de judaísmo, pero nadie podía hurgar en la memoria de los marranos

para ver si había allí textos pecaminosos. Memorizar ciertos libros era una de las pocas llaves que abrían los *anusím* —hebreos secretos— las puertas de la tradición ancestral.

Claro que en aquella época yo solo era capaz de sentir el tedio y la inutilidad de atiborrar mi memoria con cosas que podía fácilmente encontrar en los libros. Ese argumento sublevaba al austero fraile. Extrañamente, aquel hombre que admiraba la cultura y la sabiduría consideraba la palabra impresa como una maldición.

—Los ignorantes creen que los libros reemplazan la memoria. Los libros son simplemente ayuda-memorias, nunca debemos descargar nuestra memoria en un elemento externo —decía. Pero había algo más que realmente le molestaba—. La imprenta abrió al demonio las puertas de millones de almas inocentes. No todo el mundo debería leer.

—Disculpe, fray Gaspar —protesté—, la imprenta permitió que más gente conozca la palabra de Dios y los escritos de los padres de la Iglesia.

—No todo el mundo debe pensar por sí mismo —dijo el fraile como si se tratase de una gran obviedad—. Para eso estamos los sacerdotes y la gente docta, para decirle al populacho lo que debe pensar. ¿Qué pasaría si cada campesino desarrollase sus propias ideas y sus propios pensamientos?

El fraile se libró a uno de sus soliloquios, levantando las manos huesudas y mirándonos fijo con los ojos filosos que acechaban tras su nariz de halcón:

—Los libros existen para almacenar conocimiento, no para diseminarlo a aquellos que no lo necesitan. Gracias a la imprenta los libros se volvieron abundantes y baratos. No solo diseminan conocimiento, sino que además la chusma se cree con derecho a *crear* conocimiento. No es ninguna coincidencia que los luteranos y los judíos fueran los primeros imprenteros. Los luteranos distribuyeron la Biblia en alemán para que cada burgués pudiera leerla y hacerse sus propias ideas acerca de la voluntad de Dios.

—¿Y eso es malo? —pregunté.

—¡Claro que sí! Imagínate: ¿qué pasaría si cocinaras algo sobre el fuego sin usar una sartén? Te quemarías. O si quisieras tomar agua sin un cuenco, el agua caería al piso. Lo mismo pasa cuando la gente lee la Biblia sin la necesaria tutela de la Iglesia: o bien se quema en el fuego de la herejía o bien el conocimiento se les desperdicia como agua entre los dedos. La Iglesia es el necesario intermediario entre el hombre y el conocimiento y, a fin de cuentas, entre Dios y el hombre.

—Pero ya todo el mundo tiene acceso a los libros —dije tímidamente—, es muy tarde para frenar la imprenta.

—Claro que es tarde y lamento que no hayamos tenido la clarividencia de excomulgar a los imprenteros en su momento. Ahora es tarde. Lo que nos queda por hacer es controlar que no circulen libros que llevan a la gente al pecado y la concupiscencia, y más que nada debemos preparar a las mentes jóvenes para que puedan acceder a los libros sin caer en la herejía. ¿O no es eso lo que estoy haciendo contigo?

—¿Podré leer la Biblia, fray Gaspar?

—A su debido tiempo —respondió con sequedad.

En aquellos años tuvo lugar otro encuentro que, a pesar de su brevedad, tendría grandes consecuencias en el futuro. Era un día de otoño, probablemente en 1623, y yo volvía de la iglesia con Antonio. Recuerdo que las hojas de olmos y almendros alfombraban la calle empedrada y el aire traía aromas de tierra húmeda y leños caídos. De lejos, vi a un grupo de gente desmontar de mulas y desatar paquetes y alforjas en la puerta de mi casa. Me acerqué para ver a los forasteros con más detalle. El que parecía ser el padre de familia era un hombre petiso y relleno, con pequeños ojos asustados debajo de una prematura calvicie. Tenía la cara de un notario demasiado honesto como para hacer dinero. Se limpiaba con un paño, en un vano esfuerzo por desalojar las capas sucesivas de polvo que se le habían pegado al rostro. Cada uno de sus gestos apremiados mostraba temor y desconcierto. El hombre estaba acompañado de una mujer de rara hermosura que cargaba un bebé en sus brazos, primorosamente arropado en mantas de lana y sábanas bordadas. Había otros dos niños que también llevaban encima la suciedad y el cansancio del camino: una chica de mi edad —después supe que se llamaba Leonor— y un niño que parecía un par de años menor que yo, pero que se movía con la prestancia de un adulto. Me miró en silencio con unos profundos ojos verdes. Tomé y mi madre ayudaban a los misteriosos y aturdidos visitantes a desempacar. Al poco tiempo, mi padre llegó del trabajo y miró el revuelo con sorpresa. Frunció el ceño. Su cara decía claramente: “Solo esto me faltaba”.

—Francisco —se apuró mi madre—, he invitado a los Orobio de Castro a que se queden con nosotros algún tiempo.

Papá no dijo nada. Hizo una mueca indescifrable y se metió en las entrañas de la casa. Mi madre lo ignoró y siguió atendiendo a los visitantes. Trajo agua, vino y hogazas de pan recién horneadas.

Hablaban rápido en una mezcla de portugués y español y agradecían con efusividad que los hubiéramos recibido. Aparentemente, huían de algo o de alguien. La mujer con el bebé se sentó en uno de los sillones de cuero y, luego de un instante, mientras acunaba al pequeño, comenzó a llorar en silencio. Mi madre se acuclilló junto a ella y le tomó la mano. Aquel gesto pareció darle permiso a que diera rienda suelta a sus emociones y ya no pudo evitar romper en un llanto amargo.

—Ya, ya, está bien —le susurraba mientras la abrazaba.

—Lo quemaron vivo —repetía la mujer, sus palabras se abrían camino entre los sollozos con gran dificultad.

El hombre también estaba en la sala. Algo nervioso, se callaba y hacía gestos a su mujer para que también lo hiciese, cada vez que Tomé aparecía. "Es de confianza", tuvo que explicarles mi madre. Luego, el mismo Tomé los guio a una de las habitaciones en el primer piso que había sido dispuesta para ellos. Antonio y yo nos quedamos con mamá, mientras María jugaba con Bernarda.

—Mamá, ¿quiénes son? —quise saber.

—Son Manuel Álvarez Orobio de Castro y su familia. Están de paso, van hacia el norte y se han de quedar con nosotros por algunos días.

—¿Y por qué lloraba la mujer? —preguntó Antonio.

—Nada —respondió secamente mi madre—. Cosas de grandes.

—¿A quién quemaron vivo? —insistí.

—Nada, he dicho. Cosas de grandes —su tono era inapelable.

Luego, sin mediar segundo fue a buscar a mi padre y yo la seguí curioso, tratando de captar jirones de conversación. Tras la puerta cerrada escuché a mi padre reprenderla duramente.

—¿Qué carajo hacen acá?

—No tenían a dónde ir, se quedarán solo unos días.

—¿Te has vuelto loca? ¿Albergas fugitivos de la Inquisición? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No son fugitivos. Nadie los persigue. Pero sabes muy bien que si se quedan en Jaén tarde o temprano los apresarán, aunque no sean culpables de nada.

—Aun así, ¿qué piensas que dirá la gente cuando se sepa que se refugiaron en nuestra casa? ¡Su hermano y su primo fueron relajados!

—No pensarán nada, recibimos visitantes de fuera de la ciudad, eso es todo. Ellos no están bajo sospecha aún.

—Aún —recalcó mi padre.

—Los conocemos de Portugal. Nosotros podríamos haber estado en

sus zapatos —hizo una larga pausa—. Francisco, ¿qué te ha pasado? ¿Cuándo fue que el corazón se te convirtió en piedra?

—Solo trato de proteger a mi familia. Necia mujer.

—Tú eres el necio. Esa mujer ha visto a su hermano arder en la hoguera, ¿acaso no te queda nada de compasión?

Mi padre sabía que no podía competir con mamá. Tampoco iba a molerla a golpes, como cualquier varón español hubiese hecho en esas circunstancias, así que optó por la resignación.

—Solo unos días —dijo finalmente.

—Se quedarán todo lo que sea necesario —contradijo mamá, y salió dando un portazo.

El final de la conversación fue tan abrupto que no tuve tiempo de alejarme. Mi madre me vio escondido y gritó:

—¡Qué mierda haces aquí espiando, mocoso insolente!

Salí corriendo, y por suerte ella renunció a perseguirme, preocupada por atender a los recién llegados. Con miedo de no estar aún fuera de peligro, seguí corriendo y llegué a la puerta de entrada. Di la vuelta al predio tratando de buscar refugio en el jardín. Cuando llegué vi al hijo de los extranjeros sentado en silencio, absorto en pensamientos. Me miró fijo con sus inquietantes ojos verdes.

—Tú debes ser Juan —y en un gesto de cómica solemnidad extendió la mano pequeñita—. Yo soy Baltasar Orobio de Castro.

Los Orobio de Castro se quedaron en Lopera por algunas semanas. Mi padre trataba de mantener distancia con los visitantes mostrando una actitud que rayaba en lo descortés. Mamá lo ignoraba y atendía a Manuel Orobio y su familia lo mejor que podía. Su mujer le hacía compañía a mamá y la ayudaba en la casa. Con el tiempo la nube de pesar que cubría a la fugitiva comenzaba a levantarse.

En tanto, Manuel Orobio ofreció ayudar a mi padre en sus negocios, pero usó alguna excusa mediocre para rechazar la oferta. El hombre pasaba el día leyendo y escribiendo cartas. Imaginé que se comunicaba con parientes o amigos y planeaba sus próximos movimientos en el periplo que lo llevaría a surcar la España entera, tratando de mantenerse siempre un paso adelante del tribunal del Santo Oficio.

A pesar de las declaraciones de mi madre, en mi fuero íntimo yo creía que aquellos fugitivos eran culpables de algo. Creo que, de no haber sido por Baltasar, hubiese compartido mis dudas con fray Bartolomé o fray Gaspar, o hubiese hablado con el padre de Gonzalo que —como ya mencioné— era *familiar* de la Inquisición. En mi mente

infantil el mundo era justo y no había castigo si no había habido crimen.

Pero cuando veía a Baltasar todas mis dudas se desvanecían. Desde el primer momento sentí algo misterioso y atrayente en aquel niño que era menor que yo pero se movía con una dignidad que oscilaba entre lo noble y lo ridículo. Parecía un niño apurado por convertirse en adulto. Pero lo que más me atrajo de él era su curiosidad intelectual y su sed de saber. Ninguno de mis amigos era así. Gonzalo era un pequeño malviviente, travieso y gracioso. Los otros compañeros que estudiaban con fray Gaspar iban a las clases como quien recorre un túnel negro en el que no hay paisaje alguno. Baltasar era distinto. Una vez lo encontré observando los libros de mi habitación con actitud cercana a la reverencia. Acariciaba los lomos de los volúmenes como tocando terciopelo. Sobre mi mesa de noche había tres libros que había empezado a leer simultáneamente. Estaban abiertos uno sobre otro marcando la página que estaba leyendo. Vi que los miraba con curiosidad.

—Tienes libros muy interesantes.

—¿Quieres que te preste alguno?

—¿Cuál me recomiendas?

Tomé un libro de Tito Livio sobre las guerras púnicas y se lo acerqué. Él me agradeció y se marchó tímido. No lo volví a ver hasta la mañana siguiente en el desayuno.

Nuestras madres habían preparado octavas, hogazas de pan cortadas en ocho, embebidas en aceite de oliva y rociadas con azúcar.

—El libro de Livio es muy interesante —dijo para mi sorpresa.

—¿Lo has leído todo?

—Claro —me respondió como si le hubiese hecho la pregunta más estúpida de la historia.

—Aníbal sí que era un hombre de hígados —comenté tratando de tantear si de verdad lo había leído.

Resultó no solo que lo había leído, sino que estaba fascinado con las tácticas que el cartaginés había desplegado para derrotar a los romanos. También estaba orgulloso, como yo, de que el grueso de su ejército estuviera formado por iberos.

Dejamos el desayuno a medio comer y nos pusimos a jugar con los soldaditos de madera. Hicimos una réplica de la batalla de Cannae, en la que Aníbal hizo una brillante maniobra para encerrar a las legiones de Roma en una trampa mortal. “¡Aquí atacan los romanos!”, dijo Baltasar. “¡Aquí se retira el centro de Aníbal!”, contesté yo. “¡Aquí cargan los flancos cartagineses! ¡Santiago!” Baltasar se detuvo.

—¿Crees que los cartagineses gritaban “Santiago” cuando atacaban, como los soldados de los Tercios?

—Claro —dije—, ¡si eran españoles!

Ambos reímos. Jugamos durante horas y solo paramos cuando mamá llamó a comer.

Durante aquellas semanas en las que Baltasar estuvo en casa sentí que había encontrado el amigo ideal. Éramos niños y como tales armábamos jaleo con pequeñas travesuras, pero más que nada nos pasábamos horas comentando los libros que habíamos leído y aventurando respuestas ridículas a difíciles preguntas filosóficas. Mi tío Manuel se relamía de tener otra persona más a quien contarle sus historias de América, y Tomé compartía sin avaricia sus arcanos secretos medicinales con él también. “Un día seré medico e inventaré una forma de curar la plaga”, decía Baltasar. Jugábamos como todos los niños, pero enriquecíamos nuestros juegos con especulaciones intelectuales. El balero, por ejemplo, daba pie a disparatadas ideas sobre los movimientos de los planetas; la escondida se transformaba en furtivas incursiones en el antiguo castillo de Calatrava, donde imaginábamos pasadizos secretos llenos de tesoros capturados por los moros.

Una noche hubo otro episodio que azuzó mis dudas sobre los Castro. Como era de prever, fray Bartolomé había comenzado a hacer preguntas sobre los visitantes, que quiénes eran, que cómo los conocíamos, que de dónde venían y que esto y que aquello. Mis padres acordaron que la mejor manera de disipar las sospechas era invitarlo a casa a comer —a eso nunca se negaba—, así vería que los forasteros eran gente decente y devota. Para gran sorpresa de todos, el cura se apareció en la cena con don Toribio Arriaga y Tagle, el padre de mi amigo Gonzalo y *familiar* de la Inquisición.

Estaba claro que ser nombrado *familiar* era considerado un gran honor. Por un lado, era una prueba cabal de limpieza de sangre, por el otro, otorgaba privilegios e impunidad contra la persecución. Dadas las ventajas que concedían, se trataba de puestos muy codiciados que se vendían en una especie de mercado negro de la fe. Llegó a haber más de veinte mil en España. Ante tal presencia, se fue creando una red macabra en la que vecinos ajustaban sus cuentas y abusaban de las denuncias para vengar viejos rencores y templar celos mezquinos. Nunca era buena idea cruzarse con un *familiar* y ahí estaba don Toribio en nuestra propia casa. Para gran fortuna de los Castro —y probablemente nuestra también—, el padre de Gonzalo era uno de

aquellos *familiares* que se preocupaban más por los honores y las ventajas del cargo que por defender la pureza de la religión y la sangre. No obstante, le habían llegado los rumores acerca de una familia de portugueses que se había aparecido en nuestra casa como por arte de magia y sintió que era su deber de buen católico y agente del Santo Tribunal venir a husmear. Desgraciadamente, nadie tuvo la oportunidad de advertir a los Castro sobre la investidura de este sorpresivo invitado. Decir abiertamente: “Este es don Toribio, *familiar* de la Inquisición”, hubiese sonado algo extraño y hubiese sido, por tanto, riesgoso.

Mi madre preparó un guiso de cerdo en una espesa salsa de cebollas, zanahorias, tomates y ajos. Después de unos primeros momentos algo tirantes, el ambiente —regado como estaba de buen vino y excelente comida— se relajó. La conversación giró en torno a temas menores, no estuvo ausente la política ni tampoco la reanudación de las hostilidades en Flandes tras la tregua de doce años. Se habló también del fracaso español a las puertas de Bergen op Zoom, en los Países Bajos. Don Toribio —como la mayoría de los españoles— creía con absoluta sinceridad que si él hubiera conducido esa guerra la habríamos ganado. Fray Bartolomé fingía escuchar, pero estaba más que nada concentrado en la comida. Deglutía porción tras porción del guiso sin notar que un riachuelo de jugo le corría por la barbilla y le manchaba la sotana. En fin, fue una de aquellas conversaciones que requieren de cierta destreza para no caer en el peligro de decir algo inconveniente; un ejercicio al que ya estábamos acostumbrados.

El guiso era una auténtica delicia, pero noté que Manuel Orobio de Castro y su mujer parecían inspeccionarlo y diseccionarlo antes de comerlo. Era evidente que se llevaban a la boca solo las verduras y dejaban en el plato los trozos de carne, escondidos cuidadosamente en la salsa oscura. Con gran habilidad, trozaban el cerdo en pequeños filamentos hasta que se parecieran más a restos de comida que a posibles bocados enteros. Probablemente nadie lo notó. Los niños, por ser más bajos, teníamos un ángulo perfecto sobre los platos. De golpe, María —con total ingenuidad— le preguntó a Manuel:

—¿No os gusta la carne?

A su inocente pregunta le siguió un silencio sepulcral. Mi hermana percibió que había dicho algo inconveniente pero no tenía idea de qué exactamente. Mi padre le echó a Manuel una mirada cuya furia podría haberle perforado el cráneo. Hubo un destello de pánico en los ojos de Manuel, como si viera un muro entero a punto de caérsele sobre la

cabeza. Por fortuna, su perplejidad duró solo una fracción de segundo y su respuesta no se hizo esperar. Levantó el tenedor con un generoso bocado de solomillo.

—Nada de eso, mi niña, ¡me encanta! Está absolutamente deliciosa —luego, mirando a su mujer, agregó—: Deberías aprender la receta de Felipa —se llevó el jugoso pedazo de cerdo a la boca, masticándolo con fruición—. Un verdadero manjar —repitió, mientras un hililllo de sudor le rodaba por la nuca.

La pequeña escena no pareció llamar demasiado la atención del *familiar*. Tal vez por lo absorto que estaba en la conversación o por la ingente cantidad de vino que para esa altura ya había ingerido. Dio vuelta la cabeza como si nada y siguió pontificando acerca de lo que Spínola, el general de su majestad en Flandes, debía hacer para vencer a los herejes. El padre de Baltasar era un gran conversador y don Toribio no captó ninguno de los atisbos de perversión judaica que los volvían tan sospechosos a los ojos de mi familia. Después de la cena se marchó convencido de la devoción católica de aquellos simpáticos extranjeros.

Cuando el fraile y el *familiar* se fueron, un silencio pesado y denso descendió sobre la casa. Cada uno se fue a su habitación y hasta los niños presentimos que esa noche era mejor no hacer lío. Mientras me preparaba para ir a la cama, escuché a mi padre decir una sola frase en un tono que no admitía apelación: "Se marcharán antes del fin de la semana". Dio un portazo y salió al patio dejando a mamá de pie en la habitación y con la palabra en la boca.

—¿A dónde iréis? —entre mulas que resoplaban y sirvientes que llenaban alforjas me vi envuelto por ruidos y olores que me hicieron revivir otras partidas durante nuestra dolorosa época de trashumancia.

—Al alcázar de San Juan, en La Mancha —respondió Baltasar—. Algunos dicen que allí nació Miguel de Cervantes.

—¡Cervantes nació en Alcalá!

—Como sea, Alcázar es el lugar de nacimiento del Quijote.

—Pues bien podrás pelear contra molinos de viento, entonces.

Me había encariñado con Baltasar y estaba triste de verlo partir. A la vez, estaba enfadado, pero no sabía bien con quién. ¿Con mi padre por apurar su partida? No. No lo culpaba a él. Se hubiesen marchado de todos modos. Tal vez estaba enojado con el destino, que me regalaba un gran amigo para luego quitármelo.

El padre de Baltasar se me acercó y se acuclilló frente a mí. Me habló con un tono que arrullaba. Su cabeza calva de notario aburrido

no transmitía temor, sino una extraña ternura.

—Déjame hacerte una pregunta: si alguien me presta una joya muy valiosa, y a las pocas semanas viene y me pide que se la devuelva, ¿qué debo hacer?

—Devolvérsela, por supuesto —respondí sin entender a dónde iba con la suposición.

—¿Debería estar contento por haber tenido esa joya durante algún tiempo o triste por devolverla?

—Imagino que contento por haberla tenido —dije, y agregué azuzado por su pregunta—: Mejor tenerla por un tiempo que no haberla tenido nunca.

—Exacto.

El esfuerzo de cargar paquetes y baúles había cubierto su extensa frente de pequeñas perlas de sudor, pero su sonrisa se mantenía imperturbable.

—Eso es lo que te pasa a ti. Has tenido a un gran amigo durante algunas semanas, pero ahora es momento de devolverlo. Pero no estés triste, piensa en cuán feliz fuiste en este tiempo. Dios nos da y Dios nos quita, pero nos bendice con la memoria para que los buenos momentos nos pertenezcan por siempre —sus palabras parecían responder a mis propios interrogantes, como si me hubiera leído la mente. O el corazón, que luego de sus palabras albergaba más tristeza que furia.

Manuel me acarició la cabeza mientras Baltasar me miraba en silencio. Luego entró a la casa y lo seguí. Quería ser útil y ayudarlo a cargar sus últimos bultos. Al entrar, vimos a mi padre de pie frente a la ventana, mordiéndose el labio inferior. Manuel se detuvo y le habló en voz baja, como si temiera perturbar sus pensamientos:

—Francisco, quería agradecerte por tu hospitalidad. Y quería pedirte perdón por todos los inconvenientes que te causamos —mi padre no respondió.

Manuel sacudió la cabeza y musitó:

—Entiendo… Gracias de todos modos. Espero que algún día Dios me permita devolverte el favor.

Se volteó entonces para irse y se agachó para recoger unas alforjas.

—Manuel —exclamó mi padre un segundo antes de que aversonáramos la casa. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas—. Lo siento mucho —dijo. Intentó decir algo más, pero era evidente que las palabras no le saldrían. Se limpió la nariz con la manga del jubón y solo atinó a repetir—: Lo siento.

—No te preocupes, Francisco. Has sido más que generoso. Jamás lo

olvidaré.

—No —interrumpió mi padre—, no lo he sido. Por favor, llévate esto —le pidió mientras extendía un pequeño saco del cual surgía el inequívoco tintinear metálico de las monedas.

—No puedo aceptarlo, Francisco.

—Pamplinas —insistió papá—, lo necesitarás. Tu familia lo necesitará. Te ayudará a empezar de nuevo en Alcázar. Tómalo.

Manuel tomó la bolsa y estudió su contenido.

—Esto es más de lo que necesito, Francisco.

—Por favor, Manuel… —su tono era otra vez inapelable—. Y toma esto —le arrojó una moneda más—: Esto es para que lo des en caridad al llegar a tu destino. Mi abuelo decía que aquellos que viajan para hacer una buena acción en nombre de otro no sufren ningún percance.

Álvarez Orobio asintió. Mi padre no lo sabía, pero estaba haciendo referencia a una antigua costumbre hebrea que el padre de Baltasar conocía bien. Al pedirle que haga caridad en su nombre, Francisco lo convertía en *sheliaj mitzvah*, es decir, en encargado de cumplir una obligación religiosa en nombre de otro. El *sheliaj mitzvah*, de acuerdo con el Talmud, viajará siempre protegido por Dios.

—Gracias. Que Dios te bendiga, a ti y a tu hermosa familia.

El padre de mi amigo salió y yo lo seguí, ayudándole a cargar sus bártulos. Una vez afuera, terminamos de asegurar las alforjas y atamos los paquetes con cuerdas al lomo de los animales. En una carreta tirada por un caballo viejo de patas gruesas iba la familia Orobio completa, acomodada sobre baúles destartalados. Con relinchos de protestas, los animales comenzaron a moverse, dejando el empedrado regado de bosta fresca. Desde el arcón en el que iba sentado, Baltasar me clavó los ojos verdes y continuó mirándome fijo hasta que la carreta desapareció tras la curva de la calle Real. Su mirada esmerilada se quedó flotando huérfana en la bocacalle. Sentí la mano de mi madre en el hombro invitándome a seguirla hasta la casa. Traté de captar un último atisbo de mi amigo. En vano. Entré con la indefectible seguridad de que nunca más volvería a verlo.

No hay secretos eternos. Todos terminan por develarse de una forma u otra, aun los de los criados.

Una tarde, María quiso poner en práctica algunas de las lecciones de cocina que le había dado Bernarda y mientras trataba de cortar cebollas se hizo un feo tajo en el dedo y comenzó a brotarle sangre. Alertado por su llanto, corrí hasta donde estaba, tomé un trapo y le hice un improvisado vendaje.

—No es nada —le dije. Ella miró con horror cómo el trapo se iba tiñendo de rojo—. Espera aquí y aprieta la herida, voy a buscar a mamá.

Mi madre al parecer había salido, pensé entonces en buscar a Tomé para que me diera uno de sus emplastos. Recorrí la casa gritando su nombre sin obtener respuesta. Supuse que estaría en la habitación que se habían construido él y Bernarda al fondo del jardín, pero me paré en seco a mitad de camino. Mi madre me había ordenado que nunca entrara en la casucha de los criados. "Es una verdadera urgencia —me dije—, mamá entenderá", y abrí sigiloso la puerta de listones no trabajados. Dentro de la pieza, Tomé estaba postrado sobre una alfombra, murmuraba algo en un idioma extraño, se paraba y movía las manos en lo que parecían cadencias predeterminadas y se volvía a postrar. Me quedé un rato observando la extraña escena. No pasaron más que algunos segundos, pero el tiempo se había suspendido. Tomé, enfrascado en aquel ritual absurdo, no se percató de mi presencia hasta que la puerta, que sin querer había quedado entornada, se cerró por el viento.

—Niño Juan —tartamudeó, todavía postrado en el piso.

Luego, de golpe, se incorporó y comenzó a enrollar la alfombra. Era un pequeño tapete rojinegro cubierto de arabescos y formas geométricas. La lastimadura de María parecía ser algo que había sucedido en otro planeta.

—María se cortó —dije.

—Vamos.

Tomó un par de bolsitas con hierbas y un mortero. Corrimos hacia la cocina donde María esperaba con ojos asustados apretando su improvisado vendaje.

—No es nada, niña —quiso tranquilizarla Tomé. Cogió un poco de aguardiente y embebió un paño limpio—. Esto arderá un poco — le limpió la herida que seguía sangrando—. Presiona aquí con fuerza.

Luego tomó el mortero y molió hojas de abedul y salicaria. Agregó unas gotas de aceite y trébol rojo. Golpeó el mortero hasta obtener una pasta marrón. Con una espátula la untó sobre la herida de María y la volvió a vendar. Casi de inmediato, el dedo dejó de sangrar.

—Ya está, niña. Como nueva. Id a descansar un rato.

Durante la curación, olvidé lo que había visto minutos antes en la casucha de Tomé, pero en cuanto María nos dejó solos, las perturbadoras imágenes volvieron con fuerza.

Tomé se sentó en una silla de la cocina. Había bolsas bajo sus ojos azabaches, años de sufrimiento le habían arado la cara.

—Niño Juan —me dijo—, ya sois un muchacho grande, preguntadme lo que queráis saber.

—¿Estabas rezando? ¿Qué forma de rezar es esa?

—Es la forma en la que rezan los musulmanes.

—¿Y por qué rezas tú como lo moros? —pregunté aturdido. De golpe me di cuenta de lo obvio—: ¡¿Eres musulmán?! —alcé inevitablemente la voz. No lo dejé contestar, una catarata de furia me subió por el pecho—. ¡Voto a Cristo! ¡¿Acaso estoy rodeado de herejes?! ¡¿Sois todos judíos y moros?!

Toda la tensión de vivir entre verdades no dichas y secretos mal guardados explotó como un volcán en erupción.

—¿Todo es mentira en esta casa de mierda? ¿Yo soy el imbécil al que nunca le dicen nada? —gritaba y lloraba al mismo tiempo. Era un llanto de rabia y desilusión—. ¡Idos todos al puto demonio!

Salí corriendo y no me detuve hasta llegar al campo de olivares al oeste del pueblo. Me quedé un largo rato sentado a la sombra de uno de los árboles sollozando y maldiciendo, con la respiración entrecortada. Pero ya en aquel entonces la ira era para mí un combustible pobre, ardía fuerte pero se quemaba pronto. Ni entonces ni hoy puedo estar enojado durante mucho tiempo. Las puteadas se fueron apagando y dejaron lugar a las preguntas y a las dudas. No sabía si me molestaba que Tomé fuera musulmán, judío o pagano, lo que me enfurecía sobremanera era el no ser partícipe de los secretos familiares. Sentía que no confiaban en mí, como si creyeran que no era lo suficientemente maduro para guardar un saber clandestino.

Mientras rumiaba mi furia, vi venir a Tomé que caminaba hacia mí con pesadez. Era evidente que ya comenzaba a llevar demasiados años al cinto.

—¿Me puedo sentar a vuestro lado, niño Juan?

Encogí los hombros y el mulato se sentó bajo el olivar. Las hojas del árbol le dibujaban islas de sombra sobre la piel.

—¿Tenías miedo de que te denunciara? ¿Por eso nunca me contaste?

—No, nada de eso. Yo os confiaría mi vida, niño Juan —respiró hondo para poder continuar—. Bernarda y yo solo queríamos protegeros, tanto a ti como a tus hermanos. No queríamos hacerlos cómplices y no queríamos que estéis en peligro. Si somos descubiertos debéis poder decir que no sabíais nada, ya cargáis con suficientes sospechas por ser portugueses y cristianos nuevos, no necesitabais más problemas.

La furia se había disipado por completo. Escuchaba su voz

cavernosa, miraba sus fibrosas manos y sentía el mismo respeto de siempre por aquel hombre que para mí era un príncipe de África.

—¿Siempre has sido musulmán?

—Sí, desde que nací. No nacimos en Angola sino en Valencia. Mi padre, la paz sea con él, era morisco, es decir, cristiano en teoría, pero siempre se mantuvo fiel al islam. Cuando me convertí en muchacho, me enseñó lo que pudo sobre la fe de sus ancestros, incluso cómo rezar de acuerdo con las enseñanzas del profeta.

—Pero no entiendo… tú eres negro, no moro.

Tomé rio por primera vez en aquel día extraño.

—Sí, niño, hay muchos moros con la piel muy oscura. Un gran número de musulmanes son en realidad etíopes, y muchos bereberes de Marruecos parecen negros. Ha habido musulmanes negros desde el comienzo del islam —me explicó—. Uno de los primeros seguidores del profeta Mahoma era un negro llamado Bilal al-Habashi. *Habash* significa Etiopía.

No. No era, pues, un príncipe africano.

—¿Y cómo llegaste a América? ¿O eso también es mentira?

—No, no es mentira. Pero es una larga historia.

—Tengo tiempo —dije con el sarcasmo punteando las palabras.

—Bien. Yo nací en Valencia, pero para entender mi historia antes debes saber algo sobre la historia de los moriscos.

Tomé comenzó a desgranar la historia de los moriscos, tan diferente y a la vez tan parecida a la nuestra. Me contó cómo los árabes de Granada, derrotados en 1492, habían recibido la solemne promesa de parte de los mismísimos Reyes Católicos de que su libertad de culto sería respetada. Podrían guardar su cultura y su lengua — la que los españoles llamaban *algarabía*—. Me contó luego cómo aquella promesa formal había sido rota una y otra vez, y cómo los moriscos fueron empujados a la conversión, ora con dulzura y compasión, ora con la espada.

Los judíos —me explicó— también habían recibido las mismas garantías, pero tan solo unos meses después, los Reyes Católicos los expulsaron de España. En el caso de los moros tardaron casi diez años, pero en 1501 comenzaron las conversiones forzadas y las deportaciones.

En 1609 Felipe III les dio el golpe de gracia al firmar el edicto de expulsión que los conminaba a aversonar las tierras de España. Un edicto con fuertes reminiscencias del que había expulsado a los judíos más de cien años antes.

Se les dieron tres días para aversonar todo. En Valencia, los tercios

fueron llamados para reprimir a quien se resistiera a partir. Los soldados y los campesinos rivalizaban en crueldad. Muchos moriscos fueron degollados aferrándose a la tierra que no querían dejar. Otros fueron atacados en el camino hacia los puertos donde debían embarcar. Como última humillación, se les obligó a pagar el pasaje. Hecho que no impidió que en muchos casos capitanes y marineros desalmados los saquearan y los tiraran por la borda.

—Hubo notables actos de piedad —contaba Tomé—, como el de aquel noble valenciano que escoltó a todos los moriscos de sus tierras hasta Oran, pero tal como había sido con los judíos antes, la mayoría optó por la indiferencia —Tomé resopló—. Deberíamos haber aprendido de lo que sufrieron los judíos, pero no lo hicimos. Deberíamos haber sabido que hay una ley infalible en la historia: lo que les ocurre a los judíos tarde o temprano les ocurrirá a otros.

—¿Fue entonces cuando dejaste Valencia… durante la expulsión?

—Sí —dijo. Sus ojos se achicaron y su frente se frunció. Los recuerdos le laceraban el alma—. Debo preveniros que la historia es muy dura para los oídos de un niño —y luego de una corta pausa agregó—: pero mi padre siempre decía que si un niño pregunta es porque está preparado para escuchar la respuesta, así que os contaré. Mi anciano padre y yo malvendimos nuestra tierra. Mi padre era médico y lo único que tenía de valor eran algunos instrumentos quirúrgicos de plata. Se los llevó consigo. Esa fue su sentencia de muerte. Nos embarcamos en una miserable goleta que nos habría de llevar a las tierras del Imperio turco, pero apenas salimos a alta mar, el capitán nos hizo formar en cubierta y nos despojó de nuestras magras posesiones. Había un par de mujeres jóvenes que fueron forzadas allí bajo el sol y a la vista de todos. Nadie atinó a moverse. Cuando los marineros terminaron de violentar a las jóvenes y las dejaron tiradas en cubierta sangrando por la entrepierna y con el rostro amoratado de cachetazos, mi padre, tal vez por su instinto de médico, se abalanzó para tratar de ayudarlas. Un marinero lo atajó abrazándolo por la cintura y riendo a viva voz. De pronto sus risas se acallaron. Sintió algo duro en la chaqueta de mi padre. El anciano había escondido parte de sus instrumentos de plata allí. Dos hombres lo sujetaron y luego de quitarle los instrumentos lo tiraron por la borda. El mar se lo tragó en unos pocos segundos atroces. Yo gritaba y forcejeaba, era un adolescente fuerte, pero me retenían entre varios marineros. De a poco me fui calmando para ser presa de un extraño letargo. Había perdido toda voluntad de luchar. Escuché que el capitán dijo: “El negrito es fuerte, lo venderemos como esclavo”.

Había sellado mi destino. Pasé de mano en mano hasta llegar a las islas de Cabo Verde. Allí conocí a Bernarda, que también era de Aragón. Solo Dios sabe qué privaciones y vicisitudes pasó ella hasta llegar allí. Nunca me contó ni yo me atreví a preguntar. No sé si la quise en aquel momento… a veces pienso que el corazón de ambos estaba demasiado gastado como para querer, pero ambos sabíamos que era bueno para los dos sentirnos acompañados por otro morisco. Ambos fuimos transportados a América para ser vendidos. Los traficantes no hacían diferencia entre negros y afroárabes. Cualquiera con la piel oscura les parecía bueno para el tablado del mercado, aquel lugar infame en donde se negocia con seres humanos como si fuesen mulas. Pasamos por varios amos. Trabajé en las minas y en las plantaciones de azúcar, infiernos de sol y sudor en los que solo los negros más fornidos sobreviven.

”Por algún capricho del Altísimo, Bernarda y yo nunca fuimos separados. Siempre nos vendieron y compraron juntos hasta que fuimos a parar con nuestros huesos con nuestro último amo, un encomendero cruel que había tenido que empezar a comprar negros porque ya había explotado a muerte a todos los indios que le habían asignado. De aquel amo desalmado y perverso vuestro tío Manuel nos salvó al comprarnos. Nos salvó la vida, sin duda.

—Mi tío te emancipó, eras un hombre libre, ¿por qué decidiste volver a España? Podrías haberte quedado en América, o podrías haber ido a alguna tierra de moros… Al fin y al cabo, aquellos moros que cruzaron a Marruecos se quedaron ahí y pueden ser musulmanes sin que nadie les moleste.

Los labios gastados del mulato se arquearon en una sonrisa triste.

—Buena pregunta —dijo—. En las Indias hubiese terminado esclavizado nuevamente. O acuchillado. Pensé en ir a Marruecos, pero eso no es tan fácil para los moriscos españoles. Los moriscos hemos vivido en España por siglos, compartimos la misma religión con los árabes del Magreb, pero es como si fuéramos otro pueblo. Hasta hablamos distinto. Además —continuó—, hoy Marruecos está regido por reyes e imames casi tan fanáticos como la Inquisición.

Se quedó pensativo un instante. El sol bajaba y su cara entera se cubría por las largas sombras de la tarde.

—La verdad es que quería quedarme cerca de vuestro tío y, además, quería volver a España. Este es mi país y el exilio es a veces más duro que la muerte.

—¿Mi mamá sabe todo esto?

—Yo no se lo he contado. Sospechará, por cierto, pero nunca

preguntó. Igualmente no se inquieta cuando desaparezco para rezar, ni parece notar cuando ayuno durante el mes sagrado.

Mientras él hablaba no podía dejar de pensar en la nueva realidad que sus palabras habían abierto ante mí. La cabeza me hervía. La historia de Tomé y sus creencias alborotaban las enseñanzas cristianas que había recibido de mis maestros. ¿Qué se suponía que debía hacer con aquellas revelaciones? ¿Seguía siendo Tomé el buen hombre de siempre?

—¿Debo denunciarte, Tomé? ¿Es eso parte de mi deber cristiano?

Por extraño que parezca no buscaba amenazarlo ni amedrentarlo. De verdad quería saber si mi deber de buen católico incluía ayudar a desterrar la herejía. O mejor aún, ayudar a Tomé a ver la luz de Cristo. Él lo entendió de inmediato. Me contestó con la estoica franqueza de aquellos que no tienen nada que perder, como si de verdad creyera que la paz de mi conciencia valía más que su vida.

—No lo sé, niño Juan. ¿Creéis que mis prácticas os afectan en algo? ¿Os hacen menos cristiano? Si creéis que el hecho de que yo sea musulmán os impide practicar vuestra religión o mantener vuestra fe, entonces debéis denunciarme —su voz era firme pero tranquila. Sus ojos de tizón me miraban con intensidad—. Si pensáis que mi religión hace peligrar la vuestra o si creéis que eliminar la herejía es parte fundamental de vuestra fe, no lo dudéis. Un hombre debe seguir su conciencia y vos ya sois casi un hombre.

No había ni un solo atisbo de ironía en su voz. Las cosas eran realmente así de simples. Tomé era el mismo Tomé a quien yo amaba, a quien yo consideraba parte de mi familia. Musulmán, católico o judío, él era él. Nada de lo que él creyera podría corromper mi propia fe. Más que una amenaza a mis creencias sentía curiosidad por las suyas. Me molestaba haber sido víctima de un engaño durante todo ese tiempo, haber creído que él y yo compartíamos una fe… pero al mismo tiempo no me sentía vulnerado en mis credos porque él creyera en algo distinto. Vi las cosas con una claridad abrupta y agria. El verdadero problema de la Inquisición era que con su accionar y sus argumentos mostraba más debilidad que fuerza. Insultaba nuestra fe al creer que era tan frágil como para que cualquier herejía, real o imaginaria, la pudiera destruir con tan solo existir. “Yo no soy católico por miedo, no temo ni a la Inquisición ni a los que no creen como yo”, me dije. “Yo soy cristiano porque siento la presencia de Dios y la gracia de Cristo y Tomé podía postrarse ante un pedazo de roca si así lo deseaba. Eso no cambiaría en un ápice mi propio fervor religioso”, pensé.

Miré a Tomé largamente. Él no esperaba una respuesta.

—Lo que sea, es *maktub*, será la voluntad de Dios —dijo.

Yo trataba de aferrarme a mi enojo, pero ya se había disuelto hacía tiempo, dejando solo lugar para un sedimento de tristeza. Los secretos de mi familia eran los traumas de la España magnífica y atormentada en la cual vivíamos. Tomé, mi padre, mi primo Gerónimo, Baltasar y su familia… En fin, todos nosotros éramos parte de una galería de personajes trágicos, jugando lo mejor que podíamos con las cochinas cartas que nos había dado la vida.

Volvimos a casa caminando lentamente y en silencio. Presentí, con un fatalismo similar al de Tomé, que aún habría en mi familia más secretos por develar.

Claro que no todos respondían de la misma manera que Tomé a las preguntas acerca de su pasado.

Una vez tuve una conversación con fray Gaspar acerca de mis estudios. Ya varios de mis amigos tenían claras sus ideas sobre lo que querían ser de grandes. Mi amigo Baltasar quería ser médico. A mí también me gustaba esa idea: el encuentro con el primo Gerónimo me había fascinado y jugar al boticario con Tomé me hacía sentir como un aprendiz de hechicero, pero lo cierto era que también me gustaban la teología, las letras y las ciencias naturales. El sacerdocio también ejercía sobre mí una gran atracción. En esa charla con fray Gaspar le pregunté abiertamente su opinión sobre mi carrera. Me interesaba en especial su opinión sobre una carrera en la Iglesia. Su reacción fue mesurada y fría. Como siempre. Juntó los dedos largos y finos como escarbadientes debajo de su mentón dejando que el sayal marrón formara cavernas de tela marrón bajo sus brazos huesudos.

—El sacerdocio no es una profesión —dijo—, es una vocación. No eliges ser cura, sino que respondes a un llamado.

—Pero yo siento un gran estremecimiento al estudiar las cosas de la fe, creo que podría estudiar eso todos los días de mi vida —respondí.

—Sin embargo, también tienes otras inquietudes, y mi misión es asegurarme de que cualquiera sea la elección que hagas, seas siempre y ante todo un agente de la luz de Cristo.

—¿Y qué mejor para eso que el sacerdocio?

El austero fraile esbozó una inusual sonrisa.

—La cristiandad no necesita más curas, sino hombres que lleven la palabra de Dios a aquellos lugares en los cuales no suele entrar, como la medicina, el gobierno o las leyes —se detuvo y pensó unos segundos—. Claro que tienes ciertas… *desventajas* para ser admitido en

la universidad.

No tenía que aclarar a qué desventajas se refería. Luego se lanzó a un soliloquio poco característico, en el cual expresó sus cavilaciones íntimas, como si yo me hubiese esfumado:

—Los sacerdotes de hoy no son el mejor ejemplo de vocación cristiana. Hay curas amancebados, sodomitas, fornicadores, corruptos que cobran por absoluciones o que usan los secretos de confesión para su beneficio. Luteranos y calvinistas tienen el trabajo fácil. ¿Cómo no sospechar que el catolicismo es corrupto si sus vicarios se entregan a la concupiscencia más grotesca? Y después están aquellas familias que usan la religión como forma de obtener poder político. Aquellos que mandan un hijo al ejército, otro a ser letrado del rey y otro al seminario, como una forma de asegurarse de que tendrán agentes en los tres poderes. No hay ninguna piedad cristiana en esos clérigos.

—Pero ¿la Inquisición no controla y castiga a religiosos corruptos?

—¡No lo suficiente! —exclamó, levantando la voz por primera vez —. La Inquisición también se ha convertido en un poder político, no en un arma de la verdadera fe. El estandarte del Santo Oficio reza *Exurge domine et judica causa tuam*, "levántate, Dios, y defiende tu causa", pero la Inquisición no muestra la severidad necesaria, ni con los herejes ni con los amancebados.

—¿Es por eso que dejó la Inquisición, padre?

Fray Gaspar me miró fijo, sus descarnados labios y su frente ajada arqueándose al unísono. Sus ojos grises lanzaban flechas.

—Eso no es asunto tuyo, gamberro —su voz era de granito—. ¿Quieres adquirir sabiduría? Pues aprende lo siguiente: no preguntes lo que no te incumbe.

Si bien no tendría definida mi vocación hasta mucho tiempo después de aquella charla con fray Gaspar, para esa altura ya tenía muy en claro una de mis principales aficiones, una que me acompañaría durante toda mi vida: el gusto por las niñas. Esa pasión —podríamos decir— por las hijas de Eva, de la que no reniego, se despertó en algún momento de mi décimo o undésimo año de vida, aun antes de que comenzaran a aparecer en mi cuerpo los cambios físicos propios de la adolescencia. Era, naturalmente, una atracción casta e inocente, pero no por eso menos intensa. Recuerdo una niña de dorados bucles y profundos ojos azules custodiados por largas pestañas onduladas. Se llamaba Carmen Valdivieso y yo creía que tenía la sonrisa más dulce del mundo. Cuando me la cruzaba en la iglesia o en el mercado, mi pulso se aceleraba. La veía conducirse con seguridad y hasta altanería, como consciente de su evidente belleza.

Me preguntaba cómo con su corta edad podía comportarse con tanta distinción. Suponía que ciertas mujeres simplemente llevan esa elegancia en la sangre, como si no hubiera nada que pudieran hacer para dejar de ser atractivas.

Quizás en el caso de los varones sucede lo mismo. Por entonces, mi madre tenía razón, yo era del tipo que les gustaba a las chicas. Muchas veces me cruzaba con grupitos de niñas y las veía cuchichear mientras lanzaban esas inequívocas risitas tímidas que delatan su excitación. Carmen, sin embargo, me miraba con desdén. Lo cual, obviamente, aumentaba mi interés. A veces conseguía robarle una mirada o escamotearle una sonrisa fugaz. Eso era suficiente para ponerme en un estado de ensoñación por largas horas. Cuando en la iglesia los padres de Carmen la pescaban mirándome de reojo la reprendían con susurros enojados. Yo no tenía que escuchar para adivinar lo que le decían: "No te acerques a ese marrano".

Había otra niña que me interesaba. Esta era morocha, de largo pelo recogido en una trenza que le llegaba hasta la cintura. Su cuerpo cetrino con pecas me recordaba al pan de centeno que a veces amasaba mi madre. Tenía una sonrisita vivaz y unos ojos ligeramente bizcos que brillaban con una profunda pureza y transmitían una bondad innata. Era mi prima Isabel, que a veces venía a visitarnos desde Torredonjimeno, un pequeño pueblo a un día de marcha de Lopera.

Isabel no me causaba el mismo estremecimiento que Carmen, pero me divertía con ella. Se sumaba a nuestro grupo de hermanos y amigos y jugaba con nosotros, como un muchacho más. Si bien no nos veíamos seguido, habíamos desarrollado cierta complicidad y debo reconocer que siempre me alegraba mucho al verla llegar. Hablábamos bastante, y yo la encontraba inteligente y perceptiva. A ella también le fascinaba la historia y me contaba sobre su ciudad con deliciosa excitación:

—¿Sabes que hace casi cuatrocientos años, en Torredonjimeno, los árabes capturaron al obispo de Toledo? —me contaba—. Pues no podían ponerse de acuerdo sobre qué rey moro debía conservar un cautivo de tanta importancia, si el de Granada o de Marruecos; entonces uno de los caballeros zanjó la discusión, lo mató y le dio la cabeza a uno y el brazo a otro.

—¿Por qué el brazo?

—Porque el brazo contiene la mano con el anillo de obispo, tonto.

Mi madre, no obstante, contribuyó a que nuestras relaciones se enfriaran. Ella sabía ser sutil cuando era necesario, pero en este caso

se dejó llevar por el entusiasmo y le decía a todo el mundo que Isabel y yo nos casaríamos. Entre los portugueses era muy común, casi de rigor, casarse entre primos, en especial entre aquellos con los que no había lazos de sangre. Solo años más tarde entendería el porqué de esta costumbre: entre los judaizantes era cuestión de vida o muerte moverse en un círculo cerrado para minimizar la posibilidad de ser denunciado por la propia familia política. Además, muy pocos cristianos viejos accedían a ensuciar su sangre mezclándola con plasma semita.

En algunos casos, los matrimonios intrafamiliares iban demasiado lejos y la Iglesia demandaba una dispensa especial del papa para casar, por ejemplo, un tío con una sobrina. Ese fue exactamente el caso de mi primo Francisco Gómez "Romano", así llamado porque tuvo que pasar una larga temporada en Roma peticionando al Vaticano para casarse con su sobrina que vendría a ser mi prima, o mi prima segunda… Claramente, las relaciones familiares entre los portugueses podían marear al más avezado. En todo caso, los intentos de mi madre de jugar a Cupido fueron contraproducentes: Isabel y yo nos cohibimos. Las charlas espontáneas pasaron a ser esporádicas porque, si nos apartábamos del resto para hablar como antes, nos sentíamos observados. Imaginábamos a tíos y primos murmurando sobre nosotros y comenzamos a sentirnos incómodos cuando estábamos juntos. Ninguno de los dos quería sentir que seguíamos un guion trazado por las matronas del clan. Inevitablemente, nuestros encuentros se fueron volviendo más fríos y al cabo de un tiempo Isabel dejó de corretear con los muchachos para comenzar a jugar con María y chismosear con las otras niñas.

El interés que tanto yo como los otros niños comenzamos a evidenciar por el sexo opuesto no pasó desapercibido para fray Bartolomé, que, como ya mencioné, tenía cierta experiencia en aquellas lides. El cura sentía que debía protegernos de las garras del diablo que acechaba tras las faldas femeninas, pero había otras emboscadas del maligno de las cuales debíamos guardarnos. Por ejemplo, tocarnos las partes pudendas era un pecado que traía acarreado un pasaje seguro y directo al infierno. Además, manosearse el miembro provocaría una ceguera incurable, imbecilidad y crecimiento incontrolable de pelos en las manos y la frente. Gonzalo, que nunca perdía la oportunidad de hacer una chanza, levantó las manos al aire y mostrando las palmas exclamó: "Mirad, padre, ¡hoy me rasuré!". La clase rompió en carcajadas y el cura se puso rojo de furia. "¡Silencio, mocosos, arderéis en el infierno!", gritó. Con cada

alarido, la voluminosa papada vibraba y se movía, generando aún más risas. "¡Insolentes, patanes, ya os reiréis en el horno!".

En las clases con fray Gaspar no había risas ni chanzas. El implacable religioso no nos asustaba con los sufrimientos del averno, sino que apelaba a nuestro intelecto. El predicador eficaz, decía, debe ponerse a la altura de aquella alma a la que intenta formar. Él sabía que yo reaccionaría mejor a una explicación racional que a amenazas de inciertos fuegos eternos. Según él, no había contradicción entre la razón y la fe. Creer en Dios y en la Santísima Trinidad era no solo una cuestión de fe sino una necesidad lógica.

Usando aquella férrea disciplina intelectual nos preparó para recibir el sacramento de la confirmación. Las discusiones en torno a la idea de los sacramentos me fascinaban. Ya fray Bartolomé nos había enseñado que había siete y que cada uno de ellos incluía *materia*, una cosa usada como vehículo de santidad, y *forma*, las fórmulas rituales y las palabras que se pronunciaban al aplicar la materia. Pero a mí el catecismo básico me iba quedando chico. Necesitaba ahondar más, entender todo y asegurarme de que aquello formaba parte de un sistema de ideas de infalible racionalidad. Aquella búsqueda no me hacía dudar de mi fe, todo lo contrario. Cuanto más entendía, más creía.

—Fray Gaspar, si Dios es todopoderoso, ¿por qué no puede darnos su gracia sin necesidad de los sacramentos?

—Esa es una pregunta que ha preocupado a muchos padres de la Iglesia. El error que tú cometes es creer que el sacramento es necesario para Dios. El Padre no necesita nada para darnos su gracia, pero como prueba de su amor por el hombre, lo hace de una manera que refleja la naturaleza humana. Tal como nosotros, los sacramentos tienen una parte de materia y una parte de espíritu. Dios instauró los sacramentos como la forma más eficaz de distribuir su gracia a creaturas que son parte corpóreas y parte espirituales.

—Pero… ¿puede el hombre acordar la gracia a un elemento inanimado, como el pan o el agua? ¿No sería eso —me santigüé— idolatría?

Fray Gaspar se ofuscaba con las preguntas personales, pero nunca perdía la paciencia con preguntas de doctrina.

—Claro que no. Por eso los siete sacramentos han sido establecidos por Jesús mismo. Solo Dios puede adscribir gracia interna a un símbolo externo —se entusiasmó levemente—. La mayor gracia que recibimos es la santificación, que nos da una vida supernatural,

maravillosa, que es nada más ni nada menos que parte de la vida misma de Dios. Cuanto más repetimos los sacramentos, aquellos que pueden ser repetidos, más se expande nuestra capacidad de albergar al Espíritu Santo y al amor de Dios.

La explicación me fascinaba. Me pasé la mano por los hirsutos cabellos y me quedé pensativo unos momentos. Fray Gaspar esperó.

Eran conceptos teológicos complejos, pero entendía lo esencial. Sabía que mi alma tenía la chispa de Dios gracias al bautismo y que la confirmación depositaría en mí una reserva inacabable de gracia divina. Gracias a eso tendría la fuerza para ser un buen cristiano, un auténtico soldado de Cristo. En tanto, la herejía nunca estaba lejos de mi pensamiento, en especial después de aquel episodio con Tomé. Apóstatas y descreídos me daban una profunda pena. ¿Cómo podría alguien renunciar al enorme privilegio de ser uno con el Creador? ¿Cómo podía uno negarse a la satisfacción de albergar en el corazón a un pedazo del mismo Dios? ¿Cómo alguien podía privarse de sentir el tremendo amor de Cristo?

Cuando satisfice mis dudas, las preguntas y respuestas cambiaron de dirección. Ahora era fray Gaspar quien nos interrogaba para ver si estábamos debidamente preparados para recibir la confirmación. Yo ya sabía el catecismo casi de memoria y podía decir todas las oraciones básicas en latín y explicarlas en español. Lo que evaluaba fray Gaspar no eran solo conocimientos sino, más que nada, las intenciones del corazón. “No se trata de repetir como un loro sino de concentrarse en cada palabra”, nos retaba cuando le parecía que decíamos alguna oración de manera demasiado automática. Ante cada pregunta, gotones de sudor frío me rodaban por las sienes. Temía que el severo canónigo no viera la profunda devoción de mi corazón y, sobre todo, no quería defraudarlo. Ni a él ni a nadie. Quería agradar a todos, y más que nada a aquellos que parecían impermeables a todo encanto y seducción.

Luego de la última pregunta se sentó en el escabel de madera: “Estáis preparados”, dijo sin emoción, y nos despidió con un gesto ausente.

Aquel día volví a casa corriendo y brincando. Iba a ser un soldado de Cristo, e iba a borrar las impurezas de mi sangre gracias al amor del crucificado y la gracia de Dios. Estaba feliz.

El año 1625 vio muchos sacudones políticos y militares. En Flandes, los tercios obtuvieron una gran victoria al ocupar Breda luego de un largo y sangriento asedio. Los protestantes, por su parte, no se

quedaron de brazos cruzados. En octubre una flota de ingleses y holandeses intentó atacar Cádiz con la intención de asestar un golpe fatal al orgullo y a las finanzas de España.

Pero en los días que precedieron a mi confirmación, todo aquello pasó a un segundo plano. La emoción profunda que provocaba en mí aquel sacramento me impedía pensar en cualquier otra cosa. Esperaba ese momento como quien espera cumplir un sueño.

El obispo de Jaén vino al pueblo para oficiar la ceremonia. Estaba acompañado de un ejército de pajes, servidores, monaguillos, soldados y adulones varios. Había estandartes y banderas. Algunas llevaban la cruz, otras el escudo de armas de la familia del obispo, con la cual mostraba su noble abolengo. Todos se comportaban con distinción, pero la escena parecía más una romería que una procesión real.

El obispo era un viejo conocido: Baltasar Moscoso y Sandoval. Su porte era aún más majestuoso de lo que lo recordaba. Desde la ventana abierta de su carruaje bendecía a la multitud con un gesto displicente de la mano, como si la chusma no mereciese que gastara energía en movimientos más briosos.

En la iglesia, fray Bartolomé corría de un lado para otro como una gallina sin cabeza. Quería que todo estuviera impecable para la visita del dignatario. "Es un gran honor que te confirme el obispo de Jaén —me había dicho—, es sobrino del duque de Lerma que fue valido de Felipe III, ¡lo más granado de la nobleza castellana! Dicen, además, que es muy cercano al rey y que este lo toma de consejero para asuntos religiosos y políticos".

El obispo bajó de su carro. Su esbeltez y arrogancia lo rodeaban como aquellos halos luminosos que se ven en los dibujos de los santos. Dedicó al obeso párroco una mirada corta y altiva, y se dirigió a la casa del corregidor en la cual pasaría la noche. El predio del castillo fue requisado para albergar al resto de la comitiva y algunos curas recibieron del obispo la función de interrogar a los jóvenes que iban a recibir la confirmación. Fray Gaspar no salía mucho de la ermita, y tampoco iría a la ceremonia de confirmación, pero nos acompañó al examen para presentarnos al fraile que nos examinaría. Se trataba de un dominico maduro de negra sotana con alzacuello, cara marcada por la viruela y pelo cortado en corona, que respondía al nombre de fray Agustín. Su cara se crispó con respeto y miedo cuando vio la figura alta y filosa de fray Gaspar.

—Su eminencia, es un placer veros —dijo—. No sabía que… No hay necesidad de examinar al joven, si vos lo presentáis es obvio que…

—Interrogad bien a este joven, páter —interrumpió fray Gaspar—. Sed duro y severo. El joven Juan de Prados sabe muy bien que el sacramento es un privilegio que debe ganar con esfuerzo.

Dicho eso, hizo una imperceptible reverencia y se marchó. Fray Agustín me miró con la boca abierta.

—¿Es ese tu maestro?

—Sí —dije—, ¿por qué?

—¿Sabes quién es?

—Sé que es un hombre de gran sabiduría, y es un excelente maestro —agregué obsecuente.

—Por cierto —dijo tembloroso—, por cierto.

El examen nunca tuvo lugar. Hablamos con el cura de bueyes perdidos y sobre todo de fray Gaspar. Luego del estupor que le había causado ver a mi maestro, no me fue difícil sacar ventaja de mi juvenil carisma y usarlo para obtener información.

—Gaspar de la Cruz es una leyenda en la orden —me contó—. Es uno de los mayores expertos en derecho canónico. Ha sido asesor del Santo Oficio y se ha codeado con los más grandes espíritus de España.

—¿Y qué hace aquí?

—De la Cruz tuvo una gran polémica con la Inquisición. Por un lado, lo sublevaba que el Santo Oficio no reprimiera con más fuerza la corrupción de la curia y del gobierno. Él creía que no se podía luchar contra la herejía con tropas a las que llamaba una “caterva de depravados”. Abogaba por una reforma del clero y también se rebeló fuertemente contra los estatutos de limpieza de sangre.

—¿Por qué? No parece lógico que un hombre tan severo sea blando con los conversos.

—¡Oh, no! —exclamó—. No te confundas. Él no era blando, todo lo contrario, abogaba por penas más duras. De haber sido por él, las condiciones de reconciliación de herejes serían mucho más difíciles, y habría hogueras cada dos por tres. Pero como buen canónigo, él sabía que los estatutos de limpieza de sangre eran heréticos. Creer en algo como la limpieza de sangre implica negar uno de los elementos básicos del cristianismo: la igualdad en la gracia que nos otorga el bautismo. No hay que ser un genio en lógica para darse cuenta de la solidez de su argumento: los estatutos no pueden estar por encima de un sacramento. Aceptar los estatutos corroe las bases mismas de la cristiandad, porque relativiza el valor absoluto del bautismo. ¿Te das cuenta? —rio nervioso—. ¡Su odio a la herejía lo hacía defender a los cristianos nuevos!

Yo escuchaba azorado. El cura me siguió contando la historia. Fray

Gaspar no había querido un enfrentamiento con el clero ni con la Inquisición. Se había cansado de predicar en el desierto, tal vez también temía que sus diatribas contra la lenidad de la Inquisición terminaran por enojar a alguien importante. Esperó entonces que su gesto simbólico de retirarse a un pueblo remoto aceptando el encargo de un comerciante portugués de educar a sus hijos fuese un mensaje que resonara en el clero. Pero nadie acusó recibo de su silenciosa protesta, su partida fue tomada como un acto de excentricidad o de martirio.

Terminé aquella charla con una extraña admiración por mi maestro, por su abnegación y su sacrificio, por la solidez de sus ideas y la coherencia de sus acciones. Así, inspirado por su ejemplo y sintiendo el ardor de la fe en el vientre, me aproné para mi confirmación.

La familia, por su parte, se preparó para la ceremonia con el celo del converso. Los varones vestían adustos jubones negros de terciopelo, con impecables cuellos blancos, valones oscuros y calzas impolutas ajustadas en zapatos de cuero que relucían de limpios. Algunos usaban lechuguillas, ya que la pragmática del año anterior que prohibía el uso de cuellos ostentosos no había sido aún implementada plenamente. Mamá, al igual que el resto de las mujeres, llevaba un vestido con ricos encajes. Ni a las mujeres ni a los hombres la elegancia les impedía sudar como caballos en aquel pesado día andaluz.

Yo quería que el tío Manuel fuese mi padrino, pero mi padre decidió que aquella función tan importante sería efectuada por un cristiano viejo. Rafael Trejo, un destacado notario de la ciudad que le debía muchos favores a mi familia, hizo los honores.

El obispo lucía magnífico con su capa, su mitra y su báculo. Los fastos, las palabras en latín, el olor de sebo e incienso de las velas, la regia prestancia del obispo y el rítmico sumergir de su dedo en el aceite de la unción formaban una nube pesada de emoción y sentido. Yo disfrutaba la magia única del momento. El obispo era flemático y altanero, y hoy sé que los confirmados eran para él apenas más que una molestia, un trámite que cumplir, cuanto más rápido mejor. Pero aquel día, cuando me dibujó la cruz sobre la frente, me sentí un ser especial. No había en la bella capilla nadie más que él, Dios y yo. Tomé el cuerpo de Cristo conteniendo la emoción de mi cuerpo y de mi alma. Entonces, el obispo me dio la suave bofetada en la mejilla que sellaba la ceremonia y me dijo las palabras que tantas veces había pronunciado Jesús: “La paz sea contigo”.

Cuando todo hubo terminado, mi madre organizó una comida festiva. En algún momento me escabullí de la casa y corrí hasta la ermita para ver a fray Gaspar. Quería compartir con él la emoción que todavía sentía. Quería decirle que el sacramento para mí no era una entelequia, que sentía realmente la presencia de Dios y la gracia de Cristo en cada fibra de mi ser. Quería decirle que sería un fiel soldado en los ejércitos del Señor. Lo encontré arrodillado, rezando en silencio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin levantar la vista.

—Quería agradeceros, fray Gaspar.

—No hay necesidad, ahora vete, estoy rezando.

Me quedé de pie durante un largo rato sin saber qué hacer. Deseaba decirle tantas cosas, deseaba compartir con él cómo me sentía, pero la lengua se me había congelado de repente. Puse todo mi empeño en forzar aquella sonrisa que, según mi madre, me abría todas las puertas. En vano. Fray Gaspar fue una de las pocas personas completamente impermeables a mis esfuerzos por seducirlas. Con una profunda desilusión, me di vuelta y me marché. Apenas atravesé el marco de la puerta escuché la ronca voz del religioso que me llamaba desde dentro:

—Juan —se había puesto de pie y sostenía el pesado pomo de hierro de la puerta. Yo me detuve en seco, el fresco aire de la tarde movía levemente las hojas perennes de los olivares—, he hablado con tu padre… Te prepararemos para que vayas a estudiar a la universidad. Si así lo deseas, por supuesto.

—Claro que lo deseo —balbuceé.

—Tú no sabes lo que quieres. Y entrar a una buena universidad no será fácil. No hay ninguna garantía de que te acepten. Piénsalo y después hablaremos. Buenas noches.

Empujó la puerta y escuché el girar metálico de la llave en la cerradura. Me quedé allí largo rato, de pie y boquiabierto, con la cabeza latiendo con fuerza mientras la brisa fresca del anochecer me acariciaba la frente.

A medida que pasaba el tiempo, las clases con fray Gaspar se volvieron más formales. Con la universidad en la mira, debíamos seguir más estrictamente un programa similar al de las escuelas de Gramática. Además, complementábamos mi formación con clases en Jaén que me iniciarían en nuevas artes y saberes. Si antes conocía unos pocos escritores y filósofos, ahora me abría —muy de a poco— a otros nombres y a ideas más complejas y profundas. Siempre, naturalmente, en un marco de absoluta piedad y ortodoxia. "Descubría" solo aquellos libros que mis maestros querían que

encontrara, pero aun así estaba agradecido por cada nueva puerta que me acercaba al magnífico mundo del saber.

Pero no todos los descubrimientos que hice por entontes fueron académicos. Hubo otros —¿cómo decirlo?— más prosaicos.

Había una costumbre judaica que las zarpas de la Inquisición no habían logrado arrancarnos: no había auto de fe que nos disuadiera de bañarnos. Es cierto que bañarse no era herejía en sí, pero en un contexto en el cual todo podía ser sospechoso, perseverar en una costumbre propia de judíos, depravados o afeminados —que para ellos era lo mismo— no era necesariamente una buena idea. Al fin y al cabo, la mayoría de los españoles de aquella época se mojaban el cuerpo solo cuando llovía. Mi madre, no obstante, con su elocuencia de siempre, lo resumió con límpida claridad: “Me importa tres carajos lo que piense la gente, en esta casa nos bañamos todas las semanas”.

Fue durante uno de aquellos baños que me pasó algo tan embarazoso como irreversible. Mientras me lavaba, noté que el incipiente círculo de vello que había comenzado a crecer hacía unos meses alrededor de mi pene se había cerrado por completo. Mientras miraba mi miembro como si se tratase de un extraño, comenzó a endurecerse y a crecer. No era la primera vez que la verga se me ponía tiesa, pero esta vez fue distinto. El prepucio se retrajo casi por completo, dejando al descubierto un glande púrpura y turgente. Retiré la piel aún más y observé el enhiesto miembro con una mezcla de temor y fascinación. Tocarme me daba un placer desconocido que sabía impío. Sentí una puñalada de culpa e imaginé a Satanás danzando alrededor de la tina celebrando la conquista de mi alma. Intenté resistir durante un momento, pero era como si el maligno hubiese adquirido el control de mi mano y no pude evitar moverla torpemente alrededor de mi pene. Un cosquilleo desconocido me estremeció con una mezcla de placer y pánico. El goce había adquirido vida propia, se había adueñado de mi cuerpo y crecía sin coto. El corazón me latía rápido y con fuerza y me faltaba el aire. Asustado, dejé de tocarme. Era demasiado tarde. La verga se me había trabado en un espasmo incontrolable. Sentí un placer filoso y dulce que jamás había sentido antes. Finalmente, la tensión extrema se liberó en una explosión de placer intensísimo y mi profana lujuria se volcó en el agua de la tina. Casi de inmediato, me invadió una sensación de profunda vergüenza, se me anudó la garganta y encogí los hombros bajo el peso del delito. El pene seguía erecto, y temí que se quedara así para siempre como recordatorio de mi pecado nefando.

Finalmente, salí del agua y me vestí apresurado. Me latían las sienes y gotones de transpiraciones se mezclaban con el agua del baño mal secada. Mi cara estaba encendida en un rubor taimado y delator.

Me tendí en la cama, aún agitado y atemorizado; aún sintiendo un placer residual del cual no me podía deshacer. Temía a las llamas del infierno y me odiaba por haber sucumbido al pecado sin siquiera presentar batalla. Pero más que nada, me embargó el inexorable sentimiento de que en aquella tina había dejado mi infancia. Con aquellas gotas blasfemas se había ido mi niñez. Presentí que algo había cambiado para siempre y me dije que no estaba preparado para eso. Me di vuelta y hundí la cabeza en la almohada, rezando en silencio —y en vano— para hacer retroceder el tiempo.

El pasmo de aquella primera masturbación pasó rápido. Una vez atenuado el horror y el miedo, quedó la memoria tenaz del placer, tentándome a intervalos cada vez más cortos. Una vez que descubrí que no sufría las horrendas consecuencias que había prometido fray Bartolomé, el tocarme se convirtió en una afición a la que me entregaba con asiduidad. Si bien no era muy experto en aquel arte blasfemo, iba desarrollando una cierta técnica que me permitía dominar y regular el placer. Claro que la culpa nunca estaba del todo ausente y a la descarga de placer le seguía una inevitable oleada de vergüenza. Mi deber cristiano también me obligaba luego a contar todo en el sacramento de la confesión. Una vez, fray Bartolomé me proporcionó lo que para él era la técnica ideal para no caer en aquel pecado abominable: "Cada vez que sientas la tentación, reza diez avemarías e imagínate que la Virgen te observa". Al salir lo oí murmurar para sí mismo —lo hacía con asiduidad y no controlaba bien el volumen de su voz—: "¡Ahora tiene que rezar para que no se le pare, a mi edad deberá rezar para que sí se le pare!". No entendí la chanza, pero el cura pareció divertirse con su propia ocurrencia. Yo por mi parte descubrí, con inmenso horror, que pensar en la Virgen me excitaba aún más. Los rezos, a su vez, no hacían más que retrasar lo inevitable.

A pesar de la futilidad de los consejos del páter, de algún modo el ritual de la confesión limpiaba mi conciencia y podía abocarme entonces, con más energía que nunca, a mis estudios.

Ya era bastante ducho en latín e incursioné un poco en el griego, aunque nunca logré domarlo del todo. Empecé a leer algunas pequeñas obras de los filósofos paganos que la Iglesia considera como precursores del cristianismo, como Aristóteles o Platón. Si bien no

comprendía aún toda la riqueza filosófica de aquellas obras, la luz que emanaba de ellas me encandilaba y me inspiraba. Recuerdo una vez en Jaén, cuando deslumbré al doctor Miguel Balboa con una interpretación de la alegoría de la caverna de Platón, que proponía que la forma en la que los habitantes de la cueva veían el mundo era una analogía de la distorsión de nuestra percepción, antes de aceptar la luz de Cristo. Fue sin duda una época de plenitud para mi desarrollo, tanto físico como intelectual. Sentía que me enriquecía y crecía.

Recuerdo que, además de tomar algunas clases, mi tío y yo solíamos hacer algunos encargos para mi padre. Los estancos de la pimienta, el tabaco, el solimán —aquel afeite tan preciado para las mujeres de aquel entonces— y, más importante aún, el aguardiente estaban en manos de portugueses. Los visitábamos uno a uno, llevando y trayendo diferentes mensajes. Luego paseábamos por la elegante calle de la Carrera y llegábamos a la majestuosa plaza de Santa María. La primera vez que estuve allí le dije a mi tío que la ciudad realmente me gustaba.

—Ah —exclamó—, ¡debes agradecérselo a don Miguel Lucas de Iranzo!

—¿A quién?

—Miguel Lucas de Iranzo, condestable de Castilla, fue el alcalde de Jaén durante varios años alrededor de 1470 y quien trazó la bella avenida por la que acabamos de transitar. También fue él quien allanó esta plaza —hizo una corta pausa, como si dudara y luego continuó—: La muerte de Iranzo tuvo mucho que ver con judíos y conversos.

—¡No lo puedo creer! Cuéntame —me molestaba que el espectro de los judíos asomara su fea cabeza nuevamente, pero la curiosidad me pudo más.

—Verás, la historia de los judíos en Jaén venía de mal en peor…

—¿Desde cuándo hubo judíos en Jaén? —interrumpí.

—¿Desde cuándo? Pues desde siempre. Sisebuto el Visigodo ya los nombra en sus crónicas. Tal vez vinieron con los romanos, o con los mismos cartagineses, o tal vez los engendró la rica tierra de Andalucía, como a los iberos legendarios —explicó poético—. Lo cierto, Juancito —dijo más serio—, es que los judíos llegaron a España hace más de dos mil años. Precedieron tanto a moros como a cristianos y han regado esta tierra con su sangre más que ningún otro —se quedó pensativo un instante—, pero volviendo a los tiempos de Iranzo: los judíos habían sufrido enormemente durante las grandes matanzas de 1391. Muchos se convirtieron para salvar el pellejo, pero

muchos decidieron morir como mártires de su fe. En Jaén las persecuciones fueron de particular crueldad. Los judíos que sobrevivieron se fueron empobreciendo y de a poco asistieron a la restricción de sus derechos, mientras que aquellos que se convirtieron siguieron siendo considerados judíos por los “cristianos de siempre”. Para ellos, judíos y conversos eran lo mismo y los metían en la misma bolsa. En 1473 se desencadenó una gran matanza de conversos en Córdoba que se extendió por toda Andalucía. En Jaén, no obstante, Iranzo protegía tanto a judíos como a conversos, pero cuando la revuelta llegó a su ciudad lo primero que hizo la turba fue asesinarlo mientras rezaba arrodillado en la catedral. Dicen las malas lenguas que varios nobles celosos del condestable cebaron a la chusma para saldar sus cuentas con él. Como sea, sin Iranzo, la masacre de Jaén prosiguió sin impedimento alguno y se convirtió en la más sangrienta de la región.

—No tenía idea… En casa se habla tan poco de los judíos…

—Bien que así sea. No hay nada de qué hablar.

—Tú sabes mucho de los judíos —dije con algún sarcasmo.

—Sé mucho de muchas cosas —afirmó mientras se encogía de hombros—, y la historia, como ya sabes, me fascina.

—¿Acaso tú no odias a los judíos como todo buen cristiano?

—No, Juancito —respiró hondo—. Los curas te dirán que debemos odiar a los hebreos porque mataron a Cristo, pero aun si fuese cierta esa ridícula idea de que los judíos, y no los romanos, mataron a Jesús, los judíos de España serían inocentes porque sus antepasados vivían en España antes de que Jesús naciera. Y aunque lo hayan hecho, ¿no es acaso un dogma de fe que los hijos no pagan por los pecados de los padres? ¿Por qué son los judíos de hoy culpables de algo que sus remotos antepasados habrían hecho hace mil seiscientos años? —pensó otro instante—. Otros curas reconocerán que los judíos no mataron a Jesús, pero los considerarán culpables de rechazarlo como Mesías…

—¿Y tú qué crees?

—Yo creo que son todas sandeces. Cristo no murió a causa de los judíos, Cristo murió a causa de todos los hombres, murió para expiar nuestros pecados y darnos la salvación. Que los judíos no aceptan al Mesías… Allá ellos, a mí eso no me afecta en nada como cristiano… No, yo creo que no va por ahí el asunto. Yo creo que la gente necesita culpar a alguien cuando las cosas van mal y los judíos, siendo diferentes y vulnerables, son el blanco ideal. La gente débil teme al diferente, pues su misma existencia pone en duda sus creencias.

Muchos odian al judío para no odiarse a sí mismos. Además —continuó—, como los enemigos del pobre Iranzo, muchos utilizan el odio a los judíos para lograr sus objetivos políticos; es fácil, sin riesgo, y siempre da resultado.

Me quedé pensando unos largos segundos.

—No tiene sentido, tío.

—Lo tiene y no lo tiene, Juancito. No hay odio más profundo que el odio infundado.

Caminamos unos minutos en silencio mientras el sol se ponía. El tío Manuel se sentó en un banco de la plaza, la brisa que bajaba de los cerros le dio un escalofrío. Ya no era tan joven y los años le pesaban.

—¿De veras fuiste a América a buscar a las tribus perdidas, tío?

—Sí —me miró fijo—. Vamos, Juan, pregúntamelo de una vez.

Me quedé en silencio, sin atreverme a hablar.

—De acuerdo, te lo diré de todos modos. No. Juan, no judaízo. Pero fui a América con la secreta esperanza de encontrar judíos que vivieran en libertad y como dueños de su propio destino. Así, hubiese probado que los judíos no están condenados a vivir por siempre a la merced de otros. Era una quimera y, como todo lo relacionado con los judíos, terminó en tragedia —hizo una pausa antes de continuar—. Tu padre se avergüenza de descender de judíos, yo no. Aquellos que hablan de limpieza de sangre están celosos de que nosotros llevemos en nuestras venas la misma sangre que Jesús, pero ya no persigo quimeras. Soy católico ahora y si alguna parte de mí aún se siente cercana a la fe de nuestros ancestros, pues debo silenciarla. Exorcizarla, de ser necesario.

—¿Exorcizarla? ¿Como al demonio?

—El demonio —dijo con sarcasmo—, yo no creo en el demonio. No, los judíos no son como el demonio, prefiero decir que son como un jugador de naipes.

—¿Como un jugador de naipes?

—Sí, como un jugador que pierde todo el tiempo y apuesta cada vez más porque esa es la única forma que tiene de recuperar lo que perdió. Los judíos se siguen sacrificando para mantener su fe y ya es hora de que reconozcan que han perdido la apuesta.

—Comamos algo —sugerí. No entendía la analogía y se estaba haciendo tarde—. Tengo hambre.

Sobre un banco de la plaza armamos una improvisada merienda de quesos, cecinas y pan con olivas. Comimos en silencio, escuchando los pregones del día acallarse de a poco. Mi tío tomó una bota de vino y bebió un largo sorbo. Me miró con ojos húmedos y yo sentí todo el

afecto que sentía por mí. Había cariño en cada pliegue y en cada arruga de su rostro.

—Ya estás lo suficientemente grande para tomar vino —me ofreció —, pero lo mezclaremos con agua para que no te me emborraches.

Aquellas charlas, a veces desconcertantes, pero siempre cargadas de fascinación, eran un condimento esencial de los viajes en compañía de mi querido tío. Aquella vez, con el corazón un poco alborotado y el polvo del camino pegado a las mejillas, regresé de Jaén y al entrar a casa me encontré con la gran sorpresa de ver a fray Gaspar hablando con mis padres. Lucía su perfil de cuervo y su sotana raída. No se había querido sentar y, como siempre, había rechazado todo ofrecimiento de comida o bebida. No bien me vio entrar tomó la palabra como si mis padres fueran transparentes.

—Juan, he estado conversando con tus padres…

Mi madre lo interrumpió, no era de aquellas que se dejaban impresionar por un cura. Había una buena noticia para dar y sería ella quien la daría.

—¡Fray Gaspar cree que puedes ir a Alcalá!

Abrí la boca y me quedé paralizado durante unos momentos. Alcalá era, para un chico de provincia como yo, un sueño prácticamente inasequible.

—En efecto —dijo el fraile, molesto con la interrupción—, he estado en contacto con el doctor Pedro Caballero, le he hablado de ti y ha dicho que, si cumplimos algunos requisitos, estaría dispuesto a tomarte como alumno.

—Pero Alcalá es tan caro… Padre, ¿podemos permitirnos eso? —fue lo primero que me vino a la mente.

—Sí —afirmó mi padre con la misma sequedad de siempre—. Podemos.

—¿Por qué no va a Osuna? Estaría más cerca de la familia —intervino Marco, que temía perder la cercanía y complicidad que nos unía.

Al escucharlo, mi madre se libró a uno de sus exabruptos de furia ibérica:

—¿Y a vos quién os ha dado vela en este entierro? —preguntó haciendo uso del “vos” para marcar claramente una distancia—. ¡Osuna! ¡Ah! Pero por favor, ¡esa universidad de mierda! —al decir eso se dio cuenta de que había maldecido en presencia del cura. Se puso roja como el carmín—. Sabed disculpar, su eminencia, es que estoy tan contenta con la noticia que no puedo contener mi emoción.

El fraile miró con disgusto y retomó el control de la situación.

—Tendrás que seguir estudiando para estar listo, aún no es cosa segura —le lanzó una mirada reprobatoria a mi madre—. Eres más joven que la mayoría de los alumnos, por lo cual necesitaremos que te prepares más enérgicamente. Yo seguiré de cerca todos los preparativos.

—Claro que sí, fray Gaspar. Nosotros haremos lo que vuestra merced nos diga —dijo mi madre, tratando de congraciarse con el religioso.

—Juan —me miró con sus ojos de hielo—, te espero por la mañana. Lo primero que haré será pasarte una lista de lecturas.

Cuando se fue, mi madre se acercó a mí dando pequeños saltitos, me abrazó tan fuerte que se me cortó la respiración y me tomó la cara con las dos manos:

—¡Mi Juancito va a ir a Alcalá! ¡No lo puedo creer! Estarás cerca de la corte, estudiarás con los más importantes maestros del reino, ¡visitarás Madrid! ¡¿Juancito, te das cuenta?! —mamá apenas cabía en sí por la excitación. Tras el estupor inicial yo también caí en la cuenta de lo que estaba pasando. Rápidamente, la idea de estar en el centro del imperio hizo desfilar en mi mente sueños de grandeza. Había descubierto, para mi propia sorpresa, que era ambicioso. Probablemente fray Gaspar me habría dicho que estaba incurriendo en el pecado de la soberbia y que el saber solo es legítimo si se usa para servir a Dios, pero no lo podía evitar. De golpe sentí que quería ser alguien de renombre y en aquella época aún tenía la infantil presunción de que todo lo que uno desea es posible.

Me sentía también el portaestandarte de la familia, el *bandeirante*, como lo llamaban los portugueses. Sería el único de los cuatro hermanos que iría a la universidad, y no a cualquier universidad. Aquello me generaba un sentimiento de deuda y responsabilidad, mezclada con una pérfida sensación de superioridad.

Mi padre se mesaba la corta barba, ya bastante gris. Él también parecía satisfecho, pero no lo mostraba. Nunca entendería qué vio mi madre en aquel hombre tan áspero y huraño, tan diferente a ella, pensé mientras lo observaba, mientras esperaba alguna palabra de reconocimiento. Pero ¿a quién le importaba eso en este momento? Iría a Alcalá, me codearía con lo mejor de España y sería parte de la *elite*, como lo llaman los franceses; lo demás no importaba.

A la mañana siguiente, atendiendo las indicaciones de mi maestro, fui a buscar libros a la ermita. Fray Gaspar me señaló una pila que

anidaba en un saco de arpillera. “Son para ti, empieza a leerlos y los discutiremos”. Le agradecí y cargué la pesada bolsa con cuidado, como si se tratase de un frágil tesoro. Me miró largamente con sus ojos incisivos. “Llévate este también”, dijo y me tendió un volumen de tersas tapas de cuero. Tenía una de esas cubiertas que se cierran como si fuese una puerta, y hasta una pequeña cerradura de metal que aislaba las páginas del mundo exterior. “Es la Vulgata —explicó sin ceremonia—. Ya estás listo para leerla”.

Me quedé parado bajo el marco de la puerta, el peso del saco de libros se desvaneció de golpe. El hecho de que mi maestro me dejara leer la Biblia no era solo una puerta abierta al conocimiento directo de la palabra de Dios, sino también una enorme muestra de confianza. No hay necesidad de decirlo, la Biblia incluye, además de los Evangelios, la vieja alianza obsoleta, la ley muerta de Moisés convertida en irrelevante por la gracia de Cristo. Al entregármela, fray Gaspar confiaba en que yo podría leerla sin caer en la duda o, peor aún, la herejía. ¡¿Qué mejor elogio me podía hacer aquel monje glaciar?! Los ojos se me anegaron. Deposité en el piso la bolsa de libros y acaricié las frías cubiertas con la punta de los dedos.

—Gracias —musité—, no os defraudaré.

Mi fascinación por los libros era solo comparable a mi interés por aquel rubio demonio de Carmen Valdivieso, que, francamente, iba camino a tornarse en obsesión. Claro que mis reacciones físicas cuando pensaba en ella iban más allá del rubor o la risa tímida. Cuando me miraba en la iglesia con sus lacerantes ojos azules no tardaba en desarrollar una insolente y tozuda erección que ni todos los avemarías del mundo lograban revertir. En la soledad de la noche, cuando todos dormían, fantaseaba con besarla y acariciar su cabello color del crepúsculo. Mis fantasías eran aún relativamente castas. Me excitaba imaginarla desnuda, pero el amor carnal era algo que todavía me resultaba lejano e indescifrable.

No puedo negar que también me excitaba el hecho de que ella fuera para mí un fruto ilícito: mis padres me hubiesen prohibido acercarme a ella y sus padres la habrían confinado bajo siete llaves si hubiesen sospechado que albergaba el más mínimo interés en “ese marrano”. Me imaginaba como el personaje de una novela de aquellas en las que los amantes de familias enemigas se aman, desafiando la hostilidad y el prejuicio social. Pero la verdad era que Carmen seguía mirándome con la misma altanería de siempre, y si bien yo veía que algo en ella se ablandaba, nunca habíamos intercambiado más que un rápido “buen día” en el mercado.

Las cosas siguieron en un cauce puramente platónico hasta la fiesta de las Candelarias. Nunca sabrán estas gentes grises de los Países Bajos lo que es una fiesta popular andaluza, con canciones que rebalsan de ritmo, vinos rojos como la sangre, comida llena de grasa y sabor, escrúpulos que se desvanecen y límites que se desdibujan. En la fiesta de las Candelarias los vecinos encienden fogatas alimentadas con ramas de olivo recién podadas. Los adolescentes juegan a saltar el fuego, las mujeres asan en el mismo fogón los productos de la reciente matanza: morcillas, tocino, panceta y a veces hasta un costillar entero, los hombres se pasan botas de vino espeso o circulan botellas de aguardiente, las jóvenes coquetean y gentes de todas las edades cantan tonadas antiguas que traen ecos de los juglares de la corte y los bardos de la reconquista.

En aquella noche de excesos sutiles con su trasfondo de picardía y disipación me encontré por primera vez a solas con Carmen. Arrastrados por una danza improvisada nos fuimos alejando de la fogata y doblamos la esquina de la calle del Pilar. Por un capricho del baile quedamos frente a frente. Nos miramos, duros como estatuas, mientras la gente se dispersaba y volvía al fogón. El resplandor anaranjado de los fuegos distantes brillaba en su piel inmaculada y teñía de rojo sus bucles perfectos. Nos quedamos solos, no estaban los perros de presa de su familia ni los vecinos que fiesteaban. No había ni ruido ni olores. No había ni risas ni cantos, y no se sentía más el fragante aroma de olivos y carnes asadas. No había limpieza de sangre, no había frailes ni corchetes. Estábamos solos. Ella y yo, con los corazones latiendo fuerte y un extraño pavor martillándonos las sienes.

De algún recóndito rincón de mi espíritu surgió un coraje que ignoraba poseer. Le tomé la cara con las manos temblorosas, como si fuera un frágil cuenco de porcelana, y apoyé mis labios sobre los de ella. ¿Qué saben de besos dos niños de catorce años? Nada más que lo que les dicta su deseo y su temor. Mientras le acariciaba la cara, mis labios trataron torpemente de abrir los suyos. Así nos quedamos un segundo que pareció eterno, mi boca aprisionando suavemente la suya, a veces chocándose con sus dientes blancos. Ella respondía tímidamente, como si no quisiese romper el hechizo de aquel momento inasequible. Tomé una gran bocanada de aire y me embriagué de los aromas que la cubrían: almizcle, canela, jazmín y agua de rosas. Me apoyó la mano en el pecho y aquel gesto me causó más excitación que nuestro beso torpe. Me apartó luego suavemente y me miró. Sus ojos estaban húmedos y en ellos se mezclaba la felicidad

y el horror. La soberbia celeste que los habitaba se había esfumado. “Debemos regresar”, dijo en un susurro.

Volvimos en silencio y nos sentamos alrededor del fogón, bien lejos el uno del otro. Solo me animé a mirarla un par de veces de reojo. Así me quedé un largo rato, absorto en las llamas y ajeno a todo. Cautivo en un momento sin tiempo.

Cuando se hizo evidente que en algún momento no muy lejano partiría rumbo a Alcalá, Tomé y el tío Manuel creyeron necesario impartirme una lección que no encontraría en los libros de fray Gaspar.

Nos reunimos en nuestro lugar habitual, un pequeño bosquecillo de olmos, olivos y zarzas a la vera del arroyo. Allí, el mulato tomó un estuche de cuero largo y me lo tendió en silencio.

—Puede que lo necesites —dijo Manuel. Al abrir estuche encontré un cuchillo dentro de una vaina rígida de madera y cuero. Era más largo y más finito que los puñales y las vizcaínas que había visto hasta entonces.

—Es un facón —explicó Manuel ante mi cara de asombro—. Lo utilizan los portugueses de Brasil y su uso se está extendiendo en el virreinato del Perú, en especial en el sur. Este lo compré en Buenos Aires, un caserío perdido a la orilla de un río infinito en el que todos los habitantes son contrabandistas y timadores.

Me observó mientras yo estudiaba el arma blanca con detenimiento.

—Tomé y yo pensamos que debes aprender a usarlo.

—¿Para qué?

—Los caminos de España son un lugar peligroso. Y más para un joven que viaja solo.

Tomé fue el encargado de prodigar la extraña lección. Manejaba el cuchillo con una destreza insospechada, y no pude sino pensar que de algún modo había heredado la habilidad bélica de sus sarracenos antepasados. Aquel hombre era una bolsa de sorpresas.

—Observad, niño Juan, en manos capaces un facón como este es una de las armas más mortíferas que existen. Una bala de arcabuz penetra en un solo lugar. Si no toca ningún órgano vital o ninguna arteria, el daño es menor. Con esto —blandió el cuchillo y rasgó el aire, generando un ruido agudo y amenazador— podéis, de un solo golpe, despanzurrar a un adversario.

Yo lo miraba, atemorizado pero fascinado.

—Un error muy común, niño Juan —continuó más entusiasmado que yo con la lección—, es tratar de clavar el cuchillo en el oponente

—hizo un rápido movimiento estirando el brazo hacia delante—. Al hacer eso perderéis el control del arma, que queda enterrada en las tripas del adversario, y este, si es hábil y si la herida no es mortal, puede contraatacar mientras estáis desarmado. Lo mejor es producir un tajo alargado, sin clavar el cuchillo —hizo un rápido movimiento de brazo de izquierda a derecha y otro de arriba abajo—. Esa raja no la sobrevive nadie.

—No me veo matando a nadie —dije, riendo con nerviosismo.

—A veces eso no lo decides tú, a veces la cuestión es matar o resignarse a mirar crecer el pasto desde abajo —intervino mi tío—. Probablemente nunca lo tengas que usar, pero no hay daño alguno en estar preparado.

—Pero tío —protesté—, realmente no creo que sea necesario…

—Escúchame, Juan —me paró en seco poniéndose serio de golpe —. ¿Tú crees que el mundo es como este capullo de terciopelo en el que vives? Vas a tener que entender que el mundo está lleno de peligros y no quiero que termines pisándote tus propias tripas en alguna zanja. A tu edad muchos ya se baten como adultos, tienes que estar preparado de una buena vez para el mundo verdadero.

La clase duró un par de horas. Tomé mostraba un movimiento y yo lo repetía. Durante las semanas siguientes hubo más lecciones en las que a veces hacíamos falsas luchas con palos y otras nos entrenábamos con un espantapájaros. Finalmente, mi tío decidió que ya sabía lo suficiente como para defenderme de un agresor mediocre.

—No podrás ganarle a un luchador profesional, pero si necesitas batirte contra un salteador de caminos o algún ratero borracho, tendrás una oportunidad de salir indemne —me dio una palmada en el hombro—. No estarás indefenso si es necesario saldar un asunto a estocadas.

Lo cierto es que en la medida en que fui avanzando en el entrenamiento, comencé a notar que tenía cierta habilidad con los aceros. Tomé se asombraba de la rapidez de mis reflejos y de lo certero de mis cintarazos. Enjugándose el sudor de la frente me hizo el único comentario ligeramente humorístico que jamás le escucharía decir: “Todo esto de cortar y tajear os será útil cuando seáis cirujano, niño Juan”.

A la destreza con el facón se agregaría, más tarde, una cierta soltura con la toledana y una solvencia no despreciable con las dagas italianas. Pero aquello aún estaba lejos en el horizonte. En aquel entonces no albergaba ningún ansia de violencia, solo me regodeaba

en la idea de saberme más hombre y más adulto que antes.

Encontrar otra oportunidad para estar a solas con Carmen se había transformado en una obsesión. Después de aquel beso fugaz volvimos a la misma rutina de miradas furtivas y sonrisas sibilinas. La incapacidad de tocarnos, o siquiera la de hablarnos, aumentó nuestra desesperación. Finalmente, encontramos una solución que dependería de la frágil complicidad de las dos criadas de Carmen.

Los días de mercado ella las acompañaba a comprar provisiones y enseres. Su madre, que era una tacaña incorregible, creía que las sirvientes pagaban de más y hasta le robaban, y la función de Carmen era —además de ejercitarse en el arte de equipar una casa— controlar a la servidumbre. Por dos cobres, las criadas hacían la vista gorda mientras Carmen se escabullía del mercado. Eso nos daba una preciosa hora para estar solos una o dos veces por semana.

Nos encontrábamos en un cobertizo aversonado entre la colina y el arroyo, en el que a veces se refugiaban cabras salvajes, comadrejas y algún que otro murciélago. La estratagema no siempre funcionaba. A veces la madre de Carmen también iba al mercado y a veces algún conocido la interceptaba en camino a nuestra madriguera, impidiéndole llegar. Esos días yo esperaba durante horas con la ansiedad escarbándome los huesos hasta que me rendía y marchaba cabizbajo a casa, llevando a rastras mi decepción y mi deseo defraudado.

A pesar de lo que pueda pensarse, nuestros encuentros tenían poco de carnal. Cuando finalmente lográbamos encontrarnos, nos pasábamos un largo rato tomados de la mano, hablando de todo un poco. Yo trataba de impresionarla con mis conocimientos de latín o de historia, le contaba anécdotas de caballeros galantes y le recitaba poesías. A veces le relataba fantásticas descripciones de tierras desconocidas y le hablaba de los monstruos siniestros e improbables que describía Plinio en sus libros y ella me tomaba el brazo con un miedo mitad real, mitad fingido. Carmen no hablaba mucho, pero a mí eso no me importaba demasiado. Más que nada, amaba sentir que podía cautivarla con mis relatos. Me sentía poderoso cuando ella apoyaba su cabeza sobre mi pecho y bebía extasiada cada una de mis palabras. En cada uno de aquellos encuentros nos besábamos un poco más largamente. Si bien nuestros labios permanecían unidos más tiempo y mi lengua se animaba a adentrarse cada vez más en su boca tímida, nunca atravesábamos cierto límite tácito. Una vez, no obstante, franqueamos la barrera que el temor y el pudor nos había impuesto. Mis besos, aún torpes, dejaron sus labios y comenzaron a

explorar su cuello. La sentí respirar más pesadamente y dejé que sus jadeos guiaran mi boca. Descendí hasta sus hombros, explorando con mis labios cada pulgada de piel que las ropas no vedaban. Ella arqueaba la espalda y tiraba la cabeza hacia atrás, ofreciéndome su cuello como un dócil animal que se entrega al degüello. Mi mano, cruza de paloma y ave de presa, se posó sobre su rodilla y comenzó a ascender muy lentamente por un muslo suave y trepidante. Como cautivada por un deseo indecente pero indomable, me tomó la cara con las dos manos y me besó con furia. Cada tanto se separaba para respirar a grandes y apuradas bocanadas y volvía a besarme, dejando que su lengua explorara sin vergüenza mi boca, mis labios y mi cuello. Siguiendo lo que parecía un permiso explícito, mis manos se aventuraron dentro de su vestido, buscando sus senos pequeños y firmes. Mi miembro tieso, preso de las calzas que le servían de jaula, dio un salto cuando mis dedos se toparon con sus pezones erectos. Sentí el latir rápido de su corazón ingenuo y me extasié de sus gemidos quedos. Durante unos cortos instantes, Carmen me dejó hacer, fingiendo no darse cuenta de que yo me adentraba en su universo prohibido de mujer.

Luchando contra su propio deseo y tratando de romper el hechizo de placer que la envolvía, me apartó poniendo una mano sobre mi pecho. Su gesto era poco decisivo, pero tenía la convicción necesaria. Me miró con ojos húmedos de placer y vergüenza. “Debo volver”. Se arregló el vestido, sacudiéndose briznas de pasto y nubecitas de polvo blanco. Se puso de pie mientras su semblante recuperaba una templanza hecha de arrogancia y tristeza. “Te irás pronto —dijo— y me romperás el corazón”. Me acerqué para abrazarla e intenté negar con torpeza. “Déjame, volveré sola”.

No protesté. No sabía cómo. La vi marcharse por el hueco donde había estado la puerta de nuestro destartalado bastión. Entre rocas y pastos altos, su silueta se dibujaba a contraluz bajo el indiferente sol de la tarde.

Miré el libro con reverencia y acaricié largamente la cubierta de cuero rojizo, gastado en los bordes. Las instrucciones habían sido claras: la Biblia no es un libro cualquiera. Es la palabra de Dios y la potente luz de Su verdad.

Pero una luz muy fuerte puede quemar los ojos, decían mis maestros. El fuego da calor y a la vez consume. Por eso la Biblia no puede ser leída como un libro cualquiera.

En aquel entonces yo había aceptado que la Biblia debe ser tratada

con cuidado porque también incluye la ley muerta de Moisés. Era vital entender que el Antiguo Testamento es solo válido en cuanto prefigura la auténtica alianza, aquella sellada con el martirio de nuestro Señor.

Miré el libro con veneración, pero sentí también un pinchazo de irreverencia y desafío. Algo no tenía sentido en las imprecaciones de fray Gaspar. ¿Por qué Dios temía tanto que accediésemos a su palabra? ¿No debía acaso la luz de Dios ser un torrente del cual todos los hombres pudieran beber sin temor? ¿Cómo se entiende que la religión verdadera tema a su propio libro sagrado? ¿Cómo puede la palabra de Dios ser fuente de herejía? Si Dios quería que leyéramos primero los Evangelios, ¿por qué la Biblia empieza en el Génesis? Mientras acariciaba las tapas de cuero me invadió una sensación extraña de confusión. En su libro santo, Dios me hablaba, ¿por qué debía temer escuchar su voz?

Tratando de domar mis dudas, abrí la Biblia y busqué los Evangelios. Mis dedos se detuvieron en una página de bellos caracteres góticos: *Evangelium Secundum Lucam*. Una ornamentada letra *Q* inauguraba el texto con altivez y solemnidad, las otras letras se acurrucaban pequeñas a su sombra. *Quoniam quidem multi conati sunt ordinare narrationem, quae in nobis completae sunt, rerum…* "Muchos han tratado de relatar ordenadamente los acontecimientos que se cumplieron entre nosotros, tal como nos fueron transmitidos por aquellos que han sido desde el comienzo, testigos y servidores del Verbo".

No sé si fue la arrogancia de aquella letra *Q*, la cadencia poco elegante del latín o algún rincón oscuro de mi alma en el que ya reinaba la rebeldía lo que me empujó irremediablemente a un precipicio sin fondo. Cerré el libro, las tapas de cuero hicieron un ruido sordo. Lo volví a abrir, esta vez en el comienzo. Al leer esa primera página sentí que entraba en una cueva repleta de tesoros. Me conmovió la simpleza de aquellas palabras salidas de un abismo sin tiempo y sin espacio. Eran palabras anodinas convertidas en santas, palabras que derramaban preguntas, colecciones de letras que por una alquimia misteriosa y temeraria se henchían de sentido. Palabras que creaban mundos y movían montañas. Palabras que un Dios distante e infinito elegía para hacerse presente en nuestras vidas. Palabras que, en su banalidad, escondían todos los secretos del universo y todo el saber del firmamento. Era el comienzo, el principio del tiempo y del espacio, el momento misterioso en el que empieza el mundo y todo lo que contiene, el segundo en el cual enfrentamos el misterio del tiempo y la magia de la vida. Era la pregunta última y la razón de todo, el

origen y el destino.

Un estilete de frío me tajeó la espalda mientras las letras desfilaban frente a mis ojos: *In principio creavit Deus caelum et terram. Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta est lux.*

“Dijo Dios: "Hágase la luz’. Y se hizo la luz”.

Mi padre, fiel a su estilo, no había manifestado ninguna emoción acerca de mi próxima partida a Alcalá. ¿Estaba triste?, ¿desilusionado? A veces creía que estaba orgulloso de mí, como mi madre, y me lo ocultaba para que no me durmiera en los laureles, pero la mayoría de las veces pensaba que mi padre me despreciaba. Que me veía como a un joven de ínfulas intelectuales vacías, con vanidad de sabiondo y de sueños de quimera. Nunca supe lo que pensaba. Solo sé que lo odié por no quebrarse y abrazarme, por no acompañarme en mi excitación y en mi miedo ante aquel viaje. Traté de penetrar en su caparazón de dolor y distancia, pero nunca pude.

A veces creo que mi gran necesidad de agradar, de ser querido, proviene de aquella búsqueda fallida de arrancar una sonrisa amorosa de aquel rostro de mármol. Lo odié y me odié. Después de todo, su sequedad era mi fracaso. Su acritud, mi derrota.

Hay que aclarar que aquella falta de afecto no implicaba, no obstante, que desatendiera lo que consideraba sus obligaciones para conmigo. A veces esas obligaciones tomaban un cariz casi ridículo, como aquel día en que lo encontré en casa, sentado en su mesa de trabajo con Rafael Trejo, el notario que había sido mi padrino de confirmación.

Como siempre hacía en esas ocasiones, observé la escena desde la distancia, cuidando que no se percataran de mi presencia. El escribano tenía el semblante abatido y la mirada culpable, como un niño que ha sido sorprendido en la mitad de una travesura que ni siquiera había disfrutado. Se peinaba el tupido mostacho con gestos ansiosos.

—Don Francisco —dijo—, lo que pedís es imposible.

—Nada es imposible —respondió mi padre.

—Sois una familia conocida, trabajáis para el tesorero real, nadie lo creerá. Es ridículo.

Mi padre miró una pequeña bolsa de paño marrón atada con un cordel de cuero. La levantó como si recién se percatara de que estaba allí e hizo un ademán de guardarla en un cajón.

—Si os incomoda, entonces debemos anular nuestra “transacción”.

El letrado miró la tintineante bolsa y tragó saliva. Sabía que

contenía el equivalente a dos años de ingresos.

—Don Francisco, es imposible. Estas cosas las controlan con gran detenimiento, terminaréis en la hoguera —y luego agregó—: ambos terminaremos en la hoguera.

—Pues bien —dijo mi padre—, siempre pensé que erais más razonable.

—No entendéis cómo funciona esto. Sé que queréis facilitarle las cosas a vuestro hijo, pero así no lo ayudará. Incluso podría perjudicarlo. No podéis mandarlo a Alcalá con certificados de limpieza de sangre falsos.

—¿Por qué no? —preguntó mi padre y luego agregó con malicia—: ¿De pronto tenéis escrúpulos acerca de falsificar documentos?

—Los certificados de limpieza de sangre no son un documento como cualquier otro. Tal vez engañe a un alguacil de provincia, pero en la universidad comprobarán la veracidad del documento. Enviarán un agente a controlar viejas lápidas y fes bautismales, entrevistarán a gente… No se trata de hacer desaparecer un antepasado inconveniente, ¡eso lo hago todo el tiempo! Aquí se trata de inventar una familia entera. ¡Nunca funcionará!

Observé a mi padre con una mezcla de ternura y desprecio. Allí estaba, tratando ingenuamente de proveerme de certificados de limpieza de sangre. Trataba de purgar la herencia abyecta que me había legado. Había algo profundamente conmovedor en aquel infantil deseo de borrar la historia de un plumazo, pero también algo que me enfurecía. Era él quien se avergonzaba de quién era, no yo. Quise gritarle que la limpieza de sangre era su problema, no el mío, que yo era más católico que todos los hidalgos de España. Quise gritarle que sus deseos de protegerme eran patéticos e inútiles, que no le creía, que si realmente se interesaba por mí, había mil otras cosas más importantes para hacer que sobornar a un escribano. Pero no dije nada. Me quedé mirando mientras Trejo salía presuroso de la casa musitando: “Discúlpeme, don Francisco, pero es imposible”.

Mi padre quedó absorto en pensamientos atormentados, sentado en su silla de cuero repujado; sopesaba la bolsa de monedas y miraba un punto fijo.

Finalmente, como si se hubiese despertado de golpe, dio una fuerte palmada en la mesa. Guardó la bolsa en un cajón y lo cerró con dos vueltas de llave. Luego se colgó la llave de una cadena que llevaba al cuello. Bebió de un solo trago un vaso entero de aguardiente y hundió la cabeza entre sus manos.

El aire se volvió pesado de melancolía y cólera, imaginé fantasmas

negros y crueles bailando a su alrededor, burlándose de aquel hombre sin paz. Me fui sin hacer ruido. Necesitaba respirar aire fresco. Debía dejar esa estancia infectada de desolación y pasado, pues temía, intuía, que las tinieblas de aquel corazón tenebroso contagiaban.

Leía la Biblia en soledad, lo cual nunca es una buena idea. No me daba cuenta de que caía así en una rutina de ocultamientos y medias verdades.

Fray Gaspar me preguntaba sobre mis lecturas, y para ello debía seguir el orden que él me había indicado —Evangelios, epístolas, profecías—, pero también leía el Viejo Testamento, siguiendo el orden del libro, sin hablar de ello con nadie. Mis interpretaciones y preguntas sobre el Nuevo Testamento eran tan agudas y tan ortodoxas que fray Gaspar se convenció de que la Biblia cimentaba mis creencias en vez de debilitarlas. Pero un universo paralelo comenzaba a construirse en secreto dentro de mí. No tenía pensamientos heréticos, pero el leer a escondidas, el acceder a un saber que parecía prohibido, me iniciaba en el adictivo gusto de lo ilegal.

No es que fray Gaspar fuese ingenuo, él sabía que nada me impedía leer partes inconvenientes en el sagrado texto e intentaba inocularme contra ellas: “Es importante darse cuenta de que el Nuevo Testamento viene a dar otro significado a las palabras del Antiguo. Por ejemplo, leemos acerca de sacrificios y holocaustos en la antigua Alianza, pero la idea de sacrificio cambia totalmente luego de Cristo, pues el único sacrificio que importa es el que él mismo ha hecho en la cruz. Por eso es importante leer el Nuevo Testamento antes que el Viejo”, me decía.

Fray Bartolomé, más sencillo y más proclive a recurrir a Satanás para resolver todos los misterios, lo ponía en estos términos: “Imagínate que tú eres Lucifer, ¿en dónde esconderías la tentación de la herejía?”. Sin esperar, se respondía a sí mismo: “¡Exactamente en el lugar más sagrado, en donde nunca se sospecharía de tu presencia!”.

Lo que más me intrigaba era nuestra ambivalencia respecto al judaísmo: por un lado, era herético, anacrónico y repulsivo; por otro lado, el Nuevo Testamento necesitaba justificarse a sí mismo en las profecías del Viejo. “¿Por qué hemos de buscar legitimación para nuestras creencias en la religión maldita?”, me preguntaba. Me parecía una situación extraña, como un niño tratando de buscar la aceptación del padre al que odia. Me preguntaba cómo podía ser que mis maestros no vieran una contradicción tan obvia.

Una vez, Marco me sorprendió tendido en la cama leyendo mi Biblia.

—¿Cómo anda ese libro, Juancito? No te preocupes si no lo entiendes —bromeó—, la gente ha estado tratando de entenderlo por miles de años.

Su comentario me hizo pensar. En ese momento me di cuenta de cuál era mi problema.

—No es lo que no entiendo en la Biblia lo que me preocupa —le dije—, sino lo que sí entiendo.

En aquel año de 1627 la política de España volvió a irrumpir en nuestras vidas. Las finanzas reales terminaron de explotar. El poderoso país que dominaba dos mundos, el que cargaba plata y oro sólido en galeones majestuosos, el que doblegaba reyes y subyugaba imperios, declaró la bancarrota. Habíamos saqueado un continente entero y habíamos gravado a Castilla con mil impuestos, pero aun así, nuestro soberano no podía pagar sus deudas. España gastaba como vivía y como moría: con desmesura.

En la práctica, la bancarrota implicaba dos cosas: una devaluación brutal de la moneda de vellón y un airoso "paga Dios" a los banqueros genoveses. La Corona no pagaría los juros o bonos de deuda que debía a aquellos codiciosos prestamistas italianos. Obviamente, los tenedores de moneda no ahorraban epítetos contra el conde-duque de Olivares, pero al mismo tiempo la bancarrota le daba aire al gobierno y lo liberaba de las garras de los chupasangre genoveses.

Si bien con el corte de manga a los italianos ganaba tiempo, el gobierno seguía necesitando fondos. Había que reemplazar a los genoveses y, de ser posible, con prestamistas menos rapaces. Fue entonces que Olivares decidió cortejar aún más a los portugueses. Por un lado, se asoció a banqueros lusitanos, muchos de ellos cristianos nuevos, y por otro lado, alivió muchas de las restricciones que pesaban sobre los conversos portugueses. Claro que todas esas medidas que aliviaban injusticias que nunca debían haber existido eran intercambiadas por imponentes sumas de dinero.

Igualmente, la Inquisición ignoraba esos acuerdos, tal como había hecho caso omiso de los "perdones generales" otorgados a conversos en el pasado. Para el conde-duque el negocio era perfecto: se libraba de los ruines genoveses y se rodeaba de financistas leales, sin ambiciones políticas, y a los que tenía bien agarrados con la soga del Santo Oficio. La suerte de los portugueses estaba atada a la del valido, de cuya protección dependían.

Para nuestra familia, la bancarrota trajo serios problemas: el comercio sufrió, y la subida de precios que siguió a la devaluación nos perjudicó. Al mismo tiempo, la moneda de vellón que mi padre tenía

perdió la mitad de su valor de la noche a la mañana.

Había una sola persona de la familia que se beneficiaría de la relativa (muy relativa) liberalidad para con los cristianos nuevos portugueses.

Fue el tío Manuel quien me habló del tema. Nos sentamos a la mesa de la cocina, él, mamá y yo. El tío envejecía deprisa. Su barba se tornaba cada vez más gris y las bolsas bajo sus ojos se hacían más pesadas y negras. Su jovialidad me empezaba a parecer como un intento vano y triste de retener algo de aquella juventud que se le estaba escapando. Bebió un largo trago de aguardiente y se puso a juguetear con el vaso vacío.

—Juan —dijo, evitando, para mi sorpresa, alguna de sus típicas clases magistrales de historia—, tienes que partir a Alcalá cuanto antes.

Mi madre lo miró con sorpresa.

—¿Cuál es el apuro, Manuel?

—Olivares ha aligerado algunas de las restricciones que pesaban sobre los portugueses. Las universidades están haciendo la vista gorda y no son demasiado puntillosos sobre la "limpieza de sangre".

—Pero tío, fray Gaspar…

—Juan —me interrumpió—, fray Gaspar puede decir lo que quiera, pero legalmente aún es necesario demostrar limpieza de sangre para estudiar en Alcalá.

Se levantó y se sirvió otra copa de aguardiente, me miró y vi en sus ojos la sabiduría que solo se adquiere en tabernas, bajeles y sótanos.

—La luna de miel de Olivares con los portugueses durará poco. Algo pasará: habrá una pequeña crisis en las finanzas, nuestra majestad tendrá un percance sirviendo a alguna de sus amantes, un inquisidor se levantará constipado, cualquier cosa, y los primeros que caerán serán los portugueses. Olivares los entregará a las fieras y los estatutos de limpieza de sangre serán aplicados con mucha más fuerza que antes. Tienes que aprovechar el buen viento mientras dure, porque puedes estar seguro de que no durará mucho.

—Tiene razón, Juancito. No debemos correr riesgos. Nadie sabe lo que pasará mañana —intervino mamá.

Así era con nosotros los cristianos nuevos: vivíamos imaginando escenarios catastróficos. La mayoría de la gente vive su vida pensando que el futuro será una prolongación del presente. Para nosotros el futuro no era predecible. Era una caja de pandora, una bomba, o tal vez una piñata que explota de golpe y había que correr a agarrar lo que se pudiera. Mamá se secó una lágrima flaca que le caía del

costado del ojo. “Debemos empezar a preparar la partida, Juancito”.

La última vez que vi a Carmen irradiaba una belleza violenta. Al caminar dejaba tras de sí un cometa de aromas embriagantes. Su sensualidad virginal y atrevida se presentaba como un aura tan tentadora como imposible.

No obstante, al verla me di cuenta de que el caparazón se había vuelto a cerrar. Aquella pared de arrogancia y presunción que había derribado a fuerza de besos, palabras y caricias aparecía ahora intacta, más impenetrable que nunca.

Aquella última vez no nos besamos, nos hablamos con corrección hasta que me dijo que debía volver a su casa. Me acerqué para despedirme con un último beso, pero me apartó con un ademán. Intenté tomarle la mano y me dejó hacer. Su mirada de cobalto se cargó de pena y resentimiento.

—No me escribas, no quiero saber de ti —dijo.

No supe qué responder, intenté besarla otra vez. Me dejó. Sentí sus lágrimas caer sobre mis labios. Se separó de mí y se secó las mejillas con un pañuelo que guardaba en la manga. Sus gestos cargaban con una distinción irreal.

—No me escribas —repitió—. Ya vete. Eres vanidoso, ambicioso y desalmado. Vete a la universidad y cuando vuelvas cásate con una portuguesa marrana como tú.

La miré sin decir nada. A pesar de sus aires suficientes y ariscos, vi toda su fragilidad. Vi un corazón quebradizo que se retorcía en los fuegos de la traición y un amor tan puro como solo los amores adolescentes pueden serlo.

—Lo siento —le dije—. Lo siento mucho… Te escribiré igual, aunque tú no quieras. Te escribiré todos los días.

Era la primera vez que le mentía a una mujer que me amaba.

No hubo grandes despedidas. Mi hermano Marco me abrazó, mi hermano Antonio me ignoró, la dulce y traviesa María lloró un poco. Mamá contuvo las lágrimas y se abocó a organizar preparativos. La acción la hacía sentirse en control. El tío Manuel me dio consejos banales que sonaban importantes y Tomé me preparó una suerte de herboristería móvil con remedios de lo más variados. También me dio un amuleto que aún guardo, una *hamsa*. Hoy sé que la pequeña mano de plata es un talismán que usan los árabes y los judíos contra el mal de ojo, pero en aquel momento Tomé me dijo que era una costumbre de cristianos orientales y que la llamaban *keif Miriam*, la mano de María. No era del todo falso.

No era el único amuleto que llevaría conmigo. Mi padre no me dio un abrazo, pero me dio una medalla de san Cristóbal, el santo patrono de los viajeros.

Fray Bartolomé, que también estaba allí para despedirse, me contó la historia de cómo Cristóbal —el portador de Cristo— había ayudado al mismo Jesús a cruzar un peligroso río. Al párroco le pesaba la panza tanto como los años. Seguía siendo jovial y ligeramente grotesco, y en los últimos tiempos se había liberado de la fingida distancia y la obligada displicencia que había mostrado frente a los cristianos nuevos. Venía más a casa simplemente porque disfrutaba de nuestra compañía y, naturalmente, de los pasteles que preparaba mi madre.

Cuando me despedí de él me estrechó en sus brazos. Olí el sudor de décadas indeleblemente impreso en su sotana y sentí un aroma denso, hecho de grasa, tierra, madera, humo y miel. Luego recordó su investidura eclesiástica y me pidió que me arrodillara. Con fingida solemnidad hizo el gesto de la cruz y posó su mano sobre mi cabeza, diciendo "Dios te bendiga, hijo".

La despedida de fray Gaspar fue menos efusiva. Lo fui a ver a su ermita y lo encontré leyendo un enorme volumen de hojas de pergamino. Para dar vuelta a cada página se lamía el dedo con un gesto que se me antojó exagerado y obsceno. Aún en el momento de mi adiós, hablamos de doctrina. Esta vez, acerca de la segunda venida de Cristo, un tema que fray Gaspar evitaba; sin embargo, ahora que yo leía la Biblia supongo que sintió que era importante no dejar vaguedad alguna sobre puntos de doctrina. "Jesucristo está sentado junto al Padre en su trono. La segunda venida debe diferenciarse muy claramente del Mesías que heréticamente aún esperan los judíos. Cristo no volverá como un rey de carne y hueso para establecer un reinado terrenal, sino que el Reino de Dios descenderá sobre la tierra a través de la resurrección de los muertos".

Yo no sabía cuánto creía en todo aquello. Creía —aún— en una Iglesia de amor y salvación, creía en recibir la gracia a través de Jesús aquí y ahora, no en un improbable y apocalíptico Reino futuro.

Ni fray Gaspar ni yo lo sospechábamos, pero algo dentro de mí se había empezado a resquebrajar desde que había empezado a leer la Biblia. Había comenzado a amar las historias del Viejo Testamento, los dramas tan humanos de patriarcas, jueces y profetas. Me hechizaba la densa simplicidad de las palabras bíblicas. El Nuevo Testamento era claro y lineal, el Antiguo parecía surgir de la noche de los tiempos, parecía preceder al mundo cuya creación relataba. El Nuevo

Testamento era doctrinario, el Viejo era contradictorio y confuso. Era imposible leerlo sin interpretarlo, sin inventar partes faltantes, sin desafiarse, sin enojarse.

Fray Gaspar me miró un largo rato, como quien evalúa un pedazo de carne en el mercado. Ajeno a mis cavilaciones, sintió que había hecho su trabajo, que me había inoculado contra la herejía. Estaba satisfecho, pero no había nada de personal en su satisfacción. Me había convertido en un niño prodigio mas no lo había hecho por mí, yo era solo el lienzo sobre el cual él desplegaba su arte, yo era nada más el vehículo vacío de su desagravio.

Me dio unos últimos consejos, profesores a seguir y maestros a evitar y, naturalmente, me previno contra aquellos que utilizan los claustros universitarios para desparramar la herejía. También me habló del peligro de tabernas y mancebías, que abundaban en Alcalá y Madrid, y que exponían al hombre a la corrupción de la carne y del espíritu.

Como para sellar sus advertencias me regaló un anillo de plata que tenía grabada la palabra *Caute*, que en latín quiere decir prudencia o precaución. "Mira el anillo cada vez que te enfrentes a una decisión difícil", me recomendó. Su gesto podría haber sido emotivo, pero no lo era. Era —como todo en fray Gaspar— fruto de un silogismo indefectible. Estiró su mano, tal como hizo el día en que lo vi por primera vez. La besé en silencio y él la retiró rápido, como asqueado por el contacto. "Ve con Dios", dijo, y volvió a sentarse en su escritorio. Me alejé lentamente, mirando al enjuto fraile que no levantó la vista de sus gastados pergaminos.

LIBRO SEGUNDO

Peregrinaciones

Dixit autem Dominus ad Abram: Egredere de terra tua et de cognatione tua et de domo patris tui in terram, quam monstrabo tibi. “Dios dijo a Abram: ‘Vete de tu tierra, del lugar en el que naciste y de la casa de tu padre, hacia la tierra que he de indicarte’”.

No necesitaba leerlo, lo sabía de memoria. Sabía ya que en la Biblia todas las historias empiezan con una partida, con un viaje iniciático que anuncia una ruptura. La historia del hombre empieza con la partida de Adán y Eva del Paraíso; la historia de los hebreos comienza con la partida de Abraham, y la saga del pueblo de Israel empieza con la partida de Egipto. Tal vez la Biblia quiere enseñarnos que no hay historia sin quiebre, sin la búsqueda de algo distinto, que es a la vez la búsqueda de uno mismo. En toda partida hay rebelión, y solo en la rebelión hay creación. Abraham deja la casa de su padre idólatra. Aquel patriarca iconoclasta que suelta las amarras y quema las naves, engendra tres religiones con un solo acto de rebeldía. Aquel hombre no comanda ejércitos, no produce milagros, no profetiza. Solo parte.

Mi partida también marcaría una ruptura y el comienzo de una nueva historia. Aversonaba el calor de la certeza para lanzarme de lleno a descubrir un mundo desconocido. Como Abraham, dejaba atrás a mi padre infiel. Décadas más tarde, Menashe ben Israel, el hombre más sabio que jamás conocí, proponía una hermosa exégesis a la partida de Abraham: sugería que la partida es en verdad un viaje interior, un periplo hacia uno mismo que llevaba a descubrir quién se es en realidad. El viaje es una exploración de la propia alma. En la partida y en la ruptura recorremos distancias enormes en el confinado espacio de nuestro corazón. Partimos para reencontrarnos; partimos para escuchar el susurro del destino en el silencio del camino. Partimos para poder ser quien siempre fuimos.

El tío Manuel y Tomé me habían enseñado a usar el facón para protegerme contra salteadores y forajidos, pero no habían mencionado que no hay arma que te proteja contra lo más aterrador que encierra todo viaje: lo que podemos descubrir acerca de nosotros mismos.

Terror fue lo que sentí al subirme a la diligencia, un miedo blanco que me aceleró el corazón y me aplastó el estómago. La excitación de los

últimos días, en los cuales me había creído dueño del mundo, había desaparecido, me sentía ahora pequeño y desamparado, ni el facón de Buenos Aires, ni la *hamsa*, ni san Cristóbal, ni los libros sagrados que llevaba podían protegerme. Me pregunté si Abraham había sentido lo mismo al aversonar Haran llevando solo promesas vagas en sus alforjas, o si Jesús había tenido el mismo miedo cuando partió al desierto. Me odié por no tener la misma fe que ellos, por dejar que el temor me hiciera un nudo en la garganta. Me sentí como un niñato cobarde y solo la vergüenza me impidió ponerme a llorar.

La diligencia venía desde Sevilla y se dirigía hasta Madrid, yo era el único pasajero que subiría en Lopera y al llegar a la capital, tras casi dos semanas de viaje, debería procurarme otro transporte hasta Alcalá. Llevaba en mis alforjas algunos libros, dos o tres mudas de ropa, la Biblia de fray Gaspar, los talismanes y amuletos y una bolsa con dinero suficiente para solventar los gastos del viaje y de los primeros meses en la ciudad. Si necesitaba más dinero, podía recurrir a banqueros portugueses de Madrid, con los cuales mi padre había abierto una letra de crédito. Atado a mi cinturón y disimulado en mis calzas estaba el facón. Me palpé el pecho disimuladamente y sentí el bultillo que formaba la pequeña bolsa que mi madre había cosido en el interior de la pechera. Pude sentir el papel que, según mi padre, era mi más valioso recurso para el viaje: los nombres y direcciones de familias amigas, portugueses y socios comerciales que punteaban toda Andalucía y Castilla. En cada ciudad y en cada pueblo había alguien con quien contar. Para muchos de ellos, el nombre Vila Flor era como una contraseña que abriría puertas y corazones.

La diligencia estaba habitada —además de por mi miedo— por algunos coloridos personajes con los que compartiría el viaje. Cuando digo diligencia no hablo de aquellos lujosos carruajes que se empezaron a ver en España en los últimos años, tirados por doce caballos y capaces de llevar treinta personas. Hablo de un carro más bien triste y destartalado, acarreado por mulas grises y cansadas. Los conductores, dos extremeños compactos con músculos como cuerdas, no iban sentados sobre pescantes sino sobre las primeras dos mulas. Mis cinco compañeros de viaje —tres hombres y dos mujeres— me parecieron fieros y vulgares. Pensé que si España era una olla, alguien había raspado el fondo y depositado en mi carreta lo que había escarbado. Nos habíamos acomodado como pudimos en bancos de madera forrados de una tela raída y comida por las polillas. No había cristales y las ventanas estaban cubiertas por unas cortinitas de arpillera por la cual se filtraba una luz marrón e irreal. La caja de la

diligencia olía a queso rancio, sudor y bosta.

Nos pusimos en marcha perezosamente. Lancé una última mirada a mi familia y a Lopera. Mamá, Marco y María estaban parados en la plaza frente al nuevo ayuntamiento con las caras iluminadas por el sol y los corazones atenazados por el dolor. Los vi hacerse cada vez más pequeños. Luego me quedé sentado en silencio, los ojos fijos en los listones de madera de la carreta, evitando los de los otros pasajeros. “Vete de tu tierra, del lugar en el que naciste y de la casa de tu padre”. Me dejé acunar por el traqueteo del coche que pegó un ligero salto cuando dejamos el empedrado de la ciudad y comenzamos a rodar sobre la tierra apisonada del camino del Norte. A ambos lados del camino se extendía un paisaje moroso e indiferente de colores gastados y rocas quebradas. Iba a descubrir la tierra maravillosa y contradictoria de España, mil veces bendita y tantas otras maldita. Iba a conocer a la gente gallarda y ridícula de aquel país dueño de dos mundos que se hundía de a poco en las ciénagas de su ocaso. Inhalé una gran bocanada del pesado aire andaluz y sentí que mi corazón estabilizaba su ritmo. El miedo se empequeñecía, como si las mulas lo pisoteasen con cada uno de sus pasos. “Sé fuerte y valiente, porque Yo estaré contigo”. Mi viaje había comenzado.

—Dos reales la media con limpia —me dijo la mujer gorda que atendía la posada. La posadera explicó con fastidio que una “media con limpia” significaba una cama de albergue compartida con un desconocido. Solo se garantizaba que el acompañante no tendría ni piojos ni pulgas. No especificó cómo se realizaba tal control.

—¿No tiene un cuarto para mí solo? Puedo pagarlo.

—Eso es lo que hay, si no te gusta, otros lo tomarán.

Habíamos dejado atrás Jaén y nos aprontábamos a pernoctar en Mengíbar. En Jaén había pasado la noche con unos socios de mi padre y esta era la primera vez que me encontraba en una venta, aquellos albergues en los que los viajeros hacían noche, comían y bebían, se liaban con prostitutas o se hacían acuchillar entre sueños. Esta posada en particular era un edificio blanco de tres plantas en la calle Real, cerca de la imponente fortaleza de torreones redondos construida por los caballeros de Santiago. El interior del establecimiento, no obstante, tenía bien poco de imponente. La planta baja vestía un tinte ocre bajo la luz temblorosa de velas a medio consumir. Había algunas mesas destartaladas en las cuales algunos viajeros sucios y medio borrachos

comían, bebían y jugaban naipes, cosa que, después supe, estaba prohibida en aquel tipo de establecimientos. Todos lucían rostros fieros, curtidos por el sol y el tiempo.

"Yo compartiré la habitación con él", dijo una voz ronca a mis espaldas. Era uno de los hombres con los que compartía la diligencia. Se llamaba Fernando Vega y Alarcón y viajaba en nuestro coche, pues oficiaba de guardaespaldas de doña Teresa de Bonín, una noble italiana venida a menos que, en virtud de su sexo y su abolengo, no podía permitirse recorrer sola los caminos de España. En los tediosos trayectos había estudiado con detenimiento la cara recia de "don Fernando", como se hacía llamar el hombre, un veterano de Flandes que lucía un caudaloso mostacho negro y cuyo rostro estaba adornado por tres cicatrices: una le cruzaba el mentón de este a oeste, otra serpenteaba amenazante sobre la mejilla y la tercera era como un cráter irregular sobre la ceja izquierda. "Esta —había dicho señalándose la ceja— fue un perdigón de un arcabucero holandés". Era un hombre de pocas palabras y mirada verde, suspicaz y desconfiada. Llevaba el cabello largo, pajoso y ceniciento y se lo ataba en la nuca. Se tocaba con un sombrero negro adornado de una pluma verde. El hombre parecía una armería, llevaba una larga toledana cuya letalidad contrastaba con la delicadeza de su diseño; llevaba también una vizcaína y enganchadas en el tahalí dos pistolas que —según decía— estaban siempre cebadas.

La otra pareja que viajaba con nosotros en la diligencia no tenía dinero para pagar una habitación y dormía en el establo. "Como nuestra santa Virgen cuando dio a luz a Jesús", había bromeado el hombre, aceptando su situación con resignación. Se trataba de un matrimonio joven que se había establecido en Cádiz tratando de vivir de las migajas del comercio de Indias. Las sucesivas crisis los habían quebrado y ahora volvían al norte sin un cobre y con la vaga promesa de trabajo, casa y comida hecha por un familiar de Ciudad Real. El quinto pasajero era un notario, perennemente vestido de negro, que viajaba hacia la corte en representación de un noble sevillano. No hablaba mucho, supongo que porque nos consideraba plebeyos indignos de su compañía. Tampoco dormía en las mismas ventas que nosotros, aparecía a la mañana con el pelo cuidadosamente peinado, los valones y el jubón impolutos.

Por motivos obvios, Vega no podía compartir la habitación con su noble clienta, quien había recibido lo que, se decía, era el mejor cuarto del establecimiento. La nuestra, por el contrario, era una habitación parca y modesta. Las paredes estaban cubiertas de estuco

blanco y por todo mobiliario había una gran cama con un edredón de lana, una pequeña mesa con una sola silla, una bacinilla de noche, un cuenco y una gran jarra de agua. La posada tenía un retrete por piso, pero los viajeros —según dijo la posadera— preferían usar la bacina de sus habitaciones, pues no era raro ser atracado en pleno acto de defecar.

No queriendo bajarme las calzas frente a un desconocido, usé la letrina y observé divertido que los excrementos no iban a parar a un pozo ciego, sino que caían al patio interno de la posada donde las gallinas recibían la infecta lluvia con indiferencia y hasta picoteaban los pequeños montículos en busca de semillas u otros restos.

Al volver vi a Vega sentado frente a la mesa. Había puesto sobre la cama unos tubos de lata que colgaban siempre de su versolera y que llevaban certificados de servicios, cédulas reales y cartas de reconocimiento de antiguos patrones. Documentos tan comunes como inútiles entre los miles de antiguos soldados y pretendidos hidalgos que pululaban por España. Escribía sobre unos papeles y la caligrafía era tan delicada y homogénea que parecía ser de otra persona y no de aquel hosco personaje. Las letras se encadenaban unas a otras como si bailasen tomadas de la mano.

Sin levantar la vista de sus papeles me preguntó:

—¿Te gusta la poesía?

—Sí —dije, un tanto sorprendido de su repentina locuacidad.

—Bien —respondió.

—¿Vos escribís poesía? —le pregunté.

—De tanto en tanto, por encargo, como ahora. Aprendí en Salamanca.

—¿Salamanca?

—¿Acaso no crees que alguien como yo pudo haber ido a la universidad?

—No —dije titubeante—, como habéis dicho que erais soldado no pensé que…

—Pues sí, he estudiado en Salamanca y dejé mis estudios para responder al llamado de Dios y del rey, como todo hombre de honra debe hacer.

—Disculpadme, don Fernando.

En la España de aquellos años el menor insulto, real o imaginario, se solventaba a estocadas. No era poco común ver a alguien batirse por haber sido llamado “vuase” en lugar del no abreviado “vuestra merced”.

Me escrutó con sus ojos recelosos que se me antojaron a la vez

violentos y melancólicos.

—Como me has ofendido —dijo con algo de humor—, hay dos opciones: o nos batimos o me invitas un trago —me miró serio y luego sonrió—. La vieja me hará limpiar la pocilga si se la ensucio de sangre, así que mejor me pagas un trago.

Bajamos al salón y nos sentamos en una mesa desnuda, ornada de restos de velas e inscripciones dejadas por los viajeros.

La posadera nos lanzó una mirada suspicaz. Trajo una botella de aguardiente y una tinaja de agua "para el chico". A pedido de Vega, también nos trajo unos cazones con guiso de pollo. Se veían sabrosos, pero no pude evitar pensar en las gallinas picoteando la mierda.

Vega jamás lo hubiese admitido, pero quería hablar. Estaba solo y cansado, no del viaje, sino de la vida. Me asombré de la rapidez con que bebía aguardiente. Me incitó a probar, "solo un poquito, así te vas acostumbrando". Sus ojos se volvían más vidriados con cada trago. Todo —la forma de la botella de aguardiente, la cara de la posadera, algún nombre grabado en la mesa— le traía a cuento alguna historia desencajada o alguna pretendida aventura. Finalmente se concentró en mí.

—¿Así que vas a Alcalá? ¿Estudiarás leyes?

—No lo sé aún, pero creo que estudiaré medicina —contesté.

—¿Medicina? —sonrió irónicamente—. Entonces eres cristiano nuevo.

—¿Qué tiene que ver? —no pude evitar que una ola de rubor me cubriera las mejillas.

—Hoy en día solo los conversos estudian medicina, porque solo en esa carrera los aceptan. Los que pueden estudian leyes, se transforman en letrados y viven de la gran teta del rey Felipe. Como no hay suficientes médicos nadie pide certificados de limpieza de sangre a los que estudian medicina.

—No es cierto —protesté—, hay muchos cristianos viejos que…

—Oye, no te agites, que a mí me da igual —me detuvo levantando una mano callosa y cansada—. Todos saben que los médicos judíos son los mejores, hablan poco y curan mucho, no como los "entogados" matasanos que hacen alarde de su arte y usan palabras incompresibles para seducir señoras de alcurnia. Además conocen brebajes, pociones y vaya a saber qué otra brujería.

Tal vez había algo de burla en sus palabras, pero sentí que usaba la burla y la ironía para establecer su superioridad y no para ofenderme realmente.

—¿De dónde vienes? —preguntó.

Lo miré con sorpresa.

—De Lopera. Me habéis visto subir a la diligencia.

—No. ¿De dónde vienes realmente? ¿De Lisboa?

—Vila Flor —dije. Era inútil maquillar la verdad.

—Cuando llegues a Alcalá te preguntarán dónde naciste. Diles Lopera —me aconsejó sin que le hiciera falta explicarme por qué.

—¿Y vos? ¿Hacia dónde os dirigís?

Señaló distraídamente al piso de arriba en donde se encontraban las habitaciones.

—Debo dejar a la señora de Bonín sana y salva en Santa Cruz de Múdela; luego, ya que la diligencia está paga, seguiré viaje a Madrid. A menos que aparezca algún "encargo" en el camino.

—¿De qué trabajáis? —pregunté, sin estar seguro de querer escuchar la respuesta.

—¡¿Trabajar?! —se indignó el hombre—. Trabajar es para pobres, moros, judíos o cristianos nuevos como tú. Yo soy hidalgo —dijo golpeándose el pecho con su dedo marcando cada silaba de la palabra —: hi-dal-go. La más rancia tradición de nobles… Claro que ahora, de forma estrictamente temporaria, las finanzas de la familia no están en su mejor momento, así que cada tanto tenemos que ofrecer nuestros servicios a cambio de una retribución en metálico.

—¿Qué tipo de "servicios"? —pregunté.

—Servicios —dijo Vega—, servicios —repitió como si fuese obvio —, pero solo en forma temporaria. Pronto recuperaré las tierras que injustamente ha perdido mi familia y los que trabajarán serán los campesinos. ¡Como debe ser, carajo!

Al finalizar la frase levantó levemente su trasero de la silla y haciendo una mueca de esfuerzo dejó escapar una brutal flatulencia.

Aquel hombre era un personaje de novelas picarescas o un protagonista de historias de terror. Sin embargo, había algo ligeramente paternal en su actitud. Probablemente en otras circunstancias me habría timado con facilidad y de seguro me habría desvalijado o hasta cosido a puñaladas. Ahora, décadas más tarde, entiendo cuán sediento de contacto humano puede estar un hombre. Ni las putas, ni los taberneros, ni los rufianes de los caminos eran real compañía.

Durante el camino aprendería que los "servicios" a los que se refería Vega eran una variada mezcla de ocupaciones: alquilar el acero, asesinar por encargo, escribir poesías para otros, batirse por unas monedas, guardaespaldas de nobles, informante de corchetes,

etcétera. La matrona que atendía la posada nos retiró las cazuelas con los restos del guiso y miró con rostro esquivo cuando Vega pidió otro vaso de aguardiente. Chasqueó la lengua y señalando a la posadera dijo en voz baja:

—Si ves a una mujer regentear una posada desconfía. Es un rudo trabajo, y si una mujer sobrevivió haciéndolo es porque es diez veces más fiera que cualquier tío con los cojones bien puestos.

—¿Qué tipo de poemas escribís? —pregunté.

—De muchos tipos, algunos satíricos, para alguien que necesita burlarse anónimamente de un oponente político; otros de amor, para alguien que debe convencer a una mujer de otorgarle su virtud; otros que celebran algún personaje que no es lo suficientemente famoso para que Quevedo o Góngora le escriban algo.

—¿Y también escribís cosas para vos mismo?

—Ya no —afirmó. Se quedó pensativo un instante y luego bebió un gran trago de aguardiente como para ahogar un recuerdo que se había colado inoportunamente—. Ya no —repitió. Luego se volvió y me dijo admonitorio—: La poesía es el arte más importante. La vida es poesía —comentó y empinó el codo para terminar hasta la última gota del aguardiente—, pero muchos cometen el error de vivirla en prosa.

A pesar de haber pagado por una habitación compartida, durante la mayor parte de la noche tuve la cama para mí solo. Vega se excusó "por unos minutos" pero no volvió hasta la madrugada. Al parecer, la señora de Bonín necesitaba que sus espaldas fueran guardadas muy de cerca durante la noche.

El trayecto continuó, lento e interminable. Por el camino se veían casas aversonadas y granjas descuidadas. Era parte de lo que hoy llaman "el despoblamiento de Castilla"; muchos habían partido a América en busca de fortuna fácil y la expulsión de los moriscos había privado de habitantes a comarcas enteras. Los campos que ellos habían trabajado yacían ahora yermos y grises. Además de los miles que partían a las guerras de Flandes, otros —como mi compañero de viaje— elegían una vida picaresca, de aventuras, estocadas y vagabundeos en vez de casarse y traer pequeños españolitos al mundo.

Hubo momentos de tensión en aquellas primeras jornadas de viaje. Cuando llegamos al Guadalquivir, las balsas que debían cruzarnos habían desparecido.

Los árabes, no acostumbrados a ver ríos, se encontraron por primera vez con el curso de agua en su punto más ancho y majestuoso. Lo llamaron "Wad al-Kabir", el Río Grande. No obstante, en aquellas

sierras el “gran río” era un arroyo meandroso que circulaba lánguido entre juncos y sauces. Ante la ausencia de barcas, teníamos dos opciones: hacer un gran desvío y cruzar el río por el único puente de piedra de la región, cerca de Jaén, o vadearlo, con el riesgo de perder una rueda o ser arrastrados por la corriente. Vega conminó a los conductores a cruzar el río “aquí y ahora”. Contó cómo en este mismo punto había cruzado la procesión que llevó el féretro de la reina Isabel la Católica a ser enterrado en Granada. “Los caballeros —dijo— se tiraron de las barcas y lo cruzaron a nado en honor a la reina”. No pude evitar sonreírme pensando en el tío Manuel y sus relatos. Con lo rica en historia que es Andalucía, no se hubiese callado un solo instante. Lo extrañaba.

Los otros pasajeros no se atrevían a contrariar a Vega. Excepto la señora de Bonín, todos parecían temerle.

Los conductores cedieron y comenzaron a azuzar a las mulas para que atravesaran el río. Tras largos momentos de tozuda hesitación los animales avanzaron y el coche comenzó a bambolearse ferozmente entre las piedras y el barro del lecho del río. Los varones bajamos y vadeamos el arroyo a pie, dejando a mujeres y equipajes en la diligencia. A esa edad yo ya era alto como un adulto, y de hecho más alto que la mayoría, pero el agua me llegaba hasta la boca del estómago y los remolinos que se ocultaban en la calma engañosa del río amenazaban con hacerme caer. Mientras los conductores guiaban a las mulas, los pasajeros empujábamos las ruedas y nos asegurábamos de que no encallasen en el limoso suelo. Tuvimos que luchar con la corriente cada palmo del camino. Al finalizar el cruce nos arrojamos exhaustos y empapados en un pequeño barranco flanqueado de árboles que nos miraban añosos y flemáticos. Pensé que aquel curso de agua que se ocultaba tímido entre juncos y malezas era mi Rubicón y mi Jordán. Tomé unas piedritas del cauce del río y las deposité en un montículo sobre el barranco. Las observé: eran un mojón de ruta marcando la división entre un pasado lleno de nostalgia y un futuro, en el que solo había incertidumbre.

A Mengíbar siguió Bailén, aquella ciudad en la que los elefantes cartagineses se batieron contra las legiones de Escipión. Vega gestionó alojamiento para todos en la famosa Posada del Majuelo. Aquel establecimiento, nos explicó, era célebre por sus guiñapos de almejas y otros platos hechos con pescado y frutos de mar. Por Bailén pasaba gran parte del pescado que iba a las cortes de Madrid desde Cádiz y el posadero sabía quedarse con los mejores especímenes. Vega y yo

compartimos habitación, aunque el tiempo que pasamos juntos estaba limitado por sus incursiones a los aposentos de su patricia patrona. Yo, por mi parte, aprovechaba aquellos momentos de soledad para leer. Durante aquellos días memorizaba pasajes enteros de la Biblia, los traducía del latín en mi cabeza y conectaba el texto sagrado con los avatares del camino. Uno de mis pasajes preferidos en aquellos tiempos era el salmo 121, que recitaba en silencio cuando me invadía el temor a la incertidumbre del camino.

Alzo mis ojos hacia los montes: ¿de dónde me llegará ayuda?
Mi socorro me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.
No deja que tu pie dé un paso en falso, no duerme tu guardián;
Pues jamás lo rinde el sueño o dormita el guardián de Israel.
El Señor es tu guardián y tu sombra, el Señor está a tu diestra.
Durante el día el sol no te maltratará, ni la luna de noche.
Te preserva el Señor de todo mal, él guarda tu alma.
Él te protege al salir y al regresar, ahora y para siempre.

Vega se burlaba de mis lecturas, pero en cierta forma las respetaba. Verme leer lo hacía volver a aquellos años en los cuales él también creía en el poder de los libros, antes de que cambiara el papel por el acero y la tinta por la sangre. Aquella noche volvió borracho, oliendo a vino y a sexo. Yo me había quedado dormido con el libro abierto sobre el pecho. Al escucharlo entrar me desperté, pero no abrí los ojos. Lo presentí parado un largo rato frente a la cama. Luego lo escuché orinar copiosamente en la bacinilla. Después de un extenso silencio recogió el libro de mi pecho. Vi por el rabillo del ojo cómo lo acomodaba con delicadeza entre mis pertenencias. Luego se sentó en la única silla de la espartana habitación. Escuché el tintinear de una botella contra un vaso, seguida del gorgoteo de un líquido al verterse. Al despertarme por la mañana lo vi dormido, aún sentado, con la cabeza sobre la mesa, anidando entre sus brazos. Junto a él yacían la botella vacía y el vaso volcado. Me levanté sin hacer ruido, sin querer despertarlo a él o a alguno de los demonios que lo habitaban.

Ya expliqué la importancia que los asuntos de honra tenían en la España de aquellos tiempos, pero hasta aquel viaje, mi relación con aquellos temas había sido más bien tenue. Como cristiano nuevo sabía que mi honra sería vapuleada y tomaba las afrentas con filosofía. Aquello comenzaría a cambiar pronto. De hecho fue Vega el primero

que tomó con seriedad mi honra. Todo empezó cuando el notario vestido de negro habló sobre sus negocios en Sevilla. Entonces se refirió a los comerciantes portugueses como “aquellos hombres de negocios” y a los banqueros lusitanos que habían salvado a España como “carroñeros”. En ese momento —sentado como estaba en la diligencia— sentí que los músculos de la espalda se me tensaban y Vega, casi por instinto, comenzó a acariciar el pomo de su espada. En eso, el notario se dirigió a mí:

—¿Has dicho que tu nombre es Prado? ¿Tienes algo que ver con Francisco de Prados?

—Sí —respondí—, es mi padre.

—Lo conocí a él y a su hijo —dijo—, especieros, pero honestos.

Frente a la mención del sutil insulto, las cejas de Vega se juntaron casi imperceptiblemente y sus ojos se tornaron en dagas de jade. Sacó la cabeza por la ventana de la diligencia y les gritó a los conductores que detuvieran el carruaje. Sin el rítmico sonido de la cabalgata, el coche se llenó de un silencio irreal, solo punteado por algún graznido lejano y el sutil murmullo de la tela de las cortinas sobre las ventanas cuando las movía el viento.

—Me parece que vuestra merced confunde al chico con otra persona —dijo Vega con voz metálica casi inaudible.

El notario no mostró temor, pero su ceño se crispó.

—¿Y si no fuese así? —preguntó.

—Si no fuese así habríais insultado al chico.

—Don Fernando —traté de intervenir—, no es tan importante.

—Si alguien tiene hígados para llamar “especiero” a un amigo mío más le vale tener hígados para batirse —dijo sin dejar de estaquear al notario con la mirada. Abrió la portezuela de la diligencia y agregó:

—He dicho lo suficiente. Tal vez ahora debamos bajar y dejar hablar a los aceros.

No había bravura ni desafío en su voz, solo una determinación cansada y amarga. Hubo un silencio que pareció interminable. Era obvio que el hombre de negro terminaría en el otro barrio, pero también era obvio que su honor no le permitía ahora desdecirse como si nada hubiese pasado. Quizá por eso el joven de Cádiz decidió acudir en ayuda del notario, tal vez no queriendo que su mujer presenciara un despanzurramiento.

—En Cádiz hay varios comerciantes de nombre Prado —ofreció—, probablemente os habéis confundido entre “Prados” y “Prado”.

Contuvo la respiración esperando que el notario tomara la soga que le había lanzado.

Vega seguía mirándolo, sus nudillos blancos delataban la firmeza con la cual ceñía el pomo de la espada.

—No había pensado en ello —dijo al fin el notario con voz casi inaudible—, debe tratarse de otra persona.

El joven respiró hondo y los dedos de Vega se relajaron en el mango de la toledana. Sin dejar de mirar los ojos del notario, golpeó el borde de la diligencia señalándoles a los conductores que debían volver a ponerse en marcha. El color me volvió a la cara y al mismo tiempo sentí un extraño orgullo de que aquel hombre fiero y curtido al que apenas conocía estuviese dispuesto a batirse para defender mi honor. Tal vez era una especie de instinto que lo llevaba a desenvainar ante la menor afrenta o tal vez, me dije, realmente se interesaba por mí.

Más tarde, en un alto del camino, mientras compartíamos una merienda de queso y galletas, hablé con Vega sobre el incidente.

—¿Tú crees que estás preparado para ir a Alcalá? —me preguntó —. Pues no. No lo estás. Tú crees que para sobrevivir en Madrid hace falta leer libros y saber latín. Te equivocas. Debes saber timar, mentir y repartir estocadas. Debes saber defender tu honra y no ser engañado por hordas de pícaros y malvivientes.

Lo miré con recelo y algo de susto. Tal vez él disfrutaba asustándome, tal vez de verdad se preocupaba por que este joven mimado e inexperto no fuera víctima fácil de bellacos y truhanes. De algún modo yo despertaba en él algo profundamente humano, que siempre había existido dentro suyo bajo las cicatrices de Flandes, el aguardiente excesivo y los asesinatos por encargo. Tal vez creía que sus patéticas desventuras tendrían un sentido si podía transmitirle a un niño extraño y desamparado el dudoso saber que en ellas había acumulado.

—Todos los libros que has leído —concluyó— no te ayudarán en el mundo real. Tu verdadera educación ha empezado hoy. Y yo seré tu maestro.

A medida que avanzábamos por el camino del norte, el valle se angostaba y las escarpadas rocas de la Sierra Morena se alzaban a sus flancos como custodiando la entrada de Andalucía, codiciada por tantos a través de tantos siglos. Cuanto más nos adentrábamos en la sierra, más desolado y deshabitado se volvía el paisaje.

Nos detuvimos en la venta de Guarromán, una posada hedionda que hacía honor a su nombre y parecía a punto de derrumbarse. En el salón sin estuco que oficiaba de comedor, ratas grandes como conejos peleaban por pedazos de comida mientras emitían grititos agudos y

repugnantes. Me alegré de contar con la compañía de Vega en aquel lugar tenebroso. El posadero nos dio un guiso de dudosa composición y unas hogazas de pan tan rancias que ni siquiera las ratas se habían dignado a tocar. En lugar de aquel manjar, Vega y yo compartimos unas galletas, un pedazo de queso y un salchichón, vituallas que mi madre me había preparado "por si acaso". Cuando el notario, la pareja de Cádiz y la señora de Bonín se retiraron a dormir, Vega y yo nos quedamos en el salón. Vega sacó sus papeles y se puso a escribir sus poesías por encargo. No le molestaba la mugre de aquel lugar. "En Flandes hubiésemos matado por un lugar así", dijo. Extrañamente, a mí tampoco me molestaba. La anticipación y una novedosa sensación de libertad desplazaban de a poco aquel miedo que había sentido en Lopera. Yo también decidí escribir. Tal vez podía cumplir la promesa que le había hecho a Carmen. Mi plan, no obstante, duró poco. Agotado por el trayecto del día, me quedé dormido sobre la mesa, abollando las hojas de papel en las que no había escrito más que "Querida Carmen". Dormité un rato. Cuando desperté, vi a Vega que aún escribía y, cada tanto, le daba un trago a la botella de aguardiente que había aparecido como por arte de magia sobre la mesa.

—¿No tenéis que ir a cuidar a la señora? —pregunté, dando un dejo de ironía a la palabra *cuidar*.

Me miró y se rio, dejando ver una dentadura amarillenta pero entera.

—Mi querido doctor Prado —dijo—, debes aprender algunas cosas acerca de las mujeres.

—Como por ejemplo…

—Por ejemplo, las mujeres no deben nunca pensar que te tienen cautivo. Debes mantenerlas siempre en tensión, que siempre piensen que te pueden perder en cualquier momento. Así harán cualquier cosa por ti.

Lo miré sin entender.

—Ahora está allí arriba —dijo, señalando el cielorraso—, esperándome en su habitación. Pero yo no iré. Por la mañana estará enfadada y ofendida, y lo que es aún más importante, se preguntará si ya no me atrae y hará cualquier cosa para seducirme.

—Pero la señora ¿no tiene marido?

Me respondió con otra risotada color ámbar.

—No, doctor Prado, la señora *dice* tener marido.

—No entiendo —confesé.

—No lo sé a ciencia cierta, solo puedo asegurarte que el señor Bonín murió en algún lugar de Italia. Ahora bien, si la señora anuncia

que es viuda, pasarán dos cosas: por un lado, los familiares de su difunto marido se quedarán con la herencia, y por otro, deberá volverse a casar con algún noble pauperizado que la recluirá en su casa y no le permitirá retozar con quien se le cante el higo. Y no creas que es la única, hay tantas mujeres que fingen tener marido que ya Ruiz de Alarcón les dedicó una copla con aquello de "No todas dicen la verdad"*: En este, que mil taimadas / Suelen fingirse casadas / Por vivir en libertad*.

—En algún momento se sabrá que el hombre murió —dije—. No podrá ocultarlo por siempre.

—Te sorprendería saber lo que la gente oculta —comentó con un exagerado tono filosófico.

Pero no me sorprendía. Después de todo, eso era lo que dejaba atrás: una casa en la cual hasta los criados escondían secretos. "Yo no soy así", me dije. "Yo no me pasaré la vida fingiendo y ocultando", pensé.

Vega alternaba momentos de extrema locuacidad con silencios prolongados y espesos. Tal como lo predijo, la señora lo miraba torcido y le tiraba dardos, pero también coqueteaba y lo provocaba, tratando de demostrar que aún tenía a su merced a aquel hombre recio y dominador.

Luego de pasar el convento aversonado de La Peñuela llegamos a las ruinas del castillo de Tolosa, donde cuatrocientos años antes se había luchado la batalla de las Navas.

—Mirad qué calmo se ve ahora —dije. El viento aullaba por entre las rocas y el sol se reflejaba en los pastizales amarillentos—. Tal vez algún día Flandes se vea igual de tranquilo.

—Flandes es otra cosa —mencionó Vega—. Mira este sol, estas montañas… uno puede entender por qué gentes de los confines del mundo se batieron por España. Pero Flandes es un pantano gris y maldito…

El valle seguía angostándose y subiendo entre las montañas abruptas. Se transformaba en un desfiladero cercado por altos muros de roca madre. Los olivares habían sido reemplazados por árboles silvestres y arbustos diminutos por entre los cuales se colaban filosos rayos de sol y brisas engañosas.

—Es el paso de Despeñaperros —dijo Vega señalando el camino—. La mejor forma de cruzar la sierra, pero peligrosa. Detrás de cada roca puede haber un bandido.

—¿Despeñaperros?

—Dicen que nuestros bravos soldados despeñaron desde estas

montañas a los infieles que habían capturado en la batalla. Pero nadie sabe si la historia es cierta.

El sendero que usábamos se juntaba en algunos segmentos con un antiguo camino romano, llamado Camino de la Losa en referencia a las grandes piedras lisas que pavimentaban la ruta. El coche parecía aliviado cuando aversonaba la senda de tierra y cascotes y se deslizaba sobre las rocas planas que habían sido puestas allí hacía mil quinientos años. Pensé en cuán irónico era que los mejores caminos que tenía España fueran los romanos, aun después de siglos de aversono. Ahora, aquí en los Países Bajos, los flamencos creen en el progreso, creen que cada generación evoluciona con respecto a la precedente y que la humanidad avanza hacia un futuro venturoso y feliz. Los judíos también creen eso, aun cuando la tragedia los golpea; creen que cada generación que pasa los acerca a un estado de perfección y armonía. En aquel rincón desolado de España, no obstante, la historia no iba a ninguna parte, retrocedía y corcoveaba. Daba un paso adelante y dos atrás. Nuestros mejores caminos eran peores que aquellos de los romanos; nuestros filósofos más brillantes llevaban siglos muertos; nuestro Siglo de Oro se había trocado en una era de oscurantismo y bellaquería. Habíamos retrocedido, y retrocederíamos aún más. Para nosotros la historia no era una joven y bella mujer que caminaba hacia delante con paso firme, sino una serpiente que reptaba en círculos, mordiéndose la cola y envenenándose de tanto en tanto.

El cruce fue tenso y largo. Vega lo atravesó con una mano abriendo ligeramente la cortinilla de arpillera de la ventana todo el tiempo para escrutar el camino en busca de personajes sospechosos, y la otra mano crispada sobre el pomo de la espada. Había posadas aversonadas, devoradas por la vegetación y cada tanto un horno de ladrillo medio derruido que los pastores habían usado décadas antes para cocer hogazas de pan.

Al llegar a un claro que parecía seguro nos detuvimos, los huesos nos crujían de tanto golpear contra las rocas del camino. Lo que Vega tenía de fiero, el joven de Cádiz lo tenía de ingenioso. Había ideado un aparato para cazar liebres que funcionó a la perfección y que nos posibilitó deleitarnos con conejo asado que acompañamos con vino que llevábamos en botas de cuero. Frente a nosotros se extendía una meseta color sepia y a lo lejos se divisaba el pueblo que desde hacía algunos años se llamaba Viso del Marqués, pero que durante siglos había sido el puerto seco del Muradal que marcaba el límite entre

Castilla y Andalucía.

Ignorando los consejos de Vega, subí a un promontorio de granito que se alzaba tras un bosquecillo de cipreses y olmos mediterráneos. A mis pies se extendían las tierras pardas del Campo de Calatrava y la inmensidad ondulada de Castilla. Miré hacia atrás instintivamente, solo había bosques y rocas, pero adiviné la presencia de Jaén y Lopera tras las sierras. Recordé aquel pasaje bíblico en el que la esposa de Lot se voltea para mirar la destrucción de Sodoma y Dios la castiga convirtiéndola en estatua de sal. Me sentí de golpe seguro y confiado. A mí no me ocurriría lo mismo que a aquella mujer que no pudo dejar el pasado atrás, yo miraría solo hacia delante y Dios me recompensaría por confiar en Él y en el futuro que había previsto para mí.

Proseguimos hacia el norte por la Carretera de las Ventas, así llamada pues sucesivos monarcas habían mandado construir posadas y albergues para volver algo más seguro aquel azaroso camino. No obstante, la mayoría de las ventas estaban aversonadas. Una de las que aún funcionaba se llamaba La Venta del Judío y era un vestigio de aquellos tiempos de "convivencia" en la cual judíos, moros y cristianos podían pernoctar juntos en el mismo lugar. Se trataba de un edificio de piedra rodeado de un caserío pobre e inmundo, habitado de mujeres desdentadas y niños descalzos y harapientos. La Venta del Judío no tenía habitaciones, así que todos debimos dormir en una misma sala con camastros cubiertos de edredones de lana. Entre la dureza de aquellos jergones y las picaduras de las pulgas fue casi imposible conciliar el sueño. Me rendí al insomnio y salí a tomar un poco de aire.

Nuestra diligencia, estacionada afuera del establo, se bamboleaba rítmicamente como si estuviese viva. Curioso y asustado, me acerqué entre las penumbras a ver qué sucedía. Por una rendija de las cortinas vi a la señora de Bonín sentada sobre Vega, se movía de arriba abajo y cada tanto arqueaba la espalda, dejando caer el pelo negro y lacio sobre su cintura. Vega, las manos en la cintura de la mujer, acompañaba y acentuaba sus movimientos. Evidentemente, la estrategia de Vega había dado resultado.

Casi sin darme cuenta, me llevé una mano a la entrepierna y comencé a tocarme. Escondido en el establo, liberé mi miembro tieso, que se enderezó agradecido. Mi mano siguió los movimientos del coche. Cuando cesaron, culminé yo también, regando con gotas impías el piso fangoso del establo. Me recosté contra la pared, jadeando

insatisfecho, sintiéndome asqueado y terriblemente solo.

Luego de otra tensa jornada en la parca meseta, llegamos a Santa Cruz de Mudela, en donde nos despediríamos de la señora de Bonín. La noble mujer se secaba las lágrimas con un pañuelo bordado. Aun a pesar suyo se había encariñado con Vega. No obstante, los negocios eran los negocios y la señora había llegado a la villa con la intención de hacer valer sus derechos como descendiente lejana de don Álvaro de Bazán, quien fuera dueño de aquellas comarcas unos cien años antes. Si el gambito funcionaba, la supuesta viuda se alzaría con parte de las extensas tierras de viñedos entre Santa Cruz y Valdepeñas. Sus abogados ya la esperaban, con pliegos, folios y documentos de veracidad y efectividad dudosas.

Mientras Vega se despedía de su patrona (y cobraba su tarifa de guardaespaldas con beneficios) yo recorrí la ciudad en busca de una de las familias portuguesas inscritas en la lista que me había dado mi madre. Pasaría la noche con ellos y me reuniría con la diligencia por la mañana para continuar el viaje. A pesar de ser pequeña, la ciudad era bonita y tenía edificios de gran majestuosidad. Frente al Santuario de la Asunción se construía una gran plaza de toros que tenía la singular característica de ser la única arena cuadrada de toda España. Finalmente encontré a la familia De Fonseca.

Diego de Fonseca me recibió en la entrada de su casa fresca y espaciosa. Era un *homen de negozios* de Braganza, como mi padre, y hablaba una colorida mezcla de español y portugués. Tenía una barriga de burgués próspero y unos sesenta años de edad. La barba corta y el bigote espeso y cano no alcanzaban a darle un aire severo. El jubón de terciopelo oscuro y los impolutos valones claros contrastaban con la suciedad que cargaba yo luego de mis agotadoras jornadas de viaje y las posadas infestadas de chinches.

Fonseca me aferró cálidamente por los brazos.

—La *tua* madre me escribió diciendo que vendrías —dijo con macizo acento lusitano—. No sabía que lo harías tan pronto. Pero entra, un *filho* de tu padre es como *meu filho*. Estás en tu casa.

Siempre me sorprendía que perfectos extraños alabaran a mi padre. “Todos lo admiran —pensé—, menos yo”.

Un sirviente me acompañó al que sería mi cuarto. Preparó un gran cuenco con agua tibia para que me lavara y dejó una muda limpia y algunos refrescos cerca. Tras la rudeza del camino, la calidez de la casa Fonseca era reconfortante y traía un aire agridulce de añoranza al calor de hogar.

La agradable recepción que me brindaban me recordó pasajes

bíblicos en los que tanto Abraham como Jesús reciben a viajeros lavándoles los pies y reconfortándolos luego de sus largos trayectos. Recordé también una charla que había tenido con Tomé. Él había dicho que una de las tantas similitudes entre el islam y el judaísmo era la importancia que ambas religiones acordaban sobre la hospitalidad. Pero a pesar de mi religiosidad, yo empezaba a ser un pequeño cínico, y donde otros veían virtud, yo veía conveniencia.

—Ambas religiones habían sido creadas por nómades en tierras desérticas, recibir a los viajeros en el desierto es, entre tribus trashumantes, una cuestión de mera supervivencia y de garantía de paz. Si se topaban en el desierto, no se matarían unos a otros —le había dicho.

—Todos vivimos en el desierto, niño Juan —me había respondido respetuoso pero divertido.

Después de refrescarme, el mismo criado me llevó a la mesa donde la cena humeaba sus olores de hogar y nostalgia. Fonseca entró acompañado de una mujer joven que me miró con intensos ojos de carbón. Pensé que se trataba de su hija, pero estaba equivocado: “Te presento a mi mujer, Isabel”, dijo.

Isabel Oliveira de Fonseca debía tener unos treinta y cinco años. Era de una belleza extrema, casi dolorosa. Largos cabellos oscuros le caían graciosamente sobre los hombros. La piel cetrina, a pesar de verse tersa y sedosa, me hizo pensar en el lomo de un león rugiente. Aquellos ojos negros que se habían clavado en los míos hablaban de paisajes lejanos, de caballos salvajes, de dunas y de mares. Su expresión inteligente, pero profundamente triste, generaba una extraña mezcla de ternura y violencia.

Los esposos formaban, sin duda, una pareja rara e improbable.

Un criado trajo la comida. Comí con ganas una deliciosa ternera con salsa de aceitunas y vino. “Es una receta local —explicó Fonseca —, las *azeitunas* de Portugal son más sabrosas, pero estas no están nada mal”.

Durante la cena hablamos de la familia, de conocidos en común y de los estudios que cursaría en Alcalá. Fonseca había estudiado medicina en Coímbra, pero la impureza de su sangre lo había obligado a aversonar los libros, luego de lo cual se había dedicado a buscar fortuna en los negocios. Tras vivir en Sevilla y Cádiz, y ya con un capital no escueto, se había radicado en aquella pequeña ciudad, desde la cual podía comerciar con todo el sur de Castilla. El diálogo continuó, como siempre entre portugueses, con frases a medias y

palabras pesadas, cargadas de sobreentendidos e insinuaciones. Entendí, no obstante, que Santa Cruz de Mudela ofrecía un mayor anonimato a aquel hombre a quien la Inquisición andaluza había echado el ojo por judaizante. Yo ya sabía que aquellos hombres prósperos eran el platillo predilecto del Santo Oficio, que llenaba sus arcas con la confiscación de bienes de los acusados.

La charla continuaba y yo oía sin escuchar, hipnotizado y turbado por Isabel, cuyos movimientos menudos cargaban con una gracia displicente y aburrida. Hablaba solo para responder a preguntas específicas de su marido y me clavaba la mirada como si me lanzara un impreciso desafío.

Luego de la cena, Fonseca extrajo de un armario un vino espeso y dulce.

—Ya bebes *vinho*, ¿no es cierto?

Aunque yo no era mucho más que un niño, Isabel se retiró, como convenía a una mujer, para dejar solos a “los hombres”. Me levanté para estirar las piernas y vi la bien provista biblioteca de Fonseca. Mientras él servía las copas de vino, examiné los volúmenes cuidadosamente alineados. Había tratados de medicina, filosofía e historia. Uno de ellos, un libro flaco de tapas anodinas, me llamó la atención. Se titulaba *Chrónica das matancas de christiaos novos de 1506*. Hojeé el libro rápidamente y mis ojos captaron detalles macabros que me anudaron la boca del estómago. Un viajero alemán contaba cómo durante la Pascua miles de cristianos nuevos habían sido masacrados por la turba en las calles de Lisboa. “Mujeres, niños y bebés eran tirados desde las ventanas y la chusma los esperaba abajo para empalarlos en lanzas al caer. […] Mujeres de todas las edades eran violadas mientras los maridos, hijos y padres eran pasados a cuchillo. […] Los marineros de los barcos anclados en el puerto se unieron al saqueo”.

Cerré el libro con horror y me dirigí a Fonseca.

—¿Esto sucedió de verdad?

—¿Cuánto sabes de la historia de los conversos de Portugal? — me preguntó después de lanzar un largo suspiro.

—No mucho —dije—, en casa no se habla mucho de los judíos.

Sonrió y bebió lentamente un sorbo de vino.

—¿Quieres saber?

—No lo sé.

—E parte de la tua historia —dijo, encogiéndose de hombros.

—Contadme, por favor.

Fonseca se recostó en el sillón de cuero y comenzó con aquella letanía de tragedias que era la historia de los judíos de Portugal. Mi historia.

—Seguro que has escuchado esa cancioncita “Ea judíos a enfardelar que los reyes mandan haceros la mar”…

Claro que la conocía, no había nadie en España que no hubiera escuchado aquel pregón que recordaba la fatídica orden de expulsión de los judíos.

—Pues cuando los Reyes Católicos expulsaron a los *judeus* en 1492 —continuó—, muchos de ellos, algunos dicen hasta cien mil, no se hicieron a la mar sino que buscaron refugio en la vecina Portugal.

Mechando palabras portuguesas en un castellano al que la emoción hacía tambalear, me contó cómo João II, rey de Portugal, vio un jugoso filón en esos refugiados desesperados y estableció que cada judío debía pagar ocho cruzados como derecho de entrada al reino, y aquellos que no pudieran pagar serían vendidos como esclavos. Para los pauperizados judíos españoles, que habían malvendido sus propiedades ante la expulsión, el derecho de entrada era exorbitante. Para demostrar que no bromeaba, João II envió a cientos de niños judíos como cautivos a la isla de Santo Tomé, en donde la mayoría murió de fiebres y paludismo. Los que pudieron entrar se unieron a las comunidades existentes y en seguida contribuyeron con su arte y su ciencia a Portugal. En solo unos años, los judíos ayudaron a que el país convirtiera sus descubrimientos en América y Asia en un emporio comercial próspero y floreciente. En 1495, Manuel I sucedió a João II en el trono lusitano. Como parte de las negociaciones para casarse con la hija de los Reyes Católicos, Manuel se comprometió a expulsar a todos los judíos de su reino. Sin embargo, en 1497 el flamante rey se dio cuenta de que si lo hacía iba a perder a un gran número de ciudadanos útiles y diseñó una astuta estratagema: en lugar de expulsarlos prohibió la salida de los judíos y los convirtió por la fuerza al catolicismo. La operación comenzó con un cruel prolegómeno el primer día de la Pascua hebrea.

—Miles de *ninhos judeus* —continuó Fonseca— fueron arrancados a sus padres, bautizados y diseminados por *tudo* el país. Algunos padres acompañaron a sus hijos en el bautismo para no perderlos, pero fueron *mais* los padres que prefirieron el suicidio colectivo de *tuda* la familia… Entre los conversos forzados había pobres y ricos, sabios e ignorantes, y algunas de las *mais* grandes luminarias del judaísmo castellano, como Salomón ibn Varga o Levi ben Habib…

—Pero el derecho canónico prohíbe las conversiones forzadas —lo

interrumpí.

Fonseca sonrió.

—Digamos que la razón de Estado y la lógica económica fueron más importantes que las minucias del derecho canónico… Dom Manuel sabía que si expulsaba a los judeus su reino se arruinaría.

”Manoel sabía también —siguió Fonseca— que la conversión era fútil y que era vano esperar ortodoxia católica de las cohortes de cristianos nuevos recién bautizados. Para la Iglesia, no obstante, un bautizado por la fuerza es considerado católico, aun si tal práctica está prohibida. No faltaría mucho tiempo para que comenzaran los hostigamientos a los conversos. Manuel, creativo como siempre, resolvió el problema otorgando un periodo de gracia de veinte años en los cuales no se podría investigar la conducta religiosa de los cristianos nuevos. En ese lapso —razonaba el rey— la Iglesia tendría el tiempo necesario para mostrar su luz a las jóvenes generaciones de conversos y hacer de ellos verdaderos católicos. Mientras tanto, el rey ordenó cerrar aún más sus fronteras a aquellos conversos que quisieran salir del país.

”A pesar de la dudosa protección de dom Manuel, los conversos portugueses sufrieron persecuciones y matanzas. El mezquino rey protegía a los conversos, pero cada tanto toleraba desmanes. Sabía que cuanto más inseguros se sintieran los conversos, más buscarían —y más cara pagarían— su protección. La más famosa de esas masacres fue la *Matanca dos christiaos novos* de 1506 —Fonseca señaló el libro que yo había tomado y continuó—: Se cree que unos cuatro mil conversos fueron masacrados en varios días de matanzas y saqueos. Manuel reaccionó enérgicamente contra los líderes. Unas treinta personas fueron condenadas a la horca y la *cidade* entera fue castigada severamente. Pero la reacción de Manuel no alcanzó a calmar la angustia de los *christiaos novos*, ni su temor permanente.

João III asumió el trono en 1521. Donde Manuel era cínico, João era fanático. En 1536 decidió la instalación en Portugal del tribunal del Santo Oficio, cuyas hogueras comenzaron a funcionar a pleno. Con el celo de los neófitos, la Inquisición portuguesa adquirió una crueldad y un extremismo aún más grande que el de su hermana mayor de Castilla. En 1580, la Corona de Portugal se unió con la de España. Muchos conversos iniciaron un lento éxodo hacia Castilla. En España, la Inquisición atravesaba un momento de relativa somnolencia, luego de más de un siglo de infatigable acción depuradora. Así, hombres como Fonseca, y como mi padre, cruzaron la frontera para encontrar una engañosa calma bajo los Felipes. Si bien la Inquisición castellana

no podía condenar faltas cometidas en Portugal, el súbito influjo de nuevos sospechosos de judaísmo reanimó a la Inquisición española, que inició una nueva edad de oro.

—No tenía idea —musité, cuando Fonseca terminó su relato.

—Eres un hombre ya y un hombre debe saber de dónde viene —me respondió.

Un poco mareada por el vino, mi mente masticó aquella historia: las masacres, los exilios, la persecución, las traiciones, la testaruda preservación de la fe. No podía decidir si aquella historia era gloriosa o patética, heroica o funesta. No sabía si aquel sufrimiento era producto del coraje o de la insensatez. Ligeramente aturdido, traté de discernir si los judíos se aferraban a la verdad o a un sueño vacío y necio. Aquella duda me incomodó, pero me distraje rápidamente: mis ojos, que vagaban por la estancia, se cruzaron con los de Isabel, que observaba la conversación desde un cuarto contiguo, separado por una cortina entreabierta. Me sostuvo la mirada con la seguridad de quien no tiene nada que perder.

Ajeno a las miradas entrelazadas, Diego de Fonseca se había quedado prendado de su vaso de vino, como si la historia lo hubiese llevado a revolver una olla podrida de recuerdos y temores. Se levantó con movimientos pesados.

—*Um velho* como yo debe irse a la cama temprano —dijo—. Te veré en el desayuno. Descansa, te espera aún un largo viaje.

Me dirigí al cuarto que habían dispuesto para mí. El placer de sentir un colchón mullido y suave me hizo entrecerrar los ojos.

La habitación estaba envuelta en una voluptuosa penumbra, horadada por la llama triste de una vela a medio consumir. Todo tenía un brillo rojizo y negro. El tibio lecho me traía recuerdos de hogar, de infancia, de inocencia. La dureza del camino era un sueño distante e irreal.

De pronto me sobresalté al ver a Isabel de pie junto a la cama, observándome, con aire intenso y ausente a la vez. En la oscuridad, su silueta era esbelta, casi aguerrida. Traía el cabello suelto y le caía sobre los hombros con una gracia indescriptible. Me incorporé, sin saber qué decir.

—Vuestro marido… —atiné a decir con la voz entrecortada.

—Duerme profundamente —dijo Isabel distante, sin quitarme los ojos de encima.

Se adelantó casi hasta el borde de la cama. Comenzó a quitarse lentamente su bata de noche. La frialdad de sus movimientos

contrastaba con una gracia innata, que hacía que los músculos de mi bajo vientre se contrajeran involuntariamente. La luz de la vela reveló los contornos de un cuerpo turgente y firme, que exudaba deseo. Vi la silueta de sus pezones erectos y la sombra de su vello púbico, coronando unos muslos perfectos. Sentí mis sienes latir con fuerza. Sin decir palabra, me quitó el edredón que me cubría y observó cómo mi camisa se levantaba a la altura de la entrepierna. Sentada al borde del lecho comenzó a acariciarme, me levantó el faldón de la camisa y acarició mis muslos y mi vientre. Cuando finalmente tocó mi miembro, lo encontró duro como la roca.

—Señora —balbuceé.

—Está bien, niño —dijo sin ternura.

—Yo nunca… —dije, e inmediatamente me arrepentí de ser tan honesto.

—Ya lo sé, no te preocupes.

Continuó acariciando mi pene erecto con la punta de los dedos, mirándolo sin vergüenza alguna. Una parte de mí quería salir corriendo, pero otra parte estaba como clavada a la cama. En un movimiento rápido y grácil Isabel se sentó sobre mí, guiando mi miembro con la mano. Para no eyacular me mordí los labios con tanta fuerza que sentí el gusto metálico de la sangre en la boca. Sentí el calor y la humedad de su sexo abrazando el mío y pensé que no podía haber en el mundo una sensación más placentera que aquella. Llevó mis manos a sus pechos y me hizo moverme a un ritmo lento y paciente. Cuando presentía que yo iba a terminar, detenía sus movimientos y me hacía respirar profundo. Aun conmigo dentro suyo, Isabel estaba distante, terriblemente sola. Yo ya había perdido todo control. Ella intentó detenerme, pero ya era tarde, sentí lo inevitable del clímax y un segundo después había explotado dentro de su cuerpo. Ella pareció no darse cuenta y yo continué moviéndome, aprovechando que mi miembro continuaba erecto y duro. Segundos más tarde, Isabel alcanzó un éxtasis intenso, sentí su espalda perlarse de sudor y su sexo volverse más húmedo y tenso. No emitió ruido alguno, solo el lenguaje de su cuerpo delataba su placer: la respiración agitada, y sus ojos que brillaban húmedos. Hubo un destello de orgullo: al fin era un hombre, pensé. Pero también me sentía turbado y avergonzado; el pecado se había anotado otra victoria. Pero la culpa no me impedía caer en una embriaguez muy distinta a aquella sensación ruin que seguía a las masturbaciones, un estremecimiento que deleitaba y asustaba al mismo tiempo. Isabel no me ayudaba, me miraba sin decir palabra con esos ojos profundos llenos de energía

reprimida y pasión silenciada. Temí que se marchara dejándome solo con mi confusión y mi anárquico fárrago de sensaciones.

No lo hizo, se recostó a mi lado y habló en susurros.

—Has sabido qué hacer —dijo—, tienes el cuerpo de un hombre y lo sabes usar —lanzó un suspiro—. Te preguntarás por qué hago esto… tal vez pienses que soy una cualquiera.

—No, señora, de ninguna manera, yo no…

—Shhh —me silenció poniendo un dedo sobre mis labios.

—Está bien si lo piensas… no me importa. La verdad es que no pude resistir la tentación de estar contigo. Ya sé lo que les enseñan a los muchachos, que las mujeres somos puras y castas, pero lo cierto es que las mujeres tenemos necesidades, como los hombres —dijo—. ¿Sabes que de acuerdo con ley de Moisés el marido tiene obligación de satisfacer los deseos carnales de su mujer?

—¿Y don Diego no satisface los vuestros? —pregunté con insolencia.

—Don Diego es un buen hombre, pero nunca lo amé y nunca lo deseé.

Entre susurros, Isabel me contó su historia. Ella también era cristiana nueva y judía secreta. Se había casado con aquel hombre que la doblaba en edad, pues en su pueblo era la única opción para seguir manteniendo su fe y construir un hogar judío. Había sacrificado su juventud, su pasión y su deseo en el altar de la continuidad del judaísmo. Pasaría sus días junto a un hombre viejo, al que no amaba, para asegurar una nueva generación en la estirpe maldita de los marranos. Los hijos, no obstante, no habían llegado e Isabel se quedaba cada vez más sola con su resignación y su desamor.

—Es un buen hombre —repitió al finalizar la historia—, hace lo que puede para hacerme feliz. Pero sabe que nunca lo amaré.

Respiró hondo, yo creí que lloraría, pero sus lágrimas se habían secado hacía mucho tiempo. Solo pensé que aquella tristeza estéril acrecentaba su belleza.

—No me arrepiento —dijo sin que le preguntara—. De hecho, lo volvería a hacer. Tal vez esta sea mi ofrenda a Dios. Él no ha escuchado los gritos de los torturados ni de los quemados vivos. Tal vez se enternezca de mi silencioso sacrificio.

Yo sabría años más tarde que el Dios de Israel no requería esas ofrendas, ni demandaba el sacrificio de la propia felicidad. Por el contrario. “Sirve a Dios con alegría”, decía el Sagrado Texto. Pero allí, en esa pieza de cálidas penumbras y aromas de amor, sentí desdén contra aquel Dios hebreo, cruel y distante. Sentí también una mezcla

imposible de desprecio y admiración por el que había sido Su pueblo, que contra toda evidencia elegía no romper las cadenas que lo ataban a un pasado perdido e inútil, mientras se condenaba a un presente de sufrimiento y oscuridad.

Entre pensamientos sacrílegos y aromas de mujer, me quedé dormido. Los sueños me acosaron con visiones perentorias. Vi a Carmen cantando el pregón de la expulsión y a mi padre tratando de venderle especias al rey de Portugal; vi los pechos firmes de Isabel y su cara con cicatrices como las de Vega. Cuando me desperté, con la luz de la mañana en los ojos, estaba solo.

Me alegré de no cruzarme con Fonseca. El criado me dijo que había partido temprano por negocios y me sirvió un desayuno que devoré con avidez. Garabateé una nota de agradecimiento y partí rumbo a la plaza para encontrar la diligencia. Sentí los ojos de Isabel clavados en mi espalda, pero al volverme no vi más que las celosías cerradas. Mis alforjas estaban más pesadas, cargaban parte de la tristeza de esa casa sin amor y sin futuro.

Seguimos nuestra lenta progresión hacia el norte. Sentía que a cada paso que daba rumbo a Madrid era menos niño y más hombre. La noche anterior había cruzado una frontera, pero descubrí que las fronteras de la vida no son como las fronteras entre países. Cruzar el límite entre Andalucía y Castilla fue un trámite rápido e inequívoco. Había una línea en la arena. Pusimos un pie del otro lado y ya habíamos cruzado. En la vida no es así. Las fronteras son tramos largos y desdibujados. No me fue fácil saber si ciertamente había dejado de ser niño.

Otros viajeros se nos habían sumado y marchábamos en caravana por la campiña abrasada por el sol. La noche nos sorprendió en el campo y decidimos pasar la noche bajo las estrellas mientras los hombres se turnaban para hacer guardia.

Me acurruqué en mi capa y traté de dormir.

Me aferré al medallón de san Jorge que colgaba en mi cuello, buscando inspiración y calma. Segundos después me rindió el cansancio y me dormí, hipnotizado por el crepitar del fuego y el eco de charlas lejanas. Mi lecho era un camino polvoriento de miedo y quimera.

Recién ahora sé que, en cierta forma, la frontera no se termina de cruzar nunca.

—El vino de esta región es famoso —dijo Vega—. Lo sirven los Austrias en su corte. ¡Bebe! —ordenó.

Habíamos parado en Valdepeñas y yo tomaba el vino cada vez menos rebajado con agua. La ciudad estaba embutida en un ancho meandro del río Jabalón, rodeada de encinas, jaras y carrascas. Sus casas se extendían plácidas sobre cerros suaves y gastados por el tiempo.

Al llegar a la ciudad tuve ganas de rezar. Sentía que debía confesar mis pecados de la carne y limpiar mi alma de las visiones impías del camino. Anduve por la plaza rodeada de bonitos edificios pintados de añil, azulete y cal y llegué a la iglesia de la Asunción. La magnitud de la enorme catedral me intimidó y decidí buscar un templo más pequeño. Llegué entonces hasta la ermita de la Veracruz, un coqueto edificio de piedra y ladrillo claro. La capilla era extraña y el monje que me recibió notó mi curiosidad por algunas características del lugar: huecos cilíndricos en las puertas, un altar curiosamente situado en el centro de la capilla y un nicho vacío en la pared oriental.

—Era la antigua sinagoga —dijo el monje con aire distraído—, allí guardaban sus Biblias. Las tenemos en el sótano, no se las han podido llevar cuando lo de la expulsión.

—¿Puedo verlas? —preguntó alguien desde el fondo de mi garganta.

—No entiendo para qué quieres verlas, pero seguro, ven conmigo.

—Es que voy a estudiar lenguas antiguas —mentí.

Los rollos estaban cubiertos de polvo y parte del pergamino había sido comido por las ratas. Lo que quedaba estaba en un estado deplorable. Tomé los mangos de madera y los abrí con un respeto instintivo, aquel rollo de pergamino parecía salido de las profundidades del tiempo. Se extendieron delante mío tres columnas de texto negro, rústico pero prolijo. Las letras tenían el mismo tamaño y aunque sus formas eran diferentes todas se parecían. Me pregunté cómo hacían los judíos para distinguirlas. El monje pareció leerme la mente.

—Esta —dijo señalando una letra— es la “alef”, la primera letra del alfabeto, y esta, la “bet” —señaló otra letra del rollo—. Es todo lo que sé.

Soplé sobre el pergamino y una nube de polvo ascendió desde el texto y me hizo estornudar. Aquel rollo sucio y carcomido era el original del libro que yo amaba. Mi Biblia latina no era más que una aproximación, un intento de recuperar el saber que se escondía en aquel rollo decrépito. Toqué las letras con una suavidad cercana al

afecto. La tinta era sedosa y el pergamino había sido suavizado por siglos de lectura.

El monje tosió junto a mí como para decir que tenía cosas más importantes que hacer.

—Necesito confesión —pedí.

—Ven —contestó—, el páter te confesará.

Apiló los rollos descuidadamente entre muebles rotos y paños viejos y cerró la puerta con fuerza.

—Dadme de aquel vino de Valdepeñas, por favor —le dije a Vega cuando volví de mi paseo.

—Eres demasiado joven para tener penas que ahogar en vino — me respondió divertido.

No le contesté y tragué un gran sorbo, el rojo líquido se escapó de la comisura de mis labios como si fuese un hilo de sangre infecta.

A la mañana siguiente, cuando me desperté encontré a Vega vestido y listo para salir.

—Ve a buscar a los tortolitos de Cádiz, nos vamos.

—¿Tan rápido? ¿Sin desayunar?

—Sí. Comeremos algunos bizcochos en el camino.

—¿Cuál es el apuro? —pregunté.

—Yo no tengo ninguno, pero el marido de una señora a quien he prodigado ciertos favores me busca de manera demasiado afanosa y es mejor que partamos. Más vale no correr riesgos con maridos celosos. Algunos lucen los cuernos como si fueran medallas, otros te llenan de perdigones.

En el camino, cuando la ciudad y el marido amenazante quedaban cada vez más lejos, Vega desgranó una extensa explicación sobre los diferentes tipos de cornudos que había encontrado en su carrera de picaflor de los caminos de España.

—Verás —dijo con tono didáctico—, primero está el “cornudo clásico”. Aquel que si te pesca te pasa a cuchillo. Luego está el “cornudo orate”, aquel que no se da cuenta de nada aunque la mujer se pase todo un regimiento entre las piernas. Luego está el que finge no haber visto. El deber de su honor le dictaría sacar la blanca y degollar a la mujer infiel y al pícaro galán, pero no lo hace, tal vez porque teme terminar él mismo con la garganta abierta, tal vez para evitar la vergüenza o tal vez porque ya está resignado. A este cornudo yo lo llamo “marido flemático”. Luego está el “cornudo por interés”. Este es aquel que convierte sus cuernos en una empresa comercial. Su mujer se encama con medio reino, pero recibe en contrapartida regalos, dinero y favores de los cuales él también se beneficia. En

muchos casos el marido regentea a la propia esposa y es él quien la fuerza a "trabajar". Incluso ha habido un caso muy sonado en la cual el fulano le encajó siete puñaladas a su mujer cuando esta no quiso recibir clientes durante la Cuaresma.

—¿De qué tipo es el que os persigue? —pregunté divertido.

—¡Ah! A mí me persigue el de la peor calaña. Verás, algunas señoras eligen un marido que les permita encamarse con quien les plazca. Solo quieren un esposo para guardar las apariencias y tener una cierta protección. El marido, por dinero, prestigio y vaya a saber qué otra razón, acepta a sabiendas que se casa con una "señora de sí fácil". Pero una vez casados les da un ataque de piedad y se vuelven celosos. Este caballero en particular era un claro ejemplo de estos especímenes. Resulta que estaba yo parado con las calzas bajas, de espalda a la puerta, prodigando mis servicios a la dicha señora, cuando entró el susodicho cornudo. Yo, sabiendo del acuerdo que tenía con su mujer, levanté una mano sin darme vuelta a guisa de saludo mientras continuaba mis placenteros afanes. En eso veo que la señora se queda muda como una tapia y se pone blanca como una clara de huevo. Me doy vuelta y me topo de narices con el infeliz, que estaba a punto de romperme la cabeza con un pesado candelabro de bronce. Rápidamente, le encajé una trompada en el puente de la nariz que lo tumbó por tierra y salí corriendo con la camisa en la mano, dejando a la dama patiabierta sobre la cama. Claro que el gavilán me vio más el culo que la cara, pero estoy seguro de que sabe quién soy y me está buscando. Primera regla, mi estimado doctor Prado: nunca menospreciar a un marido celoso.

Mi talante pasó de divertido a opaco.

—¿Qué os pasa, doctor? ¿Os he escandalizado? —preguntó Vega.

—No —respondí secamente. Mientras Vega reía yo pensaba en Fonseca e Isabel y en que habría que inventar una nueva clasificación de cornudos que describiera la negrura y la tristeza de su situación.

A Valdepeñas siguió Manzanares, y a Manzanares otros pequeños pueblos que vivían de retazos de glorias viejas. En cada ciudad encontraba el mismo palimpsesto de culturas. Mezquitas convertidas en iglesias, sinagogas en ermitas y ruinas romanas construidas sobre restos iberos.

Habíamos dejado el camino principal que nos hubiese llevado a Almagro y Ciudad Real. Nos desplazábamos, para horror de Vega, con un grupo de arrieros que llevaban recuas de mulas a Madrid. "Así no viajan los hidalgos", había dicho el veterano soldado. Pero los conductores no iban a correr riesgos innecesarios. Seguir a los arrieros

era uno de los modos más seguros de viajar en aquellos años. Ellos conocían los caminos a la perfección y viajaban en grandes grupos, lo que proveía una cierta seguridad frente a los versoleros que preferían los viajeros aislados. No éramos los únicos: docenas de viajeros, incluyendo familias, soldados, clérigos y hasta prostitutas seguían a las mulas y sus conductores. Era como si tuviesen un imán que atraía a toda la escoria de los caminos de Castilla.

La oscuridad no siempre nos sorprendía en un pueblo y muchas veces debíamos hacer noche en algún recodo del camino, durmiendo a la buena estrella y a la lumbre de un fogón. En una de aquellas noches descubrí cuán atenazada de dolor estaba el alma de mi compañero de viaje.

Vega se había dormido al lado mío y a mí me costaba conciliar el sueño. Leía la Biblia a la luz del fogón y velaba el descanso intranquilo de Vega, que se movía preso de pesadillas y sueños rastreros. En eso, como si tuviese al diablo en el cuerpo, se incorporó con los ojos abiertos y con la vizcaína en la mano, que había desenfundado con la rapidez del rayo. Miró en derredor con los ojos en blanco y una lágrima espesa rodó por su mejilla, abriéndose un surco en la suciedad que le cubría la cara. Recién entonces se percató de que yo lo miraba.

—¿Qué haces, mocoso? ¡Ve a dormir!

Yo ya lo conocía lo suficiente como para saber que su enojo no era genuino. Era la única forma de pedir diálogo y compañía que su orgullo ermitaño le permitía.

—Habéis tenido una pesadilla, venid a calentaros cerca del fuego y os sentiréis mejor —dije. Vega se acercó sin hablar—. ¿Soñabais con la guerra?

—La guerra no es un sueño. Una pesadilla termina cuando te despiertas, la guerra no termina nunca.

—¿Por qué dejasteis el tercio? —pregunté.

Lanzó un largo suspiro. Como por arte de magia, conjuró una botella de vino medio vacía a la que le dio un largo beso.

—Fue durante el sitio de Ostende, cuando atacamos el reducto de la Cortina, una de las tantas plazas fuertes desde las cuales nos hostigaban los holandeses. Si la conquistábamos, podríamos nosotros cañonearlos hasta convertir la ciudad en polvo. La batalla fue sin cuartel, como todas las de aquella campaña maldita. Mandamos a cientos de herejes al infierno o a donde sea que vayan los protestantes al morir. Cuando finalmente penetramos en el reducto, pasamos a todos a degüello, incluso a aquellos soldados que se rendían. Nos desquitábamos de la furia de meses, de las soldadas impagas, del barro

y el frío, de la falta de comida y de los camaradas muertos.

”Para nuestra sorpresa —continuó—, el baluarte contenía civiles: mujeres, niños y ancianos que se habían refugiado allí, pensando que en el reducto fortificado estarían más seguros que en la ciudad. Los soldados enardecidos los masacraron a todos. Cuando entré al cobertizo en el cual se habían apiñado los civiles, vi a un niño con la cara destruida por un mazazo y a una anciana que reptaba moribunda dejando un rastro de sangre en el piso. Junto a la puerta vi a una madre y su bebé atravesados por la misma lanza. Los ojos de la madre, abiertos en un rictus de pánico e incomprensión, me miraban azules y fríos.

Respiró hondo antes de seguir el relato.

—Tal como el borracho que recupera de golpe su lucidez, comprendí lo que habíamos hecho. Comprendí que no había ni gloria ni honor en aquella guerra. No era ni Lepanto ni las Cruzadas, era una carnicería sin sentido. Mientras miraba la pila de mujeres, niños y ancianos sin vida, la habitación comenzó a dar vueltas. Solté mi espada y caí de rodillas. Vomité una y otra vez hasta que no quedó en mi estómago más que una bilis amarilla y hedionda.

Hizo otra pausa antes de seguir. Yo luché por contener la oleada de repulsión que me provocaban esas imágenes.

—He visto cientos de muertos. He matado docenas de hombres sin sentir el menor remordimiento, pero los ojos de esa mujer no me dejan en paz ni de noche ni de día. Desde que tengo tu edad vivo por la espada, soy tan *hideputa* como el que más, pero siempre me creí un *hideputa* con honor. Aquel día todo lo que me parecía honorable dejó de serlo. De pronto en la profesión de soldado no había ni gloria ni aventura ni honra. Solo horror y pesadillas. La batalla continuó y yo seguí peleando sin furia ni temor, con la secreta esperanza de que un sablazo me diera una muerte honorable. Spínola demolió la ciudad hasta que no quedó ni una casa en pie. Los defensores se rindieron y finalmente fue nuestra. La victoria fue inútil. Estratégicamente no había más necesidad de Ostende. Aquella batalla sin sentido se llevó cien mil vidas. Almas perdidas por defender la vanidad de nuestros gobernantes y conquistar unas ruinas humeantes que no servían para nada. Cuando se formalizó la rendición pedí la baja de los tercios.

Dio otro largo trago con los párpados crispados. Luego miró la botella vacía con desilusión y la arrojó al fuego.

Ambos nos quedamos observando el fuego en silencio. No había nada que yo pudiera decir y no había nada más que Vega quisiera agregar. Al cabo de unos minutos, el silencio se volvió incómodo y

denso.

—Debiéramos tratar de dormir —dije—, nos espera una larga jornada.

Recorrimos aquellas comarcas por las que Cervantes había hecho transitar al Quijote. Arenas de San Juan, Consuegra, Puerto Lapices y Madridejos. Vimos aquellos paisajes manchegos con molinos de viento custodiando mesetas en las que el sol refulgía impiadoso. Vimos cerros bajos y ondulaciones tapizadas de un verde apagado y oscuro. Vimos cauces secos y viñedos marchitos, vimos caseríos, ventas y posadas en las cuales paraban comerciantes que llevaban sedas a Murcia y especias a Barcelona. Vimos a lo lejos las estribaciones de las sierras de Toledo y nubes perezosas que manchaban con timidez el inmaculado cielo de Castilla. Vimos espacios que parecían no acabar nunca y tragamos por bocas y narices el polvo fino del camino tedioso.

Tuvimos que soportar largas imprecaciones de Vega contra Cervantes, charlatán, ladrón de ideas, chupatintas, judío —"Sin ánimo de ofender, Juan"—, cobarde y borracho. Probablemente nada de aquello era cierto, pero Vega, siempre desafiante y díscolo, sentía una obligación casi dogmática de distanciarse de la adoración universal que recibía el recién muerto "príncipe de los ingenios".

La mayor parte del tiempo, no obstante, la pasábamos en silencio, yo leyendo y el resto dormitando. Si bien Vega se burlaba de mi afición por los textos, él también tomaba prestados algunos de mis libros y los leía con una rapidez asombrosa.

En algunas escalas me albergaba con familias portuguesas amigas y, para beneplácito de mis compañeros de viaje, volvía de aquellas visitas con sacos de vituallas frescas que compartíamos. En una de aquellas paradas, no obstante, tuve una experiencia extraña. Un hombre de la edad de mi padre, de nombre Pereyra, me abrió la puerta y cuando le dije quién era expresó que no quería recibirme.

—Yo sé quién es tu padre y no quiero nada suyo en mi casa —afirmó con gesto inexpresivo.

Lo miré sin entender, en mi viaje me había cansado de escuchar las loas a mi padre. Me pregunté si en los códigos de Vega la situación ameritaría desenvainar para defender el honor familiar, pero el hombre no había insultado ni dicho nada específico.

—Pregúntale a él —dijo con tono más amargo que burlón—, él te dirá por qué. Y de paso dile que hay cosas que el tiempo no cura y otras tantas que la gente no perdona.

Tomé aquellas palabras como el desvarío de un anciano y me aproné a pasar otra noche con Vega. Aunque muchas veces disfrutaba de la hospitalidad de familiares y amigos no me importaba compartir posadas o a la vera de un fogón con Vega. Había comenzado a disfrutar su huraña compañía. La mayor parte del tiempo, cuando compartíamos posadas, yacía en un jergón con el sombrero de ala ancha tapándole la cara y la mano en el pomo de la espada, pero cuando el aguardiente le soltaba la lengua se libraba a largas peroratas que me abrían mundos desconocidos de mujeres, soldados, maleantes y buscavidas. No me molestaba ser para él una mezcla de escudero, confesor y aprendiz.

El paisaje se fue haciendo más verde y la tierra más fértil. Llegamos a la bella ciudad de Ocaña, con sus iglesias de estilo italiano y su cuidada Plaza Mayor. Allí también había vivido Isabel la Católica y la villa se aferraba a esa gloria exigua como si fuese una garantía eterna de nobleza. Luego de Ocaña, el Tajo comenzó a insinuarse tras las sierras y empecé a presentir la fase final de aquel viaje. A la altura de Aranjuez, entre barrancos y acantilados amenazadores, cruzamos aquel río majestuoso que parte a España en dos. Otro río, otra frontera. A pocas leguas de allí se encontraba Madrid, la capital del imperio. El centro de dos mundos que yo adivinaba magnífico y opulento.

MADRID, 1630

Aquella Madrid no era la hermosa y sublime ciudad que me había imaginado. Era un hervidero de bellaquería y mendicidad, un enjambre de malvivientes de toda laya y una aglomeración de personajes advenedizos que vivían de la corte sin hacer absolutamente nada.

La ciudad olía a bosta y a chiquero, y fuera de las alamedas bien tenidas para beneficio de la corte y los allegados al rey, el aire estaba viciado de humo y excrementos. Nadie respetaba las ordenanzas de evacuar las bacinas por la noche, e incluso cuando lo hacían la limpieza de las calles era tan deficiente que en muchos lugares se caminaba con mierda hasta los tobillos. Muchos llevaban rebaños de cabras y ovejas por las calles estrechas de la ciudad y otros tantos criaban cerdos en patios y casas de pisos.

A pesar de todo, Madrid era un fascinante caldero de intrigas y acción, de conspiraciones e insidia que involucraban a los hombres más poderosos y más patéticos del mundo conocido. Además de ser la capital del vicio y la disipación, era un centro único de letras, de arte y de piedad. Desde que Felipe III había transferido la corte desde Valladolid, había pasado de ser una amodorrada aldea a una bulliciosa metrópolis de ochenta mil almas.

No resistí la tentación de pasar unos días en la capital en vez de continuar viaje directo a Alcalá.

La diligencia nos llevó por la calle de Toledo hasta las estribaciones de la Plaza Mayor. Aquella enorme explanada cuya construcción había finalizado hacía unos pocos años servía de mercado, de mentidero, de centro de fiestas reales y autos de fe. Se decía que podía contener cincuenta mil personas y todas parecían estar allí aquella mañana, formando una chusma colorida y vociferante.

Vega era probablemente el compañero ideal para visitar Madrid. Conocía cada calle, cada garito, cada posada y, naturalmente, cada

mancebía. Por sobre todo, conocía las mil y una trampas que acechaban a los incautos como yo en aquel Madrid de oropeles y miseria. Yo sabía que también él quería pasar algunos días más conmigo, pero su orgullo jamás le permitiría decírmelo. Se lo puse fácil, le ofrecí servirle de paje diciéndole que no estaría bien visto que un hidalgo de su abolengo y jerarquía se paseara por las calles de Madrid sin un servidor. Aquello pareció convencerlo, o tal vez fue el hecho de que le ofrecí sufragar los gastos de ambos durante mi estancia.

—Venga —dijo—, tengo negocios que atender en la plaza de los Herradores, pero haremos un par de paradas antes de ello.

Comenzó a caminar y se detuvo en una esquina a orinar. En Madrid pocos se molestaban en buscar un retrete y casi todos meaban en algún rincón, incluidas las esquinas de las iglesias. Los párrocos, desesperados, colocaban crucifijos en las paredes propensas al desahogo y pegaban carteles que decían: “Donde está la Cruz no se orina”. Vega rio al leer aquel cartel, tomó del piso un pedazo de carbón y escribió: “No se ponen cruces donde se orina”. Años más tarde leí que aquella ocurrencia se la había adjudicado don Francisco de Quevedo, a quien veríamos frecuentando antros de poca monta y haciendo honor al apodo de “Quebebo” con el que su rival Góngora lo había bautizado.

Transitamos calles en las que alternaban construcciones ostentosas con casas de ladrillo y adobe que parecían a punto de venirse abajo. Debíamos andar con cuidado de no sumergir el pie en algún cagajón de caballo o en los riachos de inmundicias varias que se juntaban en el centro de las calles sin empedrar. Mientras caminaba por aquellos senderos tan fascinantes como amenazadores palpé el facón del tío Manuel, aún cuidadosamente atado a mi cintura. Pensé en cuán lejos me hallaba de mi familia y cuánto disfrutaba aquella independencia que tanto me había asustado solo unos días antes. Tenía varios portugueses para visitar en Madrid, según la lista que me había hecho mi madre, pero decidí no ir a verlos a menos que los necesitara.

Nos detuvimos en lo que Vega llamaba su hogar: un piso en un edificio de ladrillo rojo que parecía mitad destruido y mitad en construcción. En su casa, no obstante la miseria circundante, había algunos libros cuidadosamente apilados entre los que apercibí algunas obras de Lope, de santo Tomás y un misal que parecía de los primeros que se habían impreso en España.

De allí nos fuimos al mentidero de San Felipe, porque Vega quería escuchar las novedades y saber lo que había acaecido en la capital

durante su prolongada ausencia. Al llegar vi uno de los espectáculos más impresionantes de España.

Sobre las losas de San Felipe se congregaba toda la fauna de aquella España picaresca y arribista. Era una gran tertulia en la que había soldados viejos con cara de fieros que se paraban con las piernas abiertas y se peinaban el mostacho a la espera de algún encargo, había esportilleros y recaderos de toda laya, había aplaudidores, valientes de mentira, embaucadores y fabricantes de embustes que cubrían sus harapos con luengas capas. Había capeadores y salteadores, amantes de lo ajeno, rufianes de acero fácil y comediantes que hacían valer su ingenio por dos cuartos. Había caballeros de la tuna, como se llamaba a aquellos estudiantes que no hacían más que beber y juerguear. Había alcahuetes, buhoneros, titiriteros, fulleros, pregoneros y esbirros. Había aguadores y cocheros que usaban su oficio como tapadera de delitos varios, ciegos que cantaban jácaras y mendigos de a miles que pedían contando historias de sufrimientos y afanes improbables. Había tullidos reales y fingidos y gentes de todo sexo y edad que paseaban sus deformidades pidiendo compasión y monedas. Me llamó la atención que muchos mendigos no pedían sino exigían, como solo un español puede hacerlo, clamando a viva voz sus fueros y sus desgracias. En fin, era aquel un lugar frecuentado por nobles y villanos igualados en su deseo de saber las últimas noticias, desde las murmuraciones sobre las recientes aventuras putañeras del rey hasta las conspiraciones más variadas.

Vega se movía como un pez en el agua en esa marea de gentes viles. Llevaba su capa al costado, cosa de que se viera en todo momento su tahalí con la toledana lista y la pistola cargada. Daba palmadas a unos y se tocaba el sombrero para saludar a otros. Al cabo de un rato sonaron las campanas; los hombres se descubrieron y comenzaron a dispersarse.

—Ven, Juan, marchémonos antes que la concurrencia ralee demasiado.

La asamblea de personajes no era más delicada en la plaza de los Herradores. Vega me explicó que era uno de los puntos donde se congregaba el hampa madrileña y en donde se escondían muchos garitos y casas de juego clandestinas.

Nos sentamos en el mesón de la Herradura, situado, si mal no recuerdo, en la calle Montera y regenteado por un tipo de temer con el que, según Vega, no se jodía. Teóricamente en los mesones no se podía servir vino, pero pocas normas eran tan poco respetadas como aquella. Nos sirvieron unas empanadas de pescado aderezadas

violentamente para ocultar que las merluzas hacía tiempo habían comenzado su vida de ultratumba. También había hígados fritos y callos que se veían mal y olían peor. El vino lo servían de una jarra cubierta por un plato en el cual habían depositado unas garrapiñadas y unos trozos de carnero asado. Vega me explicó que a esos platitos los llamaban *tapas* y que ayudaban a que no se bebiera con el estómago vacío.

Juan Rana, el dueño de la taberna, se nos acercó.

—Don Fernando, es un placer saber que no estáis en la gurapa.

Vega se encogió de hombros.

—No, vive Cristo que los alguaciles me han hecho la vida fácil últimamente.

—¿Y este? —preguntó Rana señalándome sin mirarme.

—Es mi paje. Se llama Juan de Prado. Un muchacho a quien, por pedido de su padre, entreno en las artes de la espada.

Yo hundí la vista en la mesa manchada de vino y grasa. Rana miró a Vega y pareció dudar un instante.

—El coimero de la casa de conversación del César necesita de unos servicios que vos podríais prestarle.

Coimero se llamaba a los que regenteaban las casas de juegos y los "servicios" que podían necesitar eran de aquellos que se prestaban con acero.

—Un lindo le debe una montaña de maravedíes y se hace el orate —dijo Rana.

—¿Y desde cuándo los coimeros necesitan ayuda para hacer fiambre a un deudor? —preguntó Vega oliendo trampa.

—El susodicho es un hombre de cierta jerarquía y el coimero no quiere verse envuelto en violencias con uno que tiene amigos en lugares importantes —respondió.

—Entonces envía a un majadero como yo a terminar montando el potro —dijo Vega.

—Puede ser —concedió—, pero paga bien, y si solventáis el asunto con buen oficio no creo que haya riesgo.

—Iré a verlo —concluyó Vega.

Una vez que estuvimos afuera miré a Vega con curiosidad.

—¿Casa de conversación? —pregunté.

—Así llaman a los garitos de cierta categoría. Se conversa, pero sobre todo se juega, y se juega fuerte. Se juega al quince, a las treinta y una, a las quínolas, al parar en sus muchas variantes —adivinando un reproche en mi semblante me espetó—: No me mires con esa cara. En Madrid juegan todos y más vale que aprendas todo sobre el juego

si no quieres encontrarte algún día sin dinero y sin aliento. No podrás negarte a jugar entre estudiantes.

—¿Todo eso es legal? —pregunté con ingenuidad.

—¡Ja! ¿Legal? Pues su majestad quiere borrar con el codo lo que escribe con la mano. Por un lado, trata de prohibir el juego, pero es la Corona quien otorga las licencias a los garitos y quien posee el estanco de las cartas. ¿Sabes cómo llaman a los naipes? "Libro impreso por su majestad". Dicen que el juego les deja cincuenta mil ducados al año a las arcas de Felipe.

La casa de conversación de César era una de las más famosas de Madrid. El coimero no quería escándalos ni invitar la venganza de alguien importante. Pero tampoco podía dejar que alguien, por más hidalgo que fuera, no pagase sus deudas. No era solo una cuestión de honra, si el incumplimiento permanecía impune sentaría un peligroso precedente. Lo que el garitero quería era que Vega fingiera una pelea con el hombre y lo enviara por la posta durante la riña. Todos sabrían que el asunto había sido armado, pero nadie podría acusar al coimero. La paga era más que decente.

—El hombre viene todas las tardes —le comentó—. Lo reconoceréis por sus jubones verdes y su capa bordada.

Tal como dijo el coimero, al poco tiempo el jugador moroso llegó y se sentó en una mesa con otros hombres. Jugaban sin siquiera levantarse a orinar, unos mozos venían y les traían las bacinas hasta la mesa.

—Quédate aquí y no te acerques cuando se arme el jaleo —murmuró Vega.

Se sentó a la mesa y comenzó a participar de la partida. Era buen jugador y el lindo pronto comenzó a perder grandes cantidades de dinero prestado. La tensión montaba y los improperios comenzaron a subir de tono. El choque de aceros era solo cuestión de tiempo. Ante un *vuase* del lindo, Vega lo apuró.

—Hablad con más precaución frente a un hidalgo —dijo.

El lindo, que también había bebido cantidades obscenas de vino, mordió el anzuelo y parafraseó a Quevedo:

—¿Hidalgo? Seguro sois "hi" de algo, pero seguro no "hidalgo".

Era todo lo que hacía falta. Vega desenvainó e invitó al hombre a batirse en la calle. Lo que pasó a continuación no estaba en los planes. Tres hombres se le echaron encima, desnudas y relucientes las toledanas. Al parecer el lindo tenía amigos. La pelea que se armó fue apoteósica y distó muchísimo del discreto trance que preveía el

coimero. Vega ensartó con su espada a uno de los atacantes que cayó de rodillas entre blasfemias e invocaciones. Otros parroquianos, en especial aquellos que iban perdiendo, aprovecharon el revuelo para patear las mesas y sumarse a la pelea. Nadie había respetado la orden de dejar las armas afuera del garito. El lindo recibió un tajo en plena cara y trató de salir corriendo. Hasta yo desenvainé el facón y me sumé al desbarajuste. Vega, entre estocada y estocada, me gritó:

—Joder, Juan, te dije que no te acerques.

—Necesitáis ayuda —respondí.

—No de un niño muerto —me dijo entre el *clac clac* de los aceros.

Las lecciones de Tomé me resultaron útiles. No recuerdo mucho de la pelea en sí, y, aunque estoy seguro de que no acuchillé a nadie, creo haberme conducido con honor. Cuando Vega ya estaba contra la pared y sin grandes esperanzas de salir entero alguien gritó: "¡La gura!", y a los pocos segundos aparecieron los corchetes. Los que pudieron salieron corriendo por la puerta de atrás, que todos los garitos que se precien reservaban para aquellas ocasiones. Otros, entre los que nos contábamos, fuimos arrestados por los alguaciles que nos llevaron a la vieja cárcel de la corte.

Así pasé mi primera noche en la capital, en el saladero entre truhanes, asesinos y deudores. Fue entonces que pensé en lo cómodo que podría estar en la casa de algún pariente, comiéndome unos panes mojados con vino y azúcar y acostándome en un mullido colchón de plumas. Miré el anillo de *Caute* que me había dado fray Gaspar y, con los ojos húmedos, me maldije por ser tan imprudente.

Para pasar el rato, Vega me enseñó algunos juegos de naipes que, según dijo, serían de gran utilidad en Alcalá. También procedió a brindarme una pormenorizada clasificación de los criminales que compartían la galera con nosotros. Indudablemente Vega tomaba en serio su papel de pedagogo de los bajos fondos.

—Están los salteadores que son aquellos que roban y matan en los caminos —explicó—, también los capeadores que roban capas, los estafadores que amenazan a los ricos a punta de daga, los grumetes que se valen de cuerdas y garfios para trepar a casas de pisos. No hay que olvidar a los apóstoles que —como san Pedro— van cargados de llaves que usan para abrir cerraduras ajenas, ni a los cigarreros que se llevan de un tijeretazo un pedazo de capa, ni a los cortabolsas, que ya imaginarás qué hacen. Están también los devotos, ladrones que roban imágenes de santos, los duendes que arrebatan subrepticiamente y los maletas, aquellos que se metían dentro de bultos y baúles para ganar

entrada en casas ajenas. Y los peores —dijo finalmente señalando a un par de reos de mal talante— son los dacianos, unos miserables que roban niños pequeños y, luego de romperles los brazos y las piernas, los desfiguran para poderlos vender a los mendigos.

Extrañamente, la larga enumeración me sosegó, como si se tratase de una canción de cuna del infierno. Escuchándola, me dormí sobre mi capa mientras Vega guardaba vela. A la mañana siguiente, y para mi enorme alivio, llegó de algún lugar la orden de liberarnos. Acompañé a Vega a la casa de César a cobrar su "encargo". El coimero solo entreabrió la puerta y nos miró con disgusto.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No me habéis causado ya suficientes problemas? —dijo.

—He venido a cobrar —informó Vega.

—¿Cobrar? Debéis estar bromeando. Después del jaleo que habéis armado sois vos quien me debe. ¿A eso llamáis resolver un problema discretamente?

—No me habéis avisado que el lindo traía cortejo, ni tampoco que los ibais a dejar entrar con los aceros calados en el cinto —se defendió Vega.

—Idos —dijo el coimero—, vos y vuestro marión. Y agradeced que no os degüelle.

Vega forzó la puerta con el cuerpo y de un solo movimiento sujetó al hombre contra la pared, su antebrazo presionándole el cuello y su vizcaína justo a la altura del corazón.

—Revísalo —me ordenó.

Atada en su tahalí había una bolsa con doblones cuyo contenido Vega examinó sin sacarle los ojos de encima al aterrorizado garitero.

—Nos llevamos esto, que es lo que nos corresponde —avisó Vega —, y dad gracias de que no os meto un palmo de acero en el corazón por la ofensa.

—Ahora vamos a comer algo —me dijo Vega no bien estuvimos en la calle.

Nos sentamos, con nuestro recién habido tesoro, en un mesón de cierta categoría y comimos duro y parejo a pesar de lo temprano de la hora.

La comida aplacó un poco mis nervios. En las últimas horas había visto más violencia que en toda mi vida previa y el vértigo de las sensaciones fuertes se me acumulaba en la boca del estómago.

Vega, entretanto, de manera poco característica se cubrió un eructo con el puño y esbozó una gran sonrisa no exenta de maldad.

—Mi querido doctor Prado, después de moquear como una señorita

en la galera, es hora de haceros sentir como un hombre. Es hora de que descubráis una de las principales atracciones de la capital.

Luego de un paso por lo del barbero, que lavó y acicaló a Vega además de afeitarlo y recortar su mostacho, caminamos por el Prado hasta el barrio de Lavapiés. En la calle del Amor de Dios penetramos una reja que se abría a un patio interno de ventanas cubiertas de espesas cortinas rojas. No había señales externas, pero me di cuenta enseguida de que se trataba de una mancebía. Vega me palmeó el hombro.

—No creo que haya casas como estas en Lopera; aquí en Madrid ¡hay más de ochocientas!, así que si quieres conocer la vida de la capital, este es un paso obligado y por demás placentero.

Sentí más susto que excitación, hacía solo unos días que había dejado un mundo en el cual el pecado era tomado en serio, y el amor carnal algo de lo cual no se hablaba. La intensidad y el secreto de mi encuentro con Isabel no habían hecho nada para cambiar aquella sensación.

La Madre, como se llamaba a la tusona que regenteaba el lugar, reconoció a Vega y lo besó en ambas mejillas. El mobiliario se adivinaba parco y viejo por entre las volutas de humo y los vahos de perfume, sexo y alcohol.

—¿Nos has extrañado, alazán? —preguntó la mujer—. ¡Aquí todas esperábamos tu regreso! ¿Quieres a la Rocío, como siempre? ¡Tenemos unas nuevas bellezas que te encantarán!

—Rocío —dijo Vega.

—¿Y para tu pequeño compañero? —mientras hacía la pregunta, la mujer llevó una mano a mi entrepierna. A pesar del sobresalto, mi miembro se endureció—. Veo que tan pequeño no es. ¡Y es bien guapo!

Con la otra mano me acarició el pelo con una sonrisa aceitosa.

—Tráele algo especial, es su primera vez en uno de estos establecimientos y quiero que se lleve una buena memoria —pidió Vega.

—Tengo algo que no olvidará.

Unas escaleras daban a un segundo piso en galería, en la que adiviné habitaciones oscuras con colchones gastados. La que llamaban Rocío bajó despacio, clavando sus ojos color miel en las pupilas de Vega. A los pocos instantes desaparecieron en la penumbra de la galería.

—Ven —dijo la Madre—. Te presentaré a Milagros.

Milagros debía de tener mi edad y su cabello le caía en una cascada

de oro sobre los hombros. Me recordó a Carmen y eso me clavó un estilete de dolor en el pecho. Con dulzura no fingida me preguntó qué me gustaría hacer.

—¿Te gusta hacerlo a la manera de los turcos?

—No —respondí, sin saber a qué se refería—. Me gusta la forma normal.

Mostró una experta sonrisa que aún tenía mucho de infantil. La miré con deseo. Era bellísima y no tenía el aire de trapo usado con el que había imaginado a las prostitutas. Más tarde sabría que era la hija de un soldado alemán que había luchado al servicio del rey y que, como tantos otros, había venido a Madrid a buscar fortuna, pero encontró solo miseria. Su bella hija era su única fuente de ingresos, y desde su primer sangrado la entregó como pupila de la mancebía. Al poco tiempo el hombre murió, pero para entonces la niña ya era prisionera de aquel engranaje sin escapatoria que era la industria del placer. Cuando hombres que se consideran decentes usan prostitutas, se justifican diciendo que aquella puta en particular que los atiende a ellos gusta de su trabajo, que lo hace por libre elección. También se dicen que debe ser horrible para ellas fornicar con otros hombres más feos, tullidos, sucios o viejos, pero que ellos son "los mejores clientes que una puta puede tener". Hasta creen que "no lo hacen con cualquiera sino con aquellos que les gustan". En aquella primera visita yo creía aún todas aquellas sandeces. No podía concebir que aquella delicada belleza que tenía frente a mí ya había tragado el semen de seis vergas en lo que iba del día.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, pero al segundo pareció retractarse—. Claro que no tienes que responder. Yo te pondré un nombre. Te llamaré Felipe, como nuestro rey, ya que eres joven y simpático como él.

—Me llamo Juan.

—Felipillo, el verdadero placer de venir a esta casa es que aquí no se responden preguntas. No tienes que decir la verdad, no tienes que decir nada. Aquí puedes ser quien quieras, aquí nadie te juzga ni se preocupa por saber de dónde vienes. Aquí no hay honra ni vergüenza, aquí solo hay placer.

—Mientras pague… —dije con algo de cinismo.

Sonrió, era difícil ofender a una puta, aun a una tan joven. Me acarició.

—Eres de veras bello, Felipe, tendrás chicas a tus pies sin tener que pagar. Pero no se viene aquí a comprar amor, se viene a comprar libertad.

Siguió acariciándome con sus manos pequeñas como gotas de lluvia.

—¿Quieres tocarme? —preguntó.

Sin esperar respuesta tomó mi mano y la puso sobre sus pechos pequeños y erguidos. Yo la saqué de allí y acaricié sus cabellos y su cara de finos rasgos, tal como hubiese hecho con Carmen. Me miró fijo y fueron aquellos ojos glaucos, ligeramente caídos, los que me hicieron arder de lujuria. Volvió a tomar mi mano y la llevó a su sexo; me sorprendió que careciera totalmente de vello. Ella sonrió.

—Nunca has estado con una como yo… Todas nos depilamos.

La piel era tersa y suave, aunque la falta de pelo me confundía.

—¿Te gusta que te toque? —pregunté.

—A mí me gusta lo que a ti te gusta —dijo.

—Es que no sé aún lo que me gusta —confesé con total franqueza.

—Pues trataremos de averiguarlo.

Me desvistió y trajo una bacina de agua con la que procedió a lavar mi miembro con primorosa atención. No tenía aquella destreza que descubriría más tarde en otras mujeres más maduras, pero su ligera torpeza me excitaba aún más. El lavado se convirtió en un ejercicio erótico y no pude contener una eyaculación que le manchó la mano y la cara. Se sonrió mientras se limpiaba y yo me ruboricé avergonzado.

—No te preocupes —dijo—, tenemos tiempo.

Pasó unos minutos acariciándome y luego procedió a despertar a mi verga con pequeños besos y sutiles toques de la lengua. Hicimos el amor, esta vez sin prisa ni urgencia hasta que quedé exhausto de placer. Probamos, exploramos, inventamos. Pasamos largas horas estirando límites y descubriendo sentires ocultos. Ella pareció disfrutar del encuentro también, lanzando gemidos y gritos que nunca había escuchado y que me erizaban la piel. No se me cruzó la idea de que pudiera estar fingiendo su éxtasis y me sentí el hombre más hombre del mundo por hacer gritar así a una mujer ante cada embate de mi sexo.

Cuando Vega y yo dejamos la mancebía el sol había empezado a caer. Ambos estábamos hambrientos y caminamos hacia un bodegón de puntapié entre sombras que se alargaban y velas que se encendían. Vega me puso la mano en el hombro y no me preguntó nada. No hacía falta. Comimos en silencio, solo interrumpidos por los respetuosos toques del sombrero que Vega dirigía a los otros comensales. Al cabo de un rato él habló:

—Estás silencioso, doctor, ¿qué pasa? ¿Acaso la experiencia no fue de tu agrado?

No contesté, revolví con la cuchara el guiso de ternera y pregunté:

—¿Habéis estado alguna vez enamorado?

Lo sorprendió una risotada con comida en la boca y lanzó una lluviecita de migas. Cuando se calmó, su semblante se volvió comprensivo, hasta tierno.

—Ay, mi querido doctor… Todos alguna vez sentimos que nos enamoramos de una puta. No te preocupes, se te pasará. Piensa que esa chica, Mercedes…

—Milagros —corregí.

—Milagros debe estar ahora haciendo con otro lo mismo que hizo contigo.

Aquella idea me dio ganas de llorar.

Me sentí estúpido por haber preguntado pero contraataqué.

—Os pregunté por vos, no por mí.

Ahora Vega se volvió un punto más adusto y el permanente dejo de tristeza de sus ojos se acentuó un poco.

—La gente como yo se enamora una sola vez. A mí me ha pasado, pero fue hace mucho tiempo.

—¿Y qué pasó?

—El amor y la guerra no van juntos.

Se calzó aquella expresión para mí ya conocida que informaba que ya no iba a hablar más y yo no insistí. El tiempo había desarrollado duros callos en su corazón, pero había aún costados tiernos y rincones frágiles.

—Mira, Juan —dijo—, hasta que dejes Alcalá te enamorarás y desenamorarás cien veces. No le des demasiada importancia. El amor es más potente como idea que como realidad.

Al día siguiente acompañé a Vega a dos de sus “encargos”. Ambos trabajos eran testimonios de aquella vida picaresca y disipada que se vivía en aquellos años.

El primer encargo tenía que ver con examinar a un marido. Muchas busconas, para darse una pátina de respetabilidad y una cierta protección legal, buscaban un marido que lo fuera solo en apariencia. Aquel matrimonio era una práctica necesaria pero peligrosa. Si el marido no se conformaba con el papel que se le asignaba podía volverse tiránico y demandar todo el provecho para sí. Era natural entonces que las mujeres quisieran cerciorarse y guardarse lo mejor posible de tales situaciones. La Madre de la mancebía buscaba un marido aquiescente para una de sus pupilas y le pidió a Vega que la ayudase. “Con tu experiencia en la vida eres la persona ideal para juzgar a los candidatos”, le dijo. Las entrevistas duraron varias horas y

se desarrollaron en una mesa regada por el sol de la mañana que entraba por las ventanas entreabiertas. El marido ideal terminó siendo un gallego feo como un susto a medianoche, duro de molleras y buenazo de espíritu.

Al segundo encargo procedimos luego de despachar unas gallinejas de dudoso origen pero sabor exquisito en el mesón de Paredes. Se trataba de un asunto delicado, gestionado por Juan Rana. Un aristócrata había descubierto a su hija en brazos de un joven pícaro que la había seducido con vaya uno a saber qué cuentos. El pícaro se había protegido haciéndole firmar a la chica una "escritura de entrega de la honra", en la cual, ante notario, ella decía entregar la honra *motu proprio* y no mediando presión, pago o promesa alguna. No teniendo acción posible contra aquel hombre, el noble —naturalmente luego de moler a golpes a su hija— quería contratar los servicios de una zurcidora de honras para poder aún casar a su hija como doncella. Las remendadoras de doncellajes desgarros, que en muchos casos también practicaban abortos, tenían un negocio clandestino pero floreciente y se jactaban de poder reconvertir en vírgenes a las fregonas más rodadas de la ciudad. Claro que todo aquel tema debía ser manejado con suma discreción y ahí es donde entraba Vega. Él debía guardar todo aquello en secreto y ocuparse de que todos los interesados cumplieran escrupulosamente con sus respectivas partes en la transacción.

Mientras Vega se ocupaba del encargo, aproveché para visitar un poco la ciudad deteniéndome cada tanto a mirar la gente pasar y los carruajes detenerse en la Puerta del Sol mientras comía garrapiñadas de un cucurucho de papel, enamorándome, casi sin quererlo, del fragor de la ciudad. Encontraba un extraño sosiego en saberme anónimo, dentro de aquel trajín de ambiciones y vanidades en el que nadie me prestaba atención. En ese paseo, al mirar los carros alejarse por la calle de Alcalá supe que yo también debía marcharme y otra estocada de miedo me atravesó el pecho. Gracias a Vega había conocido la España verdadera, aquella que debería enfrentar en mi nueva vida, lejos ya de la cálida protección de mi familia. Pero ahora debía enfrentarme solo a aquel mundo despiadado que acababa de conocer. Hoy muchos me llaman pícaro y probablemente tengan razón. Fue en aquel viaje que viví por primera vez el gusto por aquella vida sin cuidado y sin gobierno, únicamente regida por el placer y un turbio sentido del honor. Una vida en la que solo importaba el hoy, sin recelos, envidias ni sospechas.

La despedida de Vega tuvo lugar en la Puerta del Sol, desde allí

una nueva diligencia me llevaría a Alcalá junto a otros estudiantes. No hubo efusiones de afecto, solo un viril apretón de manos.

—Cuídate, Juan, aún tienes mucho que aprender.

Asentí con una sonrisa que pareció hacerlo dudar. Sus ojos verdes se me antojaron más oscuros y sombríos, como el vidrio de una botella de vino a medio consumir.

—Todo esto —dijo, haciendo un arco con el brazo en dirección de la ajetreada plaza—, todo este bullicio es nada. Son solo vidas vacías que corren en pos del viento. No caigas en la tentación de tener una existencia inútil. Estudia y sé alguien. Vive para algo, vive para alguien. Tu anillo —dijo señalando a la inscripción de *Caute*—, hazle caso.

Cuando me subí al carruaje me miró y se tocó el sombrero con un gesto de respeto que me honró.

—Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

Se volvió y se echó la capa hacia atrás, como solía hacer dejando ver el pomo de la espada y el tahalí cargado de acero. Luego caminó con paso decidido y se perdió en aquella multitud de gentes sin nombre que se movían sin rumbo.

ALCALÁ DE HENARES, 1628

—¿Tenéis la menor idea de dónde estáis?

La pregunta me pareció ridícula.

—Pues claro —dije—, en vuestro despacho.

El doctor Pedro Caballero me miró con un desdén rotundo y deliberado.

—Repetiré la pregunta una vez más: ¿sabéis dónde estáis?

Viendo que yo no respondía, exhaló exageradamente y comenzó a pasearse por la oficina recubierta de paneles de madera labrada y cuadros de motivos religiosos.

El doctor Pedro Caballero era un hombre de mediana estatura, de rostro totalmente afeitado y nariz recta. Su piel tenía un desconcertante color de ceniza y los labios finos le daban un aire severo, casi malvado. Los arcos negros bajo los ojos fríos delataban largas horas de lectura a la luz pálida de las velas.

—Os lo diré yo mismo, ya que parecéis tan duro de entendederas. Estáis en la Universidad Complutense de Alcalá, en los mismos recintos que construyó el cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, en los mismos caminos que pisaron hombres santos y doctos como san Ignacio de Loyola, santo Tomás de Villanueva y Antonio de Nebrija. Estáis en las aulas que albergaron a luminarias que aún adornan las artes de España y el mundo entero como don Francisco de Quevedo, Lope de Vega y hasta el cardenal Mazarino.

Hablaba moviéndose lentamente por la habitación con las manos tomadas detrás de la cintura.

—¿Creéis acaso que tenéis algún derecho de estar aquí? ¿Creéis que os merecéis estudiar en los mismos claustros en donde se formaron aquellos grandes hombres?

—Espero ganarme ese honor —respondí.

—¡¿Esperáis?! Vamos a tener que aclarar algunas cosas —dijo con tono belicoso y luego continuó—: Vos estáis aquí, señor Prado, por la deferencia que le debo a vuestro maestro, fray Gaspar de la Cruz, pero

no os permitiré mancillar esta casa con lasitud. Vuestro rendimiento deberá ser excepcional, o yo mismo veré que salgáis disparado de Alcalá. Demandaré de vos más que de otros estudiantes hasta que demostréis que es cierto lo que fray Gaspar dijo de vos.

—Podéis estar seguro de que así lo hare, doctor —dije, tratando de dominar el temblor de mi voz. Había anticipado la severidad del director, pero no el desprecio que me prodigaba.

—Más os vale —dijo.

—¿Quién será mi director de estudios? —pregunté, tratando de que la discusión migrara hacia temas más prácticos.

—Seré yo mismo —afirmó—, así os podré controlar de cerca.

Tragué saliva y maldije mi suerte en silencio.

—Será un gran honor, doctor.

—Ahora id a acomodaros, mañana os examinaré y veremos el curso que seguiréis. Os sugiero que os preparéis. Adiós.

Salí del despacho con pasos cortos. No quería alejarme rápido para que no se notara el temor que sentía frente a la hostilidad del director. Tal vez era solo una estratagema para domar a los alumnos neófitos o tal vez sabía algo de mis orígenes abyectos, pero su enemistad había logrado asustarme. No bien salí, entró al despacho el rector, don Juan de Escobar. No resistí la tentación de espiar la conversación pensando que podría tratarse de mí. La ventana del despacho daba al claustro y desde allí podía ver y escuchar sin ser visto.

Don Juan de Escobar tomó el pesado cuaderno en el cual se había registrado mi inscripción a la universidad.

—Loperensis —leyó con sorna—, dice haber nacido en Lopera… interesante… ¿No percibís algo de *faetor judaeorum*?

—No lo sé, tal vez haya algo de hedor judaico en el ambiente, pero viene bien recomendado —contestó Caballero—. ¿Creéis que viene de Portugal?

—No lo sé, y será casi imposible averiguarlo. En todo caso, no importa. Seréis extremadamente duro con él; si no resiste la presión y se marcha no nos lamentaremos —ordenó el rector—. Y estad bien atentos a cualquier signo de herejía. No quiero que ningún judío contamine el aire sacro de estos claustros.

En mi rincón, una aprehensión pesada y negra me encogió el corazón.

Mis temores, no obstante, no disminuyeron la fascinación que sentí al pisar la ciudad universitaria de Alcalá. Todo allí era para mí majestuoso. El edificio del colegio de San Ildefonso se alzaba

magnífico, con su frente que parecía un rico retablo labrado en la piedra. Sus suntuosas arcadas se alineaban prolijas e infinitas y sus columnas rodeadas de estatuas flanqueaban las altas ventanas, enfatizando la solemnidad de sus aires góticos.

En el patio mayor del colegio, estudiantes se movían ajetreados y profesores se paseaban con docta parsimonia. Los tres niveles de balaustradas que encuadraban el patio eran escenarios de conversaciones sesudas y prolijos silogismos.

El cardenal Cisneros había diseñado la universidad de Alcalá como una *civitas Dei*, una ciudad de Dios, una urbe entera dedicada al saber y al espíritu. El cardenal quería crear los cuadros dirigentes de una cristiandad renovada, capaz de luchar contra el veneno de la Reforma y la herejía. Soñaba con un clero ilustrado y docto, capaz de imponerse a cualquier desafío religioso o intelectual. A mi llegada, había en la villa más de veinticinco colegios que formaban a más de tres mil estudiantes, la flor y nata del imperio. Estudiantes de toda Europa venían a aprender teología y medicina, y muchos —como me había dicho Vega— estudiaban leyes para convertirse en funcionarios públicos. La ciudad era un hervidero de saberes cargada de una energía que parecía inagotable.

Me contaba entre los estudiantes afortunados, cuyas familias podían pagar alguna de las “privilegiadas” residencias estudiantiles que se encontraban dentro del recinto universitario. Claro que lo de privilegiadas era algo a tomar con un grano de sal. Teníamos, eso sí, habitaciones individuales y unas criadas que limpiaban de mala gana una vez por semana. Los administradores de la casa también proveían, en teoría, dos comidas al día y se encargaban de lavar la ropa, las sábanas y las toallas con una regularidad algo enclenque.

Rápidamente, aquella habitación espaciosa de paredes desnudas se convirtió en mi lugar en el mundo. Sobre los anaqueles vacíos deposité mis libros y sobre el escritorio de madera ajada acomodé mis tinteros. Le confié el resto de mis magros enseres a un armario destartalado. Era la primera vez que vivía solo y eso me generaba una gran excitación. Casi de inmediato amé ese cuarto, sin saber aún que sería mi hogar durante nueve años.

Antes de prepararme para mi primera examinación con el doctor Caballero al día siguiente decidí ir a comer algo. Había gran cantidad de mesones, tabernas y posadas y me costaba decidirme. Caminé por los prolijos empedrados y llegué hasta la puerta de Madrid. Allí había una famosa posada llamada El Mesón del Diablo, que Cervantes había

mencionado en su *Don Quijote*. Era un tugurio mal iluminado y lleno de miasmas de alcohol y fritura. El lugar estaba medio vacío y me senté en una mesa bañada por un sol tibio y brumoso. La posadera me trajo un cocido de garbanzos y me lo sirvió de la forma tradicional, en tres vuelcos. En el primero dejó caer el caldo, luego los garbanzos y las verduras y finalmente un pedazo de tocino y fragmentos de embutidos. Más tarde conocería portugueses que comían aquel plato como signo de rebeldía, pues resulta que ese manjar tan típico hoy por hoy en hogares católicos no es sino una adaptación de la "adafina", aquel guiso que los judíos dejan cocinando desde el viernes a la noche y comen en *shabbat* para no violar la prohibición de cocer alimentos en el día santo. Es ese plato delicioso que los tudescos de Ámsterdam llaman *Tcholent*. Claro que, en España, para evitar cualquier sospecha, se reemplaza la ternera por tocino y el cordero por salchichas de cerdo. No alcancé a terminar mi plato cuando se me acercaron tres jóvenes con raídas sotanas de estudiantes. Sin que los invitara se sentaron a mi mesa y pidieron una botella de vino.

—Así que aquí tenemos un nuevecillo —comentó uno. Tenía un desagradable forúnculo abajo del labio inferior y al hablar emitía un aliento infecto, como si hubiese estado comiendo guiso de muerto.

—Por empezar, nos invitarás un trago —dijo otro, y se sirvió un vaso de vino que procedió a ultimar de un solo trago.

—¿No tenéis hambre? —preguntó el tercero mirando a sus compañeros—. Yo creo que también nos pagará una porción de este cocido.

Ya había imaginado que tendría que vérmelas con algún hostigamiento por parte de alumnos veteranos, aquello era parte de la vida de la universidad. Traté de que la voz me saliera fría y firme.

—Os quedaréis a comer conmigo y después os marcharéis.

—Te equivocas, nuevo —dijo el del mal aliento haciéndome fruncir la nariz—, el que se marchará serás tú, pero antes nos dejarás tu bolsa para que nos paguemos todo lo que queramos.

—Así es —confirmó uno de los otros dos secándose la boca con el dorso de la mano—, es tradición de Alcalá.

—Pues no respetaré tal tradición —respondí, mientras mi corazón se aceleraba. Sabía que si consentía a tal afrenta sería presa de bromas y chanzas por años. Pero también sabía que no tenía ninguna oportunidad de enfrentarme a esos tres grandulones.

La posadera salió de la cocina y miró con una cara que decía de forma inequívoca: "Id a arreglar vuestros problemas afuera o llamaré a la gura".

El del mal aliento me tomó del brazo y me llevó a empellones hasta la puerta. Una vez en la calle me empujó y caí al suelo. Otros estudiantes se habían congregado y habían formado un círculo alrededor nuestro, mientras gritaban rítmicamente "nuevo, nuevo".

Al caer al piso, el mango del facón, que aún llevaba encajado en las calzas, me golpeó la espalda. Mientras me tambaleaba, lo toqué con la mano. Con imprudencia suicida, saqué el cuchillo y con uno de aquellos movimientos rápidos que me había enseñado Tomé inmovilicé al más grandote de mis contrincantes tomándole el brazo detrás de la espalda y apretando el cuchillo contra su cuello. —Si te mueves, te abro la garganta —dije, tratando de ocultar el temblor de mi voz.

Los otros dos amagaron a moverse, pero se detuvieron cuando presioné la punta del facón contra la piel de su líder haciendo caer un fino hilillo de sangre.

—Un movimiento más y vuestro amigo se va por la posta —traté de imitar las frases que usaba Vega, pero en mí sonaban más ridículas que amenazantes. De todos modos, surtió efecto.

—Vaya, hombre, pues qué mal genio —dijo el líder, forzando una risita. Intentaba no moverse para no ahondar el corte que le había hecho en la papada—, ¡si no se trataba más que de chanzas de estudiantes!

Lentamente le solté el brazo y apoyé la punta del cuchillo entre dos de sus vértebras. Con la otra mano extraje dos monedas de mi bolsa.

—Ahora id a tomaros un trago a mi salud.

Los tres gandules dudaron por un instante y luego salieron corriendo en dirección a la calle Real. El de mal aliento gritó: "¡Bienvenido a Alcalá, nuevo!", y se perdió entre las arcadas de la calle.

Aquella demostración combinada de fuerza y generosidad tuvo un efecto inmediato. En el círculo de estudiantes se oyeron murmullos de aprobación y respeto.

Mientras el pequeño gentío se disolvía, me aferré al medallón de san Jorge con una mano que temblaba violentamente. Sentí un sudor frío en la espalda y pensé que me desvanecería. Me di cuenta de que probablemente la suerte me había salvado el pellejo. Aún no sabía que mi acto de locura me había convertido casi de inmediato en un estudiante popular y que, por un tiempo, nadie se atrevería a molestarme. Me senté en unos escalones de la plazuela y puse la cabeza entre las rodillas para recuperar la calma. Cuando levanté la vista vi a un joven desgarbado, de aspecto tierno y algo travieso.

Tenía una sonrisa diáfana y una corona de pelo rizado y prolijo. Se veía un poco mayor que yo, pero era algo más bajo.

—Hola, me llamo José Duarte Serrano —dijo y me tendió la mano.

—Juan de Prado.

—Ten cuidado —me advirtió—, la próxima vez puedes no tener tanta suerte.

Parecía contento de que alguien les hubiera enseñado una lección a aquellos granujas.

—Vamos a tomarnos un trago, lo necesitas.

José Duarte venía de Portugal. No lo dijo pero lo adiviné. Él también presintió mis orígenes lusos. Era divertido y le gustaba beber. Como descubriría más tarde, aquella era una afición compartida por todo el cuerpo estudiantil de la ciudad. Pasamos de una taberna a otra y no hizo falta mucha bebida para que yo comenzara a ver doble.

—Oye, José, creo que debo volver. Mañana me examinará Caballero.

—Hala, hombre —decía—. Una más y volvemos.

Hablamos, comimos y bebimos hasta quedarnos dormidos con las cabezas apoyadas en las mesas de una taberna de la calle Mayor. A la mañana me desperté sobresaltado por el sonar de las campanas. La cabeza me dolía como si tuviese una daga clavada en el cerebro y todo me daba vueltas. Sentí toda la comida de la víspera subirme por la garganta y a duras penas alcancé a correr a la puerta para vomitar en la calle. Dejé un líquido espeso y maloliente sobre los adoquines. Las campanas seguían sonando cuando súbitamente me di cuenta de que llegaría tarde a la reunión con el doctor Caballero. Miré el anillo de *Caute* y me maldije por no hacerle caso. Me despedí de José Duarte, quien me saludó con una mirada cargada de resaca. Puse la cabeza dentro de una de las fuentes de la plaza y, un poco más avispado, corrí hasta mi habitación.

Llegué a la reunión con Caballero sudoroso y agitado. No había practicado ni releído mis textos. Recé para que la memoria no me fallara antes de golpear la puerta.

Para un joven estudiante como era yo por entonces, el paraninfo es tan hermoso como sobrecogedor. Caballero lo había elegido para recibirme precisamente por su arquitectura solemne e intimidante. Su secretario me condujo hasta allí y empujó la pesada puerta de madera labrada, como quien abre las puertas del purgatorio. Al entrar al aula magna, mi vista se dirigió instintivamente al cielorraso cubierto de exquisitos ornamentos que parecían estrellas entrelazadas. Los asientos, en realidad largas bancas adosadas a las paredes, estaban

cubiertos de bellos azulejos. El centro del salón era una extensión serena y despejada, cubierta de mosaicos geométricos en rojos, blancos y terracotas. Vi a Caballero parado en el centro de la cátedra, aquella mezcla de trono y altar bañada en oros y celestes. Me acerqué a él con timidez, sintiéndome minúsculo e insignificante. Me miró de arriba abajo con expresión inescrutable y comenzó a hablarme en latín. A partir de aquel momento solo hablaríamos en aquel idioma. El examen fue una mezcla de preguntas capciosas con una prueba de memoria. Nada de eso me intimidó. Aquellas eran mis dos especialidades y a pesar de la resaca, la falta de sueño y una monumental jaqueca me las apañé bastante bien. Caballero parecía satisfecho o resignado.

Al terminar me hizo una seña para que subiera al estrado.

—*Quod sentis hic standi?* ¿Qué sientes parado aquí? —preguntó.

—Una mezcla de majestad y responsabilidad —dije sincero.

—Exacto. Ese es el poder que tengo sobre ti. Soy responsable del buen nombre de este altar del saber, y tengo la autoridad para hacerlo respetar.

—Entiendo, doctor. No lo defraudaré.

No respondió. Se levantó y se dirigió hacia la salida. Lo seguí con movimientos torpes. Al pasar por uno de los púlpitos algo llamó mi atención. Era un libro de una belleza inusitada que alguien había dejado abierto. La estructura de las páginas era extraña. Al acercarme más, vi que se trataba de un texto en varios idiomas diferentes. De inmediato reconocí el latín y los caracteres cuadrados y regulares de los rollos de la antigua sinagoga. Caballero me miró, gratificado por mi interés genuino.

—Es la Biblia Políglota Complutense —declaró—. Es la edición definitiva del texto sagrado, publicada aquí mismo, en Alcalá, bajo la tutela del cardenal Cisneros. Esta —dijo señalando al centro de la página— es la Vulgata latina, este es el texto hebreo y este el griego de la Septuaginta. Aquí abajo tienes el texto arameo del Targum Onkelos y su traducción latina.

—¿No tendría más sentido poner el hebreo en el centro, ya que esa es la versión original que las otras han traducido? —pregunté.

—No. La versión latina está en el centro, pues es el lenguaje de la verdadera asamblea de Jesús, la Iglesia de Roma. Tanto la Sinagoga como la Iglesia griega de Oriente están, como ladrones, a los costados de Cristo y su verdad.

—Cierto. No podía ser de otra forma —dije sin ironía.

Acaricié las páginas con una reverencia que Caballero no pudo sino

admirar.

—Es un libro bellísimo —murmuré embelesado—, bello como la palabra de Dios.

El decano parecía conmovido.

—Hay pocos ejemplares de esta magnífica Biblia, pero te autorizaré a que vengas a mi biblioteca a consultarla tantas veces como quieras.

Sonreí sin poder ocultar mi entusiasmo y bajé la cabeza con devota gratitud.

En aquellos dos primeros días en Alcalá establecí un precedente, una suerte de patrón de comportamiento que consistía en mezclar por partes iguales juerga y amor a los libros. A partir de entonces, me abocaría a ambos menesteres con igual afán y obtendría, en ambos, resultados notables.

José Duarte se convirtió en mi compañero de correrías. Claro que aún éramos jóvenes y solo con el tiempo desarrollaríamos una mayor imprudencia en nuestras calaveradas. Imprudencias que, por impunes, se volverían hábito.

Las farras nocturnas convertían en particularmente penosas las “primas”, aquellas clases que comenzaban a las siete y media de la mañana. Las “vísperas”, que tenían lugar a las tres o cuatro de la tarde, eran algo más llevaderas. Entre cursos, yo me pasaba largas horas con la Biblia Complutense y a medida que aprendía algunos rudimentos de hebreo y griego trataba de descifrar palabras e inferir sus significados a partir del texto latino. Aquellas palabras ejercían un magnetismo inusitado. De no haber sido una Biblia, los secretarios hubiesen podido pensar que era un libro hechizado que me había subyugado con algún embrujo vil.

Pero no solo tenía la Biblia. También me había sumergido en el estudio de la dialéctica y la lógica aristotélica. Conocí las *Summulae logicalis*, que Pedro Hispano había escrito hacía cuatrocientos años, pero que todavía era la puerta de entrada al estudio del discurso y la lógica. Aquella obra representaba la interpretación de Aristóteles a la luz de la escolástica cristiana. Recuerdo con particular claridad algunas de las clases de dialéctica. Según Hispano, toda discusión necesita instrumentos y mecanismos lógicos. Hay instrumentos parciales, como la inducción, el entimema y el ejemplo, y hay un instrumento perfecto: el silogismo. Las discusiones, aprendí, no son todas iguales. Hay discusiones doctrinales, dialécticas, tentativas y sofísticas. En una de las tantas charlas en las que Caballero evaluaba mis progresos, discutimos acerca de la fuerza de dichos mecanismos

lógicos.

—El problema es que los silogismos no establecen la veracidad de las proposiciones. Si partimos de premisas falsas llegaremos a consecuencias falsas, aunque nuestro silogismo sea impecable —expliqué.

Caballero decía que la solución a aquel problema era simple: las discusiones doctrinales se dan a partir de “premisas necesarias” o axiomas, proposiciones cuya veracidad no necesita ser probada. La mera existencia de los axiomas me incomodaba. Todo el majestuoso edificio de la lógica se basaba en axiomas que nunca habían sido sujetos a una prueba objetiva. Por objetiva me refiero a pruebas reales y tangibles fuera de silogismos circulares que se demuestran a sí mismos. La peligrosa consecuencia es que algo similar pasa con la fe. La religión era una construcción basada en cimientos de papel, proposiciones jamás sometidas a análisis y apotegmas sin evidencia. Claro que esto puedo decirlo hoy, luego de décadas de filosofía, ciencia moderna y cinismo. En aquella época, solo sentía cómo pensamientos ambiguos reptaban por mi cabeza hasta provocarme una sensación de vértigo de la cual huía rápidamente.

En nuestros encuentros, Caballero parecía redescubrir un amor al saber que estaba sepultado bajo los honores y oropeles de su cargo. Una vez hasta jugamos a algo. Debíamos tener una discusión en la cual él usaría las trece formas de falacia que Aristóteles distingue. Yo debía descubrir cuál de todas estaba utilizando.

—¡Equivocación! —exclamaba citando la primera de las falacias.

—No —decía Caballero con una sonrisa satisfecha—, es anfibología. Recuerda, la equivocación es una falacia producida por una *palabra* que tiene varios significados, mientras que la anfibología es producida por una *frase* con significados diversos.

También en aquellos primeros tiempos devoré las obras de Porfirio, y me metí de lleno en el *Órganon* de Aristóteles. Aprendía de memoria grandes porciones de aquellas obras, tal como hacía con la Biblia.

Así, mi excitación se dividía en partes iguales entre los libros y las fechorías que hacíamos por las noches con José. Además de Duarte, había reclutado otros compañeros de aventuras: Luis Rivero, Rodrigo Enríquez, Sebastián Méndez y Andrés Piñero. Todos eran cristianos nuevos —aunque no todos lo admitían— y la mayoría eran mayores que yo, pero por algún motivo todos me veían como una especie de líder.

Cuando teníamos suficientes maravedíes, íbamos a armar jaleo a Madrid. Los días de corrida eran los favoritos. Una vez hasta vimos al

mismísimo rey Felipe en la plaza de toros, respondiendo a las aclamaciones de las tribunas con parsimonia y señorío. También íbamos a los corrales a ver obras de teatro y nos pasábamos largas veladas en juegos de naipes. Invariablemente terminábamos beodos como cubas y peleándonos ruidosamente con otros grupos de estudiantes. En muchos casos, cuando las cosas se salían de su cauce, los alguaciles intervenían, repartiendo planazos con sus espadas y arrestando a troche y moche.

Durante aquellas visitas a Madrid me reencontré con Vega varias veces. El recio soldado se interesaba por mis progresos en los estudios. No aprobaba del todo nuestra conducta disipada, pero nos abría las puertas de garitos, tabernas y lupanares. Siguiendo su consejo, me inicié en las delicadas artes de la poesía. Junto a Andrés Piñero, que compartía mi interés por rimas, coplas y sonetos, nos pasábamos largas horas recitando poesía, tanto clásica como moderna. En muchos casos aquellas veladas poéticas tenían lugar en algún bodegón de Madrid, con Vega sentado al lado nuestro, envuelto en un silencio distante y ultimando vasos de aguardiente con estudiada eficiencia.

Muchas veces en aquellos tiempos traté de moderar mi amor por la farra. Fue totalmente inútil. Como les dije una vez a Duarte y Piñero: “Señores, yo puedo resistir cualquier cosa, menos la tentación”.

La tentación se presentaba de diversas maneras: mujeres, naipes, toros o vino. Pero algunas veces adquiría una forma mucho más insidiosa: se disfrazaba de libro.

Las juergas nocturnas solo podían causar una noche en el calabozo o la sonrisa comprensiva y hasta cómplice de las autoridades. En el caso de los libros, la cosa era diferente. Los títulos prohibidos podían ser un pasaje certero a las mazmorras de la Inquisición y a las hogueras del auto de fe. Mi anillo de *Caute*, no obstante, me dictaba cierta prudencia, pero la seducción por los libros de lectura poco recomendada convertía en fútil toda resistencia.

Con un cierto comedimiento, comencé por hurgar entre las obras de aquellos autores que la Iglesia no prohibía formalmente pero cuya lectura tampoco era bien vista. Recuerdo que el primero de aquellos autores fue Erasmo de Rotterdam. Descubrí a Erasmo a través de mi amada Biblia Complutense. El sabio holandés había colaborado en las traducciones griegas y latinas produciendo textos de una belleza solemne y precisa. Me sorprendí al ver que la Iglesia había puesto varias de sus obras en el *Index* de libros prohibidos y eso fue un aguijón que despertó mi interés. ¿Cómo alguien a quien se le confía ni

más ni menos que la traducción del libro santo puede tener ideas heréticas? Erasmo me fascinaba por su humanismo, su creencia en la necesidad de reformar la Iglesia y su tolerancia hacia las ideas de otros. Me cautivó su preferencia por la devoción interior en detrimento del formalismo y rituales vacíos. Si bien era un ferviente católico, su pecado —según me había dicho Caballero— era el de haber generado el fermento en el cual creció el protestantismo. Si bien Erasmo atacó a Lutero, muchas de sus ideas fueron retomadas por los protestantes en sus ataques contra la Iglesia de Roma.

A los libros de Erasmo siguieron otros, no específicamente prohibidos, pero de contenido cada vez más osado. Me convertí en un experto en moverme sigiloso sobre aquella cuerda floja que se extiende temblorosa entre lo permitido y lo prohibido.

El libro más peligroso de todos, no obstante, iba a ser el más sagrado.

¿Cómo podía, aquel joven que yo era, saber si pensamientos que se colaban en mi mente eran un atisbo de la más profunda verdad o una tentación del demonio? ¿Cómo debía discernir entre revelación y embrujo? ¿Cómo saber si era Dios quien me hablaba o si era el maligno que esparcía su veneno? Satanás —o Dios— se manifestó primero en forma de voces quedas que murmuraban mientras leía la Biblia. Me marcaban contradicciones en el texto y me hacían ver cosas que no quería ver y tener pensamientos que no quería tener.

Recuerdo la primera de esas reflexiones. Estaba leyendo el Evangelio según Mateo y reparé en las palabras de Jesús: “Yo he sido enviado solo para las ovejas perdidas de la Casa de Israel”. Un poco más temprano había conminado a sus discípulos a predicar solo a aquellas mismas ovejas perdidas. La duda comenzó a gestarse. ¿Por qué la Iglesia entonces se había expandido entre los gentiles? ¿Por qué aquel fervor misionario? Una frase aún más conflictiva me clavó un puñal de pensamientos impíos en el medio del cráneo. “No creáis —había dicho Jesús— que yo he venido a abolir la ley. Yo no he venido a abolir sino a hacer cumplir”. ¿Cómo podía ser que la ley que Jesús, en sus propias palabras, había venido a sostener era considerada como la “ley muerta de Moisés”? ¿Cómo podían los guardianes de la fe de Jesús quemar en la chamusquina a aquellos que no hacían más que cumplir con la ley que Jesús quería preservar?

Al principio encontré cierta calma en la idea de que muchas de esas manifestaciones debían tomarse en forma metafórica. Al fin y al cabo, trataba de pensar, Jesús les hablaba a judíos pérfidos y debía usar un

lenguaje que ellos entendieran. Hurgando en la biblioteca, encontré, por ejemplo, que la “Casa de Israel” debía entenderse no en forma literal, como el antiguo pueblo de Israel, sino como “el Nuevo Israel”, compuesto por aquellos que —tanto gentiles como judíos— habían aceptado al Salvador.

Leí que la ley que Jesús quería preservar no es la ley muerta de Moisés sino la auténtica ley de Dios, aquella que ordena que nos amemos los unos a los otros y que abramos nuestro corazón al pobre y al necesitado. Para los padres de la Iglesia, leí, preservar es abolir.

Pero ¿por qué, me preguntaba con fuego en el vientre, ciertos pasajes deben interpretarse metafóricamente y otros deben tomarse en su literalidad? ¿Por qué “Israel” debe interpretarse como la “Iglesia de Roma” y la creación del mundo en siete días debe tomarse como una verdad literal?

Como poseído, revolví las hojas del Antiguo Testamento. Encontré que la frase “Ama a tu prójimo como a ti mismo” había sido dicha por Moisés unos mil quinientos años antes de que Jesús naciese. Leí que los profetas de Israel habían hablado de justicia, compasión y solidaridad con el sufriente. ¿Por qué habríamos de abolir ciertas partes de la ley y no otras? Si Jesús ordenó preservar, entonces todo debía ser preservado. Si, por el contrario, Jesús ordenó abolir, entonces todo debía ser abolido.

¿Por qué, me preguntaba, los judíos debían abjurar de su judaísmo cuando los mismos apóstoles no lo habían hecho? Si la idea básica de la conducta cristiana era el *Imitatio Dei*, imitar el comportamiento de Cristo, ¿por qué no imitábamos su respeto puntilloso por la ley judía? ¿No decían acaso los Evangelios que Jesús vivió y murió en la ley de Moisés? No nos cuentan que con su último aliento rezó, en hebreo, un salmo de David: “Eli, ¿lama sabajtani?” (que significa: Señor, ¿por qué me has aversonado?).

Muchas veces pensé en enfrentar al doctor Caballero con aquellas dudas. Al fin y al cabo era un buen maestro y un hombre sabio y racional. Todo debía tener una explicación. Seguramente yo no comprendía el verdadero significado de las palabras que leía y solo era necesario que alguien más sabio que yo me pusiera de vuelta en el buen camino. Pero siempre recordaba su conversación con Juan de Escobar en la cual ambos dudaban acerca de mis orígenes. Miraba mi anillo, y me dirigía a la biblioteca a tratar de dilucidar en soledad mis dudas entre los libros añosos. En vano. Aquellas sesiones terminaban con montañas de ejemplares abiertos en desorden y con mi cabeza latiéndome con fuerza. No solo no clarificaban mis sospechas, las

acentuaban.

Los silogismos y los ejercicios de lógica que había aprendido en mis clases de Aristóteles y Pedro Hispano servían ahora a Lucifer. “Dios es perfecto, *ergo* su ley es perfecta. Si su ley es perfecta, ¿por qué hace falta una nueva alianza para reemplazarla? ¿Cómo puede la palabra de Dios declararse inválida, obsoleta y hasta diabólica? La mal llamada ley de Moisés era, en realidad, la ley de Dios. La Biblia en la cual los cristianos creemos lo dice sin apelaciones. ¿Cómo podríamos afirmar que la ley del Dios en el cual creemos estaba muerta? Dios existe a través de su palabra, Dios es el Verbo. La inferencia es inapelable: si su palabra está muerta —la boca se me haga a un lado— también lo está Él”. Repetía aquellos razonamientos para mis adentros sin encontrar explicación, esperando en vano descubrir alguna falla en aquellos silogismos implacables.

Aún creía —o esperaba— que aquellas vacilaciones fueran solo fruto de mi desconocimiento. Pensaba que a medida que progresara en mis estudios todas aquellas dudas se disiparían como la niebla. Le pedí a uno de los más eminentes doctores de estudios bíblicos que me guiara en un recorrido por todas las profecías del Antiguo Testamento que anunciaban la venida y la resurrección de Jesús. Nada sospechoso podía inferirse de tal pedido. El asunto empezó bien. El profesor me dijo que, en realidad, Dios mismo había previsto la obsolescencia de la vieja ley. Él mismo había anunciado una nueva alianza, que los judíos hicieron necesaria por no respetar el pacto original, me explicó, y luego citó a Jeremías: “He aquí que vienen días en los cuales yo estableceré una nueva alianza con la Casa de Israel y la Casa de Judá. No la alianza que ellos mismos rompieron a pesar de ser yo su Salvador, dice el Señor”.

También hablamos sobre la resurrección. Me mostró cómo también había sido preanunciada en los salmos con aquello de: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción”. Luego me guio a descubrir cómo cada etapa de la pasión de Cristo podía corresponderse con un pasaje del Antiguo Testamento. Así, la crucifixión había sido profetizada por el salmista: “Porque me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”. También la idea de que el elegido de Dios moriría por nuestros pecados había sido vaticinada, en este caso por Isaías: “Mas él, herido fue por nuestras rebeliones, castigado por nuestros pecados. Dios cargó en él el pecado de todos nosotros”.

Hasta la inmaculada concepción había sido anunciada por los

profetas: “He aquí que la Virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y será llamado Emmanuel su nombre”. Aquellas magistrales demostraciones me ayudaron. Por un tiempo mis dudas se aquietaron como un río desbordado que vuelve a su cauce. Pero la calma duró poco. Al cabo de unos días, volví a sentir el ruin escozor de la duda.

La supuesta profecía de la resurrección estaba sacada de contexto. La historia de Jonás, que vuelve del vientre de la ballena luego de tres días, podía ser tomada como la vuelta a la vida de Jesús también luego de tres días, pero nada en el texto original indicaba que esa fuera la intención. En ninguna de las profecías mesiánicas se hacía alusión a un mesías resucitado. Aun la justificación del dogma sagrado de la inmaculada concepción me parecía dudosa: se basaba en traducir la palabra hebrea *almá* como “virgen”, pero usando la Biblia Complutense me di cuenta de que aquel término se usaba para referirse a una mujer joven, no necesariamente virgen. Las argumentaciones me parecían forzadas, casi antinaturales. Parecía que después de la crucifixión los apóstoles habían corrido a la Biblia esforzándose por encontrar precedentes como quien trata de hacer que un círculo se convierta en cuadrado.

Lo que más me molestaba era que la Biblia hebrea decía claramente cuáles eran las características de la era mesiánica. Las hermosas visiones proféticas hablaban de un mundo en el cual “la justicia brotará como un poderoso torrente”, un mundo de paz en el cual “se convertirán las espadas en arados y las lanzas en hoces, no levantará espada nación contra otra ni se ejercitarán más para la guerra”. Y aún más, la Biblia era inequívoca: el Mesías debía recuperar para Israel la soberanía y el poder político. El reino de David debía restablecerse y Sion debía ser un centro de poder espiritual para todos los hombres. Si Jesús era el Mesías, ¿por qué nada de eso había pasado? ¿Por qué los judíos eran perseguidos por los seguidores del mismo Mesías que debía liberarlos?

Tal vez, debido a la torpeza con que cuento esta historia, no he explicado hasta qué punto la fe en Jesucristo era el pilar central de mi ser. No dudaba con liviandad o frivolidad, dudaba con un dolor intenso y punzante, con un pánico blanco y frío. Cuando aquellos pensamientos me acechaban sentía que todos los huesos de mi cuerpo se disolvían. Sentía que todo mi mundo estaba apoyado sobre columnas de barro.

Temía también por la salvación de mi alma. Si mis pensamientos eran ciertos, no obtendría la salvación en la fe de Jesús sino en la ley de Moisés. ¿Estaba poniendo en peligro mi vida eterna?

Durante mucho tiempo no hablé abiertamente con nadie sobre mis dudas. Sentía que debía hacer algo, pero ¿qué? Seguía yendo a Madrid regularmente, pero juergueaba menos. Seguía siendo un asiduo cliente de burdeles y tabernas, pero también me pasaba cada vez más horas sentado en el mesón de la Herradura, en aquella mesa bañada por el sol que Vega consideraba como su propiedad privada. Una vez, el viejo soldado me vio venir y mi aspecto traicionó mi infierno interior. Como todos los soldados que logran sobrevivir en Flandes, Vega podía predecir el peligro. Podía oler cualquier cambio de actitud o presentir si las piezas no estaban encajando como debían.

—Os veis raro, doctor Prado.

—¿Qué queréis decir? —traté de bromear—. ¿No estoy bello como siempre?

—Tal vez… Tienes el aspecto de un buen vino el día antes de convertirse en vinagre. ¿Te pasa algo?

No contesté y jugueteé con el vaso vacío de vidrio opaco.

—Hala, cuéntame. ¿Es un problema de faldas y coños? —me intimó.

—¿A veces os hacéis preguntas?

—¿Qué tipo de preguntas? —dijo, mesándose el mostacho con suspicacia.

—Acerca de Dios, la fe, la verdad.

—Juan —su rostro se volvió de una seriedad marmolea—, esas no son preguntas que un portugués deba hacerse. Menos en voz alta.

—Os pregunto a vos, no hablo de mí —dije.

—¿Qué importancia tiene? Mi relación con Dios es… cómo decirlo, desbalanceada. Yo creo en Él, pero me parece que Él no cree en mí.

—¿No os inquieta saber si lo que creéis es cierto? ¿Si lo que la Iglesia enseña es verdad? ¿No os preocupa la salvación de vuestra alma?

—Juan —dijo, no sin algo de ternura—, yo no me hago preguntas. En especial aquellas cuya respuesta no estoy seguro de querer saber.

—No podéis andar por la vida sin cuestionaros, sin preguntaros por las cosas profundas —exclamé.

—¿Por qué no? Lo hago todo el tiempo. Y ya ves, ¡con toda facilidad!

Pensé en la famosa cita de Sócrates, aquello de que “la vida no examinada no merece ser vivida” y me pregunté si Vega con su filosofía de arrabal no tenía más razón que el sabio griego.

—Anda, bebe un trago —señaló mi anillo—, y deja de hacerte preguntas tan peligrosas como inútiles.

No me contenté con un trago, ni con dos, ni con tres. El alcohol me sumió en un estado de despreocupación pachorra y cuando, medio ebrio, me separé de Vega, vagabundeé hasta la Puerta del Sol en donde ruidosos gorrones armaban jaleo y cantaban con entonación etílica. Duarte y Piñero llegaron algo más tarde. Como era de esperar, la alegre romería degeneró. Los alumnos de San Ildefonso nos trenzamos en una monumental trifulca con los del colegio jesuítico. Volaban los golpes, los botellazos y alguna que otra estocada. Yo repartía puñetazos como un poseso, descubriendo que la violencia me producía un impío desahogo. Al cabo de unos minutos sentí un golpe seco en la espalda, y un dolor que irradiaba hasta la punta de los pies, me di vuelta y solo alcancé a ver a un muchacho de toga púrpura que sostenía en la mano un fragmento de silla en forma de porra. El chico jadeaba y sonreía. Antes de que pudiera decir o hacer nada, estrelló el palo contra mi cabeza. Escuché un zumbido intenso y todos los ruidos de la plaza desaparecieron. La imagen de mi agresor se duplicó antes de nublarse por completo. Vi cientos de pequeños chispazos de luz y caí al piso.

Luego, solo oscuridad y silencio.

—Yo me ocuparé de este.

Las voces sonaban distorsionadas y distantes, como si las escuchara debajo del agua. Sentí que alguien me tomaba la muñeca.

—¿Necesitáis que lo sangremos? —preguntó una de las voces.

—No —respondió otra—. Ya ha perdido bastante sangre. Solo necesita descansar.

Sentí ruido de agua y luego un paño frío sobre la frente.

—Juan, ¿puedes oírme?

¿Cómo conocía mi nombre? ¿Dónde estaba? Traté de abrir los ojos pero los párpados me pesaban toneladas.

—Está bien, no te esfuerces, descansa.

Al rato escuché la misma voz.

—Tu pulso es normal, todo va bien —dijo la voz con calma, y me soltó la muñeca depositándola suavemente sobre mi pecho.

Esta vez logré entornar los ojos. Mi vista era brumosa, pero pude ver una cara conocida, enmarcada por una corta barba, cejas pobladas pero prolijas y ojos penetrantes y vivaces.

—Soy Gerónimo, el primo de tu padre. Estás en el Hospital General de la Misericordia. Los corchetes te han traído aquí inconsciente y yo te encontré al hacer mi ronda matinal. Trabajo aquí, en el hospital.

La niebla de mis ojos se disipó un poco y lo vi lucir una sonrisa

amplia y generosa. Se trataba, en efecto, de aquel primo que habíamos encontrado en Jaén y a quien mi padre había amenazado y tratado de judaizante.

Intenté incorporarme.

—No te levantes aún —indicó—, estás fuera de peligro pero has sufrido una linda paliza. Tienes una concusión y varias costillas rotas. Estarás aturdido por un tiempo pero te pondrás bien. No hay nada que hacer más que reposar, las costillas sanarán solas. Te he colocado una faja para evitar que se dañen más. Aparentemente tienes la cabeza tan dura como tu padre, tu cráneo resistió con firmeza un brutal palazo.

Me palpé la frente, un tajo había sido cuidadosamente zurcido. La luz que entraba por las altas ventanas me acuchillaba los ojos. Gerónimo me apretó la mano con firmeza pero con cariño.

—Estamos cuidando de ti, Juancito, solo descansa.

La mano de aquel pariente al que apenas conocía me retrotrajo a mi familia, al calor de mi hogar, tan lejano de mi mundo de ese momento, lleno de dudas y bellaquería. Me sentí inmensamente reconfortado por aquel contacto, pero también indeciblemente triste. Sentí que desconocía quién era, en quién me había convertido. Gruesas lágrimas me rodaron por las mejillas y me sentí otra vez como el niño que, en cierta forma, aún era.

Gerónimo volvió a apretarme la mano con la combinación perfecta de afecto y autoridad.

—Todo estará bien, Juancito. No te agites. Trata de dormir.

Su voz tenía un efecto balsámico y al cabo de unos instantes me sentí más calmado y protegido.

Gerónimo se levantó y se encaminó hacia la salida.

—Gracias por el libro —murmuré con dificultad.

—El *Flos Sanctorum* —sonrió—. Las historias de los primeros santos. Fue hace años. Veo que tu memoria funciona bien. Es un buen signo —se alejó dejando tras de sí un aire límpido, cargado de tibieza.

Los primeros días de mi convalecencia fueron penosos. Al despertarme sentía que alguien había pasado la noche martillándome el cráneo. No obstante, la recuperación fue rápida. Al tercer día, Gerónimo me llevó a su casa de la calle Victoria, que, a pesar de estar cerca de la Plaza Mayor, era calma y aireada. Tenía mi propia habitación decorada con buen gusto, mobiliario sobrio y pinturas sin grandes pretensiones colgadas en la pared. Había mucha santería, imágenes religiosas y altas bibliotecas cubiertas de augustos volúmenes.

—Estarás mejor aquí que en el hospital, en pocos días podrás

volver a Alcalá —me pronosticó.

Se había dado cuenta de que estudiaba en la Complutense por mi uniforme y mi capa reglamentaria hecha jirones por la batahola.

—Catalina te cuidará —señaló a una mujer oronda y rolliza que me sonrió con media dentadura. La criada venía de Portugal, era casi sorda y hacía el caldo de gallina más delicioso de la capital que, por suerte, era la base de la dieta que me habían indicado.

Aquel día, cuando Gerónimo volvió del hospital, cenamos juntos.

—¿Cómo has llegado a este estado, Juan? ¿Qué te ha sucedido? —me preguntó sin querer sonar admonitorio.

Revolví la sopa describiendo prolijos círculos y dejando una estela de espuma en el líquido claro. Busqué las palabras adecuadas. Por la ventana entreabierta se colaban los sonidos menguantes de la calle; un revoltijo de gritos tenues, campanadas lejanas y pregoneros cansados.

—He estado pasando por algunos malos momentos —dije en voz baja.

—¿Quieres hablarme de ello? —preguntó.

—No lo sé —hesité unos segundos—, digamos que todo es culpa de la Biblia.

—¿Cómo un libro sagrado puede hacerte terminar borracho y molido a palos? —preguntó.

—He estado leyendo la Biblia —respondí con voz insegura—, estudiándola a fondo. Y eso me ha traído muchas… dudas.

Frunció el ceño y me escrutó un largo rato con sus ojos color canela. Yo dejé la cuchara al costado del plato, creando un pequeño charco sobre el mantel.

—Gerónimo —dije—, tal vez nuestro reencuentro haya sido providencial. Tal vez tú puedas ayudarme.

—¿A qué te refieres, Juan?

—Aquella vez en Jaén. Esa discusión que tuviste con papá… Lo escuché todo.

Su semblante pasó de sorprendido a esquivo.

—Entonces sabes que hay cosas que prometí no discutir contigo —dijo con repentina severidad.

—Ya soy un adulto —protesté.

—Lo siento, Juan. Deberás buscarte otra persona con quien hablar de esto.

—¡Mis dudas me queman, me carcomen! No puedo seguir así. Las bases de mi fe se han corroído, nada tiene sentido. ¡Necesito saber más!

—No debes agitarte, Juan. Aún estás débil. Hablaremos otro día.

—De acuerdo con mi lectura de la Biblia, los judíos… —me detuve y tragué saliva. Las palabras eran brasas candentes en la boca—. Según lo que he leído, no hay motivo para pensar que la ley de Moisés esté muerta, ni que Jesús sea el Mesías.

—Ya basta —levantó la voz—. Ahora debes ir a dormir —se levantó, terminante y ofuscado—. Te daré un libro para que leas, eso aclarará tus dudas. Pero ahora descansa.

Los libros escritos por traidores despiden un cierto aroma a culpa. Este hedía.

El libro que mi tío me dio era regularmente mencionado por muchos en Alcalá y no era del todo desconocido para mí. Se trataba del *Scrutinium scripturarum*. La obra que relataba un supuesto debate teológico entre el eminente clérigo Pablo Santamaría y el judío Saulo. En el libro, los argumentos de Saulo eran demolidos metódica y sagazmente por Santamaría. Y si Santamaría podía hacerlo mejor que nadie era porque su nombre original era Salomón Halevi, y antes de convertirse en obispo de Burgos había sido un conocido y reputado rabino. Santamaría usaba su conocimiento del judaísmo y de la exégesis rabínica para probar la falsedad de la ley de Moisés y la verdad de la Iglesia de Cristo.

Acaricié la tapa de cuero y sonreí. De no ser por los chichones y moretones me habría golpeado la frente con la palma de la mano. ¡¿Cómo no lo pensé antes?! Este libro convertirá mis dudas en cosas del pasado.

Devoré el volumen con rapidez, mis ojos mordían el elegante texto latino saltando con avidez de línea en línea. Pero a medida que avanzaba, comencé a sentir un sabor extraño en la boca. Algo que me hacía pasar de la excitación a la desazón y de la esperanza al miedo.

Durante la cena, Gerónimo me preguntó sobre el libro.

—¿Qué te ha parecido?

—Ese Santamaría es un pobre diablo —dije.

La respuesta pareció sorprender a Gerónimo quien, instintivamente, miró en redondo como buscando oídos inoportunos. Adivinó que la conversación que seguiría tendría que ser discreta. Muy discreta.

—¿Por qué lo dices?

—El libro *parece* una polémica entre la Iglesia y la Sinagoga.

—¿No es eso lo que es? —preguntó como queriendo ayudarme a pensar de nuevo.

—No. Bajo la superficie, es el diálogo de Santamaría con su propia

conciencia torturada de culpa —expliqué con una certeza algo exagerada.

Gerónimo abrió la boca.

—Juan, esa es una idea muy… profunda —dijo.

—Saulo es en realidad el judío que el mismo Santamaría fue —continué—. Saulo no es más que su conciencia recriminándole su acto de traición. Por eso debe ridiculizar a Saulo, aplastarlo, no dejarle ninguna oportunidad. No es al vocero de la ley de Moisés a quien pretende hacer callar, sino a su propia conciencia. Debió haberse sentido realmente mal para tener que escribir un libro semejante.

Gerónimo decidió jugarla de abogado del diablo:

—¿Por qué lo llamas traición? Tal vez descubrió la religión de la verdad. Tal vez Saulo merece el ridículo por creer en anacronismos.

—Tal vez, pero me parece que la conversión de Salomón Halevi no fue por motivos religiosos sino por poder y honor. Además, no se trata de un verdadero debate ya que Pablo no escucha. No *quiere* escuchar. Es impermeable a cualquier argumento. Es el traidor que quiere justificarse frente a su conciencia aplastando y ridiculizando al traicionado. Parece que le tuviese miedo y por eso tiene que callarlo e impedirle hablar.

El rostro de Gerónimo derramaba perplejidad.

—Santamaría tal vez es un mal defensor de la fe verdadera. Pero eso habla mal del defensor, no de la fe.

Gerónimo comenzaba a darse cuenta de que había cometido un grave error.

—Y por sobre todo, a pesar de toda la ridiculez que Santamaría vuelca sobre el pobre Saulo, no puede tapar el hecho de que hay algo de cierto en los argumentos del judío.

—Juan, no te he dado el libro para que… —dijo tartamudeando.

—No me malentiendas —interrumpí—. Los argumentos de Santamaría son poderosos y prueban la verdad de la Iglesia. Pero no refutan el argumento central de Saulo: los judíos siguen sufriendo persecución y maltrato. Según los profetas, a la venida del Mesías, los judíos y el mundo entero deberían vivir en paz y armonía. Frente a eso, Santamaría solo ofrece argumentos técnicos, pero no resuelve el fondo del problema. Tal vez Jesús sea el Cristo de los gentiles y el hijo de Dios, pero Santamaría no prueba que haya sido el Mesías que los judíos esperaban.

Los ojos de Gerónimo estaban húmedos. Por un instante pensé que me había dado aquel libro a propósito, adivinando cuál sería mi reacción, pero no era así. Quería mantener la promesa que había

hecho a mi padre, y se daba cuenta con horror de que acababa de romperla. Y sin siquiera haberlo querido.

Pablo de Santamaría debió haberse retorcido de furia en el infierno o adonde diablos vayan los que traicionan a su gente. En vez de hacerme un mejor cristiano, su libro me generó una necesidad incontrolable de saber más acerca del judaísmo. También, al describir muchos rituales judíos, les quitó su carácter demoniaco, los hizo reales, menos amenazantes. Aquellas antiguas ceremonias, aquellos ritos y festividades del Antiguo Testamento que los judíos aún celebraban me daban curiosidad en lugar de asco. Transmitían el misterio de una cadena ininterrumpida que ligaba a cientos de generaciones, unas con otras. Muchos de sus argumentos, en especial aquellos contra el judaísmo talmúdico, tenían sentido lógico, pero me sublevaba el hecho de que no concebía la existencia de dos verdades simultáneas, que no reconociera ni un ápice de virtud en los argumentos del judío.

Además, el libro había tenido otro efecto inesperado. Me había quitado de un plumazo la angustia que mis dudas me generaban. La culpa de la duda se convirtió en deseo de saber más, de ahondar en las inquietudes que me habitaban hasta sus últimas consecuencias.

—Veo que el libro no ha resuelto tus dudas —me dijo finalmente Gerónimo, la derrota pintada en el rostro.

—Todo lo contrario —le respondí.

¿Cómo se aprende acerca de una fe prohibida? ¿Cómo buscar conocimiento sin jugarse el pellejo? Gerónimo era reacio a hablar del tema. Se sentía atado por la promesa que le había hecho a mi padre y se culpaba por haberme dado el libro de Santamaría.

Mi única posibilidad de saber más sobre el judaísmo era buscar en aquellas obras escritas para denostarlo, pues a medida que lo atacaban, también lo describían. El libro de Espina, llamado *Fortalitium fidei*, fue un verdadero tesoro de información, pues enumeraba uno a uno los argumentos de los judíos en defensa de su fe. La justicia poética de aprender judaísmo de sus detractores me hacía sonreír maliciosamente mientras leía. La Biblia seguía siendo mi principal fuente de ideas. ¿Cómo puede ser el culto católico, con sus vírgenes y sus crucifijos, el elegido de Dios, cuando la prohibición de adorar imágenes era uno de los conceptos centrales de la Biblia?

Cuando me recuperé, a los días de haber llegado, volví a Alcalá, ansioso de buscar información en las bien provistas bibliotecas de la ciudad universitaria. Si el destino existía, muy probablemente había

orquestado los acontecimientos de aquellos días: la pelea, el encuentro con Gerónimo, los libros que redescubrí. Mi mente hervía y la excitación por descubrir más reemplazó totalmente al miedo y la perplejidad de antes. En algunos momentos pensaba que el cristianismo era lisa y llanamente falso, pero la mayoría de las veces llegaba a la conclusión de que se trataba de una posible interpretación de las Escrituras, no diferente en su valor intrínseco de las interpretaciones de los rabinos del Talmud. Pero aun basándose en pruebas ambiguas e inconcluyentes, el catolicismo se decía dueño absoluto de la verdad y eso era, paradójicamente, lo que más me hacía dudar.

Gerónimo me visitaba seguido en Alcalá y, aunque decía que tenía que ver pacientes o dar clases en el Colegio de Madre de Dios, yo sospechaba que lo que realmente quería era seguir de cerca mi salud física y, sobre todo, mi estado espiritual. Al principio, para evitar sus preguntas, fingía que mis dudas habían desaparecido, que todo había sido una etapa fugaz de un adolescente algo rebelde y atolondrado, pero él era demasiado perspicaz como para tragarse una simulación tan evidente.

En uno de aquellos encuentros, nos trenzamos en una discusión acalorada que cambiaría el rumbo de nuestra relación.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —le espeté.

—¡¿Egoísta?! —se defendió—. ¡Solo estoy tratando de protegerte!

—Eres un egoísta, pues tú has descubierto una verdad que yo busco con desesperación, pero te niegas a compartirla.

—¿Y si no he descubierto nada? Tu padre me acusó de judaizante en un momento de enojo, eso no prueba nada.

Lo miré fijo. Bajó los ojos con vergüenza.

—Juan… solo trato de protegerte. Tu padre es un hombre difícil, pero es un buen hombre, él solo quiere lo mejor para ti. ¿Quieres acaso una vida de persecución y mentira? ¿Sabes los riesgos que corren los judaizantes? ¿Tienes idea de cuán terrible es vivir ocultándote y mintiendo?

—¿Quieres saber qué es lo realmente terrible para mí? —pregunté inmutable—. Lo terrible es vivir sin conocer la verdad. Lo terrible es adorar falsos dioses y condenar mi alma por la eternidad. Lo terrible es no escuchar la voz de Dios, que me habla desde las profundidades de mi ser. Lo terrible es pasar por la vida sin hacerse nunca las preguntas correctas, sin pensar por mí mismo, negándome a ver lo evidente. Lo realmente terrible es vivir sin saber quién soy en

realidad.

—Juan, no puedo —me respondió con voz quebradiza—. No voy a llevarte por un camino que termina en la hoguera.

—No terminaré en la hoguera, seré cuidadoso, tal como lo eres tú. No hablaré con nadie sobre esto.

—Juan, he hecho una promesa.

—Lo que ha pasado dentro de mi corazón ha vuelto tu promesa irrelevante. Tú no me “inicias” en nada: yo me he iniciado a mí mismo.

—Juan… —la voz le temblaba, abrumada por un dilema imposible.

—¡No es justo! —ataqué antes de que pudiera continuar su negativa—. No puedes negarme el derecho a saber quién soy, a conocer mis orígenes. ¡No tienes derecho!

Hubo un largo silencio. Respiré hondo y hablé con un murmullo arrogante y desdeñoso:

—No me importa. Encontraré solo toda la información que necesito. Y si la Inquisición me pilla con libros prohibidos, tendrás eso sobre tu conciencia —me levanté y comencé a dirigirme a la puerta.

—Espera —dijo. Luego se puso de pie y me miró fijo durante un instante eterno—. Estas son mis condiciones: empezaremos de a poco, no hablarás de esto con nadie a menos que lo hayamos acordado antes, no harás nada peligroso y yo seré quien decida qué es y qué no es peligroso.

—Gracias —contesté sin poder evitar una sonrisa de triunfo—. ¿Cuándo empezamos?

—Y la condición más importante —añadió y respiró hondo—, deberás prometerme que dudarás de todo lo que yo te diga y de todo lo que leas. Someterás todo al escrutinio de la razón y la lógica. No se trata de pasar de un dogmatismo a otro.

—No hace falta que me lo digas —dije—. Eso sucederá, lo quiera o no.

Las visitas de Gerónimo se convirtieron en sesiones peripatéticas en las que me impartía conocimientos que había logrado acumular durante décadas de práctica y estudios clandestinos.

Recuerdo que mientras caminábamos por Alcalá, aprendí que gran parte de la ciudad universitaria de Cisneros estaba construida sobre la antigua judería, pues esta había quedado vacía luego de la expulsión. La calle Mayor, con sus soportales y sus galerías, había sido el centro del barrio judío. Aquellas arcadas donde hoy se pasean hidalgos y beben estudiantes estaban habitadas por artesanos, mercaderes,

médicos, astrónomos, encuadernadores, escribas, prestamistas, arrendatarios, zapateros, pellejeros y traperos que profesaban abiertamente la fe de Israel.

—Ser judío no es solamente practicar ciertos rituales, sino sentirse ligado a una historia y a un destino. Es sentirse parte de una continuidad milenaria —dijo Gerónimo.

Señaló las bellas arcadas de madera.

—Quiero que al pasear por aquí sientas esa conexión. Quiero que sientas que quienes las habitaron son parte de tu familia y de tu legado.

En aquellos paseos también aprendí sobre las dos sinagogas de la ciudad, una de las cuales es hoy el convento de San Agustín, o de aquella entrada a la ciudad en la calle de Santiago que se llamaba Puerta de los Judíos, o aquel solar que aún hoy se sigue llamando Carnicería de los Judíos. Al pasar por allí, imaginaba a los hebreos tratando de conseguir las mejores piezas de carne *kasher* para celebrar el *shabbat.*

Más que nada, me inspiraban las historias de los sabios judíos —y conversos— que habitaron la ciudad, como el escritor Menahem ben Zerah, o el insigne Abravanel, que gozaba de la confianza de Isabel la Católica y había tratado, en vano, de hacerla rescindir el edicto de expulsión de los judíos. También Alonso de Alcalá, que había participado en la realización de mi amada Biblia Complutense, o Pedro de Lerma, primer canciller de la universidad. Y un detalle interesante: cuando los españoles insultan a los judíos lo hacen en un idioma codificado por un hijo de Abraham, ya que Antonio de Nebrija, alcalaeño creador de la primera gramática de la lengua castellana, era también de origen judío.

—Si te gusta la historia te daré un libro que te interesará —dijo mi maestro—. Está al límite de lo legal, la Inquisición lo tolera, pero tenerlo es algo sospechoso, así que debes esconderlo en un lugar seguro.

El libro era de tapas anodinas y descoloridas. Lo abrí, pero la página donde figuraba el título y el autor había sido cautamente arrancada. Di vuelta el libro como esperando que el título cayera del volumen por mera gravedad. Gerónimo me miraba divertido.

—Son las obras de Flavio Josefo —me indicó.

El autor había venido al mundo como Iosef ben Matitiahu. Era un judío ilustre contemporáneo de Nerón, Tito y Vespasiano. Participó en la gran revuelta contra Roma iniciada en el año 66. Fue general y administrador de la región de la Galilea.

—Cuando la Galilea cayó ante Vespasiano, Iosef logró el favor del general, profetizando que llegaría a emperador. La profecía se cumplió y Vespasiano otorgó grandes favores a su antiguo rival devenido confidente y consejero. Aun en Roma y cerca de la corte, Josefo nunca renegó de sus orígenes judíos. Escribió obras que son una fuente única de información sobre su tiempo y sobre los antiguos hebreos. Muchos judíos lo consideraron un traidor pero muchos otros le agradecieron el haber escrito obras que inmortalizaron su historia. La Iglesia aprobó, durante mucho tiempo, las obras de Josefo pues ofrecen evidencia sobre el tiempo de Jesús y sus discípulos. El mismo Felipe II construyó el Escorial basándose en la descripción del Templo de Salomón que figura en sus libros. Pero poco tiempo después, el Santo Oficio comenzó a mirar con recelo su obra, temiendo por un lado que contribuyera a crear una visión romántica de los antiguos judíos, y por otro que los eruditos comenzaran a utilizar otras fuentes ajenas al Evangelio para saber la verdad histórica de la época de Jesús. En manos de cristianos nuevos la obra era doblemente peligrosa, pues podía ofrecer valiosa información sobre rituales y prácticas hebreas prohibidas por el Santo Oficio.

El libro me fascinó. A pesar del desusado y tortuoso estilo de Josefo, navegué por sus páginas con rapidez y facilidad. Me perdí en las descripciones de lugares, batallas y personalidades, pero encontré también una profunda admiración por mis antepasados que habían luchado con insensato coraje para mantener su tradición frente a la marea romana que los engullía. Alterné entre la fascinación y la sorna, ante la tozudez y pertinacia de aquel pueblo enigmático y antiguo, ora cercano, ora misterioso y ajeno.

Leí también sobre las muchas sectas en las que se dividía el pueblo judío en época de Josefo —una de ellas, los nazarenos, seguidores de un desconocido rabí de Nazaret— y me sorprendió la pluralidad del judaísmo, tan distinta a la uniformidad de la Iglesia católica. Aprendí acerca de las guerras de los judíos, la heroica caída de Masada y las masacres de Cesárea y Alejandría. Vi a Jerusalén y a las escarpadas colinas de Judea a través de los ojos de Josefo. Se me antojaron similares a mi Andalucía.

Leía y releía. Devoré la historia hasta hacerla parte de mi carne. Los judíos, cuya sangre portaba, no eran esos infames y asustadizos seres que celebraban ritos asquerosos escondidos como ratas. Eran luchadores que se habían batido frente al imperio más poderoso de la tierra sin claudicar ni desesperar.

Ya os he hablado de aquellas fronteras que no se cruzan de un solo paso, sino que se atraviesan luego de una larga y a veces dura caminata. Pues lo mismo sucedió con mi descubrimiento del judaísmo.

Por momentos era los valientes hebreos descritos por Josefo, pero también era sus perseguidores. Era Jerusalén, pero también Roma y España. Sentía que aquel Dios abstracto e inefable de los judíos me llamaba para que volviera a casa, pero aún me sentía ligado al cálido Dios hecho hombre de los cristianos. En aquellos tiempos de búsqueda y reflexión estaba a mitad de un camino de destino incierto. Me sentía parte de dos mundos y perteneciente a ninguno. Era algo así como la hoja en blanco entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Mi formación prosiguió por un recorrido meandroso y desordenado, pero Gerónimo tomaba mis dudas como algo positivo.

—Nosotros creemos que la duda fortalece la fe —dijo, y luego agregó—: El Dios de Abraham nos incita a pensar por nosotros mismos, a preguntarnos… Nos conmina incluso a dudar de Él. El ideal de ser humano es aquel que camina con Dios, hablándole casi de igual a igual en una relación en la que uno acepta ser desafiado por el otro.

No estaba seguro de entender.

—Y las preguntas… —buscó las palabras—, las preguntas son la esencia del ser humano. Cuestionarse, dudar, preguntar, es lo que nos hace humanos. Tú conoces bien la Biblia, ¿qué dice Abraham cuando Dios le anuncia que destruirá Sodoma y Gomorra?

Entorné los ojos y cité la escritura.

—"¿Acaso el Juez de toda la tierra no hará justicia?".

—Exacto —se entusiasmó—, ¡lo desafía, lo sermonea! Dios es rey, pero no es un déspota caprichoso, es un rey sujeto a sus propias leyes de justicia y verdad, y si se aparta de ellas, el hombre, su socio en la creación, tiene el derecho y el deber de demandar explicaciones.

Yo absorbía todo aquello con fascinación, solo de a poco lograba digerir la profundidad de aquellos conceptos.

Me explicó que en el judaísmo el hombre se relaciona directamente con Dios, sin necesidad de intermediarios, sin sacerdotes ni administradores de sacramentos. En el judaísmo, me aclaró, cualquier hombre tiene la misma jerarquía frente a Dios.

—Todo comienza en la creación misma —dijo—. Dios crea a un solo hombre y una sola mujer a su imagen y semejanza, dotados de una dignidad divina, de un valor infinito. Tú lees mucho la Biblia, pero no la lees como debe leerla un judío.

—¿Y cómo es eso? —pregunté.

—Los judíos no leen la Biblia, la interpretan. Entender la Biblia literalmente es para los simples, para aquellos que rehúsan entablar un verdadero diálogo con la palabra de Dios.

Me contó que los judíos tenían varios niveles de interpretación de la Torá, desde el más literal hasta el más esotérico, pasando por el alegórico, el simbólico y el metafórico. Me habló acerca del *midrash*, aquella forma de interpretación creativa del texto bíblico que trata de extraer mensajes y valores relevantes para los lectores de cada generación. El midrash se aparta de la literalidad del texto como un barco deja el muelle para viajar a destinos insospechados. No hay interpretación "correcta", no hay verdadero o falso, muchas discusiones terminan en un empate que debe esperar a la llegada del Mesías que, como dice el Talmud, "resolverá todas las disputas y contestará todas las preguntas".

En el midrash, las incongruencias del texto no son errores, sino indicios de profundas verdades que Dios había plantado para nosotros.

Aprendí que las diferencias entre los hombres no son una aberración ni una herejía a ser castigada con la hoguera, son el mandato de un Dios que nos ha transferido parte de su dignidad y su majestad. Negarle a un hombre el derecho a ejercer la unicidad que Dios implantó en él es tal vez la peor manera de insultar al Creador.

El judaísmo que poco a poco iba descubriendo me parecía abierto e infinitamente seguro de sí mismo. Sin temor al disenso, sin inquisiciones ni bulas papales, sin necesidad de uniformar por la fuerza o eliminar a aquellos que pensaran distinto. Leer acerca de las interpretaciones contradictorias y los debates inconclusos en aquella España oscurantista era como abrir una ventana luego del invierno, dejando que entrara el aire fresco y la luz tibia de la primavera.

En aquel periodo fértil y convulso hubo otras revelaciones, tal vez más importantes, que los secretos ocultos de la Biblia.

Gerónimo no solo podía abrirme la puerta a la fe de Abraham, también poseía otros conocimientos que yo temía tanto como anhelaba. Una vez tomé coraje para preguntarle.

Sentados bajo los soportales del hermoso patio trilingüe de la universidad —llamado así por las conversaciones en latín, griego y hebreo que allí se escuchaban—, lo encaré con voz temblorosa. En aquel recinto donde flotaban discursos en muchas lenguas, me faltaron las palabras, pues era mucho más arduo preguntar acerca de mi familia que acerca de la religión prohibida.

—Gerónimo, necesito preguntarte algo.

—Adelante —dijo, esperando alguna consulta de índole religiosa.

—Aquella noche en Jaén… le dijiste algo a mi padre.

La sangre aversonó su rostro y después de una larga pausa al fin respondió:

—Juan, en momentos de enojo uno dice muchas cosas sin sentido…

—No me mientas, Gerónimo. ¿Por qué me llamo Juan de Prado y no Juan García? Ese era el apellido de mi padre, ¿por qué lo cambió?

—Deja al pasado tranquilo, no obtendrás nada bueno despertando fantasmas.

—Me has estado enseñando a apreciar el pasado, a sentirme ligado a cosas que pasaron hace tres mil años, ¿y ahora me dices que deje al pasado tranquilo?

—Juan, esto no es un ejercicio de retórica. Hay cosas que es mejor dejar cubiertas de un manto de piedad.

—¡¿Manto de piedad?! Yo he convivido con ese hombre, me ha formado, o más bien deformado, he sufrido día tras día su carácter imposible. Hay cosas que le han pasado que lo han hecho ser así, tú conoces esa historia, pero no te pertenece. ¡Es mía, no me la puedes ocultar! ¡Ni negar! —Gerónimo bajó los ojos y evitó mirarme—. Ya me conoces —continué—. Sabes cuán testarudo puedo ser. Ahorrémonos los ruegos y la insistencia y cuéntame de una vez.

—Tu padre ha sufrido mucho, Juancito, y yo he sido cruel y necio en recordarle sus antiguos pesares…

Su rostro estaba ahora contrito y abatido. Exhaló largamente.

—Fue en Galicia, cuando apenas habíais llegado de Portugal. Alguien lo denunció a la Inquisición.

Lo miré sorprendido, mi padre ¡¿reo de la Inquisición?! No tenía sentido.

—Obviamente —prosiguió Gerónimo—, tu padre tenía una conducta irreprochable. Quizás algún comerciante celoso se lo quería sacar de encima, ya que su honestidad amenazaba a la caterva de corruptos que controlaba el comercio en la región.

Luego me contó cómo mi padre había sido arrestado sin testimonios válidos en su contra. Sus acusadores habían usado vaguedades improbables, como que se habría rehusado a comer cerdo, o que los sábados usaba una camisa limpia. Los inquisidores lo sabían inocente, pero, en flagrante violación de los reglamentos del Santo Oficio, decidieron dejarlo detenido para extraer la información que presentían que tenía. La Inquisición estaba ansiosa por demostrar que Galicia estaba infestada de herejes y mi padre, honesto y deseoso de probar su inocencia, era una gran tentación.

—Lo sometieron a tormentos horribles, el potro, la garrucha, el brasero, la toca… pero las torturas de la mente fueron más cruentas que las de la carne. Lo hicieron creer que su familia había sido arrestada, que tenían pruebas contundentes en su contra, que solo confesando y dando nombres de judaizantes salvaría a su mujer y a sus hijos.

Me estremecí de horror frente a aquellas imágenes de mi padre torturado. Me faltó el aire y una oleada de hiel me corrió por la espalda. Abrí la boca, pero las palabras se me habían congelado en la garganta. Traté de mirar a Gerónimo y rogarle con los ojos que se detuviera, pero él hablaba con la vista en blanco, como si su mirada se hubiese extraviado en el pasado.

—Al final tu padre se quebró. Cuando la tortura te quiebra, es como si se abrieran las puertas de un dique, empiezas a hablar y no paras. Tu padre dio nombres de portugueses que suponía judaizantes, y hubiese denunciado hasta a su propia madre si no hubiese llegado la orden de liberarlo de inmediato.

Sentí que la emoción me anegaba los ojos. Acababa de encontrar una explicación a la frialdad y la intransigencia de papá. No era un hombre sin amor o interés, era un hombre quebrado por dentro. Los torturadores habían dejado en su alma una negra oquedad que se llenó con culpa, resentimiento y angustia. Me odié por odiarlo. Me detesté por burlarme de su carácter huraño y de su ceño perennemente crispado. Me culpé. Si le hubiese dado más alegrías —pensé— tal vez le hubiera hecho olvidar su infortunio.

—Al volver de su arresto decidió dejar de usar su nombre y tomar el de la familia de tu madre —continuó Gerónimo—. Quería desaparecer, fundirse en el paisaje. No quería que otros lo reconociesen, pero por sobre todo, quería escapar de sí mismo, salirse de su piel, olvidar quién había sido y lo que había hecho. Decidió dejar Galicia y partir hacia Andalucía, donde muy pocos lo conocían.

Me tomó un tiempo responder, pensé en todas aquellas instancias en las cuales mi padre había mostrado odio genuino a todo lo que tuviera que ver con los judíos y en todas las oportunidades en las que no había manifestado ningún tipo de rencor contra la Inquisición. Si a alguien debía odiar mi padre era a la Inquisición. No tenía sentido. Se lo dije a Gerónimo.

—El odio es un material maleable —me respondió—. Su objeto no es tan importante, porque cuando odiamos siempre nos odiamos a nosotros mismos… Es como un río que terminará siempre en el mar, pero en su curso busca cauces diferentes —respiró hondo antes de

continuar—. Mira, Juan, es difícil de entender pero la inquina de tu padre se transmitió de los inquisidores a los judaizantes. Se dijo a sí mismo que si los conversos hubiesen sido católicos sinceros la Inquisición no habría tenido razón de ser; culpó de su infortunio a aquellos que persistían en el judaísmo. Ellos, no el Santo Oficio, eran los que le habían cagado la vida. Odiarlos era una forma aceptable de odiarse a sí mismo.

Amagué a decir algo pero me detuve. No sabía qué decir.

—Sobre el potro dejó más que huesos rotos y tendones desgarrados, dejó su amor propio y parte de su sanidad —concluyó.

—¿Y mamá? —pregunté.

—Tu madre y tu tío tienen vagas nociones de lo que pasó, pero no conocen los detalles. Yo los sé por algunos contactos que tengo dentro del Santo Oficio.

—¿O sea que mi padre carga solo con esa historia?

—Así lo ha querido —respondió, encogiendo los hombros.

Hundí la cara en el cuenco de mis manos tratando de guarecerme de la tormenta de dolor que me acababa de caer encima. Gerónimo puso la mano sobre mi hombro, como si consolara al familiar de un enfermo que no sobrevivirá.

—Lo siento —dijo.

Nos quedamos sentados en silencio, bajo un sol insolente al que no le importaba la confusión que invadía mi alma.

Pedro Caballero, mi director de estudios, me convocó a su despacho. Se sentó en su escritorio de madera oscura, sostenido por cuatro patas que terminaban en pies de león, con todo y garras. Se lo veía majestuoso, con las espaldas guardadas por un nuevo lienzo del maestro Zurbarán que describía la Sagrada Anunciación.

—Tengo los resultados de tus exámenes finales —dijo.

Habían pasado ya tres años de mi arribo a Alcalá. Años en los que había vivido vicisitudes, dudas y descubrimientos. Habían sido también años disipados de juergas, tugurios y trifulcas.

Había rendido mis exámenes finales y estaba seguro de que mis resultados serían terribles. Incluso pensé que sería expulsado de la universidad. Al fin y al cabo, mi dedicación a los estudios era parcial. Los cursos de la Facultad de Artes y Filosofía competían por mi atención y mi tiempo con mis lecturas prohibidas.

En su sillón, Caballero parecía un rey todopoderoso impartiendo justicia. Fingió buscar algo entre sus papeles, como para darle más dramatismo al anuncio. El eminente profesor no sabía hasta qué punto

sus clases me habían llevado a dudar de aquella fe que él buscaba reforzar. Ignoraba que yo había sujeto a la Iglesia al riguroso análisis de la religión natural y de la lógica que él mismo me había enseñado.

O tal vez sí lo sabía y me echaría a la calle o, aun peor, a una mazmorra de la Inquisición.

Traté de tranquilizarme pensando que mi judaísmo de entonces era, por llamarlo de alguna manera, platónico. Gerónimo había debido dejar Madrid para atender a la familia de los duques de Lerma y si bien cada tanto compartíamos lecturas y charlas, nuestros encuentros se habían espaciado demasiado. Leí abundantemente, y mis lecturas eran cada vez más peligrosas, pero *stricto sensu* no había practicado la religión de Moisés.

Caballero fingió encontrar el papel que había aparentado buscar.

—Aquí está, libro 447, folio 88b del año de Nuestro Señor de 1630. Juan de Prado, Loperensis… —hizo una pausa teatral—: séptimo.

—¿Séptimo? —pregunté incrédulo.

Relajó su rostro intransigente para dar lugar a una sonrisa de inusual calidez.

—Sabía que te graduarías sin inconvenientes —dijo—. Pero nunca pensé que estarías entre los diez mejores de tu camada. Espero te sientas orgulloso, licenciado Juan de Prado.

Más que orgulloso estaba sorprendido, y mi reacción fue algo lenta.

—Esto quiere decir, licenciado —continuó el profesor—, que has sido aceptado en la Facultad de Medicina de esta muy docta villa de Alcalá. Felicitaciones.

—Doctor —tartamudeé—, no habría podido hacerlo sin vuestra guía y vuestro apoyo. Os estoy eternamente agradecido.

—Pamplinas —dijo—. Eres un joven muy inteligente, Juan; tienes gran potencial.

Me maravillé de cuánto había cambiado la actitud de mi director desde el día en que entré. Parecía que había sido la mañana anterior cuando escuché aquella conversación en la cual él y Juan de Escobar se debatían acerca de cómo hacerme desaparecer. Ese día, el del anuncio de mi aprobación, había en él un tenue, pero sincero afecto.

—Pero yo sé que podrías haber sido primero en vez de séptimo —continuó.

Lo miré con algo de recelo.

—Juan, te has graduado con honores a pesar de ser uno de mis alumnos más jóvenes. En tres años serás licenciado en Medicina, en otros tres, doctor en Medicina y Teología; si te empeñas realmente, puedes ser una de las grandes luminarias de la cristiandad. Sería un

enorme desperdicio que te quedaras a mitad de camino.

—No lo haré, doctor, os lo prometo.

Me sonrió otra vez, con algo de sarcasmo filtrándose por entre sus labios sin carne.

—Eso lo veremos, licenciado Prado. Ahora ve a festejar. Te lo has ganado. Ven a verme mañana y te daré algunas indicaciones sobre los pasos a seguir.

El festejo, naturalmente, tuvo lugar en Madrid, en donde Vega y Piñeiro habían organizado, en honor a mi graduación, "algo especial" en una mancebía de la calle de San Ginés. Se trataba de dos mujeres que pasarían la noche prodigándome, al unísono, sus mejores artes. Piñero se refirió al evento en términos religiosos: "¡Ve y experimenta la Sagrada Trinidad!". Fue, sin duda, una experiencia mística.

Así fue como, con la lascivia satisfecha y la resaca a cuestas, comencé, el 21 de febrero de 1630, los cursos de la Facultad de Medicina. Lo que no sospechaba era que, en aquellos días, un encuentro tendría consecuencias cruciales en mi vida.

Cierta vez, mientras el viento de fin de invierno golpeteaba sobre los soportales del patio de los filósofos, escuché una gran algarabía proveniente de una de las aulas. Al acercarme vi que un grupo de jóvenes cubría de golpes y escupitajos a un nuevo estudiante. A los gritos de "nuevo" se sumaban los de "puto" y "judío". El pobre muchacho estaba hecho un ovillo en el piso y se cubría como podía la cara con las manos.

Sonreí pensando que los estudiantes eran incorregibles. Las chanzas de aquel tipo eran crueles pero mayormente inofensivas, así que seguí de largo sin intervenir. De pronto algo me detuvo en seco. Algo en el nuevo me había llamado la atención, como si hubiese percibido algo ligeramente familiar.

Me acerqué curioso, recibiendo sonrisas e invitaciones a unirme a la golpiza. Me hice lugar entre los granujas y allí lo vi, con sus ojos verdes asomándose entre la mano con la que se cubría la cara.

—Me cago en diez —murmuré.

Baltasar Orobio de Castro, aquel que en los pocos días que compartimos se había convertido en mi mejor amigo de infancia, no había cambiado en lo más mínimo. Había crecido y tenía una corta barba cobriza custodiándole los labios generosos y la perilla delicada, pero aún mostraba la misma cara de niño bueno e inteligente que le recordaba.

Cuando reconoció a aquel extraño que lo rescató de sus atacantes, su rostro se iluminó por completo, como si hubiese visto al mismísimo

Cristo. Le hablé con aquella confusión que nos embarga al redescubrir a un amigo de la niñez. No solo me traía recuerdos complejos y difíciles, sino que no sabía bien cómo dirigirme a él. Nunca le había hablado de hombre a hombre y toda frase que pronunciaba me resultaba ajena y extraña.

—Baltasar —dije—, ¡qué bueno verte! Ven a mi casa, podrás limpiarte y ponerte ropa limpia. ¿Cuándo llegaste a Alcalá?

—Esta mañana —me respondió.

Él también estaba cohibido. El trance que acababa de pasar lo había dejado más avergonzado que dolorido. Cuando finalmente se largó a hablar su voz era grave pero temblorosa e insegura.

—Vengo de Osuna, allí hice mi bachillerato y algunos cursos de medicina. Me dije que sería estúpido no aprovechar la oportunidad para venir a Alcalá.

No hacía falta que explicara a qué oportunidad se refería. Ambos sabíamos que la liberalidad de Olivares para con los portugueses no duraría siempre y los estatutos de limpieza de sangre pronto volverían a restringirnos.

—Es bueno verte, Juan.

La dignidad le volvía lentamente a la voz.

Le puse el brazo en el hombro con un afecto que él aún no se permitía.

—¡Vamos a estudiar juntos, Baltasar! ¿Te das cuenta? ¡Quién lo hubiera dicho!

Mi grupo de amigos adoptó a Baltasar con algo de celos. Resistían un poco a aquel extraño que les había venido a robar la atención de su amigo. A Duarte y Piñero les tomó algo de tiempo acostumbrarse a su aire introspectivo que a veces pasaba por altanería. Luis Rivero, Rodrigo Enríquez y Sebastián Méndez lo aceptaron más fácilmente y aprendieron a respetar su descomunal inteligencia. Baltasar se hizo querer, ayudándolos en sus estudios y sacándoles de apuros cuando se metían en honduras. Pero a pesar de la buena relación que entabló con mis compañeros, nada se comparaba a la amistad que trabó conmigo. Luego de la extrañez inicial, la complicidad de la niñez volvió como por arte de magia, ambos sentimos que habíamos recuperado a aquel amigo que siempre habíamos querido tener. Aquel con el cual podemos compartir las cuestiones más íntimas y los interrogantes más profundos.

Las clases de la facultad se impartían con pedagogía aristotélica, el profesor leía un libro que nosotros seguíamos sobre nuestros propios textos y explicaba los puntos difíciles con la ayuda de citaciones y silogismos. A veces, algún alumno debía preparar un texto y comentarlo en frente de sus compañeros.

Baltasar y yo no tardamos en hacernos fama de alumnos inquietos, aplicados pero algo heterodoxos, naturalmente siempre dentro de los márgenes de lo tolerable. Ambos amábamos la medicina y nos sumergimos de lleno en los textos de Avicena, en especial el canon en el cual explica las teorías de Hipócrates y la interpretación de Galeno. No obstante, ambos comenzamos a sentir los límites del saber médico que recibíamos. En España se seguía estudiando medicina con textos de hacía mil o quinientos años, pero sabíamos que en otras universidades y laboratorios europeos la disciplina atravesaba por una profunda transformación. La medicina de aquellos años era como un dique lleno de grietas, a punto de ser demolido por una marejada de nuevos descubrimientos.

Recuerdo con gran claridad una clase de anatomía en la que el doctor José Cuebas, un severo médico y teólogo, nos explicaba que la orina era el principal elemento de diagnóstico con el que contaba un médico: "La orina contenida en un vaso simboliza: en su capa superior, la cabeza; en la siguiente, el pecho; en la tercera, el vientre; en la cuarta, el aparato genitourinario". Si cuando era sacudida, la espuma bajaba a la segunda región del líquido y solo muy lentamente volvía arriba, ello significaba que los órganos del pecho eran el asiento de la enfermedad, pero si subía con rapidez era que la enfermedad se limitaba a la cabeza.

En otra clase discutimos extensamente las teorías acerca del sangrado. Aprendimos en qué ocasiones debíamos sangrar a un paciente de una vena o de una arteria y nos sumergimos en las discusiones acerca de si el sangrado debía hacerse de una vena cercana a la afección o de una lejana.

Como todo médico sabe, la base de la salud es el balance de los cuatro humores: sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla. Los humores tienen características específicas, humedad, sequedad, calor y frío, y la enfermedad se produce —o al menos eso creíamos en aquel entonces— cuando los humores no están balanceados. El sangrado, las purgas, los diuréticos y los vomitivos buscan restablecer el equilibrio humoral, extrayendo del cuerpo la plétora o el exceso de alguno de ellos. La teoría era elegante, pues replicaba la idea griega de que la naturaleza se componía de cuatro elementos básicos (aire, agua, fuego

y tierra), pero probablemente falsa.

A Baltasar le molestaba que la ciencia médica pareciera vulnerar ciertas reglas lógicas; a mí me incomodaba saber que explicaciones como las de Cuebas no estaban basadas en observaciones sino en teoría pura y en el simple hecho de que procedían de sabios cuya autoridad no podíamos disputar.

Cuando le mencioné a Cuebas mi reflexión, se sublevó.

—¡La percepción es imperfecta! ¡¿Le creerías más a tus ojos que a Galeno?! ¡El saber de los sabios, santificado por la Iglesia, está imbuido de la perfección de Dios!

Para hombres como Cuebas, que dominaban la enseñanza en aquellos años, no era solo una cuestión de analizar meadas. Lo que estaba en juego era la fuente del saber. Si aceptaban que el hombre podía acceder al saber a través de sí mismo —ya fuera por la vía de sus propias conclusiones lógicas como quería Baltasar, o por la vía de la observación empírica, como prefería yo— ponían en riesgo el principio de autoridad sobre el que se basaba ni más ni menos que toda la civilización cristiana.

Así como por mi cuenta había comenzado a leer libros filosóficos al límite de lo legal, Baltasar y yo nos deleitábamos al leer aquellas obras médicas que nos ocultaban en las clases de la universidad. A veces las obteníamos gracias a Gerónimo y otras tantas nos las procurábamos en el floreciente mercado subterráneo de libros prohibidos que funcionaba en Alcalá. El mayor revuelo fue causado por aquel libro contrabandeado, que había sido publicado en Fráncfort por un médico inglés llamado William Harvey. En su libro, Harvey prueba con increíble claridad cuán errados eran nuestros conocimientos sobre el corazón y la sangre. La sangre, demostró, circula propulsada por el corazón, que funciona como una bomba. Las arterias llevan sangre a todos los órganos, y las venas la llevan de vuelta a los pulmones y al corazón. Su descubrimiento era fascinante, pero incompleto. No sabemos aún cómo la sangre pasa de las arterias a las venas y eso demuestra cuántos misterios quedan aún por descubrir en nuestro enigmático y maravilloso mundo natural que solo nos devela sus secretos con cuentagotas.

—¿Qué llevas ahí? —Baltasar señaló una alforja de cuero de la cual sobresalía un grueso volumen encuadernado en cuero rojizo—. ¿Es un libro nuevo? Debieras llevarlo con más cuidado…

—No es nuevo —dije por toda respuesta.

Me miró con sus incisivos ojos verdes. Estábamos en el piso en el que vivía Baltasar. Debido a los pocos recursos de su familia, al llegar

a Alcalá se había alojado en una de las hediondas pensiones de estudiantes pobres. A los pocos días, no pude soportar verlo en esa pocilga y le presté, a pesar de sus protestas, los reales necesarios para alquilar un lugar medianamente decente.

Me puse de pie dubitativo y miré por la ventana, como buscando consejo en las almenas del palacio de los arzobispos, que se divisaban por entre las callejuelas del barrio universitario.

Era hora de decirle. No porque no pudiera vivir con un secreto —me había vuelto muy bueno en ello—, sino porque no creía que nuestra amistad pudiera progresar si no compartía con él mis anhelos más profundos y mis secretos más ardientes.

—Baltasar… debo contarte algo —respiré profundamente antes de seguir—. He dudado mucho antes de hacerlo, pero necesito decírtelo.

Baltasar se forzó por mantener una expresión neutra, que cubría mal su curiosidad y su aprehensión.

—Hace tiempo que vengo leyendo libros peligrosos —respiré hondo tomando coraje y continué—, pero no de medicina. De judaísmo.

Baltasar me miró con pasmo, la brutalidad de la confesión fue como un mazazo que lo golpeó en pleno rostro. Vi cómo pugnaba por encontrar palabras y el silencio se me hizo insoportable. Señalé el libro que me había conseguido Gerónimo.

—Quisiera que lo leamos juntos —le propuse.

Baltasar seguía sin hablar, me arrepentí de la forma desconsiderada y abrupta en la cual le había develado mi secreto. Sentí que su silencio me acusaba.

—Desde hace tiempo tengo dudas sobre religión —dije con voz tambaleante—, y he iniciado un largo camino que me ha llevado a descubrir mis propios orígenes y tal vez la verdadera voluntad de Dios. Conozco perfectamente los peligros que esto conlleva, sé que tú puedes salir de aquí y denunciarme a un *familiar* de la Inquisición, pero no dejaré de recorrer mi camino, no viviré sin saber quién soy en realidad. No pasaré por la vida sin saber qué espera Dios de mí. Me siento responsable de una historia que lleva más de tres mil años. No quiero ser yo quien la quiebre para siempre.

Los ojos de Baltasar se anegaron y tragó saliva. Luego de un segundo interminable se me acercó y, olvidando su habitual seriedad, me estrechó en un abrazo largo y afectuoso. Cuando nos separamos, vi sus lágrimas en mi jubón.

—Juan, yo… —respiró entrecortadamente—, yo he estado teniendo las mismas dudas. Conozco algunas cosas que mi padre me

ha enseñado, y he leído algo, pero no he avanzado más porque no tengo un compañero de ruta, no tengo nadie con quién estudiar y aprender acerca de la fe de mis ancestros y la ley santa de Dios.

En aquellos instantes sellamos un pacto eterno, un pacto de secreto y peligro, pero también un pacto de lealtad y confianza. Habíamos puesto nuestra vida uno en manos del otro, pero también nos habíamos embarcado en un viaje a lo desconocido, temiendo —y tal vez anhelando— que lo que encontraríamos en el camino nos cambiaría para siempre. Una osadía ciega nos empujaba a decidir quiénes éramos y en qué creeríamos.

—¿Qué libro es ese? —me preguntó Baltasar cuando recuperó la compostura.

—*La guía de los perplejos* —contesté—, de Maimónides.

—¿Maimónides? —preguntó.

—Rabí Moisés ben Maimón. Gerónimo me contó su historia. Probablemente ha sido uno de los hombres más sabios que jamás existió. Vivió en España y se escapó con su familia cuando los fanáticos musulmanes almohades tomaron Córdoba. Vivió en Marruecos y en Tierra Santa para finalmente afincarse en Fustat, en las afueras de El Cairo, donde fue médico del sultán y escribió obras de ley y filosofía judía de un valor inestimable. La "guía" intenta armonizar la Torá con las teorías aristotélicas y con los sistemas racionales de los filósofos árabes.

—Eso es lo que ha hecho santo Tomás de Aquino con el cristianismo —dijo Baltasar sorprendido.

—Exacto, santo Tomás ha sido influido profundamente por Maimónides. Pero debo precaverte, dicen que la lectura de la "guía" es muy difícil.

—¡Pamplinas! —exclamó Baltasar—. ¡No para dos buenos seguidores de Aristóteles como nosotros! —sonrió con una excitación mal escondida—. ¿Qué estamos esperando? ¡Trae ese libro!

Hay una gran diferencia entre aprender sobre una religión prohibida y practicarla. El "pasar al acto" se enfrentaba con una dificultad muy concreta: si bien había libros disponibles que describían las ideas de los judíos, había muy pocas fuentes de dónde aprender acerca de prácticas y rituales específicos.

En esto Baltasar fue de ayuda, pues en su familia abundaban los judaizantes y él había podido observar algunos indicios, algunos jirones de prácticas con las cuales podíamos comenzar.

Aún más importante, comenzar a practicar una religión prohibida implica cruzar una barrera dentro del propio espíritu y encaminarse

en una ruta que habitualmente no tiene retorno.

—¿Por dónde quieres empezar? —pregunté. Ambos estábamos sentados en el camastro de mi habitación, con una botella de aloque a medio terminar.

Baltasar dudaba y se mecía en una de las destartaladas sillas.

—¿Qué diferencia hay si seguimos o no ciertos rituales? Lo importante es lo que creemos y lo que sentimos en nuestro corazón —dijo.

—Baltasar, piensas como cristiano. En el cristianismo lo esencial es la fe, en el judaísmo lo más importante son las acciones.

—Qué sentido tiene respetar preceptos si no están acompañados de fe, de creencias que los sostengan —respondió.

—La belleza del judaísmo, según lo entiendo, es que, al focalizarse en la ley, en las acciones, deja el terreno de las creencias relativamente libre. Tú puedes creer lo que quieras mientras respetes ciertas acciones concretas —expliqué.

—Pero también hay creencias judías —dijo sorprendido.

—Claro que sí, la creencia de que Dios es Uno, de que la Torá es su palabra y la creencia en un futuro mejor para toda la humanidad cuando su Mesías arribe a la tierra. Pero Dios no se interesa tanto por lo que tú creas como por lo que haces. En otras palabras, si haces el bien y te conduces con rectitud, lo que pienses o creas es secundario. Piénsalo, ninguno de los mandamientos obliga a *creer* en algo, solo prescriben o prohíben acciones específicas.

Baltasar me miró algo perplejo. Mi explicación no lo convencía y era de esperar. Alguien formado en las doctrinas escolásticas tendría grandes problemas en aceptar un curso de acción no fundado en un sistema sólido de creencias y dogmas. Probé otro camino.

—Piensa en esto —dije—: imagina dos amantes. Uno puede amar al otro, pero tal amor *de facto* no existe si no está acompañado de muestras concretas de cariño. Los mandamientos son la expresión concreta de nuestro amor a Dios.

Esto pareció convencerlo, o mejor dicho, darle la excusa que buscaba para lanzarse de lleno a aquello que llamaban "judaizar". El deseo de hacerlo le venía de dentro, de un llamado milenario que no podía dejar de escuchar.

—Empezaremos por algunas cosas simples —sugerí—, trataremos, siempre que sea posible, de evitar comer cerdo y conejo. Para marcar que el *shabbat* es un día especial, nos pondremos una camisa limpia. Tomaremos la precaución de arrugarla para no despertar sospechas…

Cuando aquellas palabras aversonaron mi boca, un relámpago

indeseado me mostró a mi padre, arrestado y torturado por esos mismos "delitos" que ni siquiera había cometido. Cerré los ojos con fuerza para alejar aquella visión y traté de retomar el hilo de mis pensamientos.

—Si solo tuviéramos una guía de prácticas, una lista de rituales judaizantes… —dije, volviéndome hacia Baltasar.

Él sonrió y sus ojos de jade refulgieron con ese brillo particular que los invadía cada vez que tenía una idea genial.

—¡Nos hemos vuelto locos buscando algo que siempre estuvo frente a nosotros!

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Las prácticas prohibidas… Tenemos un catálogo pormenorizado de prácticas judaizantes. Están aquí, en los versos y las pragmáticas de la Inquisición.

Me reí con ganas. ¿Cómo no lo había pensado antes? La Inquisición publica regularmente listas de prácticas sospechosas que sus espías —y todo buen cristiano— deben denunciar. Sin darse cuenta, proveían una guía invalorable para aquellos que, como nosotros, buscábamos saber cuáles eran las prácticas a seguir para judaizar.

Así como los detractores del judaísmo se convirtieron en mis guías espirituales hacia la fe prohibida, la Inquisición se convirtió en nuestra mentora de prácticas clandestinas.

Cuando las risas se aquietaron, y cuando ya quedaba casi nada de aloque en la botella, miré a Baltasar con ojos que delataban un acceso de temor.

—Baltasar, sabes que estamos cruzando el Rubicón. Una cosa es leer algunos libros, pero los riesgos de lo que comenzaremos a hacer ahora son infinitamente más graves. ¿Eres consciente de que nos estamos embarcando en un camino que nos puede llevar a la hoguera?

—Lo soy —afirmó—. Y sé que Dios valorará los riesgos que tomamos por observar su palabra.

Habría otras cosas que Baltasar y yo deberíamos compartir para sellar nuestra amistad. Ocurrió un día en el cual habíamos viajado a Madrid para una reunión secreta que mi primo Gerónimo había organizado en la que íbamos a encontrarnos con un judío italiano que había venido a entrevistarse con el conde-duque de Olivares. El valido tenía la idea de permitir a un número limitado de judíos establecerse en la capital a fin de mejorar las finanzas del reino y asestar un golpe a los Países Bajos, al privarlos de los valiosos talentos hebreos. Aún resonaban, en aquellos españoles más ilustrados, las palabras socarronas del sultán

otomano Beyazid II cuando recibió con los brazos abiertos a los judíos expulsados de España: "¡¿Cómo pueden considerar sabio al rey Fernando, cuando empobrece a su país privándolo de estas gentes y enriquece al mío?!".

Marranos como nosotros aprovechábamos aquellas furtivas visitas para recibir algún libro clandestino o alguna clase magistral de un judío que practicaba su religión abierta y libremente.

Pero yo tenía en mente otro encuentro para Baltasar. Al caer la noche le pedí a mi amigo que me acompañara a la plaza de los Herradores. Al llegar a aquel reducto de malvivientes y meretrices, él frunció la nariz y me miró severo.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí entre la baja estofa de la ciudad? —me preguntó.

—Necesito que me acompañes a ver a alguien —dije por toda respuesta.

Entramos a un edificio de piedra y ladrillo. Baltasar me seguía mientras yo subía las escaleras a largos trancos. Al llegar al segundo piso, una mujer salió a recibirnos. Su vestimenta y la gruesa capa de solimán que llevaba en la cara no dejaban dudas acerca de su profesión.

Baltasar tartamudeó.

—Juan, qué…

—Hay más que libros en la vida. ¡Es hora de que lo descubras! —exclamé con una sonrisa.

La tusona me conocía bien y me hizo un gesto cómplice.

—Ven, guapo, aquí te sacaremos la timidez —dijo tomando a Baltasar de la mano.

Mi amigo me miró con ojos de perro apaleado.

—Juan, espera…

—Anda —insistí—, me lo agradecerás después. Está todo pagado —y volviéndome hacia la Madre, agregué—: Tratadlo bien, como vosotras sabéis.

—Vuestras palabras son órdenes, licenciado, mis niñas son expertas —me respondió. Sin darle tiempo a decir nada, di media vuelta y dejé a Baltasar, como quien tira a un niño a un río para enseñarle a nadar.

Lo esperé jugando a las cartas en un mesón de la plaza y al cabo de una hora lo vi salir de la mancebía con aire aturdido. Dejé el juego y me acerqué a él. Vi su rostro, lleno de rubor culpable.

—¿Y? —pregunté—. ¿Cómo te han tratado?

Me miró en silencio sin poder esconder lo que parecía ser un enojo violento. Al cabo de un instante eterno, su cólera fingida se quebró en

una carcajada que empezó tenue y se transformó en risotada. Ambos reímos con ganas hasta que nos dolieron las costillas.

—¿Quién te tocó? —pregunté.

—Primero Margarita, después Azucena y para los postres Cala —dijo, recuperando algo de vergüenza.

—Sí, todas las niñas allí tienen nombres de flores.

—Desgraciado… ¿cuánto les pagaste?

—¡Vale! Que son naderías.

Volvimos caminando a paso vivo, intercambiando miradas cómplices y risas esporádicas. Habíamos cruzado juntos otra frontera.

Los aspirantes a la licenciatura en Medicina debían, como parte de sus estudios, realizar prácticas en un hospital. Los estudiantes de Alcalá teníamos el privilegio de acceder a los grandes hospitales reales o eclesiásticos de Madrid, pero yo opté por el modesto hospital de Antezana, que se alzaba a pocas cuadras de mi casa.

El director del hospitalillo era un médico bajo, de voz dulce y maneras amables llamado Miguel de Guzmán. Me recibió en la puerta del bello edificio al que suavizaban curvas mudéjares y ornamentos voluptuosos. Estaba parado con los brazos abiertos, como si fuese un santo extendiendo bendiciones al vacío.

—Mi estimado licenciado Prado —dijo cerrando los brazos sobre mis hombros—, es un placer teneros aquí.

—El placer es mío, doctor.

—Pocos estudiantes eligen practicar en nuestra casa, pero algunos muy famosos han optado por hacerlo, como nuestro Íñigo.

—¿Íñigo?

Su rostro de color de pergamino se iluminó con una sonrisa tierna.

—San Ignacio de Loyola.

Me tomó suavemente del brazo para guiarme a través del patio soportado por bellas columnas y graciosos arcos.

—En tiempos más recientes, el padre de don Miguel de Cervantes ha trabajado en el hospital —dijo con orgullo sobrio—. Su casa está aquí al lado. Mirad —extendió un dedo flaco—, allí nació el gran escritor.

Continuó hablando mientras me conducía entre grandes estancias en las que se alineaban jergones con gimientes enfermos y ajetreadas monjas que los atendían musitando plegarias. Olía a alcanfor, orina y humedad, mezclados con ese aroma a enfermedad que vicia el aire de todos los hospitales del mundo. Era un lugar de dolor y miseria, pero, extrañamente, había en él serenidad y calor.

—Este hospital ha sido fundado por la familia Antezana, hace casi ciento cincuenta años, para atender a los enfermos pobres de la ciudad. Nos esmeramos en darle a los desposeídos lo mejor de nuestra ciencia y las más cálidas de nuestras plegarias.

Miré alrededor. Jamás había pensado que, en esta fastuosa ciudad, tras los colegios augustos y los pendones festivos se escondía una realidad de pobreza, sufrimiento y desamparo. Sentí culpa por la relativa comodidad en la que vivía, comiendo tres veces al día y leyendo mis amados libros entre juergas y burdeles. Fijé la vista en un enfermo que yacía con ojos afiebrados, convulsionándose y murmurando palabras ininteligibles. Un muñón sanguinolento ocupaba el lugar en el que había estado su pierna izquierda.

—Gangrena —musitó Guzmán—. Los cirujanos han amputado, pero la herida se ha infectado. No creo que pase la noche. ¿Qué sugerís, licenciado?

A pesar de la espontaneidad de la pregunta, noté que en parte era sincera pero en parte se trataba de una prueba.

—Láudano —murmuré casi inaudiblemente—. Ayudadlo a morir en paz.

Lo que dije fue casi herético, pero Guzmán pareció impresionado. La mayoría de los médicos hubiese prescripto sangrías, purgas y pociones tan rebuscadas como inútiles.

—La humildad —dijo Guzmán pensativo—, una característica tan importante como rara entre los médicos. Tenéis razón. A veces es importante saber cuáles son los límites de nuestro saber y aceptar que debemos acompañar al paciente con amor en vez de torturarlo para nada. Me encantaría que trabajaseis conmigo, licenciado.

Esa mañana, frente a aquel doctor de maneras suaves y palabras calmas, entendí la nobleza de mi profesión. Comprendí finalmente aquel refrán judío que decía que estudiar Torá y curar enfermos son las dos cosas más importantes que puede hacer un hombre. En aquel recinto de indigencia y podredumbre, me hice una promesa: siempre usaría mi arte para aliviar el sufrimiento de los que menos tienen.

—Será un honor —declaré—. Quisiera empezar cuanto antes.

Guzmán se convirtió en un mentor dedicado y atento. Frente a la enfermedad, jamás se dejaba llevar por la tentación de explicaciones mágicas o soluciones místicas. La complejidad del cuerpo le generaba reverencia, como si mirase un lienzo en el que el mismo Dios había pintado su obra culmen. Podía asumir su desconocimiento con la humildad de quien admira algo, sin necesidad de entenderlo

plenamente.

Guzmán también era un empírico. Admiraba al Avicena de los consejos prácticos, producto de décadas de observación y experimentos. Valoraba más al Aristóteles que sabía qué hierbas curaban la jaqueca que al que formulaba improbables teorías acerca de la función del hígado.

—Avicena prescribe ejercicio y dieta moderada —me dijo un día—. ¿Sabemos acaso por qué el ejercicio mejora la salud? No realmente, pero sabemos que lo hace, y eso nos basta. No busquéis comprender, licenciado, buscad curar.

Guzmán sometía los conocimientos médicos a una rigurosa prueba heurística. ¿Funciona o no? Eso era todo lo que importaba. Era tal su devoción a Cristo y su amor a Dios y sus creaturas que ni siquiera se daba cuenta de que su actitud rozaba la herejía.

Fue Guzmán quien me abrió los ojos a las obras de Ambroise Paré. En España, muchos médicos consideraban la cirugía una tarea indigna de su jerarquía. Cortar y amputar eran tareas para barberos, no para médicos entrenados en las finas artes de la filosofía y la teología. No obstante, gracias a Paré, la cirugía se estaba convirtiendo en un arte mucho más sofisticado. Mientras tratábamos a un amputado, Guzmán me mostró la técnica que Paré había desarrollado para ligar las arterias en vez de cauterizar con un hierro al rojo vivo. La cauterización era terriblemente cruenta y en muchos casos no se conseguía detener el sangrado.

En otro caso, me enseñó a untar ungüentos hechos de hierbas y alcohol que, según Paré, prevenían infecciones sin necesidad de cauterizaciones.

—Resulta que Paré era cirujano del ejército —me contó— y, desgraciadamente, tuvo muchos heridos en los cuales probar sus ideas. El experimento es la base de todo.

En otro caso, tuvimos que atender a una parturienta cuyo bebé se hallaba mal encajado en el canal de parto. La comadrona le tomaba la mano y la miraba con resignación. En estos casos, el tratamiento era de una cruenta simpleza: había que desmembrar al bebé y sacarlo parte por parte. En la mayoría de los casos, el episodio terminaba tanto con la muerte del hijo como de la madre.

Guzmán apoyó la mano paternalmente en la frente de la mujer, y procedió a realizar una serie de maniobras en su hinchado vientre. Ignorando los gritos de dolor de la parturienta y el horror de la partera, introdujo una mano hasta el útero y la movió como si revolviese un estofado. Con calma irreal me explicó el procedimiento.

—No solo soldados trató Paré. A él le debemos enormes avances en la obstetricia. Fue él quien reflotó la técnica de la versión podálica. Es posible mover a un feto atravesado en el útero y hacerlo salir de pies. Veis, licenciado, así…

Escuchaba el chirrido que hacían el líquido, la sangre y los órganos al ser movidos con destreza por Guzmán. Por entre los pliegues de carne y piel creí ver un par de nalgas que se tornaban azules.

—Rápido, licenciado, ayudadme, por favor —y volviéndose hacia la comadrona dijo, siempre en voz baja—: Apretad el vientre cuando os diga. Uno, dos, y ¡ya! Licenciado, ahí están los pies, tomadlos y tirad con firmeza, pero suavemente. Y vos —indicó mirando a la madre—: ¡Pujad con todas vuestras fuerzas! ¡Ahora! —exclamó levantando la voz por primera vez.

Los gritos de la madre cesaron de golpe y un silencio sepulcral cubrió la habitación. Miré a Guzmán, fruncí los labios y moví la cabeza con resignación. Todo parecía moverse muy lentamente, como una especie de sueño. De pronto escuché una palmada, seguida de un llanto furioso y agudo.

—Es un varón —anunció.

Al llanto del bebé siguió el llanto de la madre, un llanto de dolor, alivio y felicidad. La partera corrió a envolver al bebé, aún atado a la madre por el cordón umbilical. Guzmán se permitió una sonrisa, se secó la frente con el antebrazo y mientras se limpiaba las manos con un paño mojado me miró.

—Paré —dijo satisfecho. Luego de una larga pausa agregó—: Jamás entenderé por qué no lo enseñan en la universidad.

Juan Escobar se paró en frente de la clase con las piernas separadas y aire solemne. A sus costados, dos frailes dominicos de piel blanca y hábitos negros llevaban versos enrollados y un estandarte con la cruz. Con ademanes teatrales, Escobar tomó el pergamino de manos del fraile y procedió a leer. Su voz era como el cuchillo de un carnicero.

—“El 4 de julio, con la presencia de sus majestades el rey y la reina, se llevará a cabo un sagrado auto de fe en la Plaza Mayor de Madrid” —hizo una pausa y miró a cada uno de los alumnos. Luego gritó—: ¡Alabad a Dios, señores!

Los alumnos prorrumpieron en gritos de “viva la fe de Cristo” y aplaudieron hasta que Escobar levantó la mano haciéndolos callar.

—Tengo el privilegio de deciros que vosotros, alumnos de esta Santa Casa, habéis recibido el honor de marchar en la procesión solemne de la Cruz Verde.

No había necesidad de que Escobar explicara qué era un auto de fe, aquellas ceremonias en las cuales la Inquisición condenaba a sus presos eran eventos que movilizaban a toda la ciudad. Asistían miles de personas para ver con morbosa excitación la humillación de los herejes y sus cuerpos retorciéndose entre las llamas. El quemadero era administrado por las autoridades seculares y no por la Inquisición, por aquello de *Ecclesia abhorret a sanguine*, los condenados a muerte eran "relajados al brazo seglar" para que este ejecutara la sentencia, así las pías manos de los prelados no se manchaban de sangre.

Baltasar y yo nos miramos y aplaudimos como todos los demás para no levantar sospechas, pero ambos sentimos que estiletes de horror nos perforaban el alma.

Aquel 4 de julio, Madrid se despertó engalanada como para una fiesta. En los barrios de nobles, en las tertulias de caballeros, en los mentideros de la corte, en las mancebías y en los mercados no se hablaba de otra cosa. La ciudad hervía con anticipación. Ni siquiera cuando había corridas de toros había tanta excitación en el aire.

Sobre las baldosas de la Plaza Mayor, el arquitecto del rey había hecho construir dos enormes gradas en las que se amontonarían nobles, comisarios, notables y *familiares*. El mismo rey Felipe asistiría al auto desde un palco de la plaza. En la mañana misma del evento, obreros se afanaban para colgar estandartes, pendones, candelabros, cirios y borlas. Vimos cómo mullidas alfombras cubrían aquellas partes del tablado en las que dignatarios del Santo Oficio apoyarían sus beatos traseros.

No había carros ni diligencias. Se habían erigido barreras por toda la ciudad para controlar el flujo de curiosos y las ventanas y balcones frente a la Plaza Mayor habían sido requisadas para invitados especiales del Santo Oficio. Las autoridades municipales se limitaban a satisfacer sin chistar todas las demandas del magno evento. De hecho, habían abdicado el control de la ciudad en favor de los inquisidores, que eran amos y señores de la capital mientras duraran las ceremonias.

La procesión estaba lista para partir. Todos nos encolumnamos detrás de una gran cruz verde, símbolo de la Inquisición, para marchar por las calles de Madrid pregonando la majestad de la justicia divina, que habría de abatirse con toda su fuerza sobre los reos. Encabezaba la procesión una compañía de doscientos sesenta soldados de la Hermandad del Trabajo, la fuerza que garantizaba la seguridad de la ciudad durante el auto. Luego de esta demostración de fuerza,

marchaba el almirante de Castilla, llevando los estandartes de la Inquisición y del rey, mostrando la unidad de lo celestial y lo terrenal en defensa de la fe. El estandarte inquisitorial ostentaba el lema que animaba la acción del Santo Oficio: *Exurge domine et judica causa tuam* (Levántate, Señor, y defiende tu causa). Seguían gentilhombres, condestables, duques y gran cantidad de señores y caballeros de las órdenes de Alcántara, Santiago y Calatrava. Detrás de ellos venían las órdenes religiosas. Los de Pedro Mártir, venidos de Toledo, portaban la cruz blanca y los dominicos llevaban orgullosos la cruz verde. Al final venían los *familiares* de la Inquisición acompañando al alguacil mayor, notarios, comisarios y calificadores. El fiscal también llevaba un estandarte, que mezclaba la corona y la cruz, mientras que un secretario llevaba una caja dorada con las sentencias.

Marchamos al son de salmos, rezos y pregones, pero mi andar era inseguro, como si cada pie me pesase una tonelada. Por entre los rostros adustos y graves de las autoridades podía ver viejas desdentadas, vagabundos cubiertos de arpilleras y muchachos descalzos, corriendo a nuestro lado y babeando ansiosos, esperando ver a los herejes envueltos en sábanas de fuego. Herejes que eran como yo, de mi misma sangre, de mi misma familia. Herejes que iban a dar su vida por ser fieles a sus creencias. Herejes que morirían como hombres íntegros, sin mentirse a sí mismos y sin rendir su dignidad en el altar hipócrita de la intolerancia. Fue inevitable sentirme un traidor, un Judas que vendía a sus hermanos por los honores y beneficios de aquella sociedad que me odiaba. Por entre los vallados y la multitud, creí ver a Vega, peinándose el mostacho y mirando con rostro impávido.

Mi rostro se volvió aún más sombrío cuando llegó el plato fuerte, la procesión de los reos. Algunos portaban cruces verdes, otros amarillas para mostrar su traición a la Santa Fe. Todos llevaban sambenitos, aquella túnica de la vergüenza que los condenados por la Inquisición debían portar para que todos supieran de su herejía. Cuando la multitud vio los sambenitos y las corozas, esos bonetes ridículos en forma de cono que llevaban los herejes, prorrumpió en vítores. Los relajados, aquellos que serían quemados vivos, llevaban llamas dibujadas en su sambenito y en sus corozas.

Hasta entonces, dada la secrecía de los procedimientos, nadie sabía si habría relajados. Las llamas en las túnicas mostraban que el populacho no sería desilusionado. Habría chamusquina.

Los condenados venían acompañados de frailes que les predicaban hasta el último momento. Aunque ya era tarde para salvar su cuerpo,

los reos podían aún salvar su alma. Incluso en algunos casos la sentencia podía ser conmutada. Si el prisionero abjuraba *de vehementi*, sería agarrotado o ahorcado antes de ser quemado.

Cuando todos llegamos a la plaza y nos ubicamos en las gradas, el inquisidor general tomó una cruz y unos Evangelios y se acercó hasta el rey, para que jurara defender la fe, perseguir a los herejes y sostener a la Santa Inquisición. Olivares estaba junto al monarca y juró también, llevándose la mano al pecho en gesto de sentida sinceridad. Solo Dios sabe qué habrá pasado por la cabeza del valido en aquel momento. No podía ignorar que esas muestras de poder del Santo Oficio lo tenían a él también como destinatario.

El público presente siguió el ejemplo de rey, jurando a viva voz obediencia y fidelidad al Santo Oficio.

Luego fue el momento de leer las condenas frente a cada uno de los reos. Lo que había desatado el furor inquisitorial era el asunto del Cristo de la Paciencia. Una familia de portugueses había sido acusada de azotar ritualmente la figura de un Cristo. Se decía que el Cristo había sangrado y llorado y hasta imprecado a los herejes preguntándoles por qué maltrataban de esa manera a su Salvador. El caso no tenía ni pies ni cabeza, se basaba en el testimonio de un niño deficiente mental y carecía de evidencia alguna. Además, desconocía elementos básicos de la religión judía que prohibía tales profanaciones. No obstante, el Santo Oficio desató todo su poder sobre los sospechosos, que, si bien no habían azotado a ningún Cristo, eran judíos secretos. Además, para dar más color al auto, incluyeron algunos bígamos, hechiceras y criminales menores. Había hasta un cura que había proclamado no creer en los sacramentos. El hombre fue relajado pero antes se lo humilló públicamente, desnudándole de sus hábitos frente a la multitud.

La lectura de los cargos y sentencias en el calor polvoriento de julio fue extenuante. En total, treinta y siete prisioneros serían reconciliados, seis judaizantes y el cura serían relajados al brazo seglar para ser quemados; dos serían quemados en efigie, ya que el Santo Oficio no había podido dar con ellos y como otros dos habían muerto en cautiverio quemarían sus huesos. El fiscal había reservado su voz más marcial para este momento y habló con la majestuosidad de quien siente el poder de decidir sobre la vida y la muerte de sus semejantes. Hipócritamente, pidió clemencia del poder seglar para con los condenados, que iban todos pertinaces y negativos, es decir, sin arrepentirse de su judaísmo, pero sin haber confesado los hechos que se les imputaban. Beatriz Núñez, Hernán Báez, Isabel Núñez Álvarez,

Leonor Rodríguez y Miguel Rodríguez comenzaron a marchar hacia el quemadero, que se había instalado en la Puerta de Alcalá. Los soldados los rodeaban para protegerlos de la chusma. De los acusados, tres eran ancianos de más de sesenta años y una de las mujeres era joven y había sido bella antes de que el torturador de la Inquisición desplegase su arte sobre su cuerpo. Había frailes de todo tipo y color: capuchinos, dominicos, descalzos. Algunos predicaban a los reos, otros simplemente los ayudaban a caminar, en especial a los más ancianos. La procesión se movió lentamente sin poder esquivar escupitajos y frutas podridas. Solo la presencia de los clérigos le imponía al populacho un cierto recato. No pude evitar pensar que aquello era como un viacrucis: la calle Botero, la Puerta del Sol, la Puerta de Alcalá eran las estaciones de la cruz, en las cuales el Cristo sufriente caería ante el peso de su tormento.

Describo los fastos en detalle, pero lo que más quedó marcado en mi memoria fueron los rostros de mis hermanos condenados. La dignidad con la cual cargaban su martirio. Uno de ellos dejó caer la coroza. Tres veces la tiró al piso y tres veces los soldados se la volvieron a colocar. Finalmente la volvió a tirar de forma tal que cientos de pies la pisotearon. Leonor Núñez se negó a llevar la cruz verde, diciendo que no moriría en una fe en la que no creía. “¿Qué vais a hacerme? —desafió a los curas con ironía—, ¿quemarme?”. Otro musitaba plegarias en las que percibí palabras en portugués y en hebreo. La palabra *Adonai* surgía entre los murmullos. Uno de los curas fue traicionado por su emoción. Imagino que no podía sino conmoverse ante aquellos mártires que tanto le recordaban a aquellos primeros cristianos que los romanos mataban en el circo ante la obscena fascinación de la plebe. Se esforzaba en convencerlos, corría de uno a otro con lágrimas rodándole por las mejillas: “¡Abjurad! Al menos os darán garrote antes de quemaros. ¡Abjurad! ¡Por el amor de Cristo!”.

Nadie abjuró, nadie protestó, nadie lloró, nadie pidió clemencia. Los ancianos marcharon con una gallardía que contradecía la debilidad de sus cuerpos. Al llegar al quemadero se abrazaron largamente e intercambiaron bendiciones: “¡Levanta la cabeza, hermano querido! Adonai recompensará nuestro martirio en el mundo por venir”; “Que *Dio* te bendiga, hijo”. Uno trató de alentar a todos los relajados: “Hermanos, todos los días decimos que amamos a Adonai con todo nuestro ser y toda nuestra alma, ¡ahora tenemos la oportunidad de probarlo! Demostraremos que lo amamos aun cuando nos arrancan el alma”. Un secretario del Santo Oficio registraba cada

movimiento y cada palabra para gloria de la Iglesia.

Yo miraba la escena junto a Baltasar y mis compañeros. Todos tenían el semblante grave y perplejo. Baltasar parecía haber envejecido diez años, Duarte y Reynoso estaban lívidos, Piñero y Méndez tenían la mirada hirviente de cólera. Antes de subir a la hoguera, uno de los condenados se dio vuelta y miró en dirección a mí. Nuestros ojos se encontraron y sin duda el hombre vio las lágrimas que amenazaban desbordar de la comisura de mis párpados. Su mirada se detuvo por un segundo y me sorprendió ver en sus ojos una profunda paz. No era la calma de la resignación sino la serenidad de la plenitud. Eran ojos sin miedo y sin duda; ojos que no contenían otra emoción que el orgullo.

De todos los horrores que vi en mi vida, nada sobrepasa los de aquella tarde de julio: la lumbre de las hogueras rivalizando con el sol que se ponía; los gritos y los vítores macabros, y por sobre todo, el envolvente olor vomitivo de la carne quemada, de vidas hechas humo.

Al volver a Alcalá había tomado una decisión. Les dije a Baltasar y a los otros que nos juntaríamos a la medianoche.

El lugar que elegí para el encuentro era el llamado Corral de la Sinagoga, una plazuela interna en la cual había estado la gran sinagoga de Alcalá. Accedimos a un sótano aversonado por un adarve escondido entre dos muros altos y sin ventanas. A la temblorosa luz de dos velas, recorrí con la mirada a uno por uno de mis compañeros y comencé a hablarles con una determinación y una convicción que los sorprendió. Tal vez, incluso a mí mismo:

—Señores, vosotros conocéis la Biblia. Hay un momento en el cual Moisés aversona su vida de príncipe del faraón pues no puede soportar el sufrimiento de su pueblo. Dice el libro santo que Moisés "fue hacia sus hermanos, y vio su sufrimiento", y allí tomó una decisión.

Respiré profundamente. Los acontecimientos de aquel día macabro habían hecho innecesarias las introducciones y los circunloquios. Éramos todos conversos, pero nunca habíamos hablado de judaísmo. Sin embargo, la cautela se había hecho cenizas en el quemadero. Los sobreentendidos y las medias palabras se habían convertido en verdades absolutas, que habían quedado expuestas sin pudor alguno.

—Nosotros somos como Moisés, viviendo como privilegiados en esta sociedad sostenida por hogueras, látigos y represión. He visto hoy el sufrimiento de mis hermanos, y también he tomado una decisión. No dejaré que su martirio sea en vano. Mantendré viva la llama del judaísmo, a pesar de los riesgos, a pesar de las dificultades. Para

algunos —miré a Baltasar—, la mayor preocupación es la salvación del alma, para mí es la continuidad de mi pueblo. Yo he estado judaizando tímidamente, ensayando algún rito, leyendo algún libro, pero a partir de hoy voy a vivir lo máximo posible en la ley de Dios. Voy a mantener viva la tradición de mis padres, voy a descubrir la fuerza de esa fe que hace que hombres puedan ir a la hoguera con la cabeza erguida y una sonrisa en los labios.

Hice una larga pausa y sentí el corazón golpear contra las costillas. Mis amigos me miraban en silencio.

—El judaísmo no es algo que uno pueda practicar solo. La base de la práctica judía es la comunidad. Es hora de sacarnos las máscaras, señores; todos somos de familias conversas, la sangre que corre por nuestras venas es la sangre de los patriarcas y los profetas. Os invito a unírseme, a ser una comunidad regida por un pacto inquebrantable que nos obliga a servir a Dios y mantener viva una cadena milenaria. Os invito a descubrir la verdad, a saber quiénes somos tras las caretas infames que nos ha impuesto el Santo Oficio. Os invito a un viaje a la profundidad de nuestras almas para descubrir en ellas verdades eternas y fuentes de luz inacabables.

Me callé porque mi voz comenzó a quebrarse por la emoción. Un pesado silencio descendió sobre el sótano, solo quebrado por alguna rata que chillaba indignada por la profanación de su refugio. Crucé miradas con Baltasar. Por un instante pensé que había cometido un grave error. Uno que me llevaría directo a la hoguera.

Duarte se me acercó caminando despacio y mirándome fijo. Pensé que me iba a lanzar un puñetazo, pero en vez de eso me abrazó, liberando toda la tensión contenida de aquel día infame.

—Estoy contigo, hermano.

Reynoso y Méndez se acercaron también, fundiéndose en abrazos. Hasta Piñero, siempre tan trivial y superfluo, estaba conmovido.

—¡Por los mártires! —exclamó.

Baltasar pensó que debíamos sellar nuestro compromiso con alguna formalidad y propuso un juramento. Prometimos lealtad a la ley de Dios y nos juramos lealtad el uno al otro. El nuestro no era un pacto suicida, así que nos juramos silencio y secreto, y también morir antes de delatarnos los unos a los otros. Seríamos una comunidad en Dios, en las buenas y en las malas. Seríamos orgullosos miembros de la Casa de Israel y la estirpe de Jacob. No teníamos ninguna Biblia para jurar sobre ella.

—En el judaísmo ningún objeto ni persona alguna es intermediaria entre el hombre y Dios. No nos hace falta la Biblia para sellar este

pacto eterno.

Invocamos a Dios y nos encomendamos el uno al otro.

En un impulso, casi sin darme cuenta, me había convertido en el líder de una rebelión silenciosa; en el capitán de un barco condenado al naufragio. Sin quererlo me había comparado con Moisés, pero en realidad no sabía ni abrir aguas ni producir plagas. De algún modo la hoguera se me aparecía como la tierra prometida a la cual conducía a mi grey.

Nuestra pequeña comunidad de judaizantes nació del dolor y la indignación, pero no por eso fue un grupo melancólico. En eso, aun sin saberlo, éramos profundamente judíos. Una de las cosas que me fascinó cuando nos hicimos de algunos libros y oraciones judías era la falta total de amargura. Ciertamente, los judíos anhelaban un futuro mejor, pero no se consideraban víctimas. Se veían a sí mismos como un pueblo amado por Dios, el depositario de su ley y de su mensaje. Sus mandamientos no eran una carga sino una bendición y agradecían a Dios por las innumerables maravillas que Él había hecho en su favor. Aun luego de masacres y persecuciones, los judíos seguían mirando al mundo y a la humanidad con optimismo. Nada podía suceder para que ellos o su Dios perdieran la fe en el hombre.

Gerónimo y algunos portugueses de Madrid pasaron a ser parte de nuestro *minian*, que es como los judíos llaman al quórum de diez hombres necesario para rezar y practicar ciertos ritos. Atrás habían quedado sus reticencias originales y ahora se deleitaba viendo cómo su alumno se había convertido en maestro.

Uno de los momentos álgidos de nuestra peregrinación espiritual fue la primera vez que celebramos Pésaj, la Pascua judía. Reconstruimos la mayoría de la ceremonia basándonos en jirones de información que recogimos de fuentes diversas. El judío italiano que negociaba con Olivares nos había dejado algunas explicaciones sobre cómo hacer el pan ázimo, que recuerda al pan de la aflicción que los hebreos comían en Egipto durante su largo cautiverio y que se consume en la celebración. También, en nuestro refugio del corral de la sinagoga, organizamos un rudimentario Séder, la comida central de la fiesta que incluye rituales, lecturas y canciones para hacernos revivir la amargura de la esclavitud y el regocijo de la libertad.

Para la celebración tratamos de arreglar lo mejor posible nuestro sótano, pero no nos pudimos deshacer de los roedores que correteaban asustados por entre nuestras piernas. Uno a uno fuimos llegando a aquel desván que era a la vez hogar, refugio y sinagoga, revestidos de una mezcla de tremor y coraje.

Fue Gerónimo el encargado de abrir la ceremonia.

—En cada generación, dicen los sabios, cada persona necesita sentirse como si ella misma hubiese salido de Egipto.

Hizo una larga pausa mientras se le anegaban los ojos.

—Hermanos —continuó—, para nosotros la opresión no es un recuerdo lejano. La esclavitud no es de la carne, pero sí del espíritu. Tal como los antiguos hebreos se alzaron contra el poder del faraón, nosotros nos levantamos contra el poder de la más poderosa máquina de represión que el mundo ha conocido. Celebremos la libertad, hermanos, pues de los dones de Dios ninguno es más preciado. Celebremos quienes somos, celebremos que descendemos de una tribu de esclavos que supo dar al mundo un mensaje de amor y libertad. Celebremos que en un día como hoy, hace tres mil años, aprendimos que la dignidad del hombre no se cede ni se negocia, y que los tiranos desaparecen, uno tras otro, mientras que nosotros, los humildes esclavos, permanecemos; golpeados, torturados, perseguidos, humillados, pero libres, dialogando con Dios, como lo hizo Moisés en la montaña y cargando con la esperanza eterna de un mundo mejor para todos los hombres.

Sabíamos que en el corazón del Séder había una serie de preguntas que pueden resumirse en un interrogante central: ¿por qué es esta noche diferente a las demás? Tradicionalmente, es el niño más pequeño de la familia quien pregunta y el más anciano quien, en forma de respuesta, cuenta la historia del Éxodo.

Aquella noche, a falta de niños, fue Baltasar quien preguntó y, entre todos, relatamos la salida de Egipto y compartimos nuestras propias reflexiones acerca de la festividad.

—Es adecuado que las preguntas sean tan centrales en la fiesta de la libertad —dije, pensando en voz alta—. Preguntar es el más absoluto signo de libertad. El esclavo no pregunta, obedece. El hombre libre cuestiona y se rebela. No acepta dogmas, sino que ejercita la razón y el libre albedrío que Dios le ha dado. La Inquisición quiere que no preguntemos, sino que aceptemos sus dictados y sus dogmas. El Santo Oficio tiene miedo de la libertad del hombre, nosotros, por el contrario, la glorificamos y la convertimos en la base de nuestra fe.

Comimos una soberbia pierna de cordero asado y algo que respetamos puntillosamente fue la costumbre de beber los tradicionales cuatro vasos de vino en memoria de las cuatro formas distintas en que la Biblia relata la liberación. Como es costumbre, volcamos vino de nuestras copas como lamento por el sufrimiento de los egipcios durante las plagas, pues uno no debe jamás regocijarse del

sufrimiento ajeno, aun cuando sea necesario para la liberación. Cantamos canciones en djudezmo que algunos conocían porque habían sido transmitidas de generación en generación. Pero por sobre todo leímos y comentamos la historia milenaria, y siempre vigente, de un pueblo en busca de su libertad.

Nuestra celebración no era *kasher*. No seguía la letra de la ley, pero seguía su espíritu y, lo más importante, nos hacía parte de un pueblo que trascendía tiempo y espacio. Desde las costas de Pernambuco a las estepas de Polonia, desde las montañas de la India a los desiertos de Arabia, desde las libres ciudades de Holanda hasta los sótanos de España, millones de judíos celebraban, año tras año, el milagro de la libertad, el Pésaj. Nosotros éramos uno con todos ellos y con todos los santos y mártires que se sacrificaron para que la cadena llegara hasta nosotros, inquebrantable y eterna.

Ser judío secreto implicaba practicar dos religiones. Una interior y una exterior. Una paradoja imposible en la cual se cree en una religión que no se puede practicar y se practica una religión en la que no se cree. Éramos judíos sin rituales, y católicos sin fe.

En España era imposible vivir sin participar del culto católico y eso confronta al marrano con desafíos diarios. Erasmo había tratado de reconciliar la religión del corazón con la religión externa de los rituales y ceremonias. Nosotros tratábamos de separarlas. Hubiese sido imposible, casi una sentencia de muerte, dejar de participar de misas y procesiones. La única solución era inventar estratagemas para mostrar a Dios, y a nosotros mismos, que nuestras acciones eran forzadas y no reflejaban nuestra fe. Al entrar a la iglesia, por ejemplo, Duarte musitaba: “A Cristo veo, pero en Adonai creo”; Baltasar fingía largos periodos de ensoñación mística para evitar la eucaristía, a la que considerábamos teofagia; Piñero miraba al piso cuando levantaban la ostia; Méndez repetía el primer mandamiento cada vez que sus ojos se topaban con imágenes de santos y vírgenes; Rivero omitía el *Gloria Patri* al final de los salmos y yo murmuraba: “Dio es uno y su nombre uno”, cuando se mencionaba la Santísima Trinidad. Notad que hablábamos de “Dio” en vez de Dios para no dar la impresión de pluralidad al referirnos al Eterno. Por suerte, la gente creía que se trataba de aquella manía andaluza de tragarse las “s”.

Gran parte de nuestra práctica judía era, de hecho, una negación. Nos definíamos por oposición a muchos dogmas cristianos aun sin saber que los judíos compartían muchos de ellos. No sabíamos tal vez lo más importante: nuestra práctica poseía el germen de la negación

de toda religión. Creíamos que éramos algo, pero no sabíamos hasta qué punto no éramos nada.

Fue en una de esas ceremonias forzadas, durante el año 1634, en las cuales me reencontré con Vega luego de un largo hiato en el que no había sabido nada de él. Lo vi, con su ceño adusto y sus glaciales ojos verdes buscándome entre la multitud que celebraba las fiestas de la Virgen del Val, patrona de Alcalá. No le fue difícil encontrarme, los estudiantes teníamos reservados lugares de honor en las procesiones y desfilábamos a la vista de todos con nuestras capas reglamentarias, a pesar del calor pegajoso que aún envolvía la ciudad en aquellos fines de septiembre.

Mis ojos se cruzaron con los del veterano soldado y mi sonrisa, franca e inmediata, delató la alegría que me daba verlo. Vega replicó con un guiño cálido pero calculado.

Nos sentamos en una taberna de estudiantes de la calle de Santiago y Vega tragó el vino que nos sirvieron con aire reprobatorio.

—¿Ya no queda buen vino en Alcalá? —preguntó.

—Es una gran alegría veros, don Fernando —le dije.

Realmente había extrañado sus mañas de viejo buscavidas, y si bien los años habían agregado manchones blancos en su mostacho y vetas de gris en su cabeza, aún conservaba esa vivacidad silenciosa y temeraria que tanto me cautivaba. Creí percibir, no obstante, una nueva cicatriz debajo de la oreja derecha.

Apuró el vaso y pidió que le sirvieran otro, aparentemente olvidando su previo displacer.

—Juan, lo que te voy a contar es muy secreto.

Otros hubiesen dicho aquellas palabras dándose importancia, mostrando ostentosamente que ellos tenían acceso a informaciones que el resto de los mortales deseaban. No así Vega. Me habló sin emoción, como quien lee un texto con frialdad mecánica:

—Hace algunas semanas me pidieron que hiciera algo… Algo extraño. La paga era buena, pero el asunto me olió mal y me negué. Los tipos que me lo pidieron no se tomaron mi reticencia a la ligera y enviaron a un acero de alquiler a que me enseñara una lección. El pobre quedó desangrado en San Ginés y desde entonces me han dejado en paz, pero ya ves que no querían dejar testigos de lo que se aprestaban a hacer.

—¿Qué os han pedido? —pregunté, temiendo escuchar la respuesta —. ¿Quiénes eran?

—Los hombres que vinieron a verme llegaron a mí por sugerencia

de un viejo compañero de los tercios que ahora es alguacil del Santo Oficio y trabaja junto a Adam de la Parra.

La mención de aquel inquisidor cortesano no auguraba nada bueno.

—¿Os pidieron que trabajarais para la Inquisición?

—No exactamente. Algunos hombres cercanos a la línea más dura de la Inquisición querían hacer algo que les dé una excusa para asestar un golpe definitivo a Olivares y a los portugueses. La Inquisición tiene sus razones, y los nobles enfrentados con Olivares tienen otras, pero sus intereses coinciden.

—¿Qué querían? —pregunté impacientándome.

Me miró fijo.

—Querían que colgara en Madrid unos carteles que decían: “Viva la ley de Moisés, muera la ley de Christo”.

Sentí que la sangre se me congelaba en las venas.

—¿Entiendes lo que eso significa, Juan? ¿O Alcalá solo te ha enseñado filosofías inútiles?

—Alguien está buscando una excusa para lanzar una fuerte persecución anticonversa —comenté en un murmullo apenas audible.

—El asunto del Cristo de la Paciencia no fue suficiente —dijo Vega —. Quemaron a algunos portugueses, pero no lograron desatar una ola de persecución generalizada contra los aliados lusitanos del valido. Tampoco han logrado que finalicen, de una vez por todas, los rumores de una vuelta de los judíos a Madrid. Más importante aún, hay grandes presiones de teólogos allegados al valido para reformar la Inquisición y volver más laxos los estatutos de pureza de sangre —tomó un largo trago de vino y se limpió la barbilla con el dorso de la mano—. Esta vez funcionará —añadió.

Lo miré largamente tratando de encontrar más indicios en sus ojos verdes que ahora estaban vacíos de toda expresión. Su cara se había vuelto pétrea, como los muros de una ciudad bajo sitio.

—Tengo que irme —dijo antes de ponerse de pie y acomodarse el sombrero de ala ancha—. Esta conversación nunca ha tenido lugar.

Yo, también de pie, lo miraba en silencio mientras se alejaba. Entonces se volvió hacia mí y me estrechó en un abrazo tan cálido como inesperado.

—Cuídate, Juan.

Se separó, pero siguió aferrando mis hombros con sus manos de hierro. Sentí su aliento de tierra y vino.

—Se desatará un vendaval de mierda, Juan. Toma los recaudos necesarios —añadió antes de irse al fin.

Una discriminación aún más aguda contra los portugueses podía descarrilar mis planes y estaba determinado a que eso no pasara. Hacía un tiempo que Baltasar y yo habíamos decidido intentar ser aceptados en el Colegio de Madre de Dios, el más prestigioso establecimiento de Alcalá, en el cual los estudios de medicina se envolvían en estudios de teología de altísimo nivel. El colegio aceptaba solo un número limitado de colegiales y un nuevo alumno podía ser admitido solo cuando se liberaba una plaza. Al haber dos colegiales que se graduaban, quedarían dos lugares libres y eso nos daba una oportunidad única.

Baltasar y yo sabíamos que, si entrábamos al colegio —además de obtener la mejor educación del reino—, nos abriríamos las puertas a conocimientos teológicos que facilitarían nuestra práctica judía. Tendríamos a nuestra disposición un tesoro de información que podríamos consultar sin levantar sospechas. Pero Madre de Dios era mucho más puntilloso en temas de limpieza de sangre que otros, y si se desataba una nueva ola antimarrana nuestras oportunidades de ser aceptados serían casi nulas.

A pesar del pedido de Vega, compartí sus advertencias con Baltasar. El pobre sintió que el mundo se derrumbaba.

—No te preocupes, Baltasar. Encontraremos una solución —intenté tranquilizarlo.

—Debemos hacerlo rápido… —respondió con nerviosismo.

La corrupción de Madrid no solo era cuestión de mancebías y tabernas. El dinero podía comprar muchas cosas para aquellos con las conexiones adecuadas. Lo que íbamos a hacer era riesgoso, pero no se me ocurría otra idea.

En una de nuestras rondas por las tabernas de la ciudad habíamos bebido con un corregidor llamado Pernía que, un tanto excedido de copas, había dicho algo que me había hecho arquear las cejas con interés. Había contado que una red de funcionarios corruptos se dedicaba a proveer certificados de limpieza de sangre. Estos fabricantes de genealogías espurias tenían untadas a gran parte de las autoridades municipales y nadie se metía mucho con ellos. Los certificados falsos no tenían ninguna esperanza de ser aceptados por la Inquisición o por las órdenes de Calatrava o Alcántara, pero en la universidad tal vez hicieran la vista gorda y no hurgarían demasiado.

El hombre no era difícil de hallar, siempre iba a los mismos antros a gastar sus sobresueldos ilegales. Lo encontré saliendo a hurtadillas de la casa de una tusona de gran renombre. Lo seguí en las sombras de la noche, tratando de esquivar miradas curiosas o alguna que otra

partida de corchetes. En un pasadizo oscuro cerca de Santo Domingo tuve mi oportunidad para encararlo.

—Pernía —le grité.

El hombre, con algo de torpeza alcohólica, intentó sacar la toledana.

—Eso no será necesario —lo detuve—. Vengo a hablar de negocios.

Me miró con recelo, aún agarrado del pomo de la toledana. Levanté rápidamente los brazos mostrándole que no llevaba armas.

—¿De qué negocios queréis hablar? —preguntó bajando la voz.

—Vayamos a algún lugar seguro —pedí.

En la casa del hombre había un piso elevado que servía de estudio. Era una habitación desordenada, abarrotada de libros polvorientos, instrumentos de escritura y bacinas sin vaciar.

Nos sentamos en un largo escritorio en el que el hombre depositó una gran vizcaína, como para dejar bien claro que no tomaba riesgos.

—Me llamó Francisco Enríquez de Villacorta —mentí—. Dos amigos míos, clientes mejor dicho, tuvieron un terrible percance. Durante un incendio, se han quemado los papeles que probaban su limpieza de sangre.

El hombre se había sentado en una silla que crujía. Me habló sin levantar la vista mientras se limpiaba la tierra de sus largas uñas con un abrecartas.

—Que pidan los registros de las parroquias en las cuales fueron bautizados —dijo tratando de disuadirme.

—Fue un gran incendio —contesté—, la parroquia también ardió.

Me persigné y fruncí los labios con dolor. Todo era una simulación innecesaria, pero era importante guardar las formas.

—Ciertamente los hombres podrían hurgar en documentos más antiguos, obtener la fe bautismal de sus abuelos, pero eso implicaría una peregrinación por toda España que podría durar no meses sino años y mis clientes no tienen tiempo. Ya sabéis cómo son los ricos, cada segundo vale oro. Estos hombres darían cualquier cosa por, cómo decirlo, acelerar el proceso.

—¿Para qué los necesitan? —preguntó mostrando su curiosidad picada por la mención del amarillo metal.

—Ah, mi querido amigo, en este negocio cuanto menos sepa uno, mejor. Yo no he preguntado. Mis clientes son hombres de bien y cristianos viejos, eso es todo lo que necesito saber. Lo que necesitamos saber —agregué.

—¿Y quién os ha dicho que yo os puedo ayudar? —preguntó.

—Vos mismo.

Era hora de apretarlo un poco. Amagué levantarme y dije:

—Claro que si estoy mal informado me iré con mis negocios a otra parte.

—Sentaos —ordenó.

Me miró fijo por primera vez, sus ojos eran de color canela y estaban cubiertos de una película acuosa y viscosa.

—Cien ducados —dijo.

Traté de disimular la sorpresa por aquel monto extravagante. Hice un cálculo rápido y me di cuenta de que era casi todo el dinero del que disponía para pagar el resto de mis estudios. Era un riesgo enorme, Madre de Dios otorgaba estipendios a sus colegiales, pero si no era aceptado estaría arruinado.

—Cada uno —agregó.

—Dije que son ricos, no que les gusta regalar el dinero. Pensé que seríais más razonable.

Amagué a pararme nuevamente pero esta vez no funcionó. Pernía señaló la puerta.

—Idos, Villacorta, o como carajo os llaméis de verdad, pero una vez que salgáis no os volveré a recibir, y si venís a mí otra vez iré directamente al tribunal del Santo Oficio.

Reí tratando, infructuosamente, de replicar el semblante rudo de Vega.

—No es necesario enfadarse —contesté—, los dos somos hombres de negocios, de seguro comprenderás que yo tengo que ganar algo por mis gestiones.

—Ciento ochenta los dos.

—Ciento cincuenta —dije y extendí la mano para que la estrechara. Dudó un instante y luego la tomó.

Puse una bolsa de gamuza sobre el escritorio.

—Cincuenta ahora, cien a la entrega de los documentos.

Escribí mi nombre y el de mi amigo.

Salí de la estancia fingiendo compostura pero una vez en la calle, al abrigo de miradas indiscretas, me senté en el piso, jadeando y sudando copiosamente. Giré mi anillo nervioso. Había sido de todo menos cauto.

Los carteles que Vega no había querido colgar aparecieron una mañana en Madrid. Como era de esperar, se desató un gran escándalo que dio por tierra con los planes de volver a aceptar judíos en la ciudad. Una ola de sentimiento antimarrano inundó las calles. El mismo Quevedo escribió un opúsculo titulado “La execración contra

los judíos", en el cual abogaba por una expulsión de los hebreos más radical que la anterior. Esta vez debía también desalojarse a los conversos. El valido, hábil como siempre, colaboró con las investigaciones para hallar a los "culpables" y se las arregló para que el escándalo no lo tocara personalmente. Sus relaciones con los portugueses, no obstante, se volvieron algo más cautas.

Adam de la Parra y los inquisidores más extremistas no lograron todo lo que se habían propuesto, pero tenían tiempo. La Iglesia es eterna, Olivares era de carne y hueso.

Tal como lo habíamos predicho, las admisiones al Colegio de Madre de Dios se volvieron muchísimo más exigentes en términos de limpieza. Los certificados falsos de Pernía fueron nuestra salvación. Los que sospechaban sabían que no tenían el tiempo ni los medios de probar su falsedad, los que querían hacer la vista gorda podían hacerlo sin ser cómplices.

Claro que aún debíamos pasar un severo examen público de aceptación.

En el marco imponente y sobrecogedor del paraninfo, un grupo de seis renombrados catedráticos, a cuyo frente se hallaba nuestro viejo conocido doctor Juan de Escobar, me escuchó explicar oscuros pasajes de la física de Aristóteles. Al finalizar, "toda la capilla" debía aprobarme, incluidos los estudiantes que, dada mi popularidad, me aceptaron por aclamación. Para mayor seguridad, había dado instrucciones personalmente a mis seguidores de juerga para que también aclamaran a Baltasar, cosa que no fue necesaria dada la brillantez de su presentación.

Baltasar y yo nos encontramos a la salida del paraninfo, luciendo nuestras nuevas túnicas de lanilla y las capas violetas que identificaban a los estudiantes del colegio. Mi amigo me estrechó en un abrazo húmedo y emotivo.

—Juan —dijo—, jamás podría haberlo hecho sin tu ayuda, sin los certificados, sin las recomendaciones, sin tu apoyo.

Se secó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Recuerdas cuando éramos niños? Una vez hablamos sobre los milagros… Tú has sido mi milagro, Juan, no sé cómo podré agradecértelo.

Ay, querido Baltasar, menuda forma de agradecerme encontrarías años más tarde…

El Colegio de Madre de Dios nos dio grandes conocimientos en teología que luego aplicamos para crear nuestra propia idea del judaísmo. Era como si recibiéramos una casa de regalo y la

desmanteláramos para construir otra con los mismos ladrillos. Al mismo tiempo, seguíamos nuestros estudios de medicina y, en mi caso, con las prácticas en el hospitalillo de Antezana junto a mi querido doctor Guzmán. Descubrimos pensadores y filósofos que no conocíamos y que me acompañarían toda la vida. Aquello que había sentido de niño, que todas las religiones debían hacer frente a los mismos dilemas y desafíos, se hizo evidente leyendo aquellos sabios cristianos que tan brillantemente intentaban encontrar respuestas a las preguntas eternas que todo hombre debe confrontar. El pensador favorito de Baltasar era el escocés Duns Scoto, y pronto me contagió su amor por él. Uno de los logros fundamentales de Scoto, que era probar lógicamente la inmaculada concepción, me dejaba indiferente, pero no podía sino admirar la destreza intelectual de sus argumentos. El mismo método, aplicado a la definición de la moral natural o el libre albedrío, producía resultados de una elegancia mayúscula. La forma en que ligaba los atributos humanos de libertad, voluntad y verdad, rompiendo con la doctrina de santo Tomás, me dio grandes argumentos en mis propias búsquedas filosóficas.

Cada domingo los colegiales debíamos debatir con nuestros condiscípulos algún tema de filosofía natural o teología. Si bien las "conclusiones" se celebraban bajo el ojo avizor de profesores y clérigos, se trataba de momentos de rara libertad intelectual. Me sentía como aquellos sabios del Talmud, discutiendo finos puntos de ley o filosofía, sabiendo que Dios se encontraba en el debate y no en el dogma. Esperaba los domingos con impaciencia y, con el tiempo, me volví adepto, casi adicto a las polémicas teológicas. Una afición que más tarde pagaría muy cara.

De más está decir que en las tabernas y burdeles de la ciudad las capas violetas nos garantizaban un trato casi real. Nos veían como la nobleza intelectual de la ciudad y las meretrices amaban tanto nuestro refinamiento como los maravedíes de nuestras becas. Pero no solo de tusonas vive el hombre, de hecho no faltaron mujeres honestas que buscaban la juventud y potencia de los estudiantes y nosotros, serviciales, las satisfacíamos.

Otra cosa que amaban las mujeres, tanto aquellas que mercadean con el amor como las que se decían virtuosas, era un conocimiento médico bastante particular que había adquirido leyendo un libro prohibido de un tal Matteo Realdo Colombo. Colombo decía haber descubierto un pequeño órgano similar a un botón en la parte superior de la vulva que se inflamaba al tacto. Durante siglos dicho órgano

había sido o ignorado o considerado como una malformación. Colombo decía que aquel pequeño órgano era el sitio del placer sexual femenino y lo llamó “la dulzura de Venus”. Tanto el eminente Falloppio como el maestro Vesalio desautorizaron a Colombo, pero yo, con mi atracción hacia todo conocimiento prohibido, comprobé que el italiano tenía razón. Muchas mujeres conocían el secreto de Venus, pero lo guardaban celosamente; muchas otras jamás habían experimentado lo que les hacía sentir al acariciar aquel punto mágico. También en el mundo del amor, los saberes vedados otorgaban poder.

Efectivamente, en aquellos años efervescentes, filosofábamos, fiesteábamos y también profundizábamos nuestra herejía. Sumamos más prácticas clandestinas, como la costumbre del ayuno grande de septiembre, el día de Iom Kipur. Un valioso elemento que recibimos fue un calendario hebreo, que nos ayudó a calcular las fechas de las festividades y celebraciones. Quien nos lo proveyó era un comerciante, judío secreto, venido de Hamburgo que había traído un librillo desarmado y pegado, hoja por hoja, en el interior de su sombrero. El día de Kipur era muy importante para nosotros, pues necesitábamos pedir el perdón y la comprensión de Dios por no vivir plenamente su ley y por hincar las rodillas frente a imágenes de yeso y madera. Era un día para la catarsis del alma y para creer que algún día cristianos, moros y judíos podrían honrar a Dios a su manera sin que nadie los persiguiera por sus creencias.

Pero en toda progresión espiritual hay un momento clave en el cual uno necesita ir más allá, cruzar una frontera de la cual ya no hay retorno. Y llegó ese momento en el cual Baltasar y yo descubrimos que ya no nos conformábamos con ceremonias y ayunos. Fue así que nos decidimos a sellar con nuestro judaísmo un pacto inquebrantable. Quemamos las naves del alma, haciendo algo de lo cual nunca me habría creído capaz.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Tan listo como se puede estar —respondió Baltasar—. ¿Le has dicho a los otros?

—No. Esto es demasiado riesgoso. Quedará entre tú y yo.

Era una noche cerrada y nos habíamos escabullido entre las sombras hasta la sala de operaciones del hospitalillo aprovechando que yo tenía llaves. Habíamos cubierto las ventanas y, dado que necesitaríamos mucha luz, distribuimos gran cantidad de velas y

lámparas por la habitación. La estancia estaba cubierta de resplandores anaranjados a la vez cálidos y ominosos.

—¿Y tú? —me preguntó luego.

—¿Yo qué?

—¿Estás listo?

—Sí, estoy listo.

Estaba listo para sellar indeleblemente mi pacto con Dios y con mi pueblo. Estaba listo para demostrar que mi fidelidad al judaísmo no era para mí un capricho pasajero ni una rebelión adolescente. Estaba listo porque quería mostrarle a Dios y a mí mismo que en mi corazón no había dualidad, sino compromiso absoluto con su palabra.

Baltasar percibió mi emoción y, conmovido él también, me tomó el brazo con afecto fraternal.

—Amigo mío —dije—, he tenido y tengo dudas, pero sé que mis preguntas e incluso aquella incredulidad que a veces me ataca, son el deseo del Dios de Israel. Lo nuestro no es una conversión sino una vuelta al hogar. Es una vuelta al camino correcto después de un desvío de mil seiscientos años. Hermano mío —concluí—, hoy entramos de verdad en el pacto de Abraham.

En un extremo de la mesa de operaciones había un escalpelo, una tijera y otros instrumentos. Había también dos grandes cuencos de agua y vendas de algodón recién cortadas.

Circuncidar a un bebé de ocho días como lo manda sabiamente la Biblia es mucho más sencillo que practicar la misma operación en un adulto. Sucede que los bebés carecen de sensibilidad en el extremo del prepucio y su piel cicatriza rápido. El sangrado es mínimo y no hay necesidad de suturas o vendajes incómodos. Unas gotas de miel les hacen olvidar el mal trago.

En nuestro caso, el asunto sería algo más complicado. Habíamos leído libros y consultado discretamente algunos expertos acerca de cómo practicar la intervención, pero la realidad siempre es distinta.

—¿Quién empieza? —preguntó Baltasar.

—Empezaremos por ti.

—¿Así tienes tiempo de arrepentirte? —dijo con una sonrisa chueca.

—No, tú eres mejor cirujano. En mi caso, es mejor que esté en plena forma en el momento de operarte, ¿o quieres que te corte con una mano temblorosa? ¡Anda, bájate esas calzas!

En una situación normal, tal vez lo hubiese atontado con algún alcohol fuerte, o con unas gotas de láudano, pero ambos debíamos estar totalmente alertas y en pleno uso de nuestras facultades.

Me lavé las manos y las rocié con aguardiente, una costumbre extraña que, de acuerdo con Guzmán, reducía drásticamente los riesgos de infección. Sobre el miembro de Baltasar coloqué un emplasto de hierbas que tenían un efecto anestésico local. Era uno de los tantos secretos que me había pasado el mulato Tomé y que usaba a diario en el hospital. Dejé que la pomada actuara y luego estiré el prepucio, sosteniéndolo con un sujetador que también me impediría dañar el glande en forma accidental.

—Respira hondo —dije.

La operación no duró más de un minuto. En su cara de niño bueno, Baltasar mostraba el miedo y la determinación ciega del soldado que se lanza a la carga. Traté de adivinar las emociones que se escondían detrás de sus ojos entornados y los temores que se insinuaban en sus labios crispados, que intentaban atajar el dolor. Al terminar le apliqué un vendaje cubierto de pomadas cicatrizantes y antisépticas. Su pene estaba rojo y ligeramente inflamado, pero podía ver el glande, turgente e intacto. Lo miré con satisfacción profesional.

—¡Nada mal para una primera vez! ¿Cómo te sientes?

—Duele, pero no tanto como para que no pueda hacértelo a ti —dijo, forzando un poco la ironía.

Descansó unos minutos mientras yo limpiaba los instrumentos y me aplicaba el emplasto anestésico. No anestesiaba un carajo.

Baltasar se puso de pie y estiró la mano derecha frente a sus ojos para comprobar que no temblaba.

—Vamos —indicó—, tu turno.

—Pásame el aguardiente —dije—. ¿Ya ves por qué quería que tú fueras primero? ¡Ahora no tengo por qué estar sobrio!

Nuestros miembros cicatrizaron rápido. Ambos fingimos estar enfermos para tomarnos un par de días de relativo reposo. Me tomó algún tiempo acostumbrarme a la nueva sensación. Al principio el glande tenía una sensibilidad extraña, no desagradable pero inusual. Finalmente le tomé el gusto a mi nueva verga. Me parecía mucho más limpia y hasta lucía mejor a la vista. Además, me gustaba sentir la fricción directamente sobre el glande. A veces extrañaba jugar con el prepucio, pero, a nivel sexual, no me arrepentiría. Ocultar la marca de la alianza no fue tan difícil como temí cuando retomé las visitas a casas de placer. Al fin y al cabo, cuando una verga se endurece casi no hay diferencia entre los circuncisos y los que no lo son.

Aquella vida ajetreada y estimulante de Alcalá siguió su curso por algún tiempo más. Solo internamente me sentía diferente, más fuerte, más decidido.

Era paradójico que cuanto más judío era en mi interior, más fácil me resultaba jugar el papel de un cristiano convencido. El hecho de saberme sincero en mi corazón me permitía fingir sin reticencias. Descubrí, con una mezcla de fascinación y horror, que no era difícil pretender ser otro. Por lo general me pareció hasta más fácil que ser uno mismo.

Lo que no sabía era que aquel hábito de vivir en dos mundos, de vivir en una realidad determinada sin ser plenamente parte de ella, tiene también algo de adictivo. No sabía hasta qué punto estaba ejercitando una libertad de la que nadie gozaba. De hecho, sin darme cuenta, estaba desarrollando la capacidad de ver a la sociedad con una distancia crítica y una frialdad casi académica. No sabía que una vez que uno adquiere ese hábito, ya nunca lo pierde. No sabía que, de a poco, había comenzado a perder la habilidad de estar plenamente presente en un solo tiempo y en un solo lugar. Estaba vulnerando para siempre la capacidad de pertenecer a algo con la totalidad de mi ser.

Sin embargo, por aquellos días eso no me inquietaba. Continuaba mi alocada rutina con la sensación de que duraría para siempre. Me equivocaba. Un acontecimiento inesperado haría estallar en mil pedazos nuestra realidad y nuestro engañoso sentido de seguridad.

A diferencia de muchos estudiantes, no volvía a casa en las ferias. Recibía visitas de miembros de mi familia como mi hermano Marco y mi tío Manuel, y nos escribíamos a menudo, pero tanto en los veranos como en las navidades me quedaba en Alcalá o en Madrid, estudiando y practicando. También, debo confesar, pasaba tiempo con alguna niña impresionada por mi capa violeta. Ahora, a la distancia, creo que mi reticencia a volver se debía en parte a no querer enfrentarme con mi padre luego de las revelaciones que me había hecho Gerónimo. O a no querer ver aquel lento deterioro físico del cual hablaban las cartas. O a ambas cosas.

Luis Rivero era de aquellos que volvían a casa. Su familia vivía en Sigüenza, a solo dos días de viaje y Luis aprovechaba para visitarlos en las fiestas.

Algo nos empezó a oler mal cuando Rivero no volvió para el comienzo de clases. Los retrasos eran habituales así que al principio no nos preocupamos demasiado, hasta que una noche Piñero llegó corriendo y sudando copiosamente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No aquí —dijo entre jadeos—, vayamos a un lugar seguro.

—Vamos al corral.

—No, al corral de la sinagoga no, vayamos al recodo del Henares, fuera de la ciudad, evitemos los lugares de reunión habituales.

Al poco rato nos juntamos todos a la vera del río, en un bosquecillo pequeño pero espeso. Aún no había caído el sol, pero las sombras de los árboles eran largas como la muerte.

—Luis Rivero ha sido arrestado por la Inquisición —anunció finalmente Piñero.

Sus palabras hicieron desaparecer el aire, el tiempo y la luz. Todos nos quedamos suspendidos en un espacio infinito de miedo y tinieblas.

—Al llegar a su casa les contó el secreto de su judaísmo a una de sus hermanas y a su marido. El maldito lo denunció y a la mañana siguiente los alguaciles se lo llevaron.

—¿Cuándo pasó eso? —preguntó Duarte.

—Hace más de un mes —dijo Piñero.

Hizo una pausa, tratando de contener las lágrimas.

—Hay algo más —añadió.

Respiró hondo. En la penumbra de aquel bosque sin alma solo podía ver el contorno de su pecho subir y bajar al ritmo de su respiración, y el brillo de zozobra en sus ojos húmedos.

—La semana pasada lo fueron a buscar a su celda para interrogarlo, y lo encontraron muerto. Logró quedarse con un hueso de pollo de una de sus raciones, lo afiló durante días y lo usó para cortarse las venas.

Aquellas palabras me talaron las piernas. Me senté tambaleante sobre el piso polvoriento y dejé caer la cabeza entre las manos. No sé qué hicieron los otros, pero imagino que, a su manera, estaban digiriendo su horror y su desconcierto. Y aun así, nadie sentía lo que yo. Rivero no era de mis amigos más cercanos, pero había un hecho que no podía soslayar: era parte del grupo que había iniciado yo. Si yacía desangrado en su celda era, de algún modo, mi culpa. Quedaba claro que mis búsquedas espirituales, como a veces las llamaba, no eran un juego inocente: se habían cobrado una vida. Una vida joven con años por delante, con pasiones nunca sentidas y logros nunca realizados.

Pero todos sabíamos que no había tiempo para lamentarse; aun aturdido por el dolor y la culpa, sabía que había decisiones que tomar. Y rápido.

Aquel grupo me veía como a su líder y esperaba ansioso algún indicio de la conducta a seguir. Me sequé las lágrimas y los mocos con

el puño y traté de que se me escuchara lo más tranquilo posible.

—¿Sabemos si habló antes de morir? —pregunté.

—No —contestó Piñero.

Pensé que podría pedirle a Gerónimo que usara sus contactos para obtener los archivos de los interrogatorios, pero no había tiempo. Una parte de mí decía que Rivero se había matado para no delatarnos. Pero otra explicación posible era que había hablado y no había podido soportar la culpa.

—Señores —dije—, debemos presumir que Rivero se quebró bajo tortura y dio nombres.

Era obvio, pero lo dije de todas formas.

—Si habló, hay un nombre que sin duda mencionó: el mío.

Sabíamos perfectamente que la estrategia más eficaz para evadir al Santo Oficio era la fuga. En aquellos años, y en un país como España, era difícil encontrar a alguien fuera de su lugar de residencia. No imposible, pero difícil. Buscar a un "Juan de Prado" en España, sin saber su paradero exacto, era como buscar una aguja en un pajar. Además, la Inquisición funcionaba por regiones bien definidas. A un *familiar* de Alcalá le convenía concentrarse en su territorio.

Pero aun una fuga rápida debía guardar ciertas formas. La desaparición subrepticia de un estudiante modelo sería inexplicable y por demás sospechosa. Traté de calmar mi respiración tomando largas bocanadas del aire fresco con olor a río. Había previsto ese momento, lo había evocado varias veces antes, intentando que el destino no me tomara por sorpresa, lo había ensayado, pero nunca había sentido la certeza de que efectivamente llegaría.

—Hermanos, haré arreglos para marcharme de Alcalá cuanto antes. No creo que vosotros corráis peligro, pero si queréis marcharos, os ayudaré. Aún me queda algo de dinero, y también tengo algunos contactos que pueden fabricar documentos falsos. Debemos dejar de vernos, al menos por un tiempo.

Hubo un momento de parálisis e incredulidad, como si esperásemos despertarnos de un mal sueño. Traté de sonar campechano a pesar de la gravedad del momento.

—Hasta que pase este mal rato —dije—, cada uno estará solo. Hasta que nos podamos volver a encontrar, que cada perro se lama su pija.

Nos fuimos levantando de a poco. Nos abrazamos y nos bendijimos el uno al otro. Los búhos y las ardillas oían los murmullos de "Que Adonai esté contigo", "Que Dio te guarde". Hicimos un último rezo todos juntos. Uno de aquellos rezos bastardos en los que nos

encomendábamos al Dios de Abraham y tratábamos de buscar sentido en las tribulaciones a las que su pueblo era sometido. Terminamos con el *Shema*, la exclamación central que los judíos repiten al amanecer y al anochecer. Las palabras que dicen cuando aprenden a hablar y las que musitan con su último aliento antes de entregar el alma.

Shema Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad. Escucha, oh Israel, Adonai es nuestro Dios, Adonai es Uno.

—Déjate de lamentos —dije—, siempre quise conocer Toledo.

—Juan, tal vez no es necesario que partas…

Baltasar fue el único de mis compañeros con el que seguí en contacto durante los días en los que preparé frenéticamente mi partida. Empaqué de manera desordenada, prestando más atención a los libros y a los recuerdos que a la ropa. Baltasar bebía leche de cabra de una bota y me miraba llenar alforjas y sacos.

Despedirme de mis amigos no fue fácil, pero quizá la despedida más difícil fue la de Guzmán. El día previo a mi partida, hicimos una última ronda, atendiendo a los enfermos y hablando sobre la sabiduría de Dios, que había creado al cuerpo como una máquina perfecta y elegante.

Al despedirnos, Guzmán señaló una mula joven y fuerte.

—Los médicos tienen derecho a tener una mula —dijo—, esa es para vos.

—Pero doctor —protesté—, yo no soy médico aún.

—Licenciado, durante los años que hemos trabajado juntos os has conducido como un gran médico. Ya obtendréis los diplomas, pero a mis ojos ya sois un hermano en el arte de curar.

No tenía la menor idea de dónde un médico humilde como Guzmán había conseguido un animal tan soberbio. Me dio también una caja de instrumentos médicos con el escudo de armas de la familia Antezana como recordatorio del hospitalillo, y un crucifijo tallado en madera por un enfermo del hospital. Lo besé con sinceridad.

—Escribidme, licenciado. Y por sobre todo, amad a vuestros pacientes, nunca dejes de ver en ellos la imagen de Dios.

—Nunca os olvidaré, doctor.

—¡Esperad! —me llamó y luego pareció dudar un instante—. Quiero daros algo más.

Estiró la huesuda mano entregándome un pergamino enrollado.

—Es una plegaria. La ha escrito hace quinientos años un gran médico y un gran hombre. Pertenecía a una fe abyecta, pero espero que Cristo lo haya perdonado y lo haya acogido a su diestra. Es la oración de los médicos compuesta por Moisés Maimónides.

Desenrollé el pergamino con mano temblorosa:

> *Dios Todopoderoso, tú has creado el cuerpo humano con infinita sabiduría. Tú has combinado en él diez mil órganos, que actúan sin cesar y armoniosamente para preservar el todo en su belleza: el cuerpo que es envoltura del alma inmortal.*
>
> *Tú has bendecido la tierra, las montañas y las aguas con sustancias curativas, que permiten a tus criaturas aliviar sus sufrimientos y curar sus enfermedades. Tú has dotado al hombre de sabiduría para aliviar el dolor de su hermano.*
>
> *Oh, Dios, inspírame un gran amor a mi arte y a tus criaturas.*
>
> *Da vigor a mi cuerpo y a mi espíritu, a fin de que estén siempre dispuestos a ayudar con buen ánimo al pobre y al rico, al malo y al bueno, al enemigo igual que al amigo.*
>
> *Haz que sea modesto en todo. No permitas que me ataque el pensamiento de que ya sé bastante. Por el contrario, concédeme la fuerza, la alegría y la ambición de saber más cada día. Pues el arte es inacabable, y la mente del hombre siempre puede crecer. En tu eterna Providencia, tú me has elegido para velar sobre la vida y la salud de tus criaturas. Estoy ahora preparado para dedicarme a los deberes de mi profesión. Apóyame, Dios Todopoderoso, en este gran trabajo para que haga bien a los hombres, pues sin tu ayuda nada de lo que haga tendrá éxito.*

—La leo todas las mañanas antes de mi ronda —dijo con su voz de terciopelo.

—Gracias, doctor —murmuré casi inaudible—, yo haré lo mismo.

En mi habitación, Baltasar seguía mirándome empacar.

—Tal vez baste con desaparecer por un tiempito, hasta saber qué ha pasado con Rivero —intentó.

—No empieces otra vez, Baltasar. Ya sabes que no hay alternativa.

Él lo sabía, su insistencia era un ritual vacío que lo ayudaba a soportar mejor la despedida.

—¿Qué has dicho en la universidad? —preguntó.

—Lo mismo que a mi familia. Les hablé de la *peregrinatio academica* y eso les pareció totalmente aceptable, hasta recomendable. Los mejores estudiantes buscan hacer experiencias en casas de estudios diversas para ampliar sus horizontes.

Puse una camisa hecha un bollo en un saco. Tomé los libros que

estaban apilados sobre mi mesa de noche, como siempre. Leía varios a la vez y los mantenía abiertos en la página que estaba leyendo en cada uno.

—Toledo está relativamente cerca y como alumno de Madre de Dios no tendré ningún problema en ser aceptado.

—Toledo —repitió pensativo.

—Nos veremos pronto, Baltasar. Solo me queda un año de estudios y luego volveré a Andalucía.

—Yo también volveré a Andalucía. Extraño aquella tierra —dijo.

—¿Cómo no extrañarla? —repuse.

Até con una cuerda una bolsa y formé un hatillo de provisiones para el viaje. La pobre mula iba a cargar un quintal de libros.

—Ayúdame —le pedí.

Ambos ensillamos al animal bajo un sol implacable de principios de septiembre. No había lugar para mí en la mula, por lo que me apronté a caminar a su lado. Desaté a la pobre bestia y miré a Baltasar.

—Vamos, hombre, no lo hagamos más difícil de lo que es.

Me estrechó en un largo abrazo y no dijo nada, no había nada que decir.

—Cuídate —dije finalmente.

—Tú también. Reza el salmo 121 —me aconsejó, como si me hubiese leído el pensamiento.

—“El Eterno te protege al salir y al regresar, ahora y para siempre” —recité de memoria.

—Amén —dijo.

Me lanzó una última mirada y se marchó, perdiéndose en el dédalo de callejuelas del barrio universitario.

Azucé la mula y me puse en marcha. Otro exilio. Otro final y otro comienzo. No sentía la excitación de lo desconocido, sino un profundo cansancio; una desidia pesada y triste. Viajaba cargado, llevaba el cadáver de Rivero sobre las espaldas. Por primera vez desde que había salido de Lopera, ocho años antes, sentí una necesidad desesperada de regresar a casa.

TOLEDO, 1635

Toledo había visto mejores días. Desde que la corte se había mudado a Madrid y desde que la industria local de tejidos había sucumbido a la competencia de las telas de Inglaterra y Flandes, la ciudad estaba en franca decadencia. En cierta forma, preanunciaba la suerte de España entera.

Los estudios eran un mero trámite. No había allí luminarias de la filosofía y la metafísica. Fui aceptado sin esfuerzo en los dos colegios más prestigiosos de la universidad, el de Santa Catalina y el de San Bernardino, pero no estudiaba con la dedicación de antaño. En vez de ello me pasaba largas horas meditando, refinando mis pensamientos y leyendo bajo el magnífico cuadro del Greco que muestra a san Bernardino vestido en el modesto hábito franciscano delante de un trasfondo de nubes tormentosas. El patrono de mi colegio me generaba emociones contradictorias. Me sentí cercano a él cuando supe que había sido acusado de herejía y había tenido que defenderse en un juicio público en Roma, pero no podía ignorar sus prédicas contra los judíos, que inflamaron al populacho e incentivaron a las autoridades a levantar *ghettos* que segregaron a los hebreos del resto de la sociedad.

Toledo sin sus judíos me parecía una ciudad fantasma. Había sido la Jerusalén de España, centro del saber y la ciencia y luminaria del mundo entero. Su judería ocupaba toda la parte sur de la ciudad. Los judíos habían vivido en Toledo antes que los visigodos, antes que los cristianos y antes que los árabes. La expulsión había terminado de un plumazo con más de mil quinientos años de presencia ininterrumpida, y solo los majestuosos meandros del Tajo daban mudo testimonio del sudor y la sangre que mi pueblo había vertido en aquella ciudad.

Toledo era un sueño tornado pesadilla. Era el lugar en el cual judíos, musulmanes y cristianos habían forjado la “convivencia”, una antesala del tiempo mesiánico en la que —bajo un rey sabio y piadoso

— los hombres se respetaban y cada uno adoraba a Dios a su manera. Un tiempo en el cual, tal como lo había predicho el profeta, “cada uno se sentaba bajo su vid, a la sombra de su higuera y nada los amedrentaba”.

Pero aquello era historia antigua. Ahora Toledo era un monumento al fanatismo y la incomprensión y yo deambulaba por sus aún hermosas callejuelas y por el bullicioso Zocodover como quien camina por una ciudad a la que la peste le ha robado el alma.

Naturalmente, tenía que seguir mostrando una presencia ejemplar en misas y procesiones, pero trataba de asistir a la iglesia de Santa María la Blanca, que había sido la gran sinagoga de Toledo. Siempre sentía un gran sobrecogimiento al atravesar los portales y ver las blancas columnas, los capiteles ornamentados, los epígrafes en hebreo y árabe y las delicadas formas geométricas de las galerías. Miraba el piso de bellos mosaicos e imaginaba a sabios, rabinos y príncipes caminar por el augusto recinto. Mis rezos secretos en aquel lugar sagrado, que aún estaba orientado hacia Jerusalén, tenían sabor a revancha y a desafío.

La casualidad quiso que mi práctica de la medicina también se llevara a cabo en una antigua sinagoga. El bellísimo templo construido por Samuel Ha Leví, mano derecha de Pedro I, era ahora la iglesia de Nuestra Señora del Tránsito, en cuyos claustros la Orden de Calatrava tenía un pequeño hospital. Mientras hacía mis rondas o participaba de alguna ceremonia, trataba de descifrar antiguas inscripciones hebreas e imaginaba un día en el cual los judíos pudieran rezar libremente en aquel recinto lleno de arcadas, arabescos y sueños rotos.

Pero por el momento eso no era posible. Había que encontrar otras formas. Otros lugares. Algunos decían que la superficie de la ciudad estaba agujereada. Bajo cada casa había un sótano en donde se reunían judaizantes a practicar su fe en secreto. Yo mismo había participado en algunas pocas de aquellas ceremonias, pero por lo general me mantenía al margen, usando el tiempo para reflexionar y aprender en soledad.

No bien llegué a Toledo, me instalé en una pensión tenida por una familia que me tomó cariño. En especial Inesita, la hija, una chica de unos diecisiete años que soñaba casarse con un doctor y que lucía su cabello azabache como si fuese una capa de terciopelo.

La gran ventaja de aquello era que mientras la mayoría de los estudiantes comía la sopa sosa que daban las iglesias o las residencias universitarias, yo me deleitaba con cenas que incluían cochifritos, aquellos cabritos medio cocidos y luego fritos en aceite, ajos, vinagre

y especias; calderetas de cordero; frescas sopas de ajos y almendras o la especialidad de la patrona doña María: perdices en escabeche.

Cuando me encontraba a solas con Inés, me traía mazapanes y turrones que, francamente, me gustaban más que ella. La pobre Inés hacía esfuerzos sobrehumanos por agradarme, me decía que me amaba y finalmente me lo demostró, dándome libre acceso a sus virginales carnes. Yo disfrutaba de aquellos encuentros con algo de culpa y otro tanto de indiferencia, como si brindase un servicio mediocre a alguien que paga mal.

A pesar de estos pequeños placeres, viví mi año en Toledo como una especie de exilio. Un tiempo de recogimiento y parsimonia, en el cual evité tanto riesgos como emociones.

Aun cuando recibí solemnemente los atributos de médico, no sentí gran estremecimiento. Me calcé el anillo en el pulgar a la usanza de los doctores, encajé los guantes de médico en el cinto y apronté las mulas, la de Guzmán y una nueva, para volver a casa. No me costó empacar, la mayoría de mis fardos no habían sido tocados desde que había salido de Alcalá.

Miré sin recelo ni tristeza la hermosa ciudad que aversonaba y me dispuse a cruzar el puente de San Martín. Atrás quedaba Inés con el corazón roto y un año largo, en el que el alma se me había desteñido.

Mi muy apreciado primo Juan:

Espero perdonéis mi osadía en escribiros. Es que desde vuestra partida, mi muy estimado doctor, no he dejado de pensar en vos y debo de manifestaros mi morriña y mi deseo de veros pronto.

Pienso mucho en las historias que me habéis contado de Alcalá y de Toledo. Habéis encendido mi imaginación y mi sed de aventura con vuestros relatos.

Sería pecaminoso que agradezca a la Providencia por la enfermedad de mi padre, pero de no ser por ella, no os habríais desviado cuando retornabais de Toledo hacia Lopera. Vuestro tío os dio la mala nueva de la apoplejía de mi señor padre y vos decidisteis tomar el camino de Jaén hacia el oeste para atenderlo y esa fue mi gran fortuna.

Siempre recordaré cuando llegasteis a Torredonjimeno. Os vi, con vuestra capa flameando en el viento y vuestro aire gallardo y señorial. Erais distinto de aquel niño que había conocido en aquellas reuniones familiares de años ha, pero os reconocí de inmediato, con vuestros

profundos ojos negros y vuestra sonrisa de siempre.

Mi señor, os agradezco que hayáis dado vuestra ciencia y vuestro arte a mi señor padre, quien, gracias a vos, se repone rápidamente. Pero por sobre todo, os agradezco que hayáis confiado en mí y que me hayáis contado vuestros secretos. Os prometo ante Dios que los guardaré con mi vida.

He de deciros que he reflexionado mucho desde que partisteis y deseo que me enseñéis la verdadera ley de Dios. Durante vuestra visita, me habéis puesto en contacto con mis ancestros, con sentimientos ocultos de mi corazón y con los designios que el Eterno ha trazado para mí. Deseo conocer su palabra y quiero con toda el alma que me guieis en esa búsqueda.

Mi muy añorado doctor. Solo estamos a pocos días de marcha, pero la distancia entre nosotros es dolorosa como si estuvieseis del otro lado de la mar océano.

Desde vuestra partida los días se me hacen infinitos. Escribidme y prometedme que vendréis a visitarme pronto.

Rezo al Dios de nuestros ancestros para que os guarde y os proteja y le pido que os traiga hacia mí sobre alas de águilas.

Vuestra muy devota prima y amiga,

Isabel. Villa de Torredonjimeno

LOPERA, ANDALUCÍA, 1636

Todo era tan distinto y tan igual a la vez. En mis casi diez años de ausencia, mi madre había cambiado muy poco. Estaba algo más pesada, y me parecía más pequeña de lo que la recordaba. No paraba de acariciarme la cara y maravillarse de mi anillo de doctor y mi barba elegantemente cortada.

La prematura calvicie de Marco se había hecho más pronunciada y se veía como lo que era: un comerciante demasiado honesto para ser rico. Se había casado y tenía dos hijos preciosos, Leonor y Diego, que corrieron a abrazarme aun sin conocerme.

Mientras Marco me estrujaba en un abrazo, Antonio —distante como siempre— me estrechó la mano con deferencia pero sin afecto. No se había casado y seguía viviendo en la casa paterna, ocupándose de los negocios de mi padre.

María estaba bellísima. Se había casado hacía poco con un comerciante de telas de Andújar.

Tanto ella como Marco —que vivía en Villanueva de la Reina— habían viajado a Lopera para verme. También había venido mi tío Manuel, cuyos cabellos se habían tornado completamente grises. Manuel me había encontrado en Jaén y luego me había acompañado a Torredonjimeno. Lo que pasó en aquella villa merece un capítulo aparte.

Mi padre era quien más había cambiado. Lo noté enfermo y frágil, como si se hubiese desgastado. Estaba más huraño y distante que nunca. Si estaba orgulloso de que su hijo fuese doctor, no lo dijo. Seguía firmemente al frente de la familia, pero la manejaba como un terrateniente absentista, gerenciando sus posesiones desde lejos, sin ensuciarse las manos ni embarrarse las botas. Desde las revelaciones de Gerónimo ya no podía mirarlo con los mismos ojos. Traté de acercarme a él, pero seguía sin encontrar una grieta para entrar a su corazón petrificado. Fray Gaspar y muchos de mis amigos de la niñez habían dejado la ciudad y fray Bartolomé era un cura viejo y

bonachón que luchaba para mantener el hilo en sus sermones. Seguía como siempre, viniendo a casa para degustar las delicias de mi madre. Su relación con mi padre era la de dos ancianos, hermanados por achaques y frustraciones.

Extrañaba la efervescencia de la gran ciudad, pero estaba contento de estar de vuelta. Mis solitarias reflexiones en Toledo me habían convencido de que tenía una misión especial: me veía como un apóstol de la ley de Moisés, con la función de hacer volver al redil a las ovejas descarriadas de Israel, empezando por mi propia familia. Como los apóstoles, no temía el martirio. Me sentía animado por una fe inquebrantable en la justicia de mi misión. No buscaba convertir a los gentiles, ni forzar a nadie a cambiar sus creencias, solo quería que aquellos judíos que habían sido privados por la fuerza de su tradición y su fe supieran lo que habían perdido. Quería reparar una injusticia de siglos y no temía a alguaciles o malsines. Sentía que esa era mi forma de honrar a Rivero y a todos aquellos que habían entregado su alma por la santificación del nombre de Dios.

El hospital de Jesús Nazareno y San Juan de Dios se había inaugurado hacía poco tiempo y el ayuntamiento me contrató, por un salario modesto, para que trabajara allí junto a un heterogéneo grupo de barberos, monjas y comadronas. Los nobles y corregidores me trataban como si fuese su médico privado y yo los dejaba hacer. Nunca estaba de más que personas influyentes me debieran favores.

Las funciones de médico me dejaban algo de tiempo para mi tarea de evangelización. Mi madre fue la más fácil de convencer. Cuando le conté de mi judaísmo no se escandalizó. Cuando traté de “convertirla” —si se puede usar tal palabra— no opuso resistencia alguna.

—Juancito —dijo—, yo creo más en ti que en Jesús y la Virgen, así que si tú dices que la verdad está en otra parte, pues yo te sigo.

—No, mamá, no es un tema de quién tiene “la verdad”, se trata de nuestra herencia y…

—Como tú digas —me interrumpió—. No temo poner la salvación de mi alma en tus manos. Solo dime qué tengo que hacer.

Con otros miembros de la familia, pasé largas noches en discusiones religiosas o filosóficas. Marco estaba genuinamente interesado en aprender las diferencias entre judaísmo y cristianismo y su mujer se convirtió rápidamente en una judía militante. Llegado el momento, sería ella quien iniciaría a sus hijos en la ley de Moisés, con terribles consecuencias.

Con la edad, el tío Manuel se había vuelto más cínico. Se dejó convencer con demasiada facilidad, no por amor, como mi madre, sino por desidia. Participaba conmigo de ceremonias y ayunos, pero me di cuenta de que su alma estaba cerrada al calor de cualquier religión. Parecía respetar todas sin creer en ninguna. Antonio no quiso escucharme. "No me interesan tus verdades metafísicas, ni lo que aprendiste en la universidad", dijo sin pasión ni rencor.

El mulato Tomé estaba, obviamente, exento de mi celo misionero. Él tenía claros sus orígenes. No obstante, seguí disfrutando de compartir con él secretos médicos y contarle de mi trabajo en el hospital.

Naturalmente, nunca tuve el suficiente coraje para sacar el tema con mi padre. Mi tío me había advertido que no lo hiciera.

—Tu padre no te denunciará, pero le romperás el corazón —dijo.

—Tío, ya sé lo que pasó en Galicia.

Bajó la cabeza y se peinó la barba nerviosamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Gerónimo. No es su culpa, podríamos decir que lo adiviné.

—Juan, tú serás doctor y todo eso, pero yo sé más de la vida. Nunca le digas a tu padre —me advirtió.

—Pero tío —protesté—, yo no lo juzgo.

Lanzó un largo suspiró, como si alguien le hubiese apretado el pecho con un yunque.

—Juan, tu padre… tu padre está enfermo. No le queda mucho. Ha querido mantener aquello en el pasado, no le amargues sus últimos años. Nada bueno saldrá de eso.

Extendí mi práctica evangelizadora a miembros de mi familia más distante, como mis tíos y primos que vivían fuera de la ciudad. En aquel círculo, uno de mis "conversos" más entusiastas fue Francisco Gómez Romano, quien había debido ir a Roma para que el Vaticano le autorizara casarse con su sobrina.

Pero mi seguidora más fiel era mi prima Isabel. Me había reencontrado con ella cuando, volviendo de Toledo, debí pasar por Torredonjimeno a atender a su padre. Me había llegado la voz de que estaba convaleciente, así que me instalé un par de semanas en su casa, tratándolo y ayudándolo a rehabilitarse.

Isabel, que había sido mi compañera de juegos cuando niños, se interesó mucho por mí. Se había convertido en una bella mujer. Trenzaba su largo pelo castaño dándose un aire de falsa ingenuidad que me resultaba particularmente excitante. Sus ojos eran suaves, sin

fuego ni malicia. Le conté de mi judaísmo, un poco para asustarla, y otro poco para ver su reacción.

La respuesta fue notable. Mi confesión la acercó a mí aún más y me pidió que la iniciara en los secretos de la ley de Moisés. Aquello fue finalmente lo que me ligó más a ella. Desarrollamos un romance tenue, como si lo hiciésemos a regañadientes, como si camináramos a tientas en un camino que no habíamos elegido. No obstante, aquel amorío exiguo se fue profundizando. A nivel físico, Isabel disfrutaba de mis *ars amatoria* y yo me excitaba tratando de franquear sus castos límites. Todo quedó, no obstante, dentro del marco de la virtud y la decencia. Isabel guardaba su honra para entregarla a su esposo en la noche de bodas.

Aquella noche no tardaría en llegar.

Al dejar Torredonjimeno pensé que nuestro romance no perduraría. Y probablemente no lo habría hecho de no ser por las cartas apasionadas que me enviaba. En aquellas cartas hablaba abiertamente de su pasión tanto por mí como por el judaísmo. Creo que, de algún modo, se había vuelto judía por amor. Si yo hubiese sido musulmán, ella habría abrazado la fe de Mahoma.

En aquellos rincones de Andalucía, lejos del frenesí de la capital, mi pensamiento acerca del amor y el matrimonio había cambiado. No valoraba la pasión del alma o la fogosidad carnal como antaño, lo que más me guiaba era la posibilidad de vivir con alguien con quien pudiera compartir mi secreto. Alguien que aceptara los riesgos y las inciertas recompensas celestes de criar una familia de judíos ocultos.

Mi madre, de más está decirlo, estaba más que exultante cuando anunciamos el compromiso.

—¡Has visto! ¡Yo tenía razón! —repetía.

—Sí, mamá, tenías razón, pero por los motivos equivocados.

Yo estaba más resignado que feliz. No podía dejar de pensar en los Fonseca, a quienes había conocido casi una década atrás, y preguntarme si no era yo como aquella mujer, casada sin amor cual silenciosa ofrenda a un dios inmisericorde.

La comparación no era del todo justa. Yo tenía gran afecto por Isabel y de solo imaginarla entregándose a mí se me endurecía el miembro en momentos inoportunos y a veces incómodos, como durante las rondas por el hospital. No obstante, no podía dejar de pensar en cuán diferente habría sido mi elección de esposa sin el judaísmo de por medio.

La boda en sí fue un asunto sencillo. Nos casamos el 29 de abril de

1637 en la iglesia parroquial San Pedro de Torredonjimeno. Los testigos fueron dos notables de la ciudad, Fernando y Alonso de Olivares, y los padrinos fueron mi hermana María y su esposo Antonio.

Mi madre moqueaba de la emoción y mi padre disfrazaba su frialdad con un lujoso traje de terciopelo que lo hacía verse como un viejo caballero triste que trataba en vano de acarrear con gracia el peso de sus años.

Luego de la ceremonia y la fiesta, Isabel y yo nos recluimos en una casa que pertenecía a su familia. No nos entregamos a los placeres nupciales. No aún. Faltaba algo. No nos consideraríamos casados hasta no estar unidos bajo la ley de Moisés. Mi tío Manuel, mi madre, mi primo Francisco y mi hermano Marco nos reunimos en la penumbra. Para no despertar sospechas, las cortinas estaban cerradas y solo una vela titubeante iluminaba el ambiente, dibujando sombras alargadas sobre las paredes desnudas. Yo era el novio, pero también tenía frente a mí una rara oportunidad de seguir con mi tarea evangelizadora.

—Queridos míos —dije—, el judaísmo no considera la unión de la carne como algo pecaminoso. Por el contrario, el amor es una forma de honrar al Creador y afirmar su unicidad. Nos unimos con nuestra amada y recreamos la unidad de Dios. El matrimonio es una bendición y una obligación a la vez. Es, ciertamente, el requisito para fructificar y reproducirnos, pero por sobre todo es el asiento de cosas que placen al Cielo, como la alegría, el amor y el compañerismo.

Miré a Isabel y seguí hablando sin quitarle los ojos de encima.

—La parte más importante de la ceremonia son las siete bendiciones. Curiosamente, aquellas bendiciones no hablan del matrimonio ni de las obligaciones conyugales. Hablan de la creación del mundo. Tal vez nuestra tradición quiere decirnos que ahora es nuestro turno de crear un mundo nuevo. Un mundo que nos pertenezca solo a los dos. Nos habla de la Creación, pues la magia de la unión entre un hombre y una mujer es única, no hay precedentes, no hay experiencia. Como en los albores del universo, todo pasa por primera vez. Como en el origen, todo está por crearse. El amor nos remite, queridos míos, al misterio del comienzo, a todo lo hermoso y fascinante que hay en este mundo magnífico. En el amor somos socios de Dios en la tarea continua de la Creación.

Los hombres sostuvieron un mantel en forma de palio nupcial y bajo ella coloqué un anillo en el dedo de Isabel: “Por medio de este anillo, quedas consagrada a mí, de acuerdo con la ley de Moisés y de Israel”. Luego pisé con fuerza una copa, dejando que los cristales rotos

nos recordaran la destrucción de Jerusalén y el exilio que aún sufríamos.

Finalmente todos se marcharon, dejándonos a Isabel y a mí envueltos en deseo y miedo. Atravesamos una espesa niebla de expectativa y anhelo y nos abrazamos largamente en la oscuridad.

Adiviné su sonrisa nerviosa en la penumbra y sentí sus lágrimas en mi cara.

—Felicidades, doctor Prado —dijo y apoyó sus labios sobre los míos, mezclando en su beso algo de pasión y mucho de reverencia.

Luego de mi casamiento, la salud de mi padre comenzó una decadencia inexorable. Como médico, sé que el cuerpo tiene una gran capacidad de repararse a sí mismo. No obstante, hay veces que la persona en su totalidad, el revoltijo de carne y alma que somos, está demasiado gastado, demasiado cansado, demasiado roto. Mi padre no tenía en sí los ánimos de reparar el daño que el tiempo y la tortura le habían causado. Se iba apagando de a poco.

Seguía manejando sus negocios junto a Antonio, pero lo hacía mayormente desde un sillón del cual casi no se movía. Mamá trataba de animarlo, pero parecía resignada a su indefectible ocaso. Tanto ella, desde su amor, como yo, desde mi saber médico, tratábamos de que estuviera lo más cómodo posible. Sin que lo notara, le agregaba algunas gotas de láudano en su jerez y le preparaba tisanas y emplastos. Lo sangré un par de veces, pues comprendía que el saberse objeto de un procedimiento médico afecta positivamente el espíritu, pero no porque creyera que las sangrías lo pudieran aliviar.

Un día pidió redactar su testamento. No hubo en el escrito nada sorprendente. Antonio quedaba a cargo de los negocios, en especial de las alcabalas; había una generosa donación a la Iglesia y algunos dineros para mi madre, mis hermanos y yo. No pudo evitar una ácida mención acerca de cómo sus finanzas habían sufrido por sufragar mis estudios.

Es esos días sombríos hubo algo, no obstante, que me llenó de alegría. Un día, como de la nada, Baltasar apareció en Lopera. Dijo que iba camino a Málaga, en donde se había desatado una violenta epidemia de peste. A pesar de su juventud, se veía como uno de aquellos médicos aristocráticos, grandes sabios que miran al mundo desde un pedestal. Su barba corta era más espesa y había una gran dignidad en su andar. Me pidió que lo acompañara y acepté, pero no partiría de inmediato. Quería ver cómo evolucionaba mi padre, quien para entonces había comenzado a perder su lucidez.

Cuando papá vio a Baltasar se irguió y trató de decir algo. Intenté calmarlo.

—Es Baltasar Orobio de Castro, papá —dije, poniéndole una mano en el hombro.

—Gerónimo… —murmuró mi padre.

Tenía razón, Baltasar se parecía a Gerónimo, en especial con su barba negra, su capa de médico y sus ropas académicas.

—Gerónimo… has venido a verme…

—No es Gerónimo, papá, es Baltasar, el hijo de Manuel Álvarez.

—Gracias a Dios viniste, Gerónimo, necesitaba hablar contigo. Dios respondió mis plegarias —dijo, estirando la mano como para tocar al visitante.

—Descansa, papá —le ordené sacudiendo la cabeza con tristeza—, hablarás con Gerónimo más tarde.

A la mañana siguiente mi padre estaba agitado y parecía delirar.

—Tráeme a Gerónimo. Necesito hablar con él antes de morir.

—Papá, no vas a morir, te pondrás bien si sigues mis consejos y comes los manjares que te prepara mamá.

Con una urgencia que no admitía debate me tomó del brazo. Su mano débil era de pronto una tenaza de hierro. Gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Por favor, Juan, él sabe los ritos, las oraciones. No puedo morirme sin hablar con él. Tráemelo, él es como un rabí.

Mis ojos se anegaron cuando entendí lo que mi padre insinuaba. Me levanté, cerré la puerta de la habitación y me volví a sentar a su lado. Respiré una gran bocanada de aire, como quien se apronta a arrojarse al río desde un barranco.

—Papá —dije con la voz temblorosa pero seguro de lo que haría—, no necesitas a Gerónimo.

—Sí, lo necesito, ¡tú no entiendes!

—Sí que entiendo, papá. No necesitas a Gerónimo porque me tienes a mí.

El sentido de la frase tardó unos segundos en golpearlo con todo su poder. Abrió los ojos inyectados, grandes y rojos como el sol poniéndose en verano.

—Juan… mi Juan —comenzó a llorar como un niño, primero en silencio, luego con sollozos agudos y cadenciosos. Lo abracé y lo mecí durante un largo rato, acariciándole el pelo corto y duro. Cuando levantó la cabeza, dejó sobre mi pecho aureolas de lágrimas y babas.

—¿Sabes cómo se confiesan los judíos, Juan? Debo confesarme…

he hecho tantas cosas malas… he sido un traidor a mi gente.

Sonreí y le tomé la mano. Como muchos conversos, desconocía las diferencias básicas entre judaísmo y cristianismo.

—Los judíos se confiesan frente a Dios, papá, no frente a un rabí. Y Dios absuelve y perdona a todos los que se arrepienten con sinceridad, tal como perdonó a los hijos de Israel cuando se rebelaron en el desierto.

—No hay penitencia suficiente para mí, Juan.

—Papá, tú no has hecho nada malo. Son los inquisidores quienes deben arrepentirse. Ellos han traicionado al Dios en quien creemos tanto ellos como nosotros.

—¿Sabes de Galicia? —la sorpresa le dio una súbita inyección de energía.

—Sí, papá, y no te juzgo —le dije y le estreché la mano con fuerza —. Nadie tiene derecho a juzgarte, ni siquiera tú mismo. Dios sabe que no quisiste hacer daño, Dios sabe que los malvados te quebraron, torturando tu cuerpo y tu alma.

—No es solo eso, Juan —dijo con dificultad—, negué la fe de mis ancestros. Vendí a mi pueblo para hacerme aceptar por gentes que me odian. Todo ha sido en vano, siempre seré un especiero, un marrano, un judío.

—Papá, has sido un hombre justo y honesto, eso es lo que cuenta. No importa con qué palabras adorabas a Dios, pues has honrado su nombre con acciones de compasión y justicia.

—Y más importante —continuó—, no os permití conocer quiénes erais. Os negué el derecho a saber de dónde venís. No tenía ningún derecho de cortar la tradición de arrojar por la borda milenios de historia.

Se agitaba y le costaba respirar. Le agregué una almohada para incorporarlo más y lo acomodé con cuidado.

—Solo has intentado protegernos, querías lo mejor para nosotros y por eso te estaremos eternamente agradecidos —dije.

—Juancito… tú has vuelto a Dios.

—Sí, papá, he vuelto a la fe de nuestros ancestros. La cadena continúa. La llama sigue encendida.

—Gracias, Juancito. Eso me permitirá morir en paz.

—Papá, no vas a morir —dije con un dolor húmedo nublándome la vista.

Sonrió débilmente y me tomó la mano. A pesar de su fragilidad, sentía su autoridad y su calor. Su tacto me consolaba, como solo un padre puede consolar. Yo lloraba de pena por los años perdidos, por

los “te quiero” nunca dichos, por lo que nunca pasó y por lo que nunca pasaría. Pero mi llanto era también de gratitud. Mi padre se moría pero yo había logrado, por primera y única vez, acercarme a él; a quien era de verdad. Me había conectado, aun por un instante, con aquel hombre triste y solo pero repleto de bondad. Por primera vez nos mirábamos sin máscaras, sin tapujos y sin pretensiones.

—Me has dado paz, Juancito. No llores…

Su respiración producía un silbido insolente y doloroso.

—Los judíos dicen algo antes de morir —dijo, como tratando de recordar.

—El *shema* —respondí con la voz ahogada por los sollozos.

—Sí, el *shema* —afirmó, satisfecho de haberse acordado—. Repítelo conmigo.

—Papá, que digas el *shema* no significa que vayas a morir, los judíos lo repiten tres veces al día.

—Ya sé, ya sé —dijo, queriendo calmarme—, pero quiero decirlo ahora contigo.

Tomados de la mano repetimos la fórmula milenaria.

Shema Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad.

Agotado, apoyó la cabeza y cerró los ojos. Su ceño se aflojó y su piel gris pareció sosegarse.

—Ahora te dejaré dormir, papá. Necesitas descansar.

Asintió tenuemente, sin abrir los ojos. Ya nunca los volvería a abrir. Se extinguió lentamente y entró a la eternidad con el sufrimiento y el alivio tallados en el rostro.

MÁLAGA, 1637

El carácter de esta pestilencia consiste en una fiebre maligna acompañada de unos ramalazos. A muchos enfermos se les cubre el cuerpo de pústulas y herpes de donde salen unas vejiguillas, que después de rotas destilaban un pus hediondo, quedando por debajo la llaga muy colorada. Los bubones son duros, y muy dolorosos al tacto, presentándose bajo de los brazos, en las ingles, pescuezo, muslos, encima de las costillas, detrás de las orejas y en la circunferencia de la articulación de las mandíbulas. También aparecen junto al oído. Dichas pústulas, por su inmediación al cerebro, terminan por matar al órgano al tercer o cuarto día, con delirio y mucha inflamación en la cara.

Levanté la vista del papel en el que había estado escribiendo. Baltasar estaba acostado en un jergón en el piso, totalmente vestido con la larga túnica de cuero que identificaba a los médicos de la plaga. Tenía la cara cubierta por una máscara que contenía hierbas encargadas de purificar el aire que respirábamos: menta, alcanfor, pimienta y clavo de olor. La máscara le daba un aire ridículo, como si fuese un pelícano mezclado con un caballo. Las manos estaban cubiertas por gruesos guantes de piel de cerdo. No se le veía una pulgada de piel.

Sentado a otra mesa estaba el doctor De Viana, médico de la ciudad de Málaga y natural de Jaén. Escribía largas listas de requerimientos para las cortes. Hacía falta de todo, comida, jergones, médicos, barberos y sobre todo sepultureros.

El rey finalmente se conmovió y envió treinta mil ducados, pero gran parte de aquel tesoro quedó en manos de los mismos funcionarios. A la plaga se había sumado el hambre, pues toneladas de grano habían sido quemadas luego de que alguien echara a correr el rumor de que la pestilencia había llegado en un cargamento de trigo importado de África.

Traté de concentrarme en mi escrito. Estaba convencido de que el primer paso para tratar la plaga era obtener una descripción fidedigna

de aquellos tratamientos que funcionaban y de aquellos que no. Viana y yo registrábamos nuestras experiencias para beneficio de los médicos de la corte.

> *La cauterización de los bubones se realiza con un hierro candente y para gran dolor del enfermo. No he notado una correlación entre aquellos enfermos a quienes se les aplica tal terapia y aquellos que se curan. La cauterización produce hemorragias e infecciones que agregan sufrimientos al esfuerzo. En algunos casos hemos tratado de extirpar los bubones quirúrgicamente, pero sin gran éxito. Creo que los bubones son simplemente la manifestación de la peste y no la peste en sí. Cuando la plaga entra en la fase pulmonar, el contagio es más rápido. Aquellos desdichados que tratamos en la fase bubónica o en la fase pulmonar tenían pocas esperanzas de sobrevivir. Aquellos a quienes curamos desde los primeros síntomas se han recuperado en mayor medida.*

Me ardían los ojos. Todos estábamos agotados. Habían muerto unas veinte mil personas en Málaga y la campiña circundante. Los muertos se apilaban en fosas comunes fuera de la ciudad y las plazas se iluminaban con piras en las que se quemaban las ropas y otras pertenencias de los fallecidos.

La única buena noticia fue que luego de algunas semanas la plaga pareció retroceder. La cantidad de nuevos casos decrecía y la mortandad había comenzado a bajar. Viana llevaba una estadística meticulosa con la cual esperaba descubrir patrones epidémicos e indicios para un eventual próximo brote.

La plaga había hecho dolorosamente evidente algo que intuí desde el primer día de universidad: que aún desconocemos los aspectos más básicos de la enfermedad. No podía creer en las explicaciones que culpaban al trigo envenenado o a la aparición de cometas; me parecieron tan falsas como aquella calumnia que decía que los judíos habían envenenado los pozos de agua. Lo cierto era que no sabíamos qué causa la enfermedad ni cómo se propaga, y esto no era cierto solo para la plaga, sino para muchas de las fiebres y las epidemias menores que regularmente nos visitaban. Aún hoy sabemos poco.

Como era de esperar, Baltasar y yo nos enfrascamos en discusiones teológicas. Él había escrito un largo poema sobre la peste, en el que —entre líneas— acusaba a los pobladores de traer sobre sí la ira de Dios.

El gran castigo conoció la plebe / que ya por la ciudad se dilataba / cada cual mira lo que al cielo debe / el vulgo ciego, que a su Dios se atreve.

Yo sabía que Baltasar era demasiado inteligente como para creer en una explicación tan simplista. Al fin y al cabo, habíamos leído juntos el libro de Job en el cual se establece claramente que no siempre el sufrimiento es un castigo divino. El pecado que merecía la peste, al que Baltasar se refería con alusiones oscuras, solo inteligibles para los iniciados, era la permanente persecución de los judíos. Las piras funerarias seguirían ardiendo mientras ardieran las hogueras del Santo Oficio. Era un mensaje que mezclaba política y teodicea.

En mi cabeza se mezclaba el inexplicable sufrimiento de la peste con la injusticia y el dolor de la muerte de mi padre. A veces desesperaba de la justicia divina, creía que un Dios bondadoso no podía someter a sus creaturas a tanta crueldad innecesaria. Como Abraham, clamaba al Eterno: "¿Acaso el juez de toda la tierra no hará justicia?". Entre los jadeos agobiados de mi padre y los bubones de Málaga, algo se empezaba a resquebrajar en mi modo de ver a Dios. En aquellos días, mientras sudaba bajo mi atuendo de peste en el sol bestial de julio y me revolcaba en la miseria de los hombres, desarrollé complejos pensamientos teológicos. Por momentos mis pensamientos me parecían brillantes pero después me daba cuenta de que simplemente había estado delirando por el efecto del calor y las hierbas que protegían mi nariz. Era como en aquellos sueños en los que, mientras uno sueña, cree tener una idea genial, pero al despertar uno se da cuenta de que las palabras que soñó no tenían sentido alguno. Pensaba mucho, por ejemplo, en la presencia de Dios en el mundo. Como todo estudiante de teología sabía que la danza de inmanencia y trascendencia era la forma en la que Dios se relacionaba con el universo, pero frente a aquel festín de muerte y podredumbre la teología me parecía una colección inútil de pensamientos vanos. A veces pensaba en la naturaleza de la peste. Tradicionalmente la plaga era vista como una alteración del orden natural, un castigo que Dios traía al mundo mediante la ruptura de la armonía de su creación. Algo así como lo opuesto a un milagro. Pero a veces dudaba. Tal vez la peste no era una aberración sino una condición necesaria de inmutables leyes físicas. ¿No estaba el mismo Dios limitado por leyes naturales que lo rigen todo? De no ser así, ¿por qué no intervenía?

Volví a Lopera con el cuerpo exhausto y el alma llena de callos.

LOPERA, 1640

En el año del Señor de 1640, España parecía destartalarse. En el día de Corpus Christi, Cataluña se rebeló contra Castilla, tomando a Olivares totalmente por sorpresa. El valido envió veintiséis mil hombres a restablecer el orden, pero los secesionistas, apoyados por Francia, resistieron. El conflicto tardaría casi dos décadas en resolverse.

En el mismo año, Portugal comenzó su larga y violenta marcha hacia la independencia. Eso no auguraba nada bueno para los portugueses en España, muchos de los cuales fueron vistos como traidores por los lusitanos o como espías por los españoles.

La fortuna de los tercios en Flandes no era alentadora. Ciudades y plazas fuertes pasaban de mano en mano, pero los holandeses ganaban terreno, lenta e inexorablemente.

Las arcas de la Corona se desfondaron bajo el peso de tres guerras simultáneas y hubo otra bancarrota.

Tampoco había soldados suficientes para librar las guerras del rey Felipe. Las tabernas de Madrid y Sevilla se vaciaron, ya que los alguaciles organizaban redadas para reclutar soldados de entre los borrachos y malvivientes. En su desesperación, la corte instituyó la “quinta”, un mecanismo por el cual uno de cada cinco varones en edad militar era reclutado para los tercios. Una trilogía fatídica de peste, guerra y carestía se cernía sobre nuestro país.

Había tensión y vientos de cambio en el aire. Un cambio que, todos temíamos, no auguraba nada bueno.

Para mí, no obstante, los problemas de España ocupaban un segundo plano. Isabel había quedado embarazada finalmente, luego de varios años de infructuosos intentos. En febrero del año siguiente nació Francisco. No dudé un instante en llamarlo así en honor a mi padre.

Aun a décadas de distancia, recuerdo la multitud de sentimientos que corrían atolondrados por mi corazón al ver aquel bebé, carne de mi carne: orgullo, miedo, responsabilidad. Me sentí de pronto

consciente de mi propia mortalidad y de mi necesidad de trascender. En las profundidades de mi alma entendí que aquel pequeño que lloraba con insistencia era, ni más ni menos, lo que le daba sentido a mi vida.

Pero la alegría y la emoción del parto dejaron paso a la angustia. Al segundo día de vida nos dimos cuenta de que el bebé, que había nacido demasiado pequeño y algo prematuro, perdía peso rápidamente y volaba de fiebre.

De golpe, mis conocimientos médicos fueron completamente inútiles. Francisquito iba a ser uno de los miles de bebés que no sobreviven sus primeros días de vida. La comadrona nos había advertido crudamente que no debíamos encariñarnos demasiado. Los doctores del hospital se rascaban la cabeza con perplejidad.

Tomé y Bernarda, a pesar de su vejez, habían venido a ayudarnos. Rengueando y con manos temblorosas, el mulato ponía paños con emplastos sobre la frente del bebé y probaba remedios tradicionales para hacer bajar la fiebre. Isabel trataba con desesperación de hacerlo comer.

Presa de la más absoluta desesperación, me encerré en mi cuarto y me puse a rezar. Repetí día y noche las pocas plegarias hebreas que conocía; compuse en mi cabeza oraciones al Dios de Israel y las reiteré obsesivamente durante horas. Leí salmos, me arrodillé como los cristianos y me postré como los antiguos hebreos. Prometí e hice votos. Sabía perfectamente que las cosas no funcionaban así, había visto morir a demasiados justos e inocentes para saber que Dios no siempre procede de acuerdo con prolijos mecanismos de causa y efecto. Sin embargo, animado por una angustia inconmensurable, ayuné, rogué y supliqué. Los miles de palabras que dije entre llantos de desesperanza podían reducirse a una plegaria simple y terrible: “Dios, por favor, cúralo”.

Al cuarto día, mi madre vino a verme. Vi su silueta enmarcada en la luz tibia de la mañana. Los rayos del sol invernal anidaban entre sus bucles plateados y le daban un brillo irreal al rostro cansado y ojeroso. Había llorado mucho.

Contuve la respiración durante un instante eterno. Se acercó y me tomó la mano.

—Juancito —dijo—, la fiebre ha bajado. El niño está ahora prendido a la teta de su madre, comiendo como una lima nueva.

No pude decir nada. La abracé y lloré de alivio y felicidad. Cuando finalmente hablé, solo había una palabra posible: “Gracias”; a ella y a Dios.

En términos de fe, la milagrosa recuperación de Francisquito tuvo un efecto curioso. No me hizo más creyente, sino que me dejó perplejo. Una vez pasado el alivio, no podía dejar de preguntarme por qué mi hijo había sido salvado y por qué tantos otros habían muerto sin justicia ni necesidad. ¿Había sido su salvación obra divina o acaso la enfermedad había seguido su curso sin la intervención de Dios, quien no se preocupa por la salud de unos y la enfermedad de otros? La aparente arbitrariedad me desconcertaba: ¿era Dios un rey justo y bondadoso o un monarca frío e indiferente a quien nada conmueve?

Las preguntas filosóficas se tomaron un respiro cuando al año siguiente nació nuestra hija, a la que bautizamos con los nombres de dos mujeres centrales en mi vida: Felipa María, como mi madre y mi hermana. La niña tenía la hermosura de mi hermana menor, los ojos de miel de Isabel y el carácter osado y pícaro de mi madre.

Aún pequeñitos, los dos hermanos desarrollaron una relación como la que yo tenía con Marco. Francisco era seriecito y protector, Felipa María era pizpireta y traviesa.

Ambos fueron bautizados en la iglesia parroquial de Lopera, con un avejentado padre Bartolomé oficiando emocionado y don Antonio Moreno y Gallo, un noble paciente mío, como padrino. Moreno nos ofrecía su respetabilidad de cristiano viejo, en caso de que algún *familiar* de la Inquisición se mostrara demasiado curioso.

Era riesgoso circuncidar a Francisco ya que, en un niño pequeño, la marca de la alianza era inocultable. No obstante, nos esforzamos por armar una ceremonia judía para agradecer a Dios por los nacimientos e incorporar a los bebés a la Casa de Israel. Como quien inventa una receta de cocina, mezclamos salmos, lecturas de los profetas, cantos tradicionales sefaradíes y oraciones cristianas alteradas.

Mientras mi familia crecía, la debacle de España continuaba. Esta vez nos tocaba de cerca, ya que en 1641 el duque de Medina Sidonia inició una conspiración independentista en Andalucía. Franceses y catalanes habían propinado una feroz paliza a las tropas castellanas en Montjuic y en Lérida. Al mismo tiempo, los franceses derrotaron a las tropas del rey en la batalla de Rocroi, marcando el fin del mito de invencibilidad de los temidos tercios. Miles de vidas se consumían en torbellinos de insensatez y codicia. La sucesión de catástrofes agotó la poca credibilidad que le quedaba al valido. El rey cedió a las presiones y desplazó a Olivares, exiliándolo de la corte en su pueblo natal de Toro.

Los cimbronazos políticos ocuparon un lugar de privilegio en una de las tertulias que regularmente tenían lugar en mi casa. En aquellas

reuniones los judíos secretos de la región nos juntábamos a hablar de filosofía, teología y medicina. Combinábamos la práctica de ritos hebreos con discusiones metafísicas que a veces duraban toda la noche.

Una de aquellas tertulias fue especial, pues no solo Baltasar estaba en la ciudad sino también Duarte y Piñero. Era como en los viejos tiempos de Alcalá. No obstante, a pesar de la alegría del reencuentro el ambiente era sombrío.

—Señores, las cosas se ponen difíciles —dijo Duarte.

—La Inquisición se está vengando de Olivares, ¿habéis escuchado que ha sido procesado? Seguramente lo condenarán —comentó Piñero.

Baltasar puso en palabras los miedos de todos.

—El nuevo inquisidor general, Arce y Reinoso, no es como Sotomayor, su acomodaticio predecesor. De hecho, Arce se ha puesto como objetivo reparar, según sus palabras, la corrupción que Olivares dejó entrar en la corte y en el país. Adivinad a quiénes se refiere…

—Deberemos ser más cuidadosos —dije, mientras mordisqueaba una pasta de almendras.

La gran ventaja de vivir en la misma ciudad que mi madre era que siempre había buena comida. Isabel era una buena ama de casa, pero sus habilidades culinarias, debo admitir, palidecían frente a las de mi madre. Aquel día habíamos cenado unas deliciosas cazuelas de cordero y ahora hablábamos frente a una mesa tapizada de mantecados, polvorones y pestiños, aquellos dulces que se hacían cubriendo una masa fina de miel y friéndola en aceite de oliva.

Además de la repostería, ya habíamos consumido dos botellas de jerez, amén del vino que bebimos durante la cena y de otro par de botellas de oporto y madeira.

—Dios me perdone —dijo Piñero sofocando un eructo—, pero a veces creo que todos estaríamos mejor si las religiones no existiesen. Mirad cómo la religión fanatiza a la gente. Fijaos que, si no hubiera religión, no habría catolicismo ni judaísmo ni Inquisición, ni guerras entre católicos y luteranos.

Con lo entonados que estábamos, nadie se violentó por aquella frase blasfema.

—La gente es fanática y estúpida con o sin religión —dije—. Mirad a todos los imbéciles que matan y mueren por el rey… ¿es eso diferente al fanatismo religioso?

Baltasar asentía con un vaso de jerez en la mano; cuando hablaba,

inclinaba la mano y el líquido se aproximaba peligrosamente al borde de la copa. Habló con una voz más aguda y resbaladiza que de costumbre:

—Es a la inversa: el que es fanático usa la religión para expresar su fanatismo. Si no hubiera religión buscaría otra cosa.

—Pero en algo tienes razón, Piñero —interrumpí—: lo fanático es la presunción de que hay una sola vía para la salvación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Baltasar.

—A veces pienso que cada persona puede alcanzar la salvación a través de su propia ley. Los judíos a través de la ley de Moisés, los cristianos a través de la fe en Cristo y los musulmanes gracias a su Al-Quran y su Mahoma.

Duarte avanzó su cabeza hacia mí con la curiosidad brillándole en los ojos.

—Explica más —me pidió.

—Aristóteles habla de una *causa causorum*. Si no dormíais durante las clases de Alcalá sabéis a qué me refiero. Se trata de las leyes naturales establecidas por Dios, que es la causa última de todas las cosas. En el fondo, son ellas las que garantizan la salvación.

—Si lo que dices es cierto —dijo Baltasar—, ¿cuál es la función de las leyes religiosas tales como las conocemos, por qué no seguir aquellas leyes naturales de los filósofos?

Pensé un momento. Mis ideas no estaban del todo claras.

—Porque el hombre parece necesitar un intermediario para llegar al Dios trascendente. Mira, todas las religiones “del libro” proponen una imagen similar del Dios trascendente. Todas aspiran a conocer y relacionarse con ese Dios, lo que ofrecen son vehículos diferentes para llegar a ese conocimiento —hesité un minuto mientras dejaba que las ideas se conectaran unas con otras en mi cabeza—. Tal vez las leyes específicas de cada religión tienen un fin político y comunitario, es decir, la organización de la sociedad de cierta forma específica, para garantizar la paz y permitir a cada pueblo la expresión de su carácter. Si así fuera, no se puede afirmar que ninguna de estas “leyes comunitarias” provea un acceso privilegiado a la salvación en cuanto que son todas expresiones de la misma ley natural.

Me sentí culpable porque me di cuenta de que mis palabras parecían incomodar a Baltasar. Luego de tragar un poco de jerez volvió al ataque, que era en realidad una defensa.

—Pero hay religiones más cercanas a la “razón natural” que otras. Para mí, el judaísmo propone una armonía con la ley natural que no encuentro en las otras religiones reveladas.

—Tal vez —dije.

—Juan —Baltasar insistió, había algo de zozobra en su voz—, ¿te das cuenta de cuál es la conclusión lógica de tu argumento? Estás diciendo que en el fondo no importa qué religión sigamos… Si es así, ¡¿para qué nos jugamos la vida por seguir la ley de Moisés?!

—¡Justamente lo contrario! —respondí—. Significa que nadie puede decirnos que nuestra ley nos impide llegar a la salvación —reflexioné un instante—. ¿Por qué nos arriesgamos, preguntas? Por nuestro derecho a elegir la vía que queramos para llegar a Dios.

Baltasar no parecía convencido. Me animé de golpe.

—¿Sabes qué? No me importa si el judaísmo es más verdadero que el cristianismo o viceversa. Ambos se enfrentan con los mismos dilemas y tratan de responder a las mismas preguntas. Me importa que el judaísmo es la religión de mis ancestros, santificada por cientos de generaciones que nos precedieron. Nos jugamos la vida por nuestra religión no porque sea mejor ni peor, sino simplemente ¡porque es nuestra!

La velada siguió ente vahos de alcohol y cuestiones metafísicas hasta que uno a uno fuimos vencidos por el cansancio.

No tenía la menor idea de que años más tarde tendría conversaciones similares, y cambiarían el mundo para siempre.

Andújar, 27 de octubre, 1649

Mi queridísimo Juan:

Espero que te encuentres bien y que tomes buenos recaudos para cuidarte de la peste. ¿Cuándo terminará esta plaga? Aprovecho el viaje de tu tío para escribirte abiertamente ya que en estos días es muy difícil confiar en las postas.

Los niños y yo te extrañamos mucho. Francisquito y Felipa me piden que les lea los poemas sobre la Biblia que escribisteis y luego me dicen que tú los lees mejor. Les he leído aquello de:

La Ley de Dios es perfecta,
que vuelve el alma hacia Él,
y la cambia en pura y recta
aunque haya sido infiel.
Deseables más que el oro,
Señor, tus palabras son,
pues no existe otro tesoro
que dé tal satisfacción.

Pero a ellos les gusta más cuando improvisas poesías sobre los héroes bíblicos, como David o Sansón.

No quiero incomodarte, querido esposo, pero debo decirte que mi angustia es grande. La Inquisición ha desatado una feroz persecución contra los cristianos nuevos y no hay semana en la cual no escuche acerca de algún nuevo arresto. Durante tu primera semana de ausencia supe que Gerónimo había sido denunciado, pero gracias a Dio, la acusación no prosperó al comprobarse que quien lo había denunciado, un tal Francisco Cardozo Ortiz, era un estafador que abrigaba intenciones espurias. Fue un auténtico milagro. También Manuel Álvarez, el padre de tu amigo Baltasar, se ha salvado gracias a una brillante idea. Antes de que la Inquisición lo investigara, se presentó por sí mismo ante el tribunal inquisitorial de Cuenca, lejos de Santa Cruz, en donde vivía. Dijo que había judaizado en un viaje al Portugal —así no tenía que denunciar a nadie que viviera en España— y fue reconciliado casi sin pena.

Pero no todos tienen la misma suerte. Ha pasado por aquí un gran número de portugueses que migran de una ciudad a otra con el Santo Oficio pisándoles los talones. María de León, prima de mi madre, se ha ocultado en nuestra casa por algunos días de camino al norte. A veces me siento como en un campo de batalla, las flechas cayéndome cada vez más cerca.

La vida en Andújar no es tan plácida como en Lopera. Aquí nadie nos conoce y de no ser por tu hermano Marco y su familia me sentiría muy sola. Es una gran bendición vivir en la misma ciudad que ellos. Los niños juegan con los hijos de Marco a pesar de la diferencia de edad. En ocasiones, los adultos encendemos juntos velas de shabbat y hemos compartido el ayuno de Santa Esther en memoria de la fiesta de Purim. Los niños de Marco ya han sido iniciados, pero los nuestros aún son demasiado jóvenes, y en estos tiempos no debemos correr riesgos. En fin, parece que hace un siglo que dejamos Baeza. Cuando pienso que en pocos años hemos vivido en cuatro ciudades no lo puedo creer. Envidio a aquellos campesinos que pasan la vida sin alejarse ni cuatro palmos de su parcela de tierra. Pero no me quejo, esposo mío, entiendo que tu trabajo es importante y que debemos ir a aquellos lugares en los que tus servicios son requeridos. A veces pienso, no obstante, si no podrías ser el médico personal de algún noble, y así ganar más dinero y dejar de desplazarte de una ciudad a otra siguiendo los focos de

peste.

También entiendo que quieras ser cauteloso y confundir a los familiares *de la Inquisición. Espero que sea suficiente para que nunca nos encuentren. A veces me despierto en la mitad de la noche, presa de pesadillas en las cuales nos arrestan y los niños quedan solos, sin protección alguna. Trato de alejar esos pensamientos de mi mente, pero no siempre es posible. Espero que cuando termine este año de 1649 las cosas mejoren.*

De salud me encuentro bien, aunque sigo con aquellos agudos dolores de los que te hablé. Espero no te enfades pero he tomado un poco del láudano y me alivia. Te prometo no abusar de él.

Me ruborizo cuando pienso en lo que hicimos aquel día que mezclamos láudano con aguardiente. Ay, mi querido Juan, por lo menos tengo mis memorias de ti para hacerme compañía durante tu ausencia.

Espero que regreses pronto, amado mío, y rezo al Dios de nuestros padres para que te proteja de la peste y de los peligros del camino.

Tu esposa que te quiere,

Isabel

SEVILLA, 1649

Cuando viajaba por Andalucía, a pesar de lo difícil de mi trabajo me sentía rejuvenecer. Amén de visitas a mancebías y tabernas, me estimulaba encontrar gentes distintas y seguir con mis funciones de misionero de Israel. En cada pueblo y en cada ciudad encendía chispas de esperanza en los judíos del silencio. Cada visita médica a un portugués era una oportunidad para una conversión, o al menos para plantar la semilla del judaísmo.

Pero mi viaje a Sevilla fue muy distinto. La epidemia de peste que asoló a la ciudad en 1649 fue la más violenta de todas las que sacudieron a España durante aquellos años terribles. Siempre había soñado con conocer la magnífica ciudad del Guadalquivir, la capital del mundo, por la que pasaban las riquezas de América y las intrigas de tres continentes. Pero la ciudad que conocí no era aquella que había imaginado. Era una urbe moribunda y devastada.

En aquellos días, Sevilla estaba llena de soldados desmovilizados que volvían de Flandes, cargando a cuestas su hambre y su desolación. Uno de ellos fue mi primer paciente. Mientras le abría los bubones negros me habló entre delirios:

—Veis, doctor, este es nuestro castigo por no haber sabido defender la fe contra los protestantes —decía jadeando.

Yo pensaba que si había algo que merecía castigo era la crueldad de los tercios contra los holandeses, pero me limité a consolar al enfermo, que seguía murmurando.

—Pensar que todo nuestro sacrificio fue para nada. Al final firmaron la paz de Westfalia y los holandeses celebran su independencia y se ríen de nosotros.

El año anterior la guerra había finalizado luego de treinta años de sangrías inútiles, pero por más que la corte intentaba ocultarlo, la paz de 1648 había sido una capitulación casi total. Era cierto que España aún conservaba los Países Bajos del Sur, con sus ricas ciudades comerciales de Amberes y Bruselas, pero eran solo un pálido reflejo de

lo que habían sido antes de que Ámsterdam, aun en medio de la guerra, se convirtiera en el centro del comercio mundial.

—No os preocupéis por eso ahora —le dije al soldado—. Nadie os castiga, solo descansad y rezadle a Dios para que os cure pronto.

Me pasaba los días trabajando en el hospital de Las Cinco Llagas, que a pesar de ser el más grande del mundo no daba abasto para la enorme cantidad de enfermos. La paga de cien reales al día había atraído a varios médicos, pero muchos ya habían muerto, incluyendo a aquel santo doctor De Viana que había conocido en Málaga. Claro que la plaga de Málaga había sido un juego de niños en comparación con lo que sufría Sevilla.

La ciudad parecía estar maldita por todos los dioses. A la plaga se había sumado una inundación causada por lluvias sin precedentes. El Guadalquivir se había salido de madre y el nivel del agua en la alameda de Hércules era tan alto que la gente se movía en barcas. Grandes partes de la ciudad eran cloacas a cielo abierto que exhalaban efluvios pestilentes.

Cuando ya no se podía amontonar más enfermos en el hospital de Las Cinco Llagas, habilitaron el hospital de Triana. Cuando este también desbordó, empezaron a usarse los conventos y las iglesias.

Muchos nobles y ricos partieron hacia las sierras para escapar de la pestilencia; otros, en tanto, aprovecharon la escasez de alimentos para vender pan a precio de oro y muchos más saquearon las casas vaciadas por la enfermedad. Pero entre tanta bellaquería había muestras de heroísmo y santidad. Fray Eufrasio de Guzmán recibía en su iglesia unos trescientos cincuenta enfermos por día. No paró de atenderlos cuando él mismo enfermó. Con sus bubones sin abrir, siguió trabajando y ocupándose de la tarea de la que nadie quería hacerse responsable: cargar a los muertos. Dicen que llevó sobre sus hombros enfermos a más de cuatro mil cadáveres.

La peste no atacaba solo los cuerpos sino también las mentes. Muchos eran los que perdían la razón. Un portugués que conocí en una ceremonia clandestina se levantó un día con bubones y llagas. No queriendo sufrir la lenta y terrible muerte de la plaga, subió a la torre del hospital y se arrojó a la fosa abierta en donde se enterraban los muertos de la semana. Allí yació un día y medio entre ocho mil cadáveres hasta que los sepultureros vieron que estaba vivo y lo sacaron. Inexplicablemente, el portugués sobrevivió a la peste.

Pero la mayoría no tuvo tanta suerte. En solo unos meses, Sevilla perdió la mitad de su población. Cuando los sepultureros no alcanzaban a transportar a todos los difuntos, se inventó un sistema

para acarrear cuerpos que consistía en atarlos unos a otros y arrastrarlos con un carro, en el que, a su vez, se apilaban decenas de muertos.

Una mañana me llamaron de urgencia al palacio del arzobispo. Los soldados de la guardia personal del más alto prelado de la ciudad me encontraron tratando a una familia de enfermos. Estaba abriendo los bubones de toda la familia vestido con mi traje de cuero. Me había sacado la máscara pues ya había observado que solo aquellos en contacto con la fase pulmonar por la peste se contagiaban por las miasmas del aire.

Algo irritado, los miré y les informé que no iría antes de terminar de atender a la familia, pero los soldados no aceptaron mi negativa de buen grado; me tomaron de los brazos y me llevaron por la fuerza al palacio. Empujado por los dos hombres, atravesé la plaza de la Virgen de los Reyes bajo la torre de la Giralda, que proyectaba una sombra ominosa sobre la ciudad moribunda. Entramos en el magnífico edificio a través de los portales pintados de color sangre y cruzamos el salón principal, con sus frescos y sus setenta lienzos con imágenes bíblicas. La belleza y la serenidad del recinto contrastaban grotescamente con la hecatombe que se vivía en las calles.

Sin decir una palabra, los soldados me llevaron hasta los aposentos del arzobispo en donde un secretario me recibió con aire nervioso. Se persignó y me dijo sin presentarse: “Su eminencia ha caído enfermo”. Señaló a un lecho de baldaquinos y sábanas de seda en donde yacía un hombre avejentado y pálido.

—Tiene fiebre y dolores. ¡La plaga no se detiene ni ante hombres santos como este!

—La gente que estaba atendiendo estaba enferma también —dije de mala gana sacudiéndome la mano de garfio del soldado que aún me aprisionaba.

—Doctor, cuidad vuestra lengua, ¡se trata del arzobispo de Sevilla, don Domingo Pimentel de Zúñiga! —dijo el secretario.

Una voz ronca y débil, pero claramente audible, se alzó desde la cama.

—¿Y acaso vos sois Dios para decidir que la vida de un obispo vale más que la de un campesino? ¿No somos todos iguales ante Dios?

El arzobispo se había incorporado y tosió un par de veces. Parecía que se le desgarraban los pulmones.

—Tenéis razón, doctor, no debíais haber venido hasta no terminar con vuestros pacientes. Y vosotros —dijo señalando con flaqueza a los soldados y al secretario—, aprended del doctor Prado lo que es la

piedad cristiana.

El secretario corrió al lecho.

—No os exaltéis, eminencia. Debéis descansar.

El prelado lo miró con desprecio.

—Dejadme solo con el doctor.

Los soldados se marcharon.

—¡Solo! —casi gritó mirando al secretario, que me miró a su vez con odio antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

—La plaga no discrimina. Dios tampoco —dijo—, pero estos hombres sí. Os pido disculpas, doctor.

El arzobispo era un hombre anciano y su fragilidad le otorgaba aún más distinción, como si la nobleza estuviese grabada en cada una de sus incontables arrugas. Su piel tenía el color de brasas apagadas y los ojos azules eran como un cielo de invierno, a punto de estallar en tempestad. Era conocido como un estudioso, un pastor y un diplomático. Había sido obispo de Córdoba y había representado al rey en las negociaciones con el Vaticano para definir difíciles cuestiones canónicas y políticas entre el rey Felipe y la Santa Sede. Tenía la expresión de tranquila sabiduría de aquellos hombres que no tienen ya más nada que demostrar.

—Muchos discriminan, eminencia —respondí—, no solo vuestros hombres. Mirad la mortandad en los barrios ricos y comparadla con el barrio pobre de Triana…

Las duras semanas de lidiar con la peste, la muerte y la podredumbre me habían hecho perder la paciencia y la cautela. Tenía una osadía fruto de la desidia y la depresión.

Con una fría mirada, el arzobispo me hizo recuperar de golpe mi lugar de vasallo.

—Permitidme que os examine, eminencia —pedí, algo avergonzado de mi mal genio.

Le tomé el pulso, lo ausculté y le hice varias preguntas. El prelado era un hombre enfermo, pero no tenía la peste. Tenía fiebre e intensos dolores en la cabeza y en el pecho, pero intuí que se repondría. Lo sangré, pues había cierto riesgo de apoplejía. Llamé a un sirviente y ordené que me prepararan un cazo con agua caliente y hojas de menta. Usé una vieja receta de Tomé. Se trataba de disolver en agua un polvo de corteza de sauce triturada y hojas de spira.

—Bebed esto, eminencia. Os hará sentir mejor. No estáis en peligro, pero debéis guardar reposo.

—¿Qué brebaje es este? —preguntó desconfiado.

Recordé lo que me había explicado Tomé.

—La corteza del sauce desprende un ácido de propiedades curativas, especialmente contra la fiebre, las inflamaciones y los dolores —expliqué. Tanto la spira como el ácido salicílico, de salix o sauce en latín, eran conocidos por algunos médicos de la Antigüedad, pero había caído en desuso hacía siglos—. Bebedlo, eminencia.

Sorbió lentamente y dormitó unos minutos. Luego abrió los ojos. La fiebre estaba bajando y se sentía mejor.

—Vuestro brebaje funcionó, doctor.

—La fiebre es un síntoma de la enfermedad, eminencia, no la enfermedad en sí. Os sentís mejor, pero la dolencia aún permanece. Vuestro cuerpo debe derrotarla por sus propios medios.

—Veo que seguís de cerca las últimas teorías médicas —comentó con leve ironía—, me hacéis recordar a mis años de universidad. En aquellos tiempos teníamos menos miedo de las ideas nuevas. ¿Dónde estudiasteis?

—Madre de Dios —dije distraído mientras analizaba un frasco con su orina.

El arzobispo parecía divertido por mi actitud de ligera irreverencia. Estaba cansado de adulones, ignorantes y chupamedias.

—¡Ah! ¡Madre de Dios! Entonces podremos hablar de teología. Nada me hará sentir mejor, doctor. Aunque debo admitir que yo enseñaba en la modesta universidad de Valladolid.

—La teología es la misma —enfaticé con un guiño.

Soltó una carcajada débil que se transformó en tos.

—Efectivamente, doctor, la teología es una. A veces siento que, de tanta sofisticación, nos olvidamos de aquellas verdades básicas a las que los sabios teólogos querían remitirnos —tosió otra vez—. ¿De dónde sois, doctor? —preguntó.

Tal vez por el cansancio, o tal vez por aquella pulsión íntima de decirle a alguien la verdad, dudé un instante. Lo suficiente para que el arzobispo Pimentel entendiera.

—De Lopera —contesté.

—Entiendo —dijo, y luego de una larga pausa agregó—: Bonita ciudad. Buen aceite, buena comida.

Ya algo más animado por la medicación y el diálogo, me miró con curiosidad, como si analizara un espécimen de una raza recién descubierta.

—Doctor, cuando vuestros deberes os lo permitan venid a verme, me gustaría hablar con vos de medicina y de teología.

—Así lo haré, eminencia. Mientras tanto, reposad.

Llamé al secretario y le di instrucciones.

—Sobre todo, mantened las estancias del arzobispo muy limpias, mantened las ventanas cerradas y aseguraos de que no haya insectos.

Por algún motivo había empezado a sospechar que alimañas y bichos tenían algo que ver con la propagación de la plaga.

Vi al arzobispo algunas veces más. Si bien veía que mejoraba, su salud era frágil. Ya tenía casi sesenta y cinco años pero a pesar de eso no quiso dejar la apestada ciudad.

—He sido nombrado arzobispo hace un mes, doctor. ¿Qué pensará mi rebaño si su pastor desaparece?

La sutil simpatía que sentíamos el uno por el otro fue creciendo. En las visitas hablábamos de plaga y religión. Hablábamos del orden natural y de la presencia de Dios en el universo. Si bien jamás me aparté de la ortodoxia católica ni dejé entrever mis prácticas judías, a veces di rienda suelta a mis dudas filosóficas sobre el orden cósmico y la inmanencia divina. El arzobispo no juzgaba, escuchaba y pensaba. Cuando hablaba, formulaba argumentos teológicos en tono de pregunta, como admitiendo que no poseía todas las respuestas.

—La plaga, mi querido doctor, nos ha vuelto más modestos.

Mientras Sevilla se desangraba, el Santo Oficio seguía persiguiendo a los judaizantes con renovado brío. No había peste que frenara a los esbirros de Dios, ni enfermedad que los hiciera cejar en su santa tarea.

Las noticias de parientes arrestados y amigos denunciados se volvieron inquietantes y decidí volver a casa. Quería cuidar de mi familia, y también necesitaba escapar de aquel caldero de muerte e inmundicia que era Sevilla. Había juntado algo de dinero y no había sucumbido a la peste. Quedarme más era tentar al destino.

Me despedí de los médicos del hospital y visité una última vez al arzobispo.

—Extrañaré nuestras charlas, doctor.

—Yo también, eminencia.

—Espero algún día poder pagaros vuestros cuidados y vuestra valentía en servir a mi diócesis durante esta calamidad.

—Cuidad de vuestra salud, eminencia, ese será mi pago.

Sonrió y me ofreció la mano.

—Espero que nos volvamos a ver, doctor.

ANDÚJAR, 1650

Aquel desconocido, un comerciante ambulante de telas, se presentó *motu proprio* el 5 de junio de 1650 ante el tribunal del Santo Oficio de Córdoba. Sé que se llamaba Vasco Fernández Valentín. Creo haber visto a su hermano en Andújar y mi madre mencionó a su padre, pero el hombre era para mí un desconocido. Lo cierto es que dio ochenta y siete nombres de marranos que vivían en quince ciudades andaluzas, de Antequera a Sevilla y de Jaén a Andújar. Abundó en detalles sobre los ritos prohibidos y las herejías que practicaban y trazó prolijos diagramas explicando los lazos que unían unos con otros.

Todo marrano visualiza en su mente el momento de su arresto. Todos imaginamos ese instante como si viésemos una pieza de teatro, como si observásemos una pesadilla sentados al borde de la cama. Y sin embargo, nada nos prepara para aquel fatídico golpe en la puerta.

Un golpe, dos golpes.

Silencio.

Tres golpes.

Y luego el grito fatídico.

—¡Abrid, en nombre de la Santa Inquisición!

Abrí la puerta tratando de mostrarme seguro. Había practicado lo que diría y sabía qué argumentos usar, pero sentía mi corazón latir en el pecho y en las sienes. Respiré profundamente para que no me temblara la voz. Bajo el marco de la puerta había dos soldados, cuando se movían los aceros de sus toledanas chocaban y hacían un ruido sordo y burlón. Había un fraile con el hábito negro de los dominicos, comisario del Santo Oficio, y un *familiar* venido desde Córdoba.

—¿Cómo puedo servir a vuestras mercedes? —dije.

—¿Sois el doctor Juan de Prado? —preguntó el *familiar* desde una boca a la que le faltaban dientes.

—A su servicio —apunté.

Todo parecía moverse lentamente. Cada segundo reptaba

interminable en un espacio sin tiempo, solo habitado por los latidos fuertes e indisciplinados de mi corazón.

El hombre buscó unos papeles en una faltriquera de cuero con el sello del Santo Oficio. No los encontraba. El dominico lo ayudó.

—Aquí está —dijo finalmente. Desde la casa escuchaba a Francisquito y Felipa jugar y reír.

—¿Vuestra mujer es doña Isabel Gómez? —preguntó.

Pensé que era ridículo que me preguntaran por mi mujer. "¿También preguntaréis por mis padres, mis tíos y mis cuñados? ¡Arrestadme de una vez y terminemos con esta farsa!", pensé.

—Sí —confirmé.

El miedo comenzaba a transformase en furia.

—¿A qué debo el honor, señores? ¿Venís acaso por una consulta médica? ¿Problemas de constipación tal vez? —dije sin poder evitar la ironía.

Nadie se rio. Siguieron con su ceremonia. La Iglesia es eterna. No hay apuro.

—Señor Prado —empezó a hablar el *familiar*.

—Doctor Prado —lo interrumpí.

Pensé en Vega y cómo hubiese desenvainado ahí mismo por semejante afrenta.

—*Doctor* Prado —repitió lentamente, tocándose el sombrero a guisa de disculpa—. Venimos a arrestar a vuestra mujer. Será sometida a juicio en el tribunal inquisitorial de Córdoba.

De todos los escenarios posibles, aquel era probablemente el único que no había imaginado. ¿Arrestar a Isabel? No tenía sentido. Pensé que tal vez había entendido mal y nos querían a los dos.

—¿Mi mujer? ¿De qué se nos acusa?

Error de principiante, la Inquisición nunca te dice por qué te arresta.

Naturalmente, nadie respondió. Los soldados me empujaron y entraron en la casa seguidos del dominico. El *familiar* inventariaba nuestra humilde vivienda. Hacía el cálculo mental de lo que obtendría por la confiscación de bienes que acompañaba toda condena.

—Esperad —dije—, asustaréis a los niños. Yo iré a buscarla.

Corrí hacia las entrañas de la casa y encontré a Isabel tendida en la cama. Tenía dolores y había usado leche de amapolas. Estaba algo aturdida.

—Isabel, vienen a buscarte a ti, debemos pensar algo rápido.

Se levantó como un espectro, sin emoción alguna.

—Yo me entregaré en tu lugar —dije.

Habló suavemente, sin miedo ni enfado, con una calma espectral.

—Sabes que eso no resultará. No pueden arrestarte sin una orden del tribunal. Además, los niños no pueden quedarse solos.

—Pero, Isabel… —protesté.

Puso una mano blanca y pequeña como un gorrión sobre mi mejilla.

—Probablemente se trata de un error —dijo—, y sabes que toda resistencia es fútil y dejará huérfanos a nuestros hijos.

—Sal por la puerta trasera, corre hacia la casa de Marco mientras yo los distraigo.

—No pondré en peligro a Marco y su familia… Todo estará bien, Juan.

Mis ojos se humedecieron, llenos de furia e impotencia.

—Te sacaré de allí, te prometo. Moveré cielo y tierra.

—Empacaré una muda y algunos menesteres —declaró con la voz queda.

A los pocos minutos emergió de la habitación y los soldados la rodearon.

Pocas cosas quiebran más el corazón que ver a dos niños pequeños tironeando la falda de su madre y luchando contra dos soldados armados hasta los dientes para que no se la lleven.

Traté de controlar a Francisco pero seguía tirando diminutas patadas a los soldados. Lloraba, gritaba y moqueaba. Felipa se aferró a Isabel hasta que el cura la alejó, separando uno a uno los deditos que atenazaban su pierna.

Isabel los calmaba diciéndoles que pronto volvería, que fueran buenos niños y que papá los cuidaría y les contaría historias todas las noches.

Finalmente, ambos niños corrieron a abrazarme, llorando con su cólera transmutada en una tristeza infinita. No sabían más que vagamente qué era la Inquisición; no entendían lo que el arresto implicaba, pero una sabiduría instintiva, tal vez pasada de generación en generación, les decía que lo que sucedía era grave. Muy grave.

Los hombres condujeron a Isabel hasta una diligencia tirada por dos mulas pardas. Ella se movía con una resignación que no era derrota y con una indiferencia que no dejaba de ser digna.

Me lanzó una última mirada a través de la ventana de la diligencia y vi que me estaba hablando. Le leí los movimientos de los labios. Mientras sus ojos me lanzaban rayos de miel, me decía con una desesperación sorda: “Sácame pronto”.

Pasé la noche sentado en una silla, bebiendo copa tras copa e

imaginando cómo la diligencia de Isabel saltaba sobre el camino y levantaba nubes de polvo mientras ella miraba el negro paisaje con ojos ausentes.

La imaginé en una celda oscura, sentada sobre un camastro agujereado, con ratas que le caminaban por entre los pies.

Imaginé cómo la presentaban por primera vez ante los jueces, cómo cumplían con el protocolo inquisitorial de desnudar a las acusadas frente a los curas y los secretarios. La imaginé tratando en vano de cubrir sus pudores y a los curas mirándola con ojos lascivos, fijando la vista sobre sus pechos bien formados y sobre el vello ralo de su entrepierna. Los imaginé memorizando la imagen para sus futuras masturbaciones.

Dejé el vaso y bebí directamente de la botella hasta vaciarla. Me quedé dormido con la cabeza sobre la mesa.

Un ruido proveniente de la cocina me despertó. Sentí martillazos de dolor dentro de mi cabeza. Al levantarme tambaleante, vi a Francisquito tratando de cocinar algo. “Estoy preparando un desayuno para Felipa”, dijo. Se entregaba a su tarea con una aplicación que daba a la vez lástima y risa. Su vocecita segura, no obstante, me despertó de mi letargo. Fui al patio y me vacié un balde de agua helada en la cabeza. La depresión de la noche se había esfumado. Ahora, mi mente era un hervidero de planes e ideas. Necesitaba actuar, y rápido.

Fui a la pieza y conté con preocupación el dinero que tenía. Aun con lo que había ahorrado durante la peste y lo poco que quedaba de la herencia de mi padre, no había suficiente para todos los gastos que iba a tener que enfrentar.

Corrí a casa de Marco y le relaté lo que había pasado. Lo primero que necesitábamos era información. Aquel mismo día confirmamos que otros portugueses también habían sido arrestados. Todos habían sido convertidos por mí. Sentí un violento aguijón de culpa en la tripa, pero la sensación de urgencia era más fuerte.

Marco despachó mensajeros a todos sus contactos comerciales en Andalucía. Desde Sevilla a Málaga y desde Jaén a Córdoba, cientos de personas contribuirían a armar una lista de los detenidos y los cargos contra ellos. Era imperativo saber de qué se acusaba a Isabel y con qué pruebas.

Mandé llamar a Baltasar y a otros antiguos compañeros. No se trataba solo de hacer liberar a Isabel, sino de detener la catarata de denuncias y arrestos.

Dejé a los niños con Marco y su familia y partí hacia Córdoba.

Tenía que estar allí para poder influir en el tribunal y obtener información. Mandé llamar a mi madre para que viniera desde Lopera. Los niños la necesitaban y, con sospechas flotando en torno de la familia, no venía mal que se ausentara de su lugar habitual de residencia.

En Córdoba se me sumó el tío Manuel, que todavía tenía contactos en la ciudad de sus viajes a América. Al llegar, envié un recado para Vega. Si las cosas se terminaban solventando a estocadas iba a necesitar su ayuda. Le dije que lo necesitaba para un "trabajo" de gran importancia personal. No abrigaba ninguna esperanza de que Vega recibiera mi carta, y menos de que me respondiera. Solo Dios sabía en qué rincón del imperio se encontraba. Sin embargo, a la semana apareció en Córdoba, había reventado tres mulas en el camino, y aparentemente había dormido y comido encima de su monta.

—Más te vale que sea urgente, doctor —dijo, sacudiéndose el polvo del viaje que se le había solidificado alrededor de las cejas—. Y más te vale que tengas un buen remedio para las hemorroides, porque una semana de cabalgata me ha dejado el culo hecho una flor.

Estábamos alojados en una posada cercana al hospital San Sebastián. Como médico, mi presencia allí no levantaba sospechas. Vega se sentó con dificultad junto a la mesa en la que mi tío y yo compartíamos una botella de vino negro. Le presenté a Manuel y luego hesité por un momento. No sabía cómo encarar el tema.

—Os pagaré por vuestros servicios, don Fernando —me adelanté, con algo de torpeza.

Cuando le conté a Vega que mi mujer había sido arrestada por la Inquisición y buscaba formas de hacerla liberar permaneció en silencio un largo rato, mirándome con ojos entrenados para no mostrar expresión alguna. ¿Acaso pensaba que su orgullo de hidalgo y cristiano viejo no le permitiría ayudar a un reo de la Inquisición?

—¿Queréis saber si es inocente antes de ayudarme? —pregunté con total sinceridad, dispuesto, de ser necesario, a contarle toda la verdad.

—No. No quiero saberlo. Te ayudaré. Y no quiero tu dinero.

—Gracias —murmuré emocionado.

Bebió del vaso de vino que mi tío le había servido, y proclamó en tono solemne:

—En un par de horas, máximo tres, deberé sentarme en el retrete. Si para entonces no me has dado nada para las hemorroides, voy a cagar fuego.

Sonreí y ordené que le prepararan unos emplastos desinflamantes. Funcionaron, pues no se volvió a quejar hasta su partida. Aun

enfrentando al Santo Oficio, su presencia me hacía sentir seguro.

A la mañana siguiente llegó Baltasar, que se había convertido ya en un reputado médico y eso le permitía moverse por toda la Península sin que nadie sospechara. Mientras Vega aún dormía, nos sentamos en un pequeño mesón a planear nuestros movimientos. No dudaba de la fidelidad de Vega, pero había cosas que solo Baltasar podía escuchar.

El plan era tan sencillo como imposible. Primero: ya sabíamos que Vasco Valentín había sido el denunciante. Había que desacreditarlo, de la misma forma que Gerónimo había convertido el testimonio de Cardoso en inaceptable. Segundo, había que encontrar una forma de comunicarse con las docenas de arrestados que se encontraban prisioneros en el Alcázar de los Reyes, y, tercero, había que encontrar a Isabel y hallar la forma de hacerla liberar.

Mi primo Francisco Gómez “Romano” se encargó de radicar denuncias por robo, malversación y herejía contra Valentín. Lo hizo en varias ciudades y haciéndose pasar por personas distintas. Pagando a hidalgos venidos a menos logró que ellos también presentaran denuncias contra el delator. Obviamente, tales acusaciones serían mejor recibidas que las de un portugués.

Entrar en contacto con los prisioneros sería mucho más difícil. Lo que yo quería era enviar mensajes a los detenidos con tres motivos: uno, darles coraje y consolarlos en el duro trance; dos, averiguar el paradero de Isabel, y tres, prevenir más denuncias.

—Si se quiebran y dan nombres, toda la comunidad de judíos secretos de Andalucía estará en peligro —le dije a Baltasar.

—Todos confesarán de una forma u otra —me respondió.

No mencionó la tortura para evitarme la imagen de Isabel en el potro, pero era obvio a qué se refería.

—Isabel resistirá —afirmé—. Si se atiene al plan que establecimos, dirá que su arresto se trata de un error, que ella no es la Isabel Gómez que buscan. Con eso ganará tiempo.

—¿Y cuando los otros confiesen? —preguntó Baltasar.

—Debemos proveerles de nombres a denunciar.

—No entiendo, Juan, pensé que querías detener las denuncias…

—Quiero que denuncien a gente que esté muerta, o que esté fuera del país. No pueden dar nombres ficticios. La Inquisición los controlará y los torturarán aún más. Pero denunciar a gente real les dará credibilidad, aunque estén fuera del alcance del Santo Oficio.

Aquella tarde, con Manuel y un Vega ya repuesto, salimos a reconocer el terreno en el cual deberíamos actuar. Dimos una vuelta alrededor

del Alcázar, el imponente palacio que los Reyes Católicos habían usado durante su conquista de Granada y luego habían donado al tribunal del Santo Oficio. Era un enorme rectángulo amurallado con una torre alta en cada una de las esquinas. En el interior había una verdadera ciudadela inquisitorial que incluía las cárceles, los tribunales y las habitaciones de jueces, monjes dominicos y servidores laicos. Parecía totalmente inexpugnable.

Mi tío se lanzó a una de sus lecciones de historia que tanto me gustaban treinta años antes.

—¿Sabéis que aquí mismo estuvo el palacio del gobernador romano? Luego hubo un palacio visigótico y luego fue la sede del Califato de Córdoba —señaló una huerta dividida en varias parcelas que bajaban la colina en terrazas escalonadas—. Allí, los árabes construyeron un magnífico complejo de jardines, termas y casas de recreo. Luego los reyes castellanos usaron partes de la estructura mora para construir el Alcázar tal como lo vemos ahora.

—Señor —dijo Vega—, os recuerdo que no estamos en la escuela. ¿Para qué nos contáis todo esto?

—Pues bien, mi querido amigo —respondió Manuel—, todas estas gentes: visigodos, romanos, árabes y castellanos construyeron uno encima del otro. No siempre demolieron las estructuras precedentes, simplemente construyeron encima.

—¿Y entonces? —preguntó Vega buscando nuestra complicidad—, ¿eso os da derecho a aburrirnos?

—No, lo que eso nos da es la posibilidad de encontrar túneles, cámaras ocultas y ruinas que se comunican entre sí —señaló otra vez al huerto escalonado—. Allí abajo todavía están los canales que traían agua del Guadalquivir para alimentar los baños y las fuentes del califa. Puede ser nuestra forma de entrar en las prisiones inquisitoriales.

Vega sabía reconocer el mérito ajeno. No pedía perdón, pero la deferencia con que trató a mi tío a partir de entonces fue como una disculpa.

—Tengo algunos amigos en el hampa cordobés. Contrabandistas, fulleros, traficantes de todo tipo —pensó un minuto—. ¡Pero claro, carajo! ¡¿Cómo no lo pensé antes?! ¡Artemio Laruja! Fue minero en Flandes, cuando a Spínola se le ocurrió cavar túneles para minar las trincheras de los holandeses. Era de Córdoba y después de la guerra volvió aquí y se dedicó a toda suerte de negocios turbios. ¡Si hay túneles, él los conocerá!

Dos horas más tarde, nuestra pequeña banda estaba sentada junto a

Laruja en un tugurio de mala muerte que servía de refugio a fulleros y tahúres. Efectivamente, el hombre conocía la geografía subterránea de Córdoba como la palma de su mano. Con su fuerte acento andaluz, tragándose las “d” y las “s”, nos contó que no solo había ruinas de otros siglos debajo del Alcázar, sino que las constantes obras de expansión y renovación de las cárceles inquisitoriales habían creado enormes huecos en la estructura. Por dinero, él y su banda podían hacernos entrar en las prisiones. No explicamos para qué queríamos introducirnos allí, Laruja tampoco preguntó. Creo que debió haber pensado que se trataba de extraer posesiones que algún reo había logrado ocultar, como una joya o dinero en metálico.

La noche siguiente me sumergí en las entrañas secretas de la ciudad. Laruja me guiaba, pero no dejé que nadie más viniera conmigo. La idea era introducirse en el Alcázar y estudiar la forma de acceder a las prisiones. Por momentos el túnel era amplio, como si entráramos en alguno de los salones del califa. En otros, el pasadizo se angostaba tanto que solo podíamos movernos reptando sobre el estómago. En varios momentos, la estrechez extrema me generó una sensación de pánico profundo y Laruja tuvo que darme algunas técnicas para controlar el temor al encierro.

Finalmente nos topamos con una pared.

—Es aquí —susurró Laruja.

Toqué la pared, moviendo la antorcha y tratando de encontrar una abertura.

—¿Aquí dónde? ¡Aquí termina el túnel! —exclamé.

Laruja golpeó la pared, sonaba hueca.

—Es adobe, espeso como papel, tapiaron mal cuando ampliaron la prisión —con un piquete que tenía colgado del cinturón dio un par de golpes a la pared y abrió un boquete lo suficientemente grande para que pasara una persona. Del otro lado había solo un pasillo largo y oscuro, pero al final se veía una luz tenue.

—Pasarán meses hasta que descubran el agujero —dijo—. Allí son las habitaciones de los dominicos, y cien pies a la izquierda, en el nivel inferior, están las mazmorras.

Me miró como si sintiera culpa de dejarme solo y murmuró “buena suerte”, antes de marcharse por los mismos pasadizos por los que habíamos llegado.

Me introduje en la boca del lobo y recorrí el pasillo hasta llegar al final. El miedo me acortaba las respiraciones y sentía fríos gotones de sudor caerme por la espalda. Comencé a ver los aposentos de los monjes y curas. No tenía la menor idea de cómo haría para

introducirme en las prisiones y decidí contentarme con un reconocimiento básico. En eso, vi una hilera de hábitos dominicos colgados a lo largo de la pared. En una ocurrencia suicida, me calcé uno y me dirigí a las mazmorras. Me puse la capucha tapándome la cara. A pesar del olor tupido y agrio de la tela respiré hondo, usando la técnica que me había enseñado Laruja para dominar el pánico. Cuando llegué a las mazmorras, el bedel me observó con suspicacia.

—Es tarde para ver a los prisioneros, páter —dijo.

Con una frialdad rayana en la demencia, expliqué que a varios de los prisioneros se les había dado un régimen de meditación y oración nocturna y yo estaba allí para asistirlos y vigilar que lo cumplieran. Maldije mi suerte y le dije lo primero que me vino a la cabeza:

—A los hermanos pobres como yo nos dan las peores tareas, mientras los gatos gordos duermen la mona.

El bedel sonrió. Me acompañó por un trecho, pero cuando se convenció de que no presentaba ningún peligro volvió a dormir.

Mientras caminaba, me sorprendí de ver que el miedo había sido reemplazado por una temeridad impávida que solo podía provenir de la locura o de la determinación ciega de salvar a Isabel.

Hablé con varios de los prisioneros. Tomé mensajes de los reos para familias que aguardaban con ansia alguna noticia de sus seres queridos. Hice un inventario mental de los presos y traté de reconfortarlos diciéndoles que desde afuera estábamos trabajando para liberarlos. Nadie había visto a Isabel. Al cabo de un par de horas desanduve el camino y encontré el boquete en las penumbras de aquel pasillo olvidado. Escondí el hábito y volví por el laberinto de túneles. Laruja había dejado antorchas en lugares estratégicos, de modo que siempre había algo de luz para guiarme.

Volví a la prisión varias veces más. El bedel ya me saludaba y me dejaba entrar sin levantarse de su silla. Una vez llevé una botella de vino del bueno y me senté con él a beberla.

—Esto es lo que beben los jueces y los abogados. A nosotros nos dan aguardiente del barato —dije, como para encaminar la charla.

El bedel se quejó de sus condiciones de trabajo en las prisiones abarrotadas. Me contó que luego de las últimas olas de denuncias, había habido tantos arrestos que la cárcel del Alcázar se había quedado sin lugar. Algunos presos habían sido transferidos a la prisión de La Penitencia, una prisión civil a pocas cuadras del Alcázar.

Aquella información valía oro y también era una fuente de esperanza. Seguramente Isabel había sido llevada a esa prisión y, como todo el mundo sabía, allí sería más fácil encontrar a guardianes

corruptos que pasaran mensajes a cambio de algunos reales. Había toda una economía paralela involucrando a prisioneros, guardias, cocineros y jornaleros varios. Rápidamente confirmé mi sospecha: Isabel estaba allí. No hacía falta infiltrarse en la prisión, ya que untando a los guardias, era posible intercambiar cortos mensajes en código.

Luego de la primera presentación ante los jueces, Isabel no había sido sometida a interrogatorios. Aun trabajando a paso redoblado, ni jueces ni torturadores daban abasto y aquellos detenidos en La Penitencia aún no habían sido traídos al Alcázar para ser indagados.

Entablar contacto con Isabel fue un primer paso, pero de ahí a hacerla liberar había un gran trecho. A pesar de la corrupción reinante, organizar una fuga era prácticamente imposible y, aun si tenía éxito, lograrlo implicaría vivir bajo amenaza permanente. Nos quedaba la vía legal, pero ¿cómo pensar una estrategia legal sin siquiera saber cuáles son los cargos contra ella?

Convoqué a nuestro pequeño grupo a analizar las alternativas. Las funciones de cada uno de nosotros —Vega, Baltasar, Manuel y yo— se delineaban cada vez más claramente. Manuel proveía conocimientos; Baltasar, valiosos contactos y una pátina de respetabilidad, y Vega, la viveza y el músculo de soldado y viejo rufián.

—Tenemos que hacernos con el acta de acusación —dije.

—¿Y cómo? —Manuel se mesó la barba, que para entonces era completamente blanca—. Los documentos inquisitoriales están en la torre del Alcázar. No tenemos forma de llegar a ellos.

—Y una cosa es colgarte un hábito en la oscuridad de la noche, pero durante el día, aunque te pongas unas faldas de bailaora, seguirás pareciendo un médico —dijo Vega.

—Un médico —repetí—, siempre pareceré un médico.

La idea que se me ocurrió era una de esas ridiculeces que se piensan en momentos de desesperación.

“Los prisioneros están bajo supervisión médica”, pensé. Eso era así en especial para asegurarse de que no murieran durante la tortura, pero también para realizar peritajes. Los médicos podían pedir el legajo de un prisionero determinado para detectar posibles problemas de salud o, por ejemplo, si algún prisionero declaraba demencia como defensa. Si uno de nosotros lograba hacerse pasar por médico oficial, tendría acceso a los documentos que necesitábamos.

—Ni lo pienses, Juan —declaró Baltasar—, es una locura.

—Normalmente soy un chiflado, pero en aquellos raros momentos en los que estoy cuerdo soy solamente estúpido —dije sin causar

gracia—. Está bien, es una locura y una estupidez… pero no tenemos opción.

Vega conocía a unos falsificadores que producían los mejores documentos que el dinero podía pagar. Por segunda vez, entregué mis ahorros a un falsificador y obtuve unos documentos que me acreditaban, bajo un nombre falso, como médico de la Inquisición. También falsifiqué una carta de recomendación de un médico inquisitorial que sabía en Sevilla. El nombre era real, pero jamás verificarían su autenticidad.

So pretexto de ayudar en las investigaciones, me presentaría a pedir los archivos de varios prisioneros incluido, naturalmente, el legajo de Isabel. La carta decía que me habían pedido que proveyera una segunda opinión a ciertos peritajes médicos.

Vega insistió en acompañarme.

—Diremos que soy tu guardaespaldas. Mi presencia dará más credibilidad a la idea de que eres una gran eminencia médica viajando por los caminos de España. Y si te metes en problemas, como probablemente suceda, podré serte de alguna utilidad.

Nos presentamos en la opulenta entrada del Alcázar, mostramos los documentos y pedimos ir a los archivos. Me estremecí al ver el escudo de la Inquisición. El lema de *Exurge domine et judica causa tuam* nos miraba amenazante. Nos condujeron hacia la torre norte. Las manos me temblaban y mi corazón latía con fuerza. Vega me miraba de reojo para asegurarse de que guardaba la compostura. Respiré profundamente y me aplesté a lucir la arrogancia y el despecho que tantas veces había visto en médicos célebres.

En el tercer piso accedimos a una estancia en donde estaban prolijamente organizados los documentos correspondientes a los procesos en curso. No pude sino admirar la meticulosidad con la cual trabaja el Santo Oficio. El secretario dudó. No era el procedimiento regular. Los médicos no se presentaban al archivo para analizar un expediente. Era el juez quien pedía el legajo y el médico solo entraba en contacto con el secretario del tribunal.

—Doctor —dijo—, no puedo entregaros esos documentos. Vuestra merced sabe que es el juez quien debe solicitarlos.

Lo miré con impaciencia.

—No debéis entregármelos, solo debo consultarlos.

—Pero ese no es el procedimiento, doctor—insistió.

Me calcé la mirada desdeñosa que había practicado la noche anterior.

—¿Sabéis quién soy yo, secretario? —cargué la última palabra con

toneladas de desprecio—. Pues os lo explicaré. Soy Fernando Robles y Oviedo, condestable de Burgos y médico personal de obispos y príncipes, catedrático de tres universidades y consultor especial del Santo Oficio.

Vega se irguió como un tigre preparándose para el zarpazo.

—¡No sé cuál es el procedimiento ni me interesa! —agregué casi en un alarido—. He venido desde Sevilla especialmente a pedido del tribunal y no voy a perder un minuto más de mi valioso tiempo.

El secretario dudó.

—¡Decidme vuestro nombre, secretario! —ordené.

—Juan Peralta —tartamudeó y agregó—: Puedo enviar a que alguien consulte con el inquisidor. No tomará mucho tiempo.

Esbocé una sonrisa e intenté no pensar demasiado. Si alguno de los jueces era consultado, no saldría vivo del edificio.

—¿Peralta, dijisteis?… Muy bien, Peralta, vos sabéis que a esta hora los jueces están en audiencia. Tardaremos horas y, como os he dicho, no tengo tiempo que perder. Debo analizar los peritajes y volver a Sevilla. ¿O acaso debo decirle a su majestad la infanta de Asturias que llego tarde a sus curaciones porque un tal Juan Peralta me detuvo inútilmente? —me volví hacia Vega, que miraba al secretario con ojos asesinos—. Nos marchamos. En cuanto a vos, Peralta, podéis estar seguro de que vuestro próximo trabajo será remover a mano limpia los excrementos de los prisioneros.

—Esperad, doctor —nos detuvo algo dubitativo—, no creo que haya daño alguno en que miréis los expedientes aquí mismo.

—Sois un hombre razonable. No olvidaré mencionar vuestra colaboración, Peralta.

Pedí el expediente de Isabel y otros tres. El secretario tardó solo unos instantes en encontrarlos.

—Son de los nuevos —dijo y luego se calló como si esperara alguna otra diatriba de mi parte.

—Parece que entre los herejes se ha puesto de moda declararse demente —exclamé con una sonrisa cómplice que el secretario replicó.

Para no despertar sospechas dejé el legajo de Isabel para el final. Sentado en un escritorio que me facilitó el secretario, fingí ojear los otros con interés. Trataba con todas mis fuerzas de disimular la ansiedad. Finalmente abrí el de Isabel y lo leí. Mientras recorría las páginas de la acusación, me tuve que morder los labios para no reaccionar. Vega se dio cuenta de mi excitación y me miró con curiosidad. Respiré hondo para recuperar la compostura y volver a enfrentar al secretario.

—Ya vi lo que necesitaba, Peralta.

Dejé los legajos sobre la mesa como si ayudarlo a recogerlos fuese indigno de mí.

—Os agradezco. Buenas tardes.

Salimos de la torre y le señalé a Vega un recoveco en el cual podíamos hablar.

—¡Tengo la solución! —dije.

—¡Baja la voz!

—El testimonio de Valentín dice: “Isabel Gómez, de nación portuguesa, hija de Felipa Gómez, esposa de un médico que vive en Francia” —miré a Vega como si tuviera entre mis manos la llave maestra—. Valentín cometió un error: la madre de Isabel se llama Francisca y yo, como ves, no vivo en Francia. El malsín quería denunciar a mi Isabel, pero mezcló dos historias en una. ¡Podemos aducir que se han equivocado de persona!

Vega asintió y sonrió. Podía funcionar. Claro que antes debíamos aversonar el palacio inquisitorial sin ser descubiertos.

Resistiendo la tentación de correr, enfilamos hacia la entrada. Atravesamos los claustros y los salones, cruzándonos con clérigos, monjes en hábito y secretarios ajetreados. Vega caminaba con gran seguridad, con la cabeza levantada sin cruzar la mirada con nadie. Yo me cubría la cara con el ala del sombrero. “Ya casi estamos”, pensé. Solo nos quedaba un largo pasillo que terminaba en un codo que conectaba con el vestíbulo principal y luego, la puerta y la calle.

El pasillo estaba desierto. Recién cuando habíamos recorrido un tercio del corredor, un hombre dobló la curva que daba al vestíbulo y empezó a caminar hacia nosotros. Al cabo de pocos pasos lo vi claramente. Era el bedel. Bajé más el ala del sombrero, pero ya era tarde. Me había reconocido.

Se detuvo en seco y me tomó el brazo cuando le pasé por al lado.

Vega llevó la mano al pomo de la espada.

—¿Qué deseáis, señor? —dije con la mayor indiferencia que pude.

—¿Qué hacéis así vestido?, ¿dónde está vuestro hábito?

—Vuestra merced me confunde con otra persona.

—¡Explicadme de qué se trata esto!

—No sé a qué os referís, caballero, dejadme si no queréis pagar vuestra insolencia con vuestra vida.

El bedel rechinó los dientes y frunció la boca en una mueca de odio: “¡Maldito impostor!”, musitó. Se dio vuelta y se aprestó a llamar a los guardias, respiró hondo, como quien va a emitir un fuerte grito. Pero ningún sonido salió de su boca. Vega lo sorprendió con un

puñetazo demoledor en la sien. Lo terminó de fulminar con un violento derechazo en el medio de la frente. El bedel puso los ojos en blanco y comenzó a desplomarse mientras un hilillo de sangre le caía de la nariz. Lo agarré para que no se cayera al piso, más para que el ruido de la caída no alertara a guardias y curiosos que para cuidarlo. Lo tomamos entre los dos y lo apoyamos lentamente detrás de una columna. Volvería en sí en cualquier momento. Miramos que no hubiera nadie y seguimos nuestro camino a paso rápido, pero cuidándonos de no correr. Al llegar al vestíbulo disminuimos la velocidad. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar los nervios y no lanzarme a la carrera. Nos cruzamos con otra pequeña multitud de clérigos y laicos. Llegamos a la puerta y Vega saludó a los guardias tocándose el sombrero. Yo ya no podía disimular ni un gesto y solo me cubrí la cara.

Continuamos fingiendo por unos instantes interminables al salir del edificio y cuando finalmente doblamos la esquina, nos largamos a correr como si tuviésemos el diablo a los talones.

ANTEQUERA, 1651

Las casas blancas de Antequera se acurrucaban alrededor del gran castillo árabe como ovejas friolentas pugnando por hacerse un lugar alrededor de un fogón. Nuestra nueva casa estaba en un punto alto de la colina y veía las tejas rojas de la parte baja de la ciudad soportar con resignación el sol fulgurante de la tarde. Aquel verano de 1651 era cruento y desalmado y solo las lagartijas se animaban a ponerle el pecho.

Desde la liberación de Isabel, nos habíamos mudado a esta ciudad comercial, encajada en un cruce de caminos entre Sevilla, Málaga y Córdoba. Vivir allí me permitía estar cerca de Málaga, donde mis servicios eran requeridos regularmente y también me ponía un paso delante del Santo Oficio, en aquel macabro juego del gato y el ratón que sosteníamos desde hacía ya más de quince años. La vida en Antequera era confortable pero solitaria. No teníamos más diversión que macerarnos en sentimientos viscosos y agrios.

La liberación de Isabel nos llenó de regocijo, pero también nos hizo mucho más conscientes de la fragilidad de nuestra situación. Habíamos tenido suerte. Mucha suerte.

Luego de haber obtenido el acta de acusación, había logrado pasarle a Isabel un mensaje en clave: usaríamos el argumento de la identidad equivocada, por lo que era imperativo que resistiera y no confesara nada.

A fuerza de una insistencia casi sobrehumana, logré una audiencia con los abogados del Santo Oficio. Probamos que se trataba de una confusión; que yo no vivía en Francia y que todo era un trágico malentendido dado que en España debía de haber cientos de miles de Isabel Gómez. Luego de meses de audiencias y esperas interminables Isabel fue liberada y se levantó el embargo sobre nuestros exiguos bienes.

Chupé el cigarro y adiviné formas y rostros en el humo gris. En las volutas vi a mi padre, a Rivero y una Isabel fantasmagórica y deforme.

Me puse de pie para romper la ensoñación y a través de la ventana vi a mi mujer acostada en su cama, inmóvil y con los ojos perdidos como náufragos. Si antes de su arresto sufría de dolencias esporádicas, luego de su liberación pasó a quejarse día y noche de malestares intensos. Mis tisanas analgésicas no parecían hacerle efecto. Decía que los dolores eran fruto del maltrato que había sufrido a manos de los inquisidores, pero esa era una verdad a medias. La prisión había sido un permiso, una autorización para dejarse caer en la depresión y la melancolía. Era a la vez causa y excusa.

Isabel había descubierto, incluso antes de su detención, que el opio del láudano calmaba tanto su dolor como su angustia así que había comenzado a consumirlo en cantidades cada vez mayores. Yo, absorto en mi propio mundo, tardé demasiado en darme cuenta. Si bien había notado que el nivel de líquido en la botella de láudano bajaba sutilmente, me engañaba pensando que se trataba de mi imaginación. Hasta que un día, presionado por sospechas ya imposibles de ignorar, marqué el nivel del líquido en la botella y esperé. Al cabo de una semana, el láudano había bajado más de un dedo de su nivel original. Para no humillarla, decidí no decirle nada. Solo puse la botella bajo llave y observé qué sucedía. Al día siguiente Isabel comenzó a quejarse de dolores insoportables que únicamente el láudano y el opio podían calmar. Me resigné a darle algunas gotas, pero siempre encontraba la forma de procurarse más.

Aún se ocupaba de los niños y trataba de ser una buena esposa, pero alternaba periodos de actividad con largos intervalos de letargo profundo. Aquella chispa de picardía y complicidad que iluminaba sus ojos almibarados había desaparecido.

Yo navegaba entre la culpa y el fastidio, bajo un cielo ominoso de languidez y desánimo.

Las lavas de la pesadumbre detenían momentáneamente su marcha cuando, a veces, nos visitaba Baltasar, con quien solía trabajar en Málaga. Claro que atrás habían quedado aquellos encuentros ligeros y atrevidos, en los que creíamos que nos podíamos llevar el mundo por delante. Ahora nos abocábamos a tertulias melancólicas en las que solo reíamos cuando nos acordábamos de viejas aventuras. A pesar de ello, la aparición de la figura seria y suave de Baltasar entre los dinteles de nuestro portal era como una yesca que me encendía el alma. Una vez mi amigo vino acompañado de un visitante. Se trataba de un judío portugués que había logrado llegar a Ámsterdam. El hombre nos contó de aquel país increíble, en el que cada uno podía practicar su religión libremente. Nos habló de sinagogas y rabinos que

mostraban sin tapujos sus barbas; nos habló de príncipes de Holanda que venían a la sinagoga a presentar sus respetos, nos contó de calvinistas que trataban a los judíos con reverencia y a los católicos con sospecha. Nos habló del frenesí comercial y de riquezas sin límites. Por sobre todo nos habló de una ciudad en la cual, a pesar de su clima gris, brillaba el sol del progreso y la libertad, un lugar en el que se podía pensar y decir lo que se te cantara el higo y donde no había ni reyes ni Inquisición. Un lugar donde cada hombre era juzgado por lo que valía y no por la sangre que corría por sus venas.

Desde aquel encuentro, Ámsterdam se convirtió en mi refugio mental, el lugar al cual escapaba cuando el desconsuelo me invadía.

Junto a las pocas familias portuguesas de la ciudad, formé una pequeña comunidad que siguió judaizando con una determinación demente y tal vez suicida. También allí repetimos la conocida cadencia de sótanos, ayunos y plegarias. También allí marcábamos el comienzo del *shabbat* encendiendo velas dentro de un armario al abrigo de ojos curiosos. También allí encontramos consuelo en las palabras eternas del libro de Dios, también allí libramos una batalla permanente, silenciosa pero encarnizada, por nuestro derecho a ser diferentes. Cada ceremonia secreta, cada celebración, era una victoria. Cada día que pasaba sin que la Inquisición nos quitara las ganas de ser nosotros mismos era un triunfo. Pero eran todas victorias pírricas. Como el ejército de Aníbal, que tanto admiraba cuando niño, ganaba batallas pero perdía soldados irrecuperables. Estábamos exhaustos.

La nuestra era una determinación cansada y ahíta. Seguíamos marchando a paso firme, pero caminábamos con músculos entumecidos y acalambrados, cargados de fatiga y desesperanza.

Una brisa leve me hizo sentir pequeños estiletes de placer al chocar con mi frente perlada de sudor. Apagué el cigarro contra la pared y me metí en la casa. Era la hora de la cena, pero no tenía hambre.

El invierno andaluz toleraba a regañadientes un sol tímido que se perfilaba por entre las callejuelas blancas como pidiendo perdón.

Era una mañana de febrero y la ciudad se despertaba lentamente. Pronto los caminos se animarían y los mercados se llenarían del olor y el ruido de hombres y bestias.

Sentado en la cocina, bebía chocolate con miel de un tazón de barro cocido. Me aprontaba para un día de rutina en el hospital cuando un esportillero apareció corriendo en la puerta de la casa.

—Doctor Prado —dijo tratando de recuperar el aliento—, necesitan urgentemente de vuestros servicios.

—¿Qué pasó? —pregunté fastidioso—. ¿El corregidor otra vez con un ataque de gota? Ya le he dicho que mientras siga bebiendo vino de oporto los ataques de gota no desaparecerán.

—No se trata del corregidor, doctor. Es un recién llegado. Un alto eclesiástico.

Me cargué la alforja con los instrumentos y atravesé la ciudad. Pasé por debajo del Arco de los Gigantes, maravillándome como siempre ante los restos romanos que habían sido incrustados en aquel monumento a la gloria de Felipe II. Pensé que la historia era tacaña. Destruye pero no desperdicia.

Llegamos al convento de San Agustín, donde nos recibió una comitiva de clérigos y guardias.

Un cura alto de calva reluciente se acercó hacia mí.

—Doctor Prado, nos han dicho que sois el mejor doctor de la ciudad. El nuevo cardenal necesita asistencia.

—¿Hay un nuevo cardenal? ¿Qué hace aquí?

—Venid —dijo—, no hay tiempo que perder.

—¿El cardenal primado no tiene un médico personal? —pregunté mientras caminábamos a paso veloz por las galerías del convento.

—Sí, pero está en Sevilla.

—¿Sevilla?

Al llegar al lecho del enfermo lo reconocí de inmediato. El mismo cuerpo frágil y distinguido, los mismos ojos azules con más preguntas que certezas. La misma piel cansada y quebradiza, la misma nariz que evocaba la quilla de barco antiguo, el mismo pulso rápido y tembloroso.

Cuando me vio su rostro se iluminó, como si se tratase de la pintura de un santo.

Habló con voz ronca pero firme.

—¡Doctor Prado! Qué alegría veros.

El arzobispo Domingo Pimentel de Zúñiga acababa de recibir el capelo cardenalicio de su santidad y se dirigía de vuelta a Sevilla.

—Me da gusto veros, eminencia —dije.

—La Providencia es inescrutable, mi querido doctor, me castiga con la enfermedad pero me recompensa con la bendición de vuestra compañía y vuestra ciencia.

Sonreí y cité el libro de Job:

—¿Dónde estabais cuando creé la tierra? ¡Decid, si es que tan sabio eres!

—Así es, doctor, el hombre no puede comprender los designios del Altísimo.

Lo examiné. El cardenal había tenido problemas digestivos y fiebres. Ambos problemas estaban ligados. Las fiebres eran consecuencia de su severa indigestión y no había nada que hacer más que hidratarlo y esperar a que el cuerpo se purificara a sí mismo. Por lo demás sufría de simple agotamiento.

—Deberéis descansar algunos días, eminencia. No estáis en condiciones de seguir el viaje a Sevilla.

—Me esperan en Sevilla.

—Si partís en estas condiciones, recibirán un cadáver en lugar del nuevo cardenal.

—No hay necesidad de ser tan dramático, doctor.

—Solo descriptivo, eminencia. Estáis deshidratado y débil; en este estado, no soportaréis el rigor del camino en pleno invierno. Cogeréis una pulmonía y vuestro cuerpo no la resistirá.

Resopló con fastidio antes de hablar.

—Con una condición. Vendréis a verme y seguiremos hablando de medicina y teología.

—Será un honor, eminencia —dije, sin poder reprimir una sonrisa.

El cardenal Pimentel debió quedarse un par de semanas en Antequera mientras su cuerpo se recuperaba lentamente. Le preparé varias medicinas y le prescribí caminatas diarias, pues había observado que los ancianos decaen más rápido cuando no realizan ningún ejercicio físico.

Para cumplir la promesa que le había hecho, yo acompañaba a Pimentel en esas marchas, en las que comenzábamos hablando de su salud y terminábamos por hablar sobre filosofía y religión.

Un día llegué a su encuentro nervioso y cansado. Había tenido con Isabel una discusión tan violenta como inútil. Nuestros encontronazos habían empezado a ser cada vez más frecuentes y más agrios. En vez de entender los motivos que la habían llevado a abusar del láudano, me enfadaba con ella, que era una manera de enojarme conmigo mismo pues sabía que su infelicidad era en gran parte mi obra.

El cardenal estaba leyendo un libro que depositó sobre su regazo cuando me vio venir. Tenía esa excitación propia de aquellos que están inmersos en pensamientos intelectualmente estimulantes. Habló sin percatarse de mi mal humor.

—¡Doctor Prado! Qué placer veros. Estaba leyendo un libro muy interesante. Un autor italiano trata de imaginar qué diría Jesús si viniera hoy a la tierra. Por ejemplo, ¿qué diría del progreso de las ciencias? ¿Condonaría los trabajos de Copérnico? ¿De Galileo Galilei?

No pude resistir y lancé un comentario irónico:

—Pues bien, la Inquisición parece tener la respuesta a esa pregunta: ha prohibido los trabajos de ambos —el cardenal sonrió.

—¿Y qué pensáis vos, doctor? ¿Qué diría Jesucristo si descendiera y tuviera que dar el sermón en la iglesia en mi lugar?

Hay momentos en los que por más que luchemos por retenerlas, las palabras salen de nuestra boca sin pedir permiso.

—Pues bien, eminencia, lo primero que haría Jesús si viniera a la iglesia el próximo domingo es preguntar qué diantres sucede. La misa es en latín y Jesús solo hablaba hebreo y arameo. El pobre no entendería una palabra.

El cardenal tensó la cabeza por un instante, como si fuera a intervenir, pero se mantuvo en silencio. Hubo un destello en sus ojos cuyo significado no alcancé a discernir.

—Segundo —continué—, se horrorizaría de que el instrumento usado para torturarlo sea justamente el símbolo de la religión que lleva su nombre.

El cardenal estaba ahora sentado al lado mío. Yo hablaba y en mis palabras estaba la furia acumulada de décadas de farsa y persecución, estaba Isabel y su láudano, mi padre y su amargura, Rivero en su celda en un charco de sangre.

—¿Y sabéis qué más? También estaría estupefacto al ver que hay una religión nueva que lleva su nombre. Él, que solo quiso preservar la religión judía, se sentiría profundamente ofendido de que la ley que juró defender sea llamada “antigua alianza” por sus supuestos seguidores. Alguien le mostraría los libros de la “nueva y verdadera” alianza y él no reconocería ninguno. En especial aquellos escritos por san Pablo, el apóstol a quien ni siquiera conoció.

Ya no podía detenerme. Hablaba sin pensar y sin medir consecuencias.

—Estaría sorprendido de ver que el día del Juicio de Dios aún no ha llegado y no podría creer que el Reino de Israel no ha sido restablecido en la Tierra Santa. No podría comprender cómo Roma, su odiado enemigo, sea ahora el centro de su religión.

Respiré hondo.

—¿Y sabéis lo que más le rompería el corazón? Ver que aquellos que se dicen sus seguidores persigan a su pueblo y quemen judíos en su nombre. No entendería la religión de los perseguidores, pero podría practicar la religión de los perseguidos. Celebraría sus mismas festividades, leería los mismos libros, y probablemente sería quemado por los mismos verdugos.

Como un borracho que recupera la sobriedad de golpe, me di cuenta de las blasfemias que había proferido, ni más ni menos que en presencia del cardenal primado de España. Esperé la inevitable llamada a los guardias y el consecuente arresto con la resignación de una vaca parada bajo la lluvia. Sin embargo, el cardenal se acercó a mí y puso su brazo flaco y huesudo alrededor de mi hombro. No me había percatado de que gruesas lágrimas de emoción y cólera me rodaban por las mejillas. Me sorprendió tanto mi estupidez como la actitud del cardenal.

Pimentel respiró profundamente. No pude evitar escuchar un pequeño silbido que hacía el aire al pasar por sus pulmones inflamados.

—Doctor, hay verdadera angustia en vuestro corazón. Y esa angustia muestra que la búsqueda de la verdad de Dios es importante para vos. La fe se ha convertido en algo tan automático que ya nadie se pregunta acerca de ella y, sin embargo, las cuestiones que formuláis no son heréticas, aunque algunos digan lo contrario. Son legítimas y tenéis todo el derecho del mundo a preguntarlas. Será un honor para mí poder argumentar con vos y demostraros, amigablemente, mis creencias. Ambos nos enriqueceremos al hacerlo y ambos aprenderemos.

Lo miré perplejo.

—¿Os sorprendéis, doctor? Pues bien, durante décadas no he tenido una discusión teológica que me desafíe, que me haga pensar y examinar mis creencias. He estado rodeado de adulones y miedosos, gentes temerosas que no se atreven a decir lo que de verdad hay en sus corazones. Le agradezco al Altísimo la posibilidad de debatir y conversar con vos, y así afilar mi fe en el pedernal de vuestra inteligencia.

—Eminencia, exageráis. Solo he tenido un mal día y el demonio ha aprovechado para tomar el control de mi lengua.

Lanzó una carcajada débil.

—Vos creéis en el demonio tanto como yo creo en los duendes. No insultéis mi inteligencia. Tal vez es cierto que estáis en un mal día, pero habéis planteado cuestiones que merecen analizarse.

Mi mente corría en rápidas zancadas. Pensé que Pimentel no me acusaba de judío, sino que interpretaba mis blasfemias como un descreimiento generalizado o como un cinismo frente a la religión organizada o al ritualismo, y tal vez no se equivocaba. Continuó luego de una corta pausa:

—Lo que verdaderamente os angustia, doctor, es saber cuánto de la

religión es verdad revelada y cuánto es un desarrollo histórico, ideado por hombres de acuerdo con sus necesidades terrenas —no me dejó responder—. Hablaremos de ello —siguió—. Pero habéis dicho que teníais un mal día, ¿preferís hablar de ello?

Dejé escapar un suspiro cargado de ansiedades y congojas.

—Hace mucho tiempo que no me confieso, eminencia.

—Estoy dispuesto a escucharos como amigo, no como confesor.

—Gracias, eminencia. Hay cosas que debemos zanjar en los recovecos de nuestro propio corazón.

Sonrió débilmente.

—Respeto eso, doctor, pero sabéis que podéis hablar conmigo cuando queráis.

—Gracias, eminencia. Ahora dejadme que os ausculte.

Me dejó hacer.

—¿Hay algo que os retiene en Antequera? —preguntó cuando retiré la oreja de su pecho.

—¿A qué os referís, eminencia?

—Necesitaré un médico personal en Sevilla.

Mi corazón se detuvo como si tomara envión y luego se lanzó a una carrera alocada. Mi exabrupto no solo no me había llevado a la hoguera sino que me había conseguido un envidiable puesto médico.

—Pero ya tenéis un médico, eminencia.

—Ah, sí —dijo como si se hubiese olvidado—, el doctor Insulza… Pues lo he mandado despedir. Es un charlatán vanidoso e incompetente.

—Debo consultar con mi familia, eminencia —atiné a decir.

—Pues consultad rápido. Partiré mañana.

SEVILLA, 1653

Sevilla, la otrora orgullosa capital del mundo, se recuperaba de la peste con lentitud. El sol andaluz funcionaba como un emplasto cicatrizante sobre la bella ciudad. El Guadalquivir seguía fluyendo con su calma engañosa y la Giralda custodiaba impávida aquella plaza en la que dos años atrás se amontonaban los cadáveres. Era una ciudad más humilde, más consciente de la fragilidad de todo lo humano, sabedora de lo efímero de nuestra gloria y de la precariedad de nuestro poder.

La gente seguía con sus ajetreos, los mercados bullían, las putas follaban y las campanas repiqueteaban, pero los muertos eran como agujeros en el paisaje, una dolorosa ausencia que estaba siempre presente.

Vivíamos en una cómoda casa adyacente al palacio arzobispal. Era conveniente, pues yo pasaba la mayor parte del día en aquel edificio, atendiendo al cardenal y a su pequeña corte de nobles y dignatarios. Muchas veces lo acompañaba en sus desplazamientos a través de la ciudad. La mayor parte del tiempo no había necesidad de ir demasiado lejos, alrededor de la misma plaza y frente al palacio arzobispal se concentraban todos los focos del poder sevillano: la catedral, la casa Lonja de Mercaderes de Sevilla y el Real Alcázar. El temible palacio de la Inquisición tampoco estaba lejos, sus ignominiosas torres planeaban por sobre la ciudad como halcones hambrientos en busca de presa.

Isabel odiaba el bullicio, la mugre y la hediondez de la gran ciudad. Pasaba tardes enteras en el patio de la casa, en el cual los jazmines y los naranjos filtraban el permanente olor a excremento animal y humano. En las pocas veces que salimos juntos, se horrorizaba ante las pilas de basura, los charcos de orina y bosta y los animales muertos, que, a pesar de las repetidas ordenanzas municipales, se seguían tirando a las calles.

Durante la peste había corrido el rumor de que los gatos y perros transmitían la enfermedad, por lo que miles de ellos fueron sacrificados. Lentamente, volvían a la ciudad y disputaban con los ratones el control de rendijas y rincones. También habían vuelto las hordas de pícaros y malhechores a sus mentideros y sus garitos, devolviendo a Sevilla su fama internacional de ciudad del vicio y el relajo.

Como en Madrid, lo sagrado y lo profano se mezclaban con promiscuidad. Cuando acompañaba al arzobispo a la catedral, antigua gran mezquita de la ciudad, era imposible ignorar la congregación de malvivientes, buscavidas, pícaros, mendigos y falsos tullidos que se abarrotaban en el Corral de los Naranjos. Aquel claustro creado para la meditación espiritual era escenario de negocios clandestinos y de disputas saldadas a la hoja. Las columnas que flanqueaban las gradas de la entrada de la catedral habían sido rodeadas de cadenas, para evitar que la chusma de tunos, gazmoños y taimados desbordara en el templo mismo. El resultado fue que las gradas mismas se convirtieron en el mentidero más grande de Sevilla.

Los niños estaban fascinados con el gran orbe. Jamás habían visto edificios tan magníficos, ni tales cantidades de gente y sus ojitos infantiles miraban embelesados los mármoles y los oropeles. Francisquito en especial observaba con admiración a los caballeros, los hidalgos y los rudos soldados que mataban el tiempo en plazas y mentideros o que se paseaban con menguada gallardía por la calle de Sierpes. Inmunes al trauma de la mudanza y el desapego, adoptaron al barrio de Santa Cruz como su terreno de juegos. La antigua judería de la ciudad, ahora semiaversonada, era un lugar de correrías ideal, pues se trataba de un laberinto de angostas callejuelas, diseñadas con el doble propósito de proveer sombra y generar túneles de viento que mantuvieran el fresco.

Así, podredumbre y magnificencia se mezclaban en la capital del Guadalquivir. Seguía siendo el puerto de la Flota de Indias, en el que se volcaban los lingotes de México y Perú, que nuestro muy católico rey ya había gastado por anticipado en sus guerras inútiles. Desde la Torre del Oro y la casa de contratación, los metales preciosos salían hacia todos los rincones de la tierra, alimentando lujos, corrupción e injusticias. La industria de otros mares se enriquecía a costas del oro y la vagancia de España. Purulencia y pompa, pues Sevilla era como el resto del país, solo que un poco más.

Durante mi tiempo en la ciudad saqué dos antiguas pasiones de su

oxidado desuso. Una eran las discusiones teológicas y religiosas, que mantenía con el cardenal. Había entendido que Pimentel toleraba la incredulidad y el escepticismo, pero nunca intenté probar si toleraba el judaísmo. Intuía que el santo varón sabía de mí más de lo que decía, pero nunca dejé de comportarme delante de él como un piadoso católico.

Hablábamos de filosofía en términos abstractos, como por ejemplo, la naturaleza última de toda sustancia o la inmutabilidad de la ley natural. Pero también tocábamos temas más sensibles y peligrosos, como la idea de la Trinidad o la transmutación, reflexionando sobre los muchos dilemas y misterios que la religión aún no había resuelto.

La otra afición que redescubrí en Sevilla fue la de las casas de placer y juerga. La gran ciudad hacía despertar en mí algo que había desaparecido en mis vagabundeos por los pequeños pueblos de Andalucía. Me volví a sentir como en aquellos años de fiesteo en Madrid. Los guapos y los rufianes no me daban miedo sino una extraña nostalgia. Me sentía a gusto entre aquellos hombres con honor y sin ley, que no pedían más que morir de pie.

Me sentía cómodo también en mancebías y tabernas, entre gentes que buscaban y daban placer sin tibiezas ni remordimientos.

La primera vez que visité el Compás del Arenal, lo hice con algo de aprehensión. Temía ser visto y sentía espuelas de culpa mordiéndome la carne. Junté coraje y atravesé el arquillo de Atocha para llegar a las pantanosas calles del Compás. La Virgen de Atocha parecía reírse. El augusto rincón, en el cual san Fernando había recibido de los moros las llaves de la ciudad, era ahora la catedral de soldados desocupados, busconas, mercachifles, gitanos, aventureros, granujas, mendigos y celestinas.

El temor y la culpa desaparecieron cuando aquellas excursiones se hicieron hábito. Dejé de ir a la mancebía del Arenal para frecuentar otras casas más discretas. En aquellos lugares estaba lejos de todo, de la Inquisición, de la enfermiza indiferencia de Isabel y de las miserias de vivir una vida doble y confusa que me había hecho olvidar quién era de verdad. Frente a los mercaderes de lujuria ya no era nada ni nadie. Solo en aquellos antros podía fundirme en el anonimato más absoluto, pretendiendo no existir sino para el momento, sin preocupación ni temor, sin compromisos ni ataduras. Como había dicho Milagros, la cortesana casi niña que me había recibido cuando Vega me llevó por primera vez a una mancebía: a las putas no se les paga por sexo, se les paga por libertad.

Tirarme rameras y pensar en Ámsterdam. Ese era mi esparcimiento a la orilla del Guadalquivir.

El doctor Insulza no me tenía gran simpatía, en especial desde que le había birlado su puesto de doctor personal del cardenal. El arzobispo no había mentido: Joaquín Insulza y Robledo era un ser pendenciero y arrogante. Estaba al servicio de varios nobles de la ciudad, con lo que nos veíamos de tanto en tanto. En aquellas ocasiones, no se esmeraba en ocultar el desprecio que me tenía. Había desarrollado el arte de insultarme tangencialmente, caminando en puntillas sobre la línea divisoria entre la ironía y la ofensa. Con esto quiero decir que se las arreglaba para fastidiarme, sin darme excusa suficiente para degollarlo.

Me sorprendió verlo en mi casa en un lunes soleado y fresco. Mi madre estaba en Sevilla con nosotros y nos había preparado un indescriptible cordero a la miel que degustábamos con fervor. Mientras comíamos, Insulza golpeó la puerta, acompañado de su paje. Me hizo una irónica reverencia que yo retribuí.

—Sed bienvenido, doctor, ¿a qué debo el honor?

—Os agradezco su amabilidad, doctor Prado, solo tengo un minuto.

Miró con sonrisa socarrona a mi familia. Los niños habían terminado de comer, Felipa María jugaba con unas muñecas y Francisco leía un libro de aventuras de caballeros que mi madre había traído consigo de Lopera. Insulza señaló a Francisco.

—Ya casi es un hombre —dijo sin dejar de sonreír. Luego estuvo un largo rato parado bajo el dintel sin pronunciar palabra, exhibiendo impúdico un gesto burlón.

Lo miré con impaciencia y fingió sorpresa.

—Oh, claro, disculpad, doctor. Me he distraído observando a vuestra hermosa familia. Hermosos niños, por cierto.

—¿En qué os puedo servir, doctor?

—Hermosos niños —repitió como si no me hubiese escuchado—, esperemos que no terminen como vuestros sobrinos.

—¿Qué queréis decir? —pregunté, tratando de alejar una terrible premonición.

—¡Oh, pues no los sabéis aún! —dijo—. Pero qué desconsiderado de mí —se mesó la barba corta sin dejar de sonreír—. Vuestro hermano Marco, su mujer y sus dos hijos mayores han sido arrestados por el Santo Oficio.

La sangre aversonó mi cara y no escuché nada más que los latidos de mi propio corazón.

—Pero no os preocupéis, doctor, seguro que se trata de un malentendido que el Santo Oficio corregirá. ¿O acaso dudáis de la sabiduría y la justicia de la Santa Inquisición?

Vi el placer malsano con el que Insulza me había dado la noticia y su insoportable sonrisa. Lancé un violento grito y le rajé un brutal puñetazo en la boca. El paje, que más que escudero era guardaespaldas, desenvainó el acero y apoyó la punta contra mi garganta. Insulza estaba en el piso y penaba por levantarse. Su boca era un agujero sanguinolento. Ya no sonreía y había un odio infinito en su mirada.

—Dejadlo —ordenó a su guardia—. Pronto la Inquisición se llevará a este perro judío y yo lo veré arder entre las risas de la chusma —me lanzó un escupitajo de flema y sangre y se tocó un diente que se le movía—. Vámonos —dijo después, y volviéndose hacia mí agregó—: Aprovecha tus últimos días de libertad, marrano.

El cardenal Pimentel se enteró del arresto de mi hermano y trató de reconfortarme.

—El Santo Oficio tiene la grandeza necesaria para reconocer sus propias faltas. Seguro que se trata de un error que será remediado pronto.

Le pregunté con la delicadeza de quien camina sobre cáscaras de huevo si él podía hacer algo para obtener información sobre los cargos que pesaban sobre él y sobre las condiciones de su detención.

—Doctor, el Santo Oficio tiene sus buenos motivos para mantener los cargos secretos y no es para hombres como yo desafiar su sabiduría. Entiendo vuestra angustia. Venid, recemos juntos por un pronto y positivo desenlace de este aciago trance.

Estaba claro, no se iba a jugar la reputación intercediendo por un judío al que ni siquiera conocía. Lo único que obtendría del cardenal eran rezos de eficacia dudosa.

Mamá tomó la noticia con entereza. Trataba de ocultar su temor y su pena para no preocupar a los niños, pero yo la escuchaba llorar por las noches, intentando esconder su dolor entre los naranjos del patio.

En tanto, yo me sumí en una resignación amarga, un fatalismo sin ilusión ni esperanza. La multitud de arrestos y autos de fe había resquebrajado el eficiente mecanismo de comunicación de los judíos secretos. Nadie me había avisado de su captura hasta la visita de Insulza. Ya era tarde para actuar o tratar de liberarlo con ardides y astucias. El hecho de que hubiera sido arrestado junto a su familia no dejaba duda de lo que sucedería. Aun cuando Marco pudiera resistir

las presiones para confesar y la tortura, alguno se quebraría y nos denunciaría. Mi trabajo en Sevilla me había hecho demasiado visible, no podría esfumarme sin dejar rastro. Insulza también se aseguraría de que me encontraran.

Nuestra suerte estaba echada. Solo quedaba esperar la caída del telón con la sombría certeza de que el destino estaba escrito y de que nada podíamos hacer para cambiarlo.

La tragedia parece detestar la soledad. Tal vez por eso los golpes del destino nunca vienen solos. Es como si los cobardes jinetes del Apocalipsis tuvieran miedo de enfrentarnos de a uno.

A los pocos días de mi encuentro con el cardenal, un estafeta me trajo la noticia de que Gerónimo había muerto en Madrid. Al leer la misiva, un sentimiento de orfandad me azotó el alma. Aquel hombre bueno y sabio me había dejado solo con mis dudas y mis desconsuelos. Unos días más tarde me enteré de que la Inquisición estaba buscando a Baltasar, pero luego de mi partida de Antequera le había perdido el rastro y no tenía forma de prevenirlo. También él era famoso y sin duda sería arrestado pronto.

Pasaron algunas semanas en las que sentí que mi vida era como los granos de arena de una clepsidra, cayendo lentamente hasta desaparecer. Imaginaba a mi hermano, mi bueno y paternal Marco, encadenado y torturado, sus manos delicadas laceradas por los grilletes y las articulaciones descocidas en el potro. Mi abulia se convirtió en defensa contra esos pensamientos. Me pasaba largas horas con la mente en blanco, mirando la nada, sumido en una negrura aterciopelada que me protegía de una realidad aún más negra. Simplemente esperaba, sumido en una melancolía resignada y agridulce.

Una tarde, luego de varios días en los que había evitado ir al palacio, un llamado me sacó de mi sopor.

—El cardenal desea veros, doctor —dijo un secretario.

Pensé que me había mirado con desprecio, pero tal vez era mi imaginación. Desde el arresto de mi hermano todos parecían lanzarme miradas suspicaces.

Me pasé una mano por el mentón y sentí el escozor de mi barba crecida y desarreglada, me toqué la nuca y tanteé cabellos grasos y duros.

—Dejadme afeitarme y arreglarme —dije.

—No. El cardenal desea veros de inmediato.

—¿Su eminencia está enfermo?

—No —dijo sin dar más explicaciones.

Pimentel me recibió sentado en la silla arzobispal. Desde que llegamos a Sevilla, parecía haberse encogido y el gris de su barba había sido teñido completamente de blanco.

En una mano tenía unos papeles, en la otra unos lentes con montura de nácar que usaba para leer.

—Os he extrañado, doctor.

No respondí. Levantó los papeles y se los acercó a los ojos esforzándose por leerlos sin los anteojos.

—¿Conocéis a un médico llamado Baltasar Orobio de Castro?

—Sí, eminencia, es mi mejor amigo —esperé a recibir el mazazo, pero no llegó. Sin poder soportar el silencio, dije—: ¿Por qué me lo preguntáis, eminencia?

—Por nada —respondió—, por nada.

Años de actividad diplomática no le habían enseñado a mentir bien.

—¿Habéis viajado a otros países, doctor?

—No, eminencia.

—¿Por qué creéis que la gente gusta de viajar?

—No lo sé, eminencia.

No estaba de humor por lo que no se me ocurrían respuestas ingeniosas. Casi no reparé en lo inusitado de la pregunta.

—Pues os lo diré: la gente cree que viajando se escapa de sí misma.

—Como Jonás —murmuré.

—Como Jonás. Pero como Jonás, nos damos cuenta de que todo escape es imposible. Pensamos que al viajar nos convertiremos en otros, pero nuestro pasado siempre nos atrapa, por más lejos que estemos. Nuestras falencias no desaparecen. El paisaje cambia, pero nosotros somos los mismos.

En otras circunstancias mi mente hubiese corrido alocadamente, tratando de adivinar a dónde quería llegar el cardenal, pero ahora simplemente esperaba con indiferencia.

—¿Os gustaría viajar, conocer otros países, intentar ser otra persona?

No respondí, el juego me estaba cansando. Trató de levantarse de su silla con gran esfuerzo y, casi por instinto, corrí a ayudarlo. Me ofreció una sonrisa cálida.

—Ya veis, doctor, necesito su ayuda y os extraño cuando no venís al palacio.

—Eminencia, lo siento, yo…

Se llevó un dedo a la boca llamándome a silencio. Luego con el mismo dedo señaló un sobre que descansaba abierto sobre el escritorio

de madera rojiza y encajes de marfil y plata. Las anchas mangas de su hábito hacían que sus brazos parecieran aún más flacos y huesudos. El sobre tenía grabado el escudo del Vaticano.

—Su Santidad el papa requiere mis servicios en Roma.

Mis reflejos de médico hablaron por mí.

—Es un honor, eminencia, pero ¿acaso estáis en condiciones de hacer semejante viaje?

—Lo estoy, si tengo un médico de confianza a mi lado.

Hizo una larga pausa, como esperando que las palabras surtieran efecto.

—Venid conmigo a Roma, doctor. Seguro disfrutaréis de conocer el trono de san Pedro y de vivir en el centro de la cristiandad. Imaginad cuánto aprenderéis de las luminarias que habitan la corte vaticana.

Un jerarca dominico que le servía de asistente intentó protestar. El cardenal estalló en un grito tan furioso que parecía provenir de otro cuerpo:

—¡Silencio! La próxima vez que oséis contradecirme me aseguraré de que seáis enviado como misionero al Amazonas.

Solo cuando escuché el grito del cardenal tomé conciencia de lo que había escuchado. Aquel hombre acababa de salvar mi vida y la de mi familia.

—Será un honor, eminencia, y un privilegio del cual soy indigno.

Con la vista nublada por lágrimas de alivio y gratitud hinqué la rodilla, y tomándole la mano besé su anillo cardenalicio.

—Gracias, padre. Gracias.

Puso su otra mano sobre mi cabeza y murmuró:

—Levántate, hijo mío.

Me incorporé lentamente y lo miré tratando en vano de descifrar la emoción tras sus ojos de nieve y mar.

—Partimos mañana en un bajel que nos espera en Triana.

—¿Mañana?

—Nadie debe hacer esperar a Su Santidad.

Pasamos la noche en febriles preparativos. Mi depresión se había desvanecido como si fuese una niebla nocturna derretida por el sol de la mañana. Isabel enfrentó la nueva mudanza con la desidia de siempre.

—¿Hasta cuándo seguirá esto? ¿Seremos fugitivos toda nuestra vida?

—Dejamos España, Isabel, esta vez será diferente —traté de tranquilizarla.

—Pues dejamos España para meternos directamente en las fauces del león. Vamos al Vaticano, ¿te das cuenta?

Traté de explicarle que la Inquisición española no tenía jurisdicción fuera de la Península y que en Roma estaríamos bajo la protección del cardenal. Ella escuchaba sin atención, con languidez opiácea. Finalmente se animó un tanto y ayudó a los niños a empacar.

Mi madre, que aún estaba en Sevilla, vendría con nosotros. Le costó decidir aversonar a Marco, pero la convencí de que su presencia en España era inútil y peligrosa. Se pasó la noche preparando comida ("En el barco los niños solo tendrán galletas duras y carne seca, es inaceptable") y escribiendo cartas a mis hermanos Antonio y María. Les pedimos que se encargaran de nuestros bienes, pero yo sabía que ese pedido era en vano: en cuanto Marco o Baltasar confesaran, la Inquisición confiscaría todo. También queríamos que, de algún modo, mis hermanos supieran que partíamos; así, de ser necesario, podrían denunciarnos con tranquilidad. Mi mensaje era pragmático: si confesaban y daban mi nombre, serían reconciliados con penas menores.

Tomé y Bernarda vivían desde hacía un tiempo con María y sentí alivio al saber que pasarían sus últimos años con el afecto de nuestra familia.

Me costó desprenderme de muchos de mis libros. En especial de aquellos que debí quemar. Era demasiado riesgoso llevar libros prohibidos al Vaticano y no quería que los encontraran cuando llegara la inevitable confiscación. Miré los anaqueles de la biblioteca y traté de elegir cuáles llevarme. Me sentía como un padre que debía decidir cuál de sus hijos sacrificar en el altar de un dios cruento y maligno.

La mañana llegó sin pedir permiso. El barco era uno de aquellos bergantines multifunciones. Tenía grandes velas con cruces rojas y una fila de remos atendida por condenados a las galeras. El cardenal tenía una estancia relativamente lujosa y, para deleite de mi madre, su propio cocinero. Nosotros pasaríamos los próximos días en un camarote frugal pero decente, y lo más importante: con su propio retrete, lo cual nos ahorraría el hacer equilibrio sentados sobre un balde en la popa del navío.

El capitán, Octavio Jesús Torlasco, lucía unos valones verdes y un jubón rojo sorprendentemente limpio. Gritaba órdenes desde una boca fina, enmarcada en una barba prolija, salpicada de gris y cobre. Su nariz de halcón y las prematuras grietas en la piel de su frente le conferían una autoridad mezcla de fiereza y gracia.

Cuando nos hubimos acomodado subí a cubierta. El cardenal se había encerrado a reposar en su cama y los niños descubrían lugares de juego insospechados entre las cuerdas, los toneles y los marineros rudos y sucios. Francisco trató torpemente de ayudar en los preparativos, causando la risa de los hombres.

Acodado en la cubierta, miré largamente a la ciudad que se despertaba. Tomé conciencia de que miraba a Sevilla y a España por última vez. Traté de absorberlo todo, de llevarme conmigo el sol que se levantaba, los colores y los ruidos. Miré el bullicio del puerto, envuelto en el desorden y la algarabía española que tanto extrañaría. "España", murmuré con tristeza, como si dijera el nombre de una mujer amada que está a punto de aversonarme.

Desatamos las amarras y el barco empezó a moverse lentamente por el Guadalquivir. Los remeros apalearon aquellas aguas majestuosas que recordaban la piel de un león al atardecer. De pronto, gritos inusuales que venían del puerto me sacaron de mi ensoñación. Me tomó solo unos segundos entender lo que pasaba. Cinco soldados acompañaban a Miguel del Río, el famoso y temido *familiar* de la Inquisición. A su lado, corría un secretario que llevaba una cartera de documentos. Se abrieron paso a los gritos, empujando a estibadores y esportilleros. Desde el barco escuchaba las órdenes y los alaridos, y el inconfundible: "Abrid paso en nombre de la Inquisición".

Mientras nosotros reptábamos penosamente por el agua limosa, la pequeña tropa llegó hasta el muelle del cual acabábamos de zarpar. Estábamos a solo unos pies del malecón. Los veíamos gesticular y los escuchábamos con total claridad. Mientras los remeros trataban de encauzar el barco en la corriente que nos llevaría hasta el Mediterráneo, escuchamos que Del Río nos conminaba a volver al atracadero con inequívoca urgencia. Pensé en saltar al agua, pero no tenía ninguna posibilidad de llegar vivo a la orilla. El capitán me miró, pensé que no tenía por qué saber que me buscaban a mí. Le hablé tratando de fingir calma.

—El cardenal ha sido claro. Partir sin demoras, pues Su Santidad lo espera. No aprobará que volvamos a puerto.

Me miró largamente con ojos entre curiosos y divertidos. Sabía. Su segundo oficial esperaba, listo para transmitir la orden de remar de vuelta hacia el muelle.

—No —le dijo a su segundo—, si perdemos esta corriente y este viento no podremos zarpar hasta dentro de dos o tres días más.

El oficial lo miró sorprendido, no había viento alguno. Luego de un segundo eterno se encogió de hombros: "¡Continuad a proa!", gritó.

El capitán hizo un gesto de impotencia en dirección al muelle, como diciendo que ya la corriente lo había encauzado y no podría volver. Los hombres continuaron despotricando y amenazando, pero el capitán ya se había ido al puente desde donde continuaba dirigiendo las maniobras. La misma fuerza del Baetis que fascinó a Tarik el conquistador nos atrapó y en pocos instantes nos deslizábamos raudos hacia el mar. El capitán me miró otra vez y, tratando de ocultar mi respiración agitada, le hice un gesto de reverencia tocándome el sombrero con la punta de los dedos. Replicó con una media sonrisa y continuó gritando órdenes.

ROMA, 1653

Eran alrededor de cuatro mil amontonados en un barrio pequeño y hediondo que los romanos llamaban *Ghetto*. Poco tenía que ver con las lujosas juderías de España, donde vivían príncipes, visires y sabios. Menos aún se parecía a las magníficas *piazzas* que Inocencio X había mandado construir en otras partes de Roma, con sus fuentes de Bernini y sus iglesias majestuosas revestidas de oro y mármol.

El Vaticano toleraba y hasta protegía a los judíos, pero los forzaba a vivir en condiciones deplorables, como recordatorio permanente de su perfidia y su ignorancia.

Pero dentro de las empalizadas del Ghetto, detrás de los muros de escarnio y burla, eran libres. Libres de rezar en sus sinagogas, libres de creer en Dios a su manera, libres de vivir de acuerdo con su ley. Desprovistos de una autoridad central, cada comunidad practicaba la religión a su manera. Había tudescos, judíos de Alemania y Polonia que hablaban un idioma gutural que mezclaba alemán y hebreo; había españoles y portugueses, había judíos de Marruecos y el Magreb y, sobre todo, había judíos italianos, que se jactaban de haber vivido en Roma por más de mil setecientos años. Mientras, cruzando el Tíber, el papa reinaba con mano de hierro sobre todas las iglesias de la tierra, en el Ghetto había una cacofonía de creencias y una diversidad de prácticas que los cristianos de Roma ni siquiera imaginaban.

Allí, frente al Vaticano, entré por primera vez a una sinagoga. Por primera vez vi judíos rezar en público y no en sótanos de susurros y miedo. Un día me escabullí del entorno del cardenal entre las penumbras de la madrugada y bordeé el río negro y torrentoso. Los guardias tal vez me vieron pero no era extraño ver laicos y eclesiásticos deslizarse fuera del Vaticano para visitar lupanares y casas de juego. Pensé que era mejor ser sospechoso de fornicación que de judaísmo. La Inquisición romana era diferente a la española: los judaizantes la aburrían y prefería perseguir a heterodoxos y herejes

como Galileo o Giordano Bruno. Igual no era juicioso bajar la guardia. El cardenal me había explicado que había una sorda batalla en Roma entre franceses y españoles por el favor del papa. Inocencio X se inclinaba hacia España, pero el rey galo trataba de destruir aquella alianza por medios diversos. La presencia de judaizantes en la corte del cardenal español, de ser descubierta, sería sin duda reportada a la Inquisición romana por los franceses y esta no podría sino actuar. Los franceses sospecharon de mí no bien llegamos a Roma y se referían con sorna a la tradición de los clérigos españoles de emplear médicos judíos. Pero bromas socarronas eran una cosa y evidencias concretas era algo muy distinto.

Del otro lado del Tíber, llegué hasta la puerta de una sinagoga. Los judíos marchaban a la plegaria matinal con una premura que era entre conmovedora y ridícula, como si no quisiesen perder los escasos minutos de atención que Dios les acordaba. Algunos me echaban vistazos suspicaces, pero la mayoría simplemente me ignoraba y evitaba cruzarme la mirada. Las ventanas de la sinagoga estaban en el piso superior, aparentemente para evitar que cristianos como yo se burlaran de sus rezos desde la calle. Buscando una forma de ver el interior del templo, entré al edificio adyacente y subí las escaleras a grandes zancadas. El corazón me latía fuerte de esfuerzo y excitación. Al llegar a la azotea, pude ver las ventanas de la sinagoga. Adentro, vi a los judíos envueltos en sus mantos de oración, formando un pequeño lago blanco y azul cuyas aguas se movían al ritmo de cantos y plegarias. Los vi extraer del arca sagrada los rollos de la ley. Los vi cargándolos con amor y reverencia, los vi leyendo con cadencia angulosa y los vi pasear los rollos por la sinagoga, como si se tratara de un príncipe llevado en andas ante sus súbditos.

En mi escondite improvisado, acariciado por la brisa de la mañana, sentí que una emoción hierática me ceñía el pecho. Había esperado décadas para ver eso. Hubiese dado cualquier cosa por sumarme a ese grupo, a la vez familiar y extraño. La mía, no obstante, era una emoción bicéfala. El hogareño calor de aquellas plegarias se mezclaba con una ambivalencia oscura que supuraba desasosiego Aquellos hombres eran mi pueblo, pero practicaban un rito desconocido, a la vez cautivante en su misterio y arisco en su extranjería.

Volví al Vaticano con sigilo y vi las siluetas familiares de san Pedro recortarse en la bruma de la mañana. Las iglesias, los conventos, los claustros y las cruces me causaron una extraña sensación de hogar. Hogar odiado y opresivo, pero hogar al fin.

Me dirigí a los aposentos del cardenal para comenzar mi jornada de trabajo, sin poder resolver la paradoja de vivir suspendido en el medio de ninguna parte.

Roma era magnífica, seducía en su opulencia y amedrentaba en sus intrigas palaciegas, tan retorcidas y elegantes como los ornamentos de aquel estilo que llamaban *barroco* con el cual las iglesias de la ciudad estaban siendo reconstruidas.

Yo tenía poco ánimo para apreciar la belleza de la ciudad eterna. Me preocupaban más los juegos políticos, de los cuales dependía mi suerte. En Roma, la política era como el arte, más refinada que en España pero más ineluctable. Sabía que mi seguridad colgaba de un hilo tenue y quebradizo: la salud del cardenal Pimentel. Su mente era brillante como siempre, pero su cuerpo perdía vigor, como aquellos torrentes de la Sierra Morena que el verano va consumiendo de a poco.

Seguíamos con nuestros debates filosóficos, que tenían lugar mayormente durante las largas caminatas que le había prescripto. Una vez, mientras paseábamos por la Piazza della Rotonda, en frente del Panteón Romano, tuvimos una de las más calurosas de aquellas discusiones.

—¿Sabéis, eminencia, que los romanos tenían aquí a los dioses de todos los pueblos del imperio?

—Claro que lo sabía, doctor, señal de la barbarie pagana de los romanos antes de adoptar el cristianismo.

—¿Por qué barbarie, eminencia? —pregunté desafiante—. Al fin y al cabo, los romanos mostraban su respeto por todos los pueblos que conquistaban.

—Pues no respetaron mucho a los judíos, ni tampoco a los cristianos.

—A los judíos solo los reprimieron cuando intentaron rebelarse contra el poder del emperador, pero no les prohibieron practicar su fe. A los cristianos los persiguieron como disidentes políticos, no como religión.

—¿A dónde queréis llegar, doctor? ¿Estáis haciendo un elogio del paganismo?

—No lo sé, eminencia, pero ¿no es acaso cierto que la creencia en un solo Dios nos ha vuelto menos tolerantes y más fanáticos?

—También nos ha vuelto más caritativos y más cercanos a la verdad.

Las ideas me venían mientras hablaba. Sacudí la cabeza.

—Los romanos jamás han librado guerras de religión.

—Los romanos eran un pueblo sanguinario y sediento de sangre que conquistó al mundo a fuerza de guerras y matanzas, ¿cómo podéis presentarlos como ejemplos de moral?

—La guerra es una constante en la historia del hombre, pero las guerras de nuestro tiempo, desde las invasiones moras hasta Flandes, pasando por las Cruzadas, son mucho más sanguinarias pues mezclan la religión y la razón de Estado.

—Doctor, confundís el abuso de la religión con la verdadera fe. ¡El pecado de la gula no significa que uno no deba alimentarse!

Decidí que era mejor permanecer en silencio: me estaba metiendo en terrenos un tanto escabrosos. Caminamos unos metros en el bullicio de Roma hasta que el cardenal —que también había estado callado— se detuvo a descansar en un banco.

—Tal vez tenéis razón —dijo—, no en eso de que el politeísmo es superior, eso es un sinsentido —respiró trabajosamente—. Tal vez tanto la República Terrena como la Iglesia estarían mejor si hubiese una separación estricta entre la religión y la Corona. Tal vez la guerra de treinta años que acabamos de finalizar hubiese sido menos terrible si los reyes no hubiesen invocado la religión. Pero separar a Cristo de César es imposible, pues la legitimidad del poder del rey proviene de Dios. Sin la unión entre religión y monarquía no hay gobierno posible, so riesgo de caer en la anarquía y la guerra civil.

—Tal vez se pueda imaginar una república en la cual el poder del rey provenga del pueblo y no de Dios, así la Iglesia podría dedicarse a las almas de sus fieles y no a las intrigas políticas que vemos aquí.

—Ay, doctor —sonrió y se tomó de mi brazo para incorporarse—, sois un idealista y un soñador… pero también lo era Jesucristo. Solo tened cuidado de que vuestros sueños no se conviertan en pesadillas.

Algunos judíos tenían unas vidas más acomodadas que las de los moradores del Ghetto. Había algunos ricos comerciantes y financistas llamados *banchieri* que servían al papa y le permitían desbaratar el monopolio y los abusos de los banqueros italianos. Los judíos no tenían el poder de las grandes casas italianas, pero contaban con dos ventajas: sus deudas podían ser canceladas arbitrariamente y podían servir de vehículo para prelados que querían prestar dinero a interés anónimamente y sin violar la prohibición de la Iglesia.

Había también diplomáticos hebreos que representaban al sultán y a repúblicas varias. También otros médicos que servían a nobles y dignatarios. Muchos consideraban el contar con un médico judío como

un signo de excéntrica distinción.

Uno de los judíos con los que pude entablar un diálogo más cercano fue Reuven Halevi, un negociante veneciano que visitaba Roma y era el vehículo de la Santa Sede para comerciar con el Gran Turco evitando el escándalo.

Halevi se dio cuenta de inmediato de mi identidad secreta y comenzamos a encontrarnos a escondidas durante sus visitas al Vaticano. Halevi me dio un regalo que me sería de enorme utilidad. Se trataba de un libro del rabino León de Módena, que había muerto apenas cinco años antes. Se llamaba *Historia de riti hebraici* y era el primer libro en mil quinientos años escrito por un judío para explicar el judaísmo a los gentiles. Lo devoré y me sirvió para entender aún más los ritos que observaba en mis escapadas al Ghetto.

No sabía que en algunos años, otro texto escrito por el mismo León de Módena destruiría mi vida en no más de una página.

Halevi me llevó a algunas reuniones similares a las tertulias que manteníamos en España, no para judaizar, sino para leer libros de ciencia y filosofía que la Iglesia había prohibido. Muchas veces era el mismo Halevi quien traía, bajo su inmunidad diplomática, libros proscriptos. Sentía con mucho más fuerza lo que había sentido en España, que bajo la superficie homogénea y monolítica de la Europa católica, la disidencia hervía. Nuevos y fascinantes conocimientos amenazaban con derrumbar el muro de ignorancia y superstición que por siglos había encerrado a los hombres.

A veces Halevi me acompañaba y me guiaba en las prácticas. Junto a otros judíos secretos españoles y portugueses que habitaban Roma, formamos una pequeña comunidad. Encontramos un lugar de reunión adecuado: las antiguas catacumbas judías de Roma. Las catacumbas son un sitio de peregrinación cristiano, pero pocos saben que los judíos del primero al quinto siglo tenían sus propias catacumbas en la Ciudad Santa. Nos escabullíamos en aquellos túneles bajo el Colle Rosato, al abrigo de los terrenos baldíos de la antigua Porta Portuensis, y rezábamos frente a muros y nichos tapizados de inscripciones en hebreo, latín y griego. Nos sentíamos observados por las almas de aquellos que allí habían sido enterrados. Sus huesos hechos polvo eran mudos testigos de nuestra devoción y fidelidad a la tradición milenaria.

Allí, en aquellos enormes ataúdes de piedra, apenas cumplió trece

años, tuvo lugar la iniciación de Francisquito. Fue una especie de *bar mitzvah* sin sinagoga ni *minian*. Solo nosotros, padre e hijo.

Una noche le dije que quería que me acompañara a una reunión especial. No era inusual que le pidiera al niño que me acompañara a alguna visita médica, pero las vivía con interés menguante y hasta con fastidio. Le prometí que esta vez se trataba de algo diferente, que iba a compartir con él secretos que guardaba de hacía años y que cambiarían su vida.

Caminé con él a través de las sombras ominosas del Trastévere, sintiéndome como Abraham en el sacrificio de Isaac: un padre animado por una voluntad ciega e indefectible y que se apresta a condenar a su hijo. Un padre que se rebela frente a todo, menos frente a la necesidad de transmitir su identidad a las generaciones futuras. Un padre maniatado por una paradoja imposible: si no daba ese paso, nada habría tenido sentido. Un padre que había inculcado en sus hijos la idea de *Caute* y que ahora iba a arrojar la cautela a un vacío sin fondo.

Francisquito me miró con esos ojos prácticos que aman certezas y convicciones firmes. Quise detener el tiempo. Quise que aquel muchacho volviera a ser el frágil bebé que había sostenido en mis brazos. Quise que su crecimiento rápido dejara de augurar mi propia muerte.

—¿A dónde vamos, papá?

—Vamos a adorar a Dios, hijo. Ya verás, ten paciencia.

> *Y habló Isaac a su padre Abraham, y le dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, hijo mío. Y dijo Isaac: Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio? Y Abraham respondió: Dios proveerá para sí el cordero para el sacrificio, hijo mío. Y los dos iban juntos.*

Íbamos juntos en silencio, compañeros reacios de un viaje azaroso e inevitable.

Cuando llegamos a las catacumbas, encendí antorchas y vi su carita asustada reflejar su luz cálida. Le pedí que se sentara en una de las rocas frías. Se sentó y esperó.

> *Llegaron al lugar que Dios le había dicho y Abraham edificó allí el altar, arregló la leña, ató a su hijo Isaac y lo puso en el altar sobre la leña. Entonces Abraham extendió su mano y tomó el cuchillo para*

sacrificar a su hijo.

Le dije lo que había dicho una y mil veces. Hablé de la ley de Dios, de tradiciones milenarias y de lazos inquebrantables. Hablé de la salvación del alma y del sentido de la vida. Le hablé de sus antepasados, de estirpes de reyes, profetas y sabios. Le hablé del sobrio honor de pertenecer y del silencioso regocijo que solo se encuentra en el conocimiento de la verdad.

Dije todo eso con una febril premura. Como el prisionero frente al juez, me jugaba la vida en un alegato apasionado y desesperado. Francisco escuchaba pasmado, transformándose ante cada palabra. Su cara se contorsionaba, como si cada oración fuese una daga de verdad que se le clavaba en las entrañas.

Mas el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y dijo: ¡Abraham, Abraham! Y él respondió: Heme aquí. Y el ángel dijo: No extiendas tu mano contra el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único.

No había habido ángel. Nadie había intercedido para salvar a Francisquito de las revelaciones terribles que acababa de escuchar. No había habido un carnero trabado en los matorrales para ofrecer en sacrificio en lugar de mi hijo.

Había abierto sus pequeños ojos a lo que creía ser la verdad. Le había despejado el camino de la salvación y el sentido, pero también lo había condenado a ser diferente, a vivir en el secreto y el peligro. Lo había hecho parte de mi tradición, tal vez más por mí que por él. Lo había forzado a llevar mi carga y arrastrar mi lastre. Le había transmitido mi identidad y mi tragedia. Lo había sacrificado en el altar de mi propia trascendencia.

Como en el Génesis, volvimos juntos en silencio. Su vida había cambiado para siempre, y ambos lo sabíamos.

Era un día de diciembre de 1653 y opulentas nubes oscuras se habían adueñado del cielo vaticano. Había pasado toda la mañana junto al lecho del cardenal. Tan solo unos meses después de nuestra llegada a Roma, el venerable Domingo de Zúñiga y Pimentel se moría.

Le había hecho algunas curaciones y había tratado de ayudarlo a respirar con vapor de menta, pero nada detenía su extinción. La muerte reptaba viscosa y lasciva por aquel augusto cuerpo, como un

leopardo que lame su presa sin prisa antes de asestar la mordida fatal. Ambos lo sabíamos, pero el cardenal estaba de buen ánimo. Nunca se aversonó a la desesperanza ni a la autocompasión.

Durante la mañana continuamos nuestras conversaciones filosóficas y teológicas como si se tratara de cualquier otro día. Hablamos sobre el Concilio de Nicea y sobre la naturaleza divina de Jesús. El cardenal decía que la idea de homoousia, normalmente traducida al latín como *consubstantiatis*, debía ser clarificada para entender mejor la divinidad de Jesús. La palabra latina quería decir "de la misma esencia" mientras que la griega podía entenderse como "del mismo ser". Para mí era un debate inútil pues yo consideraba a Jesús como un profeta más, un mensajero de Dios, pero no como a Dios mismo. La idea de homoousia, no obstante, era clave en el cristianismo pues reconciliaba la idea de la Trinidad con el monoteísmo. Si todo era parte de una misma esencia —o de un mismo ser, como decía el cardenal—, entonces la Trinidad representaba manifestaciones distintas de un mismo Dios. Tal vez, pensé, la homoousia se aplicaba no solo a Jesús sino a todos los hombres. Tal vez todo en este mundo, hombre y naturaleza, era parte de un mismo espíritu viviente. A diferencia de otras veces, guardé mis opiniones para mí mismo.

—Y bien, doctor, no tengo de qué preocuparme. Pronto me sentaré a la diestra de Dios y podré preguntarle directamente a Él cuál es la interpretación correcta.

—No habléis así, eminencia —dije—, ya habéis atravesado por trances similares en el pasado y os habéis repuesto.

—Mal mentiroso como siempre, doctor —tosió con dolor y gotitas de sangre mancillaron su pañuelo blanco. —Vosotros los médicos estáis obsesionados con preservar la vida… No os preocupéis, doctor, la muerte no es nada más que un trámite. Es simplemente cruzar una frontera para seguir el viaje.

Le alcancé un poco de agua.

—¿Creéis en la inmortalidad del alma, doctor? ¿Creéis que hay un paraíso y un infierno? Y por favor, no me recitéis el catecismo, quiero saber qué creéis vos.

—No lo sé —dije—. Quisiera compartir vuestra certeza, eminencia. Quisiera poder tener el consuelo de la fe como lo tenéis vos.

Sonrió compasivo.

—Pues os diré, doctor: nada desaparece. El agua se transforma en vapor y el vapor en gotas y las gotas en hielo, pero la sustancia, la esencia siempre permanece. La vida no puede esfumarse, la energía vital no puede desvanecerse. No sé si haya un jardín del Edén

esperándome en el cielo como en las coloridas descripciones de los poetas, pero sé que aquello en mí que es eterno perdurará por siempre. Para el hombre de fe, doctor, morir es volver al hogar.

Volvió a toser y agotado por el esfuerzo permaneció unos largos minutos con los ojos cerrados. Lo miré con ternura y le tomé la mano conmovido por su dignidad sin mella.

—Doctor, tengo que pediros un favor.

—Lo que sea, eminencia.

—Confesadme.

Pensé que el hombre estaba perdiendo la razón.

—Pero eminencia, no soy clérigo, no puedo administrar sacramentos.

—Yo sé quién sois, doctor, y quiero confesaros mis pecados.

Intenté protestar.

—Si os preocupa incurrir en pecado, os diré que durante la plaga Su Santidad ha autorizado a los laicos, en especial a los médicos, a escuchar confesiones.

Sin más protestas, escuché su confesión tomándole la mano y usando su propia estola. Tranqué la puerta para no ser sorprendido en pecado mortal y lo escuché en silencio. El cardenal tenía pecados de hombre justo, algo de avaricia, algo de lujuria, algo de soberbia, pero lo que más quería era que lo absolviera por todo lo que su orden, la de los dominicos, había hecho contra los judíos y los herejes. Su conciencia pesaba por haber sido parte de aquella maquinaria infernal que quemaba y reprimía. Lo absolví en voz alta en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y en silencio lo absolví en nombre mío y de mi pueblo. Cuando hubo terminado se secó las lágrimas y dijo:

—Ahora sí podéis llamar a un fraile para que me dé la extremaunción. En mi caso, tal vez deba ser el Santo Padre en persona.

Miré con orgullo a aquel hombre a quien los engranajes podridos del poder no habían logrado corromper. Había llegado alto, pero no había sacrificado ni su humanidad ni su libertad de pensar.

—Doctor —dijo, sacándome de mis cavilaciones—, debéis marcharos de Roma.

—Lo haré cuando su eminencia ya no me necesite.

—No, doctor, debéis marcharos ahora, mientras yo aún esté con vida.

—Eminencia, no sé de qué habláis. Jamás os dejaría en vuestro lecho de enfermo. Estaría violando mi juramento de médico.

—Doctor, ya no podéis hacer nada por mí.

Abrió sus ojos azules y los cargó de severidad.

—Durante todo este tiempo os he estado protegiendo. Hay buitres revoloteando y están esperando que yo muera para bajar y devoraros. Los franceses os denunciarán, mis enemigos de España os saltarán encima. Algunos dignatarios os tienen simpatía pero ninguno moverá un dedo en vuestra defensa.

—Pero, eminencia…

—Doctor —se incorporó en su cama usando sus últimas reservas de energía—, vos sois para mí el hijo que no he tenido. Ambos somos muy distintos, pero os admiro y os aprecio. No moriré en paz si sé que vos y vuestra familia arderéis en la hoguera —se tumbó otra vez, extenuado y murmuró—: Hacedlo por vuestros hijos, y hacedlo por mí. Moriré pronto y cuando ello ocurra deberás estar fuera de los límites de Roma.

Tenía razón y ambos lo sabíamos.

—De acuerdo, eminencia, pero con una condición.

—Decidme.

—Que me bendigáis, padre.

Sonrió paternalmente.

—Será un honor, hijo mío.

Puso sus manos temblorosas sobre mi cabeza y luego hizo la señal de la cruz.

—Que Dios te guíe y te ilumine con la luz de su verdad. Que el Creador del Universo bendiga las obras de tus manos y te proteja en todo camino y en todo trance. Que Nuestro Señor Jesucristo esté cerca de ti siempre, acompañándote en cada paso y que el amor de la Virgen santa te cobije en tus momentos de pesar y angustia. Que Nuestro Padre Celestial perdone tus pecados y vea la justicia de tus actos aun cuando aborrezca tus pensamientos. Que el Rey del Mundo te acoja en toda su misericordia y compasión —se detuvo para tomar una bocanada de aire—. Yo te bendigo, Juan de Prado, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Amén —repetí en un susurro.

Me quedé un largo rato tomando con fuerza sus manos mientras lágrimas corrían por mis mejillas. Su piel era como un pergamino ajado y frío. Me mordí los labios con fuerza y sentí que un familiar sentimiento de orfandad me abría boquetes en el alma.

Cuando el cardenal volvió a hablar, su voz era un ronco murmullo apenas audible:

—Debéis iros ahora, doctor, no sé cuánto tiempo más aguantaré.

Le besé el anillo una última vez y me dirigí hacia la puerta.

—El cardenal está descansando —dije a los monjes que aguardaban afuera—, no lo molestéis. Pero avisad al camarlengo del Sacro Colegio de Cardenales que, Dios no lo permita, puede necesitar la extremaunción. Yo iré a mi casa a cambiarme de ropas y a buscar más medicinas.

El cardenal entregó su alma aquella noche, mientras mi familia y yo nos escondíamos en un granero, camino a Orvieto. Isabel me miraba con desdén y Felipa María dormía acurrucada en su regazo. Francisco trataba de comportarse como un hombre valiente y hacía guardia en la entrada del granero. Mamá trataba de reconfortarnos con su coraje calmo. Actuaba con una naturalidad irreal, como si el trance que estábamos pasando fuese nada más que un trámite de rutina.

Imaginé a mis muchos enemigos y rivales buscándome, a guardias golpeando la puerta de mi casa y al entorno del cardenal preguntándose por la misteriosa desaparición de su fiel médico personal.

Más tarde supe que Domingo de Pimentel fue celebrado como un grande de la Iglesia. Lo inhumaron en el templo de Santa Maria Sopra Minerva y el gran Bernini en persona diseñó su tumba. Hoy yace bajo un magnífico mausoleo de exquisito mármol negro veteado de blanco, con las estatuas de la justicia y la compasión rodeando su féretro. El eximio escultor Ercole Ferrata retrató al cardenal, balanceando en su expresión gallardía y beatitud. Hoy, feligreses y visitantes admiran el arte que rodea su sepulcro pero nadie, excepto yo, sabe cuán digno de admiración es el hombre que descansa allí.

HAMBURGO, 1654

Me sumergí lentamente, sintiendo el agradable contacto del agua tibia en cada parte de mi cuerpo. Bajé los escalones de piedra sumergiéndome cada vez más en el agua transparente. La llaman *Maim Jaim*, "aguas vivientes", porque esa agua es fuente de vida nueva, de renovación y de esperanza.

No dejé ni una pulgada de mi cuerpo fuera de las *aguas de vida*. Contuve la respiración durante un largo minuto y sentí la calidez desde la frente hasta los dedos de los pies.

Cuán distinta era esta sensación de tibieza al frío del camino, a la intemperie y el miedo.

Habían pasado apenas unas semanas desde nuestro escape de Roma, semanas en las cuales habíamos recorrido media Europa, acarreando nuestra hambre y nuestro temor al que solo alivianaba una esperanza parca. Habíamos salido de la ciudad con lo puesto. Llevábamos el poco dinero contante que teníamos en la casa y las provisiones que podíamos cargar en las espaldas. Pasamos de pueblo en pueblo, esquivando las ciudades en las cuales intuíamos agentes de la Inquisición. Cruzamos praderas, colinas y ríos. Pasamos por entre montañas enormes, siguiendo pasos estrechos y desfiladeros deletéreos. Vimos valles bellísimos, casas primorosas y pasturas gordas. Soportamos lluvias y nieves. Vientos que nunca se cansaban de soplar y noches que se negaban a terminar.

Tratábamos de evitar los albergues y las posadas. En algunos pueblos encontrábamos portugueses que nos albergaban por la noche y nos daban algo de comida caliente. En otras ciudades había pequeñas comunidades judías que tenían prohibido por las autoridades acoger refugiados y fugitivos. Nos proporcionaban asilo por un día, nos daban viandas y mantas y nos pedían que nos marchásemos a la mañana siguiente.

Mi objetivo era llegar a Ámsterdam, pero eso implicaba pasar por

territorios controlados por España y Francia, lo cual era prácticamente suicida. La única solución era seguir hacia el norte y tratar de llegar a Holanda a través de Hamburgo y Dinamarca, pero para ello había que cruzar la tierra de los tudescos, aquel mosaico de principados y señoríos en los cuales los judíos no eran bienvenidos y los portugueses eran mirados con resquemor.

Si debíamos atravesar Alemania como si se tratase de un inhóspito desierto, nuestro oasis era Hamburgo, la ciudad refugio en la cual los judíos sefaradíes eran tolerados. A medida que nos acercábamos al Elba, crecía nuestra excitación pero también nuestra angustia. Temíamos ser atrapados cerca de nuestra meta, convirtiendo en vanas todas nuestras tribulaciones.

Al norte de Maguncia comenzamos a ver las cicatrices que había dejado la guerra de los Treinta Años. Además de la espada, muchas ciudades habían sufrido el ataque de la enfermedad. La plaga que había asolado a España también había lamido a Alemania con su lengua bífida.

En el camino vimos católicos, luteranos y calvinistas. Las herejías y los falsos profetas abundaban tanto como la peste. Europa se había convertido en un tapiz de religiones enfrentadas luchando por adueñarse de una verdad escurridiza y jabonosa. Los hombres mataban y morían por creencias indemostrables. En la locura humana, cuanto más improbable era un dogma, más se estaba dispuesto a morir por él.

Así como los españoles eran aparatosos, holgazanes y corajudos, los tudescos eran industriosos, humildes y trabajadores. Mientras atravesábamos las coquetas ciudades y los ricos campos pensé que si algún día los principados aislados de Alemania se unían en un solo Estado, harían temblar a todos los otros pueblos de Europa.

Finalmente, en una mañana brumosa y fría, vislumbramos las masivas fortificaciones de la ciudad hanseática libre de Hamburgo. Entramos en la ciudad desde Altona. La pequeña ciudad pertenecía al rey de Dinamarca, que había permitido a los judíos establecerse allí y comerciar con la vecina ciudad hanseática. Aquellos judíos de Altona nos proveyeron de nombres y contactos de judíos de Hamburgo que nos acogerían y nos ayudarían.

Una vez en la ciudad, nos dirigimos al barrio del Neue-Stadt, las nuevas edificaciones cercanas al Elba en donde las autoridades buscaban albergar el permanente influjo de nuevos pobladores que la prosperidad atraía. Llegamos al Zollenbrücke, el puente que llevaba hacia las aduanas y en el cual se vendían y se compraban mercaderías

del mundo entero. En nuestras ropas ibéricas nadie nos advertía, éramos unos de los tantos *Fremden* o extranjeros que se paseaban por entre las plazas y los canales del puerto. Nadie intuía la urgencia y la anticipación que guiaba nuestros pasos.

Llegamos a una casa rica al borde del canal de Groeninger Fleet, tal como nos habían indicado en Altona, y golpeamos la puerta. Durante minutos eternos no hubo respuesta. Golpeamos otra vez. Un criado abrió la puerta y nos habló en alemán. Antes de que pudiera responder, apareció detrás de él un hombre de mediana edad. Vestía ropas de médico, pero eran las más caras que jamás había visto. La barba estaba delicadamente recortada y los ojos eran prudentes pero vivaces.

Me miró con una sonrisa cálida. Le acarició la cabeza a Felipa María e hizo una reverencia a Isabel.

—El doctor Juan de Prado, presumo.

Asentí con la cabeza, sin poder hablar.

Sonrió y abrió los brazos.

—Soy el doctor Benedicto de Castro, os estaba esperando.

Luego dijo la frase intraducible con la cual viajeros judíos se reciben el uno al otro desde los albores del tiempo:

—*Shalom Aleijem*. Sed bienvenidos y que la paz sea con vosotros.

Me lancé a sus brazos abiertos y comencé a sollozar.

Sumergí la cabeza en la *mikvah* otra vez, como tratando de ahogar los recuerdos agrios de aquel azaroso periplo, quería hundirlos en las profundidades, junto con todas aquellas memorias de persecuciones y perfidias. Volví a contener la respiración, pero esta vez permanecí bajo el agua todo lo que pude, pensando que al emerger sería un hombre nuevo. Saqué la cabeza del agua y me incorporé, aturdido de emoción. Todo parecía moverse con una lentitud irreal. Vi al borde de la *mikvah* a los rabinos de la comunidad de Hamburgo, David Cohen de Lara, Moisés Israel y Judas Carmi, y más atrás, no pudiendo ver mi desnudez, estaban mi hijo Francisco y otros notables de la comunidad.

Subí las escaleras de piedra y el bedel de la sinagoga me alcanzó unas toallas. Me cubrí y el rabí David Cohen se me acercó. Lo llamaban el *Jajam*, el sabio. Habló en un tono tranquilo, con una voz anciana que era a la vez áspera y cálida:

—Algunos dicen que la *tevilah*, la inmersión ritual, es para limpiar pecados pasados. Yo no lo creo. Los pecados se reparan con acciones de justicia y compasión. Esta *tevilah* representa algo mucho más profundo: es un nacer de nuevo. Te sumerges en el agua y allí flotas.

Nada te sostiene, nada te retiene. Pierdes las ataduras de tu antigua vida. Durante un segundo no respiras, como si estuvieses fuera de la vida y luego emerges del agua, como si fueses un bebé saliendo de entre las aguas de su madre. En nuestras plegarias pedimos a Dios que "renueve nuestros días como antaño". Te has renovado, pero en realidad has vuelto. Has vuelto a ser quien siempre debiste ser. Has retornado del exilio que te impusieron los tiranos. Estás a mil leguas de donde naciste, pero has vuelto al hogar.

Tomó un libro de oraciones de hojas amarillentas y tapas de cuero raído. Se detuvo unos segundos antes de abrirlo.

—Y puesto que eres una nueva persona, puesto que has finalmente nacido a tu propia vida, debemos ponerte un nombre. ¿Qué nombre eliges?

Sabía que me harían esa pregunta y estaba preparado. Había elegido el nombre de aquel profeta que sirvió a reyes y príncipes, pero que siguió fiel a su fe. Llevaría el nombre de aquel que, como yo, había sido arrojado a la cueva de los leones y había sobrevivido. Me llamaría como aquel que vio el final de imperios poderosos y que descubrió que toda la gloria de los reyes terrenales no puede sostenerse si estos no reinan con justicia, tolerancia y rectitud.

El *jajam* miró a los otros rabinos y a los testigos presentes.

—Por lo tanto, su nombre en Israel será Daniel. Quiera Dios que su corazón esté abierto a su Torá y que estudie su ley con amor y constancia. Quiera Dios que su vida esté llena de actos de bondad y rectitud y que a través de él sean bendecidas todas las familias de la tierra. Quiera Dios otorgarle su luz y bendecirlo con su paz, y responded Amén.

Su cara se iluminó con la sonrisa más cálida del mundo.

—Daniel —dijo—, durante siglos los judíos han marcado los momentos felices e importantes de su vida con una frase simple pero profundísima. Una bendición que expresa una gratitud que, por inmensa, requiere pocas palabras: la gratitud por la vida que Dios nos ha dado. Esta bendición dice que son momentos como este, profundos y significativos, los que hacen que la vida merezca ser vivida.

Me tomó la mano y una lágrima se escabulló por entre mis párpados cerrados. Repetí tras él:

—Bendito seas, Adonai, Dios nuestro, Rey del Universo, que nos concediste la vida, nos sostuviste y nos permitiste presenciar este momento.

Me abrazó como tantas veces hubiese querido que me abrazara mi padre y susurró a mi oído:

—Bienvenido a casa, Daniel.

Toda la familia pasó por ceremonias similares de vuelta al judaísmo. Francisquito eligió llamarse David, Isabel y María conservaron sus nombres pero en su versión original: Elisheva y Miriam. Mamá fue rebautizada Lea de Prados.

Éramos otros, pero éramos los mismos. En el judaísmo, un cambio de nombre aspira a cambiar la esencia de la persona. Pero aquí se trataba de recuperar la esencia, de desenterrarla, no de cambiarla.

Nacer de nuevo es una idea atrayente pero imposible. Era como el cardenal había dicho: nuestra historia nos persigue y siempre termina por encontrarnos. La vida es, a veces, la saga de un escape imposible. Yo era distinto pero era el mismo. Había cambiado el sol cobrizo de España por los cielos plateados del norte, pero algo en mi piel era impermeable a las aguas vivificantes de la *mikvah*. Parte de mí seguía siendo quien siempre había sido y quien siempre sería.

El doctor Benedicto de Castro nos había prestado un piso modesto cerca del puerto. Era frugal y algo descuidado, pero era un techo. Hamburgo era un anticipo de libertad, un aperitivo de emancipación. A la orilla del Elba no había Inquisición y los judíos se reunían a rezar en sus sinagogas, en especial en la nueva congregación de Beit Israel que intentaba unir a todos los portugueses bajo un mismo techo. Pronto aprendí aquello de "dos judíos, tres opiniones" y que la unión entre aquellas gentes refractarias a la autoridad no era algo simple. Aun en una comunidad más pequeña que la de Roma, observé el mismo fenómeno: la ausencia de una autoridad central invitaba la pluralidad de ideas e interpretaciones. Los *jajamim* discutían y se peleaban por elementos tanto ideológicos como personales y la historia de la comunidad era una danza de lealtades fluctuantes, divisiones y fracturas.

Hamburgo era un gusto de libertad, pero no era la libertad. Los judíos vivían bajo una tolerancia tenue, a la merced del Senado de la ciudad, considerados como extranjeros y forzados a pagar un impuesto especial bajo los *Fremdenkontrakten*. El clero luterano y muchos comerciantes alemanes los resentían y no cejaban en sus intentos de hacerlos expulsar. Las autoridades de la ciudad mantenían un delicado equilibrio entre presión y tolerancia.

Muchos judíos de Hamburgo ocupaban lugares privilegiados como embajadores de potencias extranjeras. Los reyes de Polonia, Suecia,

Dinamarca y varios principados alemanes usaban a judíos españoles como representantes en Hamburgo. Tan preciados eran sus servicios que hasta España había nombrado a Jacobo Rosales como ministro plenipotenciario para Hamburgo y Lübeck. Pero aquella prominencia era engañosa. Usaban a los judíos pues era fácil culparlos si algo salía mal. No había que medir consecuencias políticas o económicas si un judío prominente era despedido o hasta colgado. Ninguna familia noble vendría a vengar su sangre o a demandar reparaciones. El prestigio prestado de aquellos judíos me convencía aún más de seguir el viaje y llegar a la meta, a Ámsterdam, al lugar donde la libertad brillaba con luz propia y no con aquel pálido reflejo que iluminaba a Hamburgo.

Nuestro benefactor, el doctor Benedicto de Castro, no era menos ilustre que aquellos embajadores y visires. Era el médico personal de Cristina, la reina de Suecia, y una vez me llevó como su auxiliar a una visita médica con la soberana. Cristina visitaba Lübeck y el doctor Castro fue llamado a su servicio.

La presencia del monarca, de príncipes, guardias y pajes me causó un gusto agridulce de nostalgia. Hacía pocos meses yo también me había codeado con la pompa y el boato de las cortes. Pero Cristina era muy distinta a los reyes que había conocido. Se vestía como un hombre y su voz era ronca y masculina. Tenía profundos ojos azules que abrían una ventana a su mente brillante, entrenada en la filosofía, las lenguas y las ciencias. De pequeña, sus tutores habían sido los mejores teólogos de Europa y en su adultez había requerido los servicios de Hugo Grotius y del mismo Descartes. Cristina quería convertir a Estocolmo en la Atenas del Norte y no ahorraba esfuerzos en procurarse los mejores libros y el arte más refinado. Tenía menos de treinta años, pero su cuerpo masculino y morrudo la hacía parecer mucho mayor.

La reina parecía ajena a toda convención y protocolo y se trenzó conmigo en una charla sobre poesía y filosofía en la que hablamos sobre el origen del conocimiento y la esencia del hombre.

—¿Habéis leído a Descartes, doctor? —me preguntó.

—Debo admitir que no, su majestad. Hace muy poco tiempo que he dejado las tierras de la opresión y allí esos libros pueden costaros la vida.

—¡Pues remediaremos eso, doctor! Es remarcable que tengáis ideas tan similares a las del gran maestro sin haberlo leído —dijo y ordenó a un secretario que me trajera una copia de los libros de Descartes—. Y traed también algunas obras de Gassendi y Pascal.

Parecía no pesarle en lo más mínimo que el pobre Descartes hubiera muerto en su servicio, agotado y enfermo por las clases a las que la reina lo forzaba, a las cinco de la mañana y en los helados recintos del palacio.

Como hacía habitualmente, luego de su orden, cambió de tema en forma abrupta.

—Mi otro médico, el doctor Bouselot, piensa que la solución a mis problemas es que reduzca mi ritmo de trabajo y que me dedique más al placer. ¿Qué pensáis vosotros, mis estimados médicos hebreos?

Hablamos de rutinas sanas, de la relación entre salud y felicidad y de los misterios del cuerpo que aún ignorábamos. Era claro que la reina sufría de alguna afección que nuestra ciencia no entendía y lo que diferenciaba a Castro de otros doctores era su disposición a admitir lo que no sabía. En un tiempo de charlatanes y sabelotodos, esa era una gran virtud.

—Es una paradoja que vosotros los judíos seáis tan buenos médicos —comentó pensativa.

—¿Por qué, majestad? —pregunté—. Para el judaísmo la preservación de la vida es un valor supremo, por encima de todo precepto religioso.

—Sí, pero sois expertos en morir.

—A pesar nuestro —dije, casi olvidando que le hablaba a una reina —. Y nuestros perseguidores no han logrado minar nuestro apego a la vida.

—Me malentendéis, doctor. Lo digo con encomio. Sois un pueblo que sabe morir —me miró y esbozó una sonrisa mofletuda—. La pregunta es si sabéis vivir tan bien como sabéis morir.

En el camino de vuelta a Hamburgo, Castro y yo hablamos de Descartes y del progreso de las ciencias. Castro era un hombre tradicional y miraba las nuevas ciencias con una mezcla de fascinación y recelo. Cuando mencioné cuánto apreciaba que la reina fuese tan abierta a las nuevas ideas me miró con sorna.

—Que no se os metan ideas raras en la cabeza, doctor —dijo—. Una reina puede permitirse libertades que ninguno de nosotros jamás podrá soñar.

La conversación nos llevó hacia mis planes futuros y le dije que planeaba dejar Hamburgo pronto.

—Aprecio enormemente todo lo que habéis hecho por nosotros, doctor, pero no he pasado por todas mis tribulaciones para gozar de una libertad a medias. Quedarme en Hamburgo sería para mí una

claudicación inaceptable.

Castro me miró mesándose la barba corta. Habíamos pasado solo unos meses en Hamburgo, pero el venerado doctor se había encariñado conmigo y le dolía verme partir. Consideraba que mi presencia enriquecería la pequeña comunidad con otro hombre de ciencia.

—Cuando terminen las lluvias partiremos hacia Ámsterdam —anuncié.

—Lo entiendo —dijo en tono de capitulación—, siempre podréis contar conmigo, doctor.

—Yo no me muevo más —pronunció aquellas palabras sin enfado, lentamente, como si las escribiera con un palo en la arena mojada.

—Pero mamá, estamos tan cerca… son solo unos días de marcha.

Mamá cocinaba un sofrito de pescado en ajo y cebolla que olía exquisito. Revolvió la salsa con una cuchara de madera y luego de un silencio incomodo habló con una voz escarpada y dulce a la vez. Todo en ella transmitía aquella determinación inapelable que los años no habían mellado.

—Juancito… —dijo.

—Daniel —la corregí.

—Daniel —sonrió—, estoy cansada, vieja y enferma. Hamburgo está bien para mí. La comunidad me ayudará y nunca estaré sola.

—Pero, mamá…

Intenté argumentar, pero no sabía qué más decir. El largo escape desde Roma la había agotado y había minado su salud. Su negativa a seguir era también un sordo reproche a la forma en la que yo había guiado a la familia en nuestra larga fuga.

—Los niños te necesitan —intenté—, ya sabes que Isabel…

Sonrió ahondando las arrugas que enmarcaban sus ojos. Había, en su mirada cansada pero vivaz, una profundidad inasequible.

—Daniel, yo no puedo cubrir las falencias de tu esposa. Tú necesitas trabajar con ella para que mejore. Ella es como es porque tú eres como eres… Marido y mujer necesitan su lugar, no pueden tener a una vieja en el medio todo el tiempo.

Dio vuelta a los filetes de pescado en la sartén y siguió hablándome sin mirarme.

—Tú crees que Ámsterdam es la tierra prometida, pero allí nadie conoce al doctor Daniel de Prado. Deberás trabajar muy duro y yo soy otra boca que alimentar y otra enferma que cuidar.

Conocía lo suficiente a mi madre para saber que era inútil discutir.

La miré en silencio masticando una vez más aquel agrio y familiar sentimiento de orfandad. Aquella tristeza fatigada ya no sería una punzada episódica sino una presencia endémica.

—No te preocupes, hijo. Lea de Prado se quedará en Hamburgo y cuando estés bien instalado, ¡te irá a visitar!

Sacó los filetes de la sartén y los puso en un plato de madera.

—Ven, cómete uno de estos antes de que se enfríen.

LIBRO TERCERO

El caldero de los nuevos tiempos

“El final de las lluvias” es una idea que haría reír a los holandeses. Las lluvias en Holanda no terminan nunca, ni siquiera en primavera, cuando un sol tímido intenta abrirse paso por entre cortinas de garúa perpetua y gris.

Hubo un momento fugaz de desazón, como una rápida premonición aciaga, un segundo en el cual la humedad y el frío que me calaban los huesos me hicieron olvidar que ese era el día que había esperado durante toda mi vida.

Pero duró lo que un relámpago. Allí estaba la ciudad de mis sueños, mi tierra prometida: más bella, más pujante, más rica y más seductora de lo que la había imaginado. Allí estaba con sus canales concéntricos, con sus banderas naranjas, y sus estandartes azules. Allí estaba con sus coquetas casas rojiblancas y con un bosque de mástiles amontonándose en el Ij. Allí estaba, con sus barcos vomitando riquezas en los mercados: pimienta de Sri Lanka, azúcar de Cuba, tabaco de las Antillas, café de Etiopía, seda de China, maderas raras de Borneo y jengibre de Java, ámbar de Lituania, telas de Gales, aceite de Turquía y vino de Italia. Allí estaba con sus almacenes rebosantes, con sus flores prolijas y sus mujeres rubias, con sus holandeses vestidos de negro y sus extranjeros vestidos de todos los colores. Allí estaba con sus molinos enormes y sus gentes ajetreadas de piel blanca y rostro anguloso. Allí estaba la ciudad más rica del mundo con sus sueños y quimeras exhibiéndose impúdicas bajo la tenue lluvia de abril. Allí estaba el severo embrión de un mundo nuevo, la ciudad del trabajo duro, del dinero y la libertad: la pequeña ciudad en el centro del universo, que había vencido al imperio y había derrotado a la tiranía. Allí estaba la ciudad refugio que acogía sin preguntas y recibía sin condiciones. Allí estaba el único lugar del mundo donde todos los hombres eran iguales bajo el cielo gris.

Allí, cruzando el Ámstel, estaba mi Sion personal, mi ciudad celeste. Allí estaba Ámsterdam, abriéndose ante mí en todo su recatado esplendor. Abracé a una Isabel apática, con la fruición de otros tiempos y la esperanza de un nuevo comienzo. “Ya estamos a salvo —murmuré en su oído—, este es el fin de nuestro deambular. A partir de ahora todo estará bien”.

ÁMSTERDAM, 1654

Miguel de Reynoso, mi viejo amigo y compañero de estudios, nos esperaba para recibirnos. Estaba tan exultante de verme como un perro con dos colas. Me trataba con la deferencia que reservamos a los viejos maestros o a las personas de renombre. Nos acomodó en un piso modesto en la isla de Vlooienburg donde vivía la mayoría de los judíos. "Es solo temporario hasta que encontremos algo definitivo", nos dijo algo avergonzado.

La mujer de Reynoso se ocupó de instruir a una displicente Isabel en las peculiaridades de la vida hogareña de Ámsterdam, los días de mercado, el trato con los criados y el precio de la carne *kasher*.

Reynoso, por su parte, me habló sobre la ciudad y su comunidad judía. Me dijo que gran parte de Ámsterdam ya hablaba de mí como aquel héroe que había guiado a una comunidad de judíos secretos en España, como aquel que había desafiado a la Inquisición y había conseguido burlarla, como aquel *jajam* que sabía tanto de filosofía como de medicina, como aquel poeta que con la belleza de sus palabras abría las puertas de los cielos.

—Los *senhores* del *Ma'amad* te están esperando con ansia, Daniel.

—¿Del qué?

—El *Ma'amad*. Es el consejo de la comunidad, es un grupo de seis notables llamados *parnasim* que, junto al *gabai*, el tesorero, gobiernan los asuntos de la Nación portuguesa en Ámsterdam.

—No entiendo, ¿no son acaso los rabinos los que dirigen la comunidad?

—Los rabinos son una gran influencia, en especial en temas de *halaja*, pero están bajo la autoridad del *Ma'amad*. Son los *parnasim* quienes contratan o despiden a los rabinos y son ellos quienes tienen la última palabra en asuntos comunitarios.

Me fascinó la sabiduría de aquel arreglo. Supuse, tal vez prematuramente, que la sujeción de la autoridad religiosa a la autoridad civil era una garantía contra el fanatismo religioso.

Caminamos hacia el Houtgracht, el canal en donde se alzaba la sinagoga portuguesa. Pasamos por el Breestraat, una calle amplia con edificios elegantes que, según dijo Reynoso, había sido rebautizada Jodenbreestraat, ya que era el centro del barrio judío. Vi muchos hebreos, a los que identifiqué por su atuendo español, llevando flores, frutas y alimentos exóticos para la alegre fiesta de Shavuot, el antiguo festival que celebra los primeros frutos de la tierra y también conmemora la entrega de la Torá en el Monte Sinaí. Se detenían para conversar con holandeses que les deseaban feliz fiesta. Sonreí y moví la cabeza con descreimiento. En España había liderado algunas celebraciones secretas de Shavuot en sótanos oscuros, en las cuales tratábamos de leer y entender aquel libro que era la patria de nuestro pueblo sin tierra.

La sinagoga estaba en un edificio grande pero anodino.

—Antes había tres congregaciones portuguesas en Ámsterdam —dijo Reynoso—, pero se han unido para formar la comunidad portuguesa unificada a la que llamaron *Talmud Torah*.

La comunidad, me dijo, ya pensaba en construir una gran sinagoga más acorde a la riqueza y prestigio de la judería de Ámsterdam.

Adentro, el piso estaba cubierto de arena. Algunos decían que era para recordar la estadía de los judíos en el desierto, pero a mí me recordó a los artilugios que usábamos para que los espías de la Inquisición no escucharan pasos en sótanos o cámaras secretas.

En una sala adjunta al santuario principal me esperaban los *senhores* del *Ma'amad*. Algunos vestían como hidalgos españoles, con ricas ropas de colores brillantes, otros adoptaban la camisa de seda negra y el cuello blanco de los holandeses, aunque guardaban el sombrero de ala ancha español que los identificaba como miembros de la "Nación" portuguesa. Exudaban seguridad y gallardía y cuando hablaban lo hacían en aquel tono de falsa campechanía que suelen usar los poderosos.

Reynoso tenía razón. Mi fama me había precedido. Los *senhores* me recibieron con gran deferencia y me adjudicaron una generosa pensión para que no pasáramos necesidades mientras nos adaptábamos a la vida en la ciudad. La altivez mal sojuzgada de los *senhores* dejaba ver que si bien yo era un héroe de proporciones bíblicas, estaba ahora bajo su protección y, en cierta forma, bajo su control. Yo podía ser una figura mítica, pero ellos tenían los cordeles de la bolsa.

A pesar de ello, algunos estaban genuinamente emocionados, me preguntaban sobre mis aventuras en España y querían saber todo

sobre mis escapes de las garras de la Inquisición. Mis relatos les recordaban sus propias privaciones y les removían la preocupación y la culpa por familiares que habían quedado en España y Portugal.

Isaac Bernal, uno de los *parnasim*, habló con voz quebrada:

—Doctor Prado, algunos notables de la comunidad están escribiendo un libro en memoria de mi primo, Abraham Núñez Bernal, de bendita memoria, que fue quemado en la hoguera en Córdoba hace tres meses. El gran rabino Aboab de Fonseca escribió una homilía y me sentiría honrado de que vos escribáis un poema.

—Será un gran honor —expresé—. Conocí a Abraham Núñez y su martirio, es una tragedia, pero también una inspiración para todo judío.

—Hay algo más —dijo otro *parnas*, Miguel López Suazo. Su tono era algo apologético pero firme.

—El *Ma'amad* ha sancionado un reglamento para la comunidad. Lo llamamos *askamot*. Es solo una formalidad, pero todo miembro de la comunidad, en especial los recién llegados, deben comprometerse a respetarlo.

El *gabai* me dio un cuadernillo escrito en prolijo castellano con cincuenta y seis artículos que regulaban la vida de la comunidad. Me estremecí al leer alguno de ellos: "Artículo 1: El *Ma'amad* ostenta una autoridad absoluta e incontestable sobre los asuntos de la comunidad. Nadie puede oponerse a los edictos del *Ma'amad* bajo pena de excomunión".

Las *askamot* trataban de mantener la comunidad en línea, dotando al *Ma'amad* de la capacidad de multar e incluso de excomulgar a los díscolos. Más tarde entendería que el *Ma'amad* era una especie de híbrido entre los concejos de las comunidades judías de Venecia —en los que estaba inspirado— y el sistema de burgomaestres de Ámsterdam.

Acepté el reglamento con una sonrisa. En aquel momento pensé que el tono pomposo y amenazador de las *askamot* era una forma de impresionar a los holandeses por la seriedad con la que la comunidad manejaba sus asuntos, "una mera formalidad", como había dicho López Suazo.

Al costado de los *parnasim*, sentado en silencio había un hombre de rostro delicado y ojos buenos. Su barba encerraba una boca de labios generosos y el resto de la cara estaba cuidadosamente afeitada. Iba vestido de negro, pero algo en su expresión transmitía color y liviandad. Su mirada bailaba con una vivacidad que contradecía con la serenidad del rostro que la albergaba. La falta de arrugas en su tez

cremosa hacía difícil adivinar su edad. Mientras los *parnasim* hablaban, sus ojos se posaban en sus manos dócilmente apoyadas en su regazo, examinándolas como si las viera por primera vez. Cuando nos estábamos por dispersar se acercó a mí.

—Bienvenido —dijo poniendo la mano en mi hombro—, es un gusto tenerte con nosotros. Mi nombre es Menashe, Menashe ben Israel.

Reynoso, que estaba al lado nuestro interrumpió: "¡*Rabí* Menashe!".

Menashe rio y luego habló en murmullos.

—¿Acaso te has vuelto tan formalista como los *senhores* del *Ma'amad*? Rabí, *parnas*, *senhor*… ¡qué importan los títulos! Soy un judío como tú que ha tenido la suerte de estudiar nuestra sagrada Torá por más tiempo.

—¡¿Un judío como tú?! —Reynoso rio—. Daniel, Menashe ben Israel es modesto, pero es uno de los rabinos más importantes de nuestro tiempo. Un hombre de una sabiduría inmensa. ¡Obispos, reyes y príncipes vienen a escuchar sus sermones!

—No le hagas caso. Y como sabes, Miguel, no todos en la comunidad piensan así.

—Y bien —siguió Miguel—, fue Menashe ben Israel quien pronunció una homilía durante la visita del Stadtholder y la reina de Inglaterra a la sinagoga.

—¡Espera! —dije—. ¡¿El Stadtholder ha venido a la sinagoga?!

Imaginé a Felipe IV entrando en una sinagoga y sacudí la cabeza con escepticismo. Menashe rio.

—Las cosas son muy distintas aquí en Holanda, mi nuevo amigo. El gobierno reconoce a los judíos como *poorters* o ciudadanos y el Stadtholder no hizo más que presentar sus respetos a sus fieles súbditos —hizo una pausa y me miró de arriba abajo, como si observara un animal extraño pero inofensivo—. Hay muchas cosas que debéis aprender, Daniel. Tanto acerca de esta ciudad bendita como acerca de su comunidad judía. Lo que quería decirte, cuando tu amigo nos interrumpió —lanzó una mirada socarrona a Reynoso—, es que estoy a tu disposición. He escuchado mucho de ti y quisiera que hablemos. Vivo en el Houtgracht, todos conocen la casa. Ven a verme cuando tengas tiempo.

Se marchó con una sonrisa que me dejó encandilado.

Reynoso me tomó del brazo.

—Vamos —dijo—, debes ir a registrarte al Stadhuis, como llaman aquí al ayuntamiento, y en el colegio de médicos para que puedas ejercer la medicina.

Fuimos caminando hacia el Damrak, la plaza central, construida por sobre los diques, poleas y esclusas que habían sojuzgado al río Ámstel, forzándolo a habitar los prolijos canales que hoy organizaban la ciudad.

Con Reynoso como guía, descubrí extasiado que aquel islote era el centro del mundo. En el Dam se vendía y se compraba de todo. En la entrada de uno de los canales estaba el mercado de pescado, jamás había visto tanto arenque en mi vida. En una plataforma construida sobre el agua, al otro lado de la plaza, estaba el mercado de cereales. Allí vimos comerciantes tomando pequeños puñados de granos y analizándolos minuciosamente bajo la luz del sol para determinar su calidad. Los precios que allí se fijaban determinaban el costo del grano en todo el mundo.

Miré con fascinación el Waag, el macizo edificio en el cual se debían pesar todas las mercancías que entraban en la ciudad. El lugar era un hervidero de gente y gritos, pero todo parecía transcurrir siguiendo un orden determinado, como si cada uno ejecutara los pasos de una danza caótica, pero cuidadosamente ensayada.

—Eso —dijo Reynoso señalando un edificio de piedra frente al Stadhuis— es la Bolsa.

Yo había escuchado hablar de aquel lugar en donde se vendían abstractas representaciones de mercancías pero no terminaba de entender cómo funcionaba aquello. Reynoso se rio afectuosamente de mi ignorancia.

—Lo que más se vende en la Bolsa es riesgo —dijo.

—Mira, mi padre era comerciante. Compraba cien bolsas de lino y las vendía. Asunto terminado. ¿Qué es eso de comprar riesgo?

Rio con ganas.

—Ya lo entenderás, no te preocupes.

Por la puerta de la Bolsa entraban y salían gentes de todo el mundo. Franceses, húngaros, moscovitas, persas, ingleses, tudescos, polacos, holandeses, españoles, turcos y hasta indios. En ese Babel del Norte todos vivían en la desconcertante armonía de hombres que deciden comerciar para provecho mutuo en vez de matarse a cuchillazos para beneficio de nadie.

El ayuntamiento aún estaba en construcción, pero ya había sido habilitado. Era un edificio de dimensiones tan monumentales como la riqueza de la ciudad. Todo en él estaba diseñado para mostrar la importancia de Ámsterdam. Subimos las opulentas escaleras y llegamos al Salón de los Ciudadanos, el lugar central del edificio, del

cual se abrían docenas de oficinas y dependencias. En el salón, burgueses y magistrados caminaban con aires de importancia y paso decidido yendo de un despacho al otro. El ajetreo tenía lugar bajo la mirada omnipresente de una descomunal estatua de Atlas llevando en sus hombros el globo celeste.

Miré al piso y me di cuenta de que los mosaicos formaban un vasto mapa del mundo. Los ciudadanos de Ámsterdam tenían, literalmente, el mundo a sus pies.

Encontramos el registro de médicos y nos presentamos frente a unos funcionarios que tenían caras eficientes y algo aburridas. Con gran alivio descubrí que los trámites podían conducirse en latín.

El funcionario abrió un enorme libro de actas y, con Reynoso como garante, procedió a inscribirme.

—¿Nombre, lugar de graduación y nacionalidad? —preguntó en un latín gutural y áspero.

Cerré los ojos y como un rayo pasaron ante mí los años de penurias y persecuciones.

Los hombres preguntaron a Jonás: ¿Qué oficio tienes, y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra, y de qué pueblo eres? Y él les respondió: Soy hebreo, y sirvo a Adonai, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra.

Los ojos se me anegaron bajo la mirada sorprendida del secretario.

—Daniel de Prado*, medicus, Toleti in gradu.*

Respiré hondo y con todo el orgullo que me cabía en el pecho agregué: *Hebraeus.*

Saúl Halevi Mortera no se parecía en nada a los otros rabinos de la comunidad. Cuando entré en su estudio y vi su rostro marmóreo, su nariz de halcón y su tez traslúcida como la carne de un pescado me pareció estar otra vez en presencia de fray Gaspar. Su cuerpo relleno, no obstante, mostraba que no vivía la existencia ascética de mi maestro de infancia. Lo que también lo diferenciaba del frugal clérigo era la frondosa barba gris que portaba con orgullo y que mesaba cada vez que debía controlar un impulso de enfado o excitación.

Me lanzó una mirada afilada del color del pasto en el fin del verano.

—El célebre doctor Prado —dijo.

Su portugués estaba tajeado de jotas ríspidas y erres inclementes. Había un imperceptible dejo de desdén en su voz.

—Es un placer conoceros personalmente, he oído mucho de vos.

—Gracias, rabí.

Mortera me había llamado para hablar sobre mi integración a la

comunidad. El *Ma'amad* me había instruido ya en las diferentes instituciones seculares de la judería de Ámsterdam. Me había sorprendido la impresionante red de solidaridad y ayuda mutua que habían establecido. Había una organización de ayuda a los enfermos llamada Bikkur Holim que brindaba tanto apoyo material como espiritual, otra de socorro a los pobres y otra que ayudaba a que novias pobres pudieran casarse, la Sociedad de Dotar Novias, o —como se la llamaba en la ciudad— "Dotar". Las preocupaciones de Mortera, no obstante, eran espirituales y no institucionales.

—Veo que os has hecho voluntario para trabajar en Bikkur Holim —dijo Mortera—. Es una gran *mitzvah*. Los enfermos pobres de la nación tendrán los servicios de un médico de renombre. Os felicito y os agradezco.

Estaba sentado en un gran escritorio de madera sobriamente labrada, delante de una pared tapizada de libros. Se paró y comenzó a caminar por la habitación.

—Esta es una comunidad especial. En Venecia o Salónica, nuestros hermanos siguen una cadena de tradición que nunca ha sido rota. En Ámsterdam, Dios sea loado, recibimos a los fugitivos y a los *anusim*, aquellos conversos forzados que no han tenido instrucción alguna en la fe y la ley de Dios. Muchos han pasado toda su vida en tierras de idolatría, adorando imágenes y profesando falsos dogmas. Os dais cuenta, doctor, el peligro que pesa sobre esta comunidad.

Se acercó a la ventana y miró el trajín de barcazas y mercaderes en el Houtgracht.

—Mi función como rabino es encauzar a la comunidad por el camino recto de la Torá. Hacerles olvidar las falsedades en las que creyeron por años y asegurar que todos ellos entren como santos en el mundo por venir. Es una batalla por la verdad que libramos a diario. Para librar esa batalla, doctor, necesito guerreros. He formado la *Yeshiva Keter Torah*, una academia en donde estudian las mejores mentes de la nación, hombres versados en Torá, pero también conocedores de metafísica y filosofía. Quisiera contaros, doctor, entre esos soldados. Quisiera que estudiéis en la *Yeshiva*.

La retórica combativa de batallas y guerreros se me antojó rimbombante y exagerada, pero recibí con gran placer la idea de estudiar judaísmo seriamente en una *Yeshiva*.

—Gracias, rabí, pero a mi edad… Tengo más de cuarenta y cinco años…

—Toda edad es buena para empezar, doctor. Rabí Akiva, uno de los más grandes sabios del Talmud, no supo una sola palabra de la

Torá hasta los cuarenta años. Además, en la *Yeshiva* tengo un grupo especial para adultos. Seréis el más maduro, pero no estaréis rodeado de chiquillos.

—Siendo así, será un gran honor.

—Excelente —dijo—, empezaréis cuanto antes —dio unos pasos haciendo crujir los listones del piso—. Algo más, doctor —señaló hacia los libros en letras latinas de su biblioteca—. Los hijos de la nación deben recibir también una buena educación secular, deben saber latín además de hebreo y español y deben conocer las obras más importantes de la filosofía de los gentiles. Pensé que tal vez podríais formar una pequeña escuela en la comunidad para enseñar esas artes.

Sonreí. Mortera tal vez era un viejo cascarrabias, pero no era tan cerrado como parecía.

—Con mucho gusto, rabí.

Empecé de inmediato, y disfruté de las lecciones de Talmud aún más de lo que había previsto. Los debates eternos de los rabinos me fascinaban, la falta de certezas me dejaba pensando y la intrincada casuística de la Ley Judía me estimulaba. Los libros que guiaban la vida de los judíos se basaban en una lógica completamente distinta a los libros santos de los católicos e incluso de los libros filosóficos griegos o latinos: eran discusiones y polémicas permanentes. La santidad radicaba en la discusión, y la ley emergía de argumentaciones y controversias.

Durante las clases vivía una nueva aventura intelectual y ejercitaba músculos de la mente que creía atrofiados.

Varias veces acompañé a Reynoso a hacer recados al Dam. Cuando él pagaba, nos sentábamos a beber unas cervezas en la taberna La Urca, que era el lugar predilecto de los comerciantes de la Bolsa. El dueño era holandés, pero tenía muchachos judíos que servían vino a sus correligionarios para que pudieran beber respetando las leyes de *kashrut*. Los tragos valían el doble, pero el lugar estaba siempre lleno.

Mientras bebíamos, hice la pregunta que me carcomía el vientre, pero cuya respuesta temía escuchar:

—¿Qué sabes de Baltasar? —disparé. Su rostro se volvió sombrío y su mirada se clavó en el fondo del vaso.

—¿No has escuchado nada? —dijo, con ojos súbitamente temerosos.

—Nada —contesté con impaciencia. Temí lo peor y me arrepentí

de haber preguntado.

—Ha sido arrestado por la Inquisición y estuvo tres años preso. No sabemos mucho, ya que llegan pocas noticias, pero se sabe que lo tuvieron en una mazmorra pequeña y oscura y lo sometieron a las peores torturas hasta que… —bajó la vista aún más.

—¿Hasta que qué?

—Hasta que se quebró y te delató.

Decirlo le dolió pero también le causó un cierto alivio. Apuró lo que le quedaba de cerveza y el temblor de su mano hizo tambalear ligeramente el vaso.

—Delató a todos.

La revelación fue como un puñetazo en el estómago. No me sorprendía ni me enojaba, pero me dolía. Uno siempre espera heroísmo, en especial de los otros. Intenté una defensa.

—Él sabía que yo ya había dejado España, tal vez solo denunció a aquellos que ya estaban fuera del alcance de la Inquisición.

Reynoso esbozó una sonrisa amarga.

—Tal vez… pero muchos otros estábamos aún en la Península. Para mí fue fácil escapar, yo ya tenía dinero y familiares en Ámsterdam, pero no todos tuvieron la misma suerte.

—No lo juzgues, Miguel. Lo torturaron durante tres años.

—No lo juzgo, pero no me pidas que lo quiera como a un hermano.

—¿Dónde está ahora?

—En Toulouse, en Francia. Abjuró en un auto de fe y fue reconciliado con penas leves gracias a su colaboración. Lo obligaron a llevar el sambenito de por vida, pero le levantaron la pena. Dicen que ahora es católico sincero. Consiguió un puesto muy prestigioso en la universidad y es médico de nobles y príncipes. El mismo Luis XIV le dio un título honorífico.

¿Baltasar católico sincero? Su aversono del judaísmo me lastimaba mucho más que su delación. Me tomé otra cerveza, y otra más y me lamenté de que el tiempo y la distancia no anestesiaran el desengaño.

La energía contagiosa de Ámsterdam no tardó en reencender las pasiones de la carne, que las penurias y privaciones habían mermado. Fui descubriendo de a poco el submundo de placer que se escondía bajo la pacata fachada de moderación calvinista. Si bien la prostitución estaba prohibida, las autoridades hacían la vista gorda. El puerto más grande del mundo no podía sino tener una enorme dotación de trabajadoras del placer.

Un día, recorriendo la ciudad, llegué a la Haarlemmerstraat casi

por casualidad. Cansado me senté a tomar una cerveza en una taberna de marineros y pescadores que, a la mejor usanza holandesa, ni se inmutaron por la presencia de un extranjero. No lo sabía entonces, pero el Haarlemkijk era uno de los centros de prostitución de la ciudad. No había grandes mancebías como en España, sino que pululaban pequeñas casas que guardaban una fachada de discreción. Las chicas, no obstante, salían a buscar clientes a las tabernas y fondas de la zona. Una se me acercó y me habló en español:

—¿Me compras una cerveza, hidalgo?

No parecía puta, sus vestimentas no tenían los colores chillones de la profesión ni llevaba revoques de solimán en la cara. Parecía una campesina esbelta, sana y fresca que llevaba el pelo en largos rizos rubios y olía a pasto recién cortado.

La verga se me puso tiesa antes de que pudiera responder. Fuimos a un piso en el que trabajaban cinco o seis chicas y se tendió en un jergón de plumas. Se levantó el vestido y dejó al descubierto un sexo terso y depilado. Se acarició mientras me miraba fijo.

—Ya ves —dijo sonriendo—, el pasto no crece en un camino muy transitado.

Le hice el amor con una pasión que creía olvidada, casi con desesperación.

—Te hacía falta esto, hidalgo —dijo la mujer con una risita cuando me tumbé jadeante sobre la cama. Ella también respiraba con fuerza, tratando de recobrar el aliento. No respondí. Saqué varias monedas de mi bolsa y se las extendí.

De vuelta en la calle sentí vergüenza y derrota, como el adicto al vino que pasa por una bodega y se rinde sin siquiera luchar.

Caminé hasta el borde del canal y me quedé un largo rato mirando las aguas verdinegras. De pronto una voz conocida sonó a mis espaldas.

—¿Eres tú? ¡No puede ser! El doctor Prado que yo conocí saldría risueño y no apesadumbrado de una casa de placer.

—¿Quién diablos…? —me di vuelta y vi a Andrés Piñero, el más díscolo, el más cínico y el más badulaque de todos mis compañeros de Alcalá. Estaba vestido en una mezcla original de atuendos, ni holandeses, ni portugueses ni tudescos, su propia amalgama de estilos. Tenía la cara afeitada a excepción de un bigotín cuidadosamente recortado. Era el rostro de alguien que se esfuerza en seguir siendo joven.

Algunos dicen hoy que Piñero me corrompió. Alegan que él es el culpable de que una luminaria de Israel, como me consideraban

entonces, haya terminado de la manera trágica que terminó. Las cosas, no obstante, no son tan sencillas.

El espiral de corruptores y corrompidos no tenía un comienzo claro y lo cierto es que si Piñero no hubiese existido, lo tendría que haber inventado.

Aquel día hablamos un rato largo de viejos recuerdos y antiguos compañeros, paseamos por calles y canales riendo en voz alta mientras recordábamos nuestras andanzas de estudiantes. A pesar del barullo que hacíamos, a nadie parecía importarle nuestra presencia. Era difícil acostumbrarse a aquel anonimato. En España, cualquiera cree que la vida de los vecinos también le compete. La gente chismosea y nadie es anónimo. Pero tampoco nadie está solo nunca.

Luego de andar un rato nos sentamos en una taberna oscura a la vera del canal. A través de las ventanas empañadas se veían velas, mástiles y aspas de molinos. Se adivinaba la brisa gélida y puntiaguda de principios de invierno.

Piñero pidió un alcohol especial que llamaban *brandewijn* o vino quemado. Lo bebió con gran deleite.

—Los holandeses, prácticos como siempre, descubrieron que si destilan el vino antes de cargarlo en barcos, pueden ahorrar espacio en las bodegas. Pero para su sorpresa, el producto era delicioso. Los ingleses lo llaman brandy y los franceses, con su manía de adueñarse de todo, dicen que ellos lo inventaron y lo llaman *cognac*.

Olía a madera de roble y cerezos, lo probé. Era fuerte y delicioso. Al estar hecho de vino, no obstante, debía cumplir con ciertos requisitos para ser considerado *kasher*.

—Veo que no te preocupas demasiado de las leyes de *kashrut* —dije—, tampoco te he visto en la sinagoga.

Saboreó un sorbo del líquido ámbar como si no me hubiese escuchado. Tenía las manos alrededor del vaso.

—Dicen que si lo calientas un poco con las manos sabe mejor.

Bebió otro trago y luego se volvió hacia mí como si recién se hubiese percatado de mi presencia.

—No. No me preocupan demasiado las leyes de *kashrut*. No creo que a Dios, si existe, le interese demasiado qué bebo o qué como.

Bebió otro sorbo y se relamió los labios, humedeciendo ligeramente el bigotín. Se calzó una sonrisa socarrona.

—¿Os he ofendido, rabí? —preguntó, dándole a la palabra el tono justo para ser sarcástico sin llegar a ser hiriente.

—No —contesté—, me has sorprendido un poco, eso es todo.

—Tú también los has bebido, rabí.

—La fuerza de la costumbre…

—Pues bien, mi querido amigo, voy a la sinagoga cuando debo y me comporto de manera relativamente ortodoxa delante de otros judíos, pero la verdad es que no creo ni una palabra de lo que dicen los barbudos. Creo que son todas niñerías y cuentos de hadas. Creo que las *mitzvot* son restricciones inútiles puesto que las verdaderas reglas de conducta nos las dictan la filosofía y el derecho natural.

Lo miré en silencio, absorto en mis propias cavilaciones y bebí un trago de *brandewijn*. El ardor en mi garganta alejó los pensamientos por un corto segundo. Piñero había expresado, de manera burda y hasta cruenta, lo que yo comenzaba a pensar pero no me animaba a decir, ni siquiera a mí mismo.

Piñero volvió a la carga.

—En España dudábamos del catolicismo, lo veíamos como observadores externos, lo desenmascarábamos y veíamos sus falacias. Hacíamos lo mismo con la filosofía y con la medicina. No aceptábamos ninguno de los dogmas que nos enseñaban sin antes someterlos al escrutinio de nuestra duda. ¿Y ahora se supone que dejemos de dudar? ¿Es acaso posible? Podemos dudar de todo menos del judaísmo.

—Intuyo que no —dije en un murmullo apenas audible.

Yo amaba mis clases de Talmud y me apasionaban los estudios de la *Yeshiva*, pero si debía ser honesto conmigo mismo, me fascinaban como ejercicio intelectual, no necesariamente como algo según lo cual guiar mi vida. Me gustaban las piruetas mentales en el razonamiento rabínico y me daba satisfacción entender las intrincadas expresiones arameas, pero ¿me sentía acaso obligado por la madeja de leyes y reglamentos que regían la vida de un judío ortodoxo? Amaba estudiar, pero el contenido de lo que estudiaba me parecía a veces pueril e inútil. En aquel momento entendí que era como el amante enamorado del amor, no de su amada. Me vi a mí mismo tambaleándome al borde de un precipicio sin fondo.

Hubo un gran silencio, solo perforado por los ruidosos sorbos de Piñero y los diálogos distantes en la lengua ignota y ríspida de los holandeses.

—¿Has leído a Descartes? —preguntó Piñero.

Recordé los libros que me había dado la reina Cristina. Los había leído durante la mudanza y el viaje a Ámsterdam y no les había prestado demasiada atención.

—Tengo sus libros, pero no se puede decir que los haya leído con atención.

Terminó su vaso y lo volteó sobre la mesa. Gotas perezosas se deslizaron lentamente sobre la madera.

—Tengo otro libro que seguro te interesará.

Sacó de su faltriquera un devocionario escrito en latín. Lo miré sorprendido, no había nada de especial en aquel volumen.

—Ábrelo —me ordenó.

Las cubiertas habían sido cambiadas. En la segunda página estaba el título verdadero del libro: *Tratado de los tres impostores*. Di vuelta a las páginas rápido, deteniéndome en algunos pasajes. Los tres impostores eran Moisés, Mohamed y Jesús y el libro los presentaba como tres charlatanes. Sus enseñanzas o sus supuestos milagros eran interpretaciones grotescas a episodios anodinos de su vida. La idea principal era que todas las religiones reveladas eran nada más que un mismo embuste mantenido por clérigos que engordaban a costa de la credulidad de la gente.

—Llévatelo, tengo otra copia.

Señaló mi anillo.

—Aún lo llevas… *Caute* con ese libro, aun en Ámsterdam la tolerancia tiene límites.

Me marché vacilante y confuso, aturdido por el brandy y por el estruendoso clamor de mis pensamientos. Sentía que voces gritaban en mi cabeza y me tapé los oídos. Luché dentro de mi mente por expulsar aquella confusa batahola de dudas y temores. Traté de sumergirlos en las aguas pardas del Ij pero allí quedaron, flotando impertinentes, riéndose de mí.

Las ideas corrosivas que desarrollé en Ámsterdam no llegaron como una avalancha, sino que fueron tomando forma de a poco, como pequeñas nubes que se ensamblan inocentes y lánguidas en el cielo de otoño hasta formar una ominosa borrasca de fuerza inusitada.

Durante las clases del rabí Mortera podía refugiarme en las intrincadas argumentaciones talmúdicas, pero cada tanto la duda asomaba su fea cabeza por entre las augustas páginas de los libros santos. Un día hablábamos sobre las diferencias entre la Torá escrita (el Pentateuco) y la Torá oral, que incluye la Mishná, el Talmud y las interpretaciones posteriores. Mientras Mortera repetía los nombres de los diferentes tratados del Talmud, un joven entró en la clase. Tenía un rostro tímido, cabello negro como el carbón y ojos del color del cielo justo antes del amanecer. En lugar de barba tenía una sombra adolescente alrededor de los labios llenos y rojos. Debía tener unos veintidós o veintitrés años, pero algo en su expresión lo hacía parecer mayor. Tal vez era el color de su piel, similar al agua que queda en la

cubeta después de lavar la ropa, o tal vez era la falta total de alegría en sus párpados pesados y grises. El rostro de Mortera se iluminó al ver al joven e interrumpió la clase para recibirlo.

—¡Qué placer ver a mi alumno modelo! Hace tiempo que no te vemos por la *Yeshiva*, siéntate, estamos hablando acerca de la revelación.

Yo lo miré con algo de recelo por haber interrumpido la clase, él lo percibió y se sentó en el fondo, aún más cohibido que antes.

Cuando Mortera retomó la clase no pude evitar hacer una pregunta. Incitado por Piñero había releído a Descartes, y esta vez entendí cuán radicales eran sus ideas. Sus trabajos sobre matemáticas y geometría me eran completamente arcanos, pero su *Discurso del método* ponía en palabras muchas cosas que había estado pensando. Para Descartes, la duda metafísica era la fuente última del conocimiento. No era como aquellos heréticos estudiantes de Alcalá que creían que los experimentos —aquello que percibimos con los sentidos— revelaban las verdades últimas, sino que creía que la capacidad humana de pensar y de razonar era la única verdad irreductible y por lo tanto la fuente última del conocimiento. Imbuido de aquellas lecturas encaré al anciano rabí.

—Rabí, ¿por qué la revelación es necesaria? ¿Acaso el hombre no puede acceder al conocimiento de Dios a través de su propia razón?

Mortera tenía paciencia infinita para explicar puntos oscuros de la ley, pero no tenía tolerancia alguna frente a los comentarios que mostraban ideas heterodoxas. Respondió de mala gana y con voz filosa:

—Porque Dios ha elegido agraciarnos con su Torá para que conozcamos su palabra.

—Pero eso no responde a mi pregunta… Nuestro pensamiento ha sido creado por Dios. Podemos decir que nuestro pensamiento es parte del aspecto divino del ser humano, entonces aquello que compartimos con el Creador debería ser el mecanismo más perfecto para conocerlo. Nuestra capacidad de pensar y razonar, ¿no vuelve la revelación irrelevante?

Mortera cerró los puños y luego se mesó la barba para controlar su enfado.

—Esas ideas son peligrosas y heréticas —dijo—. No quiero que las volváis a repetir delante de mí.

La clase continuó por unos minutos más pero yo hervía por dentro. Al finalizar, me acerqué a Mortera y le hablé con furia mal contenida.

—Yo soy doctor en Medicina, Teología y Filosofía. No tenéis

derecho a hablarme así delante de los otros alumnos.

Mortera me miró con ojos cansados. Hacen falta dos para pelear, y él no iba a hacerlo.

—Daniel, vos sois uno de mis alumnos más brillantes. Sois un héroe y una verdadera luminaria de Israel. No sé qué libros estáis leyendo o qué amigos habéis comenzado a frecuentar, pero tened cuidado. Vuestra pregunta de hoy revela una tendencia peligrosa que debéis controlar. No quisiera perderos.

Salí del aula y en el largo corredor, sentado en una silla, estaba el joven que había interrumpido la clase. Cuando me vio salir se puso de pie de un salto. De pronto tenía una energía que su frágil contextura no había parecido contener.

—Señor —me dijo para detenerme.

—Doctor —lo interrumpí.

—Disculpad, doctor —se aferraba a su sombrero con los puños crispados—. He escuchado mucho de vos. El recién llegado Daniel de Prado, héroe de España y eximio filósofo.

Lo miré con fastidio. No estaba de humor para lisonjas.

—Pues tú pareces ser famoso también —comenté con ironía.

—Ah… el viejo rabí siempre me avergüenza. Ha sido mi maestro durante años y ha luchado con denuedo para que me convierta en rabino.

Decía todo aquello sin el menor rastro de orgullo o presunción.

—¿Y qué ha pasado? —pregunté.

—Pues mi padre ha muerto y he debido ocuparme del negocio de la familia junto a mi hermano.

Lo miré con cara impaciente.

—¿Y qué quieres de mí?

—He escuchado atentamente vuestra pregunta en la clase. Ha sido, cómo decirlo, como una revelación.

Ambos sonreímos ante la mención del término. Me había ablandado un poco.

—Tal vez esa pregunta insinuaba cuestiones filosóficas mucho más profundas… —respondí.

—Efectivamente, y eso me ha causado una gran curiosidad. He tenido algunos pensamientos similares —dijo bajando la voz—, pero no los he discutido con nadie. Quisiera que me expliquéis más en detalle a qué os referíais. Creo que puedo aprender mucho de la manera en la cual pensáis.

Me miró contrayendo sus párpados cenicientos. La idea de tener un perrito faldero no me agradaba en lo más mínimo, pero había algo en

el joven que me generaba una mezcla de ternura y curiosidad.

—Ten cuidado con lo que deseas —advertí—, puede convertirse en realidad.

Sonrió y vi en sus ojos un centelleo de genialidad.

—Ven a mi clase de latín, también leemos algunos tratados de filosofía. Hablaremos después de la clase.

—Gracias.

Había una inteligencia extrema en su rostro, pero muy poca emoción. Era como si nada de lo que le pasara pudiera sorprenderlo. Se preparó para marcharse, pero mientras cerraba su chaqueta se dio cuenta de que nadie nos había presentado.

—Me llamo Baruj, pero en portugués me llaman Bento —me tendió una mano lánguida—: Bento Spinoza.

Era difícil vivir en Ámsterdam sin escuchar sobre la sorda rivalidad que oponía a Mortera con los otros rabinos de la comunidad. Años atrás, se había trenzado en una gran disputa teológica con el rabino Aboab de Fonseca acerca del Olam Haba (El mundo por venir). La cuestión era la interpretación de un pasaje talmúdico que decía: “Todo Israel tiene un lugar en el Olam Haba”. Aboab entendía aquel pasaje literalmente. Es decir, ningún alma israelita sufriría castigo eterno por más horrendos que hubieran sido sus pecados. Tal vez deberían purgar penas, pero todos tenían un lugar reservado en el paraíso. Mortera lo negaba furiosamente. Para el severo rabino, la idea de una salvación automática presentaba tanto problemas morales como prácticos. No podía ser justo que pecadores impenitentes no sufrieran castigo eterno. Peor aún, semejante idea podía llevar al libertinaje más absoluto. No habría incentivo para la conducta honrada si no había nada que temer en el mundo por venir. Judíos o no, los justos son recompensados con la vida eterna y los pecadores sufren castigo eterno.

Pero la mayor rivalidad de Mortera no era con Aboab, sino con Menashe ben Israel. Menashe era tan liberal como Mortera era conservador, era tan dulce como Mortera era severo. Menashe predicaba con elegancia, Mortera con eficiencia. Menashe se imponía con carisma, Mortera con la dura vara de la ley. Si Mortera era un racionalista sin paciencia para visiones místicas y delirios mesiánicos, Menashe escribía con pasión sobre la inminencia de la redención. La germánica economía de Mortera no toleraba el calor y la emotividad de sus colegas levantinos.

La reputación de Menashe se extendía más allá del Vlooienburg.

Era un sabio admirado por sus conocimientos seculares y sus sermones llenos de esperanza y creatividad. Mantenía correspondencias con las grandes mentes de Europa. Grotius, desde París, se jactaba de ser amigo personal de Menashe y Oliver Cromwell había requerido su presencia en Londres. Dentro de la comunidad, no obstante, Mortera había ganado también esa batalla. Lo había relegado a un segundo plano, imponiéndole una humillación tras otra. Si bien Menashe había tenido el honor de predicar frente al Stadtholder, los reglamentos de la comunidad solo le permitían dar sermones un sábado al mes. Ese sábado, no obstante, la sinagoga estaba llena de judíos y gentiles, incluidos clérigos de las diferentes sectas cristianas que venían a escuchar a uno de los grandes de su generación.

Abrumado por mis ideas peligrosas y desconcertantes, me dije que el sabio rabino, tan distinto de Mortera, podía ayudarme a aplacar mis dudas y a conciliar mis ideas heterodoxas con la tradición judía. Lo fui a ver en una tarde de sol pálido y vientos raudos.

Algo cohibido, golpeé la casa con el número 61 en la esquina del Houtgracht y Zwanenburgstraat. Cuando Menashe me vio, su cara se iluminó. Sus ojos almendrados estaban enrojecidos, como si hubiese estado leyendo durante horas a la luz de las velas.

—¡Doctor Prado, qué placer veros! Por fin habéis aceptado mi invitación.

Al entrar a la casa, lo primero que saltaba a la vista era la imponente biblioteca. No era como las prolijas bibliotecas que había conocido en España. Era como si un vendaval hubiese recorrido los estantes, dejando libros desperdigados por toda la sala. Había ejemplares apilados sobre las sillas de madera y se podía ver que en la mayoría de los estantes había dos hileras superpuestas de volúmenes de todo tipo y color. Sobre las mesas había libros abiertos uno encima del otro. Sonreí al ver que el gran rabino también odiaba los señaladores.

—Disculpad el desorden, doctor —señaló unas cajas de madera repletas de libros—, estos acaban de llegar del taller. Como sabrá, la imprenta es mi otra pasión.

Me mostró orgulloso un volumen en hebreo en una tipografía elegante y clara.

—Mirad las letras, doctor. Yo diseñé la tipografía. Dios perdone mi falta de humildad, pero es mucho mejor que los tipos italianos que usa la casa de Soncino —pasó un dedo por las letras—. Cuando creamos la primera imprenta de Ámsterdam, hace casi treinta años, todos

pensaron que estaba loco. Mirad ahora esta belleza, mirad la cantidad de libros que producimos, para gloria de Dios. Las letras han pasado a ser de rigor en todas las imprentas hebreas del mundo. Las llaman *Otiot Amsterdam*, “letras de Ámsterdam”.

Recordé las diatribas de fray Gaspar contra la imprenta, de cómo era una obra del demonio que diseminaba herejía. Para Menashe, la imprenta ayudaba a la concreción de la profecía de Isaías que decía: “La tierra se llenará del conocimiento de Dios”. Trabajar en la imprenta era para él *avodat kodesh* (trabajo sagrado).

Se quedó mirando el nuevo libro en silencio por unos momentos, seguramente lamentándose de que su brillantez en el mundo de las ideas no se extendiera a los negocios. La imprenta de Menashe, a pesar de su fama mundial, lo había llenado de deudas.

Cerró el libro con fuerza, como si necesitara que el ruido lo despertase de su ensoñación.

—Doctor, estoy terminando de trabajar con un socio y amigo, pero si os interesan los asuntos de imprenta y arte, podéis quedaros mientras termino. Después podremos hablar de otras cosas.

Lo seguí hasta un estudio tan desordenado como su biblioteca.

Allí había un hombre de contextura maciza y cabellos revueltos del color del trigo viejo que se escapaban de su gorra negra. Estaba encorvado sobre unos pliegos y tenía una paleta con instrumentos de pintura y carbonillas. Se dio vuelta para mirarme y pude ver un rostro relleno pero arrugado, y una barba rala e hirsuta alrededor de la perilla. El hombre tenía algo de amenazante y algo de enfermizo; sus ojos, no obstante, proyectaban una sensibilidad densa y tibia.

Menashe lo tomó suavemente del codo.

—Os presento a una gran figura de nuestra comunidad, un héroe de España, el doctor Daniel de Prado. Doctor —dijo volviéndose hacia mí—, os presento a uno de mis mejores amigos, Rembrandt Harmenszoon van Rijn.

Cuando nos estrechamos las manos pude ver sus dedos descoloridos y sus uñas que albergaban rastros de pintura y carbón.

—Rembrandt y yo estamos trabajando juntos en un libro —siguió Menashe.

El hombre lanzó una risita y habló con voz ronca.

—“Trabajando juntos”, ¡humilde como siempre! El rabí está escribiendo un libro y yo tengo el honor de hacer las ilustraciones.

—El honor es mío —dijo Menashe—, ¡no merezco que el gran Rembrandt ilustre mis libros!

La danza de humildad real o fingida comenzó a enervarme.

—¿De qué se trata el libro? —pregunté.

—Se llamará *La Piedra Gloriosa*, o de *La estatua de Nebujadnesar* y es una empresa un tanto ambiciosa. Se trata de la historia del pueblo hebreo hasta el fin de los tiempos y la era mesiánica. Lo he escrito en español para que puedan leerlo judíos y gentiles, pues quiero que este libro reconforte tanto a hebreos como a cristianos respecto de las bondades que les sucederán a unos y a otros en el fin de los días.

Miré el borrador de la primera hoja del libro, había una dedicatoria a un tal Isaac Vossius, supuse que era otro amigo cristiano de Menashe. Rembrandt me miró divertido y me invitó a ver los bosquejos de los dibujos. Eran engañosamente simples, pues a pesar de ser bocetos en carbonilla, escondían una humanidad tan profunda que conmovía el alma. Rembrandt me miró con satisfacción.

No pude evitar picar a Rembrandt con una de mis preguntas capciosas:

—¿Qué dice vuestra Iglesia de que trabajéis ilustrando libros heréticos?

Ambos rieron.

—Rembrandt no pertenece a ninguna Iglesia —dijo Menashe.

Lo miré sin entender.

—Me considero cristiano —aclaró Rembrandt con su voz de lija—, pero descreo de la religión organizada, por ello no soy miembro de ninguna Iglesia en particular.

Se me escapó una mueca, entre sorpresa y satisfacción que no pasó desapercibida para el pintor. Su trabajo consistía en descifrar expresiones, no lo podía engañar. Tal vez hacia allí conducían mis dudas, hacia un descreimiento de toda religión revelada.

Los dos hombres siguieron trabajando, el respeto que se profesaban era conmovedor. Yo solo podía entender parte de las conversaciones.

Finalmente, Rembrandt enrolló sus lienzos y se calzó un abrigo que había conocido mejores días.

—Rembrandt —dijo Menashe—, el doctor Prado es un médico ejemplar. Si alguna vez, Dios no lo quiera, necesitáis un doctor, no dudéis en llamarlo.

—Siempre y cuando acepte pacientes pobres —respondió Rembrandt. Aparentemente, él era tan brillante y tan malo para los negocios como su amigo.

—Aceptaré una visita a su estudio como parte de pago —ofrecí.

—¡Trato hecho!

Abrió la puerta y se sumergió en la algarabía del Houtgracht.

Menashe se volvió hacia mí y levantó libros de una silla para que

me sentara.

—Hablemos, doctor. ¿Cómo os trata Ámsterdam?

—Es una ciudad… —busqué las palabras—, pareciera ser como si alguien hubiera puesto dinero y libertad a cocerse juntos en una marmita para ver qué resulta.

Sonrió y movió la cabeza aproverso la metáfora.

—¿Extrañáis España?

—Un poco —dije—. Todo es tan… diferente.

—Lo es. Contadme cómo van las clases con rabí Mortera.

—Interesantes, pero creo que el rabí no aprecia mis preguntas. Me trata como a un niño impertinente.

—Ah… Pero el Talmud os da la razón, doctor, dice que “El hombre tímido no puede aprender, y el severo no puede enseñar”.

Menashe parecía tener cien pensamientos en la cabeza. Sus ojos se movían inquietos entre mi cara, los libros y los dibujos de Rembrandt. Solo cuando hablaba uno notaba que había prestado atención a cada palabra. Algo en él invitaba al diálogo, la extraña mezcla de humildad y distancia hacía que uno se sintiera en libertad y seguridad, como en un confesionario.

—No es solo una cuestión de osadía, rabí. Mis ideas me preocupan.

Sus ojos dejaron de vagar y se fijaron en los míos. Entendió de inmediato.

—Daniel, no hay fe sin duda. No temas a tus propios pensamientos. Cuéntame, ¿qué es lo que te preocupa? ¿Acaso penas deshacerte de tu pasado católico?

Vio que yo hesitaba.

—Habla en total libertad, Daniel.

—No, no es eso. Es más un escepticismo general. No sé si creo, rabí —la voz me temblaba.

—Probablemente en el Dios en el cual no crees tampoco creo yo. A los *anusim*, a los conversos forzados, nos han inculcado una idea infantil y antropomórfica de Dios. Es difícil para personas inteligentes creer que Dios es el abuelo musculoso pintado en la Capilla Sixtina.

—Tal vez sea eso, rabí, pero al estudiar las minucias de la ley me cuesta creer que sea eso lo que Dios espera de nosotros.

Menashe asintió, entrecerró los ojos y citó la Escritura:

—“Ya se te ha declarado lo que es bueno, ya se te ha dicho lo que Adonai espera de ti, practicar la justicia, amar la misericordia y andar humildemente junto a Dios”.

—Exactamente. ¿Para qué son necesarias todas aquellas marañas

de leyes y reglamentos? Cuando era joven creía que las *mitzvot* eran la expresión concreta de nuestro amor a Dios, pero ¿acaso necesita un ser omnipotente y eterno nuestras expresiones de amor? —pregunté.

—Dios no puede tener necesidades a menos que se las imponga a sí mismo. No creo que respetemos las *mitzvot* para beneficio de Dios, sino para el nuestro. Es el hombre quien necesita el encuadre de una tradición, es nuestro espíritu el que se vuelve más noble cuando lo encauzan leyes y límites razonables. El espíritu busca a Dios, pero sin las *mitzvot* es como quien busca a oscuras; las *mitzvot* nos elevan y nos acercan a Dios. Además son nuestras tradiciones y nuestras leyes las que nos mantienen como parte de una comunidad. Somos un pueblo porque compartimos ciertas prácticas, y porque las hemos mantenido a través de milenios.

Me puse de pie y caminé por la habitación como un león enjaulado.

—Pero si uno no cree en que Dios es el autor de la Torá, ¿cómo puede uno cumplirla con el mismo ahínco? —dije.

Menashe también se paró y sacó de un armario una botella de un líquido claro.

—Una gran invención holandesa —dijo mientras servía dos vasos —, se llama *genever* y dicen que tiene muchas propiedades curativas. Los ingleses, ahorrativos como siempre, la llaman gin. Esta la destilan especialmente para mí y le agregan coriandro y anís.

La bebí de un trago y sentí una ola de calor subirme desde el vientre. Luego, el calor se transformó en una sensación de ligereza que se expandió por todo mi cuerpo. Menashe también apuró su trago y lanzó un sonoro "Ah".

—Pues bien —dijo—, como dirían mis amigos ingleses: supongamos que Dios no escribió la Torá, *so what*?

Lo miré sin entender y sonrió cálidamente, pero sin condescendencia.

—Lo que quiero decir es que para mí la Torá tiene una santidad intrínseca; por un lado, por su contenido, que esconde una sabiduría única, pero por sobre todo porque mi pueblo la ha santificado por más de tres mil años. Aun si mañana una voz de Dios tronara desde el firmamento y dijera: "Señores, la Torá no la escribí yo", seguiría siendo sagrada para mí. Aun si no fuese sagrada, la sangre de los mártires la hizo sagrada.

—Pero rabí, precisamente los mártires murieron por la libertad, ¡y nada restringe la libertad del hombre como las *mitzvot*!

—Déjame contarte un *midrash*. El texto bíblico dice que los mandamientos estaban grabados sobre la piedra. En hebreo, *grabado*

se pronuncia *jarut* pero se escribe igual que la palabra *jerut*, que quiere decir libertad. Nuestros sabios, de bendita memoria, dicen que los mandamientos son los que nos liberan. Nos hacen siervos del único Rey, el Santo Bendito Sea, y nos liberan de la esclavitud del hombre. Pero hay algo más: la libertad auténtica necesita encuadre. Solo en el marco de la ley el hombre puede ser libre, si no es esclavo de sus propias pasiones y de sus instintos animales. La ley libera.

Me miró fijo. Había preocupación en sus ojos vivaces.

—Debo irme, Daniel, pero piensa en todo esto y ven a verme cuando quieras. Y no te preocupes, lo que digas quedará entre nosotros. Prefiero que compartas conmigo todas tus dudas a que se maceren en tu corazón y te pudran por dentro.

Fue a buscar su sombrero y su abrigo.

—Hay algo más, Daniel.

—Sí, rabí.

—Sabes que Mortera y yo no somos grandes amigos, pero debes entender que él también está bajo mucha presión.

—¿Por parte de quién? ¿Del *Ma'amad*?

—No, de los holandeses. En Ámsterdam tenemos más libertad que en ningún otro lugar del mundo, pero aun esa libertad tiene límites. Los regentes temían que la sinagoga se convirtiera en un refugio de ateos y herejes cristianos, por ello, como parte de la tolerancia acordada con los judíos, debimos comprometernos a respetar la ortodoxia. Específicamente, la ley dice que los judíos de Ámsterdam deben adherirse a la ley de Moisés y no pueden poner en duda que existe un Dios creador y omnipotente; que Moisés y los profetas revelaron la verdad bajo la inspiración divina y que hay una vida después de la muerte en la cual los justos recibirán recompensa y los malos, sus castigos. La comunidad debe sancionar o expulsar de su seno a los heterodoxos, so pena de poner en riesgo la tolerancia del Estado.

—¿Y cómo puede la comunidad hacer eso? —pregunté.

—Mediante el *jerem*, la excomunión.

Como un relámpago que ilumina la noche por un segundo, la terrible palabra se mostró en toda su potencia. El *jerem* implicaba una expulsión de la comunidad y un aislamiento forzoso de todos los otros judíos. Por un instante imaginé con espanto el abismo de no pertenecer, no ser parte de nada. Abrió la puerta y mientras ambos atravesábamos el umbral me dijo:

—Mortera debe preocuparse no solo por tu alma sino por el bienestar de toda la comunidad.

Me marché rumbo al Breestraat sintiendo las sienes latir con fuerza. El viento había cesado pero el tenue sol de invierno había sido cubierto por nubes tan oscuras como las carbonillas de Rembrandt. Una lluvia fina y puntiaguda comenzó a caer sobre la ciudad, formando diminutos riachos entre los adoquines de la calle.

Pensé que la charla con aquel hombre sabio y bondadoso me calmaría, pero no lo hizo. Me di cuenta de que durante décadas había albergado dudas sobre la religión. Mis dudas sobre el catolicismo escondían dudas sobre la esencia de toda religión revelada. ¿Qué diferencia había entre creer que el vino y la hostia eran la sangre y la carne de Dios, y observar, por ejemplo, ridículas restricciones alimentarias? ¿Por qué creer en que la inmaculada concepción es menos racional que creer en que Dios abrió el mar Rojo? Con una claridad dolorosa, vi que todos los rituales religiosos eran inventos, frutos de la ignorancia y la superstición. Eran la vana y patética intención de hacer al mundo más comprensible y menos angustiante. Mi judaísmo tal vez había sido la única forma que había encontrado para rebelarme contra un Dios en el que no creía.

Detrás de mi devoción, que sentía sincera, había escepticismo e incertidumbre. Al expresar mis dudas en voz alta, me di cuenta de que las había sentido por décadas, pero que las había estado empujando hacia aquellos lugares del corazón en el que uno esconde aquellos saberes demasiado dolorosos o demasiado peligrosos de admitir.

Empecé a ver a Piñero cada vez más seguido. Una de las veces que nos encontramos me llevó a una reunión en una casa al borde del Heerengracht en la que había hombres, y algunas mujeres, de distintas nacionalidades. Se hacían llamar *libertinos*, no por ser de moral disipada, sino por no reconocer ninguna atadura espiritual o religiosa. La reunión no era ilegal en Ámsterdam, siempre y cuando no hubiera alteraciones del orden ni actividades públicas.

Cuando llegamos, estaban debatiendo sobre un libro aún más herético y explosivo que *El tratado de los tres impostores*. Se trataba de *Prae-Adamitae* que el francés Isaac de La Peyrère acababa de publicar. Había algunas copias que circulaban en el grupo, todas, como era costumbre en estos casos, con tapas sin marcas.

Las cosas que decía La Peyrère eran escandalosas pero su libro no era un panfleto burdo como el *Tratado*, sino una obra científica escrita con elegancia y que seguía razonamientos lógicos y demostraciones metódicas.

La Peyrère parecía poseer una extraña mezcla de racionalismo

extremo y misticismo. Por un lado, sometía a la Biblia al escrutinio científico, pero por otro, creía en la inminencia de la redención de toda la humanidad. Para él, estábamos próximos a la llegada del Mesías que tanto esperan los judíos. Cuando arribe —adelantaba— liberará a los judíos y gobernará el mundo en armonía junto a un monarca cristiano. Para La Peyrère, ese sería el rey de Francia.

Las ideas de La Peyrère me cautivaron. Su análisis frío y científico de la escritura me pareció tan brillante como necesario. ¿Por qué, pensaba, debemos eximir a la Biblia del análisis histórico y científico al que sometemos a otros libros? ¿Por qué debemos aceptar ciegamente que es obra de Dios escrita por Moisés cuando la evidencia lo niega?

Se había desplegado delante de mí una capa más de duda y cinismo. Sabía que el libro que había amado y venerado desde mi niñez, aquel que había leído en la clandestinidad, aquel que me había aportado la tibia luz de su consuelo, jamás volvería a ser el mismo. Jamás volvería a mirar aquellas letras augustas con la reverencia del creyente sino con la gélida lente de la ciencia y las indiferentes anteojeras de la razón.

Fui a ver a Menashe varias veces más. Siempre me recibía con el mismo calor y la misma humildad. Por un lado, se lo veía disfrutar de sus conversaciones conmigo. Como el cardenal, aguzaba su intelecto debatiendo y contrastando ideas. Había algo en mí que parecía embelesarlo; pero por otro lado, su preocupación por mí crecía en cada uno de nuestros encuentros.

Luego de releer la obra de La Peyrère, me di cuenta de que había muchas similitudes entre sus ideas acerca de la historia del pueblo judío y las de Menashe. Ambos creían en la inminencia de la redención y los dos veían el "fin de los días" de forma similar. Decidí encarar el tema entre vasos de *genever* y bocadillos de arenque en salsa de vino blanco y crema. Dicho sea de paso, Menashe veneraba el arenque, aquel pescado vil y hediondo, por sus supuestas virtudes curativas.

—El pobre La Peyrère —dijo secándose los dedos en una servilleta—, hasta yo estoy escribiendo un libro para refutarlo. Lo que dice sobre la autoría de la Torá no es tan original. El gran rabino Ibn Ezrah ya había sugerido la posibilidad de que ciertas partes de la Torá, en especial aquellas que relatan la muerte de Moisés, no podían estar escritas por él. Claro que La Peyrère lleva esta idea al extremo, y es imposible estar de acuerdo con eso.

—Pero rabí, cómo explicáis entonces las contradicciones, las incongruencias y los aparentes errores del texto.

Como si hubiera estado esperando la pregunta, buscó en su biblioteca y me entregó un libro.

—Aquí tienes un libro que he escrito. Se llama *El conciliador* y recoge veinte años de estudios que explican las contradicciones en el texto bíblico.

Empecé a hojearlo, eran explicaciones elegantes y sólidas, pero clásicas. Todas partían de la premisa de la autoría divina y mosaica del texto. Los ojos bruñidos de Menashe vieron la chispa de desilusión en los míos.

—A pesar de haber trabajado tan duramente para resolver las contradicciones bíblicas, la verdad es que amo aquellos aparentes errores e inconsistencias. Gracias a ellos tenemos el *Midrash*, la más rica obra de interpretación que el hombre ha conocido.

Tomó el vaso de *genever* y vi que su mano temblaba ligeramente, los años comenzaban a pesarle. La piel tersa también se fruncía en su cuello y la kipá cubría una cabellera que raleaba.

—¿Qué es más importante? —preguntó—. ¿Indagar quién y cuándo escribió el texto o deleitarse en las enseñanzas de vida que nuestros sabios, de bendita memoria, han creado precisamente porque han creído en la divinidad de la Torá? La belleza del *Midrash*, sus valores y su moral universal; jamás hubiese sido creada sin las contradicciones de la Torá.

—Eso no la hace verdadera —dije con impertinencia algo forzada.

—Ah, la verdad… Tú sabes, los griegos estaban obsesionados con la verdad. Los judíos siempre miraron con desconfianza a los absolutistas de la verdad. Ya que hablamos de ellos, te contaré un *Midrash*: en el cielo, Dios llama a la verdad, a la caridad, a la misericordia y a la paz. Quiere escuchar sus argumentos en favor y en contra del hombre. La verdad aboga contra el hombre "pues este está lleno de mentiras y falsedades". ¿Qué hizo el Santo, bendito sea, en ese momento? Pues arrojó la verdad al suelo y dejó que los otros valores prevalecieran.

Tragó un poco de *genever* y minúsculas gotitas quedaron aferradas a su bigote.

—Los judíos preferimos el *bien* a la verdad, preferimos la paz a la certeza. Desconfiamos de la verdad, porque aquellos que se dicen dueños de la verdad terminan siendo fanáticos y violentos. El único que posee la verdad absoluta es el Señor del Universo. Todos nosotros debemos conformarnos con verdades parciales e imperfectas.

—¿Mortera piensa lo mismo? —pregunté sin poder resistir la tentación del sarcasmo.

Lo vi luchando contra la tentación de lanzarse a *lashon hara*, como llaman los judíos a la calumnia.

—Eso deberás preguntárselo a él —dijo con inusitada sequedad.

Quien se fascinó con La Peyrère fue mi nuevo discípulo (por llamarlo de algún modo), Bento Spinoza. Bento había comenzado a venir a mis clases, tal como le sugerí. Luego de la primera, me invitó, con una timidez entre graciosa y ridícula, a acompañarlo a su negocio. Como me había dicho, tenía que atender el comercio familiar junto con su hermano Gabriel y no podía ausentarse demasiado tiempo. Aquella primera vez nos pasamos horas hablando de religión, filosofía y política y muy pronto desarrollamos el hábito de sentarnos en el mostrador para leer y discutir entre barriles y frutas secas de calidad dudosa. Las interrupciones eran muy pocas, ya que Bento era un comerciante terrible. Como parte de un compromiso moral consigo mismo, se negaba a mentir o incluso exagerar las bondades de su mercancía. El resultado eran ventas magras y deudas crecientes.

Pronto descubrí que Bento era un joven muy especial. Él parecía verme como a un hermano mayor y un confidente. Solo conmigo, me dijo, se sentía confiado para hablar de sus ideas y sus dudas. Yo sentía algo similar. Muchas veces, Dios me perdone, hubiese querido hacer un enroque entre Bento y mi hijo Francisco. Mi hijo mostraba muy poco interés por la medicina o la filosofía. Por algún motivo, la fiebre del comercio le había entrado en las venas y se pasaba el día leyendo *Confusión de confusiones*, el libro de don Penso de la Vega, aquel judío portugués que había sido el primero en explicar los laberinticos negocios bursátiles.

Spinoza era diferente. Amaba las disciplinas contemplativas y tenía una necesidad de entender y sistematizar el universo. No fue sorprendente que pronto se convirtiera en una mezcla de hijo, discípulo y amigo.

—¿Qué quisisteis decir con eso de que la razón y no la revelación es la fuente del conocimiento? —me preguntó.

—No lo tengo del todo claro pero cada vez descreo más de la Escritura como fuente de la verdad. Las contradicciones del texto me parecen irreconciliables y muchas de las *mitzvot* me parecen ser una *lex puerorum*, una ley infantil.

—¿Y entonces creéis que la razón reemplaza la revelación?

—Podemos decirlo así —dije y pensé un momento—, pero tal vez

va más allá de eso. Tal vez lo que realmente quise decir es que nuestra razón es parte de Dios.

Bento me miró con sus ojos suaves pero inescrutables, algo se cocinaba en su cabeza.

—Tal vez no solo el pensamiento, sino todo lo que nos rodea sea parte de Dios.

—¿Qué quieres decir?

—Doctor, vos me habéis enseñado que…

—Basta con eso de doctor, Bento —lo interrumpí—. ¡Llámame Daniel!

—Daniel —dijo titubeante. Es siempre difícil comenzar a tutear a alguien después de tratarlo de voacé—. Tú me has enseñado —se lanzó finalmente— el concepto de religión natural. Me has hablado de las leyes inmutables que rigen la naturaleza. Tal vez no haya diferencia entre naturaleza, entendida como aquellas leyes inmutables, y Dios. Tal vez somos todos, tanto Dios como nosotros, parte de una misma estructura lógica y racional. Tal vez Dios y el universo, así concebido, son una misma cosa. Nuestra razón no es solo un don de Dios, sino que es parte de la esencia misma de Dios.

Lo miré extasiado. Bento seguía pensando, tratando de poner sus pensamientos en orden. Su cabeza se parecía a aquellas máquinas matemáticas que había soñado Blas Pascal.

Pronto descubriría que Bento tenía una capacidad de articular mis ideas en forma elegante y concisa. Yo lanzaba un pensamiento informe y Bento lo transformaba en todo un sistema filosófico. Sentía un enorme privilegio de poder insuflar ideas en aquel espíritu genial.

Había, no obstante, una frialdad inexplicable en sus ojos negros, como una muralla inexpugnable imposible de horadar. Su mente era brillante, pero dudaba sobre si sentía las mismas pasiones, urgencias y temores que los otros mortales.

En nuestras reuniones yo llevaba libros que me procuraba Piñero, y otros de mi exigua biblioteca personal. Cuando le mostré el libro de La Peyrère, lo leyó con gran interés.

—Eso de los preadamitas —le dije—, se me apetece un poco peligroso. Verdadera o no, la idea de que todos descendemos del mismo hombre hace iguales a todos los hombres y nos hermana más allá de las diferencias.

—Claro —respondió—. Además, si, como dijimos antes, todos somos parte de una misma esencia, es irrelevante de quién descendemos, ya que todos tenemos una misma dignidad básica en

cuanto que parte del mismo tapiz que forman Dios y la naturaleza.

Siguió hojeando las páginas con entusiasmo. Su excitación era medida y sobria, como el vapor de una olla que se acostumbró a vivir bajo presión y aceptó que ya nunca explotaría.

—Lo de la autoría de la Biblia es…

—Pone en palabras lo que ambos estuvimos pensando, ¿no es cierto?

—Sí, creo que es el comienzo de una nueva disciplina, una nueva ciencia.

Lo miré y me sonreí, ambos habíamos pensado lo mismo. Completé la frase por él.

—Tal vez en el futuro la Biblia sea analizada científicamente, como cualquier otro texto, para saber su autoría y las condiciones que le dieron origen.

Me quedé pensando, entendiendo las consecuencias potenciales de lo que acababa de decir.

—Tal vez eso destruya las bases de la sociedad tal como la conocemos.

—O tal vez será el comienzo de una gran liberación, una que eximirá al hombre de creencias y supersticiones inútiles que lo limitan en su búsqueda de la auténtica felicidad —dijo Bento.

Seguimos hablando hasta que Gabriel, el hermano, llegó al negocio.

Bento me acompañó unos pasos hasta el canal.

Me tomó el brazo y yo sentí su mano huesuda y flaca aferrándose a mí como quien se agarra de un trozo de madera en medio del mar.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por abrir mi mente, por descubrir para mí un mundo nuevo y por ayudarme a articular mis pensamientos.

—Bento, exageras.

Levantó la cabeza y miró la danza de las nubes cargadas en el cielo ventoso e inquieto.

—Cuando mi padre murió, muchas cosas dejaron de tener sentido —me comentó—. Dije *Kadish* por once meses como manda la ley, y seguí participando de la vida de la comunidad, pero las viejas enseñanzas no me daban satisfacción ni consuelo. Empecé a tener pensamientos extraños y novedosos, pero a partir de nuestras charlas creo que hay mucho más que simples dudas, creo que juntos estamos a punto de hacer importantes descubrimientos acerca de la esencia de Dios, del hombre y de la sociedad.

—Bento, realmente exageras, yo solo te enseño algo de latín y filosofía y te traigo algunos libros…

—Haces mucho más que eso, Daniel.

El ruidoso revolotear de gaviotas apresuradas para disputarse sobras de pescado me dio una excusa para dar vuelta la cabeza y evitar el túnel negro de sus ojos.

—Debo volver, Gabriel me espera —anunció.

—Yo también, tengo pacientes.

—Gracias —murmuró otra vez al marcharse.

Todo el dinero del mundo no podía proteger a Ámsterdam de la plaga. También allí miles de personas morían en las recurrentes visitas de la peste. Los años 1655 y 1656 fueron particularmente virulentos. La mortandad era menor que en las grandes epidemias que había visto en España, pero el sufrimiento de los afectados y sus familias no era distinto. Para aquellos que veían su cuerpo pudrirse entre bubos purulentos y jadeos desesperados, el hecho de saber que solo un diez por ciento de la población moría en lugar del cincuenta, no era consuelo alguno.

Como en Sevilla, la plaga discriminaba. Los barrios obreros y populosos del Jordaan eran el blanco predilecto de la enfermedad. Allí me pasaba largas horas como empleado de la ciudad atendiendo a enfermos sin recursos. Cada noche, escuchaba las familiares y gastadas quejas de Isabel, recriminándome que me pasaba el día entre pobres moribundos en vez de conseguir empleo con los ricos comerciantes judíos o gentiles. Es cierto que tuve algunos ofrecimientos por parte de universidades, tanto en Leyden como en Ámsterdam, pero, como en aquel hospitalillo de Alcalá, no podía aversonar lo que consideraba mi misión. No lo hacía con heroísmo ni coraje, no sentía ni orgullo ni satisfacción. Lo hacía con una inevitabilidad melancólica, como si eso fuese lo único que podía y sabía hacer.

Debo confesar que el trabajo médico no era lo único que me atraía hacia el Jordaan. Los regentes de la ciudad habían prohibido los contactos sexuales entre judíos y gentiles, pero aquellas regulaciones eran parte de aquella costumbre holandesa de “prohibir pero tolerar”. De todos modos, tanto la ley como la pacata moralina calvinista llegaban asordinadas a las callejuelas del Jordaan. En las tabernas y los *músicos* del barrio obrero encontraba un alivio pasajero y triste a las urgencias de la carne.

Claro que no había que ir hasta el Jordaan para atender a enfermos pobres. Como parte de mi trabajo en Bikkur Holim, la sociedad

comunitaria de ayuda a los enfermos, me introduje en un universo cercano pero distinto, escondido justo detrás de las lujosas casas del Jodenbreestraat. Allí, en las callejuelas interiores del Vlooienburg, vivían hacinados los tudescos. Estos judíos *ashkenazim* eran distintos a los portugueses y no compartían su riqueza ni su hidalguía. Paseaban su pobreza por las calles estrechas y sucias, vestidos en lo que para nosotros eran harapos y acarreaban grandes familias de niños macilentos y enfermos. Los hombres eran buhoneros y sastres, las mujeres lavaban, limpiaban o vendían ropa usada. Hablaban fuerte, reían con ganas y protagonizaban épicas disputas familiares en yiddish en el medio de la calle para bochorno de los ricos portugueses.

Los tudescos habían comenzado a llegar a Ámsterdam de a poco, escapando a la pobreza y las persecuciones de Alemania, Polonia y Lituania. Los portugueses se avergonzaban de aquellos judíos pobres como quien se abochorna de un familiar distante al que quiere mantener oculto de los vecinos.

El *Ma'amad* ayudaba a los tudescos recién llegados, pero frente a los holandeses se ocupaba de marcar las diferencias entre los sofisticados portugueses y los bárbaros del Este. El hacinamiento y la suciedad causaban enfermedades y dolencias varias. En una de mis visitas traté a una familia pobre que venía de alguna ignota aldea en las inmensidades de Polonia. De los cinco hijos, tres se morían de peste.

El padre se llamaba Moishe, lo que intuí como una deformación de Moisés. Convivía con la muerte con una resignación triste, como si se tratase de una tía vieja que se instaló en su casa y de la cual jamás se podrá librar.

En una mezcla de alemán, hebreo y español, me dijo que no era la primera vez que perdía hijos. Unos pocos años antes, los cosacos ucranianos, liderados por un tal Bogdan Jmielnitzky, se habían lanzado sobre las estepas de Polonia matando a judíos y polacos de las formas más crueles que podían imaginarse. Empalaban niños y los asaban en fogatas para luego forzar a sus madres a comerlos. Despellejaban hombres y mujeres y arrojaban sus pieles a los perros. Tiraban a los moribundos y heridos sobre los caminos para ser arrollados por los cascos de miles de caballos. Compañías de cosacos se disputaban a las mujeres y aquellas que sobrevivían a las terribles violaciones eran tomadas como cautivas. En algunos casos, los salvajes abrían los vientres de las mujeres e introducían en ellas gatos vivos, luego cosían la piel del abdomen y cortaban las manos de las desgraciadas para que no pudieran arrancarse los flecos. Así, decenas

de miles de judíos fueron masacrados en las más horribles matanzas que viera Europa. Nadie sabe si murieron veinte mil, treinta mil o cien mil, pero la hecatombe había dejado a su paso tendales de mártires y montañas de dolor y sufrimiento que se elevaban hasta un cielo indiferente.

El hijo mayor de Moishe había tenido relativa suerte, había muerto instantáneamente al ser atravesado con una lanza. El resto de la familia logró huir y se sumó a los miles de refugiados judíos y católicos que vagaban desesperados por estepas y bosques. La muerte, tozuda e inapelable, los había perseguido hasta Holanda, disfrazada de bubones, fiebres y toses.

Al escuchar aquella letanía de tragedias sentía ráfagas de amor y compasión por aquel hombre y por aquellos judíos toscos y pobres que alababan desde el abismo la justicia del firmamento. Nada, ni la muerte de sus hijos, podía convencer a Moishe de que ser judío era una maldición. Él seguía agradeciendo a Dios tres veces por día por haberlo santificado con sus preceptos y por haberlo hecho parte del pueblo de la alianza.

Aquel Moishe, aquellos mártires, aquellos niños moribundos eran mi pueblo, mis hermanos. Ellos y todos los lapidados, los incendiados y los expulsados eran parte de una red inextricable e irrompible. Una mutualidad única en la cual lo que le sucedía a uno nos sucedía a todos. Me sentí bendecido por ser parte de aquella nación que le había enseñado al mundo el arte de ser un pueblo.

Al salir de la casa, el cielo era como un guiso espeso y oscuro cuyos hervores se iban apagando de a poco. Me sentí más confundido que nunca. Aunque la Biblia fuese una ficción, aunque el mismo Dios fuese un invento, yo no podía dejar de ser parte de aquel pueblo sufriente que no desesperaba del hombre ni de Dios.

¿Cómo conciliar mis dudas y mis herejías con mi amor por mi pueblo? ¿Era el pueblo de Dios? Tal vez no, pero era el mío.

La casa de Rembrandt Van Rijn era una sólida estructura de tres pisos sobre el Jodenbreestraat, en el corazón del barrio judío de Ámsterdam. Tenía grandes ventanas vidriadas y un frente de ladrillo que terminaba en un frontispicio triangular, como si se tratase de un templo clásico.

Me abrió la puerta una mujer algo rolliza de belleza melancólica y cabellos de bronce que penaban por mantenerse cautivos de una cofia blanca. Llevaba en los brazos a una bebita regordeta de adorables mejillas coloradas. Era Hendrickje, la doméstica que Rembrandt había

tomado como esposa sin mediar ceremonia alguna para escándalo de los pastores luteranos.

Hendrickje me llevó sin decir palabra hacia la habitación del pintor, que se hallaba tendido con sus cabellos de trigo gris cubriéndole parte de la cara.

—Gracias por venir, doctor —dijo.

—No me perdería por nada aquella visita que prometisteis —aseguré—. ¿Qué os aqueja, maestro?

El pintor me habló de una letanía de dolencias, pero luego de un rápido examen clínico llegué a un diagnóstico. Rembrandt no tenía nada serio. Sufría de ansiedad, agotamiento y falta de ejercicio. Corroboré algo que había observado en nuestro primer encuentro: el pintor tenía un ojo ligeramente desviado y esa condición en un hombre que trabajaba largas horas con su vista podía producir cefaleas y migrañas. Tenía también una rosácea agravada, intuí yo, por estados de tensión nerviosa.

Hendrickje nos trajo agua caliente y le preparé una infusión de hierbas. Una vez que Hendrickje se marchó, hablamos sobre su salud mientras bebía la tisana. Lo preocupaba mucho su situación financiera y sufría gran ansiedad por el futuro.

—¿Qué será de Titus, Hendrickje y Cornelia si caigo en bancarrota? —se lamentaba.

Luego de unos minutos de charlas se sentía mejor y más animado. Maimónides tenía razón: para muchos enfermos, hablar con el doctor sobre sus dolencias, en especial sobre sus preocupaciones y problemas, tiene efectos terapéuticos. Se levantó de la cama con algo de dificultad a pesar de mis protestas. Se acomodó un poco los cabellos y me tomó del brazo.

—Os he prometido un paseo por mi estudio, doctor.

Rembrandt trabajaba en un espacioso estudio en la tercera planta de su casa. La luz penetraba por las ventanas con una potencia límpida y resaltaba los finos relieves de los óleos a medio secar sobre los lienzos.

Había pigmentos de todo tipo desparramados por el estudio. Allí me explicó que ser pintor era, en cierta forma, ser un alquimista.

—El pintor debe comprender la esencia de los materiales y extraer de ellos colores y matices —dijo.

Tomó un frasco de pintura carmesí y lo miró a contraluz. Parecía tener la textura del terciopelo.

—Ya veis, doctor, en las profundidades del cobre y en la sequedad de la arcilla se esconde la suavidad de la seda.

Había un par de alumnos que habían venido a buscar utensilios. Por lo general, los discípulos del pintor no salían del altillo en el cual trabajaban incómodos pero felices de estar cerca del gran maestro.

En el estudio de Rembrandt había pinturas de escenas bíblicas y un cuadro que retrataba a una mujer de apariencia ibérica. La belleza de la mujer desbordaba del lienzo e invadía la habitación. Era imposible no mirarla.

—Me sorprendió la belleza de esta muchacha y traté de capturarla. Lo vendí a un rico comerciante de Amberes pero luego lo volví a comprar. Ya veis por qué estaré en bancarrota… No puedo separarme de algunas de mis obras.

Otra pintura incompleta retrataba a un hombre de apariencia noble y señorial al pie de una escalera. Había dignidad e inteligencia en aquella mirada distante y algo irreal. Lo reconocí de inmediato.

—Es el *senhor* Ephraim Bueno —dijo—, un paisano vuestro.

Efectivamente, se trataba de uno de los más acaudalados comerciantes de la comunidad, uno de los primeros judíos en mudarse fuera del Vlooienburg para vivir en una mansión del Herengracht.

—Pintáis muchos judíos —observé.

—He recibido muchas críticas por usar a un muchacho judío como modelo de Jesús —me contó sonriendo.

—Imagino, pero debía ser el más cercano al Jesús real.

—Así es —afirmó, distrayéndose en un detalle del retrato de Bueno. Luego, modificó un trazo con una carbonilla y se volvió hacia mí.

—Vosotros cargáis con expresiones únicas, doctor. Tal vez sea fruto de vuestra historia trágica, o de los avatares del exilio, pero hay algo en vuestros rostros…

Me miré instintivamente en un espejo manchado que estaba colgado en la habitación.

—No lo veréis así, doctor —dijo sonriendo—. Creo que sois depositarios de un saber original que guardáis desde el tiempo de Moisés y los profetas. Lo llamo *veritas hebraica* —se volvió a mirar un bosquejo de “la escalera de Jacob”—. Muchos de vosotros lleváis la profecía en los ojos. En especial los tudescos.

Me sonreí pensando que en España los judíos desprendíamos un *faetor judaeorum* y en Holanda custodiábamos la *veritas hebraica*.

—Doctor, vos debéis saber, como médico, que todos los hombres compartimos nuestra humanidad y nuestra unicidad. Mis pinturas tratan de rescatar aquello que es irreductiblemente humano en cada uno, tratan de mostrar que aquello que nos separa es aquello que nos

une. Nuestra diferencia, nuestra unicidad nos hermana.

Miró el cuadro del profeta Daniel anunciando el final de los días.

—Como mi amigo Menashe, yo creo que el tiempo mesiánico de los judíos y el milenio de los cristianos es la misma cosa: la esperanza de un tiempo de armonía en la cual la divina dignidad del hombre será reconocida por encima de todas las cosas.

Miré las obras a medio terminar y me paseé por entre los atriles y las paletas de pintura seca.

—Maestro —pregunté—, ¿por qué no sois miembro de ninguna Iglesia? —temí haber hecho la pregunta en un tono reprobatorio y me excusé—. Os lo pregunto porque… pues porque yo también tengo algunas dudas…

—En muchos casos las religiones alejan al hombre de Dios. Las restricciones, las leyes inútiles… todo es para darles poder a los prelados y a los pastores, para mantener al hombre en la ignorancia y sojuzgarlo —me respondió sin emoción alguna y con un ligero fastidio, como quien lee una lista de tareas domésticas por tercera vez.

—¿Pensáis lo mismo de la religión judía, maestro?

—En esencia sí, pero vosotros tenéis una gran diferencia. Vuestros rabinos no tienen acceso preferencial a Dios. Vuestras leyes, aun cuando son pintorescas para mis cuadros, son ridículas. Pero sois distintos en el sentido de que vuestra fe os obliga a dialogar con Dios casi de igual a igual. Y vuestra *Kabbalah*… pues bien, esconde el secreto de la redención y os permite acceder al conocimiento más profundo de Dios.

Rembrandt vio mi confusión y decidió cambiar de tema.

—Venid a la habitación de al lado, es mi *kunstcaemer*, el lugar donde guardo mis objetos más preciosos.

En el lugar había objetos venidos de los cuatro rincones del mundo. Estatuillas de India, pinturas de China, muebles de Moscovia y joyas de los indios de América. Miré aquellos objetos con fascinación.

—Viajo por el mundo sin salir de mi casa —dijo, y jugueteó cuidadosamente con un collar de piedras y conchas marinas que adiviné del Caribe.

—¿Veis, doctor? Los hombres que hicieron esto son todos iguales… y todos diferentes.

—Tenéis una hermosa colección.

—Sí, pero pronto deberé venderla para pagar mis deudas.

Se quedó pensativo un instante.

—Imagino que esa es la naturaleza efímera de todo lo humano.

Fijó su mirada chueca en uno de sus cuadros. Uno en el cual Jesús

se veía cercano, empático y doliente. Era bellísimo, pues en la humanidad de aquel Cristo radicaba su divinidad.

Solo unos meses habían pasado desde mi arribo a Holanda. Mientras que en el mundo entero llamaban a Ámsterdam “la Jerusalén del Norte”, para mí se había convertido en Nínive, la ciudad bíblica del pecado y la herejía. Para peor, un día de finales de 1655 perdí al profeta que hubiese podido hacerme volver al recto camino.

Caminando por el Houtgracht, me sorprendió ver en la casa de Menashe esportilleros y criados. Su hijo dirigía una pequeña tropa de ayudantes que empacaban con cuidado ropas, libros y enseres de todo tipo.

—Rabí, ¿os marcháis en busca de las tribus perdidas?

Traté de bromear, esperando no escuchar lo inevitable. Menashe compartía con mi tío Manuel la obsesión por las diez tribus perdidas, y había escrito un famoso libro al respecto llamado *La esperanza de Israel*. Yo nunca perdía oportunidad de picarlo sobre eso.

—No, amigo mío. Las tribus perdidas deberán arreglárselas sin el viejo Menashe, me voy a Londres.

—¿A Londres? ¿No estaremos acaso en guerra con los ingleses…?

—La política de esta parte del mundo es una danza permanente de guerra y paz, de alianzas y contra-alianzas. Antes los ingleses eran aliados de Holanda, ahora son rivales. Difícil saber qué deparará el destino. Y eso sin contar a los franceses que nunca se quedarán quietos.

Revisó un libro y lo metió en uno de los baúles que poblaban su salón.

—Voy a Londres para negociar con el Lord Protector Oliver Cromwell la readmisión de los judíos en Inglaterra. Él mismo me ha invitado. Es importante que vaya.

—Pero, rabí…—interrumpí sin saber bien qué decir.

—Es importante, Daniel. Nuestros hermanos son aceptados en muy pocos países y muchos de ellos necesitan una tierra de refugio. Además… —se detuvo a sopesar sus palabras, como si estuviese por compartir un secreto que no debía ser revelado—, Inglaterra viene de Angle-Terrae, el extremo de la tierra. Y dicen las Escrituras que el Mesías solo vendrá luego de que los judíos se hallen dispersos en todos los extremos de la tierra. No vendrá la redención si nuestro exilio no llega hasta el fin del mundo…

—Rabí, ¿nunca habéis pensado que tal vez todo este rollo del Mesías es un invento para hacernos mantener la esperanza y así

soportar mejor las humillaciones?

Cerró la puerta de su estudio y se dejó caer en su sillón de cuero.

—Ven, siéntate, Daniel —señaló otro sillón ya cubierto con una sábana y preparado para una larga ausencia—. Esto de la mudanza es muy agotador —buscó en vano en una caja que había a sus pies. Supuse que buscaba una botella de *genever* y resopló cuando no la encontró. Me miró fijo con sus ojos dulces y desbordantes de sueños.

—No, Daniel, creo que la idea del tiempo mesiánico es la idea más poderosa que los judíos le hemos dado al mundo. La idea de un tiempo sin guerras, sin discordias, en el cual todos los hombres puedan vivir en paz y realizar todo el potencial que Dios les ha dado. Es la culminación de la historia, la conclusión necesaria de la maravillosa aventura del hombre.

Por una vez sus ojos vagabundos no se movieron de los míos.

—Daniel, sin esperanza de redención la historia del hombre es fútil. ¿Sabes cuál fue la contribución más importante de los judíos a la humanidad? Me dirás el monoteísmo… pues te equivocas. Lo que le hemos dado al mundo es la idea del futuro. En el mundo pagano, incluso para aquellos griegos que tú admiras, el tiempo es cíclico. El tiempo es eterno, no hay plan de Dios y por ende no hay futuro. Los antiguos hebreos inventaron una visión del mundo en la que el tiempo marca una evolución, una dirección hacia un futuro mejor. El tiempo es la arena de la experiencia humana, que nos lleva de la creación a la redención, a la que llegamos ayudados de la revelación. Sin Mesías no hay futuro, Daniel, sin la idea de un futuro mejor, más justo, más humano, no hay judaísmo.

Se detuvo y se miró las manos, había entrelazado y crispado los dedos sin darse cuenta.

—Daniel, el judaísmo propuso una sociedad única entre el hombre y Dios. Desarrolló el concepto del libre albedrío y de un hombre dotado de una dignidad igual a la dignidad de Dios. Libertad y futuro, Daniel. Si debo resumir el judaísmo en una ecuación matemática es esta: libertad más futuro es igual a esperanza. Dejar de tener esperanza es dejar de vivir.

Los ojos de Menashe volvieron a fijarse en los míos. Las palabras flotaban en la habitación, revoloteaban alrededor de su barbilla cuidada y danzaban en torno a su torso pequeño y a sus hombros de pendiente suave.

Me sentí culpable por mis dudas, por mis pensamientos heréticos, por traicionar a ese hombre venerable y bueno que me regalaba su paciencia y su saber.

—Rabí —mi voz sonó entrecortada y áspera—, mis dudas, mis pensamientos… yo no los he elegido. Yo no he elegido vivir así. ¡Soy una víctima, rabí! Si la Inquisición no me hubiese perseguido, si no me hubiesen forzado a vivir en la clandestinidad, pues no habría desarrollado esta maldita manía de dudar de todo. ¡Ellos me hicieron esto, ellos me convirtieron en un hereje eterno!

Menashe sacudió la cabeza como un padre desilusionado de su hijo.

—Nada es peor, Daniel, que verse como una víctima —se paró y empezó a caminar por la habitación—. Tú has visto a los tudescos con sus historias de horrores y persecuciones, has visto a los quemados por la Inquisición. Nuestros sufrimientos no son algo nuevo. Nuestro pueblo ha sido perseguido siempre. Y sin embargo, jamás hemos dejado que las persecuciones definieran quiénes somos. Tú conoces nuestras oraciones: nos consideramos el pueblo amado de Dios, agradecemos por el privilegio de ser judíos y rezamos por la paz de todos los hombres. Jamás —dijo levantando la voz—, jamás nos hemos visto como pobres diablos a merced de lo indefectible — se detuvo y me tomó el brazo—. Y lo que es más importante, jamás dejamos de asumir responsabilidad por nuestros actos —me soltó y se volvió a sentar—. La vida de la víctima es fácil, Daniel. La víctima no es responsable de nada, las cosas le pasan. Es fatalista, pero también es moralmente impune. No, Daniel, no eres una víctima. *Eliges* verte como una víctima y no esperes que yo avale tu cobardía moral.

—Rabí —hablé con la voz hecha escombros—, ¿qué haré sin vos? ¿A quién recurriré con mis dudas? ¿Quién me sacudirá y me hará ver la luz?

Se acercó y me abrazó con una fuerza que no imaginé posible en su cuerpo menudo.

—Daniel, no me necesitas. Todos los argumentos que puedo darte ya los conoces. Tienes que escuchar la voz de tu pueblo, aquella que Dios ha implantado en ti.

Se separó pero siguió sujetando mis brazos.

—Eres un hombre especial, Daniel. Puedes darle a nuestro pueblo y al mundo riquezas espirituales insospechadas. No malgastes los dones que Dios te ha dado.

Luché para contener las lágrimas.

—¡Déjame bendecirte, Daniel!

Puso sus manos temblorosas en mi cabeza y repitió una bendición vieja de por lo menos tres mil años.

—Que Dios te bendiga y te guarde; que Dios ilumine tu rostro y te

agracie; que Dios se vuelva hacia ti y te dé su paz.

Así perdí a otro padre y descubrí que no hay límite de edad para sentirse huérfano.

Salí al Houtgracht sintiéndome como un niño aversonado y perplejo. Vagué por las calles del puerto, envidiando a los barcos. Con sus cuerdas y sogas ellos permanecen atados a la tierra firme y no se pierden, como yo, en el infinito. Vi un grupo de milicianos marchando hacia su cuartel del Damrak. Yo también, pensé, era un soldado. Un soldado infatigable en la guerra contra mí mismo.

Si Bento iba a ser mi discípulo, debía iniciarlo no solo en los abstractos recovecos de la filosofía natural, sino también en lides más, como decirlo, terrenas.

Voy a decir en mi defensa que no me movía solo una perversa ambición carnal. Es cierto que imaginar a mi joven amigo descubriendo los placeres de la carne me causaba un cierto cosquilleo en la ingle, pero mi interés fundamental era espiritual. En mi mente, la libertad intelectual no puede comprenderse del todo sin experimentar la libertad de la carne. Los cabalistas tenían razón en algo: negarse a los placeres venéreos es privarse de una fuente privilegiada para entender el universo.

Un par de veces traté de encarar con él el tema de las mujeres, pero siempre recibía respuestas esquivas y evasivas. Intuí que era virgen y que le daba vergüenza admitirlo. Decidí tenderle una emboscada. Le di cita en un piso a la vera del Singel y le dije que allí nos encontraríamos con algunos amigos con los cuales discutiríamos acerca de Descartes. Claro que al llegar, Bento no se encontró con ningún amigo ni ningún Descartes, sino con Anna, la puta más bella que pude pagar con mis magros estipendios comunitarios.

Lo esperé en una taberna bebiendo una cerveza tibia y amarga. Pero para mi sorpresa, fue Anna la que bajó primero.

—Tu amigo no me ha tocado —anunció con sorna—. Me dijo no sé qué sandeces sobre la virtud y la pasión. Claro que debes pagarme igual, sino te las verás con Marteen.

Señaló a través de la ventana a un gigantón rubio con la cara llena de granos que la esperaba en la calle. El movimiento de sus brazos hizo tambalear sus tetas enormes. Me tomó unos segundos recuperarme de la sorpresa. Mientras contaba el dinero le dije:

—¿Crees que mi amigo es… cómo decirlo…?

—¿Invertido? Oh no —dijo riendo—, nosotras sabemos cuándo estamos frente a un marica. Este es machito. Solo es extraño, como

todos los judíos —me guiñó el ojo—. Salvo tú, doctorcito. Mi judío preferido.

Subí al piso y encontré a Bento mirando por la ventana hacia el Singel. La falta de emoción en su rostro me asustó. Me habló sin dejar de mirar el canal, como hipnotizado por las barcas y el trajín de los estibadores.

—No debiste hacer eso, Daniel.

—Vamos, Bento, no puedes vivir solo de libros y filosofía. ¡Mírate, por Dios! Estás siempre controlando tus pasiones. Siempre tratando de aparecer calmo y sereno. Debes liberar tus instintos un poco. ¡No es bueno reprimirte tanto!

No me respondió y el silencio se me hizo insoportable.

—Bento, te lo digo como médico. Todos los órganos del cuerpo deben usarse, no solo el cerebro. ¡Lo que no se usa se atrofia!

—Pagar por sexo es una bajeza, Daniel. Tanto para quien paga como para quien recibe.

Sentí una avalancha de furia subirme desde el vientre.

—¿Ahora te arrogas el derecho de juzgar a otros, como los curas y los rabinos a los que tanto criticamos? ¿Quién te crees que eres, mocoso?

Había gritado y había lanzado una lluviecita de saliva entre las palabras hirientes.

—No, Daniel —dijo sin inmutarse—, jamás te juzgaré. Eres para mí como un padre y un hermano. Lo siento si te he ofendido. Tú puedes vivir tu vida como quieras, pero no me hagas vulnerar mis principios. No me culpes por no ser igual que tú.

Me avergonzó mi impulsividad y bajé la vista.

—Solo quería hacerte un favor, Bento. No quise…

—Lo sé, Daniel, y te agradezco la intención.

Había un jergón en el piso y ambos nos sentamos en silencio. En aquel momento extrañé a Baltasar. Ni Piñero, con su irreverencia gratuita, ni el taciturno Bento podían ser el amigo que Baltasar había sido. Sin embargo, me aferraba a aquel joven como quien se aferra a una soga entre arenas movedizas. Fue Bento quien rompió la frágil tregua.

—Tú me has enseñado todo acerca de la religión natural. Me has dicho que la integridad y la honradez no necesitan de leyes y supersticiones ridículas como las que nos imponen los rabinos. Incluso más, ambos creemos que son aquellas supersticiones las que nos alejan de la verdad y la virtud. Hay una felicidad auténtica que es fruto de alcanzar la libertad y la verdad. Pero no solo la religión nos aleja de

aquella felicidad, sino también nuestras pasiones. No podemos tener felicidad real sin renunciar a nuestras pasiones, en especial el amor. Mucha ansiedad e infelicidad se genera en satisfacer pasiones de forma efímera e inútil. No, no estoy en favor de prescribir el ascetismo, sino del control de las pasiones como camino a la virtud. Y nosotros debemos vivir con virtud, tanto para acercarnos a la felicidad como para servir de ejemplo a otros.

Las oleadas de rabia se habían hecho cada vez más chicas hasta que desaparecieron bajo una manta de afecto y admiración por aquel muchacho extraño y único que se decía mi alumno.

Pero algo de lo que había dicho había azuzado mi inquietud. ¿Qué quería decir con aquello de "servir de ejemplo a otros"? Nuestras conversaciones y nuestras dudas deberían ser privadas o ambos terminaríamos con un *jerem*. La gente ya empezaba a chismosear acerca de cómo Prado y Spinoza frecuentaban círculos poco recomendables.

—No pienso publicitar mis ideas —trató de tranquilizarme—, pero si alguien me pregunta no mentiré.

—Bento, ¿conoces la historia de Uriel D'Acosta?

—No hay nadie en la nación que no la conozca.

Uriel D'Acosta había sido un marrano como yo, que descubrió el judaísmo en Portugal a través de libros prohibidos y lecturas de la Biblia. Logró escapar a Ámsterdam y volvió abiertamente al judaísmo. No obstante, se desilusionó en gran manera cuando vio que el judaísmo no era lo que había imaginado en la clandestinidad. Comenzó a descreer de las tradiciones farisaicas y de la inmortalidad del alma. Proclamó públicamente aquellas ideas heréticas y luego de muchas advertencias fue excomulgado. No pudiendo resistir la soledad y el aislamiento, abjuró y fue reconciliado luego de una ceremonia de humillación pública presidida por nuestro viejo amigo el rabí Mortera. No pudiendo resistir la deshonra y la vergüenza, volvió a su casa, escribió su autobiografía, y luego, tranquilamente, tomó un trabuco y se voló la tapa de los sesos.

—No quisiera que termines como él, Bento.

—No lo haré, Daniel, te lo prometo.

Jamás hubiese pensado que podía ser yo y no Bento quien terminara como D'Acosta.

Bajé la vista y observé mis manos, apoyadas sobre mis rodillas. Reparé en el viejo anillo de *Caute* que me había acompañado desde Lopera. Con algo de esfuerzo lo retiré de mi dedo y se lo di a Spinoza.

—Ponte este anillo, por favor, y no te lo quites nunca. Míralo cada

vez que dudes.

Aquel pequeño gesto lo emocionó más que todos mis accesos de furia. Por primera vez su mirada me acarició en vez de perforarme.

—Gracias, Daniel —dijo—. Así lo haré.

No fui muy cauteloso cuando le presenté a Bento a Franciscus van den Enden. Piñero se había marchado en busca de aventuras hacia la colonia de Nueva Ámsterdam, pero antes de irse me invitó a una reunión de librepensadores en la que conocí a este curioso personaje. Había ejercido varios oficios, y su última empresa había sido un comercio de arte que fracasó estrepitosamente. Ahora, usando sus enormes conocimientos en latín, griego y filosofía clásica, había abierto una escuela privada en el Singel y me propuso sumarme a sus clases.

A pesar de ser, por lejos, el más viejo de la clase, las cátedras me estimulaban. No aprendía de los clásicos más de lo que ya sabía, pero las charlas con Van den Enden se descarrilaban de los textos antiguos y terminaban en calurosas discusiones sobre las nuevas ideas filosóficas, desde los racionalistas hasta los deístas.

Los alumnos, a pesar de su juventud, eran interesantes, en especial un muchacho llamado Theodor Kerckring, hijo de un rico comerciante de la compañía de Indias que soñaba con ser anatomista y se fascinaba con un nuevo invento al que llamaban *micro-skopos*. Muchos médicos se entusiasmaban con el artificio, pues pensaban que permitiría comprobar una idea revolucionaria: que las enfermedades eran causadas por diminutos gusanillos, imperceptibles al ojo humano.

Si bien Bento venía a mis clases de latín, era poca la libertad que teníamos en las clases de la sinagoga. Ya algunos alumnos se habían quejado del cariz heterodoxo de mis lecciones y de ciertas ideas "erróneas" que yo esparcía durante las clases. Mortera nos había reprendido a mí y a Bento y algunos de los *parnasim* comenzaban a mirarnos torcido.

Las clases de Van den Enden nos darían un espacio donde hablar y discutir sin temor. Por sobre todo, la pequeña academia nos serviría para probar cómo una audiencia inteligente y desprejuiciada recibía las teorías que estábamos creando o, mejor dicho, que yo inspiraba y Bento organizaba.

Bento lo negará hasta la muerte, pero al llegar a la escuela, sus primeras miradas no fueron hacia los libros sino hacia Clara, la joven

hija de Van den Enden que lo ayudaba en sus lecciones de griego. Clara era tan solo una chiquilla que rengueaba ligeramente, pero sus rubios bucles y su encanto inteligente cautivaron a mi amigo. Bento iba a tener muchas oportunidades de controlar sus pasiones, en especial luego de que Clara se convirtiera en la prometida de Kerckring.

Romances aparte, nuestras ideas se refinaban y se aguzaban frente al oído atento de Van den Enden, que no pudo sino quedarse boquiabierto al escuchar a Bento explicar cómo concebíamos a Dios y a la naturaleza.

—Los sacerdotes explican la existencia de Dios de dos maneras clásicas: una es la necesidad de un creador del mundo, la otra es la necesidad de un referente moral supremo que pueda establecer la diferencia entre el bien y el mal. Pero se equivocan —decía Bento con ojos entornados, casi totalmente cubiertos por sus párpados violáceos —. La naturaleza, es decir, las leyes de la naturaleza, no necesitan de ningún factor externo para explicar su existencia y su comportamiento. Este mundo, tal como es, existe como una necesidad inherente en la misma esencia de las leyes que lo rigen. Por lo tanto, no necesita de ningún creador externo. El universo es *causa sui*, el creador de sí mismo. Siguiendo esta lógica —continuó—, no es necesario un creador trascendente. Su explicación es inmanente, es decir, se encuentra dentro de sí mismo. Concebir el universo en términos de su autoexplicación y autocausación inmanente conlleva una concepción diferente de Dios. Si Dios es inmanente en la naturaleza y no trascendente, los términos *Dios* y *naturaleza* se vuelven intercambiables. *Deus sive natura* —dijo mostrando que había aprendido bien mis lecciones de latín y siguió—: Ni siquiera hace falta pensar en el "motor inmóvil" de Aristóteles, un Dios que puso en marcha el mundo y luego se retiró, pues eso implicaría trascendencia. "Dios o natura" son una serie de leyes inmutables y necesarias, que por su misma esencia se causaron a sí mismas y que rigen el universo sin intervención de ninguna entidad externa.

Van den Enden tardó unos minutos en absorber la enormidad de lo que había escuchado. Finalmente preguntó:

—¿Y el segundo problema, el del bien y el mal?

Esta vez contesté yo.

—Pues tampoco hace falta un Dios trascendente para definir el bien y el mal. Así como la explicación del universo es inmanente en su misma esencia, la diferencia entre el bien y el mal es inmanente en la naturaleza humana, pues todos somos parte de la misma esencia. Es

decir, de la misma red de leyes lógicas que rigen el mundo.

Van den Enden trataba de poner sus ideas en orden. Le costaba. Mucho.

—¿No estáis dando un rodeo para negar la existencia misma de Dios? ¿Decir que Dios es la naturaleza no es acaso lo mismo que decir que Dios no existe?

—Justamente lo contrario —dijo Bento—. Dios es todo. Todo lo que es, existe en Dios. Nada puede ser concebido sin Dios o fuera de Él. Lo que rechazamos es aquel Dios antropomórfico de las Escrituras, el que tiene necesidades humanas y pasiones humanas, aquel que hace milagros y opera desde fuera del mundo, pues esa visión de Dios no puede ser consustanciada por mecanismos lógicos y racionales.

Van den Enden lo miraba estupefacto, pero sin poder ocultar chispazos de fascinación. Bento estaba entusiasmado, como si al expresar sus ideas se fuera dando cuenta de todo su poder.

—*Deus sive natura*, Dios o la naturaleza, es aquel vasto e infinito esquema lógico que rige el universo. Nuestra razón puede acceder a comprender a Dios y al mundo pues está hecha de la misma esencia que *Deus sive natura*, es decir, lógica.

—Parece confuso —intervine—, pues cuando Bento habla de Dios como equivalente a la naturaleza no significa que Dios es equivalente a árboles, rocas o insectos, sino que Dios es aquella estructura lógica que rige la naturaleza. Por eso los términos *Dios* y *naturaleza* son intercambiables.

Al terminar de decir esto, me quedé unos instantes preso de un silencio torpe. Estaba sorprendido de cuán lejos habíamos ido.

Van den Enden se incorporó con un ademán que indicaba que ya no tenía más capacidad para absorber ideas tan escandalosas y complejas. Su mente era como una vasija que empezaba a desbordar. Trató de hablar en tono neutro.

—Esto ha sido muy… como llamarlo… esclarecedor. Imagino que no habéis hablado de esto con los rabinos ni con los *predikanten* calvinistas…

—No, maestro —dijo Bento mientras le mostraba *Caute*. Luego me guiñó el ojo.

Van den Enden tenía razón, las consecuencias lógicas de nuestros argumentos acerca de Dios, del hombre y del universo eran tan ineluctables como aterradoras.

Si toda la naturaleza equivale a Dios y nada está fuera de Dios entonces no puede haber un alma independiente del cuerpo. Peor aún,

no puede haber un alma inmortal y, por consecuencia, no hay *olam haba*, ni paraíso ni infierno. La primera vez que le dije estas cosas a Bento me miró con atención, pensó por unos instantes y simplemente dijo: “naturalmente”. En su cabeza, mis ideas iban acomodándose en un elegante teorema matemático cuyos contornos aparecían cada vez más claros. Cuanto más ahondábamos en nuestras ideas, más nos alejábamos de las aceptadas por los rabinos y, de hecho, por cualquier religión. Peor aún, nuestras creencias eran exactamente aquellas que los regentes de Ámsterdam habían prohibido tolerar a los judíos en el seno de su comunidad.

Un católico de nacimiento llamado Daniel Ribera se había sumado a nuestro grupillo de heterodoxos. Casi podría decir que había reemplazado a Piñero, pues tenía la misma actitud displicente y desdeñosa que mi viejo amigo. Luego de un sinuoso periplo espiritual, Ribera se había convencido de que la función del cristianismo era simplemente acercar a los gentiles a la ley de Dios, tal como estaba descripta en la Torá. Practicó el judaísmo en secreto en España y escapó a Ámsterdam. Allí se hizo circuncidar y por un tiempo respetó minuciosamente la *Halaja*. Ahora, no obstante, luego de haber estudiado con Mortera, había caído en una profunda desilusión respecto del judaísmo. Para él, los rabinos pervertían la palabra de la Torá y alejaban a los judíos de la verdad.

Ambos teníamos eso en común: habíamos imaginado nuestra propia versión del judaísmo y ahora descubríamos, con algo de horror y mucho de tristeza, que tal vez el judaísmo no era lo que habíamos soñado. Ribera daba clases de latín conmigo en la escuela de la sinagoga y no tardamos en compartir nuestras ideas.

—¿Sabes cómo me siento? —le confesé un día—. Como un prisionero que durante años, día tras día, cava un túnel en su celda para poder escapar. Pero cuando finalmente escapa, se da cuenta de que el túnel desemboca en otra celda.

Ciertamente mi situación era paradójica, por no decir trágica: había pasado décadas siendo judío secreto entre los católicos para convertirme en un deísta secreto entre los judíos. Era otra vez el líder de una bandilla de herejes que empujaba a otros al pecado y el error. Todo aquello por lo que había peleado, todo aquello por lo que me había jugado la vida había dejado de tener sentido y estaba otra vez en la clandestinidad. Una clandestinidad que no conllevaba el riesgo del auto de fe, pero que sometía mi alma a tironeos tan dolorosos como los del potro inquisitorial.

En algo mi situación era diferente a la de España: mis actos y mis

opiniones eran mucho menos secretas de lo que yo creía.

Mortera me lanzó una mirada caníbal. Sus ojos escupían fuegos amarillos por entre los mechones de pelo gris. Había estado observando a través de la ventana cómo un puente levadizo dejaba pasar barcas a través del Ámstel. Estaba tan cerca de la ventana que podía ver cómo su aliento dibujaba formas nubosas en el cristal. Cuando habló, lo hizo con voz ronca y cargada de hiel:

—Todo en Holanda ha sido hecho por el hombre —dijo—. Esos canales, esta opulencia… nada de esto existía. Ámsterdam era un pantano hediondo hasta que los holandeses lo transformaron. ¿Sabes lo que dijo Felipe de España cuando le propusieron canalizar el Tajo y el Manzanares? “Si Dios hubiese querido que fueran navegables, un solo *fiat* hubiese sido suficiente. Sería, por lo tanto, atentar contra los designios de la Providencia hacerlos navegables”. Ya ves, algunos creen que son dueños de su destino. Otros van por la vida sin hacerse responsables de su suerte.

Se alejó de la ventana y se paró frente a mí. La kipá negra ladeada sobre su cabeza y las piernas ligeramente abiertas como las de un soldado que se prepara para el combate.

—Te he llamado para que asumas tus responsabilidades, te estoy dando una oportunidad de confesar y enmendarte.

Las palabras de Mortera me sonaron como salidas de la boca de un juez del Santo Oficio. Solo que esta vez no podía decir que no sabía de qué se me acusaba.

—No creo que haya hecho nada malo, rabí. No he violado ni uno de los mandamientos.

Mortera enrojeció y pegó un puñetazo formidable contra la mesa de patas de león.

—¡Insolente y mentiroso! —gritó—. Todo Ámsterdam sabe las cosas que andas diciendo, que la Torá no es obra de Moisés; que las almas mueren con el cuerpo; que no hay *olam haba*… Eres un maldito ateo. ¿Crees que no sé lo que les dices a tus alumnos? ¿Crees que no lo saben los burgomaestres de la ciudad? ¿Sabes que esto — sacudió un papel con el sello de la ciudad y de la casa de Orange; no esperó mi respuesta— es una carta de Adrian de Burgh, recordándome que los judíos tenemos prohibido tolerar a herejes y ateos en nuestro seno.

—Yo no soy ni hereje ni ateo —dije levantando la voz.

—Ah, ¿no? No solo eres un *apikores*, sino que además has contaminado a una de las almas más puras y más brillantes de la nación con tu veneno.

No hacía falta que me dijera a quién se refería.

—Baruj era un alumno ejemplar, debía ser rabino, un *jajam* tan grande como Maimónides y Rabí Akiva. Le has robado su destino, lo has convertido en un sacrílego y un blasfemo —tomó el libro de actas de la comunidad y lo blandió en mi cara—. Desde que se encontró contigo, Baruj no ha pagado ni las fintas ni las promesas, ha dejado de venir a la sinagoga y en lugar de servir a Dios como era su destino se la pasa desparramando herejías por toda la ciudad. Vive con los *nojrim* que tú le has presentado y solo Dios sabe qué otras ideas horrorosas tiene en la cabeza.

Hesité por un momento. Mortera percibió una grieta en mi determinación, y como si fuera un general que descubre una brecha en las defensas enemigas, se lanzó al ataque.

—Tu herejía pone en peligro tu alma eterna, pero además tus ideas le están arruinando la vida a Baruj y, por sobre todo, tu egoísmo y tu descuido ponen en riesgo a toda la nación.

Me quedé en silencio mientras sus palabras rebotaban en las paredes. Hizo una pausa y trató vanamente de endulzar su voz.

—Daniel, estás confundido, es normal. Has vivido largos años en tierras de idolatría y has frecuentado gentes de poco fiar. Queremos ayudarte a comprender. Las cosas que tú dices no son una simple herejía, sino que niegan el sentido de todo. Sin *olam haba* la conducta moral no tiene sentido. Piensa en los mártires de Israel, en los miembros de tu familia. ¿Es acaso su destino el mismo que el de los inquisidores? Si no hay justicia celeste, ¿cuál es el sentido de todo?

Hundí la frente en mis manos. La habitación daba vueltas. Dentro de la cabeza, mis conversaciones con Bento me saltaban como la pelota loca del tío Manuel. Quise esbozar una defensa pero no dije nada. La lengua se me había pegado al paladar. Mortera siguió hablando, en su voz había ahora una vibración genuina, como si me contara un secreto celosamente guardado.

—Tú crees que soy un oscurantista, un fanático. Pues te equivocas. Hablo siete idiomas y conozco la filosofía tan bien como tú. No soy un fanático, sino un hombre con una gran responsabilidad. El bienestar y tal vez la existencia misma de esta comunidad dependan de mí. ¿Piensas que no tengo dudas? Pues te equivocas. No hay fe sin duda. Pero tú tampoco tienes certezas de que tus ideas sean ciertas. ¿Crees que no conozco las ideas de los deístas? ¿Crees que no me he enfrentado con ellas?

Lo miré sin decir nada.

—No hay certezas, Daniel, pero la creencia en un Dios creador y

trascendente es lo que da sentido al mundo. El sentido de un sistema está siempre fuera del sistema mismo, lo contrario sería un sistema tautológico. El gran descubrimiento del monoteísmo no fue cambiar muchos dioses por uno, sino encontrar al Dios creador que está fuera del mundo y con ello hacer posible el creer que la vida tiene sentido, que no es una serie de frías leyes físicas. Un universo ciego e indiferente a la humanidad es un universo trágico. Los griegos creían eso, por eso produjeron a Sófocles y sus tragedias. Un pueblo que cree en un Dios de amor, redención y perdón crea la esperanza. En lugar de Sófocles, nosotros produjimos a Isaías con sus visiones de un futuro mejor.

Caminó por la habitación mesándose la barba hirsuta. Las maderas del piso protestaban con chillidos agudos ante cada uno de sus pasos majestuosos. Había dejado de mirarme y hablaba como para sí.

—Tienes razón en algo: no hay certeza. No podemos probar que Dios existe y que la vida tiene sentido, pero tampoco podemos probar que el universo está regido por una serie de leyes inmutables y eternas. No podemos explicar cómo aquellas leyes empezaron y por qué son como son. Ninguna de esas opciones ofrece certidumbre. Hay que elegir entre dos caminos inciertos, uno lleva al sinsentido y a la desesperanza, el otro al sentido y al optimismo. ¿Cuál crees que elijo?

Se paró detrás de mí y en un gesto poco común apoyó sus manos huesudas sobre mis hombros. Las sentí pesadas, como si cargaran un lastre acumulado durante tres mil años.

—Daniel, nada está perdido aún. Puedes arrepentirte y volver al camino correcto. La comunidad te acogerá con todo su amor y comprensión.

—Pero rabí —dije tratando de recuperar un poco la iniciativa—, ¡en el judaísmo podemos pensar lo que queramos, ninguna *mitzvah* regula nuestras ideas!

—No se trata de lo que piensas sino de lo que dices.

Sentí una furia cansina subirme desde el vientre. Mi desconcierto se había desvanecido y la humillación se había transformado en cólera. Sentí que toda la tensión de los últimos tiempos se convertía en un rencor frío como la muerte.

—Tratar de controlar los pensamientos es lo mismo que trata de hacer la Inquisición —dije.

La poca tibieza que Mortera había mostrado se esfumó instantáneamente. Crispó los puños y su voz recuperó el tono ponzoñoso y distante.

—He oído demasiado.

Se dirigió hacia la puerta y le pidió al *shamash* que trajera a los *parnasim*.

Abraham Pereyra e Isaac Bueno entraron en la habitación. Estaban incómodos. Ellos eran los que me habían recibido como un héroe y un sabio. Mortera los invitó a sentarse y habló con una autoridad que no admitía apelaciones. Los *parnasim* y el *Ma'amad* eran la autoridad última, pero Bueno y Pereyra parecían simples empleados del severo rabino.

—Daniel de Prado, han llegado a oídos del *Ma'amad* acusaciones terribles y evidencias que las respaldan. Has proferido grandes blasfemias y has llevado a jóvenes hebreos por el camino del mal y de la herejía. El *Ma'amad*, inspirado por el espíritu de generosidad y compasión de nuestra Torá, ha decidido darte la oportunidad de arrepentirte y hacer *teshuva*. Este *shabbat* deberás asumir tus crímenes frente a la comunidad y suplicar el perdón de Dios y del *Ma'amad*. Si así no lo hiciereis, sufrirás la excomunión. Serás excluido del pueblo de Israel y de esta santa comunidad —me miró y dijo la última frase con el placer de recordarme mi vulnerabilidad—: Hasta que el *Ma'amad* vea tu arrepentimiento sincero, los emolumentos y ayudas financieras que te son otorgados quedan suspendidos.

Corrí a la casa de Bento. Golpeé la puerta con insistencia hasta que Dirk Kerckring abrió con cara de que lo había despertado de su siesta.

—Busco a Bento —dije.

—Sígueme, está en el estudio.

Vi a Bento inclinado sobre la mesa. Había un tapete de paño verde sobre el cual yacían vidrios y cristales de diferente tamaño y concavidad. Tenía un aire totalmente despreocupado.

—Ah, Daniel, ven. Mira esto, es fascinante. Estudiando lentes puedes aprender grandes verdades sobre la propagación de la luz y las leyes físicas.

Le hablé aún jadeante por la corrida.

—Bento, vengo de ver a Mortera, la situación es grave. Hemos sido descubiertos.

—¿Descubiertos? Esa es una palabra curiosa… No creo que hayamos estado escondiéndonos.

—Bento, los jóvenes esos que vinieron a vernos fingiendo tener las mismas dudas que nosotros eran espías de Mortera. Convenció al *Ma'amad*, y nos quiere aplicar un *jerem*.

—Mortera me ha llamado a mí también —anunció. Su voz era de una irreal frialdad—. Quiso convencerme de abjurar de mis creencias.

Me dijo que no tenía por qué dejarme llevar por un advenedizo y un corrupto. Se refería a ti, claro está. Le contesté que te estaba agradecido por mostrarme la luz de la razón y alejarme de supersticiones inútiles. Me dijo que por mi gran conocimiento de la Torá y por una deuda moral que tenía con mi padre haría todo lo posible por ayudarme. Hasta intentó sobornarme para que abjurara.

—Aquel maldito barbudo es peor que los inquisidores.

—No, Daniel. Debe proteger a la comunidad. Él solo hace su trabajo y es fiel a sus creencias. Nosotros debemos serlo también.

—No querrás decir que…

—Me preguntó por mis creencias acerca de Dios, de la inmortalidad del alma y del mundo por venir. Le dije la verdad, Daniel, le dije que la Torá no menciona el alma, y cuando usa conceptos como *ruaj*, *neshama* o *nefesh*, que comúnmente traducimos como "alma", lo usa para significar "vida" o "aquello que vive". Le dije que los milagros eran imposibles pues nada puede violar las leyes de la naturaleza…

Me tomé la cabeza y me tapé los oídos, como si eso pudiese hacer retroceder el tiempo.

—Bento, ¡¿qué has hecho?! —le tomé la mano y señalé el anillo—. ¡¿No te he dicho, acaso, que tengas cuidado!?

—Daniel, yo no he buscado problemas. Aborrezco los escándalos, pero no voy a mentir ni voy a abjurar de nada. Si quieren excomulgarme, será doloroso, pero lo aceptaré.

—¿Cómo puedes aceptar esto con tanta resignación?

—¡La verdad es nuestra posesión más valiosa, Daniel!

—Precisamente por eso, ¡debemos economizarla!

Bento no respondió y yo lancé un suspiro de derrota. Con el aire que salió de mi boca se fueron, sin despedirse, la furia y la desilusión. Me sentí profundamente cansado. Me acerqué con dejadez a las lentes y miré a través de algunas. Bento seguía trabajando sin alterarse, como si la destrucción de nuestra vida fuese una ocurrencia banal y rutinaria.

—Ya ves —dije—, la realidad se ve distinta a través de diferentes lentes. ¿Cómo podemos estar tan seguros de que tenemos razón? ¿Nunca has pensado que tal vez Mortera no esté equivocado? ¿Acaso somos tan inteligentes, tan brillantes para no dejar lugar al misterio y a lo inexplicable? Tal vez deberíamos rezar como todos para adquirir algo de humildad…

—Hay muchas cosas que no conocemos, Daniel, pero sabemos que lo que las religiones enseñan son supersticiones diseñadas para

mantener al pueblo bajo control y escapar a las angustias de la vida. No voy a rezarle al Dios que el hombre ha creado a su semejanza; en vez de ello, trataré de entender mejor al verdadero Dios, aquel que es uno con el universo.

Ordenó las lentes sobre el tapete hasta formar una prolija progresión de menor a mayor.

—*Caute,* Bento —dije casi sin energía—, no es bueno quemar las naves.

—Tú sabes que tengo razón, Daniel. No deseo alejarme de la comunidad, pero no me quedaré en ella al costo de traicionar mis valores y mis creencias. Yo ya he tomado mi decisión, y tú, tú debes tomar la tuya.

Hubo un silencio espeso como la melaza. No se escuchaban ni aquellas tosecitas que siempre surgen cuando el rabino hace una pausa en el sermón ni los chismorreos sigilosos de las viejas. Tampoco se escuchaba el aletear de las páginas en los libros de oraciones, ni el roce de los *taletim* sobre las camisas de seda. No se escuchaba el crujir del piso de madera ni los murmullos indescifrables de los rezos silenciosos. No se oía el revolotear de palomas en las ventanas ni el bullicio de la calle. Se había acallado el reír de los niños en el patio y el tintinear de los ornamentos en los rollos de la ley.

Sentí en el cuello el filo de cientos de miradas. Levanté la cabeza y vi a Isabel en la galería de las mujeres, observándome con un desdén indecible. Francisquito estaba a mi lado y me palmeó el muslo para que me levantara. Era hora.

Caminé hacia el púlpito con la vista fijada en los granos de arena que cubrían el piso de la sinagoga. Mortera y el rabino Aboab de Fonseca me miraban con ojos implacables. Los *parnasim* del *Ma'amad*, sentados en primera fila, alternaban incomodidad y desaire. Busqué en vano los ojos comprensivos de Menashe y crucé miradas con Reynoso y tantos otros que me habían recibido en Ámsterdam como a un héroe. Todos entornaban los párpados y trataban de evadir mis ojos, que parecían como dos vagabundos buscando dónde pasar la noche. Me paré en frente del arca sagrada y miré la cortina de terciopelo que cubría los rollos de la Torá. Durante un minuto interminable me esforcé por abrir la boca, como si cada uno de mis labios pesara una tonelada. Finalmente la voz surgió de mi garganta, quebrada e insincera:

Yo, Daniel de Prado, habiendo en el pasado adherido a creencias malignas, y habiendo mostrado un escaso apego al servicio de Dios y al

cumplimiento de su Santa Ley, me presento solemnemente frente a esta arca sagrada, tal como me ha sido instruido por los senhores *del* Ma'amad, *y por mi libre voluntad confieso frente a Dios, Bendito Sea, frente a la santa Torá y frente a toda esta santa congregación, que he pecado y he errado, tanto en palabras como en hechos, contra el Santo, Bendito sea Él y contra su Ley, y al hacerlo he causado grave escándalo en esta santa congregación. Por todo ello, siento ahora un gran remordimiento e imploro humildemente el perdón de Dios y de toda esta sagrada congregación por la vergüenza que he ocasionado. Me obligo solemnemente a cumplir la penitencia que me impongan los señores rabinos y me comprometo a no retornar a los pecados y delitos que he cometido ni a ningún hecho similar. Pido a vuestras mercedes que me asistáis y me acompañéis en mis plegarias al Señor del Universo, para que muestre su perdón y su compasión frente a mis ofensas. Que así reine la paz en Israel*.

Bajé del altar y me volví a sentar junto a Francisco. Recién entonces se desataron los murmullos y los cuchicheos, que fueron creciendo en intensidad, alimentados por el goce morboso de ver la ignominia de alguien que hasta hacía poco había sido adorado. Mortera golpeó la mesa pidiendo silencio e hizo un gesto al *jazan* para que siguiera con el recitado de los salmos.

Felices son los que residen en tu morada, oh, Señor, ellos te alabarán con constancia / Feliz es el pueblo que tal es su suerte, feliz es el pueblo cuyo Dios es el Eterno.

Cerré los ojos y encorvé los hombros en un gesto involuntario de capitulación y vergüenza. Imaginé a uno de los enormes barcos mercantes del Ij descargando toneladas de humillación sobre mi espalda.

Vi que Mortera recorría la congregación con ojos ansiosos. Esperaba que apareciera Bento y también él abjurara. A medida que pasaban los minutos, Mortera se veía cada vez más preocupado. Cada tanto, yo mismo me volvía hacia la puerta esperando ver la enjuta silueta de mi amigo franqueando el portal.

Mortera pidió al *jazan* que agregara algunos salmos, para crear la oportunidad de que Bento arribara en el último minuto. Llegamos al *Aleinu*, la inevitable parte final del servicio.

Alabemos al Soberano del Universo, glorifiquemos al Creador del mundo.

No pude evitar volverme y clavar la vista en la pesada puerta de madera labrada.

Él ha establecido los cielos y ha fundado la tierra.

"¡Vamos, Bento! No me dejes solo", pensé.

Él es nuestro Dios y no hay otro, ni en el firmamento, ni en la tierra.

Mortera no pudo dominar la ansiedad. Bajó del púlpito y se acercó a la puerta mientras el *jazan* aún cantaba.

Por lo tanto, confiamos en que hagas desparecer los falsos valores de la tierra y elimines toda suerte de idolatría. Para que podamos reparar el mundo bajo la protección del Altísimo.

Mortera se asomó al patio y miró con zozobra hacia ambos lados. Su manto de oración bailaba una danza desesperada ante los movimientos bruscos de su cabeza. Muchos en la congregación dejaron de cantar y siguieron al *jajam* con la mirada.

Pues así está escrito, Dios es el Rey de toda la tierra. Él es Uno y su nombre es uno.

Mortera volvió a entrar en la sinagoga, el rostro desencajado y los ojos fieros llenos de lágrimas y desaliento. Tan absorto estaba que casi se sorprendió cuando el *jazan* terminó la frase y cerrando el servicio proclamó: “Shabbat Shalom”, un sábado de paz.

Bento fue excomulgado al día siguiente, el 27 de julio de 1656. Afuera, el sol volcaba una tibieza morosa sobre los canales y los bulevares. Adentro, la sinagoga estaba iluminada por haces de luz oblicuos que penetraban por entre las altas ventanas. Habían dispuesto una larga mesa a la que se sentaron los *parnasim* del *Ma’amad*. Con aire grave y solemne, fueron tomando sus lugares, intercambiando saludos tenues sin efusión ni exuberancia.

La excomunión siguió un texto redactado por aquel rabino italiano cuyos libros me habían instruido en las ceremonias y rituales judíos, León de Módena. Era un texto terrible que mostraba todo el dolor y la desilusión de Mortera ante la traición de su mejor alumno. Era, también, una fórmula destinada a aplacar a los regentes de Ámsterdam y mostrarles que, contrariamente a lo que algunos fanáticos calvinistas decían, los judíos no toleraban herejes ni ateos en su seno.

Bento fue convocado para la ceremonia pero no se dignó a ir. Yo, por el contrario, fui conminado a participar, como parte de mi penitencia y también como una velada advertencia.

No fue, de todos modos, aquella ceremonia solemne y barroca que hoy algunos imaginan. No hubo velas negras ni procesiones lúgubres alrededor del Arca de la Alianza. Fue un escueto trámite administrativo en el cual el fulgor macabro de las palabras contrastaba con la fría simpleza de la ceremonia.

El bedel de la sinagoga, que a su vez servía de secretario del

Ma'amad, aclaró la garganta y leyó en un español escabroso, lleno de inflexiones lusitanas.

Los senhores *del* Ma'amad *ponen en su conocimiento que desde hace mucho tenían noticia de las equivocadas opiniones y errónea conducta de Baruj de Spinoza y por diversos medios y advertencias han tratado de apartarlo del mal camino. Como no obtuvieron ningún resultado y como, por el contrario, las horribles herejías que practicaba y enseñaba, lo mismo que su inaudita conducta, fueron en aumento, resolvieron de acuerdo con el rabino, en presencia de testigos fehacientes, que este fuera excomulgado y expulsado del pueblo de Israel, según el siguiente decreto de excomunión* —carraspeó y miró a Mortera, quien le hizo ademán de seguir—. *Por la decisión de los ángeles, y el juicio de los santos, excomulgamos, expulsamos, execramos y maldecimos a Baruj de Spinoza, con la aprobación del Santo Dios y de toda esta Santa Comunidad, ante los Santos Libros de la Ley, con todas las execraciones escritas en la Ley. Maldito sea de día y maldito sea de noche; maldito sea cuando se acuesta y maldito sea cuando se levanta; maldito sea cuando sale y maldito sea cuando regresa. Que el Señor no lo perdone. Que la cólera y el enojo del Señor se desaten contra este hombre y arrojen sobre él todas las maldiciones escritas en el Libro de la Ley. El Señor borrará su nombre bajo los cielos y lo expulsará de todas las tribus de Israel aversonándolo al Maligno con todas las maldiciones del cielo escritas en el Libro de la Ley* —dejó que el peso de las palabras se hundiera en cada uno de los presentes. Luego agregó—: *Pero vosotros, que sois fieles al Señor, vuestro Dios, vivid en paz. Ordenamos que nadie mantenga con él comunicación oral o escrita, que nadie le preste ningún favor, que nadie permanezca con él bajo el mismo techo o a menos de cuatro yardas, que nadie lea nada escrito o transcripto por él.*

Firmó el documento que había leído y se los pasó a los miembros de *Ma'amad* para que cada uno lo firmara.

Mortera me lanzó una mirada acusatoria. Para él, esto era culpa de mi soberbia y mi egoísmo. Agregó su firma al decreto de excomunión sin dejar de mirarme. Intentó que sus ojos funcionaran como un hierro candente que me marcara la culpa en la frente.

Extrañamente pensé que el *jerem* de Bento no me atañía. Como miembro de la nación, no podía mantener contacto alguno con él, y quizás estaría siendo más vigilado que otros. Pero ajeno a los peligros, fui de la sinagoga directo a su negocio. Estaba cerrando cajas y baúles y tenía sobre el mostrador vacío pilas de papeles y documentos. Me dijo que estaba transfiriendo el negocio a su hermano y noté que se

desvinculaba del negocio con la misma sensación de liberación con la que había aceptado el *jerem*.

—Me han hecho un favor, Daniel. Tú sabes que nunca quise escándalos ni conflictos. También sabes que yo no busqué este desenlace, pero al excomulgarme me han liberado de todas aquellas obligaciones que de todos modos no pensaba cumplir. Ahora puedo hacer lo que siempre he soñado, lo que *ambos* hemos soñado: dedicarme a estudiar y pensar en total libertad sobre la naturaleza de Dios, el hombre y el universo.

Dejó de empaquetar enseres y en la palidez de su rostro leí una desilusión que trataba en vano de ocultar.

—Daniel, ¿por qué has abjurado?

—No lo sé, Bento. No he podido separarme de mi comunidad y de mi pueblo… Nosotros hemos hablado mucho acerca de la esencia del hombre. Para mí, ser judío es parte de esa esencia…

—Pero tú no crees en las supersticiones ni en las historias infantiles de milagros, ni en los delirios místicos de la *Kabbalah*. ¡Cielos, Daniel, fuiste tú quien me abrió los ojos a las falsedades y embustes de la religión!

—No. No creo en nada de eso, pero me siento parte del pueblo. Siento que comparto con él un futuro y un destino.

—Pues yo también extrañaré a la comunidad, Daniel, pero no tanto como para forzarme a repetir rituales vacíos en los que no creo.

—No es simplemente añorar la compañía de otros judíos, Bento… es algo mucho más profundo.

Se me cruzó por la cabeza el vano pensamiento de que no todo estaba perdido, de que aún podía convencer a Bento. Me animé de golpe:

—En vez de apartarnos de la comunidad, ¡debemos luchar por reformar el judaísmo desde dentro! ¿Qué autoridad tienen Mortera y los otros barbudos para dictaminar qué es el judaísmo? Nosotros hemos visto la luz de la razón y la ciencia, podemos ahora iluminar con ella a la comunidad y al pueblo judío todo.

—Es un esfuerzo inútil, Daniel. Las religiones nunca cambiarán, ni la judía, ni la cristiana.

—Ha habido reforma en el cristianismo y el judaísmo ha cambiado mil veces desde su creación. Tú conoces el Talmud mejor que yo, no tengo que explicarte cómo ha evolucionado el judaísmo a través de los siglos.

—Sí, pero siempre dentro del mismo marco conceptual. Siempre dentro de la creencia en un Dios personal y en una verdad revelada a

través de escritos sagrados. Han cambiado todo para que nada cambie.

No nos pondríamos de acuerdo. Bento veía al judaísmo solo como una religión y, como tal, no había valor alguno en conservarlo. Había decidido romper con toda religión, en especial con aquella que mejor conocía. Yo, por el contrario, quería luchar, cambiar, reformar y para eso debía permanecer dentro de la comunidad a toda costa. Ninguno lo dijo, pero ambos nos sentimos defraudados.

Bento y yo también tuvimos un par de charlas más sobre mujeres, conversaciones de sordos en las que nadie convencía a nadie.

—Tú crees que la esencia del hombre es la razón pura y que la pasión nos aleja de ella —le dije un día—, pero yo creo que te equivocas. La pasión es parte de nuestra esencia. Aquella mezcla de fascinación, asombro y reverencia que siente un hombre ante una mujer es lo que nos hace plenamente humanos. Aquello de perderse con la mujer amada en laberintos de felicidad compartida es un anhelo tan humano como el de conocer la verdad de Dios. ¡Tal vez hasta sea lo mismo!

No había caso. Bento no pretendía hacer apología del ascetismo, pero creía que atar la propia felicidad a algo que intrínsecamente no podía poseerse era una necedad. Esa compleja racionalización era tal vez una forma de evitar el dolor que le causaba el rechazo de Clara.

Uno que no esquivaba la pasión y el placer era Daniel Ribera. En aquellos meses cementé mi amistad con él. Ambos enseñábamos en la misma escuela y compartíamos ideas —y prácticas— libertinas. No hace falta decir que mi abjuración había tenido muy poco de sincera y no tenía ninguna intención de renunciar a mis ideas y a mis creencias. Ribera, Bento y algunos otros éramos una especie de secta que creía en una religión natural y filosófica basada solo en la razón. Hacía, no obstante, grandes esfuerzos por ocultar mis ideas y mis dichos. Mostraba, otra vez, una cara pública, la del heterodoxo arrepentido y contrito que era ahora un judío ejemplar; y otra privada, la de un librepensador que ayudaba a cocinar las ideas nuevas que iluminarían el mundo entero. Era otra vez el acróbata que saltaba de una vida a otra. Era otra vez un marrano, un marrano de la razón.

Sin embargo, mi insinceridad no era fácil de ocultar. Creo que en cierto modo no quería ocultarla, pues en mi fuero íntimo no me sentía un hereje. Me seguía creyendo un judío comprometido con mi pueblo, un judío con ideas diferentes, pero un judío al fin. Aún no había podido articular bien aquella dicotomía de sentirme parte y a la vez ajeno. Más tarde vería, con algo de horror, que aquella dualidad de

pertenencia y extranjería es tal vez ahora esencial al nuevo hombre que está emergiendo de estos tiempos de cambios y revoluciones. Quizás en un futuro no muy lejano, nadie pertenecerá a nada, pero nadie será ajeno a nada.

De a poco se fue haciendo más evidente que Bento y yo éramos distintos. Algunos dicen que el maestro siente orgullo cuando el alumno lo sobrepasa en saber. Pues debo decir que no es cierto. Lo admiraba, sí, pero también lo envidiaba. Me había sobrepasado, y ya no podía rivalizar con aquel intelecto que yo mismo había encendido. Más que nada, envidiaba la capacidad de Bento de refugiarse en su raciocinio. No necesitaba nada ni a nadie, no necesitaba sexo ni amor, no necesitaba comunidad. Su hogar era su prodigioso intelecto y allí, solo allí, se sentía a gusto.

Ribera también era distinto. Ambos amábamos a las mujeres y la juerga y ambos sentíamos el mismo desdén militante por Mortera y Aboab. Pero su actitud frente al judaísmo era muy diferente de la mía. Ribera había sido clérigo franciscano, ahora era judío y yo sospechaba que en otro momento sería luterano o calvinista. Para él, el judaísmo era una parada más en un viaje espiritual que no llevaba a ninguna parte. Había en él una ligereza insoportable: era la falta de compromiso de quien mira su propia vida, como el viajero de paso mira una ciudad extranjera. Si el judaísmo no lo satisfacía, simplemente pasaría a la próxima religión. Al igual que con las mujeres, cuando se cansaba de una, la descartaba y pasaba a la otra. Mi relación con el judaísmo, por el contrario, era la de un marido que sabe que, a pesar de los altibajos de la vida conyugal, jamás aversonará el matrimonio.

Aquellos meses fueron difíciles. Mis pacientes me pagaban poco y tarde. Ser médico de pobres no es un buen negocio y ser doctor de plaga es aún peor, por el simple motivo de que la mayoría de tus pacientes mueren antes de poder pagarte. Los subsidios de la comunidad eran de gran utilidad. A pesar de las sospechas que flotaban sobre mí, la comunidad siempre respetó la *mitzvah* de ayudarme sin violentar mi dignidad ni hacerme sentir como un mendigo.

Seguí escribiendo poesía y desarrollé un estilo que algunos llamaban forzado y sobrecargado. Mi carrera como poeta, no obstante, sufrió un duro golpe cuando Antonio de Córdoba, mecenas de poetas y artistas, rechazó mis obras.

Durante un tiempo, Mortera y el *Ma'amad* me dejaron tranquilo, pero a finales de 1657 insistentes rumores comenzaron a llegar a oídos de las autoridades.

Debía de haber sabido que todo secreto, tarde o temprano, termina por descubrirse. En mi caso, fui yo quien levantó el velo al querer abrirles los ojos a algunos de mis alumnos, en especial a aquellos que mostraban una gran inteligencia. Me parecía un desperdicio que mentes brillantes quedaran sepultadas bajo creencias pueriles y falsas supersticiones.

Había tres jóvenes, Isaac Pacheco, Jacob Marchena y Jacob Monsanto, que mostraron gran interés en hablar con Ribera y conmigo sobre algunas de nuestras ideas más radicales. Una vez invité a Marchena a una de las tertulias en casa de Ribera en las cuales hablábamos libremente sobre nuestras creencias; el vino fluyó un poco más de lo aconsejable y las lenguas se soltaron demasiado.

—¿Cómo se explica que nadie en la nación se rebele contra Mortera? —preguntó Marchena.

—¡Oh, pero eso se arregla fácil! Todos le tienen miedo. Pero si llevo esto —dije en una bravuconada que no creía realmente y desenfundé el facón del tío Manuel que aún llevaba conmigo— y junto a cuatro o cinco muchachos vamos a enseñarle una lección al barbudo, ¡ya verás cómo las cosas cambian!

Cuando vi la involuntaria cara de horror del muchacho traté de arreglar la situación un poco.

—¡Es que algunos quieren establecer una Inquisición aquí! — dije sin gran efecto.

En otro momento hablamos sobre los milagros y la omnipotencia de Dios. Yo perdí toda cautela:

—¿Milagros? —pregunté con ironía—. ¿Dónde estaban los milagros de Dios durante las masacres de los tudescos? ¿Dónde estaban cuando sus fieles eran quemados en los autos de fe? Si Dios puede intervenir y no quiere, es un Dios malvado; si, por el contrario, quiere pero no puede, es impotente. ¿Qué necesidad tenemos de un Dios débil o cruel?

Pacheco y Marchena estaban interesados en mis ideas y nuestras actitudes, pero no para adoptarlas o estudiarlas en profundidad, sino para reportarlas con lujo de detalles a Mortera y el *Ma'amad*.

Los pequeños alcahuetes se habían presentado espontáneamente a Mortera para ofrecerse como malsines. El caso de Monsanto había sido algo distinto. Cuando los rumores y los reportes comenzaron a resonar demasiado, Mortera le dijo a Monsanto que dejara de venir a mis

clases. El joven protestó diciendo que jamás había escuchado ideas heréticas de mi boca. Mortera entonces le pidió que siguiera yendo a mis clases y fuera su espía. El viejo no se creía mi "arrepentimiento" y me quería excomulgado, y de a poco, como la araña que teje su tela, me estaba tendiendo una trampa inescapable.

Las discretas pesquisas en mi contra se tomaron un pequeño respiro cuando una tragedia cayó sobre la comunidad. Aquella calamidad me dejó aturdido y sin aire, como un violento puñetazo en el estómago. Menashe había muerto mientras regresaba de Londres. El Lord Protector Oliver Cromwell lo había autorizado a viajar a Holanda a enterrar a su hijo, que había fallecido en Inglaterra y, dominado por la pena y el dolor, Menashe lo siguió al más allá, o a la tierra y los gusanos.

Menashe, aquel soñador de ojos alquimistas, murió descorazonado, creyendo que su cruzada por la admisión de los judíos en Inglaterra había fracasado. Se había equivocado, pues hoy, de a poco, los judíos están regresando a Gran Bretaña y las colonias inglesas de ultramar aceptan a los hebreos con los brazos abiertos. Cromwell sería, toda su vida, un admirador de la *veritas hebraica* que Menashe le había transmitido.

La última obra de Menashe fue un tratado apologético destinado a defender a los judíos de aquellos en Inglaterra que se oponían a su regreso. Se llamaba *Vindiciae Judaeorum* y cuando lo leí no pude sino sentir ternura por aquel hombre y su intento fútil. No hacía falta, me dije, demostrar las excelencias del judaísmo. No somos ni mejores ni peores que los otros, no estamos más cerca de la verdad, pues la verdad solo existe en las inmutables leyes del Cosmos. No quiero la admiración de los gentiles, solo quiero que se reconozca nuestro derecho, el derecho de todos, a ser distintos.

Con Menashe se fue el único hombre que podía comprender la profundidad y la ambivalencia de mis perplejidades. Él entendía la tragedia de pasar de ser cristiano nuevo a judío nuevo, de existir en un mundo de piezas que no encajan, un mundo en el cual las fidelidades carecen de anclas y toda certeza está hecha de un barro viscoso y hediondo. Menashe, no obstante, siempre defendió a Mortera. "La historia reconocerá, Daniel, que la severidad de Saúl Halevi ha mantenido la cohesión de la nación. Él y yo somos las dos caras de una misma moneda", decía.

Con Menashe y sus sueños místicos archivados bajo una pesada lápida, Mortera se abocó a disfrutar su papel de autoridad

incontestable de la nación portuguesa en Ámsterdam. Luego de un corto duelo, aceleró sus esfuerzos, otrora pacientes, en pos de mi destrucción.

Yo, por mi parte, transformaba el cinismo en fanfarronería y la duda en desafío. Los espías de Mortera no tardaron en reportar con abundantes pormenores mis palabras heréticas y mis ideas libertinas. El desenlace no podía tardar mucho.

Sobre la mesa había uno de aquellos periódicos que usaban los mercaderes para enterarse de las últimas noticias. Mientras en España las noticias dependían de pregoneros reales, viajeros o mentideros, en Holanda las gacetillas eran publicadas a diario y distribuidas por la ciudad. Mi hijo Francisco ya hablaba holandés y compraba esos reportes. Yo, por mi parte, los miraba mientras desayunaba pan negro y queso de Gouda, entendiendo solamente la fecha. Leí con una sonrisa que se burlaba de mi propia ignorancia: 8 de febrero de 1658.

La que no sonreía era Isabel. A su amargura crónica se había sumado la enfermedad permanente. Felipa María le llevaba unos desayunos españoles de aloques, sardinas y olivas para levantarle el ánimo, pero nada la hacía sentirse mejor, ni siquiera el láudano. Tenía una fiebre moderada pero persistente y dolores inespecíficos por todo el cuerpo. Aquellos ojos que alguna vez me habían escrutado con deseo, ahora se escondían entre párpados caídos. Tenía arrugas en su rostro como si la piel estuviera cansada. Cansada de no hacer nada, de sufrir y de odiarme.

Nuestra última charla había sido una pelea de proporciones épicas. Con energía desacostumbrada, me había lanzado una marejada de reproches: "¡Tú y tus amigos libertinos nos traerán la ruina a todos! ¡Nos has condenado al escarnio! Todos nos miran, todos hablan del héroe caído en desgracia, se ríen de mí en el mercado. ¡Se ríen de los niños!".

Cuando le dije que estaba enferma y debía descansar en vez de excitarse así, me respondió con burla: "¿Enferma yo? ¡Tú eres el enfermo! Estás enfermo de altanería y soberbia. Te crees con permiso de dudar de todo, te crees superior a los hombres más sabios. ¿Sabes cuál es tu problema? Que la mentira y el engaño se te han convertido en un hábito. Amas esta mierda. Amas mentir y ocultarte, amas la vida clandestina, amas vivir una doble vida. Te gusta ser un marrano, es lo único que sabes ser. Se ha convertido en parte de tu esencia. Eres como un niño, no puedes elegir estar en un solo lugar. Lo quieres todo, y por eso serás infeliz siempre. ¡Y yo seré infeliz por estar con un bellaco como tú!".

Alguien golpeó la puerta con delicadeza, pero con vigor suficiente para sacarme de mi ensoñación. Era un mensajero de la comunidad: "Lo esperan en la sinagoga, doctor. No me han dicho para qué".

Imaginé una consulta de rutina, un nuevo encargo de la asociación de asistencia a los enfermos u otra ligera reprimenda del bedel por llegar tarde a mis clases.

Al entrar al templo, reparé en la escritura del pórtico, como si la viera por primera vez. "Esta casa de libertad, consagrada a Dios, no conoce creencias forzadas, ni tortura, ni muerte". Arriba del patio, el cielo tenía el color de un caldo de cordero a medio pudrir.

Cuando llegué a la sinagoga, vi al *Ma'amad* reunido a pleno. Mortera, de pie en el centro de la mesa, me recibió con una mirada de tizones encendidos. Me tomó una fracción de segundo darme cuenta de lo que iba a suceder. Recuerdo ese tiempo vacío con una claridad increíble, como si hubiese durado un siglo. Fue como si yo hubiese saltado fuera de mi cuerpo y mirase la escena como si se tratara de un sueño distante que discurre con exasperante lentitud.

—Daniel de Prado —dijo Mortera, dejando caer las palabras como si fueran el balasto de un barco que se hunde—. Habéis persistido en vuestras conductas blasfemas y vuestros crímenes. Habéis puesto en peligro a la nación, tanto frente a las autoridades seglares como frente al juicio de Dios, Bendito Sea su Nombre.

Leyó la letanía interminable de mis transgresiones con una mezcla enfermiza de dolor y placer. Finalmente declaró el veredicto unánime del *Ma'amad*. Era el *jerem*.

Había ensayado en mi mente qué decir si esa escena temida se producía, pero las palabras estaban trabadas en un rincón de mi mente que permanecía tozudamente cerrado. Lo único que surgió de mi boca fue un susurro inaudible: —No.

Mortera fingió no escuchar, o tal vez no fingió y le dio al bedel un documento extraído del libro de actas de la comunidad. En él se citaban los testigos que daban fe de mi reincidencia y de mis ideas escandalosas. También se mencionaba la presión de los burgomaestres de la ciudad que se escandalizaban de las ideas de "aquel doctor hebreo" y demandaban que la sinagoga tomara cartas en el asunto. El *jerem* era menos dramático que el de Bento. No había ángeles furiosos, ni maldiciones eternas. Ni siquiera había citas bíblicas. Solo había una fría determinación de expulsar al mal de la comunidad sagrada. También era algo menos severo: el *jerem* no incluía a mi familia inmediata, la cual podría continuar en contacto conmigo y algunas de las ayudas financieras que me prodigaba la comunidad pasarían a

Isabel. Para mí, no obstante, se había abierto el piso y se había revelado un precipicio de negrura infinita. Mortera me miraba sonriente caer desde el borde, las palabras del *jerem* lo envolvían entero como un antiguo manto de oración.

Abraham Telles, que presidía la sesión, dio por concluido el trámite pidiendo a Dios que eliminara el mal de su pueblo y que hiciera descender la paz sobre Israel.

Los *parnasim* comenzaron a levantarse sin hablar, lentos y graves como si tuviesen miedo de romper el macabro embrujo del momento.

Telles cerró la carpeta de cuero en la cual había guardado el documento, con algo más de fuerza de la que hubiera querido. El ruido de la tapa despejó mi aturdimiento. De pronto, vi las cosas con una claridad fulminante.

—No —dije. Esta vez con voz segura y fuerte—. No tenéis derecho ni motivos para excomulgarme. Exijo que se reconsidere esta decisión injusta e innecesaria.

Los *parnasim* se quedaron congelados, varios de ellos a medio pararse. Lo único que mostraba que estaban vivos eran las casi imperceptibles volutas de vapor que se formaban cuando sus alientos chocaban contra el frío aire del invierno. Mortera tenía los ojos como rubíes hechos de furia y sorpresa.

—¡Vos! —exclamé señalando al rabino—. Vos estáis motivado por un odio personal hacia mí. ¡Me habéis tendido una trampa! ¡Habéis usado niños para engañarme, como han hecho los inquisidores con el Cristo de la Paciencia! ¡Decid mis pecados! ¡Enumerad mis crímenes! ¡No he cometido falta alguna contra la ley!

El desconcierto descendió sobre la sala como una nube ominosa. Frente a mi actitud no había precedentes claros. El excomulgado hacía una de dos cosas: aceptaba el *jerem* en silencio o rogaba clemencia. Yo, como siempre, no cabía en ningún molde.

Hubo cuchicheos sordos que sonaban como los vidrios de Bento cuando se frotaban unos contra otros. Telles discutía con Mortera y Ephraim Bueno se mesaba la barba corta mientras hablaba en susurros con Jacob Duarte. Saboreé el momento, relamiéndome por la efímera confusión de Mortera. Presioné.

—Mirad el frontispicio de la sinagoga, ¡no podéis condenarme por mis ideas! ¡Consultemos a Venecia, a Hamburgo! ¡Cualquier rabino que no me odie me dará la razón!

Telles le dijo algo al oído a Mortera y luego aclaró su garganta. Se volvió y, dándome la espalda, le habló al *Ma'amad* con palabras que, por su tono, no les estaban dirigidas.

—El doctor Prado está bajo *jerem*. Nadie puede hablar con él bajo pena de ser excomulgado también.

Dicho esto, los *parnasim* se marcharon, liderados por Mortera y Telles. Ephraim Bueno me lanzó una última mirada sin calor que, sin embargo, escondía una chispa tenue de compasión. Mis gritos y mis protestas los siguieron mientras caminaban por el corredor. Cuando me callé, afónico y agotado, el silencio de la sala se volvió tan insultante que tuve que taparme los oídos con ambas manos.

Di una vuelta aturdida por la sinagoga vacía. El silencio se escapó por la puerta abierta y me dejó solo con ecos de plegarias y oraciones. No creía en ellas, pero creía en el pueblo que las había forjado. Creía en aquellos mártires que las habían escrito con sangre, creía en la belleza de la comunidad cantando al unísono, lanzando sus preces conmovedoras a un Dios indiferente. Creía en la emoción de pertenecer, de compartir un destino y una esperanza.

Acaricié el terciopelo rojo que cubría el arca, deteniéndome en cada una de las suaves hebras.

Finalmente salí de aquel recinto que se había convertido en el mausoleo de mis sueños y caminé por las calles gélidas, en una atmósfera de polvo y ceniza.

Llegué a casa y vi a Felipa María que me esperaba en el zaguán llorando en silencio. Pensé que la noticia ya se había esparcido por la ciudad.

Me equivocaba.

Sin hablar me llevó hasta la habitación. Isabel estaba tendida en la cama con Francisco tomándole la mano. Su piel tenía el color de la luna y sus ojos de miel miraban sin ver. La expresión de miedo y fatiga formaba un halo de luz gris alrededor de sus cabellos hirsutos y emblanquecidos.

Llamé en vano, siguiendo un reflejo involuntario. "¿Isabel?". Francisco movió la cabeza con resignación y tristeza desbordando de sus ojos anegados. Soltó la mano inerte y macilenta y le cerró los ojos con ternura. "Descansa en paz, mamá", murmuró con aquella voz que hasta hacía poco había sido dulce y que ahora era rugosa y áspera. "El Señor ha dado, el Señor ha quitado, bendito sea el Juez de la Verdad". Recién entonces se largó a llorar.

Me quedé parado, sin saber qué decir o qué hacer. Me quedé allí, inútil y paralizado, flotando a la deriva en un lago infinito de dolor y culpa.

LIBRO CUARTO

Francisco

Es difícil de explicar cómo alguien como yo se convirtió en amanuense de apóstatas y abogado de herejes. Al fin y al cabo, nunca me interesaron demasiado las cosas del espíritu.

Lo mío es el comercio, no porque el dinero ejerza una fascinación especial sobre mí, sino porque disfruto de la pragmática simpleza del negocio. En la *bursa* hay riesgo, pero aun las más complejas operaciones comerciales pueden reducirse a una prolija ecuación matemática. En el comercio, a diferencia de la filosofía, los problemas tienen solución. A veces desfavorable, pero solución al fin.

No es que sea insensible a las especulaciones metafísicas. Después de todo, estudié con buenos tutores en las ciudades más importantes de Europa: Sevilla, Roma, Hamburgo y Ámsterdam. A pesar de la inconstancia de nuestro azaroso deambular y de nuestros altibajos económicos, mi padre siempre se preocupó por darme una formación clásica y aunque nunca desarrollé un verdadero amor por aquellas artes abstrusas, sus vericuetos no me son del todo ajenos.

Es cierto también que, desde pequeño, tengo un modesto talento de narrador. Mi padre creía que, para mí, escribir era una forma de entrar en la metafísica por la puerta de atrás, como si no me resignara del todo a la vida superficial de los mercaderes. Tal vez tenga algo de razón. Tal vez no se equivocaba cuando decía que la filosofía me asusta más de lo que me disgusta.

Y sin embargo, la situación de mi padre me catapultó a un papel que no quise ni busqué, pero del que tampoco pude escapar. Sucedió al poco tiempo de la muerte de mamá, mientras todos emergíamos tambaleantes de la marejada de tristeza que nos había cubierto.

Mi padre tenía una forma particular de reaccionar frente a la tragedia. La había visto desde niño. Primero se hundía en una depresión densa y oscura como el alquitrán. No actuaba ni pensaba, solo se unía con el dolor en un abrazo pringoso e inmóvil. Luego, como fulminada por un rayo, la depresión se desvanecía y él transformaba la angustia en un motor de actividad desenfrenada. La etapa sórdida podía durar solo unos minutos, o —como esta vez— varias semanas.

De la noche a la mañana, mi padre había pasado a ser un paria. Ni en el entierro de mamá pudo recibir las condolencias de la

comunidad. De hecho, los funerales tuvieron ribetes de comedia, con los pocos asistentes ensayando extrañas piruetas para saludarnos a Felipa y a mí evitando toda comunicación o contacto con mi padre. Nuestra familia, por añadidura, pasó a ser objeto de burla. Muchos cuchicheaban al vernos pasar y otros nos evitaban como si estuviésemos cubiertos de pústulas contagiosas. El excomulgado era papá, pero todos sufríamos el *jerem*, en especial Felipa María, que sentía cómo sus alegres sueños de adolescente se le escurrían entre los dedos.

Me di cuenta de que la fase letárgica de papá había pasado cuando lo vi en la cocina. Estaba desaliñado, con la barba sin recortar y olía a orina de gato. La luz menguante de un crepúsculo impaciente le caía en los hombros mientras bebía con avidez de un cuenco que, imaginé, contenía cerveza tibia. Vi algunas gotas arrojarse desde su mentón y estrellarse contra el suelo de losas de arcilla roja. A pesar de que yo estaba a solo un par de pies de él me llamó con un grito:

—¡Francisco! ¡Necesito tu ayuda!

—Me llamo David —respondí con disgusto—. Yo aún soy judío.

Temí que mi velada reprimenda lo volviera a su hoyo de depresión. En lugar de eso, mi padre se calzó su tono más desafiante.

—Yo también soy judío —dijo—, y necesito que me ayudes a luchar por ello. Se ha hecho una gran injusticia en mi contra. Y en contra de todos nosotros. No podemos dejar que esto quede así. Mortera no se saldrá con la suya.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¡Tengo solo dieciocho años!

—El *Ma'amad* no puede hablar conmigo, pero pueden hablar contigo. Tú puedes ser mi vocero —se excitó de golpe—, ¡seremos como Moisés y Aarón! ¡Tú hablarás por mí! Tu edad no tiene nada que ver, eres un joven sensato y maduro. Te tomarán más en serio a ti que a mí.

—Moisés podía hacer milagros, ¿acaso tú puedes? —pregunté.

—Los milagros no existen, Francisco.

—David.

—David… O mejor dicho, sí existen pero son diferentes a los que creen los supersticiosos. ¿Sabes lo que dijo Maimónides sobre los milagros? Los milagros no hacen lo imposible sino que prueban aquello que es posible.

Las palabras de mi padre me causaron una sensación de súbita debilidad. Pensé que debía negarme. Era cierto que su castigo había sido injusto, pero también era innegable que los problemas de papá eran de su propia factura. No podía dejar de pensar que su actitud

había llevado a toda la familia al abismo, en especial a mamá.

Y a pesar de eso, me sentía sin fuerzas para oponerme. Me sentía como una comadreja atrapada por una gran serpiente. El reptil se había deslizado a su alrededor, había paralizado a su víctima y mientras la hipnotiza con sus ojos irresistibles, le clavó los colmillos envenenados.

Mi padre ejercía sobre mí el mismo magnetismo que había cautivado a tantos otros. Pero no se trataba solo de su capacidad de hechizar. Una parte de mí aún buscaba su valoración y sentía que, si lo ayudaba, me ganaría una aprobación que siempre me había escamoteado. Era cierto que mi madurez era mayor que la de muchos jóvenes de mi edad, pero tras mi seriedad y mi moderación, se escondía un adolescente desesperado por el afecto paterno.

Así fue como, unas horas más tarde, nos lanzamos a escribir juntos una carta oficial para el *Ma'amad.* Con mi precoz talento gramatical, yo ayudaba a dar forma más elegante a los alegatos de mi padre. El argumento central era que no había habido delito alguno por parte de papá. Nadie lo había sorprendido violando los mandamientos y el *Ma'amad* no tenía derecho a juzgarlo por lo que pensaba o decía, solo por lo que *hacía*.

—Ortodoxia —me dijo—. Quiere decir en griego "la idea correcta". El judaísmo no es una ortodoxia sino una *orto-praxis.* Lo que importa es lo que hagas, no lo que pienses, por eso es que hay tantas interpretaciones distintas.

—Lástima que los regentes de la ciudad no lo vean de la misma forma.

—Pues si ese es el problema, ¡el *Ma'amad* debe ponerse un par de huevos y enfrentar a los regentes para defender a uno de los suyos!

Otro argumento era que, en el *jerem*, justos pagaban por pecadores ya que toda la familia Prado sufría. Si el *Ma'amad* creía que algún delito se había producido, debían aplicar un castigo más justo que no penalizara a toda la familia. También recalcamos que, siguiendo el principio de la *Teshuva*, los *parnasim* tendrían que haberle dejado a mi padre hacer enmiendas y volver al recto camino.

Cuando entregué la carta al *Ma'amad*, vi cuán tironeados estaban aquellos hombres. De un lado, estaban los regentes con sus condiciones, del otro, Mortera con su intransigencia. En el medio estaban ellos, sintiendo simpatía por el excéntrico doctor de pobres y su predicamento. Sabían que mi padre no tenía, como Spinoza, la posibilidad de integrarse en la sociedad holandesa. El idioma era para él un amontonamiento de sonidos guturales e incomprensibles. Para

complicar las cosas, la actitud de mi padre no tenía precedentes. No prometía dejar sus creencias heterodoxas, pero tampoco aceptaba el *jerem*. Su postura prometía escándalos aún mayores y lo último que quería el *Ma'amad* era un debate público acerca del bendito doctor Prado que ya bastante jaleo había armado.

Por ello, el *Ma'amad* no rechazó mi carta, sino que, para mi sorpresa, nombró a dos representantes que recibirían una dispensa especial para hablar con papá.

Ephraim Bueno y Abraham Telles llegaron a casa unos días más tarde con una sorpresa en las alforjas. Tenían, dijeron, una propuesta para el doctor Prado que podría resolver la enojosa situación en la cual se encontraba. Los dos hombres rebosaban de hidalguía. Tenían maneras tranquilas y gestos principescos. Se expresaban en un castellano literario en vez del portugués bastardo del Vlooienburg.

Mi padre los escuchó tratando de dominar la ansiedad. Se retorcía los dedos como si los estuviese exprimiendo y parpadeaba rápidamente.

—Las acciones del doctor Prado han causado gran consternación y gran daño a la Nación —dijo Telles.

—Como bien sabéis, los holandeses no permiten que toleremos escépticos y ateos en nuestro seno. Vuestras ideas, doctor, ponen en duda las bases del cristianismo tanto como las del judaísmo y los regentes no pueden tolerar que desde nuestra sinagoga se minen los cimientos de su fe —agregó Bueno.

—No obstante —volvió Telles—, el *Ma'amad* sabe de vuestra precaria situación y considera que vuestro accionar, aunque equivocado e inaceptable, no ha sido causado por malas intenciones contra la nación o sus autoridades —tomó una gran bocanada de aire antes de continuar—. Es por ello que hemos decidido haceros una propuesta. Levantaremos el *jerem*…

—¡Gracias! —gritó antes de que el hombre pudiera terminar la frase—. Sabía que entenderíais la injusticia que se me ha hecho. ¡Sabía que no podríais dudar de mi fidelidad a Israel! ¡Gracias!

—Dejadme terminar, doctor —carraspeó Bueno incómodo—. Levantaremos el *jerem* con la condición de que dejéis Ámsterdam, solo o con vuestra familia. Deberéis partir a ultramar, a una tierra donde se practique el judaísmo, y en ese caso la comunidad no solo levantará el *jerem* sino que también os dotará de generosos recursos pecuniarios.

A medida que Bueno hablaba, la euforia que mi padre había sentido brevemente se disipaba como una bandada de pájaros asustados.

—No puedo dejar la nación —dijo con la voz cargada de desilusión —. No voy a empezar de nuevo en alguna colonia de las Antillas, ¡no me podéis pedir que haga eso! He esperado toda mi vida para vivir en libertad aquí, con mis hermanos.

—Doctor Prado, pensadlo bien. El *Ma'amad* puede ser en extremo generoso y la vida en Nueva Ámsterdam no es tan barbárica como dicen.

—¡No! ¡No me iré a ningún lado!

—Estáis excitado ahora, doctor. Pensadlo con frialdad y enviadnos una respuesta en cuanto hayáis considerado la oferta con detenimiento.

A pesar de mi insistencia, mi padre no ofreció ninguna consideración a la propuesta del *Ma'amad*. Su intención era la revocación lisa y llana del *jerem*, así que pronto nos abocamos a la redacción de una segunda carta en la cual desgranábamos argumentos que considerábamos imbatibles. Yo ya había asumido plenamente mi papel de representante y defensor, compenetrándome con los argumentos de papá, aun sin creerlos o entenderlos del todo. Estaba totalmente bajo su embrujo y no veía —no quería ver— la inutilidad de todo aquello. En esta segunda misiva, usamos dos armas secretas: una fue presentar la opinión de un par de teólogos calvinistas amigos de Van den Enden, que certificaban que las ideas del doctor Prado no eran amenaza alguna para la ortodoxia protestante; la otra fue escribir la carta en latín, señalando al *Ma'amad* que nos proponíamos hacerla pública.

Repetimos que mi padre no había violado ningún mandamiento y había respetado escrupulosamente la ley. Dijimos que sus ideas eran justificables dentro del marco de la tradición plural del judaísmo y que si, debido a su debilidad humana, había incurrido en errores, el *Ma'amad* debía ayudarlo a remediar aquellos malentendidos.

Nuestra carta pedía un juicio justo a cargo de un tribunal imparcial, no del *Jajam* Mortera que, obviamente, odiaba a papá y que lo había atacado —a decir de nuestro escrito— "no para enmendar sus errores y volverlo a la buena senda, sino para destruirlo, de la misma manera que destruyó a otros en esta comunidad. Como rabino de la comunidad, su función es educar a la nación. Si mi padre estaba en el error, el eminente Jajam debiera enseñarle el recto camino".

Los testigos de Mortera eran meros niños que habían malentendido y mal transmitido las ideas de mi padre, sacándolas de su contexto, decía la carta.

Finalmente detallamos los riesgos y sacrificios que mi padre había

corrido para mantener el judaísmo en España y aun en los Países Bajos. Citamos que había rechazado prestigiosos puestos universitarios en Bruselas, Leiden y Amberes pues requerían como condición su conversión al cristianismo.

El *Ma'amad* recibió la carta y se tomó un largo tiempo en responder.

Entretanto, mi padre requirió mi ayuda en cosas algo más prosaicas. Su insaciable lascivia se había recuperado con gran rapidez de la muerte de mamá.

No contento con avergonzar a la familia con sus mal disimuladas excursiones al Haarlemkijk, en los últimos tiempos había tomado el hábito de seducir jovencitas. No era difícil conquistar damiselas en la atmósfera libre de Ámsterdam, pero a mi padre se le daba por prometer matrimonio con excesiva facilidad. Las jóvenes, teniendo ya excusa formal para ofrecerse de lleno a aquel hombre mayor pero cautivante, entregaban la virtud y se dejaban desflorar con enardecida docilidad.

Algunos, en especial aquel poeta advenedizo y obsecuente de Miguel de Barrios, acusaron a mi padre de haber engañado a aquellas niñas a sabiendas y con premeditación. Yo, aunque su actitud me asqueaba, creía que no tenía malicia. Mientras estaba con ellas, realmente creía que se había enamorado y sus promesas no traicionaban engaño sino inconstancia.

También en aquellos meses, papá siguió en contacto con Spinoza. Debo reconocer que nunca tuve simpatía por aquel joven taciturno y sabelotodo que mostraba con impudicia una humildad apócrifa.

Como miembro de la nación, no podía mantener contacto alguno con Spinoza, pero dada la cercanía que tenía con mi padre, era imposible no cruzarme con él e intercambiar una que otra palabra. Me tomó bastante tiempo admitir que lo que realmente me molestaba de Spinoza era la adoración mutua que ambos se prodigaban, la veneración con la que papá lo miraba.

A pesar de que eso debilitaba aún más sus posibilidades de reconciliación con el *Ma'amad*, papá siguió yendo a aquellos salones en los que se encontraban a filosofar hombres, y a veces mujeres, de religiones diversas. Varias veces yo lo acompañaba, disimulando mi identidad bajo negros atuendos holandeses y una raída gorra flamenca. No es que me interesaran las ideas nuevas, por algún motivo soy impermeable a la herejía: no me escandaliza, me es indiferente. Desde que me fueran revelados mis orígenes judíos, acepté la fe de

Moisés con una actitud a mitad de camino entre la pasión y la resignación. Desde nuestra vuelta al judaísmo, había decidido no abrir la puerta a la duda. El judaísmo le daba un marco a mi vida y calmaba las angustias existenciales que, cada tanto, sacaban a relucir su fea cabeza. No necesitaba y no le pedía más que eso.

Mi motivo para asistir a aquellas reuniones no era intelectual, sino observar de cerca a papá y evitar que se metiera en problemas aún mayores. Aquello no era tarea fácil, pues él y Spinoza eran una gran atracción en aquellas veladas; los dos judíos expulsados de la sinagoga, aquellos que tenían ideas que transformarían el mundo. Muchas de sus ideas eran, de hecho, revolucionarias no solo en lo religioso sino también en lo social. Los dos heterodoxos aborrecían el absolutismo y la dictadura y creían en una política basada en la legitimidad popular, un gobierno cuya más importante función fuera garantizar la libertad de los ciudadanos. Aun más, imaginaban una sociedad donde todos fueran iguales ante la ley y en la cual las diferencias religiosas, o la falta de religión, fueran un elemento que perteneciera estrictamente a la vida privada. El Estado sería completamente secular y todos tendrían libertad de filosofar, es decir, pensar acerca de Dios y el universo lo que más les viniera en gana. Nada ni nadie podía vulnerar la libertad de consciencia y de palabra de los ciudadanos.

El contacto con su otro amigo, Daniel Ribera, se cortó abruptamente cuando este partió a Inglaterra. Mi padre había tenido razón. Ribera se había cansado del judaísmo y se había convertido a la religión anglicana. Igualmente, no sucumbió a la tentación de sentirse traicionado por Ribera. Tomó su deserción con filosofía, como si fuese un signo de una bella utopía mesiánica en la que cada hombre elegirá su destino y su fe como más le plazca.

En aquel invierno de 1658 hubo un recordatorio de que, aun en Ámsterdam, algunas ideas podían ser peligrosas para mi padre y sus compañeros. Un día entró a casa corriendo, agitado y lívido. “Ven rápido —me dijo—, ¡han atentado contra Bento!”. Un loco había asaltado a Spinoza a la salida del teatro al grito de “¡Hereje!” y había intentado acuchillarlo. Solo le había causado una herida superficial, pero la mera posibilidad de perder a su amigo había puesto a mi padre en un estado de ansiedad extrema. Lo ayudé a atender a Spinoza sin poder evitar los celos. En los cuidados que le prodigaba, lo trataba más como a un hijo que como a un paciente.

Spinoza le mostró a papá su abrigo rasgado por el cuchillazo que había buscado sus costillas y le habló con voz cansada y aún cargada

de susto: “Ves, Daniel, seguiré usando este abrigo siempre, para recordarle al mundo y a mí mismo los riesgos del fanatismo en el que la religión sume a la gente”.

No obstante, una vez pasado el susto del ataque, comencé a percibir, no sin cierta satisfacción, que aquella cofradía de condenados que formaban Spinoza y mi padre comenzaba a resquebrajarse. Las brechas eran casi imperceptibles, pero se iban extendiendo de a poco, como aquellas rajaduras en los pólders y diques de Holanda que la presión del agua va agrandando lenta pero inexorablemente. Recuerdo una conversación que presencié entre ambos acerca del valor de la profecía. Spinoza, en su dogmatismo racional, consideraba a los profetas como seres excitados y algo desequilibrados. Papá veía el asunto de una manera distinta. De seguro, no creía que un profeta pudiera hacer milagros o predecir el futuro, pero amaba la sabiduría y la justicia que fluían de sus palabras. Hasta usaba a los profetas para justificar sus actitudes frente a la religión. “¿No había dicho Isaías —exclamaba— que lo importante no era el ritual sino ‘dejar de oprimir al necesitado, desatar las ligaduras de la injusticia, compartir el pan con el hambriento y cubrir al desnudo’?, ¿no había denunciado Jeremías la corrupción de los gobernantes? ¿No había clamado Amós ‘que la justicia fluyera como un poderoso torrente’?”.

Luego del atentado fallido, Spinoza había escrito un pequeño tratado lleno de amargura que se llamaba algo así como *Apología de mi salida de la sinagoga* que había irritado a mi padre. Spinoza había desarrollado una profunda antipatía por el judaísmo. Creía que el particularismo judío, aquella resistencia a fundirse entre los pueblos, era enfermizo y anacrónico. “Lo que no quiere reconocer —decía papá— es cuán influidas están sus ideas por la experiencia judía. Cuanto más intenta escapar del judaísmo, más judío se vuelve”.

La fama de mi padre, el excomulgado rebelde de Ámsterdam, alcanzó a sus antiguos perseguidores, que nunca habían perdido interés en él. Dos curiosos personajes aparecieron un día en una de sus tertulias, uno se llamaba Maltranilla y otro Solano Robles. Años más tarde supimos que ambos habían escrito sendos reportes al Santo Oficio hablando de los dos herejes, Spinoza y Prado, que no creían en Dios sino en un sentido filosófico y que habían sido expulsados de la sinagoga. Solano Robles había caído un poco bajo el embrujo del carisma de papá, quien pasó largas horas explicándole sus ideas y

hasta trabó con él una cierta amistad. Mi padre no era ingenuo y sospechaba que tal vez aquellos nuevos visitantes eran agentes de la Inquisición, pero tal vez eso lo tentaba, como si sintiese un irrefrenable deseo de jugar con fuego. O tal vez en algún oscuro rincón de su mente torturada sentía que la Inquisición confirmaba sus ideas. Años más tarde entendí por qué. Cuando la Inquisición perseguía a los cristianos nuevos, en especial a aquellos que eran fieles católicos, lo que aducía era que a pesar de la conversión, los judíos seguían siendo judíos. Había una *esencialidad* de la condición judía que no se desvanecía con las aguas bautismales. Había algo en el judío que era como una esencia imposible de eliminar, aun con la conversión, una especie de una mancha imborrable. Mi padre, paradójicamente, pensaba algo similar: había algo en su ser judío que no dependía de creencias o acciones específicas. La identidad para él no se basaba ni en rituales ni en dogmas sino en algo más profundo. Ser judío era para él una parte central de su esencia como ser humano. No podía dejar de serlo aunque lo quisiera. No podía definir claramente en qué consistía esa esencia, pero sabía que era irrenunciable. Por eso el *jerem* era inaceptable para él, porque creía que ser judío era parte de una condición esencial e inmutable. Tolerar el *jerem* era para él como aceptar que le extirparan el corazón.

En aquellos días de primavera frágil y pajiza, mientras Solano Robles y Maltranilla escribían sus viles reportes a la atención del lejano tribunal, un recadero apareció en la puerta de nuestra modesta vivienda. Tenía un gesto tímido y ligeramente asustado, como si temiese que la nube gris de apostasía que cubría la casa se le pegase a las ropas y a la piel. Rechazó la oferta de entrar en la casa y me extendió una mano nudosa que aprisionaba un sobre lacrado. Estaba dirigido a David de Prado y tenía las letras hebreas *bet* y *he*, acrónimo de “con la ayuda de Dios”, con el que los judíos observantes encabezan sus cartas. Sobre el lacre carmesí se había hendido el sello inconfundible del *Ma’amad.*

AMBERES, 1660

Entramos a Amberes un día de invierno tardío. Las mulas y los bueyes respiraban con dificultad, mancillando el aire gélido con volutas blancas de vapor. El empedrado estaba cubierto de una viscosa alfombra hecha de tierra y bosta, amalgamada con retazos de una garúa insuficiente y pálida. Pensé que alguien se había tomado el trabajo de pintar de gris cada piedra y cada ventana de la ciudad.

Caminamos escoltados por tiendas cerradas y ralas tropillas de ovejas flacas. La gran torre de la catedral se alzaba entre los tejados descoloridos como si pidiese perdón. Parecía mirar la decadencia de su ciudad con aquella tristeza de quien aún no ha recibido el alivio de la resignación. Desde la independencia de los Países Bajos del Norte, el río Escalda estaba bloqueado a la navegación, y el rico comercio que animaba a la perla de Flandes había migrado a Ámsterdam, a gozar de la libertad y el capital fácil. La ciudad que nos recibía había perdido más de la mitad de sus habitantes en apenas un par de décadas. Amberes es ahora una ciudad mendiga, que se alimenta de sobras. Vive de pasadas glorias y del reflujo que regurgita Ámsterdam. Pensé que eso éramos nosotros: residuos de Ámsterdam, de España, y de Italia; efluvios de una Europa que nos vomitaba una y otra vez.

Felipa María caminaba al costado de las mulas con una cofia blanca cubriendo su cabellera de penumbra y desorden. El color de su tez era como el de la luz de las estrellas reflejadas sobre una roca desnuda.

Papá avanzaba sin mirar a los costados, como si dos garfios le sostuviesen la cabeza. Lo vi tragar con fuerza y lo miré con recelo. Si estábamos aquí, ejecutando la patética marcha de la derrota, era por su culpa. Sin embargo, no percibí ningún sentimiento de culpa en su rostro amarillento. En sus ojos había solo tristeza, y una profunda soledad escondida en cavernas de hueso y cejas. Siempre había parecido más joven. Mucho más joven, pero ahora los años le habían caído encima de golpe. Apilaba destierros y los desarraigos habían

labrado profundos surcos en la frente y alrededor de sus ojos.

Dejar Ámsterdam le había dolido hasta los tuétanos. No era solo una ciudad que amaba; era el lugar que había sido su norte, su sueño y su ilusión. Cuando nos marchamos, acarreando nuestras modestas posesiones, miró hacia atrás, y donde yo veía los muros de la ciudad, él vio un campo yermo, poblado con los escombros de sus sueños y los cadáveres podridos de sus quimeras.

Mientras nos acercábamos al centro de Amberes pensé en lo inevitable que había sido nuestra partida. Luego de un tiempo de “estudiar el asunto en profundidad” el *Ma’amad* había rechazado por unanimidad nuestro pedido de revocar el *jerem*. Lo hizo en un mero gesto administrativo, como si papá no mereciese el esfuerzo de una ceremonia. Sufrimos otro revés cuando la comunidad de Hamburgo, aquella en la que mi padre se había vuelto al judaísmo, se negó a intervenir a nuestro favor. Fue particularmente doloroso para él que el doctor Castro, aquel que nos había acogido con tanta calidez y que se había convertido en amigo de mi padre, no quisiera —según dijo— “intervenir en los asuntos internos de otra Santa Congregación, en especial una tan docta como la de Ámsterdam”.

Papá siguió peleando, escribiendo y esgrimiendo argumentos de aceptación imposible. Se sumió en otro de sus pozos sin fondo y se refugió en los abrazos efusivos y las carnes compactas de aquellas jóvenes mujeres que sucumbían ante el doctor de verba exótica y aspecto distinguido. Al deseo constante y enfermizo de mi padre no había depresión ni revés que lo apagara.

A finales de 1659, luego de meses de apelaciones infructuosas, la penuria comenzó a hacerse insoportable. Sin los subsidios de la comunidad y sin una baza de pacientes constantes y de buen pagar, el dinero se agotó rápidamente. En esos años yo era un mero aprendiz de comerciante y no ganaba lo suficiente como para sacarnos del cenagal. De más está decir que los miembros de la nación no se mostraban muy dispuestos a trabajar con el hijo del hereje.

La balsa de salvación vino de la mano de un noble español, un rico diplomático y comerciante llamado Josef Guerra que sufría de una rara afección similar a la lepra y no conseguía doctores que lo trataran con buen arte y empatía. Mi padre lo encontró en una de aquellas tertulias de filósofos y literatos y reparó de inmediato en su piel lacerada. Más por compasión que por interés económico se ofreció a tratarlo. Guerra vivía en Amberes pero visitaba Ámsterdam a menudo, y fue durante aquellas visitas que papá fue aliviando sus ulceraciones y comenzó a limitar y retardar los efectos de la enfermedad. A partir

de las recomendaciones de Guerra, otros nobles españoles de Ámsterdam comenzaron a su vez a requerir sus esporádicos servicios, demasiado esporádicos para mitigar la pobreza y la precariedad en la que vivíamos.

Al poco tiempo, el hombre le ofreció a papá un puesto permanente en Amberes como su médico personal. En el salario había más seguridad que generosidad. La idea de un sueldo fijo, en vez de la interminable tarea de pagar las cuentas con ingresos inestables, era más necesaria que tentadora y papá aceptó la oferta en un momento de debilidad y depresión. Lo hizo con furia y desdén, como si con su partida estuviera sometiendo a Ámsterdam a un castigo ejemplar. Era como el amante despechado que se consolaba diciendo que la amada no lo merecía.

Felipa María y yo lo apoyamos a regañadientes. Sabíamos que mientras nos quedáramos en Ámsterdam nuestro futuro estaría hipotecado. No había forma de levantar el velo de escarnio que flotaba sobre la familia y tampoco podíamos integrarnos en la sociedad holandesa tal como Spinoza había hecho. Tal vez a orillas del Escalda podíamos tener una nueva oportunidad. Como parte de los Países Bajos del Sur, Amberes era aún un dominio de la Corona de España. Pero el rey ejercía una autoridad tenue y distante sobre aquella colonia, creando una especie de limbo político. Aquella vaguedad se extendía también al ámbito religioso. La Inquisición nunca llegó a afianzarse en aquella parte del imperio y la ciudad hervía de calvinistas imprudentes, luteranos irredentos, judíos mal ocultos y conversos insinceros. La fachada de corrección que se debía guardar era tenue y esporádica. No era sorprendente que aquella ciudad se hubiera convertido en refugio de aquellos que no tenían ningún lugar mejor donde caerse muertos.

El día de la partida, papá visitó por última vez a Spinoza. Aunque las diferencias entre ambos se habían vuelto irreconciliables, aún — para mi disgusto— se querían como padre e hijo. Era tanto una cuestión de creencias como de carácter. Una vez que Spinoza esbozó sus ideas, estas se cristalizaron con la inevitabilidad de un esquema geométrico. Dejó de dudar, se volvió seguro de su ciencia y de sí mismo. Papá, por el contrario, nunca terminó de aceptar algo como un dogma incuestionable. Era inseguro y dubitativo, como si su única ideología constante fuese la duda. Vivía generando preguntas que nunca terminaban de encontrar el solaz de una respuesta.

—Tú crees que la ciencia y la razón dominarán el futuro —le dijo a

Spinoza—. Tal vez no lleguemos a verlo, pero algún día la ciencia también fracasará como ha fracasado la religión y la duda dominará el mundo.

Spinoza también empacaba. Tosía insistentemente con un carraspeo áspero y quedo. Papá no pudo evitar mirarlo con ojo clínico. Luego dirigió su vista a la mesa en donde Spinoza pulía lentes y pasó el dedo por la superficie de madera. Un polvo fino y blanco se adhirió a sus dedos. Le leí la mente, Spinoza había estado inhalando grandes cantidades de limadura de vidrio que le arañaban los pulmones por dentro.

—Debes tener cuidado, Bento.

—Te agradezco, Daniel, pero no te preocupes, estoy bien.

Mi padre sacudió la cabeza con fastidio.

—¿Qué harás en Rijnsburg? —le preguntó.

—Lo mismo que aquí —contestó—, pero con más tranquilidad. En Rijnsburg está la sede de los *collegiantes* y sabes que me gusta cómo piensan.

A la mención de aquel grupo protestante, que muchos consideraban casi herético, papá arqueó las cejas.

—Ellos creen también que Dios escribió la Biblia, Bento.

—Sí y ya sabes que no cambiaré mi opinión sobre la autoría humana de la Biblia, pero los *collegiantes* permiten total libertad de creencias y prácticas. Creo que habrá una mayor libertad de pensamiento en una ciudad controlada por ellos.

Se sentó en una silla de madera desnuda. Había cansancio en sus finas facciones aniñadas. Papá lo imitó.

—Y tú, Daniel, ¿qué harás? —preguntó.

—No lo sé. Seguir luchando, supongo.

Spinoza no respondió. Ya habían discutido del tema mil veces y no había gran cosa que agregar. Papá lanzó un suspiro cargado de sobreentendidos y se calzó aquella sonrisa tan irónica y tan suya.

—Pues según tus ideas, no tengo alternativa. Solo hago lo único que puedo hacer, forzado por una ineluctable cadena de causas y efectos… Tú crees que no hay libre albedrío, ¿recuerdas?

—No, Daniel, *nosotros* creemos… Estas ideas las fraguamos juntos.

—Bento, yo creo que hay algo más que matemática en la conducta del hombre, en sus elecciones y sus pasiones. No todo puede reducirse a un teorema, en especial no algo tan complejo como el alma humana. No creo en aquello de que hay un Dios que nos guía, pero tampoco pienso que el hombre sea un pasivo objeto de una red de leyes lógicas.

—No, Daniel, el hombre que se une a su esencia racional obtiene

aquella unidad con el todo, con Dios y con el universo.

—Entonces sí que elige, *elige* usar su razón…

Bento amagó responder, pero papá lo detuvo con un movimiento de la mano.

—Deja, Bento, ya lo hemos hablado muchas veces, y sabes que no puedo debatir contigo, pero en este punto particular del libre albedrío no me has convencido.

—Y tú no has conseguido explicarme por qué sigues luchando para que el *Ma'amad* te readmita. Qué te importa lo que piense un grupo de supersticiosos guiados por el miedo y la ignorancia.

—Ya lo ves, no todo puede explicarse por la razón…

Bento lo miraba con ojos suaves y ligeramente inyectados.

—Daniel, la supervivencia del judaísmo es una anomalía que se explica solo por la persecución de los gentiles. La estupidez de la Inquisición con su pureza de sangre es lo que mantiene la discriminación y con ello mantiene vivo al judaísmo. Los judíos han sobrevivido porque los han forzado a permanecer como un grupo separado y discriminado.

—Hemos —precisó papá.

—¿Qué?

—*Hemos* —repitió—. No *han*. Tú también eres judío. ¿Nunca has pensado que tu énfasis en la unión de Dios, la razón y la lógica se basa en la idea judía de la unicidad de Dios? ¿Recuerdas aún aquello de *Adonai Ejad*? Has tomado aquella idea y la has llevado al extremo, eso es todo.

Spinoza movió la cabeza en un signo de derrota.

—Y además —prosiguió mi padre—, no creo que haya sido solo la persecución lo que mantuvo vivo al judaísmo. Creo que hay muchas cosas, como el sentido de pertenecer, el trascender la propia vida en una tradición milenaria, la cultura, la comunidad de destino, los valores humanistas… puedo creer en todo esto sin creer en los mandamientos ridículos de los rabinos y hasta sin creer en Dios. Y tengo derecho a luchar para impedir que me lo quiten… Pero claro —su tono tenía enfado y lo había alzado un par de octavas—, todo eso no tiene lugar en tu prolijo mundo de razón y lógica.

Inmediatamente se arrepintió de la ironía y del tono agresivo. Puso la cabeza entre las manos y habló en voz baja:

—Lo siento, Bento, no quiero discutir. No contigo.

—Ni yo contigo, Daniel, respeto tus creencias, aunque no las comparta. Solo me duele que nuestros caminos intelectuales se separen. Durante mucho tiempo tú fuiste la única persona con quien

hablé de mis ideas. Sin ti no habría descubierto la luz de la razón. Sin ti seguiría hundido en la ignorancia… Te debo mucho. Creo que con nuestras ideas empezamos a construir un mundo nuevo y me apena que no sigamos juntos en este camino —hizo una pausa—. Te extrañaré. Eso es todo.

Papá desenterró la cabeza de entre sus brazos y señaló una pila de papeles. Se asió a lo que pudo para cambiar de tema.

—¿Estás escribiendo? ¿Lo publicarás?

Spinoza esbozó una sonrisa triste y jugueteó con el anillo que mi padre le había regalado. Acarició el relieve de la inscripción.

—No, no publicaré nada. Ya sabes que no busco ni publicidad ni escándalo.

Hablaron un poco más, amigables y distantes, como si ya fuesen dos extraños que intercambiaban palabras cordiales e inconsecuentes. Al cabo de un rato, Spinoza se puso de pie y papá también. Se miraron un momento en silencio, mesurados y cautos. Luego, la sangre judía e ibérica que ambos portaban desató su torrente de emoción y se fundieron en un abrazo, que se me antojó el más sentido y el más triste de la historia. Se separaron con ojos vidriosos y nos encaminamos hacia la puerta.

—Cuídate, Bento.

—Tú también, Daniel.

A medida que emergíamos a la calle por la puerta entreabierta, escuché a papá murmurar: “Que Dios te bendiga, Baruj”.

Nos instalamos en Morianstraat, una pequeña calle cercana al Grote Markt. Era una casa corroída por el tiempo y la desidia, pero Felipa María, que había heredado el buen gusto y la eficiencia de su abuela, se abocó a convertirla en un lugar habitable. Pronto descubrimos que no todo era decadencia en la ciudad del Escalda. Aun en su disminuido poder, Amberes seguía siendo el centro del poder español en el norte de Europa. Un poder vapuleado y gastado, pero imponente. Y como en todo lugar en donde España ejercía su autoridad, el contraverso había florecido. En efecto, Amberes era también una superficie porosa para el comercio ilegal entre españoles, holandeses, ingleses, alemanes e italianos. La Bolsa, que había precedido a la de Ámsterdam y a la de Londres, seguía funcionando a pleno y los portugueses jugaban un importante papel de intermediarios al servicio de nobles españoles y ricos burgueses del norte. De hecho los portugueses, entre los cuales había marranos, católicos devotos y judíos evidentes, formábamos una comunidad

aparte. Un enclave más en una ciudad de enclaves. En aquel contexto de comercio apenas lícito y herejías mal escondidas, yo —con mi valorada experiencia en Ámsterdam— pude rápidamente encontrar un trabajo junto a *homens de negozios*. Así, empecé un camino lento y sinuoso pero ascendente. Papá comenzó a servir a Guerra, a otros nobles españoles y a algunos portugueses. No quería que nos afincásemos demasiado en Amberes. “Esto es solo temporario —decía —. Pronto el *Ma’amad* levantará el *jerem* y volveremos a Ámsterdam”. Pasaba horas enteras escribiendo febrilmente alegatos en su defensa, pero nada de lo que escribía lo convencía. Muchas veces lo encontraba rodeado de papeles abollados y velas consumidas. A veces, entre bufidos y golpes en la mesa, clamaba cuánto envidiaba a Spinoza y a todos aquellos que podían poner sus ideas en el papel con tanta facilidad.

Para papá eran tiempos grises. Tiempos de transición hacia la nada. La muerte de Mortera aquel mismo año no le causó a papá ningún solaz. En su atormentada cabeza, a la vez odiaba y entendía al viejo rabino. Cuando se enteró de la noticia me pidió que no me alegrara. “Era un gran hombre, y a fin de cuentas quería lo mismo que yo: la continuidad del pueblo judío”. Sus palabras no venían de la magnanimidad y la nobleza sino de la duda. Quizá, pensaba, el viejo tenía razón.

Solo encontraba serenidad cuando atendía enfermos pobres. Se pasaba horas hablando con ellos, ellos le daban paz y él los reconfortaba con su arte y su voz cálida. Aquellas familias que vivían en el puerto aversonado y en las tintorerías decrépitas que alguna vez habían teñido telas inglesas recibían a mi padre como si fuese un príncipe de la esperanza. Él los mantenía con vida lo más que podía, y ellos, sin saberlo, hacían lo mismo con él.

La duda para papá era un estado permanente, pero cuando aquella duda se mezclaba con depresión y angustia el resultado era explosivo e impredecible. Un día me pidió que lo acompañara a ver a un pastor calvinista ya que había pensado convertirse a aquella religión. Una vez frente al severo predicador, no pudo evitar trenzarse con él en una épica disputa teológica, que acabó con papá y yo expulsados de su presencia. Otro día fue a ver a un conocido líder luterano. Volvió a las varias horas con un ojo negro y una mano vendada.

—Deberías ver cómo quedó él —me dijo con una sonrisa tristísima.

En esos meses lo odié. No entendía por qué no podía simplemente arrepentirse y volver al seno del pueblo que tanto amaba.

—¿Por qué no puedes abjurar? —lo cuestioné un día.

—Algún día lo entenderás, Francisco.

—¡David! Y no, no voy a entenderlo. ¡Miente aunque sea! Nunca has tenido problemas en fingirte católico devoto, ¡pues haz lo mismo y volvamos a Ámsterdam!

—Si he vuelto al judaísmo es para ser libre, David, no para seguir mintiendo.

Podía vivir en una mentira, pero no en otra. En Amberes tuvo que mostrarse como católico y en la iglesia lo llamaban Juan de Prado "Renato", pues había vuelto a nacer a la verdadera fe. En privado, prohibió que lo nombraran así y se siguió llamando Daniel.

No obstante la furia y la vergüenza, mi padre siempre terminaba por ejercer sobre mí un poder casi mágico. A pesar de lo que me ofendían sus ideas y sus actitudes, no podía terminar de enojarme con él. A veces pasaba un par de días sin hablarle, pero él siempre encontraba la forma de aflojarme. Más que nada, sentía que no podía enfadarme con un hombre tan desgarrado por la desdicha y la incertidumbre. Como aquella vez que lo encontré sentado en la oscuridad, el blanco de los ojos refulgiéndole en la penumbra.

—¿Estás bien, papá? —pregunté.

—El problema de querer entenderlo todo es que terminas por no saber nada —dijo en lugar de responder.

Finalmente, un día de 1662, un acontecimiento inesperado hizo que la esperanza se atreviera a despuntar por entre los cielos cenicientos. "Ahora todo cambiará", dijo papá.

Algunos de nuestros amigos de Ámsterdam seguían manteniendo un contacto tenue y subterráneo con papá. En especial Reynoso, aquel que nos había recibido cuando llegamos de Hamburgo. Fue él quien, a través de un intermediario, nos hizo llegar la gran noticia: Baltasar Orobio de Castro, el amigo más entrañable, había llegado a Ámsterdam.

En una festiva ceremonia cambió su nombre a Isaac y volvió al pueblo de Israel para vivir como el judío pleno que siempre había querido ser. Aún más que papá, fue recibido como un héroe. Se había escapado de Toulouse, en donde se había convertido en uno de los médicos más famosos de Europa, enseñando en la universidad y atendiendo a miembros de la familia real francesa. Lucía las marcas de la prisión y la tortura inquisitorial como si fuesen condecoraciones que atestiguaban su fidelidad a la verdadera religión y a la ley de Dios. No creo que fuera mejor médico que papá, pero era sin duda más hábil en vender sus servicios. Apenas llegado a Ámsterdam, los

más grandes nobles de la ciudad, judíos y gentiles, ya se habían confiado a aquellas doctas manos que habían sanado los cuerpos reales de Francia y España. A diferencia de papá, Baltasar había llegado con dinero y de inmediato se abocó a contribuir con generosidad a la *finta*, la *imposta* y otras obligaciones caritativas de la nación. En solo unas semanas se transformó en uno de los líderes intelectuales de la comunidad.

El semblante de papá cambió de inmediato. Las brumas de pesar y desaliento que lo cubrían desde hacía dos años se esfumaron de un plumazo. Parecía estar bajo algún encantamiento que le había hecho perder veinte años de un golpe.

—Vamos a Ámsterdam a ver a Baltasar —dijo, hecho una madeja de excitación.

—Pero, papá…

Iba a recordarle su *jerem*, iba a decirle que Baltasar lo había denunciado a la Inquisición, pero me retuvo con un gesto de la mano.

—Baltasar es más que un hermano. Este es uno de los días más felices de mi vida. Debo ir a abrazarlo y juntos terminaremos con esta farsa ridícula del *jerem*.

Dejamos Amberes durante una aurora interminable, que anunciaba un nuevo día sin prometerlo. Marchamos sobre mulas viejas y lentas. Baltasar había sido el único amigo verdadero de mi padre, más que Spinoza, más que Ribera, más que el cardenal. Durante todo el trayecto tuve que soportar que me contara anécdotas interminables sobre sus años de juventud y su vida de estudiante. Las historias eran o aburridas o inapropiadas. No me molestaba tanto la naturaleza pueril de las historias como la complicidad que había habido entre ambos, similar a la que había tenido luego con Spinoza, ante la cual lo único que yo podía hacer era sentir envidia, como quien mira una fiesta desde afuera, con la nariz contra el vidrio.

Papá quería sorprender a su amigo y, por mi intermedio, Reynoso nos dijo que Baltasar estaría en el pueblo de Weycke tratando a algunos nobles que se habían refugiado allí desde el último embate de la plaga. Nos presentamos sin anunciarnos en una casa coqueta de ladrillos de terracota y vigas de roble. Un sirviente abrió la puerta y mi padre —totalmente dominado por la emoción— enmudeció.

—Venimos a ver al doctor Orobio de Castro —dije en holandés, como pidiendo perdón.

En toda evidencia, el criado desaprobaba la intrusión. Nos dirigió al interior de la casa con un gesto seco. Era una casa sobria, pero igualmente su riqueza se dejaba ver en las alfombras tejidas que

cubrían los listones del piso y en los tapices que colgaban de las paredes cuidadosamente estucadas. Supuse que se trataba de una casa que un rico comerciante había puesto a disposición de su médico. Mis pupilas tardaron un poco en acostumbrarse a la luz tenue y temblorosa de la vela.

—¿Quién lo busca?

Antes de que pudiéramos responder, algo o alguien se movió en el fondo de la estancia.

—Johannes, ¿qué fue ese ruido? —clamó una voz calma pero severa desde el fondo del salón.

La sombra se fue moviendo hasta quedar bajo la luz del candelabro que pendía del cielorraso en el centro de la habitación. Fue entonces cuando nos vio. Sus ojos se abrieron y los pelos de su prolija barba cana parecieron erizarse. Estaba vestido de negro, con un cuello blanco que se volcaba como una cascada sobre un pecho ancho y adusto. Todo en él proyectaba nobleza y aun en su sorpresa y desconcierto había un halo casi tangible de majestad a su alrededor. Llevaba en la mano unas gafas que intuí había estado usando para leer. Las gafas cayeron al suelo, pero nadie bajó la vista para ver los cristales partidos.

—*Ga dan veg*, Johanness —dijo Orobio, casi en un susurro. El criado lo miró asustado y se marchó hacia el piso superior.

Allí nos quedamos, a unos pocos pies de Orobio, pero entre nosotros parecía haber un río torrentoso, imposible de cruzar.

Por las mejillas de papá caían gruesas lágrimas silenciosas, hijas de un llanto sordo, demasiado profundo como para ser expresado en sollozos.

Orobio finalmente dio un par de pasos tambaleantes y miró a mi padre con ojos que ofrecían un paisaje de desazón y remordimiento. Papá rompió el embrujo. Se acercó a él y lo estrechó en un abrazo. Pero Orobio no replicó el gesto, se quedó parado con los brazos atados al cuerpo. Había abrazado a una columna de piedra.

—¡Gracias a Dios, Baltasar! ¡Gracias a Dios! —repetía mi padre, ajeno a la impasividad de su amigo.

Finalmente Orobio habló, la voz un hilo quebradizo:

—Daniel, no puedes estar aquí.

Papá se separó de él con una sonrisa incrédula y nerviosa.

—No puedo hablar contigo, Daniel —continuó Orobio, había bajado la cabeza y sus ojos anegados brillaban con un dolor oscuro y plúmbeo.

—¡Baltasar! —exclamó mi padre—. ¿Qué te sucede? ¡Soy yo!

—Ningún judío puede hablar contigo, Daniel —se volvió hacia mí y dijo—. Señor, explicadle a vuestro padre que no puedo…

Papá lo interrumpió tomándolo de las solapas, en un segundo la felicidad se transformó en sorpresa, que a su vez se transformó en descreimiento.

—Baltasar, ¿te has vuelto loco? ¡Soy yo, tu amigo, tu hermano!

Baltasar me siguió hablando sin mirar a papá.

—Señor, decidle a vuestro padre que no puedo hablar con él.

La forzada frialdad de Baltasar terminó por sublevarlo. Lo tomó de los hombros y lo sacudió con fuerza.

—¡Ni señor ni la puta que lo parió! Soy yo, Baltasar, ¡despierta! —repetía.

Finalmente, Baltasar Orobio se zafó de los garfios férreos que lo sostenían y habló con veneno en la voz.

—¡Yo no soy tu hermano! Tú eres un maldito hereje, un traidor, un renegado y un ingrato —punteaba cada insulto clavándole el índice en el pecho. Luego se levantó la camisa y dejó ver una cruel cicatriz en la base de las costillas.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó—. Aquí clavaron unos crampones de hierro que engancharon en mis costillas, luego ataron cuerdas al metal y me mantuvieron suspendido en el aire durante un día entero.

Sin tratar siquiera de contener la furia, se levantó la camisa aún más y dejó ver su pecho blanco y lampiño. En el lugar donde habían estado las tetillas había manchas marrones, ligeramente circulares.

—¿Sabes qué es esto? ¡Me marcaron con un hierro al rojo vivo, como al ganado, mientras yo trataba de ganar tiempo para que tú pudieras escapar! ¿Y todo para qué? ¡¿Para que te vuelvas un ateo y un hereje?! Has renegado de todo aquello por lo que hemos peleado, no has tenido ni siquiera respeto y consideración por los mártires. ¡No has pensado en todo lo que yo he sufrido!

Papá tartamudeó, confuso, aún sin poder creer la reacción de su amigo.

—Pero, Baltasar…

Orobio lo miró con ojos trocados en bolas de fuego y lanzó un rugido que hizo temblar los cristales.

—¡No me llamo Baltasar! ¡Me llamo Isaac!

La violencia del grito congeló a papá. Baltasar Orobio pareció sucumbir a un agotamiento tan súbito como total. Se sentó en una silla y hundió la cabeza entre las manos.

El criado volvió a bajar alertado por los gritos. Yo lo despedí con

un gesto.

Papá suplicó, con lágrimas de desconsuelo.

—Isaac, por favor…

Orobio no levantó la cabeza. Habló desde la cueva que formaban sus brazos en voz baja y ronca, como si los gritos le hubiesen lijado la garganta. Había en su voz un cansancio infinito.

—Señor De Prado, decidle a vuestro padre que por orden del *Ma'amad* no puedo estar a menos de cuatro varas de distancia de él. Debéis marcharos.

Salimos de la casa y escuchamos la puerta cerrarse detrás de nosotros. Papá caminaba tambaleándose, presa de un aturdimiento que, piadoso, le impedía ver la magnitud de la tragedia que acababa de sufrir. Lo guie tomándolo suavemente del brazo. Lo senté sobre un banco de madera de lo que debía ser la plaza del mercado. En ese momento sentí una ola de compasión por aquel hombre vencido. Lo tomé de los hombros y lo abracé.

—Papá —le dije—, aún me tienes a mí. Yo nunca te aversonaré.

Fue ahí cuando se deshizo. Se arrojó sobre mi pecho y lloró desconsoladamente, mientras lo acunaba como a un niño. Era un despojo de miseria que llevaba encima una tristeza para la cual aún no se ha inventado un nombre.

Los sollozos se apagaron lentamente mientras el cielo violeta se llenaba de estrellas que me recordaron a las velitas de los servicios fúnebres. Pasó un largo rato mientras la respiración de papá se aquietó y el ocaso despiadado terminó de cubrir la ciudad con un manto de espinas negras. Fue entonces cuando apareció Johannes, el sirviente de Orobio. Habló en un español pesado de acentos.

—El *dokter* Castro me mandó a buscaros. Le preocupa que no tengáis dónde pasar la noche y os ha arreglado un cuarto en la posada de la villa. Me ha pedido que os guíe hasta allí.

Me pareció extraño que Baltasar Orobio se inquietara por nosotros luego de la terrible escena que había presenciado. Papá estaba demasiado aturdido como para reaccionar. Se levantó sonámbulamente y me siguió.

El albergue era limpio y cuidado. Acosté a mi padre en la cama y le saqué las botas. Me dejó hacer en silencio. Al cabo de unos minutos había sucumbido a un sueño profundo y pesado. Era como si su mente se hubiera saturado de dolor y no le quedara más remedio que apagarse. A su alrededor, el tiempo había envejecido.

Yo, por el contrario, no podía dormir. De pronto el ambiente de la recámara me pareció viciado y necesité salir a tomar aire. Dejé a mi

padre inerte sobre la cama y bajé a la calle. Me paseé sin rumbo por la ciudad que se dormía, mirando el tambaleo irregular de las luces de las velas en las ventanas entreabiertas. Llegué a lo que parecía ser la única taberna abierta del pueblo y entré. Necesitaba un trago, y necesitaba pensar.

Cuando me senté y deposité mi sombrero español sobre la mesa, lo vi, sentado entre una pequeña multitud de parroquianos medio beodos. Orobio bebía solo y en silencio, levantaba una copita que supuse de ginebra, la miraba a contraluz y luego la tragaba de un sorbo. Terminaba la pequeña ceremonia golpeando la mesa, volvía a llenar la copa y recomenzaba la misma secuencia.

Tomé mi jarra de cerveza y me senté frente a él.

—Para alguien tan estricto en asuntos de *halaja* os mostráis más bien liberal en cuanto a beber con *goyim*.

No hubo atisbo alguno de sorpresa. Era como si estuviese esperándome. Apuró la copa que sostenía en la mano y se encogió de hombros.

—Esto es *kasher*, y si no lo es, debiera serlo.

—Lo has destruido —dije.

Me miró largamente, calibrándome sin prisa.

—Has crecido, chaval. ¿Recuerdas cuando te sentabas en mi regazo y me llamabas tío Baltasar? Mírate ahora, todo un hombre.

—Tú también has cambiado. El hombre que era mi tío jamás hubiera hecho lo que acabas de hacer.

—Ese hombre se quedó en el potro del Santo Oficio. Aún espera allí tendido, con las articulaciones desgarradas y espuma saliéndole de la boca, ve a buscarlo si quieres.

—Ah, sí —dije exagerando el tono irónico—. ¿Te refieres a cuando nos denunciaste?

Pensé que iba a ver otro exabrupto, pero solo me miró con ojos vidriosos y apuró otra copa.

—¿Qué quieres, Francisquito?

—David. ¿Lo ves? Puedo corregirte sin gritar como un energúmeno.

—¿Qué quieres, David de Prado?

—¿Qué quieres tú, doctor Castro? ¿Realmente quieres destruir a tu hermano?

No respondió. Había en su rostro un desfile lento de emociones, amargura, desilusión, culpa. Todo envuelto en una nube de profunda fatiga.

—La excomunión de tu padre fue el acontecimiento más doloroso

de mi vida, David. Aún no puedo creerlo. Deberíamos estar juntos ahora, realizando nuestros sueños, disfrutando los frutos de nuestros sacrificios, y sin embargo mira en qué nos hemos convertido. Tu padre nos ha robado los sueños.

Mi mirada se estrelló en la cerveza y vi cómo la espuma formaba islitas irregulares en el lago dorado.

—¿Has tratado de entender sus argumentos? ¿Tal vez hay algo a considerar en lo que él sostiene?

—¿Si lo he considerado? No he hecho otra cosa desde que llegué a Ámsterdam.

—Además de buscarte clientes ricos…

Su cara decía que mi insulto merecía resarcimiento pero que no tenía energía para demandarlo.

—Tío Baltasar, tú lo sabes tan bien como yo. Si alguien puede sacarlo del pozo en el que se ha metido, eres tú.

Me lanzó una mirada que trataba infructuosamente de ser inescrutable. Luego habló en un susurro apenas audible, vacío de toda arrogancia:

—No sé si tengo la fuerza. No sé si puedo tolerar otra desilusión.

—No lo puedes dejar así —cargué mi voz de premura—. Es un despojo, una sombra de lo que fue. Ha llegado al fondo y sigue cavando. Me preocupo por él.

Paseó su mirada cansada y nubosa por entre los parroquianos borrachos y llamó a la *kenau* que servía cervezas y ginebras. Iba a beber otro trago, pero le tomé la mano, impidiéndoselo.

—No te escaparás de esta bebiendo —dije. Y luego una oleada de cólera me subió desde la barriga—. ¡Maldita sea, soy solo su hijo, y nunca me ha respetado! Mi opinión y mis palabras se las pasa por el culo. Debiera odiarlo por ello, pero no puedo, y Dios sabe que he tratado. El hijo de puta de Spinoza y tú, traidor mezquino, son los únicos a quienes escuchará. Spinoza no despeinará sus delicados argumentos metafísicos para tenderle una soga y tú no tienes hígados. O tal vez los tienes, pero no quieres arriesgar tu estatus principesco a los ojos del *Ma'amad*. Todos vosotros me dais asco, mi padre, Spinoza, tú… podéis iros todos a la putísima madre que los parió.

Me levanté y me dirigí a la puerta, temblando de furia. Antes de llegar, sentí la mano de Baltasar aferrándome. Me di vuelta y vi que la niebla de sus ojos se había disipado. El compuesto doctor estaba de regreso.

—Obcecado, cabeza hueca y mal hablado como tu padre —dijo con un rictus que se asemejaba muy remotamente a una sonrisa. Mi furia

se esfumó instantáneamente.

—Pero sin la misma suerte con las mujeres —agregué.

Sonrió.

—No violaré las ordenanzas del *Ma'amad* —dijo—, pero hablaré con ellos y pediré una exención del *jerem* para poder comunicarme con tu padre. No cambiaré mis ideas, pero trataré de rescatarlo del estercolero en el que se ha metido. Lo convenceré de que vuelva al redil y aversone aquellas ideas ridículas que se le han metido en la cabeza.

Asentí. Él pudo haber visto en mi cara alivio, gratitud o simplemente algún atisbo de furia residual. No obstante, tenía que aclararle que no se trataba de forzar a mi padre a arrepentirse, sino de acercar posiciones entre él y el *Ma'amad*.

—Papá se siente tan judío como tú y yo, tío. Lo que le han hecho lo está privando de su esencia.

—*Sentirse* judío no es suficiente, David. Y además nadie puede privarte de tu esencia.

—Tío, yo soy joven e ignorante en temas de filosofía, pero sé algo que tú y mi padre parecen ignorar: la identidad no es una *esencia*, sino una *relación*. En especial la identidad judía. No se puede ser nada en aislamiento. No se puede ser judío en soledad. No es solamente la necesidad un quórum para rezar, nuestra humanidad se basa en los lazos que tejemos con otros. La universidad os ha hecho creer que podéis vivir en un mundo de ideas, pero la vida auténtica transcurre en un mundo de relaciones. El ser en soledad no tiene esencia, no existe, y por eso, el *jerem* es un asesinato.

Orobio me miró sorprendido.

—No tan ignorante después de todo —sonrió y logró congregar los aires de suficiencia que se le habían escapado—. Ahora ve con él —me dijo—, cuídalo por mí. Y dile que le escribiré.

Volví al albergue, en donde mi padre dormía inquieto su borrachera de dolor.

Baltasar Orobio cumplió su palabra y se abocó a convencer a mi padre de volver al buen camino. Le dijo al *Ma'amad* que nadie había tratado de hablar con papá a su propio nivel, que había sido amonestado y advertido, pero nunca se había buscado esclarecerlo. "¿Qué pretendéis si al fin y al cabo el único que ha tenido profundas charlas filosóficas con él es Spinoza?", les había dicho. Pidió una exención del *jerem* para poder comunicarse con mi padre con el fin específico de defender la Torá con las armas de la razón y así devolver el hijo pródigo al regazo de la nación. Se le otorgó una dispensa para

escribirle a mi padre y fue así como, gracias a la prodigalidad del *Ma'amad* y a la eficacia del servicio de postas de los Países Bajos, recibimos un gordo fajo de papeles atados con una cinta de lienzo lacrada. La carátula rezaba: *Tratado contra la impiedad de los deístas. Respuesta a un filósofo y médico hebreo que duda o no acepta la veracidad de la Sagrada Escritura y pide fundamentos de la razón para persuadirse al crédito del texto sacro.*

Papá leyó y releyó el texto unas mil veces. Recién cuando pareció ya saberlo de memoria me lo entregó para que lo leyera. Era un tratado elegante y sólido, escrito como solo un graduado de Alcalá puede hacerlo. A medida que leía me invadió una cierta sensación de desasosiego. A pesar de su solvencia conceptual, Orobio usaba tonos admonitorios, pontificaba y atacaba. Era cierto que se filtraba la culpa y el afecto por su antiguo amigo, pero no pude sino pensar que Orobio había escrito su largo texto pensando que algún día se convertiría en uno de aquellos tratados apologéticos que defendían al judaísmo. Era como si la carta se dirigiese a papá pero apuntara a una tribuna formada de filósofos, rabinos, curas y pastores.

Cuando se lo remarqué a papá me rechazó con un gesto de la mano.

—¡Pamplinas! Baltasar escribe así pues sabe que el *Ma'amad* leerá la carta, pero entre líneas puedes ver que entiende mis posiciones. Me está dando una posibilidad para que aclare mis ideas y así el *Ma'amad* y los rabinos entiendan que tal vez son heterodoxas, pero no heréticas. Le enviaré una respuesta.

Dentro de la mirada oscura de papá, un péndulo se movía errático entre la esperanza y desilusión.

—¡Rápido —dijo—, tráeme papel!

Así, se abocó a escribir una respuesta a Orobio. Sabía que esa carta sería escrutada por el *Ma'amad,* por lo que se centró en probar que sus ideas eran inocuas y que jamás había vulnerado las principales creencias del judaísmo, no abjuraba de sus ideas, pero las presentaba como si no fueran más que pequeñas e inofensivas variaciones de los principios de la fe de Abraham. Les mentía a ellos y se mentía a sí mismo.

Mientras escribía, su humor daba saltos alocados. A veces creía que Orobio estaba de su lado, a veces sentía la cólera y el corrosivo aguijón del odio. Yo veía cómo sus nudillos se crispaban alrededor de la pluma y cómo la ansiedad le atenazaba el corazón. Aquella ambivalencia grumosa dejaba rastros en las palabras que elegía para dirigirse a Orobio. A veces lo llamaba "vuesa merced" y a veces

“querido amigo”. Frente a la acusación de no creer en la inmortalidad del alma, una de las mayores imputaciones, se defendió diciendo que creía en las pruebas racionales de la inmortalidad del alma aportadas por Duns Scoto, el filósofo favorito de Baltasar. A través de toda la carta, clamaba su inocencia y lanzaba pequeños dardos que le recordaban a Orobio su propio pasado católico. “¿Cómo se atreve vuestra merced a juzgarme, habiendo vivido cómodamente en tierras de idolatría, sirviendo a otros dioses y alaverso a ídolos de madera y yeso?”.

En otro pasaje, conminaba a su amigo a no dejarse llevar por “aquellos mercaderes del escándalo” que obraban en su contra, y le recordaba, en las palabras del salmo 27 que “se han alzado contra mí testigos falsos y hombres de violencia”.

Otra de las serias acusaciones que le había hecho el *Ma’amad* era que contagiaba la herejía a sus jóvenes discípulos. Le reprochaban ser un profeta del sacrilegio y el hedonismo. Respecto de ese tema, dio rienda suelta a su furia: “¿Cómo podéis acusarme de esparcir herejías a mí, que, a gran riesgo de mi vida, acerqué a centenares a la fe de Israel?”.

“Dudar no es pecado —continuaba en otro pasaje—. Moisés dudaba, y también dudaban Abraham y David. Si todos los judíos somos ‘un pueblo santo’ en el que cada individuo se relaciona con Dios individualmente y sin intermediarios, ¿qué derecho tiene el *Ma’amad* a excluirme? ¿Qué peor sacrilegio que ignorar la inteligencia y la razón que Dios me ha dado?”. Envalentonado, subía la apuesta: “Si les enseñé a los jóvenes a pensar por sí mismos, no he hecho más que cumplir la voluntad de Dios”.

En otro párrafo se defendía, con dudosa pericia, de la acusación de deísta. “No tiene nada de malo creer que Dios se manifiesta en la naturaleza, ¡ya lo dicen los salmos cuando afirman que la naturaleza canta la gloria de Dios!”.

También respondió oblicuamente a otro de los cargos más graves: negar la autoría divina de la Torá. “Si asumiésemos que un grupo de hombres escribió la Torá bajo la inspiración de Dios, seguiríamos diciendo que la Torá proviene de Dios. ¿O acaso es necesario creer que Moisés era un simple secretario que tomaba dictado? Lo que importa es que la Torá es el registro humano de la interacción del hombre con lo Divino”.

“Creo firmemente en las interpretaciones de la Biblia”, decía luego para demostrar que no se mofaba de la “Torá Oral”, aquel enorme cúmulo de interpretaciones compiladas por el Talmud, la Mishná, el

Midrash y otros. “Lo que no entiendo es por qué ciertas interpretaciones son aceptadas por los rabinos y otras no. ¡Los sabios del Talmud parecen mucho más abiertos de espíritu que los rabinos de hoy! ¿No es acaso el Talmud, con su libre debate, el precursor de mi derecho a desarrollar mis propias ideas?”.

Cuando finalmente terminó la carta, parecía transfigurado. Su mirada humeaba como la brea caliente y sus cabellos hirsutos, pegoteados a la frente, lo hacían verse desaliñado y sucio. El piso de la habitación estaba regado de bollos de papel que parecían los cadáveres contorsionados que quedan tendidos en el campo tras una batalla sangrienta e inútil. Había escrito día y noche y al olor del cuerpo sin lavar se sumaban los acres efluvios de las lámparas de aceite de pescado. Hacía tiempo que papá no podía permitirse las velas de cera. Lacró la carta utilizando su antiguo sello, aquel que decía “Daniel de Prado, medicus” y que, como un desafío a todo y a todos, citaba su pasaje preferido del libro de Jonas: *Hebraeus ego sum*. Luego, cayó sobre su cama, fundiéndose en el jergón, completamente vaciado de energía.

Las semanas reptaron lentamente sin noticias de Baltasar. Orobio debía atravesar largas y penosas negociaciones con el *Ma’amad* antes de poder darle una respuesta a papá. Nosotros no lo sabíamos y papá era una bola de nervios esperando la palabra de su antiguo amigo. Le envió varias cartas conminándolo a responder; en una de ellas le arrojaba insultos y amenazas: “¡Sé hombre y no te escondas bajo las faldas del *Ma’amad*!, ¡¿o acaso te has vuelto un inquisidor como ellos?!”. Afortunadamente fui el encargado de llevar la carta al servicio de postas. La quemé, sabiendo que si una misiva de ese tenor llegaba a destino destruiría cualquier oportunidad de reconciliación.

Finalmente, un golpe en la puerta interrumpió la marcha indiferente de los días vacíos. El correo, asustado por la mirada voraz de papá, nos dejó un portafolio de lienzo que albergaba un fajo de papeles amarillentos, cubiertos de la caligrafía delicada de Baltasar.

El escrito se intitulaba “Epístola invectiva al doctor Prado” y papá prácticamente arrancó el envoltorio antes de ponerse a leer ávidamente. Parecía que las hojas lo habían aspirado. El cuerpo que sostenía la carta parecía inerte, como si el alma lo hubiese aversonado para sumergirse entre los trazos parejos y los renglones negriblancos.

El contenido era la misma mezcla de arrogancia y simpatía. Orobio navegaba entre un genuino deseo de ayudar a mi padre y una negra ambición de convertirse en el campeón de la ortodoxia y el bien pensar.

“Deseo alentar los pasos de vuestro arrepentimiento —decía—, tengo esperanzas de volveros al conocimiento de la verdad”.

En otro pasaje mencionaba con pasión el lazo de amistad que los unía. Orobio también emergía de las páginas como un hombre tironeado por dos amores igualmente fuertes, el de mi padre y el de la tradición de Israel. Aun en el lenguaje guardado y sobrio al que estaba forzado, la tensión se dejaba entrever: “No he recibido agravio alguno del doctor Prado, sino repetidas y continuadas experiencias de su buena voluntad y deseo de mis medras, sin olvidar los favores y asistencias en los primeros años de mi juventud, no pudiera, sin torpe nota de ingratitud, aborrecer su persona; mas tampoco pudiera, sin grandísima ofensa de la Divina Majestad, dejar de abominar sus desordenadas ideas y las travesuras de su ingenio”.

Papá lagrimeó y rio al mismo tiempo al leer esa parte: “‘Travesuras de su ingenio…’ —resopló—, Baltasar, carajo…”.

Orobio comenzó su carta refiriéndose a mi padre en tercera persona, como si no se estuviese dirigiendo a él. Pero a medida que avanzaba la carta, su pasión le hacía olvidar su circunspección y le hablaba a mi padre directamente. Lo llamaba señor doctor, o vuesa merced. Orobio ensayó un argumento que era a la vez un ataque a mi padre y una posible defensa. Según él, la herejía de mi padre se debía a un exceso de arrogancia intelectual. Había estudiado demasiada filosofía y eso le dio ínfulas de gran filósofo. Se creyó con derecho de cambiar la ley aun sin conocerla plenamente. El argumento no tenía ni pies ni cabeza, en especial cuando papá y Orobio habían tenido la misma formación académica.

La irónica mención de Escoto no le había pasado desapercibida: “Pésame que solo Escoto le persuada a Vmd. de la inmortalidad del alma”.

Finalmente Orobio se irritaba y le hacía a papá una recriminación sorprendente: “Sois alguien que no practicó la circunspección ni la humildad y en lugar de guardaros vuestras ideas para vos mismo, habéis preferido airearlas al público”. Lo que el tío Baltasar le decía era: “¡¿Por qué no dejaste tu bocota cerrada?! ¡Nos hubieses ahorrado toda esta mierda!”.

Aquella frase no pasó desapercibida frente al *Ma’amad*. Orobio fue reprendido y se le recordó que su función era lograr un cambio de espíritu en el doctor Prado, no solo su silencio hipócrita.

Le recordaron que su comunicación con Prado era apenas tolerada, ya que habían ordenado que: *ninhum iajid desta congregacao le fale de*

palabra neim por escrito, nesta cidade nem fora dela, salvo a gente de la sua casa.

A pesar de las protestas del *Ma'amad*, el vaivén de cartas prosiguió regularmente durante meses. De a poco, la esperanza de un cambio en las posiciones de alguno de ellos se reveló como lo que era: una quimera imposible. Papá seguía sin admitir lo herético de sus ideas y Baltasar mantenía una defensa de la ortodoxia seria y elegante, pero ciega. Escribieron acerca de todos los temas sobre los cuales diferían: la elección de Israel, la importancia del Talmud, la Teodicea, el mundo por venir, el Mesías, etc. Era una danza inútil de argumentos gastados. Nadie iba a ceder, nadie iba a convencer a nadie. Mi padre se aferraba a aquella correspondencia erudita e inservible como si fuese la soga deshilachada que lo sostenía al borde del abismo, pero ninguno parecía darse cuenta de la diferencia entre dialogar y pontificar.

Finalmente, el *Ma'amad* perdió la paciencia y le prohibió terminantemente a Orobio que siguiera escribiéndole a papá. Era un ejercicio inútil, decían, y solo les daba una mayor audiencia a las ideas escandalosas del hereje. Baltasar debió quemar las cartas de papá para que no infectaran las almas de los jóvenes de la Sagrada Congregación y también alteró sus propios textos para hacerlos más agresivos y militantes.

Pero si había algo que mi padre y Orobio tenían en común, eso era la terquedad. Baltasar no se dio por vencido. Un bonito día de fin del verano de 1664 un correo llegó desde Weycke, preguntando por don David de Prado. Intrigado, abrí la carta.

> *Visto y considerando que me es prohibido escribirle al doctor Prado, pero que mi celo por la verdad no me permite dejar de responder a sus dudas (en tanto mi magra inteligencia me permite tan ardua tarea), he decidido escribir esta carta a vos, señor Prado, para que vuestro padre conozca mis argumentos a través de la mediación de uno de aquellos señores para quienes no está prohibido mantener contacto con él. Si quisiera responderme, puede hacerlo, siempre y cuando lo haga por vuestro intermedio, pues me es permisible escuchar lo que dice a otros.*

Me encontré en el medio de una conversación de sordos que a la vez unía y separaba a aquellos hermanos rivales. Su relación era una poción tóxica que mezclaba amor y odio, respeto y desilusión,

erudición y sorna, y ahora, yo también debía beber de aquel brebaje maldito.

Todo fue en vano. Las cartas, en lugar de ablandarlas, endurecían cada vez más la posición del otro. Antes de darse por vencido, Orobio hizo un intento desesperado. En una noche sin luna se apareció, como un fantasma, en el umbral de nuestra casa. La penumbra se confundía con su capa negra. La oscuridad alrededor era tan espesa que podía tocarse. Baltasar llevaba una gorra flamenca en vez de su sombrero español de ala ancha. Parecía un pastor calvinista que había perdido a su rebaño.

—¿Sabes el riesgo que corro por venir a verte? —dijo—. He aversonado Weycke en la mitad de la noche como un ladrón.

Durante los largos meses de comunicación, los papeles se habían invertido. Ahora era el turno de Orobio de implorar y de suplicar. Se había dado cuenta de cuánto extrañaba a su amigo descarriado, de cuánto lo necesitaba. Su incapacidad de convencerlo era una derrota profunda y dolorosa. Era el alumno reprobado y el amante despechado.

—¡Por el amor de Dios, Daniel, abjura! ¡Trabajaremos juntos sobre tus dudas!

Su rostro ceniciento enmarcaba una mirada ardiente y desesperada.

Papá sacudió la cabeza lentamente, como si la amargura la volviera más pesada, más difícil de mover.

—Baltasar, no puedo renunciar a lo que creo. ¿Por qué me pides lo imposible?

Lo tomó de los hombros. Ambos estaban parados en el vestíbulo de la casa, el fuego crepitaba en el hogar y proyectaba sombras fantasmagóricas en sus caras. Haces de luz danzaban entre los dos hombres como pájaros cansados buscando un lugar donde posarse. Baltasar no se había quitado la capa ni el sombrero, como si supiera que su visita iba a ser corta.

—Baltasar, hermano mío —la voz se le astilló—. ¡Juntos podemos reformar el judaísmo, podemos crear una religión de la razón y de la libertad! ¡Un judaísmo sin imposiciones ni superstición!

Orobio se soltó y negó con la cabeza, su barba de estaño, ya huérfana de cobres, le daba aún más tristeza a su cara cansada.

—¡Daniel, el judaísmo *es* la religión de la razón! ¿Por qué no lo quieres ver? Lo que nos da libertad es someternos al Rey de Reyes. ¡La Torá libera, la fe libera! Nos libera de la tiranía de la pasión, del orgullo y la vanidad. Nos permite ver la magnificencia del universo sin

sofismas y sin argucias. Nos permite conectarnos a lo trascendente, a lo real tras este mundo de ilusiones vanas —extrajo una carta de su bolsa—. Hay un nuevo *jajam* en la comunidad, Moisés de Aguiar. Es un hombre de gran compasión y sabiduría. Él nos guiará —su gesto tenía algo de patético—. Mira, estoy en correspondencia con él pues yo también tengo dudas y yo también necesito argumentos. Se me han acabado las ideas, Daniel, no sé cómo hacerte ver la luz.

En su mirada nocturna había súplica, impotencia y desamparo.

—¿Por qué no quieres trabajar conmigo, Baltasar? ¿Le tienes miedo a qué dirá la gente?

Los labios de Baltasar se tensaron en una línea recta y dura. Los ojos se encendieron. La tristeza se evaporó de golpe y el espacio vacante se llenó con furia.

—¿Eso es lo que crees? Eres un pobre diablo. No entiendes lo que estoy haciendo, la defensa de la verdad es el sentido de mi vida. Crees que todos los que no comparten tus ideas disparatadas, tu omnipotencia pagana, son ignorantes y supersticiosos. Eres peor que Mortera, de bendita memoria. Criticas a los dogmáticos, pero eres más obtuso que ellos. No admites que endiosas a tu propia razón como si fuese un ídolo de piedra —escupía fuego y hiel con cada palabra—. Mira lo que te has hecho —me señaló a mí con un dedo delgado y filoso—, mira lo que le has hecho a tu familia, a tu santa mujer, que en paz descanse —bajó la cabeza—, y ¡mírame a mí! ¡Me has convertido en tu adversario!

Mi padre lo miró y en sus ojos no había más que un cansancio infinito.

—Me pides que vaya a la sinagoga, bese las manos de los *jajamim*, me someta a sus penitencias y abjure de mis creencias… Me conoces, Baltasar, sabes que no puedo hacerlo.

—¿Y por qué no? ¿Tan orgulloso eres? Has dejado España, pero aquel país maldito aún está en tu sangre. Como buen español estás dispuesto a sacrificarlo todo para mantener tu orgullo intacto.

Las miradas de ambos se trenzaron en un espadeo cansino y silencioso. Luego Orobio bajó la vista y se acomodó el gorro que se había ladeado durante su acalorado discurso. Supo en ese momento que había suplicado en vano. Papá no iba a abjurar, no iba a cambiar de opinión y ni siquiera haría una retractación falsa.

Todo en él mostraba rendición. Lo cubría una resignación amarga y destellaba aquel odio violento, que solo sentimos por aquellos que amamos. Miró a mi padre, sabiendo que lo veía por última vez. Se acercó y lo estrechó en un abrazo desesperado, como si tratase de

extraer el veneno de la carne mordida por la serpiente, como si quisiera retener en su propio cuerpo lo que quedaba de la juventud de su amigo. Luego se separó de él bruscamente y retrocedió un paso, como horrorizado.

—Maldito seas, Daniel de Prado. Espero que algún día Dios te perdone, pero sé que no lo hará. Adiós.

Se volvió y se marchó con paso decidido, sin cerrar la puerta. Lo vi desaparecer entre las nieblas grises de la noche flamenca.

Papá me lanzó una mirada vacía. Los carbones de sus ojos se habían apagado e intuí que para siempre. Extendió la mano, sediento de protección, pero yo le devolví una mueca de asco. La frustración de años se desbordó en mi sangre como una oleada de ácido y llegó a cada pulgada de mi cuerpo. La imagen de mamá muerta, llevándose a la eternidad su soledad y su dolor, volvió a mí y se interpuso entre mi padre y yo. Su rostro exangüe y sus ojos transparentes eran un acta de acusación contra la cual no había defensa posible.

—No me toques —dije. Mi voz era un susurro metálico y rabioso—. Eres un necio, un insensato —mis palabras subían de tono sin que pudiera controlarlas—. Mamá tenía razón, no quieres dejar de ser un proscripto, te excita la clandestinidad más que las mujeres. No puedes aceptar ninguna verdad porque tienes miedo de jugarte por algo. No puedes ser católico, no puedes ser judío, no puedes ser filósofo. Quieres ser todo y no eres nada. Eres un fracaso y nos has llevado a todos a la ruina, y lo peor es que aún tienes el orgullo de suponer que todo el resto del mundo está equivocado.

Papá tartamudeó.

—¡¿No te das cuenta de que tu amigo ha arriesgado todo por ti?!

Finalmente las palabras salieron temblorosas de su boca:

—No puedo creer que estés de su lado…

Sacudí la cabeza y sonreí con desprecio. En otro momento me hubiese quebrado, hubiese caído bajo su hechizo; hubiese continuado marchando de su mano, a ciegas hacia el abismo, pero el embrujo que mi padre ejercía sobre mí se había quebrado. Pensé que la gente no podía resistir amarlo, pero que él solo se amaba a sí mismo. Vivía en su mundo privado de sofismas y paralogismos, un mundo en el cual no le debía fidelidad a nadie ni a nada. Una vez deshecho el encantamiento, vi a mi padre como lo que era: un recipiente repleto de egoísmo.

No lo iba a perdonar por haber desperdiciado la última oportunidad de volver al redil y por condenarnos definitivamente al

ostracismo y al escarnio. No lo iba a perdonar por jugarse no solo su vida sino la mía en la lotería de sus quimeras. No lo iba a perdonar por la muerte de mamá ni por la estela de dolor que había dejado por media Europa. Aún hoy no lo he perdonado.

—El tío Baltasar tiene razón, eres un pobre diablo —dije con toda la frialdad que pude juntar.

Su mirada se cayó por un precipicio y sus ojos trataron desesperadamente de encontrar asidero.

—Francisco, por favor… —murmuró.

Le respondí con un grito que me dejó afónico por una semana e hizo que los vecinos se asomaran somnolientos y asustados a sus ventanas.

—¡Me llamo David, cretino!

La ruptura con Baltasar cambió mi propia relación con mi padre. Aquella camaradería improbable, forjada en nuestra lucha compartida, desapareció de golpe, como el agua que escapa en un torrente cuando abren las esclusas de los canales.

Nunca había creído en sus ideas, pero ahora había dejado de creer en él. Había perdido el halo mágico que lo rodeaba. Lo veía desnudo de su encanto y sus presunciones. Lo veía por lo que era, un hombre derrotado que deambulaba por la vida con el rostro de tiza y la mirada abatida.

En aquellos días lo herí con mis palabras. ¿Me arrepiento de ello? No lo sé, pero sé que no podía hablarle con ternura ni comprensión. No era un hombre al que fuera fácil compadecer. Muchos cayeron presos de su monumental poder de seducción, pero nadie lo vio jamás como objeto de lástima.

Mirándolo decaer, pensaba que la razón pasó de ser su luz a ser un fuego que todo calcina. Papá había volado hacia la razón y, como Ícaro, se había quemado las alas. Estaba ahora viviendo su caída, que ni siquiera tenía la piedad de ser rápida.

Siguió con su rutina de médico, tratando a nobles de pacotillas e indigentes purulentos. Pero en mis ojos, su fin había comenzado. Era como aquellos objetos que arrojamos en un baldío y dejamos que se descompongan solos, carcomidos sin prisa por un tiempo holgazán e indiferente.

Baltasar digirió mal la ruptura con papá. Se sintió traicionado y adquirió la implacable agresividad de los animales heridos. Purgó las cartas de sus elementos más afectuosos y las imprimió como panfletos en defensa de la heterodoxia, tanto judía como cristiana. Las

"epístolas invectivas" eran leídas en Ámsterdam, París y en Londres por doctores de todas las religiones y mi padre se convirtió, gracias a su antiguo amigo, en el símbolo del infiel recalcitrante.

Baltasar, entretanto, se transformaba en el defensor de la ortodoxia. Era el intelectual modelo del *Ma'amad* y de los *jajamim*. Un polemista erudito y sofisticado, pero a la vez devoto, austero y probo. Era el modelo del judío nuevo que emergía a orillas del Ámstel y era fiel a la tradición de Filón de Alejandría y Maimónides, que habían puesto la filosofía al servicio de la fe. Pisoteando a papá, Orobio se forjó una reputación ejemplar en la nación.

Otro que se sumó a la orgía de vituperios fue Daniel Levi de Barrios, un personaje algo pintoresco con una historia colorida que se había convertido en el poeta oficial de la comunidad judeo-portuguesa de Ámsterdam. Burlando los estatutos de pureza de sangre, Barrios había sido capitán del ejército del rey durante más de diez años en las Antillas. Luego, con el rango de capitán, llegó a Ámsterdam y volvió a la religión judía de sus ancestros. Era una mezcla de aventurero, místico, filósofo y poeta y se ganaba la vida escribiendo poemas por encargo en los que ensalzaba las virtudes de algún comerciante, de una novia a punto de contraer enlace o de algún noble venido a menos. Había logrado regatear una cierta reputación y se dedicaba a reportar en sus versos la vida de la comunidad judía.

Papá había admirado algunas de sus obras —aquellas que había escrito por su propia inspiración y no por encargo— y Barrios había dicho alguna que otra cosa favorable sobre las poesías de papá. Ambos eran amigos de Rembrandt, y este había retratado a la bellísima esposa de Barrios, Abigail de Pina, en su famoso cuadro *La novia judía*.

El tenue respeto, no obstante, se transformó en rivalidad cuando Antonio de Córdoba, el mecenas de Barrios, se negó a apadrinar las obras de mi padre. De la rivalidad pasaron al odio y pronto el joven poeta convirtió la pluma en espada y se dedicó a atacar a papá con toda la furia de su florida verba. Se lanzaba sobre sus ideas, pero también sobre sus andanzas amatorias. Lo trataba de "médico pobre", de "boticario del vicio", de mal poeta y de corruptor de jóvenes. Las diatribas mordaces de Barrios eran dolorosas, pues retrataban fielmente la patética decadencia de mi padre. Lo mostraban como un hombre solo, sin amigos ni aliados, sin raíces ni futuro; como una mula pertinaz que acarreaba un tren de fiascos y fracasos.

Las noticias de Spinoza eran escasas. Papá había perdido el interés en la filosofía de su antiguo alumno, creía que Bento había complicado

las cosas, tenía demasiados argumentos y los había vuelto indescifrables. Por sobre todo, no pudo perdonarle sus ataques contra la sinagoga. Frente a Spinoza, papá era como el “motor inmóvil” de Aristóteles: había puesto en marcha la revolución y luego había perdido el interés. En Ámsterdam todos, con Barrios a la cabeza, veían a mi padre como el origen de la herejía de Spinoza. Era él quien había corrompido al más brillante hijo de la nación, era él quien había encendido, en el espíritu de los hombres, un fuego salvaje que amenazaba consumir al mundo y dejar en su lugar a una distopía aterradora sin Dios, sin esperanza y sin sentido.

Aquel hombre convertido en sombra, al que solo le quedaban algunos retazos de dignidad, era para muchos el origen de una ruptura profunda e irreparable en el orden del mundo. Gracias a él y a Spinoza, Dios podía ser destronado del sagrario que había ocupado en el centro de la experiencia humana durante tres mil quinientos años. En el mundo de mi padre, los hombres no aceptarían la verdad como una revelación de Dios, grabada en la Biblia, sino que llegarían a ella a través de su propia razón. El Creador sería reemplazado por teoremas, experimentos y silogismos de factura humana.

Sin embargo, entre 1665 y 1666 mi padre iba a poder gozar del bálsamo del olvido. Algo —o mejor dicho alguien— convulsionaría profundamente al mundo judío. Un acontecimiento de enorme trascendencia estaba a punto de ocurrir y la nación tendría asuntos mucho más importantes de qué ocuparse.

Al principio, papá observó el fenómeno con ojo clínico.

—Así es como se expande la plaga —explicó con la madurez que solo adquiría cuando hablaba de temas médicos—. Empieza en un foco, una casa, un barco, un hospital, y desde allí se expande hacia los cuatro puntos cardinales. Se implanta en un terreno fértil y pasa de uno a otro en una concatenación imparable.

—Esto no es una enfermedad —dije con algo de recelo.

Pero papá, para variar, tenía razón. Se trataba de un episodio casi patológico de histeria colectiva que se esparcía por Europa como una oleada de fiebre, pasando de persona en persona y de comunidad en comunidad. Una excitación apocalíptica infectó a cientos de miles de judíos —y también gentiles— desde Egipto hasta Holanda y desde Turquía hasta Inglaterra.

Era como si la tierra hirviese de excitación, largando vapores de anticipación y esperanza.

Finalmente, luego de siglos de sufrimiento y persecuciones, luego de

masacres y humillaciones, luego de torrentes de lágrimas y ríos de sangre vertida, nuestra voz se había oído en las alturas; el suspiro de alivio que esperamos por diecisiete siglos. El sinuoso plan de Dios se cumplía: la hora de la liberación sonaba como un poderoso clarín por toda la tierra. Finalmente: ¡el Mesías había llegado!

Reynoso, el antiguo amigo de papá, fue quien nos dio la noticia. Rompió el *jerem* y nos visitó en persona. Era alguien distinto al calmo doctor que habíamos conocido años ha. Tenía los ojos desorbitados, como si estuviese atrapado en un crónico espasmo místico. Tomó a papá de los brazos con sus manos convertidas en tenazas de fuego.

—¡Daniel, arrepiéntete! ¡El día del Juicio llega pronto!

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre con suspicacia.

—¡¿No has escuchado?! ¡El Mesías se ha manifestado! ¡Ha proclamado su reino!

—¿De qué hablas, Reynoso?

—Se trata de Shabetai Tzvi, un santo varón de Esmirna, que ha peregrinado por todo Oriente y la Tierra Santa, haciendo milagros y hablando con Dios cara a cara, como solo Moisés lo ha hecho. Es un hombre único, sabía todo el Talmud a los dieciocho años y conoce todos los misterios de la *Kabbalah* y el sagrado Zohar. Dios le permitió pronunciar su inefable nombre frente a una multitud que se postró atónita.

Papá lo miró como si se tratase de un paciente necesitado de pócimas tranquilizadoras.

—Los cálculos no mienten, Daniel. Estamos en el año propicio.

Pasó a explicar cómo arcanos cálculos cabalísticos predecían el advenimiento de la era mesiánica para 1648.

—El año de las masacres de Polonia —comentó papá dubitativo.

—¡Claro! ¿No lo ves? Las terribles matanzas son *jeblei mashiaj*, ¡las tragedias que, de acuerdo con las profecías, preceden a la llegada del Mesías!

—Y estamos en 1666… —dijo papá. Reynoso no le dejó terminar la frase.

—Exacto, para los cristianos es el año de la bestia y para nosotros es el año 5426, cuyo valor numérico equivale a la palabra *salvación*.

—Y un día este, cómo dijiste que se llama, Shabetai, ¿se levantó y anunció: “Yo soy el Mesías, hijo de David”?

Reynoso ignoró el sarcasmo.

—Los más grandes *jajamim* lo han declarado, en especial Nathan de Gaza, uno de los hombres más santos de la Tierra de Israel. Dicen que

Nathan es la reencarnación del profeta Elías, el anunciante de la redención. ¿Lo ves? ¡Las profecías se están haciendo realidad!

—¿Y qué dicen los *jajamim* de Ámsterdam?

—La noticia nos ha llegado hace unos días y he corrido a decirte, para que te arrepientas y te sumes a las multitudes de Israel que serán redimidas por Shabetai. Los *jajamim* han decretado días de fiesta, noches de estudio y jornadas enteras de plegarias y acción de gracias. Han organizado una procesión por las calles de la ciudad sin temor ni vergüenza por la reacción de los gentiles. Han sacado los rollos de la Torá de las sinagogas y los han llevado en andas por las calles y los canales, celebrando la liberación inminente.

—¿El rabino Aboab de Fonseca ha permitido eso? —preguntó mi padre sin poder ocultar su incredulidad.

Reynoso lanzó una risita demasiado aguda para ser verdadera.

—¡¿Permitido?! Es él quien lidera nuestro renacido fervor mesiánico. Junto al rabino Aguilar, son los que proclamaron solemnemente la llegada del Mesías.

Luego de una larga perorata acerca del ungido de Dios, Reynoso se marchó lanzando un último llamado al arrepentimiento de papá, invitándolo a unirse a la fiesta universal de redención que se avecinaba.

Cuando Reynoso hubo desaparecido entre las callejuelas del Grote Markt, mi padre se sentó en silencio y sacudió la cabeza con incredulidad. No hacía falta que dijera nada, aun cuando la relación entre nosotros se había enfriado irremediablemente, yo sabía lo que estaba pensando: "Yo he hablado un judaísmo racional, basado en la ciencia y en la religión natural y he sido excomulgado, este Shabetai Tzvi esparce su delirio místico y no solo no es excomulgado sino que es adorado como el nuevo Mesías".

Era cierto que algunos rabinos de Polonia, Jerusalén y hasta su nativa Esmirna lo habían sometido a un *jerem* y lo habían expulsado de la ciudad, pero aquellos que habían excomulgado a papá lo habían aceptado como al salvador.

Pero más que la injusticia, le preocupaba la histeria colectiva de su pueblo y la desilusión que adivinaba indefectible. Imaginaba que los judíos sufrirían un gran desengaño con Shabetai Tzvi y sentía su dolor por adelantado. Aun excomulgado, papá era parte de aquel cuerpo colectivo. Sentía sus pesares y se iluminaba con sus alegrías.

Como médico experto, adjudicaba las visiones místicas de Shabetai a conocidos síndromes que acompañan las enfermedades del espíritu.

—Hay algunas personas, en especial varones, que tienen desde pequeños enormes habilidades intelectuales: pueden memorizar libros enteros en pocas horas y pueden descifrar los más difíciles problemas matemáticos, pero tienen grandes dificultades a nivel emocional.

—Tú solo eres un descreído, buscas una explicación racional a todo —dije.

—Pues en este caso la explicación es muy simple. Shabetai es un desequilibrado que alterna entre episodios de intensa manía y profunda depresión. Su éxtasis cabalístico, sus trances místicos y sus visiones son síntomas de un espíritu enfermo, no de una comunicación directa con Dios.

No pude evitar lanzar un ataque artero e hiriente. Agité la cabeza y pronuncié en un murmullo fácilmente audible: “Mirad quién habla de espíritu enfermo”.

Papá escuchó, pero en vez de estallar de furia, como yo hubiese querido, esbozó una sonrisa que no llegó a tocarle los ojos.

—Se trata de otro tipo de enfermedad —explicó.

—Tal vez temes que Reynoso tenga razón… Tal vez has estado equivocado.

—Eso ya lo sabemos, pero la aparición de un demente que pretende ser el Mesías no lo prueba.

Papá vivía un torbellino de pensamientos. No sabía si alegrarse o apenarse de que su antiguo maestro Menashe no estuviese vivo para ver el fervor mesiánico. Al fin y al cabo, el gran rabino no tenía duda alguna de que en nuestros tiempos vendría la salvación tan ansiada por judíos y cristianos.

En esos días visitamos Ámsterdam. Papá tenía que acompañar a uno de sus pacientes, pero secretamente lo animaba el deseo de ver con sus propios ojos la ola mesiánica. Pensaba, iluso como siempre, que podría hablar con algunos de los miembros de la nación a pesar del *jerem* y hacerles ver el precipicio de desilusión al que se aproximaban inexorablemente.

El espectáculo que vimos en la ciudad fue a la vez fascinante y pavoroso. La comunidad entera se preparaba para la redención inminente. Se proclamaban días de ayuno y plegaria, se danzaba con la Torá en las calles y las sinagogas permanecían con sus luces encendidas día y noche, en las *yeshivot* los hombres estudiaban la ley sin cesar y se entregaban a meditaciones místicas guiadas por el sagrado libro del Zohar. Se habían compuesto plegarias especiales en honor al Mesías y se habían publicado guías para la penitencia y la

contrición a la espera del gran día.

Efectivamente, era el rabino Aboab quien lideraba la excitación mesiánica. Pero toda la nación era presa de la misma fiebre apocalíptica. Barrios, el poeta que regularmente denostaba a papá, ahora dedicaba su pluma a alabar al salvador de los judíos. Su estado de excitación era tal que necesitó atención médica y no fue otro que Orobio quien se la prestó. Algunos iban mucho más allá de las meras plegarias o las poesías. Abraham Pereyra, uno de los más ricos comerciantes de la ciudad, liquidó todos sus bienes y partió hacia Jerusalén a esperar allí el arribo del ungido. Isaac Naar, que había estudiado con papá y Spinoza en la *Yeshiva* del *jajam* Mortera, se le unió en el descabellado periplo.

No eran los únicos. La comunidad de Aviñón se preparó para partir en masa hacia la Tierra Santa, y en algunos pueblos de Alemania los judíos desmantelaban sus casas y se aprestaban al regreso anhelado durante diecisiete siglos. Algunos iban demasiado lejos: si el Mesías había llegado, decían, no era necesario seguir cumpliendo las *mitzvot*, ya que estaba escrito que en el Reino los mandamientos serían innecesarios. Los rabinos los reprendían, pero ninguno fue tratado con la severidad con la que había sido golpeado papá.

Si bien mi padre no consiguió reunirse con sus antiguos amigos judíos, fue recibido con alegría por Petrus Serrarius, un clérigo calvinista disidente que se había vuelto un ferviente milenarista y que creía, como Menashe —de quien había sido amigo—, que el Mesías de los judíos y la segunda venida que inauguraba el milenio eran lo mismo.

Serrarius era un hombre anciano. Se podía ver que la vida goteaba desde sus ojos azules, como si fueran un recipiente a punto de vaciarse. Tenía manos largas y finas y una elegante barbilla blanca que le agregaba años pero también hidalguía.

Cuando vio a mi padre, la cara se le iluminó y el lento drenar de la vida pareció detenerse por un instante.

Luego de intercambiar noticias de antiguos conocidos, en especial de Spinoza, encararon el tema del momento. Ambos estaban acodados en una mesa de la espaciosa casa del teólogo y bebían una infusión hecha de semillas de café, que se estaba volviendo increíblemente popular.

Entre sorbo de café y bocadillos de queso de Gouda, papá aprendió que milenaristas cristianos se habían unido al fervor de Shabetai.

—Los cálculos son propicios —dijo Serrarius—, también las señales del cielo. ¿Has visto el cometa el año pasado?

—Sí —respondió papá—, un fenómeno puramente natural que podemos explicar con nuestra nueva forma de entender la astronomía.

—¡No! —se exaltó Serrarius—. Todas las profecías se cumplen, las masacres de los pobres judíos tudescos, la Inquisición, los “dolores de parto” de la era mesiánica, las guerras apocalípticas… ¡Mirad!

Sacó un papel y se entregó a complejas operaciones de “guematría”, como si se tratase de un cabalista experto. Yo conocía poco de aquella disciplina que adjudicaba un valor numérico a cada letra y luego convertía las palabras en metáforas y profecías de acuerdo con su sumatoria y miré con fascinación cómo aquel clérigo escribía letras hebreas con fina caligrafía y alineaba números y palabras.

—Petrus —dijo papá rompiendo el hechizo—. ¡Esas son todas supersticiones!

—Pues no lo son. Son arcanos secretos que yacieron ocultos por siglos y que se revelan ahora frente a nuestros ojos. Somos la generación agraciada que verá la salvación y el advienimiento de un mundo nuevo de paz y armonía.

—Petrus, vos eráis una voz de la razón, ¿qué os ha pasado?

—Nada, doctor, creer en la redención no es irracional, y he esperado esto toda mi vida.

Luego dejó la pluma y el papel y miró a mi padre con ojos que tintineaban entre párpados arrugados.

—Doctor, ahora es el momento de arrepentirse y volver al redil. Vuestro pueblo ha sufrido durante cientos de años, ¡y ahora sabemos que no ha sido en vano! No perdáis vuestro lugar de privilegio en el mundo nuevo que se avecina. Shabetai está ahora en Constantinopla esperando recibir del Turco la corona de Judá y Jerusalén.

El encuentro con Serrarius terminó en desilusión. Aprendimos que solo un par de voces en la nación se oponían a la orgía mística. El más valiente era el rabino Jacob Sasportas que trataba en vano de reprender a sus correligionarios. Escribió largos tratados demostrando que Shabetai era un falso profeta y un impostor. León de Lara, antiguo rabino de la comunidad, lo secundó. Abraham de Souza, un rico comerciante hebreo, se enfrentó a los mesiánicos y fue objeto de enormes abusos por parte de los más radicales. Temiendo por su vida, los tudescos, más mesurados en sus ansias mesiánicas, lo protegieron durante un tiempo.

Lo cierto es que aquellas voces eran marginales. La fervorosa aceptación de Shabetai en Ámsterdam arrastraría a otras comunidades a la hecatombe. Si aquella docta comunidad, no en vano llamada la

Jerusalén del Norte, validaba la santidad del Mesías, ¿quiénes éramos nosotros en Maguncia, Hamburgo, Aviñón o Livorno para dudar?

Ni Sasportas ni Souza aceptaron recibir a mi padre. Más allá de su deseo de respetar el *jerem*, ellos sabían que papá desacreditaría sus posiciones aún más y no podían arriesgar el deterioro de su ya precaria situación.

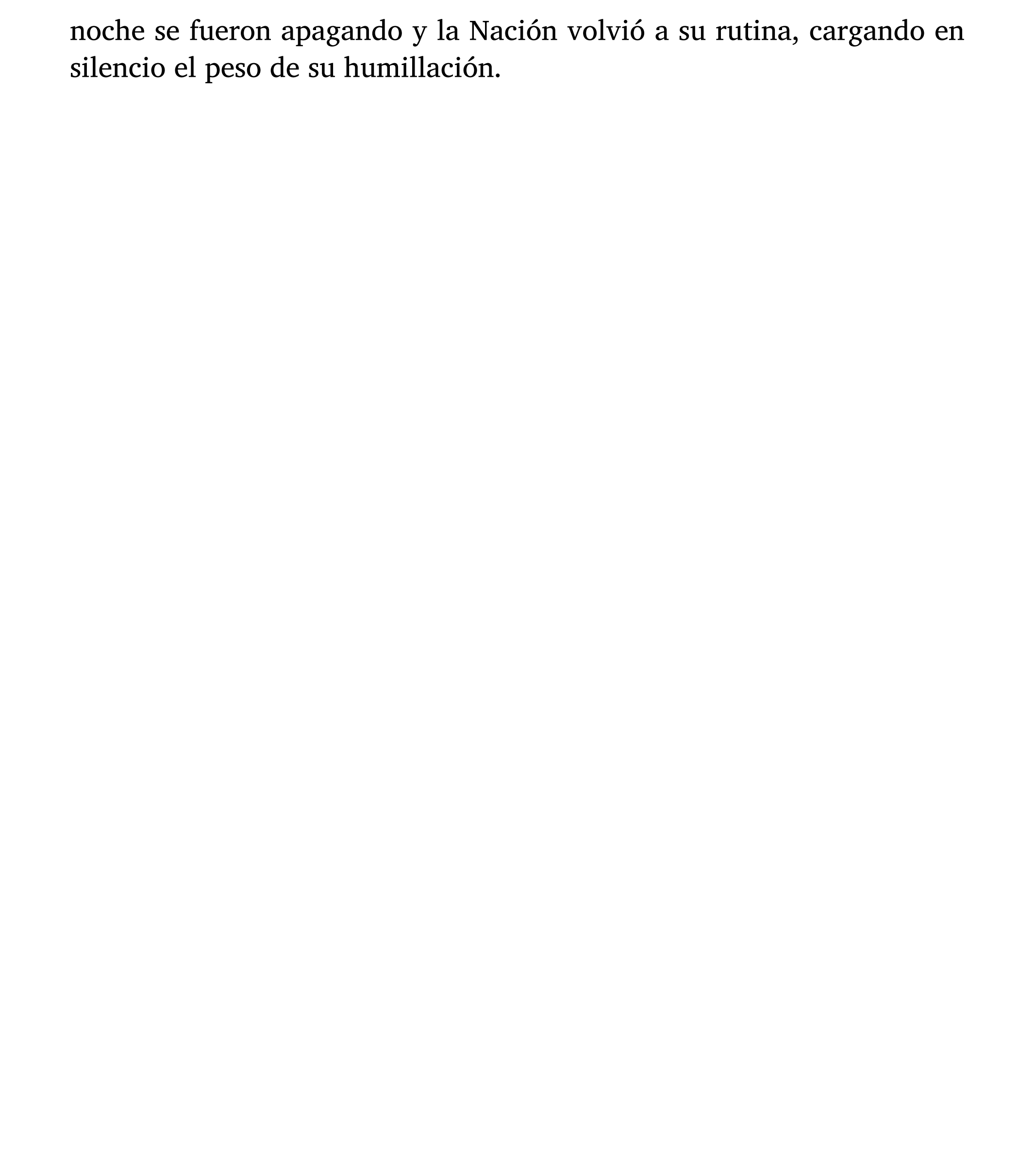
Papá dejó Ámsterdam con el corazón pesado como un ancla. Cuán desesperados debían estar los judíos, pensaba, para aferrarse a un desequilibrado que se decía su rey. Cuán desahuciados los había dejado su Dios severo e inescrutable para que colgaran su salvación del delgado hilo de Shabetai Tzvi. Cuánto los había castigado la historia para lanzarse a aquella improbable quimera mística.

En septiembre de 1666 la realidad cayó sobre los judíos del mundo como un pesado yunque hecho de desilusión y vergüenza. El sultán se cansó de oír los rumores acerca de aquel misterioso rey de los judíos y no tenía intención alguna de ceder el control de la Tierra Santa a aquel bufonesco personaje. Le ofreció a Shabetai la elección entre la muerte y la conversión al islam. Este se presentó ante el Gran Turco, se quitó sus ropajes judíos y se calzó el turbante mahometano en la cabeza. El sultán lo rebautizó Mahmet Effendi y lo recompensó con grandes honores y riquezas.

Algunos seguidores de Shabetai se negaron a aceptar la terrible realidad de su traición. Desarrollaron una teoría según la cual Shabetai tenía un plan secreto para convertir a los musulmanes al judaísmo y derrotar el mal desde el vientre mismo de la bestia. Algunos cientos de sus seguidores se convirtieron con él y se hicieron llamar *dönme* o conversos, pero la mayoría se sumió en una profunda depresión. Un manto de desengaño y aturdimiento cayó sobre los judíos del mundo. Los tudescos de Polonia, que habían escrito bellas canciones en yiddish para su rey, se despertaron a la terrible realidad de que nadie vendría a liberarlos de su opresión. Los portugueses de Ámsterdam se levantaron como de una borrachera para descubrir que sus parientes de España seguirían sufriendo bajo la Inquisición, y los que pensaban que la paz y la armonía llegarían al mundo, se encontraron con que la guerra, el odio y la miseria seguían reinando sin oposición.

La vergüenza y la decepción de los judíos de Ámsterdam fue tal que aquel episodio de misticismo extraviado se borró de la memoria colectiva de la nación. Nadie habló del tema y todos olvidaron su credulidad. De a poco, las luces que iluminaban las sinagogas día y

noche se fueron apagando y la Nación volvió a su rutina, cargando en silencio el peso de su humillación.



AMBERES, 1670

El par de años que siguió a la debacle del falso Mesías fueron tal vez los peores para papá: odiado por los cristianos por judío, odiado por los judíos por deísta, odiado por los deístas por su obcecado apego al pueblo de Israel. Su soledad era un manto de bruma gris que todo lo cubría. Empezó a odiar a la ciudad cenicienta y fría en la cual vivíamos, se pasaba largas horas añorando el balsámico sol de España y los paisajes violentos de Andalucía. Extrañaba los olivares infinitos, las viñas abrazando las paredes y los matorrales amarillentos que quemaba el verano.

A la soledad se sumó la pobreza. Aunque yo había empezado a prosperar, papá nunca aceptó mi dinero. Tal vez si la relación entre ambos hubiese sido distinta, lo hubiese podido —y querido— ayudar, pero algo en mí veía su triste situación como un merecido castigo.

Azuzado por la miseria y la melancolía empezó a pensar en volver a España. Pensaba que tal vez podía hacerse perdonar por la Inquisición y recuperar los bienes que esta le había embargado. Nunca había sido rico, pero en España los Prados-Gómez tenían propiedades suficientes como para vivir confortablemente.

Escribió algunas cartas a las autoridades del Santo Oficio, en especial a un inquisidor de las Islas Canarias que había conocido en Roma. En las cartas mentía con descaro. Decía que se había arrepentido de su judaísmo y que había visto la luz de Cristo; decía que había llegado al judaísmo por las ideas heréticas que le habían inculcado desde su juventud. Se ofreció como un caso emblemático de alguien que, después de haber probado toda suerte de falsas creencias, había vuelto a la fe única y verdadera. Lo único que pedía a cambio era la amnistía de sus crímenes pasados y la restitución de los bienes confiscados o embargados.

La Inquisición jugó con papá durante un tiempo, pero finalmente rechazó la propuesta. Probablemente se dieron cuenta de la poca

sinceridad de sus palabras y de la falsedad de su contrición. Papá, por su parte, nunca aversonó la idea, aun remota, de regresar a España.

Observé todo el proceso con horror hasta que un día lo encaré.

—¿De veras serás un católico sincero?

—¡Pues claro que no! —exclamó—. Volveré a ser lo que era antes de partir, un judío secreto, un líder de marranos.

—¿O sea que quieres retornar para ser otra vez un fugitivo del Santo Oficio?

—No le temo a la Inquisición. Sé cómo cuidarme de ella —dijo encogiéndose de hombros.

En aquel momento lo vi con toda claridad. El problema de Amberes era que allí nadie lo perseguía. Lo que añoraba no era España sino la clandestinidad, la excitación del secreto y los subterfugios.

—Pues deberás resignarte a que no eres lo suficientemente importante para que te persigan —le espeté.

Como siempre había hecho, mi padre buscó refugio en amores azarosos, como si los placeres de la carne pudiesen calmar su soledad. Aún era bien parecido, alto y de músculos firmes. Su cara todavía era angulosa y su piel tersa. Las pinceladas de gris y blanco le permitían fingir una dignidad de la que carecía. Su carisma único, su arrasadora seducción había perdido su poder frente a intelectuales y religiosos, pero aún desarmaba a jóvenes doncellas. Todavía podía lanzar esas miradas de carbón que derretían los huesos. No buscaba en esas relaciones el mero desahogo carnal, buscaba probarse que aún podía conquistar, buscaba escapar de la soledad viscosa y pesada que lo envolvía como arenas movedizas.

Aquellas relaciones se volvieron su vida, y también el último refugio de su adicción a la clandestinidad. Se trenzaba en romances entreverados y confusos, espejos de sus creencias tormentosas. Hacía promesas cruzadas e incumplibles, tal como había prometido fidelidad a ritos y mandamientos que nunca pensaba honrar. Siempre terminaba hundido en romances de pacotilla y en patéticos dramas de *novella* que terminaban con un marido celoso, una doncella despechada o una escena de llantos y gritos. Muchas veces era yo quien debía sacar las papas del fuego, calmando a una damisela robada de su virtud o pagándole a un marido agraviado para que olvidara la afrenta a su honra.

Aunque lo debí haber visto venir, nada me había preparado para lo que pasó aquella mañana de febrero de 1669. Era un día helado. Cuando escuché el golpe en la puerta me sorprendí de que alguien

braveara el frío a una hora tan temprana. Ya no vivíamos juntos y yo estaba en casa de papá de casualidad, había ido a buscar unos papeles que debía presentar para acreditarme ante las autoridades de la Bursa.

Abrí la puerta y observé a la mujer que allí esperaba. Tenía la cabeza cubierta con una cofia de lana blanca y las mejillas rosadas. Dos grandes ojos, germánicos y azules, me miraban por entre pestañas largas y gráciles. Las mantas que la cubrían no lograban ocultar del todo la belleza de unas carnes llenas y redondeadas.

Al verme paralizado por la mezcla de sorpresa y frío sonrió con una satisfacción entre cruda e irónica.

—Tú debes ser Francisco —dijo.

—David —contesté en forma automática.

—David —repitió—. Mucho gusto. Tu padre me ha hablado mucho de ti. Yo me llamo Eleonora, Eleonora Francisca de Lobo.

Sostuvo la sonrisa sardónica, disfrutando enormemente de mi torpe turbación.

—Pues si tú eres el hijo del doctor Prado —dijo señalando al bulto que anidaba entre su brazo y su pecho—, te presento a tu hermana.

No bien entramos a la casa, la mujer se calentó frente a la salamandra de hierro forjado. Pude apreciar que tenía mi edad y adiviné que su piel blanca debía ser aterciopelada al tacto. Escuché con disgusto cómo papá le había prometido casamiento, para luego dejarla por otra.

—¿Sabía mi padre de vuestro estado cuando os dejó?

—No —respondió—, pero eso no lo excusa.

—Creedme, señora, yo soy el último que trata de excusar la conducta de mi señor padre.

Sonrió y acunó a la bebé que había empezado a berrear con insistencia. Desenfundó un pecho blanco y lleno que la niña succionó con avidez. Yo bajé la vista con corrección.

—Conque aquí vive el famoso doctor… —dijo, mirando en derredor mientras amamantaba—. Una maldita pocilga.

—Mi padre prefiere la frugalidad.

Me miró sin saber si había sido irónico o meramente descriptivo. Hubo unos instantes de silencio incómodo, quebrado tímidamente por los chasquidos tenues de la boca de la niña al tomar. Finalmente, lanzó un berreo cansino pero satisfecho y soltó el pezón oscuro e hinchado.

—Sostenla mientras me acomodo las ropas —pidió y sin darme tiempo a reaccionar me pasó a la bebé, que estaba medio dormida, en

una plácida borrachera de leche y calor. La tomé tratando de estabilizar mis brazos temblorosos e instintivamente la acuné. La niña me aprisionó un dedo con su manita diminuta y me miró con los mismos ojos negros de papá. Su cabecita olía a un campo de azahares después de la lluvia. Se recostó en el cuenco de mi brazo y se quedó dormida.

Me mordí los labios sin saber si gritar o reír. Las palabras salieron inaudibles por entre mis dientes crispados: “Papá, la putísima madre que te parió”.

Papá reconoció a la niña, que fue bautizada en la parroquia de San Jaime. La llamaron Joanna Francisca y sus padrinos fueron notables portugueses de la ciudad. Sin embargo, no se casó con la mujer. Había prometido casamiento a otra joven de alta sociedad llamada María Marcelina, con la cual tampoco se casaría.

Sus historias de faldas no tardaron en ser la comidilla de Amberes y Ámsterdam, en donde la comunidad, ya repuesta del trauma de Shabetai, las recibió con delectación. Era difícil atacar la moral impoluta de Spinoza, pero papá se las servía en bandeja. El mismo Miguel de Barrios le dedicó unas coplas: “Con fama de gran doctor / en la cátedra del gozo, / enseñó el arte de amor / para las mozas señor / para las señoras mozo”. Orobio, como siempre, blandía a los cuatro vientos sus credenciales de santurrón y criticaba a su antiguo amigo. Papá desdeñaba esas críticas con un movimiento de la mano. “Lo cierto —decía— es que están celosos. Ya más quisieran ellos a los sesenta años…”. Pero yo sabía que ser objeto de burla lo hería profundamente.

La depresión continuaba clavando sus dientes amarillentos en el corazón de mi padre. Se pasaba largas horas leyendo antiguos libros, escribiendo ensayos que luego quemaba. Seguía teniendo ciclos en los cuales alternaba exaltación y decaimiento, pero las fases de astenia duraban cada vez más.

Una mañana me levanté con aquel sentimiento de que me había olvidado de algo pero no sabía qué. De pronto, mientras miraba los números romanos en la puerta de la Bursa até cabos y sacudí la cabeza. Adam, un flamenco con el que hacía negocios, me miró, intrigado por mi expresión que no alcanzó a descifrar.

—*Wat i ser met u?* —me preguntó.

—Nada —respondí—, solo he caído en la cuenta… hoy hace

exactamente diez años que dejamos Ámsterdam.

No era el único que estaba haciendo cálculos. Al final de la rueda de negocios mi padre me mandó llamar.

En su piso decrépito, entre libros que olían a humedad y lámparas baratas que hacían arder los ojos, entre memorias en carne viva e ilusiones descuajadas, me pidió un último favor, que escribiera su historia.

Tal como papá predijo, contarme su vida lo liberó de un peso que le aplastaba el corazón. Cada palabra había sido como una cincelada en la roca que lo oprimía, puliéndola hasta pulverizarla por completo. Sintió el alivio de saber que su vida sería contada en sus propios términos y no solo desde el punto de vista de sus enemigos y adversarios. No serían los ataques de Orobio y los poemas burlones de Barrios los únicos que contaran su vida. No sería solo una nota al pie de página en la historia de su discípulo Spinoza.

Al día siguiente de haber terminado con mi tarea de escriba, cuando aún no había puesto en orden mis notas, fui a visitarlo. No lo había perdonado por todo el sufrimiento que había infringido a mi familia, en especial a mamá, pero entendía. Entender es casi justificar, y justificar es perdonar. Quería cerciorarme de que la catarata de recuerdos no lo había quebrado aún más. Por el contrario, lo encontré liberado, liviano, hasta jovial. Parte del joven doctor Prado había vuelto. Había recobrado algo de aquella confianza inexplicable que lo hacía creer que todo era posible y que nada se resistiría a la solidez de su intelecto y a la magia de su sonrisa.

—¿Sabes lo que estuve pensando? —me preguntó.

“Oh, no”, pensé. Una ola de aprehensión me cubrió de pies a cabeza. Nada más peligroso que el doctor Prado creyéndose capaz de todo.

—Nunca he puesto mis ideas sobre el papel —dijo.

—¡Papá, desvarías! ¿Y la correspondencia con Baltasar? ¿Y las cartas al *Ma’amad*?

—Justamente —dijo con el sol de la mañana iluminándole la mitad de la cara—, en todos esos escritos he respondido a ataques, he tratado de defenderme de las acusaciones. Traté de demostrar mi ortodoxia, no de describir lo que creo. Mis acusadores se centran en aquello en lo que no creo, pero ¿saben acaso lo que *sí* creo?

Caminó por la habitación y se sirvió un vaso de vino rebajado con agua.

—Mira lo que ha hecho Bento —dijo—, ha publicado la *Ética*, ha puesto sus ideas en claro. Algunos lo querrán quemar por hereje, otros

lo adorarán, pero sus ideas están finalmente claras.

Tragó un gran sorbo del vino violáceo.

—Yo no soy solamente el precursor de Spinoza… Creo que soy el precursor de algo, pero no de Spinoza, de algo distinto, algo que el mundo aún no imagina. No quiero que esas ideas mueran conmigo.

—Por qué hablas de muerte, eres robusto… tal vez demasiado —dije con un guiño.

Papá sonrió, vi un brillo en sus ojos que creí de tristeza, pero al verlo mejor me di cuenta de que era de entusiasmo.

—No puedo escribir como Bento. El alumno superó al maestro y este ha quedado inevitablemente rezagado. Pero francamente, escribir como Bento no es ninguna virtud. La *Ética* es inentendible. Todas esas demostraciones matemáticas… habla de filosofía como si fuera geometría. Lo mío será más simple, más directo, pero tal vez más elocuente.

—Déjame entender —dije—, ahora que has contado tu vida quieres escribir un tratado filosófico.

—Tratado filosófico —repitió con voz exageradamente gruesa—. Lo haces sonar tan serio… un librito, algunas páginas… Bento escribe tratados filosóficos, yo solo soy capaz de escribir panfletos.

Crucé las manos sobre la nuca y traté de juntar los codos delante de mi cara. No sabía si reír o llorar. En ese momento, sentí que estaba en una pesadilla de la cual jamás me despertaría, pero luego, como si una poción mágica hubiese hecho efecto, mi sensación cambió.

Una sombra cruzó la cara de papá, amenazando apagar la frágil llama que se había encendido en sus ojos.

—¿Me dirás que estoy loco? —preguntó.

—No —dije con la voz apenas audible. Y luego, desde la profundidad de mi garganta, alguien agregó—: No, no creo que estés loco. Te ayudaré a escribirlo.

Las ideas eran todas suyas. Hasta hoy descreo de la mayoría de ellas, pero traté de ayudarlo a que las expresara de la mejor manera posible. Ninguno de los dos era experto en escribir ese tipo de obras. No éramos más que un poeta mediocre y un aspirante a narrador tratando de poner sobre el papel un concepto revolucionario de lo que significaba ser judío y, por extensión, de lo que significa pertenecer y creer en un mundo nuevo, en el que la razón puja por destronar a Dios.

En los últimos años he tratado de reconstruir algunos de los párrafos de aquel panfleto que escribimos juntos. Eran un hatillo de

páginas dividido en cortos capítulos que describían aspectos varios de su pensamiento. Esto es lo que recuerdo de ellos:

El judaísmo no es solo religión

¿Qué es ser judío? ¿Acaso es pertenecer a una religión y cumplir mandamientos? Yo creo que es mucho más que eso.

Los antiguos hebreos no tenían una palabra para el concepto "religión", de hecho, jamás hubiesen pensado al judaísmo como una fe o un conjunto de rituales. La idea de religión la hemos heredado de griegos y romanos y describe una realidad que no se ajusta al pueblo judío. El judaísmo es un conjunto de valores y prácticas en el que se juntan elementos religiosos, nacionales y culturales, pero antes que nada, es una pertenencia a un pasado y un futuro común.

Por eso creer, tal como creo yo, en la religión natural, aquella que imagina a un Dios de la razón y no a una deidad antropomórfica, no es incompatible con ser judío pleno. En un futuro no muy lejano, tal vez muchos judíos crean en un judaísmo basado en una cultura y un conjunto de valores eternos que hemos legado al mundo. Mi Torá son los libros de Moisés, pero también las poesías de Ibn Gabirol; los tratados del Talmud, pero también las canciones en yiddish de los tudescos. Muchos se definirán como judíos sin siquiera creer en Dios y muchos creerán a su propia manera, pero no por eso dejarán de ser judíos, pues seguirán siendo parte de ese tapiz variado y único que es el Pueblo de Israel. Por eso, es legítimo que yo me sienta plenamente miembro de mi pueblo, a pesar de no creer en la divinidad de ciertos mandamientos. En el judaísmo no hay autoridad central y por ende nadie puede decir que mi forma de ser judío es más o menos valiosa a las de otros.

Ser judío hoy

¿Hay un papel para el judaísmo en el mundo de hoy? ¿Tenemos aún algo que aportar a la aventura humana? Nuestra función como pueblo ha sido hacer del mundo un lugar mejor. Letaken Olam, *reparar el mundo. Nuestros profetas, o Dios, o nuestra experiencia histórica nos han legado valores de justicia, hermandad y paz. Nuestra función como pueblo es bregar por aquellos valores, ser testigos de la presencia de Dios no mediante rituales, sino a través de una acción positiva en el mundo.*

Nuestros días han visto la terrible desilusión del falso Mesías, pero eso no debe descorazonarnos. No debemos dejar de ansiar un mundo mejor, menos violento, más humano. Pues eso es parte de nuestra esencia: creer que un futuro mejor es posible. El Mesías no será un barbudo montado en un burro blanco, sino la mejoría paulatina y constante del ser humano, a la que nosotros debemos contribuir. Ser judío hoy es nunca perder la esperanza; y para mí no perder la fe en Dios es no perder la fe en el hombre.

De la libre interpretación

La libre interpretación es la esencia misma del judaísmo, no una herejía. El Talmud es un compendio de discusiones en donde los sabios traen ideas contradictorias y todas son aceptadas. Al interpretar el judaísmo a mi manera, no hago más que ejercitar el derecho básico de todo judío. La libre interpretación no amenaza la continuidad del judaísmo, sino que la garantiza. Gracias a ella, en cada generación podemos encontrar mensajes relevantes, sin estar atados a dogmas obsoletos. La esencia del judaísmo es esa danza entre preservar y cambiar, es una evolución orgánica en la cual cada generación dialoga con la Torá a su manera. Así, la Torá es un libro vivo, que late y vibra con su pueblo.

Ese mensaje central del judaísmo puede ser una gran enseñanza para todas las religiones. Cristianos y musulmanes debieran demandar y ejercitar el mismo derecho a interpretar libremente sus religiones. No debieran permitir que sacerdotes y funcionarios les dicten cómo relacionarse con la Divinidad, ya que no son más que mercaderes de lo sagrado y usureros de la fe.

La fe en un mundo de herejes

Estamos viendo los primeros síntomas de un mundo distinto, un mundo en el cual la fe y la pertenencia son una elección personal, no algo forzado por una sociedad cerrada y represiva. Hemos vivido durante más de un milenio en un mundo dominado por la religión. El hombre será libre para ejercitar su razón. Sucederá en décadas o en siglos, pero los primeros pasos ya han sido dados en el camino de la libertad y la humanidad no volverá atrás.

Muchos querrán aferrarse al mundo antiguo de certezas confortables e ideas vigiladas, muchos añorarán la seguridad del

esclavo y sufrirán del miedo a la libertad, pero muchos otros reconocerán que el judaísmo, o para el caso cualquier religión, son elecciones personales. Las religiones —o las culturas— que perdurarán en este nuevo mundo serán aquellas que permitan a sus adherentes encontrar su propio sentido, construir su propia visión del mundo y hallar consuelo y sabiduría luego de una búsqueda profundamente personal.

Me diréis que la religión es precisamente lo contrario, es conectarse con el inefable misterio de lo trascendente. Pues es cierto y el hombre moderno no dejará de buscar un propósito y un sentido a su vida, no dejará de asombrarse antes las mil y una maravillas del universo, no dejará de sentir fascinación y misterio. Pero esas sensaciones no pueden ordenarse desde un altar en Roma o desde el púlpito de un rabino, debe descubrirlas el hombre a través de un camino profundamente personal.

Paradójicamente, la fe así construida será más fuerte, más sólida pues no responderá a presiones externas sino a genuinas búsquedas personales.

Un judaísmo sin dogmas

El judaísmo no regula las creencias o los pensamientos sino las acciones. Por eso, infinitas interpretaciones son posibles, porque no importa lo que creamos sino lo que hagamos.

El único dogma de fe en el judaísmo es la creencia en un solo Dios, y aun eso es secundario frente a las acciones de compasión y justicia.

Uno de los delitos que se me imputan es el de no creer en el supuesto dogma de inmortalidad del alma, pero el judaísmo tradicional, el Talmud y la Mishná, se dedican muy poco al más allá. Les importa el aquí y ahora. La Torá habla de castigos y recompensas terrenas y los profetas nos hablan de justicia inmanente. Yo creo que nuestros maestros procedieron con gran sabiduría, no querían que la recompensa celestial se convirtiera en excusa para tiranos terrenales. Tampoco quería que los hombres se preocuparan demasiado por el mundo por venir. La gran pregunta no es si existe vida después de la muerte, sino si existe vida antes *de la muerte.*

La salvación no depende de una religión particular

Mucha sangre se ha vertido por aquellos que quieren demostrar que su

religión es la única que ofrece el camino de la salvación y del verdadero conocimiento de Dios.

Yo creo que todas las religiones son iguales en su valor intrínseco. Todas proveen la posibilidad de conectarse con la Divinidad, con la idea de lo infinito y lo trascendente.

Podemos decir que las religiones tienen dos componentes básicos: el ritual y el espiritual. El primero es solo un vehículo hacia el segundo, carece de santidad inherente. Eso no quiere decir que los rituales no sean importantes, cumplen una función social en cuanto que ayudan a la continuidad del pueblo y posibilitan la cohesión social. Todas las religiones son legítimas. Son las formas distintas que diferentes pueblos han encontrado para expresar sus aspiraciones de trascendencia.

Yo no creo en el judaísmo porque es mejor o peor que otro sistema de rituales, sino porque es el mío.

De la redención de la nación judía

Los judíos deben bregar por reinstaurar el antiguo Reino de Israel. No como parte de una profecía mística ni mediante la pasiva espera del Mesías. La redención debe ser un acto político y determinado de la nación. Vemos cómo en Europa las naciones comienzan a consolidarse, Francia ha dejado de ser un mosaico de feudos y, bajo Luis XIV y Richelieu, deviene una nación. Los Países Bajos forjaron su identidad a sangre y fuego durante las décadas de guerra por su liberación. No faltará mucho para que Germania se consolide en una sola nación y las generaciones de criollos que están naciendo en América buscarán ser una nación independiente. En ese contexto, el mundo entenderá la doble identidad de los judíos como nación y como religión y las condiciones serán propicias para que los judíos restablezcan su soberanía.

Los judíos deben crear su propio país para su propia seguridad, para que exista un lugar en el cual puedan ser libres de determinar su propio destino. Debe haber un lugar en el mundo en el cual el judío no deba pedir permiso o perdón por ser diferente a la mayoría. Los judíos pueden, y deben, ser fieles ciudadanos de los países en los que habitan. En Holanda y aun en la ingrata Iberia, los judíos son participantes plenos de las fortunas y miserias de toda la sociedad. Pero para aquellos que lo deseen, debe existir la opción de vivir en un lugar donde sean mayoría, donde puedan escribir su propia historia como

pueblo.

Pero lo más importante es que los judíos deben crear un Estado que sea la manifestación concreta de sus valores milenarios. Imagino al país hebreo como un oasis de razón y libertad, un lugar donde el mensaje de justicia de los profetas se hace realidad, un lugar donde, libre de la tiranía del oscurantismo, la ciencia puede desarrollarse libremente. No lo imagino como una teocracia, ni creo en la necesidad de reconstruir el antiguo Templo de Jerusalén. El nuevo Templo será el santuario de la razón y la libertad.

Del hombre nuevo

Vivimos en los albores de una gran revolución. Descartes, Galileo, Spinoza y tantos otros están sentando las bases de una forma distinta de entender el mundo y al hombre. A medida que desciframos los misterios del mundo, nos damos cuenta de cuán poco sabemos de nuestro universo, pero también descubrimos el inmenso poder que tenemos, como hombres, para acceder a la verdad y al bien a través de la razón. Muchos temen que este nuevo mundo será apocalíptico, ya que el hombre no usará sus nuevos conocimientos para el bien. Ciertas evidencias parecen darles la razón: las nuevas tecnologías se han aplicado, ante todo, al indigno arte de la guerra. Pero también vemos en Holanda la creación de una república nueva, que se basa, principalmente, en la libertad y la tolerancia.

El hombre nuevo deberá decidir, guiado por su propia razón y su innato sentido moral, si marcha raudo hacia la hecatombe o si construye un futuro de armonía, libertad y bienestar.

He reconstruido aquí estos párrafos de nuestro escrito para rescatarlos del olvido, pero por sobre todo para mostrar cuán ilusas, cuán imposibles eran sus ideas. Yo, por primera vez, me aboqué a ayudarlo sin juzgarlo. Solo escribía y ponía en orden conceptos que no terminaba de entender. Aún hoy, sus argumentos se dividen en tres categorías: los inentendibles, los escandalosos y los ingenuos.

Su visión del hombre es, en mi modesta opinión, incompleta. El hombre necesita a Dios, el hombre necesita normatividad y necesita de rituales para organizar una existencia demasiado incierta y angustiante. El hombre nunca logrará, mediante la ciencia, descifrar la pregunta básica del universo: "por qué". Las ciencias tal vez expliquen pero no inspiran, describen pero no trascienden. Los nuevos *micro-*

skopos no pueden responder a nuestros más profundos anhelos de sentido, no pueden motivar generosidad, ni virtud, ni compasión.

Papá diría: "Sí, efectivamente, nosotros necesitamos a Dios, pero ¿acaso eso prueba su existencia?". No lo sé, pero no me resigno a un mundo fruto de la casualidad ciega. Tal vez el hombre pueda crear religiones laicas, tal vez la creencia en, digamos, la libertad, la igualdad o la nación reemplace a la religión. Pero dudo que ellas puedan darnos todo lo que necesitamos. Dios, o aquel universo matemático de Spinoza, nos ha creado con un alma que ansía más.

Y sin embargo, papá había capturado algo, había entendido que estamos en los albores de algo nuevo, de una revolución que cambiará nuestra manera de ver el mundo. Intuyó que su forma particular de ser judío no sería una aberración sino la norma.

¿Por qué pudo verlo papá y no otros? Probablemente por ser el único que no pertenecía a nada ni a nadie. Pudo ver el mundo desde afuera, como si viera una pieza teatral cómodamente instalado en la butaca de su aislamiento. Solo él, excomulgado por religiosos y científicos, podía flotar sobre un mundo en transición y entender su magnífica complejidad. Hay cosas que únicamente ven quienes viven en el punto ciego de Dios.

En ese escrito herético, papá fue paradójicamente fiel al judaísmo, pues alió los dos elementos definitorios de la idiosincrasia judía: la insatisfacción y el optimismo. Fue judío en cuanto usaba su experiencia particular como vehículo de un mensaje universal. Fue judío en cuanto miraba al futuro con una esperanza que ni siquiera todo el sufrimiento del mundo había podido domar.

Muchos dicen que las revoluciones devoran a quienes las ponen en marcha. Tal vez sea cierto, pero papá, que según muchos había iniciado la gran ruptura, se negaba a ser tragado por la gran cloaca de la historia. Había recuperado la determinación de hacerse oír. Finalmente había articulado sus ideas y ya no se definía más por lo que *no* era, sino por aquello en lo que creía.

Un par de días luego de terminar nuestro escrito lo vi de talante luminoso y decidido. Sus ojos eran como la lava, ardientes y majestuosos y la luz encendía reflejos cromados en sus cabellos crespos. Estaba poniendo los papeles que habíamos escrito en un portafolio de cuero, que a su vez encajó dentro de una alforja raída.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Voy a Ámsterdam —me respondió como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Qué vas a hacer en Ámsterdam? —dije, sintiendo una oleada de

frío subirme desde el vientre.

—Voy a presentarle nuestro escrito a Baltasar. Se lo he dedicado.

Levanté la cabeza como pidiendo ayuda al cielo. En los ojos de mi padre el torrente de lava se detuvo.

—No digas nada, Francisquito —rogó.

Resoplé y los ojos se me anegaron. Tragué fuerte.

—No quiero verte sufrir más, papá.

No era lo que papá esperaba que dijera, su mirada se ablandó.

—No te preocupes, estaré bien.

—Papá, no pueden entenderte. No quieren entenderte. Déjalo. Has escrito tus ideas, están guardadas para las generaciones futuras, que tal vez puedan comprenderlas. No te sometas otra vez al rechazo y al escarnio.

—Esta vez será diferente.

Había en él una paz nueva, como si un círculo se hubiese cerrado. Iba a hacer algo alocado, pero no había en su semblante histeria ni angustia. Exudaba la tranquilidad expectante de un campo a la luz de la luna en la hora que precede al alba.

—Prométeme algo —supliqué.

—No te preocupes, David —me leyó la mente—, no me deprimiré si me rechazan. Debo hacer esto para decirme a mí mismo que he hecho todo lo posible. Cualquiera sea el resultado de mi gestión, estaré en paz.

—Gracias —dije.

Lo observé en silencio mientras guardaba en sus alforjas una muda limpia, un trozo de queso, pescado salado y nueces. Había recuperado un apetito que venía eludiéndolo. En los últimos días parecía mayor, pero también más bello. Había reemplazado aquella expresión juguetona y adorable por una gravedad que le daba un nuevo aire de nobleza.

Lo vi moverse grácil y principesco por su habitación y luché por entender a aquel hombre, único en sus virtudes y sin par en sus desmesuras. Yo era carne de su carne y sin embargo éramos tan distintos. En él se debatían los desasosiegos y las quimeras de un mundo en pleno cambio. La ebullición del mundo se juntaba promiscua con sus propias falencias, con sus pasiones irredentas y sus sueños imposibles.

Me miró y me lanzó una sonrisa a la vez ausente y cálida. Había vuelto a ser mi padre, y yo su hijo.

Lo acompañé a la calle, en donde lo esperaba un caballo viejo y

malhumorado con el cual Josef Guerra le había pagado parte de sus servicios. Era un animal hosco e impredecible, proclive a cambios de humor radicales. Tal vez por eso papá lo quería, a pesar de los flacos servicios que le prestaba. Le pasó una mano por las crines y el animal bufó molesto. El cielo era de un azul pálido y limpio, manchado de nubes que se movían perezosas hacia ninguna parte.

Acomodó las alforjas en el caballo y se dio vuelta para mirarme. Se había puesto una pluma roja en el sombrero. Decía que le traía buena suerte. Sonreí, pensando en las mil y una contradicciones de aquel hombre que me había dado la vida.

—Ve con Dios, papá —dije en voz baja, tratando de que no se filtrara ironía alguna entre mis palabras.

Una sonrisa luminosa envolvió todo su rostro. Empezó a subirse al caballo y pareció cambiar de opinión. Se volvió hacia mí y me estrechó en un abrazo que cargaba una fruición inesperada.

Susurró en mi oído con voz baja pero firme: “Gracias por todo, hijo”.

Sentí, por primera vez, que me amaba, y también, por primera vez, que me pedía perdón.

He armado los acontecimientos que siguieron ensamblando jirones de relatos de testigos y usando mi imaginación para llenar los blancos. Tal vez mi relato no sea fidedigno, pero a fuerza de repetirlo en mi mente, no puedo ya distinguir las partes reales de aquellas que imaginé.

Papá siguió el camino del norte. Cabalgaba sonriente y lleno de excitación, respirando el aire salado transportado por la brisa flamenca. Por una vez, no refunfuñaba por el clima antojadizo ni por el paisaje sin vicisitudes. Anticipaba un futuro distinto pues sabía que esta vez lo aceptarían y que, a pesar de su edad avanzada, un capítulo nuevo se abriría en su vida. Era como aquel joven que había dejado Lopera cuarenta y cinco años antes, con el corazón rebalsando de sueños y la vida ofreciéndose a sus pies, en toda su voluptuosa sensualidad.

Cerca de Breda, miró los pocos vestigios que quedaban de la guerra sangrienta que había devastado aquellos campos. La vida se había vengado, cubriendo las ruinas de verde y tapando con flores las cicatrices de la batalla. En el horizonte se veían apacibles las murallas de la ciudad y el campanario de la Grote Kerk, completando un cuadro digno de los maestros de Delft. Se admiraba doquier de aquel país hecho a fuerza de sudor y constancia, como si lo estuviese viendo por primera vez.

Su corazón se aceleró al aproximarse a Ámsterdam. La tarde caía como una cortina de seda dorada sobre la silueta de aquella ciudad que habían inflamado sus sueños de libertad.

A punto de atravesar uno de los puentes levadizos sobre el Ámstel, su caballo se encabritó.

“Vamos —le pidió papá—, no me hagas una de tus escenas, que ya estamos cerca. Mira, allí está Ámsterdam”. El caballo siguió negándose a cruzar el puente. Mientras tanto, una diligencia tirada por tres caballos había empezado a atravesar la amplia planchada. “Vamos —insistió papá—. El puente es lo suficientemente ancho para todos”. El caballo lanzó un relincho de protesta y papá lo azuzó: “Qué pensarán tus amigos —dijo, señalando a los caballos que se acercaban por la calzada—, van a pensar que le temes a un pobre puente de piedra”.

Ya sea por la arenga a su orgullo o por el espoleo de papá, la terca bestia comenzó a atravesar el puente, ganando confianza a medida que avanzaba. Cuando papá estuvo cerca de la carroza que venía en dirección opuesta, vio a los flamencos que transportaba. De pronto sintió una oleada de respeto y admiración por aquellas gentes que desafiaban a la naturaleza y al destino. Aquellos a los que tantas veces había llamado “grises comedores de queso” eran hombres de coraje calmo y determinación sin mella. A punto de cruzarse con ellos, se tocó el sombrero con cortesía castiza y les ofreció la mejor de sus sonrisas.

Fue entonces cuando el accidente ocurrió.

Nadie sabe bien qué fue lo que asustó a los caballos que tiraban de la diligencia. Tal vez un ratón entre sus patas, tal vez uno se lastimó y saltó de dolor o tal vez algún ruido en la distancia. Lo cierto es que los animales se encabritaron y comenzaron a saltar y dar coces. Las cuerdas que los ataban a la carroza se enredaron, y lucharon por liberarse de riendas y arneses. En una fracción de segundo los animales habían enloquecido y no había esperanza alguna de que el conductor lograra controlarlos. La diligencia cayó al piso del puente y sus ocupantes, más asustados que magullados, comenzaron a correr hacia la orilla cercana. El caballo de papá corcoveó, tratando de mantener el equilibrio mientras esquivaba las patadas enloquecidas de las otras bestias. Papá lo controló con calma y lo hizo girar para escapar de aquel embrollo. Pero en el momento en que terminó la rotación, cuando estaban a punto de escapar, su caballo recibió una violentísima patada en el vientre. Se tambaleó durante un segundo que pareció eterno, y luego cayó sobre la baranda de madera del

puente, que cedió ante su peso con un chasquido ominoso y aterrador. La caída fue instantánea, pero la imagino como si se hubiese prolongado durante un lapso larguísimo, como si caballo y jinete hubiesen quedado suspendidos en el aire y cayeran muy, muy lentamente, hasta hundirse en el río, que los esperaba con sus fauces marrones abiertas de par en par.

El caballo, cuya premonición papá desestimó, murió en el acto. Como tantos otros, había intentado salvarlo de sí mismo y había fracasado. Los sobrevivientes de la carroza y algunos campesinos de la zona intentaron socorrer a mi padre. Cuando lo extrajeron del agua, le golpearon la espalda y el pecho con fuerza y volvió a respirar. Su cabeza había golpeado una roca y varios hilillos carmesíes le recorrían la cara.

Lo llevaron al edificio más cercano. Ironía del destino, se trataba de una mancebía que papá había visitado durante sus años de Ámsterdam. Las pupilas no lo reconocieron, pero lo trataron con gran cuidado. Lo secaron, le limpiaron la sangre y controlaron su respiración quebradiza.

Al poco tiempo, uno de los pasajeros de la diligencia apareció con la alforja de papá. Cuando la abrieron, tratando de encontrar alguna forma de identificar al forastero, se encontraron con una pequeña pila de hojas blancas. Las palabras se habían transformado en manchas de tinta sin forma, diluidas y borradas por el agua marrón del Ámstel. Solo la carátula era legible: “Dedicado a mi amigo querido, el doctor Isaac Baltasar Orobio de Castro”.

La respiración trabajosa de papá se fue haciendo más superficial y más rápida hasta que comenzó a fallar. Cuando la respiración se detenía, la madre de la casa lo sacudía con cuidado pero con firmeza y el cuerpo inconsciente volvía a tomar el aire húmedo y fresco del atardecer. Finalmente las ruidosas inhalaciones se espaciaron. Abrió los ojos de golpe. Una de las chicas exclamó: “*Hij wordt wakker!*”, y varias corrieron excitadas al borde del lecho. Pero no, no se estaba despertando. Sus ojos miraron sin ver, con las pupilas dilatadas, haciendo más profunda la negrura de su mirada inerte.

Abrió la boca como tratando en vano de captar un poco más de aire y así se apagó, cayendo hacia la nada con la boca abierta y los ojos absorbiendo oscuridad.

La muerte de papá fue recibida con impío regocijo por sus adversarios

más acérrimos. Daniel de Barrios, aquel poeta excesivo y amargo, soltó toda su rabia de pacotilla en un poema que reflejaba lo que muchos pensaban.

Castiga la Divina justicia al Doctor Juan de Prado, maestro de falsos dogmas, que no tenía más religión que la que convenía a su cuerpo, ni más almas, en su opinión, que su caballo.

En alusión a su influencia sobre Spinoza y otros jóvenes Barrios recitaba: *Quitó a muchos el juicio / y de ello dio testimonio / que los llevó a su servicio / con la ayuda del demonio / los niños de erudición / echó de su engaño al Nilo.*

Insistía sobre la moral relajada del doctor que *dando palabra de casamiento a una fulana Loba, la desfloró y fuese con otra* y decía que *ordenó la Suprema justicia que, por un carro que se le atravesó en un puente, cayese con su caballo en un río, donde le imitó en la muerte como en la vida.*

Y no se le escapó la ironía de que muriese en una mancebía, templo del vicio que era su único dios y señor.

Los rabinos lo reprendieron con aquel versículo que prohíbe alegrarse con la muerte de los enemigos. “Pues no desea el Señor la muerte del malvado, sino que vuelva a la senda de la rectitud y viva”. Pero Barrios representaba a muchos cuyas prolijas certidumbres se veían amenazadas por el sinuoso camino de razón y libertad que proponía papá.

Felipa María y yo lo enterramos en el cementerio de Amberes. Sé que él hubiese querido descansar en el cementerio judío de Ouderkerk, rodeado de sus hermanos de fe y destino, pero como excomulgado pertinaz no tenía derecho a una sepultura hebrea. Pensé en disputarme con el *Ma’amad* al respecto, pero papá ya había soportado demasiado rechazo en vida como para tener que sufrir otro más después de muerto.

Guardé por él la *shivá*, el periodo judío de duelo y, al abrigo de miradas suspicaces, recé el *kadish* sobre su tumba cristiana. También dije, con algo de retraso y con mucho escepticismo, la bendición que los judíos dicen para aceptar el juicio de Dios: “El Señor ha dado, el Señor ha quitado, bendito sea el Juez de la Verdad”.

Al mes del entierro, cumpliendo con la tradición, visité su tumba. De lejos vi a un hombre vestido de negro, tocado con un sombrero español. Solo cuando estuve a pocos pasos lo reconocí.

Lo observé en silencio, tratando de poner bloques de hielo en mi mirada. Baltasar se tocó el sombrero. Sus ojos estaban cansados y enrojecidos. Su piel había aversonado el tono ocre de las colinas de Andalucía por el gris blanquecino de los cielos flamencos. Varias emociones buscaron amarrar en su cara, pero finalmente fue la tristeza la que se instaló, cómoda, como si supiera que había llegado para quedarse.

—¿Por qué crees que ha creído en las cosas que ha creído, Francisco? ¿Por qué no pudo cambiar de opinión?

—Me llamo David.

Asintió y se tocó el pecho en señal de disculpa. Exhalé largamente y miré hacia la tumba.

—Papá decía que tú no eliges las cosas en las que crees, ellas te eligen a ti.

Baltasar sonrió con abatimiento.

—Tu padre y sus frases… Probablemente en eso tenía razón.

—Tal vez —dije—; ya no tiene importancia alguna.

Permanecimos un largo rato en silencio, mirando la lápida gris que emergía del pasto esmerilado.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, David? —preguntó finalmente.

—Sí. Pudrirte en el infierno.

Sonrió con toda la tristeza del mundo y luego me puso una mano en el hombro con afecto. Me sorprendí de no rechazarlo.

—Cuídate, David —dijo, y comenzó a caminar pesadamente, alejándose de la prolija fila de tumbas.

—Tío Baltasar —llamé.

Baltasar se dio vuelta y me miró. Noté por primera vez que su bastón no era solo decorativo, apoyaba sobre él su cuerpo encorvado bajo el peso de la culpa.

—¿Has leído el escrito de papá? —pregunté.

—No. Un hombre de los que socorrió a tu padre me conocía. Vio mi nombre en el manuscrito y me lo trajo. Era completamente ilegible, excepto por la dedicatoria.

Asentí con aire algo ausente y miré la silueta de Baltasar, recortándose contra el sol de la tarde.

—Entiendo —dije—, es una pena.

—Lo es —afirmó, y luego de otro silencio incómodo sonrió—. Adiós, David.

Se marchó, caminando a paso irregular entre dos columnas de alerces.

Miré alrededor y me llené los ojos del verde intenso de la

primavera tardía. En aquel lugar de muerte, la vida continuaba fluyendo indiferente, como un río majestuoso que desemboca en ninguna parte.

Limpié con un trapo la fría superficie de la lápida y deposité sobre ella una piedra, como hacen los judíos para simbolizar la eternidad de la vida. Pensar que nadie leería jamás las ideas de papá a través de su propia pluma me llenó de un dolor agudo y sofocante. Cerré los ojos y contemplé en mi mente el largo periplo que lo trajo hasta este rincón del mundo al que había donado su cuerpo. Pensé en su grandeza y en su tragedia; en su corazón abollado e iracundo. Pensé en su alma atormentada, calada por todo el dolor de su pueblo e iluminada por tres mil años de esperanzas. Pensé en los acontecimientos de los que había sido testigo y en cómo se había cargado al hombro toda la incertidumbre del mundo. Respiré hondo y de pronto me sentí sereno. Si hay un más allá, papá podrá alardear frente a los ángeles el haber estado presente en el nacimiento de un mundo nuevo. Podrá decir que no lo aceptó con miedo, sino con los brazos abiertos de par en par. Es cierto, no dejó ningún libro, ninguna obra memorable. Pero no importa, pues su obra maestra fue nada más y nada menos que su propia vida.

NOTA HISTÓRICA

La importancia de Daniel (Juan) de Prado en la historia de la ruptura spinoziana fue descubierta por I. S. Révah, quien se apoya en testimonios de la época, tales como los poemas de Barrios o los reportes de los informantes inquisitoriales, para los cuales la influencia de Prado sobre Spinoza es determinante. El testimonio de Orobio frente a la Inquisición también prueba que Prado abrigaba ideas deístas años antes de su encuentro con Spinoza. Otros historiadores sostienen que un intelecto tan agudo como el de Spinoza difícilmente podría haber sido "corrompido" por alguien de inteligencia inferior como Prado, como sostiene Révah, y como parecen aseverar Barrios y Orobio.

Es innegable, no obstante, que existió una gran influencia entre los dos hombres. De ser cierta la teoría de Révah y otros, Daniel/Juan de Prado es, de hecho, el gatillo que dispara uno de los más grandes cambios filosóficos en la historia de la humanidad. Es precisamente la historia de su vida, la marginalidad en la cual vivió y su posición única en la bisagra de la historia la que le dio la posibilidad de imaginar un mundo nuevo y una forma radicalmente diferente de entender la realidad.

Los caminos de ambos se separan cuando Spinoza acepta gustoso su ruptura con la comunidad judeo-portuguesa de Ámsterdam y Prado decide seguir luchando por ser admitido en "la nación", pero sin renunciar a aquellas creencias que habían motivado su excomunión. Prado reivindica su pertenencia al judaísmo no desde la observancia religiosa, sino desde los elementos culturales, históricos y de identidad. Hay un cierto esencialismo en la actitud de Prado frente al judaísmo: es parte de una esencia de la cual no puede ni quiere desprenderse.

En ese sentido, Prado se convierte en el primer judío laico de la historia, unos trescientos años antes de que tal concepto exista como tal y sea aceptado por la mayoría de los judíos. Prado preanuncia los movimientos reformistas que acaecieron en el mundo judío en el siglo XIX y que formaron al judaísmo tal como lo conocemos hoy en día. De hecho, las ideas de Prado, escandalosas como eran en su tiempo, son lugar común hoy en día y probablemente representan a la mayoría de los judíos modernos.

Su crítica al judaísmo es también una crítica a toda religión revelada, y su clamor por reformas también se extendía al cristianismo y en cierta forma al islam. En suma, Prado propone una aproximación más sutil que Spinoza a la religión. No se trata del rechazo total sino de recuperar el derecho a la libre interpretación y la observancia selectiva. En ese sentido, propone una síntesis entre la razón y la religión que hasta el día de hoy el mundo no ha logrado.

La presente obra es ficcional, pero se basa puntillosamente en la vida de Juan de Prado. La casi totalidad de los personajes del libro existieron en la realidad y he tratado de ser fiel a lo que se sabe sobre sus vidas. También son ciertos los acontecimientos históricos descritos, como el auto de fe de Madrid, la caída de Breda y las bancarrotas de España. He tomado, no obstante, ciertas licencias literarias. Por ejemplo: el encuentro entre los padres de Prado y Orobio es supuesto por los investigadores, pero no existen evidencias del mismo. El reencuentro de ambos en Alcalá se produjo en 1635 pero decidí ubicarlo en 1632, pues convenía mejor al flujo del relato. El tío Manuel efectivamente partió hacia América, pero no hay evidencia de que haya vuelto a España. Los criados Tomé y Bernarda son ficcionales, aunque hubiese sido común que una familia como los Prado hubiese contado con domésticos como ellos. Si bien los moriscos fueron expulsados de España en 1609, un número elevado permaneció en forma clandestina en la Península.

Una familia como la de Prado debió muy probablemente haber contratado tutores privados. La aceptación de Prado en Alcalá a una edad más joven que la acostumbrada apunta hacia una preparación previa y a contactos en los recovecos del poder. Natalia Muchnik, en su exhaustivo libro sobre Juan de Prado, provee valiosos documentos que arrojan luz sobre su infancia, incluyendo registros bautismales y hasta el testamento de Francisco de Prados, padre de Juan, del cual infiero la conflictiva relación entre ambos.

También es puramente ficcional la figura de Vega, un híbrido entre dos figuras entrañables: el capitán Alatriste e Isidoro Montemayor. No obstante, Prado tiene, en su colorida personalidad, claros elementos del “pícaro” del Siglo de Oro español. El arresto de Isabel Gómez y su liberación “por un error de identificación” son históricamente precisos. También existe evidencia de que Prado fue quien consiguió la liberación de su mujer y de que entabló comunicación con los detenidos en las cárceles del Santo Oficio. La forma en que ello sucede en este libro es ficcional.

Hubo, en toda evidencia, una relación especial entre el cardenal Pimentel y su médico personal. El nombre Pimentel se encuentra asiduamente entre marranos portugueses y hay quienes sugieren que el cardenal era de origen criptojudío, cosa que su noble abolengo parece desmentir. La personalidad cálida, abierta y comprensiva del cardenal es de mi invención. La magnífica tumba que le construyó Bernini aún puede visitarse en Roma.

Menashe ben Israel efectivamente partió hacia Inglaterra invitado por Cromwell en 1655, pero no hay registro de una relación entre él y Prado. Tal relación, no obstante, puede fácilmente suponerse. Menashe es, hasta el día de hoy, uno de los sabios más prolíficos y respetados en la historia de la diáspora judía. Su tumba aún puede verse en Ouderkerk, no lejos de la de Isaac (Baltasar) Orobio de Castro.

La relación entre Prado y Rembrandt es ficcional, pero no imposible. No hay duda de que ambos se cruzaron mil veces en las calles del Vlooienburg.

Orobio menciona a un "corruptor" de Prado y los historiadores creen que se trata de Piñero. Tal vez Orobio buscaba tratar de defender a su antiguo amigo culpando a Piñero de su herejía, pero dadas las ideas que el mismo Orobio había escuchado en España de boca de Prado, la acusación contra Piñero no tiene gran asidero. Piñero era efectivamente parte del grupo de deístas y libertinos que frecuentaba Prado en Ámsterdam, y si tuvo alguna influencia en el médico portugués fue en empujarlo a declarar sus ideas heréticas más abiertamente. La figura de Ribera y su papel en el círculo librepensador de Ámsterdam es real, tal como es su periplo de conversiones.

También son reales los dos espías inquisitoriales en Ámsterdam, Solano Robles y Maltranilla, cuyos reportes, aún presentes en los archivos, ofrecen valiosa información sobre la vida de Spinoza y Prado después del *jerem*, amén de confirmar la estrecha relación entre ambos.

Los indicios sobre la vida de Prado en Amberes son pocos. Sus escritos dirigidos a Orobio no se conservaron, solo las cartas de este. Podemos inferir lo que Prado escribió basándonos solamente en sus respuestas. Las cartas invectivas y apologéticas fueron purgadas de ciertos elementos y luego publicadas. Las versiones difieren y es difícil saber cuál fue el texto original. Lo cierto es que se convirtieron en obras de referencia en la lucha de la comunidad de Ámsterdam contra sus miembros díscolos y fueron usadas por clérigos cristianos en su

lucha contra el deísmo. Poco se sabe sobre David/Francisco, el hijo de Prado. Efectivamente, fue el canal usado por miembros de la nación para comunicarse con Prado y, basándose en ello, es posible intuir que permaneció fiel a su judaísmo, cosa que en Amberes no era imposible.

Si bien se sabe que Prado murió en un accidente similar al aquí descrito, no hay evidencia de que se hallara en camino a Ámsterdam y menos aún de que portara escrito alguno.

El siglo XVII, con sus cambios y revoluciones, fue la cuna de los tiempos modernos. Fue a la orilla del Ámstel donde germinó el mundo en el que hoy vivimos. Prado, Spinoza, Orobio, Van den Enden y tantos otros dieron origen a la modernidad, ese tiempo que mostró lo peor y lo mejor del hombre y cuyos acertijos aún tratamos de resolver.

AGRADECIMIENTOS

Imagino que algunos libros surgen de una inspiración fulgurante: el autor tiene una visión y se sienta a aporrear un teclado sin pausas ni contratiempos. Este libro es distinto, pues fue el fruto de una larga peregrinación a través de territorios no siempre hospitalarios. Sería imposible agradecer a todos aquellos que me ayudaron en el camino, pero hay ciertas personas que merecen una mención especial, ya que sin ellas este libro no hubiese existido.

El historiador Henri Mechoulan, una de las autoridades más grandes en el judaísmo español y holandés del siglo XVII, me recibió generosamente en su casa de París y me guio en los primeros pasos de mi periplo. Sus múltiples obras sobre la época me brindaron una ayuda invaluable.

De entre las decenas de libros que debí consultar para crear esta novela, quisiera destacar el libro de Natalia Muchnik, *Une vie marrane. Les pérégrinations de Juan de Prado dans l'Europe du XVIII e siècle* (que es el único libro, además de este, dedicado a Juan de Prado) y *From Christianity to Judaism: The Story of Isaac Orobio de Castro*, de Yosef Kaplan, otra gran fuente de información sobre Baltasar, el amigo de Juan. Aunque no conozco personalmente a los autores, he contraído con ellos una enorme deuda de gratitud.

Naturalmente nadie ha retratado la España del Siglo de Oro mejor que Arturo Pérez Reverte. Sean los ecos del capitán Alatriste un silencioso homenaje a su enorme talento. También la novela *Ladrones de tinta*, de Alfonso Mateo-Sagasta, me ha brindado la textura de la vida cotidiana en el Madrid de aquella época y la inspiración para el personaje de Vega.

En la infancia de este proyecto, mi amiga Verónica Rusler recorrió bibliotecas y librerías en busca de material sobre la España de los Austrias. Mil gracias, Vero, por tu ayuda.

Gracias, asimismo, a Mariana Morales y Mónica Herrero, quienes transformaron mi primer manuscrito en una obra legible y me

estimularon para seguir adelante con el proyecto.

Mi amigo Sergio Widder fue el primero en leer el manuscrito y creer en él, tal vez más que yo. Gracias por tu entusiasmo, tu apoyo y tu amistad.

Gracias a Norma Aburto, de la Universidad Hebraica de México, por poner a mi disposición sus importantes contactos y conexiones.

Gracias también al increíble equipo profesional de Penguin Random House México: a Fernanda Álvarez, por su confianza y apoyo; a Ángela Olmedo, por editar este libro con profesionalismo y respeto, debiendo navegar las increíbles dificultades del año de la pandemia y haciéndolo con gracia, empatía y elegancia; a Natalia Rodríguez, Adriana Cataño, Luis Carlos Fuentes, Isaías Acuña, Fernando Ruiz y Amalia Ángeles, por su inestimable participación en los procesos editoriales y de diseño del libro.

Y a Erica, Dan y Gabriel. Gracias. Por todo.

«Solo él, excomulgado por religiosos y científicos, podía flotar sobre un mundo en transición y entender su magnífica complejidad. Hay cosas que únicamente ven quienes viven en el punto ciego de Dios».

Se dice que sin él la historia del mundo hubiese sido distinta. Juan de Prado, médico judeoespañol del siglo XVII, es considerado el padre olvidado de la modernidad. Tuvo en su contra dos condiciones: ser de origen judío y fiel creyente de la razón y la ciencia. En una época en que la Inquisición perseguía fervientemente no solo otras doctrinas religiosas, sino también todas aquellas corrientes de pensamiento que no fueran dogmáticas, el universo filosófico de Juan de Prado se consideraba el de un hereje. Tras muchas desventuras en su natal España y otros países europeos, se asentó en Ámsterdam, donde tuvo oportunidad de conocer al gran Baruch Spinoza. Su influencia en el filósofo fue tal que se le atribuye el origen del racionalismo y la heterodoxia religiosa spinozista. Basada en una profunda y rigurosa investigación, *El impío* es una novela cargada de aventuras, pero también de las grandes preguntas que atañen al ser humano: ¿qué es la fe? ¿Puede el hombre regirse tan solo mediante la razón? ¿Cómo encontrar un sentido de la existencia?

Andrés Spokoiny es uno de los líderes y pensadores más influyentes de la comunidad judía a nivel internacional, además de una figura de renombre mundial en el campo de la filantropía, el desarrollo comunitario y las entidades sin fines de lucro. Nació en Argentina y en 1994 se licenció en Administración, en la Universidad de Buenos Aires. Posteriormente cursó estudios de teología y educación en el Seminario Rabínico Latinoamericano, así como un posgrado en Educación y Comportamiento Organizacional en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Actualmente vive en Nueva York y se desempeña como presidente y CEO de Jewish Funders Network (JFN), una de las instituciones centrales de la comunidad judía. Previamente vivió en Montreal, Canadá, donde fue CEO de la Federation CJA, la entidad filantrópica más importante de la provincia de Quebec, y antes de eso trabajó durante doce años en París, Francia, como director regional del American Joint Distribution Committee (JDC), una organización humanitaria presente en más de setenta países. También dirigió el International Center for Community Development (ICCD), un centro de investigación y capacitación en Oxford, Inglaterra. Andrés publica regularmente ensayos y artículos en diversos medios. Además, su podcast y su blog son seguidos por miles de lectores alrededor del mundo. *El impío* es su primera novela.



El impío

La historia del hereje que nos legó la modernidad

Edición en formato digital: marzo, 2021

penguinlibros.com

ISBN:978-607-319-981-0

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice